3 1761 08166210 8

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 13. NUM. 151.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

JULIO, 1901

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

H2653

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 13
no.151-53.

ACTEA

NOVELA

TERCERA PARTE

X

Ocho días habían transcurrido desde la escena que hemos relatado en el capítulo anterior. Eran las diez de la noche. La luna, que acababa de mostrarse en el horizonte, se elevaba lentamente por encima del Vesubio y proyectaba sus rayos por toda la costa de Nápoles. A la pura y brillante luz del astro resplandecía el golfo, que cruzaba con su línea sombría el insensato puente que, para realizar la predicción del astrólogo Trasilo, mandó tender de una á otra de las orillas el tercer César, Cayo Calígula. En la costa y en toda la extensión de la inmensa media luna que forma desde la punta de Pansilipo hasta la del cabo Micenas, veíanse desaparecer sucesivamente, como estrellas que se apagan en el cielo, las luces de la ciudad, de las aldeas y de los palacios diseminados por la playa, que se miraban en aquellas aguas rivales de las azules ondas de Cirenaica. Durante algún rato todavía, enmedio del silencio, se vió deslizar, con una luz en su proa, alguna barca retrasada que ganaba, con ayuda de su vela triangular y de sus dobles remos, el puerto de Enaria, de Prosita ó de Bayas. Por fin desapareció á su vez la última de aquellas embarcaciones, y el golfo hubiera quedado entonces completamente desierto

y silencioso, sin algunos buques que flotaban en el agua, amarrados á la orilla, enfrente de los jardines de Hortensio, entre el palacio de Julio César y el de Bauli.

Transcurrió así una hora, durante la cual la noche se hizo aún más tranquila y más serena con la ausencia de todo ruído y todo rumor terrestre. Ninguna nube obscurecía el cielo, puro como el mar; ninguna onda rizaba el agua que reflejaba el cielo. La luna, continuando su camino enmedio de un límpido azul, parecía haberse detenido un instante encima del golfo como encima de un espejo. Las últimas luces del golfo se habían apagado, y únicamente el faro del cabo Micenas brillaba en el extremo del promontorio como una antorcha en la mano de un gigante. Era una de esas noches voluptuosas en que Nápoles, la hermosa hija de Grecia, entrega á los vientos su cabellera de naranjos y á las ondas su seno de mármol. De cuando en cuando cruzaba los aires uno de esos suspiros misteriosos que la dormida tierra exhala hacia el cielo, y en el horizonte oriental, la blanca humareda del Vesubio se elevaba en medio de una atmósfera tan serena que parecía una columna de alabastro, restos gigantescos de alguna Babel desaparecida. De repente, enmedio del aquel silencio y aquella obscuridad, los marineros, echados en las barcas de la ribera, vieron, á través de los árboles que semiocultaban el palacio de Bauli, brillar algunas antorchas. Oyeron alegres voces que se aproximaban á aquellos lugares, y no tardaron en ver desembocar de un bosque de naranjos y laureles que bordeaba la orilla, el cortejo, que aparecía entre luces y algazara. En seguida, el que parecía ser el comandante del mayor de los navíos, que era un trirreme magníficamente dorado y coronado de flores, hizo extender sobre el puente que unía la embarcación á la playa, un tapiz de púrpura, y bajando á tierra, esperó en actitud de respeto y temor. En efecto, el que marchaba á la cabeza del cortejo, adelantándose hacia el navío, era Nerón en persona. Se aproximaba, acompañado de Agripina, y en esta ocasión, cosa rara y extraña desde la muerte de Británico, la

madre se apoyaba en el brazo del hijo, y ambos, con el rostro sonriente y cambiando palabras amistosas, parecían estar en la más perfecta inteligencia. Cuando llegó junto al trirreme, se detuvo el cortejo, y á la faz de toda la corte, con los ojos llenos de lágrimas, Nerón estrechó á su madre contra su corazón, cubriendo de besos su rostro y su cuello, como si le acongojase separarse de ella; y por último, dejándola, por decirlo así, que se escapara de sus brazos, volvióse hacia el comandante del navío y le dijo:

—Aniceto, te recomiendo á mi madre.

Agripina atravesó el puente y subió al trirreme, que se alejó lentamente de la costa, poniendo la proa entre Bayas y Puzoles; pero Nerón no abandonó su puesto, permaneció algunos instantes aún saludando á su madre con la voz y con el gesto en el lugar en que se despidió de ella, mientras que Agripina, por su parte, le hacía ademanes de adiós. Por fin, cuando la embarcación comenzó á estar fuera del alcance de la voz, Nerón se volvió á Bauli, y Agripina bajó á la cámara que le habían preparado.

Apenas se había echado en el lecho de púrpura que estaba dispuesto, cuando se alzó un tapiz, y una jóven pálida y palpitante fué á echarse á los pies de la madre de Nerón, exclamando:

—¡Oh, madre mía, madre mía, sálvame!

Agripina se estremeció al pronto de sorpresa y de temor; después, al reconocer á la hermosa griega, dijo con asombro y tendiéndole una mano:

—¡Actea! ¡Tú aquí, en mi navío y pidiéndome protección!... ¿Y de qué tengo yo que salvarte cuando tienes suficiente poder para devolverme el cariño de mi hijo?

—¡Oh! de él, de mí, de mi amor... de esa corte que me espanta, de ese mundo tan extraño y tan nuevo para mí.

—En efecto—respondió Agripina,—desapareciste enmedio de la comida; Nerón preguntó por ti, te hizo buscar; ¿por qué has huído así?

—¿Por qué? ¿Tú me lo preguntas? ¿Era posible para una

mujer... ¡perdóname!... permanecer enmedio de una orgía tal, que hubiera ruborizado á nuestras mismas sacerdotisas de Venus? ¡Oh, madre mía!... ¿No has oído aquellos cantos? ¿No has visto aquellas cortesanas desnudas... aquellos bateleros, cada gesto de los cuales era una vergüenza, menos aún para ellos que para los que les miraban? ¡Oh! Yo no pude soportar semejante espectáculo, huí á los jardines. Pero allí ocurría algo más... los jardines estaban poblados como los bosques antiguos; cada fuente estaba habitada por alguna ninfa impúdica; cada macizo ocultaba algún sátiro desenfrenado... y, ¿quieres creerlo, madre? Entre aquellos hombres y aquellas mujeres, reconocí matronas y caballeros... entonces huí de los jardines como había huído de la mesa... Encontré abierta una puerta que daba al mar, me lancé á la orilla... vi el trirreme, le reconocí; dije que pertenecía á tu acompañamiento y que venía á esperarte; entonces me recibieron; y, enmedio de estos marineros, de estos soldados, de estos hombres groseros, he respirado más á gusto y más tranquila que en esa mesa de Nerón, en la que, no obstante, se agrupaba toda la nobleza de Roma.

—¡Pobre niña! ¿Y qué esperas de mí?

—Un refugio en tu casa del lago Lucrino, un puesto entre tus esclavas, un velo bastante espeso para cubrir el rubor de mi frente.

—¿No quieres volver á ver al Emperador?

—¡Oh, madre mía!...

—¿Quieres, pues, dejarle vagar al azar, como un navío perdido, en ese mar de desenfrenos?

—¡Oh, madre mía! Si le amase menos, tal vez podría vivir cerca de él; ¿pero cómo quieres que vea allí, delante de mí, otras mujeres amadas como yo lo soy, ó más bien como creí serlo? Es imposible; yo no puedo haber dado tanto para obtener tan poco. Enmedio de ese mundo perdido me perdería; entre esas mujeres me convertiría en lo que son esas mujeres; también tendría yo un puñal en mi cinturón, un veneno en alguna sortija; después, algún día...

—¿Qué hay, Acerrònia?—preguntó interrumpiendo Agripina, y dirigiéndose á una esclava joven que entraba en aquel momento.

—¿Puedo hablar, ama?—exclamó aquélla con voz alterada.

—Habla.

—¿A dónde crees ir?

—Pues á mi posesión del lago Lucrino, me parece.

—Sí, empezamos por dirigirnos hacia ese lado, pero há poco el navío cambió de rumbo y navegamos hacia alta mar.

—¡Hacia alta mar!—exclamó Agripina.

—Mira — replicó la esclava, descorriendo una cortina que cubría una ventana, — mira, el faro del Cabo debería estar muy lejos detrás de nosotros, y se le ve á la derecha; en vez de aproximarnos á Puzoles, nos alejamos á toda vela.

—En efecto — exclamó Agripina,— ¿qué significa esto? ¡Galo, Galo.....!

Apareció en la puerta un joven caballero romano.

—Galo—dijo Agripina,—dí á Aniceto que quiero hablarle.

Galo salió, seguido de Acerronia.

—¡Justos dioses! — continuó diciendo Agripina.—¡El faro se apaga como por encanto.....! Actea, Actea, sin duda se prepara algo infame. ¡Oh! me habían prevenido que no viniese á Bauli, pero yo no quise dar crédito..... ¡Insensata! ¿Qué hay, Galo?

—Aniceto no puede acudir á tus órdenes; está mandando echar al mar las chalupas.

—Voy á verle yo misma..... ¡Ah.....! ¿Qué ruido es ese encima de nosotros? ¡Por Júpiter! ¡Estamos condenados, el navío se va á pique!

En efecto, apenas pronunció estas palabras Agripina arrojándose en brazos de Actea, cuando la cubierta se hundió con un ruido espantoso. Las dos mujeres se creyeron perdidas; pero, por una extraña casualidad, la parte que cubría el lecho estaba tan sólidamente incrustada en la borda, que sostuvo el peso del lado opuesto que se vino abajo, aplastando en su caída

al joven caballero romano, que se encontraba en pie á la entrada de la cámara. En el mismo momento se escucharon grandes gritos á bordo de la embarcación; oyóse un ruido sordo en las profundidades del navío, y las dos mujeres le sintieron en seguida temblar y gemir bajo sus pies. En efecto, acababan de abrirse varias planchas de la quilla, y el mar, precipitándose por la brecha abierta, golpeaba ya en la puerta de la cámara. Agripina en un instante lo adivinó todo. La muerte estaba á la vez encima y abajo. Miró en rededor, y vió al techo próximo á aplastarla, y al agua dispuesta á sepultarla; la ventana por la que había mirado cuando se apagó el faro de Micenas, estaba abierta; era la única vía de salvación; arrastró á Actea hacia aquella ventana, haciéndola un signo para que saltara, con ese ademán pronto é imperativo que indica que va en ello la vida, y ambas, sin mirar hacia atrás, sin vacilaciones, sin detenerse, se precipitaron abrazadas. En el mismo instante les pareció que eran atraídas por un poder infernal á los abismos más profundos del mar; el navío se hundía dando vueltas, y ellas bajaban con él en el torbellino que formaba; descendieron así durante algunos segundos, que les parecieron un siglo; por fin cesó el movimiento de atracción; sintieron que dejaban de bajar; después, que subían; y por último, medio desvanecidas, volvieron á la superficie del agua. En este momento vieron como á través de un velo otra cabeza que reaparecía cerca de las barcas; oyeron como en un sueño una voz que gritaba: *Yo soy Agripina, soy la madre del César; ¡salvadme!* Actea quiso gritar á su vez para pedir socorro; pero se sintió arrastrada de nuevo por Agripina, y su voz inarticulada no emitió más que un son confuso. Cuando volvieron á sobrenadar, estaban casi fuera del alcance de la vista, y, sin embargo, Agripina le mostró con una mano, mientras nadaba con la otra, un remo que se levantaba y rompía al caer la cabeza de Acerronia, que fue bastante insensata para creer salvarse diciendo á los asesinos de Agripina que era la madre del César.

Entonces las dos fugitivas continuaron hendiendo el agua

silenciosamente en dirección á la costa, mientras que Aniceto, creyendo que estaba realizada su misión de muerte, remaba hacia la parte de Bauli, en donde le esperaba el Emperador. El cielo continuaba puro y el mar tranquilo; sin embargo, era tanta la distancia que había entre el lugar en que Agripina y Actea se habían arrojado al agua, y la costa á la que se dirigían, que, después de haber nadado durante más de media hora, se encontraban aún á una media legua de la tierra. Para colmo de angustia, Agripina, al tirarse, se había herido en la espalda; sentía gran pesadez en un brazo, de suerte que no se había librado de un peligro sino para caer en otro más terrible y más cierto todavía. Actea no tardó en observar que su compañera nadaba con trabajo, y aunque no exhalaba ni una queja, adivinó, en la opresión de su pecho, que tenía necesidad de socorro. Pasó inmediatamente al otro lado, la cogió el brazo, se lo pasó á su cuello como punto de apoyo y continuó avanzando, sosteniendo á Agripina, fatigada, la cual la suplicaba en vano que se salvase sola y la dejara morir.

Durante este tiempo, Nerón había vuelto al palacio de Bauli, y ocupando de nuevo en la mesa el lugar que había abandonado por un instante, mandó venir nuevas cortesanas, nuevos bateleros, ordenó que el festín continuase, y habiéndose hecho traer la lira, cantaba el sitio de Troya. Sin embargo, de cuando en cuando se estremecía, sacudíale un escalofrío, y helaba su frente un sudor frío; porque unas veces creía oir el último grito de su madre, y otras le parecía que el genio de la muerte, al través de aquella atmósfera tibia y perfumada, le rozaba la frente con la punta de sus alas. Por fin, al cabo de dos horas de febril orgía, entró un esclavo, se adelantó hacia Nerón y le dijo al oído una palabra que nadie oyó, pero que le hizo estremecer; en seguida, dejando caer su lira y arrancándose la corona, se lanzó fuera de la sala del festín, sin decir á nadie la causa de aquel terror repentino, y dejó en libertad á sus convidados para que se retiraran ó continuasen la orgía. Pero la turbación del Emperador había sido harto vi-

sible y su salida demasiado brusca para que los cortesanos no hubiesen adivinado que acababa de ocurrir algo terrible; así fue que cada cual se apresuró á imitar el ejemplo del amo, y algunos minutos después de su salida, la sala aquella, tan llena, tan bulliciosa y tan animada hacía un instante, se vió vacía y silenciosa como una tumba profanada.

Nerón se había retirado á su habitación y mandado llamar á Aniceto. Éste, al abordar al puerto, dió cuenta de su misión al Emperador, y el Emperador, seguro de la fidelidad de aquel, no concibió duda alguna acerca de la veracidad de la relación. El asombro de Aniceto fue, pues, grande cuando, al verle entrar, Nerón se adelantó hacia él gritando:

—¿Qué me decías tú que había muerto? Abajo hay un mensajero que viene de parte suya.

—Entonces, preciso es que llegue del infierno—respondió Aniceto;—porque yo he visto hundirse la cubierta y sepultarse el navío, y yo he oído una voz que exclamaba: Soy Agripina, la madre del César; y yo he visto levantarse y caer el remo, que rompió la cabeza de la que tan imprudentemente pedía socorro...

—Pues bien, te has engañado: Acerronia es la que ha muerto, y mi madre la que se ha salvado.

—¿Quién dice eso?

—El liberto Agerino.

—¿Le has visto?

—Todavía no.

—¿Qué va á hacer el divino Emperador?

—¿Puedo contar contigo?

—Mi vida es del César.

—Pues bien, entra en ese gabinete, y cuando yo pida socorro, vienes rápidamente, detienes á Agerino y dices que le has visto levantar el puñal sobre mí.

—Tus deseos son órdenes—respondió Aniceto, inclinándose y entrando en el gabinete.

Nerón permaneció solo, cogió un espejo, y viendo que su

rostro estaba desencajado, ocultó su palidez con rojo; después arregló las ondas de sus cabellos y los pliegues de su toga, como si fuese á presentarse en escena, y se echó en una postura estudiada para esperar al mensajero de Agripina.

Venía á decir á Nerón que su madre se había salvado; le refirió el accidente del trirreme, que el César oyó como si lo ignorase; después añadió que la augusta Agripina fue recogida por una barca en el momento en que, perdidas todas sus fuerzas, no tenía otra esperanza que el socorro de los dioses... La barca la condujo del golfo de Puzoles al lago Lucrino, por el canal que mandara abrir Claudio; una vez en las márgenes del lago, se hizo conducir en litera á su palacio, desde donde mandaba á decir á su hijo que los dioses la habían tomado bajo su protección, y conjurándole á que, por mucho que deseara verla, diferiese su visita, porque tenía necesidad de reposo por el momento. Nerón escuchó hasta el final fingiendo temor, sorpresa y alegría, conforme á lo que decía la relación; después, cuando hubo sabido lo que deseaba saber, es decir, el lugar en que su madre estaba refugiada, puso inmediatamente en ejecución el proyecto que concibiera; arrojó una espada entre las piernas del mensajero y gritó pidiendo socorro: en seguida Aniceto salió de su gabinete, echó mano al enviado de Agripina, y recogiendo el acero que se encontraba á sus pies, antes de que tuviera tiempo de negar el atentado que se le imputaba, puso al prisionero en manos del jefe de los pretorianos, que acudió con su guardia á las voces del Emperador, y se lanzó por los corredores de palacio, diciendo á gritos que Nerón había estado á punto de ser asesinado por orden de su madre.

Mientras ocurrían estas cosas en Bauli, Agripina, como ya hemos visto, fue salvada por una barca de pescadores que regresaba tarde al puerto; pero en el momento de ir á acercarse á la barca, ignorando si la cólera de Nerón iría á perseguirla á su palacio del lago Lucrino, y no queriendo arrastrar en su pérdida á la joven á quien debía la vida, preguntó á Actea si

se encontraba con fuerzas para ganar la orilla que comenzaba á vislumbrarse en la sombría línea de las colinas que parecían separar el cielo del mar; Actea adivinó el motivo por el que obraba así la madre del Emperador, é insistió en seguirla; pero ésta repitió terminantemente la orden para que la dejase, prometiendo llamarla si no hubiera nada que temer; Actea obedeció, y Agripina, inadvertida hasta entonces, gritó pidiendo socorro, y fue recogida por los pescadores, mientras que la griega se alejaba sin ser vista, blanca y ligera por la superficie de las aguas, semejante á un cisne.

Sin embargo, á medida que Agripina se acercaba á la playa, notaba en ésta mucho ruido y movimiento: veía luces que corrían rápidamente á lo largo de la costa, y el viento traía clamores cuya causa trataba de adivinar en su inquietud; era que Aniceto, al regresar al puerto de Bauli, esparció la noticia del naufragio y de la muerte de la madre del Emperador, é inmediatamente la multitud, en la que figuraban nobles y plebeyos, amigos y esclavos, se desparramó por la costa, en la espera de que Agripina ganara viva la orilla, ó que por lo menos su cadáver fuese arrojado por el mar; así fue que en cuanto se divisó á través de la obscuridad una vela blanca, la muchedumbre se precipitó hacia el punto en que iba á atracar, y en cuanto se supo que la barca conducía á Agripina, todos los fúnebres clamores se trocaron en gritos de alegría; de suerte que la madre del César, condenada en un lado del golfo, desembarcaba en el otro con todas las aclamaciones de un recibimiento y todos los honores de un triunfo, y llevada en brazos de sus servidores y escoltada por un gentío afectado por el acontecimiento y despertado enmedio de su sueño, entró en su imperial palacio, cuyas puertas se cerraron inmediatamente detrás de ella; pero todos los habitantes de la costa, desde Puzoles hasta Baya, continuaron sin regresar á sus hogares, y la curiosidad de los que llegaban se mezclaba con la agitación de los que habían acompañado á Agripina desde la orilla del mar; estallaron nuevos gritos de alegría y adhesión, pidiendo

ver á la que el Senado, por orden del Emperador, confirió el título de augusta.

Sin embargo, Agripina, retirada en lo más profundo de sus habitaciones, lejos de entregarse á tales transportes, experimentaba mayor terror, pues toda popularidad era un crimen en la corte de Nerón; con tanta más razón, cuanto que aquella popularidad iba dedicada á un personaje proscripto. Apenas entró en su habitación, mandó llamar á su liberto Agerino, el único hombre con el que creyó poder contar, y le encargó que fuese á llevar á Nerón el mensaje que le hemos visto desempeñar; después, una vez cumplido este primer cuidado, pensó en sus heridas, hizo que le practicasen la primera cura, y luego, alejando á todas sus mujeres, se acostó, con la cabeza envuelta en la manta que cubría su cama, y se entregó por completo á terribles reflexiones, mientras escuchaba los clamores del exterior, que cada vez eran más ruidosos: de repente, aquellas mil voces se callaron, los clamores cesaron como por encanto, extinguiéronse las luces de las antorchas que se reflejaban en las ventanas como el resplandor de un incendio; la noche recobró su obscuridad y el silencio su misterio. Agripina experimentó en todo su cuerpo un temblor mortal, y su frente se inundó de un sudor frío, porque adivinaba que no sin alguna causa se calló la multitud y se apagaron las luces. En efecto, al cabo de un instante oyóse el ruido de un destacamento de soldados armados que entraba en el patio exterior; después sintiéronse pasos que se aproximaban de corredor en corredor y de cuarto en cuarto. Agripina escuchaba aquel rumor amenazador apoyada en un codo, palpitante, pero inmóvil, puesto que, sin esperanza en la huída, ni lo intentó siquiera; por fin, la puerta de su habitación se abrió. Entonces, armándose de todo su valor, se volvió, pálida, pero decidida, y vió en el umbral al liberto Aniceto, acompañado por el tetrarca Hércules, y Olarito, centurión de marina; en la actitud de Aniceto, al que conocía como el confidente, y á veces el ejecutor de Nerón, comprendió que todo estaba resuelto, y renunciando á

toda queja, así como á todo ruego, dijo:—Si vienes como mensajero, anuncia á mi hijo mi restablecimiento; si vienes como verdugo, cumple con tu oficio.

Por toda respuesta, Aniceto sacó su espada y se acercó á la cama, y Agripina, por todo ruego, levantó con impudor sublime la ropa que la cubría, y se limitó á dirigir al verdugo estas dos palabras:

—*¡Feri ventrem!*

El verdugo obedeció, y la madre murió sin pronunciar otra palabra más que aquella maldición á sus entrañas por haber llevado semejante hijo.

Mientras tanto Actea, al dejar á Agripina, continuó avanzando hacia la orilla; pero como al ir á acercarse vió brillar las antorchas y oyó los gritos, y como ignoraba lo que querían decir tales clamores y tales luminarias, resolvió, ya que se sentía aún con algunas fuerzas, no tomar tierra sino al otro lado de Puzoles. En consecuencia, y para ocultarse todavía más á las miradas, siguió el puente de Calígula, nadando bajo la línea sombría que proyectaba en el mar, y deteniéndose de cuando en cuando en las pilastras que se sostenían, á fin de tomar algún descanso; cuando llegó á trescientos pasos de su extremo, poco más ó menos, vió brillar el casco de un centinela, y de nuevo se alejó hacia el mar, aunque las palpitaciones de su corazón y el cansancio de sus brazos le indicasen la perentoria necesidad de llegar prontamente á la playa. La divisó por fin, y tal como la deseaba, baja, sombría y solitaria, mientras llegaban aún hasta ella las luces de las antorchas y los gritos de alegría que repercutían en Baya: por lo demás, aquella luz y aquellos gritos comenzaban á no ser percibidos; la misma playa que viera hacía un momento, desaparecía ahora en la nube que cubría los ojos de la joven, y á través de los cuales cruzaban relámpagos sangrientos; zumbaban sus oídos con zumbido cada vez mayor, como si fuese acompañada por monstruos marinos; quiso gritar, su boca se llenó de agua y una ola pasó por encima de su cabeza. Actea se sintió

perdida si no ponía á contribución todas sus fuerzas; por un movimiento convulsivo, sacó la mitad del cuerpo del elemento que la oprimía, y con este movimiento, por rápido que fuese, tuvo tiempo de llenar de aire sus pulmones; además, la tierra que había entrevisto le parecía sensiblemente aproximada; continuó, pues, nadando, pero pronto volviéronse á apoderarse de ella los síntomas de desfallecimiento, y comenzaron á danzar en su cerebro pensamientos confusos é inauditos: en algunos minutos, y de un modo confuso, volvió á ver todo cuanto le era querido, y su vida entera cruzó ante sus ojos; creía distinguir á un anciano que le tendía los brazos y le llamaba desde la orilla, mientras que una fuerza desconocida paralizaba sus miembros y parecía atraerla á las profundidades del golfo. Después veía la orgía que brillaba con todos sus esplendores, y los cantos resonaban en sus oídos. Nerón, sentado con su lira; sus favoritos aplaudiendo los obscenos cantos, y las cortesanas que entraban, cuyas lascivas danzas asustaban el pudor de la joven. Quería huir, como ya lo hiciera, pero sus pies estaban encadenados con guirnaldas de flores; sin embargo, en el fondo del corredor que conducía á la sala del jardín, volvía á ver á aquel anciano que la llamaba con ademanes.

El anciano tenía alrededor de la frente una brillante aureola que iluminaba su rostro enmedio de la sombra. Le hacía signos para que fuese hasta él, y ella comprendía que se salvaría si lo lograba hacer. Por fin, se apagaron todas las luces, cesó todo el ruido, sintió que de nuevo se iba á fondo, y dió un grito.—Otro grito pareció que respondía al suyo; pero en seguida pasó el agua por encima de su cabeza como un sudario, y todo se confundió en ella, hasta el sentimiento de la existencia; le pareció como si le llevaran á través de un sueño, y que la hacían rodar por la pendiente de una montaña, hasta que al llegar abajo tropezó con una piedra—fue un dolor sordo, como el que se experimenta en un desvanecimiento; después no sintió más que una impresión de frío que subía lenta-

mente hacia el corazón, y que al llegar á él le arrebataba todo, hasta la consciencia de la vida.

Cuando volvió en sí aún no había salido el sol; estaba en la playa envuelta en su amplio manto, y un hombre arrodillado la sostenía la cabeza empapada y con los cabellos sueltos; levantó los ojos hacia el que la auxiliaba, y, cosa extraña, creyó reconocer al anciano que viera en su agonía. Era la misma figura dulce, venerable y serena; de suerte, que le parecía continuar su sueño.

—¡Oh, padre mío!—murmuró Actea.—Me has llamado y he acudido. Héme aquí; me has salvado la vida; ¿cómo te llamas, para que bendiga tu nombre?

—Me llamo Pablo—respondió el anciano.

—¿Y quién eres?—volvió á preguntar.

—Apóstol de Cristo—contestó él.

—No te comprendo—replicó dulcemente Actea;—pero no importa, tengo confianza en tí como en un padre. Condúceme á donde quieras, estoy pronta á seguirte.

El anciano se levantó y marchó delante de ella.

XI

Nerón pasó el resto de la noche en el insomnio y en el temor; temblaba ante la idea de que Aniceto no pudiese alcanzar á Agripina, porque pensaba que ésta no se hubiera detenido más que un momento en el palacio, y que lo que le decía de su debilidad y sufrimiento no fuese sino un medio para ganar tiempo y marchar libremente á Roma: veíala ya entrar resuelta y animosa en la capital, invocando al pueblo, armando los esclavos, sublevando al ejército y haciéndose abrir las puertas del Senado para pedir justicia por su naufragio, por sus heridas, por sus amigos asesinados. A cada ruido temblaba como un niño, porque, á pesar de sus malos tratamientos respecto de ella, no había dejado un instante de temer á su

madre; sabía de lo que era capaz, y lo que podía hacer en contra de él por lo que había hecho por él: á las siete de la mañana llegó un esclavo de Aniceto al palacio de Bauli, y después de solicitar audiencia del Emperador, se arrodilló ante él y le entregó el anillo que Nerón dió al asesino en testimonio de poder absoluto, y que le era devuelto, conforme á su sangriento pacto, como prueba de que el asesinato estaba realizado: entonces, Nerón se levantó lleno de alegría, exclamando que hasta aquel momento no había reinado y que debía su imperio á Aniceto.

Sin embargo, juzgó que era muy importante adelantarse á lo que se dijera y referir á su modo la muerte de su madre. Mandó escribir al instante á Roma, manifestando que había sido sorprendido en su habitación, y armado de un puñal para asesinarle, Agerino, el liberto y confidente de Agripina, y que entonces ésta, noticiosa de que su proyecto había fracasado, y ante el temor de la venganza del Senado, se había castigado á sí misma por el crimen que meditara: añadía que desde hacía mucho tiempo formó su madre el designio de arrebatarle el Imperio, y que se había vanagloriado de que, una vez muerto el Emperador, haría que el pueblo, los pretorianos y el Senado, jurasen obediencia á una mujer; decía que eran obra de su madre los destierros de las personas más distinguidas, y en prueba de esto, levantaba el destierro á Valerio Capito y Licinio Gabolo, antiguos pretores, así como á Calpurnia, mujer de alto rango, y á Junia Calvina, hermana de Silano, el que fue prometido de Octavia. Hablaba también del naufragio como una venganza de los dioses, calumniando de esta suerte á los cielos y á la tierra: por lo demás, quien escribió esta epístola fue Séneca, porque, en cuanto á Nerón, temblaba de tal manera, que no pudo hacer más que firmarla.

Pero, pasado este primer momento, pensó, como hábil cómico, en ostentar su dolor como si representara un papel: se quitó el colorete, que cubría aún sus mejillas; desató sus cabellos, que cayeron esparciéndose, y, encapillándose un hábito

de color sombrío en sustitución de su blanca túnica del festín, bajó y se mostró á los pretorianos, á las cortesanas y hasta á sus esclavos, como abrumado por el rudo golpe que acababa de herirle.

Entonces habló de ir él mismo á ver una vez más á su madre; hizo que trajesen una barca al lugar en que la víspera se despidió de ella con tan tiernos transportes; atravesó el golfo en el que intentó sepultarla, abordó á la orilla que la vió abordar, herida y moribunda; después se adelantó hacia el palacio en que acababa de desarrollarse la última escena de aquel drama: algunos cortesanos, Burro, Séneca y Esporo, le seguían en silencio, tratando de leer en el rostro del soberano la expresión que debían dar á los suyos; Nerón había adoptado la de una profunda tristeza, y todos, al entrar en pos de él en el patio donde los soldados hicieron su primer alto, parecían que también habían perdido una madre como él.

Nerón subió la escalera con paso grave y lento, como conviene á un hijo piadoso que se acerca al cadáver de la que le dió el sér. Después, al llegar al corredor que conducía á la cámara mortuoria, hizo un signo con la mano para que se detuvieran los que le acompañaban, y únicamente llevó á su lado á Esporo, como si hubiese temido abandonarse al dolor delante de los hombres; al llegar á la puerta se detuvo un instante, se apoyó contra la pared y se cubrió el rostro con su manto, como para ocultar sus lágrimas, pero, en realidad, para enjugar el sudor que le corría por la frente; luego, tras un momento de vacilación, abrió la puerta con un movimiento rápido y resuelto, y entró en la habitación.

Agripina continuaba en el lecho. Sin duda el asesino había borrado las señales de la agonía, pues se hubiera dicho que estaba durmiendo: el manto que tenía encima dejaba al descubierto solamente la cabeza, una parte del pecho y los brazos, á los cuales la palidez de la muerte daba la apariencia fría y azulada de un mármol; Nerón se detuvo al pie de la cama, seguido siempre por Esporo, cuyos ojos, más impasibles aún que

los de su amo, parecían mirar con indiferente curiosidad una estatua caída del pedestal; al cabo de un instante se iluminó el rostro del parricida; todas sus dudas habían desaparecido, todos sus temores estaban disipados; el trono, el mundo, el porvenir, le pertenecían por fin á él solo; iba á reinar libremente y sin obstáculos; bien muerta estaba Agripina; después, á este sentimiento sucedió una impresión extraña: sus ojos, fijos en el brazo que le estrechara contra su corazón, y en el seno que le había alimentado, se iluminaron con un deseo secreto; llevó la mano al manto que cubría á su madre, y lo levantó lentamente, de manera que dejase al descubierto por completo el desnudo cadáver. Entonces lo examinó con cínica mirada, después con un sentimiento infame é incestuoso, y dijo:

—Esporo, no sabía que fuese tan hermosa.

Amaneció, y con el día recobró el golfo su vida acostumbrada; cada cual volvió á sus tareas habituales. Habíase esparcido el rumor de la muerte de Agripina, y reinaba una sorda inquietud en toda la plaza, aunque no por eso dejaba de estar, como de costumbre, llena de comerciantes, de pescadores, de desocupados; se hablaba en voz baja del peligro á que había escapado el Emperador; daban gracias á los dioses cuando juzgaban que podían ser oídos, y después pasaban sin volver la cabeza al lado de una hoguera que un liberto llamado Munsler, ayudado por algunos esclavos, preparaba en el camino de Micenas, cerca del palacio del dictador Julio César; pero todo aquel ruído, aquella inquietud, aquellos rumores, no llegaban hasta el retiro á donde Pablo había conducido á Actea. Era una casita aislada que se elevaba en la punta del promontorio que mira á Nisida, y que estaba habitada por una familia de pescadores. Aunque el anciano parecía extraño á la familia, ejercía en aquel lugar una autoridad visible; sin embargo, la obediencia con que parecían acatar sus menores deseos no era servil, sino respetuosa: era la de los hijos al padre, de los servidores al patriarca, de los discípulos al apóstol.

La primera necesidad de Actea era la del descanso; llena de confianza en su protector, y comprendiendo que á partir de aquel día alguien velaba sobre ella, cedió á las instancias del anciano, y se durmió. En cuanto á él, se sentó cerca de ella, como un padre á la cabecera de su hijo, y, con la mirada fija en el cielo, se absorbió poco á poco en una contemplación profunda, de suerte que cuando la joven volvió á abrir los ojos, no tuvo necesidad de contemplar á su protector; y aunque su corazón estaba destrozado por los mil recuerdos que la asaltaban al despertar, le sonrió tristemente y le tendió la mano.

—¿Sufres?—preguntó el anciano.

—Amo—respondió la joven.

Reinaron unos instantes de silencio, y después añadió Pablo:

—¿Qué deseas?

—Un retiro en el que pueda llorar y pensar en él.

—¿Te sientes con fuerzas para seguirme?

—Marchemos—dijo Actea, haciendo un movimiento para levantarse.

—Es imposible en este momento, hija mía; si tú vas fugitiva, yo estoy proscripto; no podemos viajar más que durante las tinieblas. ¿Estás decidida á marchar hoy?

—Sí, padre mío.

—¿No te asusta, siendo tan tierna y delicada, una marcha larga y fatigosa?

—Las jóvenes de mi país están habituadas á perseguir á los corzos en los bosques más espesos y en las montañas más elevadas.

—Timoteo—dijo el anciano volviéndose,—llama á Silas.

El pescador tomó el obscuro manto de Pablo, lo colocó en el extremo de un palo, salió de la cabaña y fijó el palo en el suelo.

La señal no tardó en ser vista, porque á los pocos momentos bajó un hombre á la playa desde la montaña de Nisida, saltó á una barquilla, y, soltando la amarra, comenzó á fran-

quear á fuerza de remos el espacio que separa la isla del promontorio: no fué larga la travesía; al cabo de un cuarto de hora, poco más ó menos, tocó en la orilla, á cien pasos de la casa en que era esperado, y cinco minutos después el tripulante apareció en el umbral de la puerta. La aparición hizo estremecerse á Actea, porque estaba mirando hacia Bauli y no vió nada de lo que había pasado.

El que llegó, que en su tinte bronceado, en el turbante que ceñía su cabeza y en lo fino de sus formas acusaba ser un hijo de Arabia, avanzó respetuosamente y saludó á Pablo en una lengua desconocida. Pablo entonces le dirigió algunas palabras en el mismo lenguaje, con la benevolencia del amigo unida á la autoridad del maestro: Silas, por toda respuesta, se ajustó más sólidamente las sandalias de que iba calzado, apretó su cintura con una cuerda, tomó una cayada de viaje, se arrodilló delante de Pablo, que le dió la bendición, y salió.

Actea miraba á Pablo con asombro. ¿Quién era aquel anciano que ordenaba con voz dulce y firme al mismo tiempo, y que era obedecido como un rey y respetado como un padre? En lo poco que permaneció en la corte de Nerón, Actea tuvo ocasión de apreciar el servilismo bajo todas formas, pero el servilismo mezquino y temeroso, hijo del terror, y no el apresuramiento que nace del respeto. ¿Había acaso dos Emperadores en el mundo, y el que se ocultaba era quizás más poderoso sin tesoros, sin esclavos y sin ejército, que el otro con las riquezas de la tierra, sus ciento veinte millones de súbditos y sus doscientos mil soldados? Sucediéronse estas ideas con tal rapidez en el cerebro de Actea, y se fijaron en él con tal convicción, que se volvió hacia Pablo, y juntando las manos con el mismo acatamiento y el mismo respeto que viera manifestar á todo el que se acercaba al santo anciano, dijo:

—¡Oh, señor! ¿Quién eres, pues, para que todos te obedezcan sin parecer temerte?

—Ya te lo he dicho, hija mía; me llamo Pablo y soy apóstol.

—¿Pero qué es un apóstol?—replicó Actea:—¿es un orador como Demóstenes? ¿Es un filósofo como Séneca? Entre nosotros la elocuencia está representada con unas cadenas de oro que le salen de la boca: ¿Encadenas tú á los hombres con tu palabra?

—Yo llevo la palabra que liberta y no la que encadena—respondió Pablo sonriendo;—y lejos de decir á los hombres que son esclavos, he venido para decir á los esclavos que eran libres.

—En verdad que no te comprendo, y sin embargo, hablas mi lengua materna como si fueras griego.

—He permanecido seis meses en Atenas y año y medio en Corinto.

—¿En Corinto?—murmuró la joven ocultando su rostro entre las manos;—¿hace mucho tiempo de eso?

—Hace cinco años.

—¿Y qué hacías tú en Corinto?

—Durante la semana trabajaba en hacer tiendas para los soldados, los marineros y los viajeros, porque no quería ser una carga para el generoso huésped que me había recibido; después, los días de sábado, predicaba en la sinagoga, recomendando la modestia á las mujeres, la tolerancia á los hombres, y á todos las virtudes evangélicas.

—Sí, sí, recuerdo ahora haber oído hablar de ti—dijo Actea:—¿no habitabas cerca de la sinagoga de los judíos, en casa de un noble anciano llamado Tito Justo?

—¿Le conocías?—preguntó Pablo con visible alegría.

—Era amigo de mi padre—respondió Actea;—sí, sí, lo recuerdo ahora: los judíos te denunciaron y te condujeron ante Galión, que era procónsul de Acaya y hermano de Séneca; mi padre me sacó á la puerta cuando pasabas y me dijo:—mira, hija mía, ese es un justo.

—¿Y cómo se llamaba tu padre? ¿Cómo te llamas tú?

—Mi padre se llama Amycles, y yo me llamo Actea.

—Sí, sí, recuerdo á mi vez; ese nombre no me es descono-

cido. ¿Pero cómo has dejado á tu padre? ¿Por qué has abandonado tu patria? ¿A qué obedece el que te haya encontrado en la playa, sola y moribunda? Dímelo todo, hija mía, y si ya no tienes patria, te ofreceré una; si ya no tienes padre, yo te daré uno.

—¡Oh, jamás, jamás! No me atrevería á referirte...

—¿Es muy terrible tu confesión?

—¡Oh! moriría de vergüenza á la mitad de mi relación.

—Está bien; entonces me corresponde á mí humillarme para que tú te eleves; voy á decirte quién soy, para que me digas tú quién eres; voy á confesarte mis crímenes, para que me confieses tus faltas.

—¡Tus crímenes!...

—Sí, mis crímenes; los he expiado, gracias al cielo, y espero que el Señor me habrá perdonado... Escúchame, hija mía, porque voy á decirte cosas de las que no tienes idea alguna, pero que las comprenderás un día, y á las que adorarás cuando las hayas comprendido.

Yo he nacido en Tarso, en Cilicia; la adhesión de mi ciudad natal á Augusto valió á sus habitantes el título de ciudadanos romanos, de suerte que mis padres, ya ricos, gozaban, además de sus riquezas, de las ventajas inherentes al rango que les había concedido el Emperador: allí fue donde estudié las letras griegas, que florecían entre nosotros lo mismo que en Atenas. Después mi padre, que era judío y de la secta farisea, me envió á estudiar á Jerusalem, bajo la dirección de Gamaliel, sabio y severo doctor en la ley de Moisés. Entonces yo no me llamaba Pablo, sino Saulo.

Había en aquel tiempo en Jerusalem un joven que tenía dos años más que yo: se llamaba *Jesús,* es decir, Salvador, y se contaban acerca de él cosas maravillosas. Decían que un ángel se le apareció á su madre, la saludó en nombre de Dios y la anunció que era la elegida entre todas las mujeres para dar á luz el Mesías; algún tiempo después, la joven se casó con un hombre de edad llamado José, el cual, habiendo ob-

servado que su mujer estaba encinta, y no queriendo deshonrarla, resolvió devolverla secretamente á su familia. Pero cuando estaba pensando esto, el mismo ángel del Señor, que se le había aparecido á María, se le apareció á su vez y le dijo: «José, hijo de David, no temas vivir con María, tu mujer, porque el que nazca de ella está creado por el Espíritu Santo.» En aquella misma época se publicó un decreto de César Augusto para formar el censo de todos los habitantes del Imperio: fue el primer censo que se llevó á cabo por Cirineo, Gobernador de Siria; y como debían ir á inscribirse en sus respectivos lugares, José partió también de la ciudad de Nazareth, que está en Galilea, y fué á Judea, á la ciudad de David, llamada Belén, para inscribirse con María, su esposa; pero mientras estaban allí, sucedió que llegó el tiempo en que debía dar á luz: nació su primogénito, y después de haberle envuelto en los pañales, le acostó en un pesebre, porque no encontraron sitio para ellos en la hostería. Ahora bien, había por aquellos contornos pastores que pasaban la noche en los campos alternando en la vigilancia de sus rebaños: de repente se les presentó un ángel del Señor; se vieron rodeados por un divino resplandor, lo que les llenó de sobresalto; entonces les dijo el ángel:—No temáis nada, porque vengo á traeros una nueva que será para todos los pueblos motivo de grande alegría: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Cristo.

Era que Dios miró á la tierra, y pensó que los tiempos preparados por su sabiduría habían llegado. El mundo entero, ó por lo menos todo lo que la ciencia pagana conocía del mundo, obedecía á un solo poder. Tiro y Sidón se habían derrumbado ante la palabra del profeta; Cartago estaba arrasada, conquistada Grecia, vencidos los galos, quemada Alejandría; un hombre solo gobernaba en cien provincias por la voz de sus procónsules, y por todas partes se experimentaba el yugo que imponía Roma. Sin embargo, á pesar de su poder aparente, e edificio pagano flanqueaba en su base de arcilla; un malestar

desconocido y universal anunciaba que el mundo viejo estaba herido en el corazón, que era inminente una crisis, y que iban á aparecer cosas nuevas y desconocidas; era que ya no existía la justicia, porque había demasiado poder; era que ya no había hombres, porque había demasiados esclavos; era que ya no había religión, porque había demasiados dioses. Ahora bien; como ya se ha dicho, en el momento en que llegaba á Jerusalem, me había precedido un hombre que decía á los poderosos:—No hagais más que lo que se os tiene ordenado.—A los ricos:—Que el que tenga dos vestidos, dé uno al que carezca de ellos.—A los amos:—No hay primero ni último; el reino de la tierra es de los fuertes, pero el reino de los cielos es de los débiles. Y á todos:—Los dioses que adorais son dioses falsos; no hay más que un Dios único y omnipotente que ha creado el mundo, y ese Dios es mi padre, porque yo soy el Mesías que os estaba prometido por las Escrituras.

Como entonces era yo ciego y sordo, cerré los ojos y los oídos, ó más bien me cegó la envidia; luego vino el odio, que me perdió. He aquí en qué ocasión me convertí en el ardiente perseguidor del Hombre-Dios, del cual soy actualmente indigno, pero fiel apóstol.

Un día, que habíamos estado pescando inútilmente Pedro y yo durante todo el día en el antiguo lago de Genezareth, llamado hoy de Tiberíades, Jesús vino á orillas del lago, llevado por la multitud que quería oir su palabra: como la barca de Pedro se encontraba más próxima á la orilla, ó porque Pedro era mejor que yo, Jesús saltó á ella y se sentó; desde allí continuó predicando á la multitud, que le escuchaba en la orilla; después, cuando hubo acabado de hablar, dijo á Pedro:

—Ponte enmedio de las aguas y echa las redes para pescar.

Pedro le respondió:

—Maestro, hemos trabajado toda la noche sin conseguir nada, ¿cómo íbamos á ser más felices ahora?

—Haz lo que te digo—replicó Jesús.

Y Pedro echó las redes, y cogió tal cantidad de pesca que por poco se rompieron sus redes, y entonces llenó de tal manera su barca, que poco faltó para que se fuera á pique. En seguida Pedro, Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que estaban con él en la barca, se hincaron de rodillas, reconociendo que había en ello un milagro; pero Jesús les dijo:

—Levantaos, vuestra tarea ha concluído como pescadores de peces; vuestra misión en adelante será la de conquistar hombres.

Y, saltando á la orilla, se los llevó con él.

Al quedarme solo, me dije: ¿por qué no he de pescar yo allí donde los otros han pescado? Me dirigí al lugar en que estuvieron, eché diez veces mis redes en el mismo sitio en que echaron las suyas, y diez veces retiré las redes vacías. Entonces, en lugar de decirme: Este hombre es verdaderamente lo que dice ser, es decir, el enviado de Dios, me dije: Ese hombre es, sin duda, un mago que entiende de sortilegios, y mi corazón se llenó de una gran envidia hacia él.

Pero como por esta época se marchó de Jerusalem para ir á predicar por toda la Judea, aquel sentimiento se borró poco á poco, y ya había olvidado á quien me lo inspirara, cuando un día que estábamos vendiendo como de costumbre en el templo, oímos decir que Jesús regresaba más glorioso que nunca: había curado á un paralítico en el desierto, dado vista á un ciego en Jericó, y resucitado á un joven en Nasín. De suerte que por donde pasaba, los pueblos tendían sus mantos por el camino, y sus discípulos le acompañaban, radiantes de alegría, llevando palmas en las manos y alabando al Señor en alta voz por todas las maravillas que habían visto.

Enmedio de semejante cortejo se dirigió hacia el templo; pero al ver que estaba lleno de vendedores y compradores, comenzó á echarnos á todos, diciendo:—Está escrito que mi casa es casa de oración, y vosotros hicisteis de ella una caverna de bandidos.—Quisimos resistir al pronto, pero pronto nos convencimos de que todo sería inútil, y que no había medio de

hacer nada contra aquel hombre, porque todo el pueblo estaba pendiente de los labios de él en admiración de lo que decía. Entonces se despertó mi antiguo encono contra Jesús, aumentado por nueva cólera; mi envidia se convirtió en odio.

Algún tiempo después supe que la misma noche de Pascuas, celebrada con sus discípulos, había sido preso Jesús, por orden del gran sacerdote, por un peletón de soldados que guiaba Judas, su discípulo; luego, que había sido conducido ante Pilatos, el cual, al saber que era de Nazareth, se lo envió á Herodes, en cuya jurisdicción estaba Galilea. Pero Herodes, como no encontrara nada en contra de él, á no ser lo de titularse Rey de los judíos, lo devolvió á Pilatos, quien llamó á los Príncipes de los sacerdotes, á los senadores y al pueblo, y les dijo:—Me habéis presentado á este hombre acusándole de instigar al pueblo á la rebelión, pero ni Herodes ni yo le hallamos culpable de los crímenes que le imputais: así, pues, como nada ha hecho para merecer la pena de muerte, voy á hacer que lo azoten y después le pondré en libertad.

Pero todo el pueblo comenzó á gritar:—Hoy es la fiesta de Pascuas, y debes libertar á un criminal: haz que muera éste, y danos á Barrabás.

—Y yo—dijo interrumpiéndose el anciano con voz apagada—me encontraba entre el pueblo, y gritaba con toda la fuerza de mi odio: Que muera éste y danos á Barrabás.

Pilatos habló de nuevo á la multitud pidiendo la vida de Jesús; pero la muchedumbre respondió:—¡Crucifícale, crucifícale!

—Y yo—añadió el anciano golpeándose el pecho—era uno de los que componían la multitud, y gritaba con todas mis fuerzas: ¡Crucifícale, crucifícale!

Insistimos tanto, que por fin Pilatos ordenó que Barrabás fuese puesto en libertad, y entregó Jesús á la voluntad de sus verdugos...

—¡Ah!—exclamó el anciano, prosternándose con la frente en el polvo.—¡Ah! ¡Señor, perdóname! Señor, yo os seguí al

Calvario; Señor, yo os ví clavar los pies y las manos; Señor, yo os ví atravesar el costado; Señor, yo os ví beber hiel y vinagre; Señor, yo ví el cielo cubrirse de tinieblas, ví obscurecerse el sol, ví el velo del templo desgarrarse; Señor, yo os ví exhalar un gran grito diciendo:—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; Señor, ante vuestra voz sentí temblar la tierra hasta en lo profundo..., ó más bien, no ví nada, no oí nada, porque, ya os lo he dicho, Señor, estaba ciego, estaba sordo... Señor, Señor, perdonadme; por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Y el anciano permaneció un rato con la frente en el polvo, rogando y gimiendo en voz baja, mientras Actea le miraba silenciosa y con las manos juntas, sorprendida de tal remordimiento y tal humildad en un hombre á quien juzgaba tan poderoso.....

Por fin, Pablo se levantó y dijo:

—No he concluído aún, hija mía. El odio hacia los discípulos sucedió á mi odio hacia el profeta. Los apóstoles, ocupados del ministerio de la palabra, escogieron siete diáconos para la distribución de las limosnas; el pueblo se amotinó contra uno de sus diáconos, llamado Esteban, y le obligó á que compareciese en el Consejo, donde unos testigos falsos le acusaron de haber proferido blasfemias contra Dios, Moisés y su ley. Esteban fue condenado; en seguida sus enemigos se arrojaron sobre él y le arrastraron á las afueras de Jerusalem, para lapidarlo con arreglo á la ley que castigaba á los blasfemos. Yo estaba entre los que pidieron la muerte del primer mártir; yo no le arrojé piedras, pero guardé los mantos de los que se las arrojaban. Sin duda me alcanzaron á mí los ruegos del santo condenado, cuando exclamó, en esta frase sublime desconocida hasta Jesucristo: Señor, Señor, no les imputes este pecado, porque no saben lo que se hacen.

Sin embargo, si el momento de la gracia no había llegado aún, por lo menos se aproximaba á grandes pasos. Los jefes de la sinagoga, al ver mi ardor en la persecución de la naciente

Iglesia, me enviaron á Siria para buscar los nuevos cristianos y traerlos á Jerusalem. Seguí las márgenes del Jordán desde Jaber hasta Cafarnaum. Volví á ver las orillas del lago de Genezareth, en el que se realizó la pesca milagrosa; por fin, llegué á la cordillera de Hermon, pensando siempre en mi venganza, cuando, al llegar á lo alto de una montaña, desde la cual se descubre la llanura de Damasco y los veintisiete ríos que la fecundan, fuí rodeado de repente por una luz del cielo; caí como cae un hombre muerto, y oí una voz que me decía:

—¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

—Señor—dije temblando, — ¿quién sois y qué me queréis?

—Soy—respondió la voz—Jesús, á quien persigues, y quiero emplearte en propagar mi palabra, á ti que hasta ahora has tratado de ahogarla.

—Señor—repliqué temblando y espantado cada vez más,—Señor, ¿qué debo hacer?

—Levántate y entra en la ciudad, y en ella te dirán lo que tienes que hacer.

Y las gentes que me acompañaban estaban casi tan asustadas como yo, porque oían una voz poderosa y no veían á nadie; por fin, cuando ya no oí nada, me levanté y abrí los ojos; pero me pareció que á la luz deslumbradora había sucedido la noche más obscura. No veía, extendí los brazos y dije: Guiadme, porque ya no veo. Entonces uno de mis servidores me cogió de la mano y me condujo á Damasco, en donde permanecí tres días sin ver, sin beber y sin comer.

Después, al tercer día, me pareció que un hombre llegaba hasta mí que me era desconocido, y que, sin embargo, sabía que se llamaba Ananías; en el mismo instante sentí que me tocaban y me decían: Saulo, hermano mío, el Señor Jesús, que se te ha aparecido en el camino por donde venías, me ha enviado á fin de que recobres la vista y te llenes del Espíritu Santo. En seguida se me cayó de los ojos una especie de escamas, y ví. Entonces caí de rodillas y pedí el bautismo.

Desde entonces, tan ardiente en mi fe como encarnizado

fuí en el odio, he atravesado la Judea, desde Sidón hasta Arad, y desde el monte Seir hasta el torrente de Besor; he recorrido el Asia, la Bitinia y la Macedonia; he visto Atenas y Corinto; he estado en Malta, en Siracusa, y desde allí, costeando Sicilia, entré en el puerto de Puzoles, en el que estoy desde hace quince días, esperando cartas de Roma, las cuales recibí ayer; estas cartas están escritas por hermanos míos que me llaman. El día del triunfo ha llegado, y Dios nos prepara el camino; porque mientras envía la esperanza al pueblo, envía la locura á los emperadores, á fin de minar el mundo antiguo por su base y por su vértice. No es la casualidad, sino la Providencia, la que distribuyó el terror á Tiberio, la imbecilidad á Claudio y la locura á Nerón. Semejantes emperadores hacen dudar de los dioses á quienes adoran: de esta manera, dioses y emperadores caerán juntos, despreciados unos y malditos otros.

—¡Oh, padre mío!—exclamó Actea...—¡Detente! ¡Ten piedad de mí!

—¿Qué tienes tú que ver con esos hombres sanguinarios?—replicó Pablo asombrado.

—Padre mío—repuso la joven, ocultándose el rostro entre las manos,—tú me has contado tu historia, y me preguntas la mía; la mía es corta, terrible y criminal: ¡Soy la querida de César!

—Yo no veo en eso más que una falta, hija mía—respondió Pablo, aproximándose á ella con interés y curiosidad.

—Pero le amo—exclamó Actea—le amo como jamás amaré ni á hombre en la tierra, ni á dioses en el cielo.

—¡Desgraciada, ah!—murmuró el anciano;—en eso está el crimen.

Y arrodillándose en un rincón de la cabaña, se puso á orar.

XII

Cuando llegó la noche, Pablo se sujetó á su vez la cintura, afianzó sus sandalias, cogió su bastón y se volvió hacia Actea: ésta estaba dispuesta y resuelta á huir. ¿A dónde iba? Poco le importaba. Alejábase de Nerón, y en aquel momento, el horror y el temor que experimentó la víspera, la impulsaban aún á realizar aquel proyecto; pero comprendía perfectamente que si se retrasaba un día, que si veía de nuevo al hombre que había tomado sobre ella tan poderosa influencia, todo estaba perdido; que no tendría valor ni fuerzas sino para amarle, á pesar de todo y contra todo, y que su vida desconocida iría otra vez á perderse en aquella vida pujante y agitada, como un arroyo en el Océano, porque para ella, aunque fuese extraño, su amante continuaba siendo Lucio y no Nerón: el vencedor de los juegos olímpicos era otro hombre distinto del Emperador, y su existencia se dividía en dos fases bien diferentes: una era su amor hacia Lucio, cuya absoluta realidad sentía; otra era el amor de Nerón hacia ella, lo que le parecía un sueño.

Al salir de la cabaña, su mirada se dirigió al golfo, testigo la víspera de la terrible catástrofe que hemos referido; las aguas estaban tranquilas, pura la atmósfera, la luna iluminaba el cielo, y la tierra el faro de Micenas; de suerte que se veía la otra parte del golfo tan bien como en un día de Occidente. Actea entrevió la sombría masa de los árboles que rodeaban á Bauli, y al pensar que allí se encontraba Lucio, se detuvo suspirando. Pablo esperó un instante; después dió algunos pasos hacia ella, y le dijo con benévolo acento:

—¿No vienes, hija mía?

—¡Oh, padre mío!—dijo Actea, sin atreverse á confesar al anciano los sentimientos que la embargaban;—ayer abandoné

á Nerón en compañía de su madre Agripina; la embarcación que nos conducía naufragó, nos salvamos nadando, y la perdí en el momento en que era recogida por una barca. Querría no dejar esta playa sin saber lo que ha sido de Agripina.

Pablo extendió la mano hacia la casa de Julio César, mostró á Actea un gran resplandor que se elevaba entre el edificio y el camino de Micenas, y dijo:

—¿Ves aquellas llamas?

—Las veo—respondió Actea.

—Pues bien—repuso el anciano,—esas llamas son las de su hoguera.

Y como si hubiera comprendido que estas solas palabras respondían á todos los pensamientos de la joven, se puso en marcha. En efecto, Actea le siguió en seguida sin pronunciar una palabra, sin exhalar un suspiro.

Costearon el mar durante algún rato, y atravesaron Puzoles; después tomaron el camino de Nápoles. Al llegar á una media legua de la ciudad, la dejaron á la derecha, y se dirigieron por un sendero á tomar el camino de Capua. Hacia la una de la mañana distinguieron Atella, y á poco se encontraron en el camino con un hombre que parecía esperarles: era Silas, el enviado de Pablo. El anciano cambió con él algunas palabras; Silas tomó á campo traviesa, siguiéronle Pablo y Actea, y llegaron á una casita aislada, en la que eran esperados, pues al primer golpe que dió Silas se abrió la puerta.

Toda la familia, incluso los servidores, estaba reunida en un elegante atrio, y parecía esperar. En cuanto el anciano apareció en el umbral, se arrodillaron todos. Pablo extendió las manos sobre ellos, y les bendijo; después el ama de la casa le condujo al triclinio, y antes de ponerse á cenar, pues la mesa estaba ya servida, quiso lavar ella misma los pies del viajero. En cuanto á Actea, extraña á la nueva religión, y presa de los mil pensamientos que la desgarraban el corazón, manifestó deseos de retirarse. En seguida una hermosa joven de quince á diez y seis años, cubierta por el velo como una

vestal, marchó delante de ella, y la condujo á su propia habitación, á la que, instantes después, volvió con la cena.

Todo era motivo de asombro para Actea; jamás había oído hablar de los cristianos en casa de su padre, sino como de una secta de ideólogos insensatos que venía á aumentar el número de todas las escuelas sistemáticas en las que se discutía el dogma de Pitágoras, la moral de Sócrates, la filosofía de Epicuro ó las teorías de Platón; y en la corte imperial, como de una raza impía, entregada á las más absurdas supersticiones y al más infame desenfreno, merecedora de echársela al pueblo, cuando el pueblo solicitaba una expiación; digna de ser arrojada á los leones, cuando los grandes pedían fiesta. No hacía más que una hora desde que Pablo la socorriera; no hacía más que un día que veía á los cristianos, y sin embargo estas pocas horas habían bastado para destruir toda la falsa opinión que la filosofía griega y el odio imperial hubieran podido darle. Lo que sobre todo había comprendido de la secta nueva era la abnegación, porque la abnegación es casi siempre, cualesquiera que sean su creencia y su fe, la virtud dominante de la mujer que ama; de suerte que se había dejado apoderar de una instintiva simpatía hacia aquella religión que prescribía á los poderosos la protección hacia los débiles; á los ricos, la caridad hacia los pobres, y á los mártires, la oración por sus verdugos.

Por la noche, á la misma hora en que partió la víspera, se volvió á poner en camino. Esta vez el camino fue más largo; los viajeros dejaron á su derecha á Capua, á la que una falta de Aníbal ha hecho tan célebre como una victoria; por fin, se detuvieron en las márgenes del Volturno. A los pocos momentos de estar allí salió una barca de una ensenada, conducida por un remero, y se acercó á ellos. Pablo y el desconocido cambiaron un signo de reconocimiento, y el anciano y Actea saltaron á bordo.

Al llegar á la otra orilla, Pablo entregó una moneda al batelero; pero éste cayó de rodillas, besó silenciosamente el

borde del manto del apóstol y permaneció orando en aquella posición humilde hasta bastante tiempo después que se hubiera alejado el que recibiera tales muestras de respeto. A eso de las tres, un hombre que estaba sentado en una de aquellas piedras que los romanos colocaban de trecho en trecho en las carreteras para ayudar á los viajeros á montar en sus caballos, se levantó al acercarse Pablo y Actea: era su silencioso y vigilante correo, que les esperaba como la víspera, para guiarles á su asilo de la noche. En esta ocasión no les esperaba una casa elegante como la del día anterior; era una pobre cabaña; no esperaba una espléndida cena, servida en triclinio de mármol, sino la mitad de un pan humedecido con lágrimas, lo necesario del pobre, pero que fue ofrecido con el mismo respeto que lo superfluo del rico.

Les recibió un hombre que llevaba en la frente el estigma de los esclavos: un collar de hierro al cuello y dos círculos de hierro en las piernas; era el pastor de una rica posesión; llevaba á pacer millares de ovejas que pertenecían á un amo duro y avaro, y él carecía de una piel de cordero para echarse sobre los hombros; había colocado en una mesa un pan, y cerca del pan uno de esos vasos de arcilla que, á pesar de la materia de que están hechos, tienen una forma preciosa; después había extendido en un rincón de la estancia un lecho de hierbas, y al hacer esto había hecho, sin duda alguna, más á los ojos del señor que el rico con su espléndida hospitalidad.

Pablo se sentó á la mesa, y al lado suyo Actea; después su huésped, habiendo hecho por ellos cuanto podía, entró en un cuarto de al lado, y pronto se oyeron á través de la puerta mal cerrada lamentos y sollozos. Actea puso una mano en el brazo de Pablo, y dijo:

—¿No oyes, padre mío?

—Sí, hija mía—respondió el anciano; —derraman aquí lágrimas amargas, pero el que aflige puede consolar.

Un instante después volvió el esclavo y fue á sentarse, sin decir una palabra, en un rincón de la estancia; después apoyó

los codos en sus rodillas y dejó caer la cabeza entre las manos.

Actea, al verle tan triste y angustiado, fué á arrodillarse á su lado:

—Esclavo—le dijo en voz baja,—¿por qué no te diriges á ese hombre? Tal vez tenga algún remedio para la aflicción, algún consuelo para tu dolor.

—Gracias—le respondió el esclavo;—pero nuestra aflicción y nuestro dolor no son de los que se curan con palabras.

—Hombre de poca fe—dijo Pablo, levantándose;—¿por qué dudas? ¿No conoces los milagros del Cristo?

—Sí; pero el Cristo ha muerto—replicó el esclavo, meneando la cabeza;—los judíos le clavaron en una cruz, y ahora está en el cielo á la derecha de su Padre. ¡Bendito sea su nombre!

—¿No sabes tú que ha legado su poder á sus apóstoles?

—¡Hijo mío, hijo mío!—exclamó el padre, estallando en sollozos y sin responder al anciano.

En la habitación de al lado repercutió un gemido, como si fuese el eco de aquella explosión de dolor.

—¡Oh, padre mío!—dijo Actea, dirigiéndose á Pablo;—si puedes hacer algo por estos desgraciados, no dejes de hacerlo, te lo suplico; porque, aun cuando ignoro la causa de su desesperación, me desgarra el alma; pregúntale, pues, lo que le sucede; á tí tal vez te responderá.

—Lo que tiene ya lo sé—replicó el anciano;—carece de fe.

—¿Y cómo quieres que yo crea?—dijo él afligido.—¿Cómo quieres que yo espere? Toda mi vida, hasta hoy, no ha sido más que un dolor: esclavo é hijo de esclavo, no he tenido jamás una hora de alegría; niño, no fuí nunca libre, ni en el seno de mi madre; joven, hube de trabajar incesantemente bajo la verga y el látigo; padre y esposo, me retienen diariamente la mitad del pan que sería necesario para mi mujer y para mi hijo; ¡para mi hijo, que, alcanzado hasta en el vientre de su madre por los golpes que recibió ella durante el embarazo, vino á este mundo maldito estropeado, mudo! ¡Para

mi hijo, al que amábamos, por mucho que le hubiese herido la cólera celeste, y al que esperábamos ver escapar á su suerte á causa de su desgracia misma! Pues bien, no, era demasiada felicidad; su amo le ha vendido ayer á uno de esos hombres que trafican con la carne, que estiman lo que puede producir cada dolencia, que se enriquecen haciendo mendigar para ellos en la plaza de Roma á desgraciados á los cuales vuelven á abrirles las llagas por la noche ó les quiebran los huesos; y ¡mañana, mañana nos lo quitan para entregarle á esa tortura; á él, pobre inocente, que ni siquiera tendrá voz para quejarse, para llamarnos en su ayuda y maldecir á sus verdugos!

—¿Y si Dios curase á tu hijo?—dijo el anciano.

—¡Oh! entonces nos lo dejarían—exclamó el padre,—porque los que venden y compran á estos desgraciados, lo hacen para explotar su miseria y su infortunio, sus piernas colgantes, su lengua muda; si anduviera y si hablase, sería un niño como todos los demás y no tendría valor sino cuando llegara á ser hombre.

—Abre esa puerta—dijo Pablo.

El esclavo se levantó con el rostro demudado, lleno de duda y de esperanza á la vez, se aproximó á la puerta y obedeció la orden que acababa de darle el anciano. Actea, aunque tenía los ojos empañados por las lágrimas, pudo ver entonces lo que ocurría en aquella segunda habitación: había, como en la primera, un lecho de paja, y sobre la paja estaba sentado un niño de cuatro ó cinco años, que sonreía descuidadamente y jugaba con algunas flores, mientras que, cerca de él, estaba echada, con la frente en el polvo y las manos entre los cabellos, rígida é inmóvil, una mujer, que parecía la estatua de la Desesperación.

El rostro del apóstol se revistió ante este espectáculo de una sublime expresión de confianza y de fe; sus ojos se elevaron hacia el cielo, fijos y ardientes, como si penetrasen hasta el trono del Santo de los santos; un rayo de luz volteó en torno de sus cabellos blancos como una aureola, y, sin moverse de

su puesto, sin dar un paso, extendió lenta y gravemente la mano hacia el niño, y dijo estas solas palabras:

—En nombre de Dios vivo que ha creado el cielo y la tierra, levántate y anda.

Y el niño se levantó y dijo:

—¡Señor, Señor, bendito sea tu nombre!

La madre se levantó bruscamente y dió un grito de alegría; el padre cayó de rodillas: el niño estaba salvado.

Y Pablo salió, cerró la puerta, y dijo:

—He aquí una familia de esclavos cuya felicidad daría envidia á una familia de Emperador.

A la noche siguiente continuaron su camino y llegaron á Fondi, de suerte que durante aquel viaje nocturno y misterioso, Actea volvía á ver, uno tras otro, los lugares que recorriera con Nerón en su triunfal carrera; en Fondi fue donde les recibió tan espléndidamente Galba, el anciano á quien los oráculos prometían la corona; su presencia recordó la predicción al Emperador, el cual la había olvidado, gracias á la obscuridad en la cual afectaba vivir el futuro emperador; de suerte que en cuanto llegó á Roma, el primer cuidado de Nerón fue alejar de Italia á su presunto sucesor; en consecuencia, Galba recibió el mando de España, para cuyo punto partió en seguida, más deseoso quizá de alejarse del Emperador, que éste de alejarle del Imperio.

Antes de marchar dió libertad á sus más fieles esclavos, y en casa de uno de estos libertos, convertido á la fe cristiana, fue donde Silas preparó el albergue para el anciano y la joven. El tal esclavo había sido jardinero de los jardines de Galba, y recibió como regalo el día de su emancipación la casita que habitaba en los vergeles de su amo; desde las ventanas de aquella humilde vivienda veía Actea, á la claridad de la luna, la magnífica posesión en la que se alojó con Lucio. Le parecía un sueño uno de los dos viajes. ¡Cuántas cosas extrañas había aprendido! ¡Cuántas ilusiones que tocara con la mano se habían desvanecido! ¡Cuántos dolores, desconocidos

hasta entonces para ella, se habían sucedido desde aquella época! ¡Cómo había cambiado todo! Los floridos jardines, en los que aún se veía andar, habíanse secado y marchitado; lo único que permanecía vivo en su vida árida y solitaria, era su amor, siempre nuevo, siempre el mismo, siempre en pie, é inquebrantable como pirámide enmedio del desierto.

Tres días, ó más bien tres noches todavía, duró su marcha; ocultábanse cuando la luz aparecía, y emprendían de nuevo el viaje cuando las sombras avanzaban por el cielo, precedidos siempre por Silas, y deteniéndose siempre en casa de nuevos adeptos, porque ya la fe comenzaba á contar, sobre todo entre los esclavos y el pueblo, gran número de neófitos. Por fin, al tercer día salieron de Veletri, la ciudad en que murió Coriolán y nació Augusto; y cuando la luna se elevaba en el horizonte, llegaron á la cumbre de la montaña de Albano. Esta vez Silas no les había dejado; marchaba delante de ellos, á distancia de trescientos á cuatrocientos pasos. Pero al llegar á la tumba de Ascanio, se detuvo, esperó que se le uniesen sus acompañantes, y extendiendo el brazo hacia el horizonte, en el que brillaban una multitud de luces y de donde venía un gran rumor, no dijo más que esta palabra, que anunciaba al anciano y á la joven que llegaban al término de su viaje:

—Roma.....

Pablo se hincó de rodillas, y dió gracias al Señor por haberle conducido, después de tantos peligros, al término del viaje y al fin que se había prometido. En cuanto á Actea, se apoyó en la sepultura para no caer al suelo, pues el nombre de la ciudad en aquel lugar desde donde la vió por primera vez, le evocaba un sin fin de recuerdos dulces y crueles.

—¡Oh, padre mío!—dijo la joven;—te he seguido sin preguntarte á dónde íbamos; pero si hubiera sabido que era á Roma..... ¡ah! creo que no hubiese tenido valor para acompañarte.

—No es á Roma á donde vamos—respondió el anciano levantándose.

E inmediatamente, como vieran aproximarse un grupo de jinetes que venía por la vía Apia, Silas dejó el camino y tomó á la derecha á través de la llanura, seguido por Pablo y Actea.

Comenzaron entonces á avanzar entre la vía Latina y la vía Apia, teniendo cuidado también de no seguir ninguno de los dos caminos que arrancaban del primero, y de los cuales uno conducía á Marina, cerca del lago Albano, y el otro al templo de Neptuno, cerca de Ancio. Al cabo de dos horas de marcha, y después de haber dejado á la derecha el templo de la Fortuna femenina, y á la izquierda el de Minerva, entraron en el valle de Egeria, siguieron durante un rato las márgenes del riachuelo Almón, y después, tomando á la derecha y avanzando entre un laberinto de rocas que parecían haber sido arrancadas de la montaña por algún terremoto, se encontraron de repente á la entrada de una caverna.

Silas penetró en ella inmediatamente, é indicó en voz baja á sus compañeros que le siguieran; pero Actea se estremeció, á pesar suyo, ante el inesperado aspecto de aquella sombría abertura que parecía la boca de un monstruo presto á devorarla. Pablo sintió que el brazo de la joven se enlazaba al suyo como para detenerle, y comprendió su terror.

—No temas nada, hija mía—le dijo;—el Señor está con nosotros.

Actea exhaló un suspiro, dirigió una última mirada al cielo tachonado de astros que iba á perder de vista, y penetró con el anciano bajo la bóveda que se abría ante ella.

Después de algunos pasos dados á tientas en una obscuridad tan completa, que únicamente la voz de Silas servía de guía á los que caminaban detrás de él, se detuvo al pie de uno de los macizos pilares que sostenían la bóveda, y frotando uno con otro dos pedruscos, hizo que brotasen algunas chispas que inflamaron una yesca, con la que encendió una antorcha, escondida en la excavación de una roca. Entonces dijo:

—A esta hora no hay peligro, y no darían con nosotros to-

dos los soldados de Nerón lanzados en persecución nuestra.

Actea miró en torno suyo, y al pronto, sus miradas no distinguieron nada: la antorcha, vacilante aún á causa del aire exterior, cuyas corrientes se cruzaban bajo aquellas bóvedas, no lanzaba más que resplandores rápidos y moribundos como pálidos relámpagos, de suerte que los objetos iluminados momentáneamente volvían á la obscuridad, sin que se tuviera tiempo de percibir su forma y su color; poco á poco, sin embargo, los ojos se habituaron á la reverberación aquella, la llama de la antorcha osciló menos, iluminó un círculo mayor, y los viajeros pudieron distinguir hasta los sombríos arcos de aquellas inmensas bóvedas: por fin, cuando ya el aire no llegó hasta ellos, la claridad se hizo más fija y más extensa; unas veces iban apretados como entre dos murallas, otras entraban en una inmensa encrucijada de piedras, de profundas cavidades, en las cuales iba á morir la claridad de la antorcha, que iluminaba con reflejos mortecinos los ángulos de los pilares, blancos é inmóviles como espectros. Había en aquella marcha nocturna; en el ruído de los pasos, que, por tenue que fuese, era repetido por un eco fúnebre; en la falta de aire, á la que todavía no estaban acostumbrados los pulmones, algo tan triste y tan angustioso, que oprimía el corazón de Actea como una pesadilla. De repente se detuvo estremeciéndose, apoyó una mano en el brazo de Pablo, y le mostró con la otra una fila de féretros que guarnecían uno de los lienzos del muro; al mismo tiempo, y en el extremo de aquellas sombrías avenidas, vieron pasar unas mujeres vestidas de blanco, semejantes á fantasmas, con antorchas en la mano, y las cuales se dirigían todas hacia un centro común. Oyeron en seguida, sin dejar de avanzar, una armonía pura, que se parecía á un coro de ángeles y que flotaba melodiosamente bajo las sonoras arcadas. De trecho en trecho, unas lámparas sujetas en los pilares comenzaban á indicar el camino; los féretros se hacían más frecuentes, las sombras más numerosas, los cantos más perceptibles; era que se acercaban á la ciudad subterránea, y sus alrededo-

res comenzaban á poblarse de muertos y de vivos. De cuando en cuando, encontrábanse esparcidas por el suelo rosas y siempervivas que se habían desprendido de alguna corona y se marchitaban tristemente lejos del aire y del sol. Actea recogía aquellas pobres flores, hijas como ella del día y de la luz, asombradas de encontrarse como ella sepultadas vivas en una tumba, y las unía entre sí para formar un ramo pálido é inodoro, como se constituye una esperanza para el porvenir con los restos de una felicidad pasada. Por fin, á la vuelta de una de las mil calles del laberinto, descubrieron un ancho espacio labrado con arreglo al modelo de una basílica subterránea, iluminada por lámparas y antorchas y llena de una población completa, compuesta de hombres, mujeres y niños. Unas cuantas jóvenes, cubiertas con largos velos blancos, entonaban cánticos que repercutían en las bóvedas y que Actea había escuchado ya; un sacerdote se adelantaba á través de la multitud inclinada y se disponía á celebrar los misterios, cuando al acercarse al altar se detuvo de repente, y volviéndose hacia su asombrado auditorio, exclamó con respetuosa inspiración:

—Hay aquí uno más digno que yo para repetiros la palabra de Dios, puesto que la ha oído de la boca de su hijo. Pablo, acércate y bendice á tus hermanos.

Y todo el pueblo, á quien estaba prometida desde hacía mucho tiempo la visita del apóstol, cayó de rodillas; Actea, aunque era pagana, hizo lo que el pueblo, y el futuro mártir subió al altar.

¡Estaban en las Catacumbas.....!

XIII

Era una ciudad completa bajo otra ciudad.

La tierra, los pueblos y los hombres tienen una existencia semejante: la tierra tiene sus cataclismos, los pueblos sus re-

voluciones, el hombre sus enfermedades; todos tienen una infancia, una virilidad y una vejez; su edad difiere en la duración de la misma, y nada más; la una cuenta por miles de años, los otros por siglos, los últimos por días.

En este período que se les concede, hay para cada uno épocas de transición durante las cuales se realizan cosas inauditas, las cuales, relacionándose con el pasado y preparando el porvenir, se revelan á la investigación de la ciencia bajo el título de accidente de la Naturaleza, mientras que se presentan á los ojos de la fe como preparaciones de la Providencia. Ahora bien; Roma había llegado á una de esas épocas misteriosas, y comenzaba á experimentar esos extraños estremecimientos que acompañan al nacimiento ó á la caída de los imperios; sentía palpitar en ella al niño desconocido que había de dar á luz, y que ya se agitaba sordamente en sus vastas entrañas; atormentábala un malestar mortal, y como el que tiene fiebre y no puede encontrar ni sueño ni reposo, consumía los últimos años de su vida pagana, unas veces en accesos de delirio, otras en intervalos de abatimiento: era que, como ya lo hemos dicho, se había deslizado bajo la civilización superficial y exterior que se agitaba en la superficie de la tierra, un principio nuevo, subterráneo é invisible, que llevaba en sí la destrucción y la reconstrucción, la muerte y la vida, las tinieblas y la luz. Así era que diariamente se realizaban, encima, debajo y en torno de ella, acontecimientos inexplicables á su ceguedad, y que sus poetas refieren como prodigios. Eran ruidos subterráneos y extraños que se atribuían á las divinidades del infierno; eran súbitas desapariciones de hombres, de mujeres, de familias enteras; eran apariciones de gentes á las que se creía muertas, y que salían de repente del reino de las sombras para amenazar y predecir. Era que el fuego subterráneo que consumía al Imperio ponía en ebullición, como el oro y el plomo en el crisol, todas las pasiones buenas y malas; solamente que el oro se precipitaba, y el plomo se quedaba en la superficie. Las Catacumbas eran el recipiente misterioso en

donde se condensaba gota á gota el tesoro del porvenir.

Las Catacumbas eran, como ya es sabido, vastas canteras abandonadas: Roma entera, con sus casas, sus palacios, sus teatros, sus baños, sus circos, sus acueductos, había salido de ellas piedra á piedra; eran el seno que había dado á luz la ciudad de Rómulo y de Escipión; pero á contar desde Octavio y del día en que el mármol reemplazó á la piedra, los ecos de aquellas vastas galerías habían cesado de resonar con el paso de los trabajadores. La piedra se había hecho demasiado vulgar, y los Emperadores encargaron el pórfiro de Babilonia, el granito de Tebas y el hierro de Corinto: las inmensas cavernas que se extendían bajo Roma estaban, pues, abandonadas, olvidadas y desiertas, cuando, lentamente y con misterio, las repobló el cristianismo naciente: al principio fueron un templo, después un asilo, luego una ciudad.

En la época en que Actea y el anciano penetraron en ellas, no eran aún más que un asilo: todo el que era esclavo, todo el que era desgraciado, todo el que estaba proscripto, tenía la seguridad de encontrar allí un refugio, consuelos y una tumba; de esta suerte habíanse acogido allí familias enteras, y ya los adeptos de la nueva fe se contaban por millares; pero enmedio de la inmensa muchedumbre que cubría la superficie de Roma, nadie había pensado en observar aquella filtración subterránea, que no era bastante considerable para influir en el exterior y hacer que bajase el nivel de población.

Que no se crea, sin embargo, que la vida de los primeros cristianos se redujo á sustraerse á las persecuciones que comenzaban á nacer; estaba también dedicada por simpatía, por piedad y por valor á tomar parte en todos los acontecimientos que amenazaran á los hermanos que por una necesidad cualquiera veíanse obligados á permanecer entre los muros de la ciudad pagana.

Frecuentemente, cuando amenazaba algún peligro, el neófito de la ciudad superior sentía subir hasta él un socorro inesperado; abríase una trampa invisible bajo sus pies y se cerra-

ba sobre su cabeza; la puerta de su prisión giraba misteriosamente sobre sus goznes, y el carcelero huía con su víctima, ó bien cuando la cólera era tan pronta, que, semejante al rayo, hería al mismo tiempo que brillaba el relámpago; cuando el neófito se convertía en mártir, ya porque fuera ahogado en la prisión de Tulus, ó porque su cabeza rodase en la plaza pública, ó porque le precipitaran desde lo alto de la roca Tarpeya, ó porque le crucificasen en el monte Esquilino; algunos ancianos prudentes, algunos jóvenes audaces, y á veces algunas tímidas mujeres, aprovechaban las tinieblas de la noche, escalaban por senderos apartados la montaña maldita en la que se arrojaban los cadáveres de los condenados, para que fuesen devorados por las bestias feroces y las aves de rapiña, cargaban con los mutilados cuerpos y los llevaban religiosamente á las Catacumbas, en donde, de objetos de odio y execración para sus perseguidores, se convertían en objeto de veneración y de respeto para sus hermanos, quienes se exhortaban unos á otros á vivir y morir, como el elegido que les precedió en el cielo, vivió y murió sobre la tierra.

Sucedía también á menudo que la muerte, cansada de herir á la luz del sol, venía á escoger alguna víctima en las Catacumbas; en este caso, no se trataba de una madre, un hijo, una esposa, que perdía un padre ó un marido: era una familia entera que lloraba á un hermano; depositábanle entonces en su féretro; si era una joven, la coronaban de rosas; si era un hombre ó un anciano, le ponían una palma en la mano, y el sacerdote rezaba el oficio de difuntos; luego le colocaban dulcemente en la tumba de piedra, abierta de antemano, y en la que había de dormir en espera de la resurrección eterna: esos eran los féretros que Actea vió al entrar por primera vez bajo aquellas bóvedas desconocidas; entonces le inspiraron con terror profundo, que no tardó en convertirse en melancolía: la joven, pagana aún por el corazón, pero cristiana ya por el alma, se detenía algunas veces horas enteras ante aquellas tumbas, en las que una madre, una esposa ó una hija desconsoladas grabaron,

con la punta de un cuchillo, el nombre de la persona amada, y algún símbolo religioso, alguna inscripción santa, que expresaban su dolor ó su esperanza. En casi todas había una cruz, emblema de resignación para los hombres, á los que recordaba los sufrimientos de un Dios; veíase también el candelero de siete brazos que alumbrara en el templo de Jerusalem, ó bien la paloma del arca, tierna mensajera de misericordia, que trae á la tierra la rama de olivo que fué á recoger en los jardines del cielo.

Pero á veces también revivían poderosos en el corazón de Actea sus recuerdos de felicidad: entonces espiaba los rayos del día y escuchaba los ruidos de la tierra; entonces iba á sentarse sola y aislada junto á un pilar macizo, y con las manos cruzadas y la frente apoyada sobre las rodillas, cubierta con un largo velo, hubiese parecido, á los que pasaban cerca de ella, una estatua sentada sobre una tumba, si á veces no se la hubiera oído suspirar, y no se hubiese visto estremecerse su cuerpo con un estremecimiento de dolor. Entonces Pablo, que era el único que sabía lo que pasaba en aquella alma; Pablo, que había visto á Cristo perdonar á la Magdalena, encomendaba á Dios y al tiempo el cuidado de cicatrizar aquella herida, y, al verla así, muda é inmóvil, decía á las más puras de las vírgenes: —Rogad por esa mujer, á fin de que el Señor la perdone y sea un día una de vosotras, y que á su vez ruegue con vosotras.— Las jóvenes obedecían, y, fuese que sus oraciones subiesen al cielo, fuera que las lágrimas dulcificasen la amargura del dolor, no tardaba en verse á la griega reunirse con sus jóvenes compañeras, con la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos.

Sin embargo, mientras que los cristianos, ocultos en las Catacumbas, vivían esta vida de caridad, de proselitismo y de espera, los acontecimientos se precipitaban encima de su cabeza: todo el mundo pagano se bamboleaba como un hombre ébrio, y Nerón, príncipe del festín y rey de la orgía, se atiborraba de placeres, de vino y de sangre. La muerte de Agripi-

na había roto el último freno que podía contenerle aún por aquel temor de niño que el joven experimenta hacia su madre; pero en cuanto se consumió la llama de la hoguera de cremación, pareció extinguirse con ella todo pudor, toda conciencia, todo remordimiento. Quiso permanecer en Bauli porque, á la desaparición de los sentimientos penosos, había sucedido el miedo, y Nerón, por mucho que despreciara á los hombres, por mucha que fuese su impiedad respecto de los dioses, no podía pensar que semejante crimen dejase de sublevar contra él el odio de los unos y la cólera de los otros; permanecía, pues, lejos de Nápoles y de Roma, en espera de las nuevas que le trajesen sus correos; pero se equivocó al dudar de la bajeza del Senado, pues no tardó en ir á felicitarle una diputación de patricios y caballeros por haber escapado á aquel nuevo é imprevisto peligro, y á manifestarle que no solamente en Roma, sino en todas las ciudades del Imperio, se llenaban los templos y se manifestaba la alegría ofreciendo sacrificios. En cuanto á los dioses, si ha de creer á Tácito, que bien hubiera podido prestarles un poco de su rigorismo y su severidad, fueron menos acomodaticios: á falta de remordimientos, enviaron el insomnio al parricida, y durante el insomnio oía repercutir una trompeta en las cumbres de las colinas cercanas, y llegaban hasta él, procedentes del lado en que se encontraba la tumba de su madre, gritos quejunbrosos y desconocidos.—Como consecuencia de esto se volvió á Nápoles.

Allí encontró á Popea, y con ella se renovó el odio contra Octavia, la desgraciada hermana de Británico, pobre criatura que, arrebatada al que amaba con pureza de virgen, fue lanzada por Agripina en los brazos de Nerón; pobre esposa, cuyo duelo comenzó el día de las bodas, que no entró en el hogar conyugal sino para ver morir en él envenenados á su padre y á su hermano, para luchar en vano con una querida más poderosa, y que, lejos de Roma, llevaba veinte años desterrada en la isla de Pandataria; separada ya de la vida por el presentimiento de la muerte, sin más corte que centuriones y solda-

dos, corte terrible, cuyas miradas se volvían incesantemente hacia Roma, y que no esperaba más que una orden, un gesto, un signo, para que cada adulador se convirtiese en un verdugo. Pues bien; esa vida, por aislada, infeliz é ignorada que estuviese, atormentaba aún á Popea enmedio de sus esplendores adúlteros y de su poder sin límites; porque la belleza, la juventud y las desgracias de Octavia la habían hecho popular, los romanos la compadecían instintivamente, y por ese sentimiento natural al hombre que se compadece ante el sér débil que sufre; pero este mismo interés podía contribuir á perderla, y nunca á salvarla, porque era más tierno que fuerte, y parecido al que se experimenta por una gacela herida ó por una flor con el tallo roto.

Nerón, á pesar de su indiferencia por Octavia y las instancias de Popea, vacilaba en herir. Hay crímenes tan inútiles, que el hombre más cruel duda en cometerlos, porque lo que el culpable coronado teme no son los remordimientos, sino la falta de pretexto. La cortesana comprendió, pues, lo que contenía al Emperador, porque sabiendo que no era el amor ni la piedad, trató de averiguar la verdadera causa, y no tardó en adivinarla; así fue que un día estalló una sedición, el nombre de Octavia fue pronunciado con gritos que pedían su regreso; las estatuas de Popea fueron arrojadas de sus pedestales y arrastradas por el fango; vino después un destacamento armado con látigos que dispersó á los rebeldes y volvió á colocar en sus pedestales las efigies de Popea; la rebelión duró una hora y costó un millón; no era pagar demasiado cara la cabeza de una rival.

Porque la tal demostración era todo lo que Popea necesitaba. Popea estaba en Roma y marchó á Nápoles; dijo que iba huyendo de los asesinos pagados por Octavia; estaba radiante de terror y se arrojó á los pies de Nerón. Nerón envió á Octavia la orden para que se diera muerte.

En vano ofreció la pobre desterrada reducirse á los títulos de viuda y de hermana; en vano invocó el nombre de los ger-

mánicos, sus comunes antepasados, y el de Agripina, que, mientras vivió, veló por ella; todo fue inútil, y como se resistía á obedecer y no se atrevía á herirse ella misma, la ataron los brazos, la abrieron las cuatro venas, cortáronla después las cuatro arterias, porque la sangre, helada por el terror, tardaba en brotar, y como no moría aún, la asfixiaron con el vapor de un baño hirviendo. En fin, para que no dudase de la muerte, de miedo que no se la ocurriese pensar que habían sustituído una víctima vulgar á la víctima imperial, separaron la cabeza del tronco y se la enviaron á Popea, la cual se la puso en las rodillas, la levantó los párpados, y creyendo tal vez ver una amenaza en aquella mirada vidriosa, le clavó en los ojos los alfileres de oro con que sujetaba su cabellera.

Por fin Nerón regresó á Roma, y su locura y disolución llegaron al colmo: se celebraron juegos, en los que los senadores pelearon en el lugar de los gladiadores; torneos de canto, en los que se castigaba con la muerte á los que no eran aplaudidos; hubo un incendio, en el que ardió la mitad de Roma, y que contempló Nerón aplaudiendo y cantando con su lira: por fin, Popea comprendió que era tiempo de contener al que ella había excitado; que placeres tan inauditos y monstruosos minaban su influencia, basada toda en los placeres. Bajo pretexto de su embarazo, se negó á ir al teatro un día en que Nerón iba á cantar: esta negativa mortificó al artista; habló como Emperador, Popea resistió como favorita, y Nerón, impacientado, la mató de un puntapié.

Entonces Nerón pronunció un elogio de aquella mujer en la tribuna, y no pudiendo alabarla por sus virtudes, la alabó por su hermosura: después ordenó él mismo los funerales, pues no quiso que el cuerpo fuese quemado, sino embalsamado á la manera de los Reyes de Oriente; y Plinio el naturalista asegura que Arabia no produce en un año tanto incienso y mirra como consumió el Emperador en los divinos funerales de aquella que hiciera herrar con oro á sus mulas y empleaba diariamente para sus baños la leche de quinientas burras.

Las lágrimas de los malos Reyes caen sobre los pueblos transformadas en lluvia de sangre; Nerón acusó á los cristianos de los crímenes que él mismo cometiera, y comenzó una nueva persecución, más terrible aún que las precedentes.

El celo de los catecúmenos redobló entonces ante el peligro: diariamente había nuevas viudas y nuevos huérfanos que reclamaban consuelo; todas las noches había que sustraer nuevos cuerpos á las bestias feroces y á las aves de rapiña. Por fin, Nerón se percató de que le robaban sus cadáveres; puso guardia en torno del monte Esquilino, y una noche en que algunos cristianos, guiados por Pablo, venían, como de costumbre, á cumplir con su santa misión, cayeron sobre ellos de improviso unos soldados, ocultos en un repliegue de la montaña, y los hicieron prisioneros, á excepción de uno solo: éste era Silas.

Corrió á las Catacumbas y llegó cuando los fieles se reunían para la oración. Les anunció la fatal nueva, y todos cayeron de rodillas para implorar al Señor. Solamente Actea permaneció en pie, porque el Dios de los cristianos no era todavía el suyo. Clamaron algunos contra la impiedad y la ingratitud de la griega; pero Actea extendió el brazo hacia la multitud para reclamar silencio, y cuando lo hubo conseguido, dijo:

—Mañana iré á Roma y trataré de salvarle.

—Y yo—dijo Silas—vuelvo esta noche para morir con él, si tú no lo consigues.

XIV

Al día siguiente por la mañana, Actea, conforme á su promesa, salió de las Catacumbas y tomó el camino de Roma; marchaba sola y á pie, vestida con una larga estola, que la caía desde el cuello hasta los pies, y cubierta con un velo que le ocultaba el rostro; llevaba en su cinturón un puñal corto y afilado, porque temía ser insultada por algún patricio ébrio ó

algún soldado brutal; además, en el caso de que no saliera bien en su empresa, si no obtenía el perdón de Pablo, que iba á solicitar, pediría que le dejasen verle, y le entregaría el arma, para que se librase de un suplicio terrible y vergonzoso. Como se ve, Actea continuaba siendo la hija de Acaya, nacida para ser sacerdotisa de Diana y Minerva, criada en las ideas y en los ejemplos paganos; y sin olvidarse nunca de Aníbal bebiendo el veneno, Catón abriéndose las entrañas y Bruto arrojándose sobre su espada, ignoraba que la nueva religión prohibía el suicidio y glorificaba el martirio, y que lo que constituía una vergüenza á los ojos de los gentiles era una apoteosis á los ojos de los fieles.

Al llegar á algunos pasos de la puerta Metroni, más allá de la cual continuaba en la misma Roma el valle Egeria, por el que había venido desde las Catacumbas, le temblaron las rodillas y palpitó su corazón con tal violencia, que se vió obligada, para no caer, á recostarse contra un árbol; iba á ver de nuevo al que no había visto desde la terrible noche de las fiestas de Minerva. ¿Encontraría á Lucio ó á Nerón, al vencedor de los juegos olímpicos ó al Emperador, al amante ó al juez? En cuanto á ella, comprendía que la especie de marasmo en que cayó su corazón durante la prolongada estancia en las Catacumbas, obedeció al frío, al silencio y á las tinieblas de aquella vivienda, y que volvía á la vida al encontrarse de nuevo á la luz del día, en donde germinaba otra vez al amor, como una flor al sol.

Por lo demás, como ya hemos dicho, todo lo que había pasado en la superficie de la tierra tuvo un eco en las Catacumbas, pero un eco fugitivo, lejano, engañador; Actea había, por consiguiente, sabido el asesinato de Octavia y la muerte de Popea; pero todos esos detalles infames que los historiadores nos han transmitido estaban aún encerrados en un círculo de verdugos y cortesanos, fuera del cual no habían transpirado más que rumores vagos é indicios incompletos; únicamente la muerte de los Reyes arranca el velo que cubre su

vida, y tan sólo cuando Dios hace de la majestad de aquéllos un cadáver impotente, es cuando la verdad, desterrada de los palacios, regresa á posarse en las tumbas reales. Todo lo que sabía Actea era que el Emperador no tenía ya ni mujer ni amante, y una secreta esperanza le decía que el soberano había quizás guardado en un rincón de su corazón el recuerdo del amor que embargaba el alma de ella.

Volvió á ponerse en camino y franqueó la puerta de la ciudad: era una hermosa y tibia mañana de Julio, el VX de las calendas, día designado sobre los felices. Eran las dos de la mañana, que corresponde á las siete nuestras, hora también contada entre las dichosas. Fuera porque esta coincidencia de fechas condujera á cada cual á la realización de sus negocios ó placeres, fuese por el anuncio de una fiesta que atrajera á la multitud, ó bien porque un espectáculo inesperado hubiera sacado al pueblo de sus ocupaciones diarias y matutinas, las calles estaban llenas de transeuntes, los cuales se dirigían casi todos hacia el Foro.

Actea les siguió. Era el camino del Palatino, y en el Palatino esperaba encontrar á Nerón. Entregada por completo á la emoción que le inspiraba la próxima entrevista, avanzaba, sin ver y sin oir, por la calle que se extendía entre Celio y el Aventino, la cual estaba tapizada con preciosas alfombras y llena de flores como en las solemnidades públicas; al llegar al ángulo del Palatino vió á los dioses de la patria, revestidos con sus ornamentos de fiesta y con sus frentes ceñidas por coronas de césped, roble y laurel; tomó entonces á la derecha, y no tardó en encontrarse en la vía Sacra, por donde pasara en triunfo cuando su primera entrada en Roma. La multitud, que cada vez era mayor, se dirigía al Capitolio, en donde parecía que se preparaba alguna suntuosa solemnidad; pero nada importaba á Actea lo que sucediera en el Capitolio; á quien buscaba era á Lucio. Así que, al llegar á la altura del templo de Romo y Rómulos, tomó la izquierda, paró rápidamente entre los templos de Febea y de Júpiter Stator, subió la escale-

ra que conducía al Palatino, y se encontró en el vestíbulo de la morada real.

Allí comenzó para ella la primera revelación de la extraña escena que iba á desarrollarse ante su vista. Frente á la puerta del atrio se hallaba colocado un magnífico lecho, recubierto de púrpura de Tiro, bordada en oro, alzado sobre un pedestal de marfil y resguardado por ricos paños en forma de tienda de campaña. Todo el cuerpo de Actea se estremeció, su frente se llenó de un sudor frío y una nube pasó por delante de sus ojos; aquel lecho, expuesto á los ojos de la multitud, era un lecho nupcial; sin embargo, la joven quiso dudar aún; se acercó á un esclavo y le preguntó lo que significaba el lecho, y el esclavo respondió que era el de Nerón, quien, en aquel momento, se casaba en el templo de Júpiter Capitolino.

La joven experimentó en aquel instante un repentino y avasallador renacimiento de la pasión que la había perdido: olvidó todo; las catacumbas que la prestaron un asilo, los cristianos que habían puesto en ella sus esperanzas y el peligro en que se encontraba Pablo, el que la salvó, y al que ella, á su vez, venía á salvar; llevó la mano al puñal, que tomó como una defensa para el pudor ó un recurso contra la vergüenza, y, dando un salto con el corazón lleno de velos, se precipitó por la escalera y se lanzó al Capitolio para ver á aquella nueva rival, que le arrebataba el corazón del amante en el momento en que tal vez ella lo iba á reconquistar. La muchedumbre era inmensa, y sin embargo, con una fuerza que da una pasión verdadera, se abrió un paso, porque se comprendía desde luego, á pesar del velo que le cubría por completo el rostro, que aquella mujer, de andar resuelto y rápido, marchaba hacia un fin importante y no permitía que la detuvieran en el camino. De esta manera siguió la vía Sacra, hasta el punto en que bifurcaba bajo el arco de Escipión, y tomando el camino más corto, es decir, el que pasaba entre las prisiones públicas y el templo de la Concordia, entró con paso decidido en el templo de Júpiter Capitolino. Entonces, al pie

de la estatua del Dios, rodeados de los diez testigos exigidos por la ley y que habían sido escogidos entre los patricios más nobles, sentados sobre la piel del cordero que sirvió de víctima, vió á los novios con el rostro velado, de suerte que al principio no pudo reconocer quién era aquella mujer; pero en aquel instante el gran pontífice, después de haber hecho una libación con leche y vino mezclado con miel, se dirigió al Emperador y le dijo:

—Lucio Domicio Claudio Nerón, te entrego á Sabina; sé su esposo, su amigo, su tutor y su padre; te hago dueño de todos estos bienes, y los confío á tu buena fe.

Al mismo tiempo puso la mano de la mujer en la del esposo, y la despojó del velo para que todos pudieran saludar á la nueva Emperatriz. Entonces Actea, que dudaba todavía á pesar de haber oído el nombre, se vió obligada á rendirse á la evidencia cuando vió el rostro. No cabía duda, era la joven del buque y del baño, era Sabina, la hermana de Esporo.—¡Ante los dioses y los hombres, el Emperador se casaba con una esclava...!

Entonces Actea se dió cuenta del sentimiento extraño que había experimentado siempre hacia aquel sér misterioso; era una repulsión instintiva, un presentimiento, uno de esos odios inconscientes que experimentan las mujeres hacia las que algún día han de ser sus rivales. Nerón se casaba con aquella joven que había dado á Actea, que la había servido, que fue su esclava, que ya desde entonces quizás compartía con ella el amor de su amante, sobre la que tuvo derecho de vida y muerte, y á la que no había ahogado entre sus manos por no sospechar que un día pudiera devorarla el corazón. ¡Oh! no era posible; por segunda vez la miró con expresión de duda; pero el sacerdote no se había engañado, era realmente Sabina, Sabina con traje de desposada, revestida con la túnica blanca unida, adornada con cintas, con el talle sujeto por el cinturón de lana de oveja, cuya ruptura estaba reservada al esposo, con los cabellos atravesados por la flecha de oro que recor-

daba el rapto de las Sabinas, y con el velo de color de fuego sobre los hombros, ornamento nupcial que la desposada no lleva más que un día, y que fue en todo tiempo elegido como un presagio feliz, porque es el adorno habitual de la mujer del flaminio, á quien las leyes prohiben el divorcio.

En aquel momento los desposados se levantaron y salieron del templo: en la puerta les esperaban unos caballeros romanos que conducían las cuatro divinidades protectoras de los matrimonios, y cuatro damas pertenecientes á la más alta nobleza romana, con sendas antorchas de pino. Tigelino aguardaba en el umbral con el dote de la nueva esposa. Nerón lo recibió, puso sobre la cabeza de Sabina la corona, y la echó sobre los hombros el manto de las Emperatrices; después subió con ella á una litera espléndida y descubierta, y el Emperador abrazó á Sabina á los ojos de todos y enmedio de generales aplausos, entre los que se distinguían los acentos cortesanos de los griegos, quienes en su lenguaje, hecho para la adulación, osaban hacer votos por la fecundidad de aquella extraña unión.

Actea les siguió, creyendo que iban á volver directamente á palacio; pero al llegar al pie del Capitolio, torcieron por Vivo Tosco, atravesaron el Velabrio, llegaron al barrio de Aniceto y entraron en el Campo de Marte por la puerta triunfal. Nerón quería presentar al pueblo á su nueva Emperatriz. La condujo al foro Olitorio, al teatro de Pompeyo, á los pórticos de Octavio. Actea les siguió por todas partes, sin perderles un momento de vista; á los mercados, á los templos, á los paseos. Un festín espléndido estaba preparado en la colina de los Jardines. Actea permaneció de pie, apoyada en un árbol durante todo el tiempo que duró la comida. Regresaron por el foro de César, donde les esperaba el Senado para felicitarles. Actea escuchó la arenga, apoyada en la estatua del dictador; de esta suerte transcurrió el día entero, porque hasta la noche no tomaron el camino de palacio; y Actea permaneció todo el día en pie, sin tomar alimento, sin pensar en el cansancio ni en el

hambre, sostenida por los celos que ardían en su corazón y cuyo fuego corría por todas sus venas. Volvieron, por fin, á palacio, y Actea entró con ellos: la cosa era fácil, todas las puertas estaban abiertas, porque Nerón, al contrario de lo que sucedía á Tiberio, no temía al pueblo. Antes bien, sus prodigalidades, sus fiestas, sus espectáculos, hasta su misma crueldad, que no hería más que cabezas elevadas ó enemigos de las creencias paganas, le habían hecho amar de la multitud, y todavía hoy es tal vez en Roma el Emperador cuyo nombre haya conservado mayor popularidad.

Actea conocía el interior del palacio por haberlo recorrido con Lucio; su traje y su velo blanco la daban la apariencia de una de las jóvenes compañeras de Sabina; nadie, por lo tanto, se fijó en ella, y mientras que el Emperador y la Emperatriz pasaban al triclinio para tomar la cena, se deslizó en la cámara nupcial, á la que se había vuelto á llevar el lecho, y se escondió detrás de una de las cortinas.

Permaneció allí dos horas, inmóvil, muda, sin que su respiración hiciese ondular su estola delantera que pendía de su cuello: ¿á qué había ido allí?, no lo sabía; pero durante aquellas dos horas, su mano no se apartó del mango del puñal. Por fin, oyó un ligero rumor, sintiéronse pasos de mujeres que se acercaban, la puerta se abrió, y Sabina, conducida por una matrona romana, perteneciente á una de las primeras y más antiguas familias, llamada Calvia Crispinela, y que servía de madre á la desposada, como Tigelgino le sirvió de padre, entró en la cámara con su traje de boda, excepto el cinturón de lana, que Nerón rompió durante la comida para que Calvia pudiese desnudar á la novia; comenzó por desatar las trenzas postizas colocadas en lo alto de la cabeza en forma de torre, y los cabellos cayeron sobre los hombros; después la quitó el *flameum*, y, por último, la despojó de las vestiduras, de suerte que la joven se quedó con una sencilla túnica, y, cosa extraña, á medida que desaparecían aquellos diversos atavíos, parecía operarse ante los ojos de Actea una metamorfosis inaudita: Sabi-

na desaparecía para dejar el puesto á Esporo, tal como Actea le vió descender del navío y marchar al lado de Lucio, con su túnica flotante, desnudos los brazos y esparcidos los cabellos. ¿Era aquello sueño ó realidad? ¿Acaso no formaban más que un sólo sér el hermano y la hermana? ¿Se volvía loca Actea? Una vez que dió fin á sus funciones, Calvia se inclinó ante su extraña Emperatriz. El sér andrógino, fuera el que fuese, la dió gracias, y la joven griega reconoció la voz de Esporo tan claramente como la de Sabina; por fin, Calvia salió. La recién casada permaneció sola, miró á todos lados, y creyendo no ser vista ni oída de nadie, dejó caer sus brazos con abatimiento y exhaló un sispiro, mientras que dos lágrimas corrían por sus mejillas; después, con profundo sentimiento de asco, se acercó al lecho; pero en el instante en que iba á poner el pie en el primer escalón, retrocedió espantada dando un penetrante grito; había visto, entre las cortinas de púrpura, el rostro pálido de la joven corintia, la cual, al verse descubierta y comprender que su rival iba á escapársele, saltó hasta ella como una tigre; pero el sér al que perseguía era harto débil para huir ó para defenderse; cayó de rodillas, extendiendo las manos hacia Actea, temblando ante la hoja del puñal que brillaba en manos de la griega; de repente se sintió iluminada por un rayo de esperanza, y exclamó:

—¿Eres tú, Actea, eres tú?

—Sí, yo soy—respondió la joven...—Soy yo, Actea. ¿Pero tú quién eres? ¿Eres Sabina? ¿Eres Esporo? ¿Eres un hombre? ¿Eres una mujer?... Responde, habla... pero ¡habla!

—¡Ah!—exclamó el eunuco, cayendo desvanecido á los pies de Actea;—¡no soy ni una cosa ni otra!

Actea, estupefacta, dejó caer el puñal.

En este momento se abrió la puerta, y varios hombres entraron precipitadamente. Eran esclavos que venían á traer las estatuas de los dioses protectores del matrimonio. Vieron á Esporo desvanecido y á una mujer desgreñada, pálida, con los ojos fuera de las órbitas, inclinada sobre aquél, y un puñal en

el suelo: lo adivinaron todo, se apoderaron de Actea y la condujeron á las prisiones del palacio, junto á las cuales pasara la prisionera en aquella dulce noche en que Lucio preguntó por ella, y de las que oyó brotar quejidos tan lastimeros.

En la prisión se encontró con Pablo y Silas.

—Te esperaba—dijo Pablo á Actea.

—¡Oh, padre mío!—exclamó la joven corintia;—había venido á Roma para salvarte.

—Y no pudiendo salvarme, vienes á morir conmigo.

—¡Oh, no, no!—dijo la joven avergonzada;—no, te he olvidado; soy indigna de que me llames hija tuya. Soy una desgraciada, una miserable que no merece piedad ni perdón.

—Le sigues amando.

—No, ya no le amo, padre mío, porque es imposible que le ame todavía; pero repito que estoy loca; ¡oh! ¡quién me librará de mi locura! No hay hombre en la tierra ni Dios en el cielo con suficiente poder para realizarlo.

—Acuérdate del hijo del esclavo: el que cura el cuerpo puede sanar el alma.

—Sí;—pero el hijo del esclavo poseía la inocencia á falta de la fe: yo no tengo fe todavía, ni tengo ya inocencia.

—Y sin embargo—replicó el apóstol,—aún no se ha perdido todo si te queda el arrepentimiento.

—¡Ah!—murmuró Actea con acento de duda.

—Pues bien, acércate—dijo Pablo sentándose en un rincón del calabozo;—ven, quiero hablarte de tu padre.

Actea cayó de rodillas, con la cabeza apoyada en el pecho del anciano, y el apóstol la exhortó durante toda la noche. Actea no le respondió sino con sollozos; pero por la mañana estaba dispuesta á recibir el bautismo.

Casi todos los cautivos encerrados con Pablo y Silas eran cristianos de las Catacumbas; en los dos años que Actea vivió entre ellos, tuvieron tiempo de apreciar las virtudes de aquella cuyas faltas ignoraban; ahora bien, durante toda la noche se rezó á Dios para que dejara penetrar un rayo de fe en el co-

razón de la pobre pagana: así, pues, fue una declaración solemne la del apóstol cuando anunció en alta voz que el Señor iba á contar con una sierva más.

Pablo no ocultó á Actea la extensión de los sacrificios que iban á imponerle su nuevo título: el primero era el de su amor, y el segundo tal vez el de su vida; diariamente iban á buscar al azar en aquella prisión alguna víctima para las expiaciones ó las fiestas; en estas ocasiones eran muchos los que se presentaban por anhelar cuanto antes el martirio, y los cogían á ciegas, sin elegir: todo cuerpo que pudiese sufrir y testimoniar su sufrimiento, era bueno para que lo crucificaran ó lo arrojasen á las fieras; así, pues, una abjuración en semejantes circunstancias no era solamente una ceremonia religiosa, era una abnegación mortal.

Actea pensaba que el peligro mismo rescataría sus escasos conocimientos en la nueva fe: había visto lo suficiente en las dos religiones para maldecir la una y bendecir la otra; todos los ejemplos criminales se los habían dado los gentiles, todos los espectáculos de virtud procedían de los cristianos; además, y de una manera muy especial, la certeza de que no podía vivir con Nerón hacía que desease el morir con Pablo.

Por esta razón, con un ardor que á los ojos del Señor reemplazaría á la fe, se arrodilló enmedio del círculo de los prisioneros, bajo la luz del día que descendía por una claraboya, á través de cuyos barrotes se entreveía el cielo. Pablo estaba de pie á su lado, con las manos elevadas al cielo y rezando, y Silas, inclinado, tenía el agua bendita. En el instante en que Actea concluía de rezar el credo, esa declaración de los apóstoles que hasta nuestros días ha llegado sin alteraciones, como el símbolo de la fe, se abrió la puerta con gran estrépito y aparecieron unos soldados capitaneados por Aniceto, el cual, asombrado ante el extraño espectáculo que se ofrecía á su vista, porque todos estaban arrodillados y rezando, se detuvo inmóvil y silencioso en el umbral:

—¿Qué quieres?—preguntó Pablo dirigiéndose al que venía tan pronto como juez, tan pronto como verdugo.

—Vengo por esta joven—respondió Aniceto, señalando á Actea.

—No te seguirá—replicó Pablo,—porque no tienes ningún derecho sobre ella.

—Esta joven pertenece al César—exclamó Aniceto.

—Te engañas—repuso Pablo, pronunciando las palabras consagradas y echando el agua santa sobre la cabeza de la neófita,—esta joven pertenece á Dios.

Actea dió un grito y se desvaneció, porque comprendió que Pablo había dicho la verdad, y que las palabras que habían pronunciado acababan de separarla para siempre de Nerón.

—Entonces, á ti es á quien llevaré á presencia de Nerón en lugar de ella—dijo Aniceto, haciendo una señal á los soldados para que se apoderasen de Pablo.

—Haz lo que quieras—dijo el apóstol,—estoy dispuesto á seguirte; sé que ha llegado el tiempo de ir á dar cuenta al cielo de mi misión sobre la tierra.

Pablo, conducido ante el César, fue condenado á la crucifixión; pero apeló de esta sentencia como cindadano romano, y habiéndosele reconocido sus derechos como habitante de Tarso en Cilicia, le cortaron la cabeza aquel mismo día en el Foro.

El Emperador asistió á la ejecución; y como el pueblo, que había contado con un suplicio más prolongado, hiciera oir algunos murmullos, el Emperador le prometió, para los próximos días de Marzo, un espectáculo de gladiadores.

Se celebraría para conmemorar el tercer aniversario de la muerte del dictador Julio César.

(*Se concluirá.*)

POETAS AMERICANOS

SOL DE SANGRE

Por inmensos caminos solitarios,
Huyendo de ignorados campanarios,
Los peregrinos van—faltos de aliento.
Y de aldeas siniestras y lejanas
Les saludan al paso las campanas
Con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte, bajo el sol, se dora,
Manchado por la sangre de una aurora
Que se teme á la vez y que se espera;
Las nubes se amotinan y se empujan,
Y como buitres, al huir, se estrujan
En el espanto de la noche huera.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso,
Se abre un abismo en el dintel del beso
Y todo es sepulcral, como una luna;
Sólo se oye el rumor sordo y la queja
De aquella muchedumbre que se aleja
Con fatigas de mar hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen;
Torvos y extraños sentimientos rigen
Su reflujo fatal hacia la aurora,
Y jadeante, vencida y sin aliento,
Se arrastra latigueada por el viento,
Royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe
La absurda sociedad que la proscribe,
Brillará como un sol á nuestros ojos.
Sus pupilas extrañas y dementes,
Empapadas en púrpuras ardientes,
Parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla,
Removerán la gigantesca hornalla
Donde alimenta el sol sus encarnados;
Y en la ruda apoteósis del incendio,
La Plebe se alzará como un compendio
De todos los sollozos ignorados.

MANUEL UGARTE.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

POR LAS AFUERAS DE MARRAKESH

Dar Muley Alí, 27 de Mayo.

Nuestros paseos á caballo por los alrededores de Marrakesh son deliciosos. Constituyen nuestra distracción predilecta, y es natural, porque las afueras de la capital morisca son verdaderamente encantadoras. El valle del Tensif, y ya lo he dicho repetidas veces, viene á ser una especie de inmenso vergel cubierto por una vegetación lujuriante y espléndida, que surcan dos ríos, el Tensif y el Issyl, sin contar infinitos conductos que riegan las campiñas, distribuyendo las aguas en todas direcciones, y cerrado por un espléndido panorama que no se cansa uno de contemplar; la cordillera del Atlas, con sus erguidas cumbres cubiertas de eternas nieves. Sorprende desde luego el sistema de canales y acueductos establecido para repartir el precioso líquido por todos lados y en todos sentidos, y aunque hoy abandonado en su mayor parte, demuestra claramente el adelanto á que habían llegado los árabes de la Edad Media en la ciencia de la distribución de las aguas. En nuestro país dejaron también pruebas patentes de lo mismo, y estoy seguro que si la civilización europea ocupara algún día el valle del Tensif, aprovecharía aquellas vetustas construcciones para

convertir la vega de Marrakesh en uno de los campos agrícolas más fértiles del universo, que no tardaría en ser un emporio de riqueza.

Algunos días bordeamos las murallas de Marrakesh, y habiendo salido por *Bab-Dukala,* la puerta más próxima á nuestra residencia, describimos un gran rodeo para ingresar por cualquiera de las otras entradas que tiene la ciudad. En la actualidad, las tales murallas están sumamente abandonadas. Según dice Luis del Mármol y Carvajal (1), eran fuertísimas, «tan recias, que si dan con un pico en ellas, salta luego como si dieran en la peña viva». Hoy no resistirían al embate de un ejército medianamente organizado. Están construídas con una mezcla de cal, piedra y tierra rojiza, que les da ese color que ha hecho apellidar á la ciudad *la roja.* Su elevación es de seis á siete metros por término medio, tienen unos sesenta centímetros de espesor, se rematan con almenas, y de cada cincuenta á cien metros están flanqueadas por pequeñas torres cuadradas, arruinadas en su mayor parte, como ocurre con las mismas murallas, llenas de grietas y hendiduras en muchos sitios, salvo las que miran al Norte, que, como de más reciente construcción, se conservan en mejor estado. Se extienden en una circunferencia de doce kilómetros, sin contar el recinto del palacio imperial, y dan paso á la ciudad por medio de siete puertas, la de *Bab-Dukala,* que ya he citado; *Bab-el-Djemis,* que se abre sobre la plaza del mercado del jueves; *Bab-el-Debi,* ó puerta del barrio de los curtidores; *Bab-Aylan* y *Bab-Aghmat-el-Rumi,* del nombre de dos antiguas ciudades hoy derruídas; *Bab-el-Rho,* ó sea puerta de la batería, y *Bab-el-Amhra,* que comunica con el barrio donde residen los negros esclavos del Sultán, y en cuya construcción habita la banda de música de S. M. Scheriffiana. La *Kasbah* ó palacio imperial tiene además dos puertas que abren sobre el campo,

(1) Vide: *Descripción general del Africa,* 4 vol. in fol.—Granada y Málaga, 1573 á 1600.

destinadas únicamente al servicio del Emperador; son las llamadas *Bab-el-Amina* y *Bab-el-Karmut:* por esta última salimos de los jardines del *Agudal* el día de la recepción pública. Existe además otra puerta tapiada, que es probablemente la más antigua de la ciudad, que se denomina *Bab-Ben-Taxefin*, y se halla cercana á la tumba del ilustre fundador de Marrakesh, sin contar con que el palacio de la *Mamunia* tiene también una poterna para su uso particular, que nosotros solemos aprovechar algunas veces para evitarnos rodeos.

Aunque por lo general casi ninguna de dichas puertas tiene interés, la titulada *Bab-el-Djemis* merece fijar la atención de los españoles, por la circunstancia de que, según refieren los historiadores árabes, los fuertes postigos de madera, cubiertos de chapas de hierro, que se utilizan para cerrarla, fueron traídos de Granada por el famoso Yacub el Mansur. Bajo la bóveda que cubre el corredor en zig-zag que atraviesa la torre y en el muro que da frente al ingreso, hay una pequeña lápida de mármol, que, según pudimos divisar, contenía una inscripción, que fue imposible leer á ninguno de los que podían hacerlo, por la altura á que se encontraba y por la obscuridad del lugar. Es la única inscripción que he podido ver en toda la ciudad, y supongo que su contenido será interesante. La fachada que da á la extensa plaza donde se celebra el mercado del jueves, ó sea el día quinto, tiene algunas pretensiones arquitectónicas; la forman un arco de herradura, construído de ladrillos, circunscripto en otro elegante arco lobulado, ambos encuadrados por un amplio cornisón decorado por molduras salientes. Corona la construcción, que no deja de ser elegante por su marcada sencillez, una serie de almenas dentelladas de forma trapezoidal, si bien la afean mucho las sórdidas y asquerosas edificaciones que la rodean.

Muy cerca de esta puerta se hallan el santuario de Sidi Bel Abbés y las tumbas de los siete durmientes, que son los lugares más sagrados de Marrakesh, á los que no hemos podido ni siquiera aproximarnos. Desde allí se sigue por las orillas de

río Yssyl, que son muy pintorescas, hasta la puerta de los curtidores, á cuya salida se alza un puente de dos ojos que atraviesa el afluente del Tensif, casi siempre exhausto, no por falta de agua, sino porque ésta se distribuye por los infinitos canales de riego que á cada paso cortan la campiña. En todo este trayecto se observan numerosas chozas destinadas á la fabricación del salitre necesario para hacer pólvora, obteniéndose el producto deseado por medios toscos y primitivos. Todos los artefactos se reducen únicamente á unos cuantos pilones y morteros, extrayéndose la materia prima de los seculares montones de estiércol que rodean á la ciudad. También solemos encontrar grupos de adultos árabes que se entregan al juego de pelota, ya contra un paño de muralla, ya en campo abierto, arrojando la pelota con los pies, como se hace en el juego inglés llamado *foot ball*. La animación que produce este deporte es grande, y alguno de los contendientes demuestran poseer buenas facultades y una agilidad extraordinaria, haciendo gala, al lanzar la pelota, de ejecutar toda suerte de volteos y piruetas.

Las puertas llamadas *Ailang* y *Aghmat el Rumi* están próximas entre sí, y toman nombre, como ya he dicho, de dos ciudades vecinas á la capital; *Ailang,* que no tiene gran importancia, y *Aghmat,* que fue muy grande y fortificada en tiempo de los romanos. Se halla situada á unos cincuenta kilómemetros al Sudeste de Marrakesh y en las vertientes del Atlas. Cuando los Almoravides ocuparon esta región del Magreb, ocuparon la primitiva ciudad romana, que les sirvió de capital, hasta que Yusef Ben Taxefin fundó en la llanura la gran población que hoy existe. Sin duda de las ruinas de Aghmat deben proceder las columnas de mármol y otras piedras ricas que suelen encontrarse adornando algunos edificios de Marrakesh, pues es sabido que los árabes en sus edificaciones utilizaban los restos antiguos, como aconteció en la mezquita de Córdoba, cuyas innumerables columnas fueron traídas de todas partes. No obstante, en las grandes construcciones de Marrakesh predominan sobre todo los pilares de mampostería.

Cuando el tiempo está claro, desde las cercanías de Bab-Aghmat-el-Rumi se disfruta de un panorama admirable. La vista se extiende por gran parte del valle del Tensif y por casi toda la cordillera del Atlas, que cierra por completo el horizonte desde Levante á Poniente. Utilizando los gemelos, se pueden apreciar las ruinas de la antigua colonia romana, las modestas construcciones del moderno villorrio de Aghmat, y más en lontananza, erguido en una altísima roca, el fuerte castillo de Urica, que domina el desfiladero por donde descienden de las cumbres nevadas las aguas que bajan á fertilizar la llanura. Dicha fortaleza debía ser muy importante en la Edad Media, pues defendía la entrada de uno de los pocos pasos que atraviesan aquel imponente sistema de montañas.

Por esta parte de la ciudad se encuentran extensos cementerios sembrados de tumbas, pero completamente abandonados, así como el pequeño y lindo santuario de Sidi Yusef Ben Alí, que se reduce á una kubba, cubierta por una techumbre de hechura piramidal de ladrillos esmaltados de verde, y rematada por tres bolas de metal dorado. Precede á este lugar sagrado un jardincito cubierto de árboles, de cuyas ramas penden innumerables de presentallas ó *ex votos,* formados por cuerdas llenas de nudos. En el interior del santuario, que sólo por tal concepto merece fijar nuestra atención, reposa su último sueño aquel ilustre Muley el Abbas, hermano de S. M. Muley el Hassan, que tan gran papel desempeñó en la guerra de Africa, y que tuvo el encargo de firmar el tratado de Wad-Rás, que puso término á la gloriosa campaña. Los historiadores nos lo pintan como hombre justo y probo, cumplido caballero y gran amigo de España. Me parece que son sobrados motivos para que consideremos su tumba con simpatía.

Y á propósito del Príncipe Muley el Abbas, debo consignar que uno de los *Kaids* de los *Fraiguia* que nos acompaña, anciano venerable á quien designamos con el epíteto de Kaid Cucú, y que, á pesar de su edad avanzada, se mantiene ágil, dispuesto y siempre alegre, asistió á la memorable batalla de

Tetuán, dada, como todos sabemos, en 4 de Febrero de 1860, en calidad de *fraiguia,* encargado de cuidar la tienda de campaña del Generalísimo de los ejércitos marroquíes. También es conocido el detalle de que, al finalizar tan memorable combate, la dicha tienda de campaña del hermano del Emperador Muley el Hassan cayó en poder de las fuerzas españolas, figurando hoy día, como trofeo de la victoria, en una de las salas del Museo de Artillería de Madrid. Como es natural, al conocer estos pormenores, no hemos dejado de preguntar al Kaid Cucú noticias sobre tan interesante particular, y el ladino musulmán, sin duda por no declararse ni culpable de abandono ni vencido, niega rotundamente que fuera la tienda del Generalísimo la que conquistaron los españoles, asegurando, con toda clase de protestas y juramentos, que sólo cayó en poder del enemigo la tienda del *Jalifa* ó lugarteniente del Príncipe Muley el Abbas. Relato todo esto sin concederle la menor importancia y únicamente á título de curiosidad, pues no desconozco lo aficionados que son los árabes á disimular la verdad y á falsear los hechos, sobre todo cuando tratan con cristianos. Además, Kaid Cucú, encargado de custodiar la frágil residencia del hermano del Emperador, tiene marcado interés en negar que fuera tomada por el adversario, afirmando, por el contrario, que al terminar la batalla él mismo, con sus compañeros, la recogió como era debido. Kaid Cucú es un tipo muy interesante, vivo y alegre, no obstante sus años y las miserias y privaciones sufridas, dado que el puesto que desempeña hace más de cuarenta años no es de gran importancia, y que no ha debido cobrar nunca sino sueldos mezquinos para mantener á su mujer y á la hija que tiene, según nos dice. Me gusta mucho hablar con él, que es uno de los servidores preferidos de la expedición, y por mi parte declaro, lisa y llanamente, que me place sobremanera hallarme en compañía de quien presenció y puede testificar, aunque sólo sea en su fuero interno, los triunfos que alcanzamos en la gloriosa guerra de Africa.

Toda la parte de la campiña que rodea el recinto del pala-

cio imperial, es la menos fértil del valle. Las murallas se extienden en larguísimo espacio, resguardando los jardines del Agudal y limitando la inmensa llanura, que se extiende más de cincuenta kilómetros en dirección al Atlas, y en la que no crecen más que pequeños y miserables arbustos. En este trozo de las murallas se abren las puertas reservadas al servicio del Emperador; *Bab-el-Amina,* puerta de los *Amines* ó Administradores, que comunica con los graneros y almacenes imperiales, donde se conservan toda clase de víveres y vituallas; *Bab-el-Amhra,* que abre paso al barrio de los negros esclavos del Sultán, y que choca por su aspecto de construcción europea. Por la parte que da al interior, se la tomaría por una casa de campo, cuya fachada consta de dos pisos: el bajo, en que sólo se abre un amplio portalón, y el principal, ornamentado con tres ventanas. Desde luego se observa que en esta construcción, que tanto se aparta del gusto y de las costumbres árabes, han debido intervenir artífices europeos. Allí habitan los músicos del Sultán, y no es raro oirles armar una infernal algarabía cuando se entretienen en ensayar alguna composición. En la parte exterior se ven algunos cañones que asoman sus bocas entre las almenas, con objeto de espantar al enemigo.

Paseando por estos lugares se admiran los grandiosos trabajos verificados en tiempos pasados para conducir, aprovechar y recoger las aguas que bajan de la cordillera. Todo lo que se diga de semejantes construcciones es poco. El aumento de canales y acueductos que aquí se observa es debido á los grandes estanques que existen en los jardines del Agudal y al inmenso depósito denominado *estanque de las vacas,* que se halla precisamente por aquellas cercanías. Varias veces he visitado esta soberbia construcción, y siempre me ha sorprendido por sus extraordinarias proporciones. El estanque de las vacas tendrá, aproximadamente, cuatrocientos metros de circuíto por cuatro de profundidad. Forman sus cuatro paredes, elevadas por la parte externa unos tres metros de la superficie de la llanura, y á las que se sube por varias escalinatas, largos

paseos de mampostería, por los que pueden transitar con holgura cuatro personas de frente, y en los extremos se alzan elegantes pabellones cubiertos, desde los que se disfruta de hermosísimas vistas y del espléndido aspecto de aquel verdadero lago artificial. Es preciso reconocer que se trata de una obra grandiosa, que debía conservar hasta la época de la sequía inmensas cantidades de agua. He oído decir que fue mandada construir por un Sultán de la dinastía Almohade, con objeto de que el pueblo de Marrakesh la utilizara para bañarse, y así se explica el objeto de los cuatro pabellones de que antes hablé. Sentado en uno de ellos, el tebib Mariano me enseñó la *Menara,* huerta del Emperador, donde se verifican los banquetes con que S. M. Sheriffiana obsequia á sus huéspedes después de haberles recibido en audiencia de despedida; señalándome también el pueblecito de *Temezloj*, situado en las faldas del Atlas, pero ya á cierta altura, y que se dice ser en extremo pintoresco.

Pero el lugar preferido para nuestras expediciones vespertinas es la hermosa huerta llamada *Semelalia*, que se extiende por las vertientes del *Guiliz,* pequeños montes completamente aislados que se alzan casi en el centro del valle del *Tensif* y á escasa distancia de la ciudad. Para ir á dicha huerta se sale por la puerta de *Dukala* y se deja á un lado un pequeño arrabal, aislado por completo, donde se refugian y viven entre ellos los pobres leprosos que hay en la ciudad. Estos desgraciados son excluídos de la sociedad de los demás habitantes, nadie se atreve á acercarse á sus pobres viviendas, y yacen abandonados en la más espantosa miseria. Parte el corazón ver á todos aquellos infelices séres humanos que huyen azorados y se esconden en cuanto sienten aproximarse á algún individuo, quizá por vergüenza de enseñar las horrorosas pústulas y escoriaciones que cubren sus lamentables cuerpos, quizá temerosos de ser apedreados como animales inmundos. Las espantosas enfermedades cuya descripción nos hace la Biblia, y que gracias á la higiene han desaparecido de entre nosotros, se mantienen aquí en todo su lúgubre esplendor; y si no se

quiere sentir una impresión en extremo desagradable, acompañada de náuseas inevitables, conviene alejarse lo más pronto de aquel antro de horror, donde puede contemplarse claramente hasta qué grado de miseria y de abyección puede llegar el sér humano.

Habitan también en aquellos alrededores grandes bandadas de cuervos, que forman una especie de colonia, y que los naturales aseguran descender de aquellos que á picotazos mataron á todos los gigantes que habitaban á Marrakesh en tiempo remoto, salvo al matrimonio que, para dejar memoria de su raza, edificó la hermosa torre de la *Kotubia,* cuyas piedras, como ya he dicho en otro lugar, fueron sacadas de las vecinas canteras del *Guiliz.* La leyenda asegura también que los grandes pedruzcos que en todo este terreno se notan, fueron los que sobraron de aquella construcción.

La huerta de *Semelalia,* á más de su exuberante vegetación, tiene para nosotros un interés histórico; el Emperador Muley Soliman la regaló al español Alí Bey, que residió en ella bastante tiempo. Según nos refiere el erudito viajero, el castillo que antiguamente existía y las plantaciones que aún hoy subsisten, fueron mandados hacer por el Sultán Sidi Mohammed, que fijó en aquel lugar su residencia, y se dedicó á embellecerla por cuantos medios tuvo á su alcance, ordenando plantar las mejores y más bellas especies de árboles frutales y haciendo construir magníficos jardines. La finca en su conjunto debía ser muy hermosa, puesto que el escritor citado dice al hablar de ella: «Tiene más de media legua de terreno, cercado todo de murallas; las grandes posesiones y las palmeras se hallan fuera de la cerca general, y por la parte de dentro, cada jardín de recreo, cada huerta ó plantación de olivos tiene su cerca particular. Grande abundancia de aguas, que vienen del Atlas por un conducto magnífico, aumentan el encanto de esta posesión.»

¡Qué hermosos debían ser los alrededores de Marraskesh cuando los jardines y plantaciones se extendían hasta mucha distancia de las murallas! Lo que hoy queda, aunque muy

abandonado, hace soñar con un edén maravilloso cubierto de espléndida vegetación. Las palmeras centenarias, los vetustos olivos, los graciosos granados, los naranjos, avellanos, moreras, en fin, infinitas variedades de árboles corpulentos y delicados arbustos cruzan sus ramas, en tanto que las vides, trepando por las alturas, enlazan un árbol á otro formando caprichosos y elegantes arcos de follaje. El bosque es tan espeso, que en algunos sitios no podemos pasar más que uno á uno, teniendo que recostarnos muchas veces sobre el cuello de nuestros caballos para que no nos azoten las ramas bajas de los olivos y granados. A pesar de su salvaje majestad, no puede imaginarse nada más apacible y bello que aquel bosque virgen, impenetrable á los rayos del sol y donde siempre reina la más deliciosa frescura. Como nadie los molesta, los pajarillos, las tórtolas y las palomas abundan en la umbría, y no es extraño que al escuchar el galope de nuestros caballos, huyan azoradas y crucen ante nuestros ojos casi rozándonos con sus alas.

No faltan en los claros del bosque algunas pequeñas plantaciones de hortalizas y verduras y campos de maíz que cultivan algunos pobres moros, pues, á decir verdad, todo aquello parece abandonado y se puede caminar largo rato sin encontrar ni una sola criatura. De los jardines de que nos habla Ali Bey no queda nada, y sólo restan ruinas de los cercos de murallas que separaban los diversos recintos de la hermosa posesión en que primero que él habitaron también, antes de hacer su entrada solemne en la capital, los individuos que formaban la Embajada que, presidida por D. Jorge Juan, envió el Rey Carlos III en 1767 á visitar al Emperador Sidi Mohammed-ben-Abdallah. En la curiosa relación que de esta expedición se conserva, se habla del hermoso jardín llamado *Semelalia*, ó sea *colección de frutas*, de sus galerías y miradores, de un terrado cubierto de azulejos y de dos fuentes de mármol. Todo esto ha desaparecido por completo; únicamente quedan restos de los canales y arroyos descubiertos y de los acueductos y conductos subterráneos que esparcían el agua de las infinitas

fuentes de las montañas por toda aquella extensión de terreno que fertilizaban, manteniendo la frescura y verdor de los jardines. El principal acueducto que provee de agua á *Semelalia* aún subsiste; es sumamente capaz, y no dudo que, conforme asegura Ali Bey, los hombres encargados de su limpieza pudieran caminar derechos bajo sus bóvedas hasta larguísima distancia. Pero ya en tiempos del ilustre explorador había comenzado la decadencia de Marrakesh, y el mismo escribe, después de contemplar tan grandiosos trabajos, «que el hombre instruído padece al ver aquella multitud de canales destruídos, y la tierra, que sus aguas hacían antes fértil y productiva, convertida en árido desierto». Si esto era en los comienzos de la décimanona centuria, ¿qué no será en sus postrimerías?

Insisto mucho al hablar del sistema de canales de riego que rodea á la capital magrebina, porque indudablemente constituye la obra más grandiosa de aquellos contornos y la única que patentiza con sus ruínas el grado de cultura y esplendor á que se elevó la civilización árabe.

El vegetal que más abunda en todos estos alrededores son las palmeras, algunas de las cuales se elevan á prodigiosa altura. Los árabes utilizan principalmente sus ramas y sus frutos; pero los dátiles que aquí se producen y llaman *billoh,* no son tan buenos como los de Tafilete ni pueden conservarse secos todo el año. Yo creo que la abundancia de aguas perjudica á la palmera, planta que requiere más bien terrenos secos. Los frutos que he probado aquí son de ínfima calidad, muy inferiores á los más baratos que se comen en Europa, lo mismo por su tamaño que por su sabor.

La huerta de *Semelalia* se extiende al pie del *Guiliz*, y esta tarde precisamente, en compañía de Carlos Malmusi, hemos subido á la cumbre de la montaña, es decir, á la parte más elevada, puesto que se forman dos mesetas, una de las cuales, la situada hacia el Norte, es inabordable para los cristianos, por alzarse en ella un santuario, erigido sobre las ruínas del eremitorio que construyó el famoso Santón *Sidi-Bel-Abbes,* patro-

no de la ciudad de Marrakesh. En todos los sitios, desde donde pueden divisarse los muros consagrados, se encuentran grandes montones de piedras, piadosos *ex votos* que depositan los transeuntes en honor del venerado morabito. Los mahometanos tienen en gran aprecio este santuario, que consideran como lugar sacratísimo, y lo cierto es que la casualidad ha venido á ratificar su creencia. No hace muchos años, el Ministro plenipotenciario de Inglaterra, Mr. Green, se hallaba de expedición en Marrakesh. Era gran aficionado á la cacería, y con gran frecuencia, durante su estancia en la capital magrebina, se entregaba á su diversión favorita. Como sabía que las perdices abundaban en las faldas del *Guiliz*, decidió explorarlas á su antojo, sin tener en cuenta las supersticiones de los árabes, y llevado por su pasión, no vaciló en penetrar en el recinto consagrado. Los guardianes del Santuario formularon sus quejas ante el Emperador por la violación cometida, y su majestad Muley-el-Hassan se hubiera hallado en un gran conflicto con sus súbditos, dada la inviolabilidad del enviado de su Graciosa Majestad, si la casualidad no hubiera resuelto el problema, de modo lamentable por cierto, para el prestigio europeo, puesto que el bueno de Mr. Green falleció en Marrakesh víctima de una pulmonía, cogida precisamente el día que se permitió cazar en los terrenos de la ermita de Sidi-Bel-Abbes, con lo que, naturalmente, se confirmó solemnemente para los fanáticos musulmanes la indiscutible santidad de aquellos lugares.

Nosotros hemos cuidado de no aproximarnos á ellos, contentándonos con subir á la cumbre *non sancta*, desde la que hemos disfrutado de uno de los más hermosos panoramas que pueden imaginarse. Desde aquella altura, completamente aislada enmedio del valle del Tensif, se domina la ciudad, toda la campiña que la rodea, cerrando el horizonte al Norte las montañitas, ó sea el *Djebilat*, y al Mediodía el *Atlas*, que se extiende de Este á Oeste, confundiendo sus picachos con el cielo. Marrakesh presenta un aspecto encantador, asemejándose á un inmenso jardín, en el que se encuentran pintorescas

construcciones que dominan las torres de las mezquitas de la Kotubia, Muley Yazid, Ben Yusef y el Moj, sin contar otra infinidad de cúpulas, minaretes y terrazas de formas caprichosas. Como los detalles se pierden en el conjunto, no pueden vislumbrarse ni los espacios desiertos, ni los edificios ruinosos que tanto abundan en la ciudad, que vista desde la altura, aparece compuesta únicamente de grandes palacios y suntuosos edificios rodeados de jardines. El sol poniente reverberaba en las rojizas murallas, y las eternas nieves de las altas mesetas del Atlas, heridas por sus últimos rayos, enviaban sus reflejos á la llanura, brillando con inusitado esplendor. La luz suavísima, de un tono dorado delicadísimo, permitía apreciar todos los términos del paisaje, dulcificando las asperezas, y, la extraordinaria belleza del conjunto, la poesía de la hora, el misterioso silencio que reinaba en absoluto, se apoderaron de mi alma, sumiéndola en un éxtasis de deliciosa contemplación. Creo que el panorama del valle del Tensif, visto desde la altura del Guiliz, especie de mirador puesto precisamente en aquel lugar por el Supremo Hacedor para facilitar la admiración de su obra portentosa, es uno de los espectáculos más sublimes que puedan soñarse, y comprendo los arranques de entusiasmo que ha inspirado á los poetas orientales, que no han vacilado en llamar á Marrakesh ciudad del encanto, edén de delicias, lugar de placeres, canastilla de flores enmedio de un mar de verdura, y qué sé yo cuántos epítetos á cual más delicados y poéticos, brotados de imaginaciones ardientes excitadas por tan gran derroche de bellezas naturales.

Hondamente impresionados descendimos al valle, y emprendimos el viaje de regreso. Era más tarde que de costumbre, y por una feliz casualidad la sensación deliciosa no se disminuyó en nada, pues como si todo quisiera contribuir á dejar en nuestra mente recuerdo imperecedero de aquella excursión, tuvimos la fortuna de encontrarnos con un grupo de susis, que volvían á la ciudad cantando alegremente y disparando tiros al aire. Habían pasado el día en una de las huertas de la

campiña, y tornaban á sus casas contentos y satisfechos. Llevaban varios instrumentos musicales, *guembris*, cuyas cuerdas punteadas producían sonidos delicados; *panderetas* que golpeaban para señalar el ritmo; *derbukas*, especie de tamboriles de barro, y esas *castañuelas* de metal propias del Sus, que resuenan con un timbre agrio, pero no desagradable. Con todos ellos se acompañaban una canción deliciosa, triste y sentida, verdadero suspiro cuyo estribillo, extraño y melancólico, era repetido por casi todos los que formaban el grupo. Y así siguió largo rato la voz solitaria cantando la melodía, que venía á ser una especie de *seguidilla*, pero aun si cabe más desesperada y dolorida, y el coro respondiendo con su estribillo característico. De cuando en cuando un tiro resonaba enmedio de las carcajadas y gritos de alegría de los circunstantes, y la mezcla de aquellas manifestaciones espontáneas de satisfacción, con el cantar lleno de tristeza, resultaba extraña é incoherente, si bien cuadraba con el exotismo del paisaje y los admirables é inesperados cambiantes de un crepúsculo bellísimo, que comenzó incendiando al cielo para terminar en una noche casi luminosa.

Al pasar nuestros caballos junto á los trovadores caminantes, alguno de ellos debió conocernos como miembros de la Embajada española, puesto que un violín, el *camanya*, como aquí lo llaman, empezó á resonar tocando la Marcha real, aprendida sin duda de oído, y por consiguiente, un tanto disfrazada, pero siempre reconocible. Aquel recuerdo de la patria me conmovió, llenándome de agradecimiento hacia los desconocidos músicos que de tan delicada manera nos saludaban. Hubiera querido detenerme un momento y devolverles su salutación, pero era tarde y temíamos hallar cerrada la puerta de Dukala.

Los susis cantores se alejaron bordeando las murallas, y nosotros entramos en la capital del Magreb, precisamente cuando se apagaban en lontananza los últimos sonidos del *Himno nacional español*.

RAFAEL MITJANA.

(*Se continuará.*)

HISTORIA DEL JABÓN

I

Pocos asuntos hay que se hallen tan íntimamente enlazados con la vida y cultura de las sociedades, como el que indica el título de este artículo. La limpieza, el aseo, la pulcritud, el mejoramiento de la vida física, la higiene en todas sus espléndidas y simpáticas manifestaciones, la perfección de la salud y el bienestar moral y material; todo eso significa una substancia, que lo mismo el menesteroso que el opulento millonario necesitan para que su vida no se aniquile y extinga, envuelta en las impurezas resultantes de los actos que á la continua se realizan en torno de todos los seres, y que acumulan obstáculos que dificultan ó imposibilitan la continuación de la vida en condiciones adecuadas.

Ya expresó Tirso de Molina, de una manera tan poética como breve, la importancia de su empleo al decir:

«Cortesanos artificios,
Cuyas manos blancas son:
Ó mártires del *jabón*,
Ó del sebo sacrificios.»

Por eso, tratándose del jabón, está justificadísima la necesidad de conocer su historia, que envuelve, no ya sólo un proceso científico, sino la consignación de datos curiosos, acumu-

lados en torno de la humanidad en su peregrinación á través de las edades. No es, pues, una curiosidad vulgar, es un deseo que ha de merecer el aplauso del erudito, la consideración del historiador, el respeto de todos. Hay en los datos de dicho estudio no pocas curiosidades, que merecen por muchos conceptos no darse al olvido, pues forman un archivo de verdadero mérito.

No es, por tanto, una de esas nimiedades que merecen el desdén y la indiferencia, porque se trata de un producto industrial, no sólo de primera é imperiosa necesidad, sino de gran significación, y cuya historia no deja de ofrecer incidentes que excitan la curiosidad y detalles dignos de que se fije la atención del observador y del sociólogo, al igual que del químico y del hombre de administración, para seguir paso á paso, con el estudio de lo referente á este cuerpo, la historia de las vicisitudes humanas en largos períodos de la vida.

No es, pues, de extrañar que esa substancia, en la cual el químico no conceptúa más que una sencilla combinación de los ácidos de las grasas con los óxidos metálicos, haya merecido un atento estudio, nunca de tanta transcendencia como grande es la utilidad que reporta y los beneficios que incesantemente suministra. De todos modos, resulta imposible fijar de una manera exacta y precisar, sin género alguno de duda, la fecha en que por vez primera se conoció el jabón.

Desde luego se emplearon con el objeto que se usa este cuerpo, muchas plantas que tienen la propiedad de formar espuma con el agua y que instintivamente se usaron como medio indispensable de limpieza, los cocimientos acuosos más ó menos concentrados de dichos vegetales, aun cuando no se consiguiera el resultado propuesto de una manera perfecta.

Análogas consideraciones pueden hacerse respecto á varios productos del organismo animal, como acontece con la bilis, que se empleó con el mismo fin.

No se habla del jabón ni de substancia alguna análoga entre los griegos. Cuando Homero en su Odisea nos presen-

ta á la Princesa Nausicaa lavando las ropas con sus esclavas, no dice que mezclaron con el agua substancia alguna que produjese el blanqueo, lo cual sólo alcanzaban en fuerza del mucho batido y de la combinada acción de la humedad y los rayos solares, con lo que procuraban, en efecto, la nítida y perfecta blancura que tenían las ropas que usaban.

El nombre de jabón, *sapo* en latín, *sepon* en griego, *seife* en alemán, *soap* en inglés, *sapone* en italiano, parece tener origen germánico, siquiera haya quien suponga que procede de la ciudad de Savona, hoy Génova, donde la casualidad realizó el hecho de que la mujer de un pescador calentase lejía de sosa en una vasija que había contenido mucho tiempo aceite de oliva, y del cual estaba impregnado, resultando una substancia en la cual se limpiaba perfectamente la ropa, por cuyo motivo desde entonces se repitió la operación diferentes veces, hasta que estudiados convenientemente los resultados, se llegó á determinar la obtención del cuerpo que constituye tan importante primera materia de la vida.

Las Sagradas Escrituras mencionan repetidas veces los productos resultantes de la acción de las cenizas de madera sobre los cuerpos grasos. Los celtas designaban esos productos con la palabra *Saboun*, que los griegos convirtieron en *Sepon*, que ha quedado en la lengua provenzal. Por otra parte, Plinio atribuía la invención á los galos, que utilizaban el jabón para dar lisura y pulimento á sus cabellos.

En las ruínas de Pompeya se han encontrado jabonerías, las cuales indican de un modo evidente que los romanos conocían dicha fabricación de un modo bastante aceptable.

Galeno dice que el mejor procedimiento para preparar jabón, consiste en tratar la grasa de carnero, de vaca ó de cabra, con una lejía de cenizas y cal. No menciona detalles de la operación, pero consigna, sin embargo, el fundamento de la saponificación.

Las primeras fábricas de jabón las establecieron los galos y germanos. Los elegantes de Roma se valían del jabón ger-

mánico para teñir sus cabellos de rubio, usándose ya en los tiempos de Ovidio y de Marcial.

Los médicos árabes indican frecuentemente el uso del jabón en medicina, así como también para el blanqueo de los tejidos.

Alguna vez empleaban la hiel de toro para la limpieza de las telas, cuyo uso, comenzado en el empirismo, condujo después á determinar la función química que desempeña la bilis en el organismo, la cual no es más que una especie de jabón, y favorece, por tanto, la interposición de muchos cuerpos grasos que de otro modo resultarían insolubles.

II

De todos modos, la industria del jabón es una de las más antiguas que se conocen.

En los primitivos tiempos obtenían una especie de agua jabonosa hirviendo el agua de lavar las cenizas con aceite.

En el siglo VII los árabes fueron los primeros en dar solidez á la masa jabonosa, adicionando cal á la lejía vegetal.

Los galos empleaban la lejía de las cenizas de plantas marinas.

Los romanos fabricaban también jabón, pero era muy imperfecto, pues se componía de sebo y una solución alcalina, resultando un producto grasiento, sin cohesión, de olor desagradable, que ni aun para el lavado de las ropas era á propósito como no se aromatizara.

Aconteció con la industria del jabón lo que con todos los trabajos humanos. Rudimentaria, defectuosísima primero y tosca, fue poco á poco perfeccionándose á medida que el transcurso del tiempo y las mayores necesidades del producto fabricado iban marcando los problemas que había que resolver, los defectos que era necesario corregir y los obstáculos que forzosamente se habían de vencer.

Se implantó en primer término en Italia, en España y en Provenza, lo cual se explica fácilmente, porque en dichos países se producía en más abundancia la primera materia empleada, y las condiciones meteorológicas, por otra parte, ahorraban la mitad del camino en la fabricación de la substancia.

En España y en Italia era ya conocido el arte de hacer jabón en el siglo VIII, y sólo cuando llegó el siglo XII es cuando adquirió gran extensión en Francia, aumentándose algún tanto las fábricas en esta centuria, observándose que guardó relación con haberse extendido el uso de las telas de algodón, por la necesidad que naturalmente había del continuo lavado, que llevaba en pos de sí el empleo de estos tejidos, por otra parte muy útiles y ventajosos en diversidad de conceptos, á los que antes se usaban.

Savona era, como hemos dicho, el nombre de la población en que se establecieron por vez primera jabonerías, cuyo nombre se sustituyó más tarde por el de Génova que hoy lleva.

El alquimista Artephius, en el siglo XI, describe de una manera concisa la preparación del jabón, en los siguientes términos: «Si se toma agua filtrada á través de cenizas y se hierve este líquido (después de concentrado á un grado conveniente) con aceite y otras substancias parecidas, se obtiene el jabón».

Esta descripción se consigna en la obra titulada *Clavis majoris sapientiæ* del referido autor, lo cual no deja de ser muy digno de tomar en consideración, pues ya en esa época se tenía una perfecta y clara idea de la fabricación de la referida substancia.

En el siglo XVII era el territorio de Arlés el que suministraba á Marsella cuanta sosa necesitaba. Pero la inmensa producción y la demanda constante de producto hizo que resultara bien pronto insuficiente la cantidad que de dicho sitio se extraía, por cuyo motivo la imperiosa necesidad de la referida primera materia exigió sosas vegetales á Italia y á España, que con sus plantas barrilleras suministraban en las

cenizas abundante caudal de un cuerpo indispensable para estos trabajos.

Nuestra patria figura honrosamente en la historia del jabón. Sevilla, Málaga y Cartagena tuvieron fábricas de alguna importancia antes del siglo XVII; pero á partir de esta fecha empieza su decadencia, á medida que adquiere preponderancia la fabricación marsellesa. Zaragoza, á principios del siglo último, surtía de esta substancia á todo Aragón, Cataluña, La Rioja y Castilla, si bien fue decayendo con la facilidad de las comunicaciones, así como con las fábricas de Marsella y de otros puntos.

El químico sueco del siglo XVII, Otto Tachenius, que consignó, en numerosos escritos recogidos con avidez por la historia, gran número de datos, resultado de sus multiplicados experimentos, residió gran parte de su vida en Venecia, donde dió á conocer la inmensa mayoría de sus obras. La perla del Adriático tuvo durante mucho tiempo el monopolio de los jabones. Estos eran blandos, medicinales, y los preparaban con la sal lixivial de las cenizas, ó sea el carbonato potásico, que caustificaban añadiendo cal viva. Como ejemplo de la acción cáustica de la potasa, dice Tachenius que un obrero, empleado en una fábrica de jabón, se cayó, embriagado, en una caldera donde se concentraba este álcali, y al muy poco tiempo sólo se encontraron los huesos, pues sus vestidos de lana y las carnes se habían consumido en totalidad.

Habla el referido autor de dos grados distintos de concentración de las lejías; en el primer grado flota un huevo en su superficie, y en el segundo, cae al fondo del líquido. Esta última, que es la más débil, es la que se trata por aceite ó grasa, para formar con ella el jabón.

Es muy de nótar la idea que expone, cuando dice: «En la saponificación, un ácido se combina con el álcali, porque el aceite ó la grasa contiene un ácido oculto, *oleum vel pinquesto-acidum enim occultum continet.*»

Estas frases revelan todo un cúmulo de ideas que la his-

toria de la ciencia no puede menos de acoger con grandísimo interés, pues ya hace cerca de tres siglos hubo quien, anticipándose notablemente á su tiempo, dió idea exacta de la composición de las grasas, donde sabido es que existe, no ya un ácido, sino varios; pero indudablemente hace gran honor á la perspicacia de un sabio que sabe leer en las páginas de la Naturaleza, inspirándose en lo que dicen los hechos y dándoles la verdadera interpretación con singularísimo acierto.

De todos modos, es una industria que ha ido engrandeciéndose de día en día, constituyendo uno de los signos de la civilización y cultura. Por lo cual las naciones que más consumo hacen de este producto son, indudablemente, las que más significación é importancia tienen en el concierto político y social; pues se halla en íntima relación el gasto de esa substancia, lo mismo con la higiene física individual, que con la prosperidad y bienestar de los pueblos, y, no hay que dudarlo, cuanto más jabón consumen, tanto más valen y son acreedores á la general consideración y estima.

III

En la historia del jabón merece ocupar un puesto honroso el francés Nicolás Leblanc, que en críticos y azarosos momentos salvó al comercio de su país de una segura ruina, descubriendo en la época de la Revolución francesa, ó sea en 1793, un procedimiento para fabricar barrilla artificial, lo cual equivalía á poder hacer jabón sin necesidad de emplear las plantas barrilleras, cuyo hecho fue de grandísimo interés social y de una importancia de primer orden para la industria y el comercio.

En la pasada centuria, Francia era tributaria de nuestra nación de la barrilla, ó sea la primera materia para fabricar el jabón, pues las costas españolas, sobre todo las próximas á Alicante y Málaga, están pobladas por inmenso número de

plantas barrilleras del género *salsola*, que se cultivan con gran cuidado y se destinan á servir de materia en esta industria. Pero la guerra del fin del siglo XVIII entre España y Francia interrumpió toda relación comercial, y, por tanto, se vió esta última privada de las barrillas españolas.

Era España la verdadera patria de la barrilla, pues las plantas referidas se incineraban en hornos adecuados, transformándose en una substancia de aspecto vítreo, dura y frágil, la cual, tratada con agua, daba una lejía que se empleaba en la preparación del jabón. Era, por tanto, un verdadero conflicto lo que acaecía con la ruptura de relaciones entre ambos países, pues no importar barrilla en Francia era lo mismo que privarse de jabón y sufrir todos los inconvenientes de la desaparición de una substancia tan indispensable.

¿Qué hacer en tan críticas y angustiosas circunstancias? ¿Someterse á la dura ley de la adversidad y renunciar resignados á la falta de aquella substancia, arrostrando la ruina de una gran industria, la miseria de miles de individuos y todas las consecuencias de tamaño conflicto social? Era imposible. Por eso, ante las grandes contrariedades y luchas de la vida de los pueblos, y enmedio de sus épocas azarosas, surgen ideas sublimes y genios que marcan con la luz que brota de sus inteligencias los nuevos senderos por que hay que dirigirse para resolver el conflicto.

Precisamente en esas ocasiones es cuando puede observarse la grandeza de los pueblos y cómo se aprecia el valor de las personas ante los golpes del infortunio. Se crecen y agigantan en vez de rendirse, y así aconteció á la nación francesa, que no tardó en encontrar medio de salvarse de aquella crisis tan aterradora.

La Junta de Salvación, en orden de 8 de pluvioso del año segundo de la República, hace un llamamiento á los químicos franceses, abriendo un certamen para galardonar con un premio al autor del mejor procedimiento de fabricación de barrilla, valiéndose de substancias extraídas del suelo, sin que hu-

biera necesidad de emplear las plantas procedentes del extranjero, ó sea barrilla artificial. Presentáronse más de veinticinco proyectos en opción al premio, pero mereció los honores del concurso el de un pobre y obscuro cirujano, Nicolás Leblanc, al que se le asignó la recompensa después de maduro examen, con verdadera justicia, entre todos los procedimientos sometidos al concurso.

Consistía dicho procedimiento en utilizar la reacción que á una temperatura elevada tiene lugar entre el sulfato sódico, el carbón y la creta. Colócanse estas substancias en horno de reverbero adecuado, el sulfato sódico se transforma en sulfuro por la influencia del carbón, para después este sulfuro reaccionar sobre el carbonato de cal y dar origen á carbonato sódico y sulfuro cálcico, desprendiéndose el gas anhídrido carbónico. Con esto se resolvió el anhelado problema; no necesitaban ya el auxilio de extranjeros productos, y empezaron á florecer las industrias ya extinguidas de una manera espléndida con el uso de la nueva barrilla. Fue una idea feliz la del concurso que dió tan brillante resultado.

Debemos también consignar, aunque sea por incidencia, que aquel pobre sabio no alcanzó más tarde de su patria, á quien tan inmenso servicio prestara, la recompensa y el apoyo que le debía. Las contrariedades políticas, en una época que la intransigencia revolucionaria ha calificado con razón de período del terror, tuvieron no pequeña parte en sus inmerecidas desgracias, y á la manera de Palissy, si no vió quemar sus muebles, tuvo la amargura de presenciar su venta en subasta pública, y murió víctima de los horrores de la más espantosa miseria en 1806, lo cual no habla muy alto en favor de la gratitud nacional hacia un individuo tan benemérito.

La ciencia ha perfeccionado después los detalles de la saponificación, que en principio es sencillísima. La formación de la lejía de sosa de una concentración conveniente, la adición del aceite á una temperatura elevada y agitando para producir lo que se llama *empastado,* la nueva adición de lejía sódica más

concentrada, y, por último, una disolución de sal común, para después terminar con lo que llama cocción, todo ha sido el resultado de las lecciones de la práctica que ya desde lejana fecha ha adquirido la industria de este producto. De igual modo que la adición de perfumes y materias colorantes para dar aroma y matices diversos á los jabones ha sido ya de época relativamente moderna, con respecto á la primitiva fabricación.

Por lo cual, ya comenzara este conocimiento en un hecho producto del acaso que fortuitamente la feliz unión de dos cuerpos ocasionó, y su aprovechamiento inmediato, ó ya fuera transmitido de unas á otras generaciones y pueblos, lo cierto es que indudablemente su empleo está íntimamente ligado á la historia de la civilización, y ha seguido, como es natural, á través de las edades de una manera constante.

Su empleo en medicina es muy antiguo. Desde luego lo usaban en las enfermedades de la piel desde muy remota época. Después la medicina y la farmacia han ideado multitud de preparaciones en que la palabra jabón es sólo genérica, conociéndose multitud de especies, como el jabón amigdalino, quirúrgico, amoniacal, de brea, de plomo, de Starkey, de alcaloides, etc.

Los notabilísimos trabajos que acerca de las grasas realizó el eminente químico Chevreul en 1813, no debe omitirlos la historia, pues ilustraron en gran manera lo referente á la obtención del jabón, interpretando de un modo exacto los hechos y enseñando á leer con claridad en las elocuentes páginas del libro de la Naturaleza para saber el verdadero significado de lo que acontece cuando se ponen uno enfrente de otro un álcali con un cuerpo graso, y sacó de la noche del empirismo los hechos, iluminando con la luz de su privilegiada inteligencia este importante asunto.

Dos progresos industriales en esta fabricación se han ido marcando en varias localidades, como sucede en Marsella, donde se consumen anualmente en la fabricación del jabón más de 60 millones de kilogramos de sosa, y hasta los comien-

zos del siglo XIX, el único aceite usado con este objeto era el de oliva, pero su elevado precio obligó á los fabricantes á reemplazarle con los de cacahuete y sésamo, empleando á veces los de nabina, lino, colza, etc.

Hace ya bastantes años existían en dicha población 62 fábricas de jabón, que consumían anualmente 1.200.000 quintales de aceite de adormidera, 150.000 quintales de aceite de oliva, 250.000 quintales de nitrato sódico, 165.000 quintales de cloruro sódico y 200.000 toneladas de carbón, y hay multitud de libros que se ocupan de este importante tratado de la química de la industria, á cuyos interesantes pormenores es muy necesario atender si ha de resultar un producto en buenas condiciones. Nuestro objeto en las presentes líneas no es otro que el puramente histórico, por lo cual no penetramos en este terreno.

Por el adjunto ligerísimo resumen puede apreciarse lo que ofrece de curioso el estudio del origen del jabón, en cuanto á lo que corresponde á este aspecto del conocimiento de este producto, que era el único fin que nos proponíamos.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,
Académico de número de la Real de Medicina y correspondiente de la de la Historia.

FILOSOFIA DE LA LONGEVIDAD

BREVE PREFACIO (1)

Juan Finot, autor de la *Filosofía de la longevidad,* que hoy ve la luz en castellano, y de la cual acaba de publicarse la traducción alemana, hecha sobre la *décima* edición francesa, es un escritor de acción; en su activo figuraba materia suficiente para veinte volúmenes, cuando aún no se sospechaba que pensase en trazar un artículo. A semejanza de algunos autores franceses, se servía de diversos pseudónimos para emitir y propagar ideas que han dado la vuelta al mundo, difundidas por la Prensa y comentadas y discutidas sin saberse de dónde venían á agitar el pensamiento europeo, dotadas de esa virtualidad misteriosa que es como la quinta esencia de la labor periodística, en lo que tiene de intelectual.

Quien ve y habla á Finot — el cual podrá tener unos cuarenta años,—siente en primer término la impresión de que en aquel cerebro hay mucho fósforo, mucha electricidad, una vida nerviosa intensa. De no muy alta estatura, rubio, descolorido y delgado, Finot demuestra en la conversación vivacidad extraordinaria, la curiosidad insaciable del pensador, pero de un pensador ni distraído ni ensimismado, sino dispuesto á chapu-

(1) Ha de servir de prólogo á la edición española de este famoso libro.

zarse, buzo resuelto, en la realidad, y revelar y difundir lo observado, entregando la perla que recoge. Ante todo y sobre todo, Finot es un hilo de comunicación, un transmisor de la corriente eléctrica; su oficio y su servicio, relacionar al público con la cultura universal.

El medio de que Finot se sirve, el instrumento, es la *Revista,* antigua *Revista de Revistas,* que ha fundado y dirige. Obra capital, iniciada modestamente, tan modestamente, que el primer año de publicación no había más redactor ni colaborador que el propio Finot, el cual desempeñaba á la vez las funciones de regente, corrector, administrador y tipógrafo. Una vez compuesto el número, Finot en persona lo llevaba al correo, hazaña no muy difícil, pues la tirada de los primeros meses oscilaba entre cincuenta y cien ejemplares. Verdad que al cabo del año llegaba á mil, y á trece mil transcurrido un decenio. Hoy, la *Revista* es una fuerza, una autoridad en Europa, y posee un carácter inconfundible que la distingue entre las numerosas publicaciones del mismo género. Es ley en la *Revista* de Finot la brevedad; es divisa «pocas palabras, muchas ideas». Condensar, extractar, resumir,—he aquí la aspiración que se manifiesta siempre en los números de la atractiva *Revista.* Yo comparo—y perdóneme Finot esta comparación de economía doméstica,—á una taza de sabroso *consommé,* que ofrece, reducida y condensada, la substancia de mucha materia alimenticia. Es la *Revista* animosa y original; casi siempre se inclina á las causas buenas y simpáticas (y hago la restricción del *casi* por ciertas campañas en que España no salía bien librada, ni estaba bien informado Finot); es cosmopolita; presta oído á los latidos y á los balbuceos del pensamiento en países extraños y remotos; promueve debates, suscita cuestiones arduas,—todo ello aprisa,—recogiendo la flor de cada asunto y el aspecto característico de cada problema. Es además la *Revista* independiente, neutral en lo que más ha apasionado y dividido los ánimos durante estos últimos años en Francia; ha sabido no atollarse en el memorable asunto Dreyfus, ni en ninguno; cuida sus alas y las

bruñe, como ágil mosca que quiere volar ligeramente en todos sentidos; y el éxito, ese otro volandero antojadizo y á veces de olfato tan sutil, se ha fijado en la *Revista,* de la cual Finot sigue siendo el alma, y que está en el año XII de su publicación.

No pensaba Finot en libros; le animaron á juntar en un volumen, no artículos publicados y fiambres, sino ideas emitidas en conversaciones filosóficas, y su primer aventura libresca, afortunadísima, es esta *Filosofía de la longevidad.* Libro muy nuevo, extraño y curioso, de tesis halagueña y consoladora para los pobres hijos de Adán, sentenciados á ver desde la cuna proyectarse en su horizonte la tétrica sombra de la Muerte. Yo creo innecesario decir que no acepto muchas de las conjeturas de Finot; hago mis reservas en cuanto al fondo filosófico de la obra; pero, lo mismo que todos, encuentro gran alivio y tranquilidad en esperar que, si se tercia, podré vivir unos doscientos y pico de años y hasta echar dentadura y pelo nuevo á los ciento cincuenta. Sería doblemente grata esta prórroga á los escritores, porque muy mal viento había de soplarnos si en dos siglos no alcanzábamos á producir una obra que inmortalizase nuestro nombre y nos salvase para siempre del olvido. ¡Y qué gustoso poder abarcar, en el espacio de una existencia humana, el desarrollo de acontecimientos cuya solución tanto nos preocupa! Lo dijo la Sabiduría: nuestra vida es sobrado corta; poco vemos realizado en su curso. El árbol, como el hombre, necesita ser centenario para llegar á su total desenvolvimiento.

Finot, en su interesantísima obra, nos hace entrever la perspectiva del aumento de centenarios, hasta que lo hoy excepcional se convierta en general, y el término medio de la vida sea el plazo de un siglo. Todo ello muy documentado, con rico alarde de erudición en el terreno de la ciencia, y corroborado por los hechos, pues el libro de Finot, si francés por lo sujestivo, parece inglés por lo sólido. De su lectura se desprende lo que he solido afirmar: que la humanidad no ha

sido nunca tan feliz ni ha estado en tan buenas condiciones como ahora; que cualquiera tiempo pasado fue peor. No miremos á España; que la ojeada sea de conjunto. Siempre se murió la gente más temprano; hoy la vida acrece á compás de la normalidad y de la salud —porque la planta está mejor cultivada, porque se sabe algo más de higiene y de medicina usual, porque hay más aseo, menos aprensiones y supersticiones, hasta más ropa blanca— más de todo lo que necesitamos para vivir. Y sólo esta consecuencia que del libro de Finot clara y seguramente se deduce, bastaría para recomendarlo, ya que demuestra, con números y datos, que el progreso no es palabra vacía de sentido, como gritan esos pesimistas reaccionarios, los cuales, sin embargo, aceptan y aprovechan todas las conquistas de la civilización, sin dejar de maldecirla.

Otros muchos puntos de vista dignos de meditarse encierra el libro de Finot, y los lectores españoles y americanos han de saborearlos y seguir con placer la bien coordinada y aguda exposición y crítica con que el autor los desarrolla. Encontrarán justificada la popularidad que ya va mereciendo, y aguardarán con interés la aparición de otro libro de empuje: *Filosofía de las razas,* que Finot animado por el aplauso que mereció la primer lanza que rompe, alzada la visera, se dispone á publicar en 1902. Y he aquí que Finot será una nueva demostración palmaria de que no se necesita vivir ciento y pico de años para influir en la mentalidad de un siglo.

Emilia Pardo Bazán.

VIAJE DE UN ESPAÑOL Á TIERRA DE CHINA

I

YO, LA MAR Y MI COMPAÑERO

Yo, señor, soy castellano viejo, nacido en la Rioja y criado hacia la parte de Santander. Muchos años llevaba sin salir del pueblo, cuando al diputado por mi distrito, para recompensar lo mucho que en las elecciones pasadas trabajé en pro del contrario, se le ha ocurrido enviarme la credencial de Vicecónsul en China. Podía haber renunciado, pero mi padre no lo consintió, y aquí nos tiene su merced, á mí, navegando por estos mares de Dios, y á nuestro diputado muy tranquilo en Madrid, porque para lo sucesivo se ha quitado del medio á su más seguro servidor y ferviente adversario.

No hay que negar que ha dado el golpe con arte, hame alejado á mí, y ha ganado todos los votos de que mi padre puede disponer, pero, ó mucho me equivoco, ó la idea no ha salido de él, sino de su famoso administrador Juan López.

Sea como fuere, lo principal del caso es que yo, que en mi vida salí de la Península, me encuentro en pleno mar Mediterráneo y en marcha para recorrer medio mundo. No hay en todo el barco otro español que yo.

Y es lo que más me carga de todo, lo mucho que voy á

aprender; porque sepa, que el día que me gradué de Licenciado, juré á Dios y á Santa María no recibir más lecciones como no fueran de gramática parda, que de eso ya sabía yo que en el pueblo mucho me habían de enseñar, y hasta ahora llevaba muy bien cumplido el juramento, mas veo que en lo sucesivo va á serme imposible seguir dentro de él.

Ayer, cuando aún estábamos á la vista de Marsella, tocaron la campana para la comida. Procuré ser fino, no puse el brazo izquierdo debajo de la mesa, no me até la servilleta al cuello, ni hice ruido al tomar la sopa; verdad es que tampoco ofrecí aceitunas á una señora que estaba á mi izquierda; pero pensándolo despacio creo que hice bien, porque nadie ofreció maldita la cosa ni á su madre; pues así y todo, al levantarme de la mesa se me acercó uno de los camareros á decirme que mi traje azul indudablemente era muy elegante, muy correcto..... pero que á la comida de la tarde se debe *ir de negro*.

Yo creía que el mar Mediterráneo, por ser pequeño, debía ser tranquilo; pero cá, travieso es como todos los chicos del mundo. El diablo del vapor, que es más largo que un día sin pan, va rompiendo las olas que encuentra; pero ellas en cambio lo inclinan á un lado, vuélvenlo del otro, levántanle la proa para dejársela caer después, y con semejante diversión no estamos sosegados ni un momento, ni el piso del barco se está medio segundo en una posición. Y si por eso no fuera, lo confieso, sería un placer estar aquí. Hace un día tan claro, el mar es tan azul, tan blanca la espuma, que cuando la brisa pasa arrancando gotas de agua á la cima de las olas, ó cuando éstas rompen su lomo abombado y terso, parece que todo ello es un juego, y que el mar se ríe bajo las caricias de sus buenos amigos el sol y el viento.

En mi camarote somos dos: un señor alemán y yo. Cuando bajé por primera vez, me lo encontré sacando libros y ropa de un baúl, y llenando todas las perchas y rincones que encon-

traba. Aún no había acabado yo de cerrar la puerta, cuando ya él me había preguntado de qué nación era y á dónde y á qué iba. Le respondí con la concisión del Astete, y cuando me dejó lugar á hablar, dije:

—¿Usted es alemán?

Levantó la cabeza sorprendido, y casi estoy por decir indignado.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

Debo decir que hablábamos en inglés, único idioma de que sé tres palabras y media.

—Lo he conocido—contesté.

—Mucho me sorprende—dijo,—porque ni los mismos ingleses me notan el acento.

No tenía gana de discutir, y riéndome salí del camarote, donde mi compañero quedó entregado á su trabajo de ocupación.

A poco rato subió á cubierta y se acercó á preguntarme si sabía cuánto andaba el vapor. Contestéle que no, y mirando al agua, dijo:

—No creo que vayamos á más de doce millas.

Indudablemente, este señor debe saberlo casi todo.

Tiene la costumbre de hacer preguntas, y en cuanto uno manifiesta algo que pueda parecer opinión propia, se echa encima con un *No Sir* categórico y rotundo, acompañado de tal sonrisa de conmiseración, que deja frío á cualquiera.

II

ORILLAS DE LA MAR AZUL

Ayer vimos las costas de Córcega, hoy, á la mañana, las islas Lipari, á medio día Mesina; en este momento empiezan á borrarse en el horizonte los contornos de los montes de Italia.

Todo el mundo sabe que hay tales tierras; pero eso no disminuye la satisfacción que causa el verlas. Cierto, ciertísimo estaba de su existencia antes de emprender el viaje, y, sin embargo, sentí un verdadero placer al verlas surgir del mar en el sitio preciso donde la Geografía las pone. Antes no eran para mí más que nombres; hoy son recuerdos.

Córcega me representará siempre una costa abrupta donde las olas rompen bramando, y Bonifacio, un pueblo de casas blancas subido en lo más alto de la costa, que asoma sus galerías y los aleros de sus tejados sobre el precipicio que cae al mar. En éste y por allí cerca hay un peñón solitario, donde se eleva un sencillo obelisco de piedra, rodeado con una verja. Volviendo de Crimea, un buque de guerra inglés se hundió allí, y millares de hombres que las balas rusas habían respetado, fueron al fondo de las ondas azules con todas sus ilusiones y esperanzas, y la imagen de un hogar lejano apareciendo entre los horrores del postrer momento.

A Stromboli lo veo al amanecer. Es un cono perfecto; en la falda, tendida en sombra aún, vénse algunas casitas perdidas entre los árboles, y en torno de toda la isla resplandece un halo de gloria dorado y luminoso, como el que pintan rodeando la cabeza de los santos. Luego va aumentando la luz, el sol aparece tras la montaña, y cuando rodeándola vemos la falda opuesta, allá, en el Cabo más distante, divísase un pueblo de pescadores, un puertecillo, y saliendo de él barcas de vela latina grande y blanquísima, que interrumpen el azul unido de la mar y el cielo.

¡Scilla! ¡Ah, es una población curiosa! Imagínese usted que en la costa acantilada un gigante hubiese dado dos tajos y llevádose un trozo, y que otro gigante, después, saliese del mar con un saco de casas al hombro, y, derramándolas, hubiese subido de la playa á lo alto, ó si no, figúrese un ejército de casas que desde el cantil de la costa bajara por la quebrada á mirarse en la mar, eso es Scilla. Su fama es mala, y sin querer se asocia su nombre al recuerdo de naufragios; pero para mí

no hay tal, porque, mirando, mirando, no encontré á Caribdis, y, se lo juro á su merced, desde entonces, lo que se llama creer, no creo en su existencia. Y como sin Caribdis no hay Scilla, la impresión que conservo de los temerosos escollos nada triste es. De la parte del continente veo las montañas de Calabria, sus cimas rosadas, los valles que entre las estribaciones de la sierra bajan á la costa, los secos cauces de las ramblas por los que en tiempo de invierno correrán ríos de revuelta agua; entre una y otra torrentera campos verdes, pueblecillos, alegres quintas, y, cruzándolo todo, la línea del camino de hierro con puentes para salvar los cauces y túneles que taladran las últimas ramificaciones de las montañas. Y del lado de Sicilia, un panorama completo, que empieza con la torre esbelta y blanca de un faro, alzándose al par de la playa, y un pueblo de casas bajas, delante de las que se ven redes y juegan bandadas de chiquillos. Cuando el pueblecillo pasa, empiezan huertos y viñedos, casas de campo, caminos que suben las colinas; en un seno, trepando la montaña, vese luego á Mesina con el puerto lleno de buques á sus pies, y sobre la cabeza una corona del humo de sus fábricas, y, al fin, los contrafuertes del Etna, que se hierguen buscando las nubes á la vista de Reggio de Calabria, que desde la orilla italiana las contempla. Y todo eso se ve de cerca; en los caminos distínguense los coches y los carros que marchan; en la plaza de un pueblo un perro persigue á un bando de gallinas; á las puertas de las casas, hombres y mujeres hablan con los vecinos ó nos miran pasar; el sol hace brillar los cristales de las casas de Mesina; de una estación de ferrocarril sale el tren: parece estar viendo un cosmorama de movimiento, y eso mismo piensan, sin duda, las figurillas que ven pasar el vapor desde los umbrales de las puertas, ó que para mirarlo levantan un momento la cabeza de su trabajo en los prados.

Extraños unos á otros, nos hemos cruzado para no volvernos á ver jamás, y entregados á sus alegrías y sus penas, en la tierra que cada vez veo más borrosa, seguramente habrán ol-

vidado ya el gran vapor que sigue mar adentro, llevando á Oriente otras penas y otras alegrías.

Mar sereno nos lleva, cielo purísimo sin rastro de nubes se extiende sobre nosotros, y por primera vez, desde que emprendí el viaje, veo en torno mío la inmensidad azul al subir á cubierta esta mañana, mañana de primavera, fresca y alegre.

El mismo bando de gaviotas que ayer dejó las costas de Italia por seguirnos, continúa marchando en pos del vapor, y si alguna se deja caer sobre las aguas, álzase y vuelve á lanzarse de nuevo en nuestro seguimiento; se la ve avanzar con vuelo poderoso desde la lejanía azul, y á poco alcanza otra vez la blanca bandada que repite en los aires el surco blanco de espuma trazado en la ilímite llanura.

Después de no ver en todo el día más que mar y cielo, al caer la noche hemos divisado hacia el Norte la luz intermitente de un faro. Brilla por un momento un destello vivo, pasa luego, vuelve á aparecer menos duradero y fuerte, y tras un intervalo de obscuridad de nuevo surge el resplandor intenso. Diríase que una estrella burlona, asomada al horizonte, os hace guiños.

Allí está la tierra, y la luz que de ella parte dice con su parpadeo:

—Mírame, barco, que vas por la mar; mírame, que yo no te veo. Todas las noches me encienden hombres que tú conoces para guiarte á tí y á cuantos pasan, porque, según parece, son amigos de todas las gentes. Cuando en otras playas veas brillar á las luces, mis hermanas, salúdalas y diles que, como ellas, velo por los navegantes.

III

PORT-SAID

El placer de ver tierra no lo conoce su merced, que no ha viajado por mar ni sabe tampoco lo que significa eso de *llegar mañana á puerto*. Y no hablo ahora de la vuelta á España, que esa (Dios me la dé pronto) no encontraría palabras para contarla, sino de la llegada á cualquier costa, por extraña que sea, después de algunos días de navegación.

Todo el de la víspera me lo pasé pensando en cómo sería el tal Port-Said, que al día siguiente iba á ver, tan lleno de ilusión como chiquillo que espera juguete nuevo. Amaneció Dios, y me encontró ya paseando por cubierta, dispuesto á desembarcar; pero la tierra no tenía tanta prisa por verme, como yo por descubrirla, y á pesar de que, con la claridad que del cielo caía, se hubiera divisado el más pequeño islote, ni sombra ví de lo que esperaba.

Unos tras otros fueron subiendo los pasajeros, y á mi lado vino el Sr. Cohen, con su sonrisa de siempre, que es un gesto entre risa de burla y contracción de cara castigada por el frío, en partes tan iguales, que sería imposible decidir si lo que experimenta es alegría ó pena.

—¿Aún no se ve la tierra?—preguntó.

—No.

—Pronto debe verse.

—No sé.

A poco pasó junto á nosotros el segundo de á bordo, á quien había conocido en Marsella, y me dijo, en una jerga más provenzal que catalana, pero que él tiene por castellano correcto:

—Mire usted los barcos fondeados en Alejandría.

Enfilé los anteojos, que desde que me embarqué llevo siem-

pre al lado, y donde la mar y el cielo se juntan percibí unos trazos obscuros que parecían salir del agua. Cuando acababa de poner los gemelos en la caja, se acercó el Sr. Cohen á pedírmelos. Alguien le había dicho que se veían palos á lo lejos, y no quería perder el espectáculo.

Cuando se hubo cansado de mirar, me dijo:

—¿Ha visto usted los cascos de los buques?

—¿Qué buques?

—Los de Alejandría.

—Si nunca he estado allí, ¿cómo quiere usted que los haya visto?

La sonrisa se resolvió por un momento en una carcajadita corta y hueca, y después el Sr. Cohen dijo:

—¿Qué ha visto usted con los anteojos?

—Unas rayas.

—Esos son los palos de los barcos.

—Bien... ¿y qué?

—Que eso, entiende usted, prueba que la tierra es redonda.

Porque sepa su merced que mi compañero de camarote tiene la felicidad de creerse al tanto de las últimas novedades, y da por tales noticias que eran viejas cuando Noé salió del arca.

—De modo—repuse—que si en Alejandría no hubiera barcos, ¿seguiríamos creyendo que la tierra tenía puntas?

—No es eso, no... ¿Pero usted no conoce la Geografía?

—Sí que la conozco, y maldito si nombra los barcos de Egipto.

Por esto verán la clase de persona que es el Sr. Cohen. Sonriendo se fué, y más satisfecho que nunca, al considerar el abismo de ignorancia en que vivimos los españoles.

Port-Said, pensaba yo, está en Oriente, que debe ser un país sin igual, y aun sabiendo bien que no había de encontrarme vistas de telón de teatro, ni de etiqueta de caja de dátiles, descontando lo de Cortes de Califas, bailes de almeas y

caravanas de árabes que reposan en los oasis, todavía ese nombre de Oriente me hacía esperar algo muy hermoso en la tierra que por momentos se acercaba.

Qué me imaginaba yo, no lo sabría decir á ciencia cierta; pero sí que en nada se parecía á lo que ví en Port-Said. Mas sería muy extraño que un solo desencanto destruyera una ilusión de toda la vida, y hoy sigo creyendo como antes en un país de maravillas y tesoros que se llama Oriente, todo lo que de mi experiencia he sacado es la idea de que Port-Said no está en él, y es lisa y llanamente una estación del gran viaje á China, la primera según se va.

Porque, eso sí, el nombre de estación le cuadra de arriba á abajo; fondas, bancos, tiendas y bazares, todo espera al viajero, y vive de él y para él. Cuando en el puerto no hay vapor de pasaje, descansa la ciudad y sus habitantes duermen; pero que éntre un correo á media noche, y veréis abrirse las tiendas, encenderse las luces, salir á las puertas los numerosos mercachifles ciudadanos de tan famosa población, y romper á tocar la orquesta del café concierto.

Yo llegué á media mañana, y por lo tanto, no tuve la honra de que por mí dejaran el blando sueño los vecinos de Port-Said, pero en todo lo demás, disfruté de la calurosa acogida que invariablemente hacen á cuantos pasan.

Seis de ellos, que no parecía sino que por mí sólo esperaban, me acometieron apenas puse el pie en tierra, y se disputaron el honor de acompañarme. Y si digo se disputaron, sépase que es porque no encuentro palabra más á propósito, pues el hecho es que nada se decían los unos á los otros; y si contra alguien parecían estar furiosos, era contra mí. Hablaban todos á un tiempo, y todos y cada uno hablaban francés, italiano, inglés, alemán, y otros muchos idiomas que ni colegir pude lo que serían. Por primera vez se me ocurrió dudar que lo de la torre de Babel haya sido verdad. En todo caso, los de Port Said deben haber estado en la veleta, y ellos solos aprendieron á una todas las lenguas.

Ninguno hablaba español, indudablemente porque no calculaban que yo lo fuera; pero yo, torpe de mí, deduje que no le conocían, y satisfecho de cogerlos en falta, los mandé á paseo en el castellano más claro y enérgico que usted puede imaginarse. Cuatro de los seis se retiraron vencidos; pero uno de ellos, triunfante por todos, se me plantó delante, diciendo:

—Señor, soy José;—en tanto que otro, señalándomelo, repetía:

—Sí, sí, José;—para añadir su importante garantía, por si la sola presentación del interesado no bastaba.

Repetí la cortés invitación de antes, y para mejor convencerlos del gusto con que los vería irse de mi lado, dí á cada uno un empujón, que cariñoso quizás no lo fuera, pero expresivo, sí.

Mas todo eso debía estar en el programa, porque uno y otro se sonrieron como diciendo: «lo mismo de siempre»; y cuando eché á andar hacia la calle principal que frente por frente se abría, José siguió tras mí, y poniéndoseme luego al lado, fue diciendo una retahila de palabras que representaban sin duda alguna el catálogo completo de lo que, en su opinión, puede desear el que llegue á Port-Said.

Por desgracia, lo único que yo deseaba en aquel momento, que era su apreciable ausencia, no estaba él dispuesto á proporcionármelo, y así seguimos; yo mirando las tiendas y la gente que pasaba, y él empeñado en meterme por todas las puertas y hablando como si le hubieran de pagar las palabras á tanto el ciento. Juro á Dios que las horas que me pasé en tierra hice cuanto en mí estuvo para convencer á José de que ni aun con llamarse así lograba hacer deseable su compañía á un buen español; mas como dudo haberlo conseguido, voy á poner sus señas personales para que si su merced llegara á poner pies en Port-Said, huya de él como del pecado.

José es un joven de diez y seis años, quizás de diez y ocho, que en lo de desastrado y mugriento puede dar quince y raya

á todos los jóvenes de diez y seis y de diez y ocho años que conozco; gasta pantalón, blusa, babuchas y fez sin borla. Todas esas prendas debieron tener color alguna vez, pero también una vez hubo un rey, como dicen en mi pueblo.

Sólo unas horas disfruté de la no buscada compañía de José; mas en ellas aprendí muchas cosas, y entre otras, que el traje que he apuntado era el de invierno, el de verano y el de los días de fiesta. Los pantalones bajaban hasta el tobillo, y las mangas de la blusa, en su ser natural, debían llegar cuatro dedos más allá que el del medio, por lo que, y para dejar ver que era persona provista de manos, iban las tales mangas dobladas cosa de una cuarta, con todo lo cual resultaba aparente no ser él hombre que se pare en pequeñeces de indumentaria, ni tampoco de los que hacen los trajes á medida.

Después de bien pensado, digo que José debe ser moreno; pero si usted ha visto muchos que á la tez blanca acompañen ojos y pelo negro, puede igualmente suponer que José sea blanco, pues sólo por el color del pelo y de los ojos saqué por consecuencia cuál debía ser el de la piel. De otra suerte, no lo podía haber averiguado sin ser zahorí.

Por no cansar demasiado, sólo añadiré que de los peines ha huido hace mucho tiempo, casi tanto como del agua; que el mirar lo tiene de pillete, y el ahorrar el pañuelo de presidiario; que sabe andar sin mirar á dónde pisa, y, en fin, que es de tan buen contentar, que cuantas tiendas veía le parecían las mejores, siendo tan mal correspondido su buen natural, que en ninguna le daban entrada.

Con estas señas, seguro estoy de que usarcé sabrá reconocerlo si con él topa, y si sucediere que, confundiendo la filiación, tomara por José á otro que se le parezca, dése por servido que con haberle enseñado á que huya de él, séase quien se fuere, le habré prestado señalado favor.

En más de una tienda entré con la esperanza de encontrar otra salida y abandonarlo; pero lo adivinaba el muy maldito, y cuantas veces dí con una segunda puerta, me lo encontré al

par de ella tan puntual como si lo hubiésemos convenido de antemano.

Las calles, si no son todas iguales, á mí, que por primera vez las recorría, me parecieron muy semejantes. Las casas son grandes, muchas de ellas de dos pisos, aunque casi todas acaban en terrados y tienen galerías corridas en la fachada; su aspecto es perfectamente europeo, y cuando se las ve llenas de cuanto en otros países se produce, formando calles matemáticamente rectas, que van á parar á la mar ó al desierto, y se repara la casta de gentes que por allí anda, piensa uno que todo aquello es postizo; la ciudad una gran feria y las casas barracas inmensas, que el día menos pensado van á plegar muros y techo y salir con cuanto contienen mundo adelante.

Es increíble el número de minutos que tienen las horas cuando se emplean en recorrer una población desconocida en la que no se tiene nada que hacer. Poco más de dos habrían transcurrido cuando ya había yo dado veinte vueltas á Port-Said, y hasta conocía de vista á muchos de los distinguidos sujetos que desde las puertas de las tiendas llaman al que pasa en cuantas lenguas puede usarcé imaginarse.

A juzgar por el espacio que en mi memoria ocupa, he debido pasar en Egipto bastantes semanas; pero según el reloj de á bordo, y él no miente, no llegó el tiempo que allí estuve á un cuarto de día. El me bastó para ver más fotografías, más lacas del Japón, más sándalo y coral, más bordados de China, tapices de Persia y tejidos de la India, más rosas de Jericó y chucherías de Tierra Santa que pienso ver en el resto de mi vida; y todo eso, con los escaparates llenos de ropas europeas, las pilas de sombreros y zapatos y los montones de bufandas y toquillas que llenaban las tiendas, se me recuerdan tan fácilmente y tan en junto, que aun hoy vuelvo á pasearme de memoria por aquel enorme bazar con sólo que se me presente un pisapapeles que de allí traje con el santo nombre de Jerusalem puesto en las dos caras, en escritura de judíos.

Y no crea usted que sólo tiendas y mercancías ví, que muchas otras cosas recuerdo. Ví mujeres vestidas de negro, tan tapadas, que sólo aparecía de ellas lo que hay de las cejas á la boca, y aun eso no del todo, porque del trapo que les caía sobre la cabeza, pendía un canuto de bronce que les descansaba en la nariz y se la ocultaban; ví niños, criaturas, que en cualquier país del mundo serían inocentes, ocupados en llevar viajeros á lugares cuya existencia debían ignorar en muchos años; ví librerías donde lo que se mostraba, que no era poco, sólo servía de tapadera á lo que estaba dentro, que más valiera que nunca se hubiese impreso, y en suma, encontré tantas tiendas que bajo una muestra honrada escondían comercio de vicio, que en la cara de todas aquellas gentes se me antojó ver escrito engaño y bajeza, y aunque no soy santo, sentí asco de lo que me rodeaba y busqué donde meterme.

En ese momento oí una música que echaba á tocar, entreme en la casa de donde salía el ruído y dí en un teatro, café cantante ó algo que á las dos cosas se parecía.

Al fondo de la sala veíase un escenario con el telón corrido; delante de él estaba la orquesta, y el resto de la pieza lo ocupaban mesas de mármol y sillas de rejilla.

Eran las once de la mañana, y ya estaban aquellos pobres rascando los violines y dando zambombazos, y en tal forma seguirían mientras hubiera barco en el puerto y pasajeros en tierra.

La orquesta se componía de una docena de mujeres y cuatro ó seis hombres; el público de cinco personas, contándome á mí. Había entrado por distraerme, mas no lo conseguí. Sonábame triste la musiquilla, retumbando en los muros del salón desierto; sonábame triste bajo la luz vivísima que el sol derramaba por todas las ventanas. A los cinco minutos de estar allí, habría jurado que músicos y público teníamos la cara mustia y lacia como si tras una noche de vela el pleno día nos hubiera sorprendido en una juerga estúpida, y todos deseáramos irnos á dormir y perdernos de vista unos á otros. Ellos no

podían hacerlo, yo sí, y usando de tan precioso privilegio, salí de la sala.

Frente á ella había otra, y allá entré yo. Cuatro prójimos, sentados alrededor de una mesa, apuntaban, y otro, que tenía delante una caja cerrada, hacía rodar la bola de una ruleta y cantaba los números. Presencié más de veinte tiradas, y aunque tenía los ojos clavados en la caja, no pude ver una sola vez en qué número se había parado la bolita. El banquero alzaba la tapa, decía el número y tornaba á cerrar; todo ello, en apariencia, despacio, pero realmente con celeridad pasmosa.

Y los que apuntaban, ¡Dios de Dios!, podrán ser capitalistas ó hijos de casa grande que vayan allá á jugarse los dineros; pero personas con más cara de puntos figurados, no las ha visto su señoría. Ponían y tomaban libras esterlinas y luises de oro como quien apuntara ochavos á un juego de perinola, y me miraban de soslayo, no sé si porque no apunté una sola peseta ó porque querían darme á entender que si yo tuviera la bondad de irme, podrían descansar.

Esperé que levantaran la tapa de la caja una vez más; parecióme ver tres ceros, y salí.

Los músicos seguían aún tocando, el banquero probablemente continuaría dando vueltas á su aparato y poniendo en orden las monedas de todos los países que tiene para cebo de pasajeros.

Cuando volví á la calle me encontré con un espectáculo inesperado. Dos guardias de orden público corrían detrás de un zagalote del pelaje y la facha de mi guía José. Los tenderos salían á las puertas, la gente parábase en mitad de la calle.

—Lo mismo que siempre.

—Pero ¡qué listo es!

—¿A que no le cogen?

Se adivinaba que decían eso.

El, atravesaba las tiendas, entraba por las puertas de los

cafés y salía por las ventanas; subíase á las mesas, llenas de vasos y tazas, de los parroquianos; derribóle el narguilé á uno de ellos, pero nadie se mostraba incomodado por eso; todos simpatizaban con él abierta, francamente, no ocultándolo, como se habría hecho en país más civilizado.

Y los policías corrían desalados, cogiéndose el sable para que no se les enredara entre las piernas, dando mil rodeos para no atropellar á la gente, convencidos de que los deseos de todos era verlos á ellos por el suelo, y al perseguido libre y en salvo. Así fue; en una de las revueltas, éste consiguió escaparse de la vista de los guardias, y terminó la escena.

Me alegró el ánimo todo aquello; como que me lo refrescó, y cuando, terminadas las horas de alto, volví al vapor, casi me había reconciliado con Port-Said y su gente.

IV

EL CANAL

Era medio día, ni minuto más ni minuto menos, cuando dejamos á Port-Said, y lenta, suavemente, entramos en el Canal.

Extendíanse á nuestra izquierda las arenas sucias del desierto; á la derecha, hasta los pies mismos de los terraplenes que forman la orilla, venían á morir las aguas del Mediterráneo, encharcadas en la cuenca del lago Menzaleh; sobre ellas, allá donde la mar empieza, veíanse líneas sonrosadas, que eran bandadas de flamencos. Alzábase uno, seguía tras él todo su bando, y la fila entera, en correcta formación, desplazábase, con aleteo mesurado, para ir á caer, en igual orden, en otro lugar de la marisma.

Flota en la atmósfera ardorosa de aquellos parajes un vapor tenue, y cuando, á través de él, pasan los ejércitos de pá-

jaros, marchando con vuelo cadencioso, creéis ver el aire que los plumajes blancos y rosados agitan.

Port-Said va quedando atrás, ante la proa ve su merced extenderse el Canal en una recta de 50 kilómetros, y el barco marcha despacio, despacio, para que el aguaje de la hélice no desmorone las orillas.

El Canal es gran obra, sin duda alguna; magnífico atajo entre dos mares, por el que pasa y se cruza la vida de tres continentes; gran obra para nosotros que, gracias á él, ahorramos tiempo y dinero, pero por lo demás..... Las aves jamás lo necesitaron; para los habitantes del mar profundo no existe, la madre tierra no se ha dado cuenta de él, es un arañazo insignificante que cicatrizaría en pocos días si el trabajo incesante de miles de hombres no lo mantuviera abierto.

Desde la cubierta del vapor, que va muy por encima de la orilla, vénse á uno y otro lado llanos desiertos, llanos que fueron siempre como los contemplais, que estarán así siglos de siglos, que son la haz de la tierra, serena, imperturbable, majestuosa.

Allí no hay formas que distraigan la vista, no hay verdor que encubra ó disimule; es el solar del hombre grande y desnudo; el que vió pasar pueblos y generaciones que ni de nombre existen, y seguirá mirando al cielo azul cuando la raza entera vuelva al polvo.

De cuando en cuando vénse las estaciones del Canal pintadas y limpias, como si acabaran de llegar de Francia; chozas ruinosas, de las que salen á pordiosear chiquillos desnudos; algún árabe que pasa al borde del agua mecido por el andar acompasado del camello, ó máquinas disformes; dragas con apariencias de monstruo de pesadilla, que vuelven al desierto hechas fango las arenas que arrastró el viento.

A media tarde vimos por un momento el espejismo, palmeras, una charca de agua, y algo como montañas cerrando el

cuadro. Cuando con más interés procurábamos distinguir todo ello, se comenzó á borrar, y desapareció á modo de cuadro disolvente.

Poco después amarramos á la orilla, para dejar paso á un vapor que venía. Era alemán, grandote, el *Sachsen* de nombre; sobre cubierta tocaba una murga infame, y algunos pasajeros bailaban. Agolpábanse los más á la borda para mirarnos, como nosotros para verlos mejor á ellos, nos decían adiós sin conocernos, pronto pasaron.

Soltaron de tierra los cabos, seguimos nuestro viaje, y aunque todo parecía hacerse con la mayor lentitud, á poco habíamos dejado de oir la algarabía de la banda, y el *Sachsen* era una mancha más y más pequeña en la cinta sin fin del Canal.

Cerca ya del anochecer pasamos por el lugar donde cruza el camino de Siria. Arrimada á la orilla estaba una balsa pequeña; en tierra, un montón de personas y bestias.

Había mujeres tapadas hasta los ojos, chiquillos, árabes con jaique y turbante, camelleros, mozos de carga, empolvados y sucios los que menos, los más, astrosos y harapientos.

Cuando nosotros hubimos pasado, la balsa, atestada de hombres y animales, cruzó á la otra orilla, luego volvió otra vez, y otra, y otra. A pie unos, en burro, á caballo ó á lomos de camello, habían venido aquellas gentes de algún rincón de Africa, y marchaban á Palestina ó Siria. Dios sabe dónde, por un camino que por más que miré no pude descubrir; en la llanura siempre igual.

¡Y pensar que el rebaño, la caravana aquella iba al país de los cuentos! ¡Que los contemporáneos de Harum-al-Raschid probablemente andarían más desastrados que los que acabábamos de ver! ¡Que allí irían mercaderes del Oriente, doncellas árabes, pastores errantes, tantos y tantos personajes, que siempre me había figurado yo suma y compendio de cuanta hermosura y poesía hay en el mundo!

Y cuando cayó la noche y los focos empezaron á funcionar á proa, el mismo avanzar suave por el canal, obscuro á nuestra espalda, lleno ante nosotros de luz azulada. Luego el lago Timsah, cruzado á todo vapor entre la doble fila de boyas, tan brillantes, que, al reflejar la luz, parecen irradiarla, allá á nuestra derecha, en el fondo obscuro, una línea de puntitos luminosos, que es Ismailia, y al fin del lago, otra vez la marcha lenta y la hélice que bate el agua reposadamente como si quisiera contar sus golpes y no errar la cuenta.

Bajé al camarote soñoliento y rendido, igual que si hubiera venido por mi pie desde Port-Said hasta el lugar por donde andábamos. Entre sueños, ya, parecióme sentir que el vapor se paraba.

No fue imaginación mía, no, ni invención del sueño; quedos nos estuvimos un buen rato esperando que volviese á flotar un vapor que embarrancara en un recodo. En ese tiempo nos alcanzaron otros cuatro más, y cuando, por fin, pudimos seguir la marcha, echamos canal adelante á la cabeza de la escuadrilla.

Así nos encontró el sol, avanzando lentamente por el cauce, otra vez estrecho, tan igual al que pasábamos al atardecer, que se hubiera podido jurar que era el mismo, si no viéramos ahora en la costa de África una línea de verdura, á modo de alameda, que estaba menos distante de nosotros cuanto más adelantábamos en nuestro camino. La cual, por más que se aproximaba, no llegó á estar bastante cerca para que pudiera cerciorarme de lo que fuese; y cuando aún dudaba si tenerla por acequia de agua de beber ó restos del canal de los Faraones, la angostura por donde marchábames dió su fin y entramos en plena bahía de Suez.

Rafael Farias.

CRÓNICA LITERARIA

Del predominio de unos géneros literarios sobre otros.—La novela contemporánea en España.—Novelistas nuevos.—*Capuletos y Montescos,* por D. Luis M. López Allué.—*Huella de almas,* por D. Francisco Acebal.—*Andróminas* (cuentos), por D. E. Gutiérrez Gamero.

Con razón hace notar D. Juan Valera, en un reciente artículo suyo, el florecimiento que está alcanzando entre nosotros la novela. Aunque el hecho es de aquellos que nos muestra claramente la experiencia diaria, me place ver confirmada por un literato de tanta autoridad como el autor de *Pepita Jiménez* esta observación, que he consignado más de una vez en las *Crónicas* de La España Moderna al hablar de los novelistas nuevos que van dándose á conocer ventajosamente y que abundan más, y por lo general, consiguen mayor perfección en sus escritos que los cultivadores de otros géneros literarios.

El Sr. Valera da á entender que en el predominio del cultivo de la novela sobre el de los demás géneros, influye, sin duda, el ser éste de los que menos preparación técnica requieren, y para demostrarlo, pone por ejemplo la poesía lírica, afirmando que el poeta necesita saber de antemano más cosas que el novelista, puesto que aquél ha de tener conocimiento de la métrica, ha de saber hallar con facilidad los consonantes y asonantes, y necesita, en suma, poseer diferentes habilidades que no le son precisas al escritor de novelas, el cual, con saber escribir y con poseer el don de observar y describir los

personajes y sucesos que le ofrece el espectáculo de la vida humana, tiene toda la preparación necesaria para cultivar el género de que se trata.

Es indudable que en el cultivo de los géneros literarios, como en el ejercicio de cualquier profesión ó forma de actividad, la facilidad que supone el necesitar menor suma de condiciones previas, contribuye á que sea mayor el número de los que consagren su inteligencia á alguno de estos fines, puesto que naturalmente prefieren los hombres las ocupaciones que no exigen largo y trabajoso noviciado, y á cuyo cabal ejercicio puede llegarse por camino más fácil y expedito. Con todo, á otras causas debe de obedecer el predominio de unos géneros literarios sobre otros en las sucesivas épocas de la historia, pues de lo contrario, los más fáciles hubieran sido siempre los preferidos. Y antes de pasar adelante, bueno es advertir que yo no considero más fácil tarea la de escribir buenas novelas que la de hacer versos armoniosos y bien aconsonantados.

Hay algo de ilusión subjetiva en creer que el predominio de un género es resultado del libre albedrío de los escritores que se dedican á cultivarle, prefiriéndole á las demás manifestaciones literarias. Subjetivamente resulta, en efecto, que cada escritor cultiva el género que más le agrada ó del que espera mayor gloria ó provecho, y cuando concurren en favor de un determinado género las preferencias de un gran número de escritores, entre los cuales los hay de mérito, dicho género prospera, se perfecciona y se sobrepone á aquellos otros menos favorecidos en aquel país y en aquel momento del tiempo. Pero mirando las cosas objetivamente, observamos que el predominio de los géneros literarios no es cosa arbitraria y caprichosa, que podamos atribuir á la casualidad ó al gusto individual de los literatos, sino que se nos muestra guardando tan estrecha relación y tan acabada armonía con las creencias, las costumbres, el género de vida y, en suma, con la civilización de cada pueblo en cada época de su historia, que bien podemos colegir

que el alza y baja de los géneros literarios, la decadencia de unos y la prosperidad de otros, la desaparición de los que han perdido su razón de ser y el nacimiento de los llamados á reemplazarlos, obedecen á leyes históricas semejantes á las que rigen los demás hechos sociales, ó mejor dicho, á las mismas leyes.

Así vemos, en el período que Comte llama teológico, florecer los grandes poemas teogónicos y míticos, desarrollarse la sátira en las épocas de corrupción de costumbres, aparecer los libros de caballería cuando la sociedad está prendada del ideal caballeresco y el Quijote, cuando ese ideal declina. Y dentro de cada género y subgénero, podrían señalarse análogos fenómenos de correspondencia entre el estado y ambiente social y las manifestaciones del arte literario.

Pueden conciliarse los dos aspectos, subjetivo y objetivo, ó si se quiere, individual y social, que ofrece la cuestión del predominio histórico de los géneros literarios. El escritor se guía ciertamente, al consagrarse á la novela, á la poesía lírica, etc., por su gusto ó por la recompensa que espera; pero ese gusto suyo está modelado en el ambiente social, y esa esperanza de conseguir fama y riqueza está fundada en el gusto del público, que á su vez se deriva de las ideas dominantes y del género de vida de cada pueblo. A ningún literato se le ocurriría hoy, para hacerse famoso, escribir una epopeya ó un poema mitológico; y aunque por ventura algunos escriban todavía obras de estas clases, lo hacen como restauradores eruditos de géneros desaparecidos ó poco menos, y sus obras tienen algo, y aun mucho, de reconstrucciones arqueológicas.

La novela no es ciertamente un género nuevo, pero sí es nuevo el hecho de la extraordinaria preponderancia que ha conseguido modernamente sobre los demás géneros. En ninguna otra clase de obras literarias puede comprobarse tan á lo vivo como en la novela lo que hay de verdad en la teoría de Ribot, según el cual la literatura es una mitología degenerada y racionalista (quizá sería más exacto decir positivista).

Según esta doctrina, así como el hombre imaginaba en otros tiempos dioses y portentosas maravillas, hoy se contenta con idear imágenes ó fantasmas de hombres y sucesos humanos, con los cuales forma entretenidas y deleitosas fábulas. Estas son las obras de literatura recreativa. Y si bien se mira, la novela, género de poesía en prosa que apenas tiene límites para su contenido, que permite tratar todo género de asuntos, explicarlo todo, desentrañar lo más complejo de los fenómenos psíquicos y sociales, analizar lo más hondo de los personajes y representar con igual intensidad lo sensible y lo espiritual; la novela, que puede ser, según convenga, sátira, poema, idilio, tragedia, narración, descripción y comentario, es el género que mejor se amolda á las necesidades y á las aficiones de una época como la actual, en que la vida ofrece tanta complejidad, en que hay tal ansia de saber y de experimentar sensaciones nuevas y en que el predominio de lo intelectual sobre lo sensible hace que se dé poca importancia al atractivo musical de la rima, en otros tiempos tan poderoso. Hasta la predilección con que la novela contemporánea pinta escenas y personajes de las clases medias y del pueblo, eligiendo rara vez por protagonistas á príncipes y personajes de fuste, corresponde muy bien con el carácter medio democrático y medio mesocrático de la sociedad en que vivimos. Comparando su sencillez y llaneza con el majestuoso y altisonante estilo de la epopeya y de la tragedia clásica, y aun con la afectación y el atildamiento de algunas especies de poesía lírica, como la poesía pastoril del siglo XVIII, la novela es democracia pura; es, dentro de las letras, un hecho correlativo del sufragio universal, de la igualdad ante la ley, y de tantas innovaciones niveladoras introducidas en la sociedad moderna.

*
* *

Ese predominio de la novela de que venimos tratando, es un fenómeno general que en casi todas las literaturas observa-

mos al presente. Los españoles hemos seguido el movimiento de los demás pueblos como en otras cosas, pero en ésta lo hemos hecho con fortuna, y nuestra novela contemporánea ocupa un lugar honroso entre las de Europa, y exceptuando á la francesa, á la que ninguna disputa el primer puesto, puede la nuestra resistir la comparación con cualquiera de las otras, sin gran desventaja de su parte.

En el desarrollo de nuestra novela contemporánea observamos el signo más evidente que puede dar un género literario de hallarse en pleno florecimiento: la renovación de autores, esto es, la aparición de nuevos novelistas en quienes vemos ya los sucesores y herederos de los que más se han distinguido en este género de escritos. Una generación literaria brillante se extingue pronto, y no basta para desarrollar por completo un género. Pero no sólo tenemos varios novelistas de gran mérito, como Pereda, Pérez Galdós, Varela, la Sra. Pardo Bazán, Ortega Munilla, Palacio Valdés, etc., sino que en estos últimos años se han dado á conocer otros, como Blasco Ibáñez, Unamuno, Gutiérrez Gamero, Pío Baroja, Campión, Arturo Reyes y algunos más, cuyos nombres no acuden en este momento á mi memoria, y á cada paso aumenta con nuevos escritores de mérito la legión de los novelistas.

Dos nombres nuevos hay que apuntar en ella: el del Sr. López Allué, autor de *Capuletos y Montescos*, y el del Sr. Acebal, autor de *Huella de almas*.

Si las citas latinas no estuviesen mandadas recoger, en estos tiempos en que la lengua del Lacio, base ayer de toda la educación literaria y científica, está amenazada de desaparición y acaso llegará á ser pronto una curiosidad erudita; si no fuese por esto, se podría aplicar al libro del Sr. López Allué el conocidísimo *Habent sua fata libelli*. Los libros tienen sus destinos... como los hombres, y los destinos de la novela del señor López Allué han sido hasta ahora poco propicios, puesto que no ha encontrado en la proporción correspondiente á su mérito el calor del aplauso y el pregón halagüeño de la publicidad.

Por mi parte, confieso haber tenido mucho tiempo sobre la mesa esta novela, sin que me decidiera á leerla, y cuando al cabo lo hice, lo agradable de su lectura me hizo arrepentirme de no haber sido más diligente.

Novela de costumbres aragonesas la llama el autor. Me declaro incompetente para censurar el *color local*, lo aragonés de la obra, por no conocer á fondo las costumbres y los rasgos típicos de aquella región, si bien hay en la obra del Sr. López Allué cierto aire de sinceridad que nos induce á creer que los personajes están fielmente tomados de la realidad en sus rasgos provinciales ó regionales, esto es, en sus costumbres, opiniones, y señaladamente en el lenguaje, en la alteración popular del castellano que hablan las personas de esta novela, es decir, aquellas que por su condición se valen del *sermo vulgaris* y no aspiran á usar un lenguaje florido y elegante, guiándose en materias filológicas por el sistema consuetudinario, por la anónima tradición del pueblo y no por el sistema legislativo, ó sea por los cánones escritos de la Gramática y del Diccionario.

Por la indicación que acabo de hacer, se ve cuán relativo es el mérito del *color local,* puesto que sólo una parte reducida del público puede apreciarle debidamente. A muchos lectores de *Capuletos y Montescos,* ó de cualquier otra obra semejante, les pasará lo que á mí: que sólo podrán juzgar de la fidelidad de la pintura de las costumbres locales por esa vaga inducción del *aire de sinceridad* de la obra. Así como en las novelas en que se retratan más ó menos disfrazadamente individuos reales, sólo puede ser apreciada la exactitud y gracia de estas representaciones novelescas por los que conozcan á los modelos, así en las novelas de costumbres provinciales se necesita haber vivido en la provincia en cuestión y haberse familiarizado con sus tipos y con sus particularidades para juzgar de la fidelidad de la pintura. Para la inmensa mayoría del público, las exigencias relativas al color local son las de la verosimilitud, no las de la verdad histórica ó social. Sólo el círculo

pequeño del público local puede apreciar lo local con entero conocimiento de causa. Y excusado es decir que, á medida que cambian las condiciones de lugar y tiempo, es decir, á medida que transcurre el último y varía el primero, por pasar el libro á otros públicos, mediante la traducción ó sin ella (sirva de ejemplo el caso de un libro español leído en América), todo lo que en la obra literaria es determinación concreta de circunstancias históricas ó locales, pierde gran parte de su interés ó lo transforma en interés meramente retrospectivo. Lo que subsiste y dura es lo humano, lo general, lo que no pertenece á tiempo ni lugar determinado. Donde mejor se observa esto es en las grandes obras que nos ha legado la antigüedad. En ellas, todo lo que es determinación histórica, sólo interesa desde el punto de vista arqueológico y erudito; lo que nos encanta en ellas, desde el punto de vista del arte, son sus representaciones de lo permanente de la naturaleza humana, que es lo inteligible en cualquier época. Si dentro de dos ó tres siglos se leen, como es de esperar, las novelas españolas contemporáneas de Galdós, lo que menos interesará en ellas será la pintura de la sociedad madrileña del último tercio del siglo XIX.

Nada de lo anteriormente dicho debe entenderse en sentido de censura para el libro del Sr. López Allué, ni mucho menos significa la pretensión de que se prescinda en la novela del *color local,* y sean sus personajes ciudadanos de un país imaginario ó indeterminado. Sólo he querido indicar que, por lo general, es secundaria la importancia de ese elemento descriptivo en las novelas, á excepción de aquellas que tratan solamente de presentar cuadros de costumbres.

El asunto de la obra del Sr. López Allué es independiente, por otra parte, de las costumbres aragonesas, que tan sólo forman, por decirlo así, el fondo del cuadro. Como lo indica su título: *Capuletos y montescos,* se trata en esta novela de presentar la lucha entre dos parcialidades locales, cosa común en todas partes. Muy bien figurados están los personajes: Doña Rufina, la hidalga que quiere sostener á todo tran-

ce la primacía de la casa infanzón de los Torralvas, ya medio arruinada; el señor José de la Retora, labriego enriquecido, que viene á ser la exaltación del estado llano frente á la aristocracia tradicional, representada por Doña Rufina; los enamorados Julia y Pablo; el maestro de escuela D. Cándido, y otros, que sería prolijo enumerar, acreditan la maestría del novelista. Como los hechos menudos se enlazan con los grandes, y las variaciones sociales que ocurren en una aldea son reflejo de las que alteran las naciones y los continentes, en la novela del Sr. López Allué vemos, en pequeña escala, el drama histórico representado desde la Revolución francesa; la sustitución de la aristocracia tradicional, que vivía de prestigios y recuerdos, por la nueva aristocracia, ó *burguesocracia,* del estado llano enriquecido. La ficción novelesca tiene, pues, su filosofía, y, lo que importa más, es interesante.

No parece esta obra (aunque lo es) primera producción de un novelista, por el aplomo y seguridad con que el autor procede en el desarrollo de la acción, en el diálogo, en la presentación de los personajes, etc. El autor de *Capuletos y Montescos debuta* de un modo brillante como novelador. Algunas descripciones, como la de los preparativos electorales, la de la rogativa, la del ajuste de las capitulaciones matrimoniales de Pablo y Encarnación por los padres de los novios, tienen una intensa realidad. Y en toda la novela se ve la huella de un ingenio equilibrado y sano que ve con claridad las cosas y las expresa con arte y discreción.

*
* *

D. Francisco Acebal, autor de la novela *Huella de almas,* se dió á conocer ha poco por el premio que obtuvo en el certamen de novelas cortas abierto por *Blanco y Negro.*

Fundó después la interesante revista *La Lectura,* y ahora se estrena como novelista, dando á la estampa el libro cuyo título acabo de escribir.

De él puede decirse, como del Sr. López Allué, que en su primera obra de este género se nos presenta ya como novelador formado, sin los tanteos, la vacilación y el desequilibrio que se suelen observar en los principiantes, los cuales con dificultad consiguen *impersonalizarse* ó eclipsarse tras los acontecimientos, como requiere la forma dramática de la novela moderna, é incurren frecuentemente en otros excesos y defectos, debidos á su inexperiencia.

El libro de Acebal se distingue por el delicado gusto que en sus páginas revelan así la forma exterior del estilo, como la concepción psicológica de los personajes y la representación plástica de los sucesos. El Sr. Valera dice que el autor de *Huella de almas* abusa un poco de los diminutivos. Es cierto. La naturalidad es la gran preocupación de los novelistas modernos, y no desdeñan medio alguno para que el estilo parezca familiar y llano. Por eso el defecto que el autor de *Pepita Jiménez* señala en esta novela, y que es ciertamente un pecado venial, puede descubrirse igualmente en obras de maestros.

En *Huella de almas* no hay grandes conflictos psicológicos, ni tampoco grandes dramas exteriores. Reina en esta novela el ambiente de tranquilidad y placidez de las existencias obscuras y modestas, que se mantienen alejadas de las grandes tormentas de la vida. El mal supremo de que ningún sér temporal se libra, la muerte, da, sin embargo, una nota de melancolía á sus páginas. El atractivo de las vidas sencillas y los amores tranquilos que tan bien describe y pone en acción el señor Acebal, es comparable al interés que despierta á veces en nosotros un bosquete solitario de un paseo, que nos parece plácido retiro, ó una calle apartada del bullicio de las arterias urbanas principales, en cuyas casas silenciosas coloca la imaginación la morada de existencias que se deslizan suavemente, como el agua de un río. Quisiéramos echar el ancla en estos lugares, á los cuales la inquieta inventiva de la fantasía presta el encanto de una misteriosa calma. Igualmente se deleita el ánimo en la serena atmósfera de esta fábula novelesca.

Huella de almas es una novela de amores, de amores honestos de los que van por sus pasos contados á la vicaría. El protagonista ama sucesivamente á dos hermanas; muerta la primera, su cariño pasa como por una transmisión natural é invencible á la segunda. Con gran habilidad ó espontánea inspiración (para el efecto es lo mismo) están vencidas las dificultades que en una novela tierna y sentimental ofrece este asunto, tan dado á caer en lo cómico; y digo á caer, porque caída habría en efecto, en que resultase cosa festiva el segundo amor que pone término á la viudez espiritual del novio. Las segundas nupcias, aunque sean espirituales las primeras, son un tema escabroso y difícil para la poesía que quiere mantenerse en el terreno ideal y sublime del amor, pues parece que un gran amor ha de llenar forzosamente la vida, cuando la flaqueza é inconstancia, propias de la condición humana, demuestran á cada paso lo contrario. Pero el Sr. Acebal ha sabido sortear acertadamente estos escollos, y expresa de un modo muy feliz la disolución, digámoslo así, del primer amor en el segundo, al cual llega en cierto modo á incorporarse aquél, quedando reducido á un suave y tierno recuerdo, al culto á una sombra querida, tutelar y amiga.

Mucho puede esperarse, en verdad, de un novelista que tan felizmente comienza.

*
* *

Para terminar, diré algunas palabras de la notable colección de cuentos, titulada *Andróminas,* que acaba de dar á la estampa el excelente novelista Sr. Gutiérrez Gamero, de cuya novela *El ilustre Manguindoy* hablé tiempo atrás á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA.

Como la novela, el cuento tiene entre nosotros muchos y buenos cultivadores.

Recientemente se han publicado varios libros de esta clase, dignos de mención, entre ellos *Sanos y enfermos,* de Fran-

coś Rodríguez, que, además de ser un excelente periodista, es un literato de positivo mérito; *Fuertes y débiles*, de Gabriel Briones, y *La tristeza de vivir*, de León Roch (Francisco P. Mateos), ambos también periodistas muy expertos y buenos escritores; *Las flores rojas*, de Rodrigo Soriano, periodista igualmente, de espíritu batallador en política y de gusto muy culto, depurado y selecto en materias de arte y literatura. Sin dificultad se explica la preferencia de los periodistas por este género de relatos cortos, ya por el hábito de brevedad que se adquiere escribiendo periódicos, ya porque siendo esta ocupación muy absorbente, no suele dejar los ocios necesarios para proponerse con constancia escribir obras de considerable extensión.

El libro del Sr. Gutiérrez Gamero contiene, tras una notable carta dedicatoria dirigida á Unamuno, diez cuentos, casi todos primorosos, ninguno indigno de la pluma del autor de *Sitilla*. Hay en estos cuentos, no sólo la natural variedad de asuntos, sino la del tono y el punto de vista desde el cual considera el escritor los lances de la vida humana. Predomina en ellos la nota satírica, pero más cercana á la ironía filosófica del *humour* británico que á la franca carcajada rabelaisiana, que se refocila con lo picante y lo subido de color. No todos los cuentos, sin embargo, son humorísticos; *Santiaguillo* es un relato tierno, sentido, conmovedor, de los que llegan al alma. La tristeza y el desamparo de la orfandad están expresados de un modo magistral en este cuento, que me parece el mejor de la colección, aun figurando en ella otros tan ingeniosos como *A caza de gangas*, *El rasgo de Pañizosa*, *Vicennia Augusta* y *Polín de Navajas*.

El autor de *Andróminas* ha sabido vencer la gran dificultad de este género, que consiste en ser expresivo sin dejar de ser conciso. Su dominio del idioma y la elegante naturalidad de su estilo, completan los méritos de fondo y forma de esta colección de cuentos.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: Estados Unidos. — Adquisición de una isla en las Azores.— Proposiciones para la venta de las Antillas danesas.—Los depósitos de carbón norteamericanos en el Perú y el Ecuador.— La venta de la isla del Carmen en Méjico.—Aprobación por la Asamblea cubana de la enmienda Platt.—Aplazamiento de la concesión de la independencia para después de la celebración del Congreso Panamericano. — Aspecto que éste ofrece, deducido del éxito de la Exposición de Búffalo y de la actitud de Chile y el Perú en la cuestión del arbitraje.— Guerra de opinión suscitada en los Estados Unidos contra Europa.—El *americanismo europeo*. — El fracaso anticipado de la Conferencia Panamericana de Octubre.—Lo que dice *La Nación*, de Buenos Aires.—Paralelo entre los egoísmos capciosos del pensamiento yanqui y la espléndida generosidad del pensamiento argentino.—Sucesos últimos de esta República.— El mensaje del Presidente Roca.—Las maniobras navales.— La unificación de las Deudas.—Las fiestas mayas.—El Congreso de la Prensa.

La aproximación de los Estados Unidos á Europa es ya un hecho que descansa sobre una tentativa más de elocuencia indiscutible. Desde Washington han anunciado á toda América las Agencias telegráficas que el Gobierno norteamericano está negociando con Portugal la cesión de una de las islas Azores para establecer en ella una estación carbonífera. Si esto es así, como lo parece, demuestra que la famosa doctrina de Monroe, que consagra el exclusivismo de América para los americanos, no es una ley de reciprocidad; pues si bien no admite que Alemania pueda establecer un depósito de carbón en la isla Margarita perteneciente á Venezuela, los Estados Unidos, que en la ocupación de Hawai y de las Filipinas y en una de las islas Marianas han demostrado que su pensamiento es adquirir po-

sesiones en otras partes del planeta fuera del continente americano, se arrogan la facultad de esta libre expansión, sin respeto á la condición recíproca que debía surgir de lo que ellos se empeñan en constituir como un estado de derecho respecto á los territorios del Nuevo Mundo. Aunque los despachos de Washington revelan cierta confianza en la posibilidad de que el Gobierno del Rey Carlos acceda á lo que el de Mac-Kinley solicita, no se puede creer que Portugal quiera desposeerse de ninguno de los territorios que forman su poder colonial. La influencia que de Londres se ejerce sobre las resoluciones de esta gravedad del Gobierno lusitano, no ha de ser favorable á la cesión. La inteligencia entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña no establece una alianza tan íntima, que en Washington pudiera esperarse que también coadyuvara en esta ocasión al éxito de su empeño. Inglaterra sabe bien que los Estados Unidos es sólo un amigo circunstancial de hoy y un rival peligroso de mañana. El choque que se ha de verificar más temprano ó más tarde entre los dos continentes, ha de tener por inexcusable campo de acción el mar, y ha de estar sostenido principalmente por estos dos combatientes; pues cuando los Estados Unidos se consideren con fuerza suficiente para poder disfrutar la supremacía de los mares, á lo que visiblemente camina, no ha de tratar de adquirirla sobre potencias navales de rango secundario, sino que ha de procurar ir desde luego á la cabeza, como España en el siglo XVI fué en el Mediterráneo contra el poder otomano, y como Inglaterra, desde la desgraciada expedición de la *Invencible* hasta la sangrienta jornada de Trafalgar, únicamente se propuso concluir con el poder militar de España en el Atlántico. Dejar aproximarse á los Estados Unidos á Europa y adquirir posiciones estables que, en caso de un conflicto, le sirvieran de base de operaciones, no puede estar en el pensamiento ni en las condescendencias de Inglaterra respecto á los Estados Unidos, con quienes toda América ha presenciado la actitud, á la vez serena y firme y resuelta, que ha mantenido ante la cuestión del Canal de Nicaragua, la

cancelación del tratado Clayton Bulwer y las enmiendas no admitidas hechas por el Senado americano al tratado Hay-Pauncefote. No obstante, si los Estados Unidos, por cualquier camino—que no lo creemos—pudiera recabar de Portugal la cesión de la isla que solicita en el archipiélago de las Azores, inmediatamente España tendría que ponerse de nuevo en guardia, pues es indudable que en la escala de progresión con que la política de los yanquis, con admirable perseverancia, persigue la consecución de sus proyectos, podría fijar otra mirada ambiciosa sobre el archipiélago de las Canarias, sobre las que trabajan sin descanso muchas ambiciones.

***

La fiebre de expansión que se ha apoderado de los Estados Unidos, ni sosiega, ni cede, ni se mitiga. Las negociaciones para la adquisición de las Antillas danesas, si hemos de creer al *Sun* de Nueva York, avanzan siempre en el sentido de un arreglo satisfactorio con el Gobierno de Copenhague, y parece que el Ministro del Rey Cristián, en Washington, ha presentado al departamento del Estado las proposiciones siguientes, como términos previos para proceder á la formalización de la venta: 1.°, la población de Santa Cruz, Sant Thomas y San Juan será convocada á un plebiscito para decidir si las tres islas deben continuar bajo la nacionalidad dinamarquesa, ó si quieren pasar á formar parte de la Unión norteamericana; 2.°, si el plebiscito es favorable á los Estados Unidos, los habitantes de las islas pasarán inmediatamente á ser, no sólo súbditos de los Estados Unidos, sino además ciudadanos de esta República, con todos los derechos de los individuos nacidos en el territorio de la Unión; 3.°, los Estados Unidos pagarán por las islas á Dinamarca cuatro millones de dollars al contado; 4.°, los productos de las tres islas serán admitidos, libres de derechos, en todos los Estados de la Unión.

Si estas proposiciones son ciertas, lo que todavía no puede

afirmarse, es indudable que serán aceptadas por el Gobierno de Mac-Kinley, y que la cesión será un hecho que no tardará el telégrafo en comunicarnos. En lo que la diplomacia yanqui parece que hasta ahora no adelanta un solo paso, es en las negociaciones entabladas con el Perú y el Ecuador, cuyos Gobiernos están solicitados para ceder, el primero, un territorio sobre la costa del Pacífico para el establecimiento de un depósito de carbón, y el segundo, la venta del archipiélago de los Galápagos.

Tampoco adelanta nada lo de la curiosa dispensa reclamada al Gobierno de Méjico para que permita al súbdito norteamericano Sr. Viosca, vender á un sindicato yanqui, formado en la Paz de la Baja California, la isla del Carmen, que Viosca cree pertenecerle por haber sido adjudicada, cuando las guerras memorables de Libertad y Reforma, á uno de sus antecesores, de quien él las ha heredado, por el Gobierno de Benito Juárez, como recompensa de ciertos servicios prestados. La Cancillería mejicana, que carece de documentos sobre esta adjudicación, sospecha y sostiene que en la isla del Carmen sólo debió otorgarse á Viosca la explotación de las salinas que en dicha isla se encuentran, pero de ningún modo lo que constituye la soberanía inalienable, que sólo corresponde á la del Estado. De cualquier modo, Méjico no permitirá la substanciación de hechos que hagan presumir algún día que la isla es un territorio anexionado ó anexionable á los Estados Unidos.

*
* *

La que á todo cede y se somete es Cuba. Su Asamblea constituyente, aunque por un solo voto de mayoría, ha aprobado al cabo la enmienda que á su Constitución se impuso por la moción del senador O. H. Platt. Este se ha creído en el deber de explicar el espíritu de su enmienda, por medio de un artículo publicado en *The Worlds Work,* con el título de *Cuba y los Estados Unidos*. En él ha examinado el problema cubano

bajo el punto de vista de la anexión y bajo el de la constitución de la isla en una República independiente. Por ahora excluye la idea de la anexión hasta que entre la población que la habita y la de los Estados Unidos, el tiempo y la educación formen las condiciones bajo que la asimilación fuera más fácil que ahora, porque el pueblo cubano actualmente nada tiene de común con el pueblo yanqui. Pero mientras esas condiciones se cultivan y se adquieren, el senador Platt cree que los Estados Unidos no pueden quitar á Cuba el cíngulo de las andaderas con que debe ser llevada de la mano. Platt no podía dejar de recordar la doctrina de Monroe para justificar la protección material y continua que los Estados Unidos están obligados á ejercer sobre Cuba para asegurar su conservación, no pudiendo correr peligro ésta sino de alguna influencia ó de alguna invasión europea. Para rechazar el peso de toda influencia exterior, Cuba tiene que quedar desnuda de relaciones personales internacionales, y no teniendo diplomacia, ejército ni armada, los elementos de previsión sobre las eventualidades futuras, y los elementos de defensa en el caso de cualquier conflicto, tienen que residir, de hecho y de derecho, en el protectorado de los Estados Unidos, en su derecho de revisión de todos los actos de la Administración cubana y en la presencia personal de algún aparato de su fuerza en las costas de la misma isla.

Lo más curioso del artículo del senador Platt, es lo que da cuerpo á las pretendidas previsiones de los Estados Unidos sobre la acción que sobre Cuba pudiera ejercer cualquiera nación del viejo continente. «Nuestro trabajo—dice—fue hecho solamente á medias, cuando Cuba fué libertada de sus opresores. Una nación que echa abajo el mal Gobierno (!) de un vecino, debe hacer que se constituya otro Gobierno en buenas condiciones. Las naciones tienen derechos que conservar é intereses que proteger, y esta doctrina se extiende ahora en el mundo mucho más que antes. Por el derecho natural, no sólo por su propio interés, los Estados Unidos están obligados á

mantener en Cuba un buen Gobierno y hacer que su política siga ese derrotero. No debemos evadir esta responsabilidad. El nuevo Gobierno de Cuba, que no puede tener un ejército ni una armada, tiene esparcidos por varios mercados de Europa más de seiscientos millones de pesos de bonos españoles, emitidos por el Tesoro de Cuba y que carecen hoy de garantía, después de la intervención norteamericana (?). La mayor parte de esos bonos están en poder de súbditos alemanes y ciudadanos franceses. Es más que probable que, careciendo Cuba de medios de defensa, los Gobiernos de esas naciones demanden su inmediato reconocimiento. La única garantía que puede tener Cuba para evitar ese atentado, es la fuerza y el poder de los Estados Unidos.»

Nos tienen los norteamericanos acostumbrados á su manera particular de presentar las cuestiones y discutir, y no asombra ya á nadie los argumentos de que se valen para justificar sus actitudes. Además, ya toda discusión sería baldía. La Convención Cubana, aunque por un solo voto, ha aprobado ya la enmienda del Senado americano introducida en su Constitución, y ya en Cuba no hay que hacer más que prepararse á adquirir las condiciones con que su población pueda ser asimilable á la población de los Estados Unidos. Entonces, si en Washington no se dispone otra cosa, que indudablemente se dispondrá para mucho antes de que ese caso pueda llegar, entonces será la oportunidad de discutir sobre la anexión. Con todo, en Washington ya se le dijo á Méndez Capote y á la comisión Cubana: «*Pedid la anexión: más tarde ó más pronto, ese ha de ser vuestro destino: pedid la anexión, pero no desde aquí, desde la Habana.*» Aprobada la enmienda, tampoco será inmediata le declaración de la independencia. Se anuncian plazos, el menor para Diciembre; pues aunque Cuba probablemente concurrirá al Congreso Panamericano de Octubre próximo en Méjico, conviene que allí no hable sino al dictado de lo que le imponga el General Wood.

*
* *

Verdad es que acerca del Congreso Panamericano de Octubre próximo hay mucho que hablar. Es innegable que el resultado de la Exposición de Búffalo ha arrojado no un buche, sino un río de agua, sobre cuanto toma el carácter del exclusivismo interesado de la gran República del Norte. Los mismos periódicos de Nueva York no ocultan que al mes de abierta, nadie tiene nada que hablar ni escribir sobre un suceso que había sido anunciado con tanto bombo y que ha costado algunos sacrificios de consideración. El discurso de Roosevelt, en lugar de inflamar los entusiasmos que pretendía, ha contribuído á hacer caer la venda de todos los ojos, y en todas partes se han tomado notas de las declaraciones que contiene, pero en seco y sin comentarios. El empeño de los Estados Unidos en levantar todo el espíritu de la América de las dos lenguas contra los peligros europeos, no hace sino poner en descubierto más y más el peligro de la absorción yanki, que es el único real y efectivo que queda patente en las palabras de Roosevelt y del senador Lodge, después de estas diatribas contra los europeos, tan oficiosas y tan injustificadas. Los intereses de América no están en la sumisión á la especie de vasallaje que, como preliminar de otras intenciones, á título de panamericanismo y de la doctrina de Monroe, de Washington se trata de imponer sobre todas aquellas jóvenes Repúblicas independientes, ni en entregar las producciones que son el nervio de la prosperidad de aquellos pueblos á los monopolios sin freno de los *trusts* de Nueva York. América quiere la libertad de sus relaciones con Europa, de donde recibe sin cesar un río de beneficios, y con quien cada día fomenta más y más las relaciones y los intereses del tráfico, y cada país de la América latina tiene en sí mismo fuerzas propias y suficientes para hacerse respetar, rechazando, si fuera preciso, cualquier invasión extraña que sobre sus respectivos Estados pudiera caer. Pero ¿de quién y contra quién hay que recelarse y precaverse contra esos soñados peligros europeos? ¿Es, por ejemplo, peligro europeo para la República Argentina, en es-

tos momontos, el fácil apoyo que en los tenedores de sus deudas y en los banqueros de Londres ha encontrado para proyectar su unificación? ¿Cuántos tenedores de deudas argentinas hay en los protectores Estados Unidos? Lo repetimos: en toda la América latina, el discurso de Roosevelt no ha hecho más que atizar las desconfianzas, siempre crecientes, que se abrigan contra los sostenedores del panamericanismo en las grandes ciudades de los Estados Unidos, y todo el mundo no ha hecho más que tomar con desdén notas, así de sus exhortaciones á la formación de la gran unión panamericana, como á la pretendida oposición hacia las llamadas ambiciones europeas y á los llamamientos contra la expansión del comercio continental, «*al cual también*—dice el orador—*ha llegado la hora de poner trabas*».

*
* *

Que de algún tiempo á esta parte en toda Europa se observa una gran corriente de atracción hacia lo que se llama ya *americanismo,* es indudable; pero esta corriente, que se nutre de movimientos de simpatía hacia toda la América de sangre ibérica, en nada atenta á la libertad, á la personalidad ni á la independencia de ninguno de los 18 Estados que la forman y de los 62.850.000 habitantes que los pueblan (1).

(1) Según los últimos censos verificados al finalizar el siglo, la América latina tiene en la actualidad la siguiente población:

Brasil	18.000.000
México	14.000.000
Argentina	5.000.000
Chile	4.000.000
Colombia	4.000.000
Perú	3.500.000
Venezuela	2.500.000
Bolivia	2.000.000
Ecuador	1.800.000
Guatemala	1.500.000
Haití	1.500.000

Lejos de tender á ninguna clase de monopolios, ni en el tráfico ni en los tratados que con ellos se celebran, lo que en Europa se discute son los *trusts* de la gente especuladora del Norte; y si se proponen ligas y se formulan protestas como las que la *Kolnische Zeitung* recientemente ha propuesto, no es contra la libertad del comercio de las Repúblicas hispanoamericanas, sino contra los promovedores de esos *trusts* que inconsideradamente amenazan con una perturbación profunda á la producción, al comercio y á la economía de todo el universo. Ese *americanismo* europeo tiende realmente á apoyar ese gran movimiento de unidad sudamericana que explícitamente se ha planteado ya en el Congreso científico de Montevideo, y hasta el mismo *Morning Post,* de Londres, al celebrar ese movimiento, para el cual ve admirablemente preparadas todas las condiciones que le favorecen, lo reconoce como un movimiento de interés universal, exigido por conveniencias que estima oportunas, lógicas y racionales, y no titubea en declarar que, promovido primeramente en el Congreso Hispanoamericano de Madrid, dará lugar á todas sus consecuencias, para bien de las naciones americanas que en él toman parte y para bien de la civilización y de la humanidad. Claro es que á la perspicacia del *Morning Post* no se escapa que este movimiento de unión sudamericana, ó mejor

---

Santo Domingo	1.000.000
Uruguay	1.000.000
Salvador	1.000.000
Paraguay	800.000
Nicaragua	500.000
Honduras	450.000
Costa Rica	300.000
	62.850.000

Contando con la población de sangre y habla española de Cuba y Puerto Rico esta cifra pasa de los 63.500.000 almas, y aún habría que añadir á ella la de los Estados que fueron antiguas colonias de España ó provincias de Méjico en los Estados Unidos, de donde la sangre latina y el idioma castellano aún no se ha logrado proscribirlos.

dicho, de unión iberoamericana, es un movimiento isócrono, en oposición al movimiento de la unión panamericana, iniciado y sostenido por las ambiciones absorbentes de los Estados Unidos; pero su pasión de raza no le impide inclinarse resueltamente del lado en que se defienden los intereses salvadores que se relacionan con el bien de toda la humanidad.

Se censura á este *americanismo,* que impulsa á Alemania á enviar á las Repúblicas hispanoamericanas que lo han solicitado los maestros y jefes y oficiales de sus Academias militares para extender por aquel mundo, juntamente con la educación de las armas, la organización de ejércitos y de todos los elementos de la guerra y de la defensa; pero cuando aquellos países piden á Alemania sus soldados, sus ordenanzas militares y sus armamentos, no es porque se proponen defenderse contra esa misma Alemania que los auxilia, sino contra otros enemigos que de más cerca los amenazan. Venezuela, que desde la cesión de Puerto Rico á los Estados Unidos por el Tratado de París, se halla bajo el peso incesante de alguna reclamación diplomática ultrajante, de alguna presión material de fuerza y de toda clase de amenazas de parte de sus ya por esta razón vecinos Estados Unidos, parece que condesciende con conceder al Gobierno imperial de Guillermo II una estación carbonífera en la isla Margarita, en cambio del suministro de los armamentos de que tiene necesidad. La casa Krupp le construye 40.000 rifles de repetición, y en varios arsenales alemanes algunos destroyers del sistema Schickau y otros buques militares; pero el Presidente Cipriano Castro, digan lo que quieran, en retribuída convención, la *Saturday Review* de Londres y el *New York Sun,* no hubiera entablado estas negociaciones sin los ultrajes que con motivo de las reclamaciones de las Compañías norteamericanas, que acudieron á explotar los pozos de asfalto, se han hecho sufrir al Gobierno venezolano, ultrajes que debían ser considerados como los preliminares capciosos de otras empresas de mayor humillación. De todas maneras, la isla Marga-

rita no vale lo que los territorios que los Estados Unidos han inducido para que se otorguen á Inglaterra en el laudo de las Guayanas. En Europa, Pietri-Daudet, desde Amberes, excita á todo el viejo continente á interesarse en la política, en la cultura, en la prosperidad de los pueblos de la América latina, cuya intimidad de relaciones con los pueblos de este continente puede ser fuente poderosa y perenne de todas las solidaridades de la política, de la riqueza y de la civilización común; y en la Argentina, *La Nación,* el periódico del ilustre General Bartolomé Mitre, responde á estas excitaciones:—«Sumamente beneficioso es para toda la América de nuestra sangre el movimiento que se nota en Europa hacia nosotros, sobre todo después de la celebración del Congreso Hispanoamericano de Madrid, que lo ha despertado. Hay que secundar con toda resolución este movimiento, que estrecha las relaciones de Europa entera con nuestros pueblos latinos. Las extensas regiones que se desarrollan desde el antiguo imperio de los aztecas hasta la encumbrada mansión de los cóndores, deben prestarse solícitas á esta fraternal acogida de la mente europea. El hecho se explica. Las Repúblicas latinoamericanas, que sólo tratan de robustecerse pacíficamente por la educación, la economía y el tráfico cordial con los demás pueblos, no pueden menos de cooperar á la necesidad que por todas partes se siente de detener algo la desmesurada ambición de los Estados Unidos, que amenazan tragarse el orbe.»

*
* *

No es, por lo tanto, preciso que la cuestión del arbitraje, que en tan gran desacuerdo pone los intereses particulares de las dos únicas Repúblicas verdaderamente rivales que existen en todo el continente latino, Chile y el Perú, sea la manzana de la discordia que haga abortar el objeto íntimo del Congreso Panamericano de Octubre próximo en Méjico, como ya ha abortado la tendencia ínterin preliminar de la Exposición de

Búffalo. Cuando en un principio los periódicos de Lima, alborozados, publicaban el programa del Congreso, creyendo que de sus resoluciones podría el Perú sacar alguna ventaja para sus pleitos territoriales, de sostener los Estados Unidos los efectos de retroacción que llevaba apareja dos la consagración del principio jurídico internacional del arbitraje obligatorio, *El Tiempo,* de aquella capital, cantaba una especie de *trágala* contra Chile, y restaba de la concurrencia á Méjico, á los delegados de esta República y á los de sus aliados de una y otra banda de los Andes, cortos en número y en poder material, porque á su vez se creía robustecido con alianzas como las de la Argentina, el Brasil y Bolivia, que en cualquier evento hubieran podido inclinar la balanza del éxito en su favor. Se han vuelto las tornas. Al representante de Chile en los Estados Unidos, Morla Vicuña, el Ministerio de Relaciones Extranjeras de la Casa Blanca ha dado, al cabo, seguridades de que los acuerdos que en la conferencia de Méjico se tomen acerca del arbitraje, sólo se referirán al porvenir y en manera alguna serán aplicables á lo pasado; y esta declaración, comunicada por telegrama de Washington á Lima, tal efecto causó en la capital del Perú, que no sólo se protestó en el acto en todos los periódicos contra ella, sino que se trató que el acento de su contrariedad se repitiera en las Repúblicas amigas de las dos faldas y de las cumbres de la cordillera.

La verdad es que el dualismo que surgió desde la primera invitación que los Ministros norteamericanos dirigieron á las Cancillerías sudamericanas cerca de los Gobiernos con quienes estaban acreditados, en los primeros meses del año pasado de 1900 entre los dos criterios irreconciliables profesados por Chile y el Perú, delineó de tal modo su carácter de absoluta incompatibilidad, que ya desde entonces pudo sospecharse que el conflicto sería inminente é irresoluble. Riva Agüero, Ministro de Relaciones Extranjeras del Perú, contestando el 10 de Abril al Ministro yanqui acreditado en Lima, Mr. Iwing B. Dudley, se asoció presurosamente y con entu-

siasmo á la idea del Congreso bajo el supuesto de que en la acción de los Estados Unidos se esforzarían «para establecer entre los pueblos americanos la unión estrecha que á la vez que acreditara su prestigio ante los demás, *extendería y normalizaría sus propias relaciones sobre bases de común derecho y recíproco respeto;*» mas Errázuriz Urmeneta, que ejercía el mismo cargo en el Gobierno de Chile, con fecha 21 de Mayo contestó á la comunicación de invitación del Ministro yanqui Henry L. Wilson: «Si, como es de esperar, dada la rectitud de intención y el sentido pacífico del Gobierno invitante, el programa de la proyectada conferencia fuere tal que satisfaciera los anhelos de los Estados americanos, *no se prestase á suscitar entre ellos cuestiones enojosas y no pretendiese tomar resoluciones de carácter retroactivo, avocándose el conocimiento de asuntos actuales ó pasados en que tenga interés cualquiera de estos Estados,* mi Gobierno aceptará gustoso la invitación que se le hace....» Después de estas manifestaciones, un año entero hace que dura la polémica diaria en las relaciones de Gabinete, en la prensa periódica y conferencias y discursos especiales como los pronunciados en el Ateneo de Santiago de Chile por Gonzalo Bulnes, y Chile no ha dado una respuesta categórica sobre su asistencia al Congreso hasta que en Mayo último su Ministro en Washington, Morla Vicuña, recibió del Subsecretario de Estado Mr. Hill, en ausencia del Ministro John Hay, las seguridades de que en la cuestión del arbitraje sólo se resolverá en el sentido de que su aplicación «no tendrá efecto sino para las cuestiones futuras y no para las que actualmente se discuten, y menos, por supuesto, para las pasadas». Estas seguridades no se han dado por Mr. Hill á Morla Vicuña, sino después de haber sido la cuestión puesta al debate y al acuerdo de los vocales que componen la Oficina de las Repúblicas Americanas en Washington. La petición de Chile fué llevada al Comité Internacional por el mismo Secretario de Estado, y la resolución del Comité fue favorable á lo pretendido por Chile. Mas como esta resolución modifica una

parte del programa del Congreso, y este programa, que había sido redactado por el mismo Comité, fue pasado á la Cancillería mejicana y por el Gobierno de Méjico comunicado á las Repúblicas invitadas, las cuales, conformándose con él, ofrecieron su adhesión y prometieron concurrir, desde el momento que ha sido modificado, ha movido escrúpulos en muchas de estas Repúblicas, que han amenazado con dejar de asistir á la conferencia.

El Gobierno de Méjico, lejos de comunicar la modificación, se ha limitado á reservar la comunicación que ha recibido de la Secretaría de Estado de Washington para dar de ella conocimiento al Congreso en sus sesiones preliminares; pero el Perú ha reclamado así en Méjico por medio de su agente diplomático el Dr. Maurtua, como directamente por su propia Cancillería, y el telégrafo ha comunicado á Méjico, á Washington y á Europa que, dada la actitud asumida por Chile y las seguridades que en la Casa Blanca se han dado á sus pretensiones, se abstendrán de concurrir al Congreso la Argentina, el Uruguay, Bolivia, el Perú, el Brasil y el Paraguay, si antes no se les garantiza que en las sesiones de Méjico «podrán tratar ampliamente, y sin restricciones de ninguna clase, la cuestión del arbitraje y tomar cuantas resoluciones se consideren oportunas para dar inmediata aplicación». Los Ministros del Perú y Bolivia en Washington formalizaron esta abstención en notas de oficio, que pusieron en manos del Secretario de Estado, y Mr. Hay ha contestado al Ministro peruano Alvarez Calderón «que una vez acordadas las excepciones del arbitraje, presentadas por Chile, como condición de su aceptación, es imposible volver atrás de lo que se ha resuelto». El *World* y la *Tribune*, de Nueva York, á pesar de todo, confían en que las gestiones que hace la Secretaría de Estado eviten á todo trance las abstenciones; mientras toda la prensa sudamericana á coro proclama que la informalidad cometida demuestra la mala fe con que se las trata, y que desde luego puede darse por fracasada la conferencia internacional. Hasta

la sesuda *Nación*, de Buenos Aires, que refleja las opiniones del General Mitre, no puede ocultar que son graves estas complicaciones, y dice explícitamente que «á medida que se conocen los antecedentes relativos á la conferencia Panamericana, se fortalece la convicción sobre la poca seriedad con que en Washington se procede, y en un artículo que titula *El Congreso Panamericano y sus complicaciones,* se leen ideas como las siguientes:

«Nuestra diplomacia debe renunciar á la ingenuidad con que se prestaba á secundar el Congreso Panamericano, como una iniciativa sincera de solidaridad moral americana»...— «Nuestra actitud debe ser de espectadores...»—«El primer deber de solidaridad lo tenemos con nosotros mismos, y con Congreso Panamericano ó sin él, nuestra política comercial y económica no obedece á más móvil que al de la propia conveniencia. De modo que si alguien hubiera creído que á la sombra de la solidaridad internacional y de sentimentales y abstractas declaraciones podían apañarse planes de expansiones gratuitas ó exclusivas, deben darse cuenta de que hemos salido de esa infancia en que era fácil establecer estas tutelas que se pretenden, y los que las abriguen en su pensamiento, deben renunciar á tales devaneos.»

El cuadro bosquejado, que no es más que un pálido bosquejo de lo que en estos momentss se está discutiendo en los Gabinetes y en la prensa de toda la América latina, como preliminar de la Conferencia Panamericana de Octubre próximo, ¿no es la demostración palmaria que nos acercamos á la segunda derrota del panamericanismo yanqui, que ya ha sufrido en Búffalo un desengaño tan elocuente?

*
* *

Mientras la política yanqui ocupa toda la actividad de su inquieto pensamiento entre los proyectos de la capciosidad con que disfraza sus ambiciones desapoderadas y las coalicio-

nes del agio, simbolizadas en sus tremebundos *trusts*, el espíritu se ensancha al ver la proba y perseverante tarea impuesta á sus deberes por los Gobiernos hispanoamericanos de levantar su fuerza y su prestigio de las naturales consecuencias de un afán que no descansa en promover y realizar empresas que á la vez llevan por simpáticos signos de su generosidad el engrandecimiento y la prosperidad por el trabajo, y la verdad y la honradez por garantía. El mes último se ha señalado en la América del Sur por una suma considerable de acontecimientos de carácter público, de que ha sido teatro la Argentina, y que sucediéndose sin tregua unos á otros, á la vez que parece que entre sí se emulan por revelarse á cual más gallardos, forman un conjunto digno de atención, porque en sí entrañan la inmensa vitalidad que en la República del Plata se desarrolla.

El primero de estos sucesos ha sido la reapertura de las Cámaras y el Mensaje del Presidente Roca. ¿Cuáles son los puntos radicales que abraza? El de las relaciones americanas; el de la situación económica, así del país como del Gobierno; el del fomento de las relaciones comerciales y de la emigración, y el del arreglo y unificación de las Deudas. La Argentina del lado allá de la cordillera, sólo espera con Chile la resolución de Inglaterra en el largo pleito de la frontera andina. «Las dos naciones están dispuestas á aceptar la decisión arbitral.» Sobre las orillas del Atlántico presenta, como prenda de pensamientos pacíficos, la aproximación al Brasil después de la visita de su Presidente Campos Salles. El cuadro económico del país se bosqueja bastantemente bien con los resúmenes de algunas cifras. El presupuesto se ha cerrado en *superavit*. Las rentas calculadas para 1900, produjeron mayores rendimientos en todas sus entidades; y respecto á la Deuda del exterior, después de diez años de suspensión, han vuelto á reanudarse las operaciones de amortización, destinando al servicio de 1.° de Julio la suma de 1.300.000 libras esterlinas, de las que estaban ya localizadas en Londres un millón de libras oro.

El crédito nacional se mejora en términos, que el 4 por 100 exterior, que á principios del 900 se cotizaba á 51,50, se ha valorizado á los 68 en que ahora se halla, y hasta el 98 ha llegado en el mismo período de tiempo el 5 por 100. El Banco Nacional crece siempre en continua prosperidad, y el movimiento del tráfico exterior ha ascendido á un valor de 268.085.481 pesos oro, de los que han correspondido 154.600.412 á la exportación y 113.485.069 á la importación. Por último, la emigración jamás cesa en su corriente continua, y en el año último han entrado en el territorio argentino 105.000 emigrantes de diversas nacionalidades del Viejo Mundo. A este estado de prosperidad que camina siempre en feliz aumento, se ha impuesto la oportunidad de un despejo necesario en las complicaciones del crédito público, mediante un proyecto de unificación de las Deudas exteriores que tenga por objetivo: primero, disminuir el servicio de la Deuda pública en cinco millones de pesos oro anuales, más ó menos; segundo, refundir y consolidar en un solo título argentino de igual interés y amortización los treinta empréstitos actuales, y tercero, pagar el saldo de la Deuda flotante en Europa, que vence en el presente año y en el próximo por un valor de 18.000.000 de pesos.

El pensamiento económico del Gobierno del General Roca no ha podido menos de ser juzgado con tonos satisfactorios por los periódicos de Londres, que reflejan las impresiones del Stock-Exchange, y, como es natural, lisonjea y abre el camino á la confianza y á la seguridad de una situación financiera, que á fuerza de solicitud, probidad, asidua atención y economía, cada vez resulta más desahogada. El nuevo servicio de amortización ha sido recibido con explícitos aplausos por la *Westminster Gazzette* y el *Daily Mail*. En Alemania y Francia se ha considerado verdaderamente consoladora la firmeza con que la Argentina marcha resueltamente á soluciones que llegarán á levantar su crédito al grado que Méjico lo ha hecho en la administración de Porfirio Díaz; y aunque no faltan periódicos que, como el *Financial Times*, el *Financial News* y el

Economist, que á fuer de presumir de profesionales, se encierran en la espectación de los resultados, ello es que en el fondo de todos los juicios se nota un voto unánime de esperanza en favor de los esfuerzos argentinos, que da el grado de la simpática observación con que se contempla su gallardo desenvolvimiento.

***

Si de los progresos económicos de la Argentina se pasa al aparato majestuoso con que organiza el poder material con que procura afianzar su posición, su inviolabilidad, su influencia y su porvenir, la hermosa y opulenta República del Plata gana también cada día en consideración, conforme se la ve consagrar una atención sabiamente dirigida á la organización de aquellos elementos defensivos, que si tal vez sólo le sirvan por mucho tiempo de respeto respecto á todas sus fronteras terrestres, en el mar le son absolutamente necesarios, teniendo en su vasta extensión territorial costas tan dilatadas, aun poco pobladas y la mayor parte sin fortalezas, donde en cualquiera de las convulsiones en que es de presumir que entre la América meridional el día en que los problemas panamericanos ofrezcan cualquier otro aspecto que el paternal y pacífico que ahora simulan, la Argentina se vea en el caso de desplegar sus fuerzas, no ya sólo para defenderse á sí misma, sino para cumplir la halagüeña misión con que el destino la brinda en todo el continente que nuestra raza ocupa. A la revista naval que ha tenido lugar del 15 al 20 de Mayo en el puerto Belgrano, han concurrido con 299 bocas de fuego los acorazados *San Martín*, *Puiyrredón*, *Belgrano*, *Garibaldi* y *Brown;* los cruceros *Buenos Aires*, *9 de Julio, 25 de Mayo* y *Patria;* el cazatorpedero *Espora*, los destroyers *Corrientes, Misiones* y *Entre Ríos,* y los avisos *Bahía Blanca* y *Gaviota*. Ha habido hermosas maniobras mandadas por el Contralmirante Solier; ejercicios de tiro con luz natural del día, y de noche con reflectores eléctricos; simulacros

de desembarco; cargas á la bayoneta, y en el almuerzo oficial y de gala ofrecido al Presidente Roca, á quien acompañaba el Ministro de Marina Betveder y un gran número de Senadorès, Diputados y otros personajes conspicuos de la política y de la Administración, el General Presidente pronunció un discurso de tonos elevados, cuya síntesis se encerraba en el siguiente período: «El Gobierno, el honorable Congreso y el pueblo todo de la nación, están satisfechos del espíritu de orden, trabajo, disciplina y nobles emulaciones que reinan en vuestras filas; confiando que sabréis conservar estas costosas y respetables máquinas navales listas, sin que les falte un tornillo ni un grano de pólvora para levar el ancla á la primer orden; que no olvidaréis jamás, en ningún caso, que lleva cada una de ellas en su tope la bandera argentina, y que el amor á la patria y á la gloria son el móvil más poderoso de las grandes acciones en la guerra.»

¡Tiene razón en enorgullecerse de su actual poder naval la República que lo ha creado tan igual y tan formidable por el noble esfuerzo de tantos colaboradores insignes que, alentados por el amor de la patria, fueron capaces de precaver las exigencias del porvenir! De los trece buques de combate reunidos en Puerto Belgrano, el acorazado *Brown* data de la época de Avellaneda; el *25 de Mayo* y el *Espora*, del de Pellegrini; el *Garibaldi*, el *Buenos Aires*, el *Patria,* y los destroyers *Entre Ríos*, *Corrientes* y *Misiones*, de la de Sáenz Peña, y el *San Martín,* el *Belgrano* y el *Puiyrredón*, de la de Uriburu. Pero allí estaba presente el General Roca, creador del nuevo Ministerio, que imprime á esta fuerza autonomía y unidad, y allí mismo, al tener la complacencia de evocar el recuerdo glorioso de su primer Ministro de Marina, Rivadavia, al lado de su también glorioso sucesor Betveder, reivindicó también para sí un título que la Argentina le reconoce entre los propulsores insignes de esta institución en que ya descansa la plena confianza de la seguridad nacional.

Como inmediatamente, después de la revista naval de

Puerto Belgrano, vinieron las fiestas de la Independencia, *La Nación,* enmedio de sus solemnidades, publicó un número extraordinario de diez y seis páginas para resumir la idea de la situación actual de las fuerzas de mar y tierra que la Argentina posee. La Armada nacional argentina está constituída por ocho grandes acorazados, de 6.840 á 1.535 toneladas de desplazamiento y de 46 á 2 cañones de diversos calibres; cuatro cruceros de 4.700 á 1.530 toneladas y de 34 á 16 cañones; dos cruceros torpederos de 1.070 y 520 toneladas y de 10 á 7 cañones; tres cazatorpederos; ocho torpederos de mar y seis torpederos de río. Estos buques de combate tienen como auxiliares tres cañoneras, diez transportes, un buque-escuela, seis avisos, una grua flotante, una cisterna, un polvorín, tres pontones, los cinco barcos de la flotilla de Río Negro, tres faros flotantes, siete remolcadores y el guardacosta del Río de Santa Cruz. Todo este material flotante, que forma el poder naval de la República Argentina, desplaza 39.673 toneladas y está artillada por 436 cañones.

***

Al espectáculo de la fuerza sucedió inmediatamente el espectáculo de la organización del principal instrumento que hoy tiene la difusión de la inteligencia. Este espectáculo, contraído á la celebración de un *Congreso de la prensa argentina,* fue prometido cuando se verificó el aún reciente centenario de la publicación del primer periódico que se fundó bajo la dominación española en el antiguo virreinato del Río de la Plata. Sus sesiones han tenido lugar del 27 al 31 de Mayo; lo ha presidido el Dr. Estanislao Zeballos; han asistido, en presencia ó reprentación, todos los que profesan ó han profesado en los Estados de la República el periodismo, y entre estruendosos aplausos recibió en su primera sesión la adhesión escrita del General Mitre, y formulada así:

Bartolomé Mitre saluda á la comisión directiva del Círculo

de la Prensa, representante de la institución que mantiene encendida la antorcha de sus principios tradicionales, dando unidad á sus trabajos, y se adhiere con todas sus simpatías á su iniciativa para celebrar su primer Congreso nacional conmemorativo, agradeciendo la invitación que ha tenido á bien dirigirle, con el sentimiento de no poder concurrir personalmente á sus sesiones, pero acompañándolo con sus votos por su mejor éxito, en la esperanza de que agregará una nueva página memorable á la historia de la prensa argentina, á la vez de ilustrar sus cuestiones de actualidad, promoviendo sus intereses y sus progresos.

Juntamente con el Congreso se ha verificado una *Exposición de diarios,* y los temas más importantes de que se han tratado versaron sobre *la moralidad en la noticia; la difusión del periodismo; la propaganda política por la prensa; el duelo, el suicidio y el crimen; los corresponsales ¿son periodistas?; los redactores militares; los periodistas extranjeros; las escuelas de periodistas; Asociaciones nacionales y de socorros mutuos de la prensa,* y los *Congresos periodísticos.* Indisputablemente son interesantísimas las conclusiones acordadas respecto á cada uno de estos temas; pero no cabiendo todas ya aquí, deben ser conocidas en un trabajo especial y más extenso. El Congreso terminó con un gran banquete de despedida, en cuyos brindis quedó proclamada la unidad de la gran familia del periodismo argentino.

***

El espectáculo franco, leal, abierto de todas estas cosas, que, constituyendo la vida pública de la Argentina, imprimen un carácter tan noble, progresivo y tan generoso á aquella nueva sociedad americana, hemos de confesar que ofrece más atractivos que el de las miras solapadas y astutas de la política de los americanos del Norte, que se disfrazan con máscaras de intenciones elevadas y grandes, para ocultar tras ellas

tendencias que aniquilan el espíritu de los pueblos, encerrándolos en un estrecho recinto que no tiene otros límites ni horizontes que los del engaño y el interés. El latido de la vida nacional argentina vibra más alto, en su propia espontaneidad y sencillez, que el latido de la vida política panamericana, que mintiendo y ofreciendo grandezas hiperbólicas, encierra á los individuos y á los pueblos en las estrecheces donde siempre viven, en perpetua fiebre de codicias criminales, los agios del *trust*. En todas las emociones que hemos referido de la vida argentina palpita la alegría del bienestar presente y la alegría de la esperanza futura; es decir, todo lo contrario de lo que transpira la vida en aquella ya corrompida sociedad norteamericana, en que sólo se meditan la absorción de los incautos, por las astucias de la falacia, la irresolución de las empresas, como se ha visto en la de los canales, las emboscadas de la avaricia, como en las asociaciones mercantiles de Morgan, ó las horas y las semanas de locura que estos días se han descrito por el telégrafo norteamericano, á propósito de las especulaciones escandalosas en Wall Street, entre los grupos de Gould y Harrison y de Morgan é Hill, sobre el ferrocarril Northern-Pacific. Uno de estos despachos así describe la escena de la mañana del 2 de Mayo, antes de la hora oficial de la cotización, á la puerta de la Bolsa: «Mientras llegaba, dice, la apertura de la Bolsa, salían de la multitud gritos y exclamaciones, blasfemias, ruegos y amenazas. Los policeman, apretados por la gente, se hallaban en la absoluta imposibilidad de intervenir, y dejaban que un ruído cubriera al otro, resultando una algazara infernal. A las once de la mañana, hora en que se abrieron los portones de la Bolsa, puede decirse en verdad que Wall Street era un infierno suelto. Mil y cien corredores corrían, atropellando cuanto hallaban en su camino, gritando los precios de las acciones, que abrieron con un alza repentina de 120 puntos. A los pocos momentos las acciones del Northern-Pacific se cotizaban con un alza de 300, y minutos más tarde á 400 puntos. A las once y cincuenta,

pasado meridiano, el alza había llegado hasta 1.000 puntos. Los corredores, sin sombrero, con las levitas hechas jirones, haciéndose entender con ademanes de energúmenos, arrojaban excelentes valores á cualquier precio, con tal de poder pagar. Esas ventas representaban pérdidas enormes, que afectan á todas las plazas de América y de Europa.»

Los americanos del Sur, enmedio de su vida, todavía un poco atrasada con relación á la de los americanos del Norte, sin duda alguna no votarán por que éste sea el único panamericanismo verdadero que los Estados Unidos les ofrezcan en las insinuantes ensaladas de rosas, curtidas con vinagre, con que les han invitado para la Exposición Panamericana de Búffalo y para el Congreso Panamericano de Méjico.

Hay que guardar la ropa; hay que saber resistir.

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.=Estudios históricos: Psicología del amor en el siglo XIX.= Literatura: Conferencias y conferenciantes.—Pompeyo Gener y las literaturas castellana y catalana.—Pérez Galdós.—La muerte de los dioses.—Los copleros de Montmartre.—Herejías literarias.=Estética: La poesía y la vida. = Biografía: La juventud de Leonor Duse. = Psico-física: Psicología del pudor.=Filosofía: El pensamiento místico.—Pensamientos de Tolstoi sobre el sentido de la vida. = Cuestiones sociales: Reformas sociales en España.=Impresiones y notas: La segunda enseñanza.—La religiosidad en la juventud japonesa.—Dos nuevos sueros.—La mujer y la familia en la Manchuria.—París bajo el consulado.— Napoleón y la señora de Stael.—La medición de la sensibilidad.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

Psicología del amor en el siglo XIX. — A mediados del siglo — dice Miguel Salomón en la *Revue Bleue* — Michelet lanzó un gran grito de alarma; las gentes se amaban poco, y los nacimientos disminuían; Francia estaba enferma. Mucho antes, en 1837, otro teórico del amor, que viajaba observando lo que pasaba á su alrededor, se asombraba de encontrar en los jóvenes «almas de setenta años»; las «realidades burguesas»—como las llamaba Jorge Sand — se sobreponían ya á todo sentimiento.

¿Quién hubiera podido prever semejante huelga del amor algunos lustros antes? En los triunfantes años del consulado Francia se embriaga con su savia, prodigándola sin regateos; ama con alegría, con pasión brutal, sin pararse en cortesías,

abolida la noción del pudor. Bonaparte pretendió restablecer la moral pública; pero tras un revoque de decencia en la fachada, la licencia del Directorio prosiguió en el interior. El nuevo tipo de mujer es la mujer *imperio,* sin virtud, pero imponente, severa, altiva de porte y de tocado, con los cabellos á la antigua, cuello alto y traje de líneas rectas, enamorada de laureles y trofeos y sentimental hasta caer en todas las debilidades. *Werther* y *René* flotan ya en la atmósfera, y están á punto de hacer estragos en aquellos tiernos corazones. El énfasis sentimental es rasgo bastante frecuente en los soldados del Imperio; sin hablar de Luciano, aquella *garrafa de horchata,* como le llamaba su hermano, que escribía á la señora Recamier (Julieta), excitándola «á pensar en Romeo con aquella turbación deliciosa que es la aurora de la sensibilidad», véase la ampulosidad con que Bernadotte expresa á la misma señora «la amistad y la ternura que inflaman por ella su alma amante».

Abiertos de nuevo los salones, se habla, se murmura y se ama, pero no como antes; los supervivientes de la gran tragedia revolucionaria se entregan al amor gravemente, dolorosamente. Hecha la restauración, los pensadores conquistan los corazones como antes los conquistaban los militares del Imperio. Es la moda de los suspiros rimados, y las mujeres se entregaban entre espasmos á quienes mejor sabían expresar en verso sus sentimientos; entonces se amó, y se amó mucho, cuando el siglo tenía veinte años. Pocos años después, el atento viajero Stendhal observa en los jóvenes la afectación de «no encontrar ningún placer en compañía de las mujeres»; y cuenta de un sarao en una quinta de Borgoña donde los mozos dejaron libre el campo á los viejos; el matrimonio por amor está desacreditado, burlándose los jóvenes de semejantes debilidades, y preocupándose tan sólo del dote que deben exigir á la mujer con quien se casen. Ocho días antes de su muerte, Begle confesaba que las mujeres «no eran ya de moda».

¿Desde cuándo este cambio? Desde 1830. ¿Es que se había

extinguido la ardiente llama del lirismo? Lamartine no había creado todavía su *Jocelyn;* Musset no había escrito sus *Poesías,* y Jorge Sand estaba preparando sus *Indiana, Valentina, Lelia* y *Santiago Mauprat,* verdaderos trozos de prosa lírica. La literatura de los jóvenes de 1837 no se eleva, sin embargo, más allá de las *Memorias* de la Dubarry, la Pompadour, Fleury, etcétera, donde se ven gentes que ganan mucho dinero, y cuya vida se alegra de cuando en cuando con escenas de libertinaje. Este era el gusto general; y los libreros no tardaron en ponerse á su nivel, comenzando entonces la difusión de la «literatura industrial», denunciada por Sainte-Beuve. La bandera del ideal dejó de flotar. Se ha dicho que el sistema censual, que reservaba los derechos políticos á los ricos, contribuyó á esta transformación, y es posible. Tocqueville, sin embargo, imputa á la preponderancia de la clase media este rebajamiento universal; los instintos de esta clase, instintos de enriquecimiento, de ahorro, de egoísmo, dieron al Gobierno el aspecto de una gran Compañía industrial, prosperando el tipo de los contratistas y empresarios, gentes «operadas del sentido moral», como Dumas hijo las llamaba, que tuvieron su encarnación en el *Roberto Macario* de Philippon, llegando á su más alto desarrollo épico en el *Bautrín,* de Balzac.

Balzac es el pintor nato de esta época; para él lo moral está determinado por lo físico, y el amor especialmente le parece mal librado de sus orígenes animales. Augusto Comte elaboraba al mismo tiempo su positivismo con sus ribetes sentimentales del culto público y privado á la mujer, como primer grado del culto fundamental de la humanidad. Comte, sin embargo, con su estrechez de miras, era el menos autorizado para ser el restaurador del amor, á pesar de su devoción caballeresca y de su ritual del culto erótico. La depresión se acentuó, y Scribe ofreció á la sociedad el grado de ideal que necesitaba: la naturaleza humana, tomada desde el boulevard Bonne-Nouvelle, es decir, ni muy ancha ni muy profunda; lo novelesco con surtido de positivo, de intriga y de goce; el industrialismo adorna-

do, elegante y dorado. Es realmente lo bastante para llenar sus sueños, añadiendo los brillantes ocroneles con los gloriosos galones de sus uniformes flamantes. La República de Febrero, á pesar de las generosas aspiraciones de algunos de sus hombres, no sólo ya pudo contener, sino que aceleró este movimiento. La propiedad atacada identificó su causa con la del orden, y se hizo la tercera persona de una trinidad compuesta por la religión, la familia y la propiedad.

El segundo Imperio empezó por una novela, que fue el matrimonio del Emperador, desquite del sentimiento á expensas de la política. Weiss exagera sin duda al decir que entre el 2 y el 10 de Diciembre de 1851 el aparato nervioso de la raza sufrió un súbito endurecimiento; pero es evidente que el materialismo práctico progresó extraordinariamente bajo Napoleón III, efecto de una prosperidad sin ejemplo. Taine y Renán dominaban las inteligencias, y á ellos sobre todo es debida la difusión de la fe en la ciencia, que fue la religión de tantos espíritus. El artículo fundamental del credo de 1850 es el de la ciencia reducida á los hechos, y la explicación de los hechos por los hechos; con un poco de transformismo, algo de progreso, de selección natural y de eliminación de los débiles, se tiene el compendio filosófico de las gentes cultas del tiempo, cierto apetito de goce con repugnancia por toda pasión, un epicureismo con salsa de ingenio, una *guasa* cuya irreverencia llega á todo: tal es el carácter de la época, cuya expresión encontramos en *La bella Elena* con su estúpido Aquiles y su Menelao con clámide amarilla.

En 1867, Dumas hijo, decía en el prólogo de *La Dama de las Camelias:* «Hay que reconstituir el amor en Francia», repitiendo la advertencia formulada por Michelet y renovada por Aubray. El amor es la base del matrimonio, asiento de la familia en que se funda la sociedad; este es el axioma del dramaturgo, que, sin embargo, excluye el amor de la existencia del hombre superior, como derivativo inútil y peligroso de las fuerzas que el genio debe concentrar sobre un pensamiento

único. «En estado de naturaleza—dice,—el amor es una necesidad estúpida de nuestros sentidos; en estado de sociedad, una sobreexcitación ficticia de nuestra imaginación.» Augier representa mejor su tiempo: burgués de nacimiento y de espíritu, encarna la *poesía* de la clase media preponderante; se ha podido preguntar si en todo el teatro de Augier hay un solo enamorado; el amor á la mujer es sustituído por el amor al dinero, con el que se tiene todo, incluso la mujer misma.

No parece que la catástrofe del año terrible haya producido cambio alguno en nuestras costumbres. La sola novedad digna de atención es una moda, bastante efímera, de dilettantismo, personificada en el héroe de *Mentiras* de Bourget; se bosquejan intimidades, vigilándose uno mismo para detener á tiempo el brote del sentimiento; se presta todo sin entregar nada. Así enriquece uno su experiencia embelleciendo su yo, convertido en un mosaico de sensaciones.

Sobre la moral de la generación siguiente, la que ahora llega á la madurez, tenemos un documento precioso: la *Confesión de un hijo del sitio*, es decir, de un nacido en París en Enero de 1871, de Miguel Corday. ¿Cuál es la sensibilidad de estos jóvenes? Flaubert profetizaba á la Francia de Napoleón III que haría echar de menos por su bajo realismo á los burgueses de Luis Felipe; hoy, ser *segundo imperio* equivale á «ser conmovedor». Desde el colegio la pasión del juego domina á los jóvenes, y los grandes sucesos públicos les sirven de temas de apuestas y los libros de Zola circulan en sus salas de estudio. ¿Se necesita más para marchitar á un joven? Marcelo Riviere maldice, con razón, la influencia de ese triste genio de la novela contemporánea. ¿De qué amor han de ser capaces espíritus así desflorados? Nada que se parezca á corazón se encuentra en las frases amorfas de estos fantoches del vicio.

¿Y el matrimonio? Se va á él como á una carrera, porque hay que colocarse; pero se va, aun así y todo, cada vez menos. La crisis del matrimonio es la cuestión del día; el divorcio, que se creyó mejoraría las cosas, es tenido por una modificación ano-

dina por los apóstoles del evangelio de la dicha, y hasta la unión libre, por lo que tiene de fijo, no les satisface; el «amor libre» es el que proponen como fin á nuestra ascensión en lo futuro. El teatro, por otra parte, se encarga de rematar con sus adulterios fáciles esta disolución á que asistimos, y el público sin moral que aplaude comprueba el juicio de Bourget, que ve en el nihilismo moral la última forma del mal del siglo.

Y sin embargo, como en todas las épocas de gran sensualismo, el misticismo ha reaccionado. Después de Zola, vienen Tolstoi, Ibsen, Mœterlinck. Amores de almas, celos de almas en decoraciones legendarias, con refinamientos y quintas esencias, nos revelan las figuras del novelista flamenco; crisis de conciencia, rescates por sacrificios, inmolaciones al ideal, pone en escena el escritor noruego; un realismo que se baña siempre en el misterio, con una caridad activa, á veces dolorosa, es la característica de las creaciones de Tolstoi. Y algo de todo eso va penetrando en nosotros, y almas llenas de elocuencia han lanzado á las generaciones nuevas el *sursum corda*.

LITERATURA

Conferencias y conferenciantes.—Recuérdese la sátira mordaz é ingeniosa de Pailleron—dice Chevallier en la *Revue Bleue*—tanto sobre los profesores de bien decir para mundanas idealistas, como sobre los jóvenes *arribistas* (1): en *El mundo donde uno se aburre* se ve al profesor Bellac, exaltado hasta las nubes por su auditorio, con motivo de una conferencia so-

(1) El francés llama *arriviste* al hombre que persigue el logro de una alta posición, de un nombre ilustre, porque su ideal es «llegar», *arriver* á la meta de sus aspiraciones. En castellano tenemos *arribar* en el mismo sentido, y no hay inconveniente en aceptar el neologismo *arribista*, que expresa perfectamente la misma cosa que el *arriviste* francés, ajustándose á las leyes neológicas de nuestra lengua.

bre el amor.—¡Oh, soberbio!—clamaba la señora de Saint-Reault.—¡Bello, bello, bello!—vociferaba, delirante, la señora Arriego.—¡Ideal! ¡Sois uno de los dioses de mi Olimpo!—suspiraba la señora de Loudan, poniendo los ojos en blanco.—En los *Farsantes* se veía la banda de los Tomates, Asociación de admiración mutua, en la que músicos, periodistas, pintores, escritores, médicos y magistrados, todos charlatanes astutos, hacían del salón del vanidoso advenedizo Laversée la tribuna de sus apologías personales. «Empezad por tener éxito—decía uno—y siempre habrá alguien que os encuentre talento.»

Desde entonces, el número de los farsantes ha crecido, y hoy son un verdadero peligro para la nación, ocupando ó empeñándose en ocupar los puestos de los hombres de mérito, rectos y sencillos, á quienes paraliza y ahoga la falta de audacia y de espíritu de intriga. Hoy han extendido su campo de acción, y no se presentan ya con la espalda apoyada en la chimenea de un salón, sino que aparecen en salas públicas, donde se paga la entrada, habiendo escalado las tablas del escenario público.

Hasta 1890, los intelectuales de la burguesía parisiense no tenían para pasar la tarde más que los cursos del Colegio de Francia, la Sorbona y las conferencias semanales del Odeon; los conferenciantes eran personas conocidas, que exponían sus ideas sobre toda clase de asuntos, y el público pertenecía á todas las clases burguesas sin distinción de camarillas ni de partidos. Desde aquella época empieza la transformación, y la antigua conferencia literaria ó científica se ve reemplazada por la presuntuosa *causerie*, hija de la farsa y de la vanidad. Sarcey encanta al auditorio con razón; pero la competencia nace, y cómicos, poetas, dramaturgos, novelistas, críticos, periodistas y hasta mujeres, se lanzan á la lucha para conquistar un público. Su voz se convierte, de paternal y docta, en acariciadora; el gesto pasa de la sobriedad á la abundancia, y los asuntos dejan de ser clásicos para ser raros, extravagantes, nuevos á toda costa.

La evolución del género ha ido marcándose cada vez más. Hoy, casi todas las conferencias se hacen á dúo; uno ejecuta, canta, recita ó baila y otro explica y comenta: así sucede con «La ingenuidad fin de siglo y el cuaderno de una cantante», con audiciones de Iveta Guilbert; «La risa y las lágrimas en la canción moderna», con Felicia Mallet; «La Danza en los siglos XVI y XVII», con bailes dirigidos por el señor X..... La *causerie* sufre como todos los caprichos de la moda: ayer se inspiraba en las canciones célebres con sus intérpretes ó creadores; hoy en el soplo místico de las religiones del extremo Oriente y del ocultismo, de los misterios de las misas negras y de la hechicería medioeval.

Pero la farsantería no había llegado á su apogeo. Había que encontrar algo nuevo, y se encontró. Ya por medio de la prensa venían los autores cebando al público con más ó menos ingeniosos y lisonjeros reclamos; pero la gente, que no está enterada de los guisos del periodismo, mordía el anzuelo, dudando un poco de la paternidad del elogio. Con las conferencias ya no hay ilusión posible; el autor sube á las tablas y alaba su persona y sus obras para seducir á la clientela.

El colmo de la evolución se encuentra en la explotación de los asuntos amorosos. El éxito de los libros de refinamiento sensual era un indicio, y no había más que seguir el camino abierto. Así lo hicieron los conferenciantes, dándonos los *Gritos de amor*, las *Canciones ardientes* y, sobre todo, la *Teoría del beso*... Y no son los conferenciantes los más culpables, pues al fin tienen la disculpa de su ambición, sino ese público ávido de emociones sensuales, vanidoso y pueril, fruto de un medio social corrompido y un ambiente deletéreo. ¿Qué público es ese? No es burgués como el antiguo, sino mundano, es decir, salido de los salones; ese mundo en el que ya no domina ninguna religión, no puede vivir sin ídolos. Acapara los que existen y los enseña como animales raros, creando y protegiendo los que están en vías de desarrollarse para poder vanagloriarse algún día de haberlos lanzado. Y poseído de esa fiebre de amor

propio, sin medir el alcance de sus actos, se hace cortesano de la audacia, y creyendo servir al arte, erige un pedestal á la farsa.

***

Pompeyo Gener y las literaturas castellana y catalana.—De un interesante artículo publicado sobre Pompeyo Gener, el genial, eruditísimo é incorrecto autor de *La muerte y el Diablo*, por José León Pagano en la *Rassegna internazionale della letteratura e dell' arte contemporanea*, extraemos los trozos siguientes, lamentando el tono pesimista, por fortuna equivocado, del ilustre escritor catalán sobre el porvenir político y literario de España:

—¿Qué piensa usted de la actual literatura castellana?—pregunta Pagano.

—Pienso—contesta Gener—que hoy es inútil hablar de literatura castellana. ¿Existe acaso? Me refiero á lo que debe entenderse por una literatura. Hay grandes individualidades en el movimiento literario español contemporáneo, bastando citar un nombre, Pérez Galdós, que es el más grande literato español después de Cervantes, y por añadidura, gran pensador y dramaturgo; es un elemento sano, casi único, pero no vayamos más allá. Y no quiero con esto decir que deban olvidarse algunas figuras, importantes en todos sentidos: la señora Pardo Bazán, Valera, Palacio Valdés y Picón tienen indudablemente grandes méritos; pero no constituyen un centro, son figuras aisladas. La poesía lírica, por ejemplo, parece condenada sin remedio. Campoamor ha muerto, y Núñez de Arce casi no escribe ya. Por lo demás, prefiero no ocuparme de literatura castellana; como nucleo, no creo en ella. ¿La crítica? Hablemos de los críticos, será más serio. Podré citar á Menéndez y Pelayo. ¡Qué crítico tan admirable! ¡Qué amplitud de criterio! ¿Habéis visto su estudio sobre las obras de Lope de Vega? Un crítico católico que declara que «un eclesiástico bien puede permitirse el lujo de tener una querida, si se

llama Lope de Vega»... ¡Hermoso, hermoso y grande sobre todas las cosas (1).

—Y de la literatura catalana, ¿qué dice usted?

—Que tiene lo que falta á la castellana, es decir, que está sostenida por generaciones espléndidas y renovadas, y no por personajes aislados; que constituye un movimiento más compacto y más importante en el fondo, aunque en verdad el renacimiento catalanista en la esfera literaria haya tenido años atrás mayor importancia. Hoy las energías conscientes parecen dedicarse á la política. La política lo absorbe hoy todo, todo. Muchos de nuestros hombres, los más preclaros, como Guimerá, por ejemplo, único poeta dramático verdaderamente grande de España (2), se han dedicado completamente á la política. No obstante, no puede decirse que la literatura catalana esté relegada á segunda fila, sino que ocupa la primera. Y se explica, porque entre nosotros ha ocurrido un redoblamiento de actividad.

Nosotros los catalanes—añadía Gener—somos y nos declaramos *supernacionales*. Lo que nos pone en desacuerdo con el resto de la Península, además de la raza, es precisamente el desnivel intelectual. Mientras en el resto de España (3) se mira todavía hacia atrás, vegetando en dudosas glorias pasadas, y las demás provincias consideran á Madrid como superior y van allí á buscar enseñanzas, los hijos de Cataluña, desde hace muchos años, van á Francia, Alemania, Bélgica é Inglaterra. Esto ha producido una comunión de corrientes con el resto de Europa, mientras España ha quedado recluída en

(1) No resistimos al deseo de protestar contra semejante arranque de entusiasmo por cosa que tan poco lo merece, pues en verdad que si Menéndez Pelayo no tuviera otros títulos al aplauso del público inteligente, no sería digno del buen nombre que lleva.

(2) ¡Perdonen las almas de Ayala y Tamayo! ¡Perdone Echegaray tamaña herejía!

(3) El original dice «en España»; pero no queremos manchar ni aun por referencia nuestra pluma escribiendo herejía semejante, como si España fuera una cosa y Cataluña otra.

sus anticuadas ideas. El comercio y la industria, por otra parte, han puesto á Cataluña en relación con las demás partes del mundo y la han enriquecido; hoy, por lo mismo, se siente fuerte, rica, inteligente, mientras el resto de España no es más que una mancha negra, como Turquía en el otro extremo de Europa. Cataluña, que es un cuerpo vivo, no quiere permanecer ligada á un cuerpo muerto, y de ahí el movimiento regionalista.

***

Pérez Galdós; ideas y proyectos.—Como á Pompeyo Gener, Pagano visitó á Galdós, teniendo la fortuna de encontrarle relativamente locuaz, pues en él es característico el callar, y cuando le piden su biografía, contesta que se reduce á dos palabras: «he pasado mi vida entera trabajando».

Pasando de uno á otro tema, hablaron de *Bodas reales,* el último episodio de la tercera serie, y le hizo notar el poco interés con que la prensa se había ocupado de esta obra.—«No os maravilléis—respondió con natural indiferencia,—yo no mando mis libros á ningún periódico; mejor es que no se ocupen de un libro si no lo han de hacer con seriedad.»

—¿Pensáis iniciar otra serie de *Episodios nacionales?*—preguntó Pagano.

—Sí, la cuarta, que empezará el año 48 y acabará con la revolución de Setiembre; en el primer volumen entra Italia con la política de Pío IX.

—¿Y empezaréis pronto la nueva serie?

—Relativamente pronto, sí; pero antes quiero dar algo al teatro, pues la causa que persigo producirá así efectos más inmediatos y eficaces; la comunicación entre las ideas del autor y el público es más directa, y por lo mismo, el resultado es de mayor energía.

—¿Habéis ofrecido un drama á la Comedia francesa?

—Sí, *El abuelo*, aunque sabiendo de antemano que no había de conseguirse la representación, porque allí no se admite

nada extranjero; sin embargo, se ha hecho una excepción con Goldoni, y la opinión de Claretie me es muy lisonjera. Estoy en tratos para este drama con Novelli, y si la cosa se arregla, asistiré á la representación, pues siento gran deseo de volver á Italia.

Pagano intentó hablar de asuntos religiosos, pero Galdós permaneció en este punto inexpugnable; después de haber publicado ochenta tomos que contienen su modo de pensar, no había para qué obligarle á hacer declaraciones en materia tan conocida. Si hubiera querido hablar, habría dicho de seguro: «España es el país más irreligioso del mundo, sin que signifiquen nada en contrario las manifestaciones teatrales de devoción, antes políticas que religiosas; me río de la piedad de un pueblo como Madrid, que tanto habla de religión y que no tiene un templo digno, no ya de Dios, sino de un hombre de gusto.»

—¿Qué receta dariais á España para levantarla de su postración?

—El aire libre. España se parece al enfermo de aprensión, cubierto de emplastos y vendajes; arrójelo todo, y el cuerpo recobrará su vigor.

Preguntándole si son de temer en España nuevos disturbios y desmembraciones, Galdós dijo: «España padece de íncubos, soñando con despojos y mutilaciones horribles; esto es absurdo y pueril, y contra semejante pesimismo debemos protestar, afirmando nuestra fe en el derecho y en la justicia, y negando que la fuerza sea la única ley del porvenir; no nos mostremos arrogantes, pero tampoco siniestros y fatídicos.»

*
* *

La muerte de los dioses.—El joven novelista ruso Demetrio Mereshkowski se presenta al público, sin buscarlo ni pretenderlo quizá, como un contradictor del autor del *¿Quo*

Vadis? Dice un articulista francés que Mereshkowski es un nietzschista conciliador, un hombre que querría á Cristo con Satanás, la ley de los fuertes con la de los débiles; en *La muerte de los dioses,* sin embargo—dice en *La Rassegna Internazionale* Enrique Corradini,—más bien se muestra nietzschista puro que conciliador; también se afirma que Mereshkowski es un cristiano instintivo que se cree pagano, lo cual podrá ser cierto en sus obras futuras; pero en *La muerte de los dioses,* primera parte de una gran trilogía, se muestra admirador convencido del paganismo, especialmente del paganismo helénico, teniendo gran simpatía por su protagonista Julián el Apóstata, y por su tentativa de restauración del culto pagano, lo contrario de lo que aparece en el *¿Quo Vadis?*

Es un error de los lectores creer que en *¿Quo Vadis?* agrada la parte cristiana; lo que agrada es la parte pagana precisamente; á despecho del autor, Nerón, con sus coronas de rosas, sus banquetes, sus juegos sangrientos; Petronio, con su rubia enamorada y su viril y serena muerte; la romana Afrodites y el romano Marte, han contribuído al prodigioso éxito de la novela mucho más que San Pedro y la mística Ligia y las Catacumbas; la voz cristiana más grata y conmovedora parte del rudo pecho del bárbaro Ursus, en quien se junta la fe de un niño con la fuerza de un Hércules.

¿Obtendrá *La muerte de los dioses* algún éxito semejante, en pro ó en contra del Olimpo ó del Calvario? ¿No es el sentimentalismo cristiano producto de la hipocresía y de la debilidad, más bien que de una generosidad sincera? Mejor sería que los débiles, antes de imponer sus leyes á los fuertes, procurasen ser fuertes ellos mismos. Cuando Mereshkowski admira á Pedro el Grande, porque osó soñar en la restauración de la autoridad que Europa había heredado del antiguo imperio de Roma, y á Pushkin, porque puso en evidencia el carácter anticristiano del genio, pensaba Corradini hallar en sus páginas materia de asentimiento entusiasta por profesar idénticas

doctrinas, dejándole, por el contrario, frío la lectura de *La muerte de los dioses.* Juliano mismo parece un histérico ó epiléptico furioso de estos tiempos, más bien que el héroe homérico descrito por Ammiano Marcelino; ni siquiera su serena muerte helénica ha iluminado los ojos del escritor ruso; el Juliano de Mereshkowski no es un heleno, ni un romano, ni hombre ninguno superior.

Y sin embargo, en el tejido de la vida exterior de su protagonista, Mereshkowski sigue al historiador antiguo. Juliano y su hermano Galo, únicos parientes no sacrificados por Constancio, aparecen en el castillo de Macellum entregados á sus estudios, ocultando Juliano su afición á los diálogos de Platón, y haciendo creer en su vocación por el claustro, para no despertar sospechas; su hermano Galo es llamado por Constancio, y desaparece de este mundo después de haber sido elevado á la dignidad de César; Juliano ocupa su puesto, y es enviado á las Galias, donde, en lugar de hallar la muerte, como quería su augusto primo, se corona de gloria y de laureles y es proclamado Emperador por sus tropas. Muerto Constancio, Juliano es aclamado por todos, y sólo entonces se quitó la máscara, declarándose abiertamente idólatra; trasladándose á Antioquía, prepara la expedición contra los persas, pasa el Eufrates, obtiene grandes victorias, y encuentra la muerte á los treinta y dos años en el campo de batalla. Tal es la materia de la novela rusa.

Ammiano Marcelino, al hacer el retrato de Juliano, lo ha hecho con una frase de insuperable penetración: «Sus ojos bellos y brillantes atestiguaban que su espíritu estaba angustiado en su cuerpo.» El historiador cuenta también las dotes histriónicas de Juliano, que tanto han ayudado siempre á los grandes conquistadores, pintándole además como supersticioso, entregado á los augures y adivinos, y como fiel «observador de las ceremonias sagradas, en las que inmolaba innumerables animales»; amigo de la popularidad, se trataba á veces, para obtenerla, con personas indignas de él, y en sus expedi-

ciones militares, tomaba como un simple soldado su escasa y pobre comida, siendo en las batallas, no sólo hábil capitán, sino impetuoso combatiente.

Lo que más desagrada en la novela de Mereshkowski es el no haber comprendido que un héroe no puede despertarse del olvido, sino con la condición de hacerlo victorioso, aunque vencido; esto no sólo lo hace la poesía, sino la historia y la opinión de los contemporáneos: el vencido de Waterloo es un triunfador ante las mismas generaciones que vinieron tras él; nada de esto aparece en el Juliano del novelista ruso, que ni siquiera ha logrado quitarse de la frente el estigma cristiano de apóstata.

El plan de la obra de Mereshkowski es, sin embargo, grande: á esta *Muerte de los dioses*, cuyo protagonista es Juliano el Apóstata, seguirá *La resurrección de los dioses,* cuyo protagonista en el Renacimiento italiano será Leonardo de Vinci, cerrándose la trilogía con *Un manto nuevo,* del que será protagonista Pedro el Grande. Por esto precisamente, porque Mereshkowski conocía la futura resurrección y la difusión é inmortalidad de la idea por la que el Apóstata había combatido, hubiera debido entenderlo y representarlo más genialmente, no como el último combatiente, sino como un precursor. Lejos de eso, Juliano es un desesperado, espíritu cerrado que ni siquiera tiene la elocuencia de la palabra; su ímpetu no es el ímpetu del héroe, sino el del histérico, que acaba en un delirio frenético. Como filósofo, se llama helénico, y es tétrico como un pedante nórdico, siendo su helenismo mera reminiscencia de escuela. Como emperador, no hace sentir su fuerza sobre el mundo. El Apóstata, en suma, es una sombra, y Mereshkowski, quizá por motivos de raza ó de historia, no ha sabido penetrar en el espíritu del helenismo ni del romanismo.

Una noche, por ejemplo, dentro de una palestra abandonada, se le aparece á Juliano una bellísima muchacha desnuda en el momento de lanzar el disco; al verla, Juliano se retrae

púdicamente, lo cual en verdad es poco helénico; pues así es toda *La muerte de los dioses,* sucesión de escenas por todo el Imperio romano, hasta abarcar la vida entera de Juliano el Apóstata, desde su infancia hasta su muerte; los antiguos épicos sabían compendiar en un breve episodio una epopeya entera. El escenario en que se desarrolla la novela es, sin embargo, digno de Shakspeare, y recuerda el de Antonio y Cleopatra; pero es evidente la intención de sacar de todo cuadritos diversos para componer el gran cuadro; la sucesión de los cuadritos resulta confusa, y el gran cuadro no aparece; falta la línea clásicamente recta y pura; la novela hormiguea de toda clase de gentes; pero es toda gente pálida, envuelta en niebla rusa. Los aficionados á la amena literatura tienen que contentarse con seguir admirando el paganismo en las páginas cristianas del *Quo vadis.*

*
* *

Los copleros de Montmartre. — A lo largo del boulevard de Clichy, y hasta en el boulevard Rochechouart, hay tabernas que se llaman artísticas — dice Ernesto Charles, — donde varios copleros prolongan la vida de la canción francesa y la gloria de Montmartre. Se conocen esas casas: Taberna de las Artes, Taberna de las cuatro Artes, Tablado de Tabarín, Caja de Fursy, Repique; se conoce también la gente que las habita, y las obras que lanzan al público por dos francos.

La sala es modesta: un café como otro cualquiera, con menos gente que en cualquier otro. Al pronto se queda uno sorprendido. ¿Dónde están los cancioneros? ¿Dónde el auditorio? Se oye rumor cercano, y se ve, tras puertas y cortinajes, el antro donde os sirven, por dos francos, literatura con bock ó con guindas en aguardiente. Un gerente, con la sonrisa en los labios y la servilleta en el brazo, os indica el camino y penetrais en el santuario: una sala rectangular, mal alumbrada,

mal aireada, con sillas elementales, mobiliario de café viejo de provincias, y en las paredes cuadros, dibujos, retratos y mujeres desnudas, todo envuelto en humo de tabaco.

Encontrais un sitio y os sentais; en un rincón veis un piano y hasta un pianista. «Señoras y señores—oís de pronto:—van ustedes á oir en sus obras á nuestro excelente camarada el señor X.» Y el camarada sale, saluda, vuelve á saludar, sonríe, se suena, se sorbe, sonríe, preludia y se lanza. ¿Cuántos son estos excelentes camaradas? Unos veinte, porque todos ellos pasan por las cinco ó seis tabernas artísticas, y en todas se tropieza con el mismo repertorio: la canción política de actualidad. Todos proceden de Santiago Ferny: Bonnaud, rechoncho y jovial, que entretiene siempre con canciones ordinarias; Gastón Secot, de numen franco, sin tocar en la grosería; Pablo Weil, de corte literario; Fursy, satírico y abundante; Hyspa, imperturbable y picante; Rictus, cantor de mendigos y de revoluciones.

La canción de amor tiene por intérpretes á Teulet, muy buscado; Lemercier, algo vulgar; Delmet, el cantor popular de las morenas de ojos tiernos; Legeay, calvo y romántico, cuyos estribillos se cantan en coro con entusiasmo; Privas, el príncipe de los poetas, que se enternece ante un guante, un pequeño guante de una antigua querida, conservado en un cofrecito; Montoya, que canta con no menos convicción que Privas, siendo delicioso oirle preguntarse si prefiere á la rubia, á la morena ó á la roja, enjugándose la frente con un pañuelo bordado por su bella; Dollinet, en fin, el menos célebre de todos y el más digno de serlo, por sus canciones rústicas y populares, naturales, vivas, llenas de fina observación. León Berton los imita maravillosamente á todos, y oyéndole, puede uno dispensarse de escuchar á los que no le agraden.

Todos tienen público y todos son aplaudidos, y todas las noches se llenan estos saloncitos de extranjeros y de provincianos que creen que para conocer bien París hay que ir á Montmartre; de las últimas grisetas—las grisetas que uno en-

cuentra son siempre las últimas—que van con sus amigos; de algunos pintores y estudiantes, y de muchos empleados de comercio. Cuando sale Baltha, siempre se le pide que cante *El mercader árabe,* y así con todos los demás. Todavía están cantando en algunas tabernas sobre la apertura de la Exposición. Montmartre es un rincón de provincia, donde nada pasa sino poco á poco. Sus cancioneros han resuelto el problema del espectáculo barato, y han introducido en la vida literaria el principio de las cooperativas, poniendo sus talentos en común; al verles luego repartir los beneficios con el gerente, y al verles, sobre todo, desde las cinco de la tarde hasta la una de la mañana, tomar bock sobre bock, no se puede menos de pensar en las cooperativas de consumo.

*
* *

Herejías literarias.—Alguna vez ha de figurar también la *Gaceta*, nuestra famosa *Gaceta*, en esta variada sección de La España Moderna. ¿No es también la *Gaceta* una Revista en la que colaboran á veces los hombres más ilustres de nuestra literatura? ¿No es una curiosísima publicación sociológica, abierta á todas las opiniones y atiborrada de los más opuestos pareceres?

No se ha distinguido nunca por su corrección la literatura oficial. Pero si puede pasar que los indocumentados de la estética literaria abusen de su paso por el poder para llenar las columnas de la *Gaceta* de deslabazada y soporífera prosa, no es tolerable que los que disfrutan de tamaño privilegio cometan impunemente atentados contra el idioma nacional, introduciendo vocablos de tan mal gusto como el de *verificador* de contadores eléctricos. Nosotros esperábamos que la Real Academia Española protestara de semejante término; pero mientras la docta Corporación, encargada de velar por la pureza del idioma, cumple sus deberes en este punto, si cumplirlos

quiere, nosotros protestamos con energía, rechazando ese galicismo, cuya introducción nada puede justificar.

Es muy corriente, en efecto, en las obras de que está inundado nuestro mercado de libros, tropezar con el vocablo *verificar*, como traducción del francés *vérifier*. Pero si esta mala traducción se explica por la falta de cultura de los traductores, no es tolerable que esa herejía literaria halle su sanción en las columnas de la *Gaceta* y en un documento suscripto por un Ministro de la Corona. En castellano tenemos los términos *comprobar* y *contrastar*, perfectamente castizos, para traducir el *vérifier* francés; en castellano tenemos consagrado, desde muy antiguo, el término de *fiel contraste* para expresar lo que ahora se quiere designar con el nombre bárbaro de *verificador*. ¿Por qué, pues, no se emplea ese nombre ó el de *comprobador* para designar á esos nuevos funcionarios que las aplicaciones de la electricidad han obligado á crear? ¿No es irritante y vergonzoso que así se corrompa el idioma patrio por quienes más obligados están á dar ejemplo de respetarlo? Mal, muy mal está que nuestros horteras nos hablen de *guatear*, cuando tan claro y tan hermoso sería decir *algodonar*, llamando *pelerinas* á las *peregrinas*, *matelassé* al *acolchonado* y *cupones* á los *retales* ó *retazos;* tampoco está nada bien que nos encontremos en la cuarta plana de los periódicos con anuncios de «máquinas á vapor» y «motores á gas», cuando podría decirse *motores de gas*, ó *por gas*, ó *con gas*, sin ofensa del idioma; ni menos que las Compañías extranjeras que explotan los tranvías de Madrid nos obliguen á leer al pie de los billetes de viajeros la advertencia de que son «billetes á presentar á petición de cualquier empleado», incurriendo en otro galicismo, como si, pareciéndoles poco la conquista de nuestros míseros ahorros, aspiraran á conquistar el idioma mismo, imponiéndonos giros desusados é inaguantables; peor todavía es oir hablar á los ciclistas de *entrenar* y *entrenador*, términos que crispan los nervios de quien quiera que sienta amor al castellano, cuando tenemos en nuestra lengua

las voces *jalear* y *jaleador*, que tan admirablemente expresan lo que el francés *entrainer* quiere decir en este caso; pero si todo eso es horrible, todo ello es explicable por nuestro vergonzoso atraso y nuestra despreocupación. Lo que no es explicable ni defendible es que la *Gaceta* sirva para consagrar tamaños atentados contra la lengua nacional, y de esperar es que la Real Academia tome cartas en el asunto, y que los Ministros se cuiden un poco más de la vestidura con que presentan al público los partos gacetables de su cacumen; ya que, por regla general, tanto dejan desear estos engendros por su fondo, que al menos la forma sea decorosa, y digna de quien lleva la representación del Estado al estampar su firma en ellos.

Y ya que estamos con las manos en la masa, no resistimos al deseo de reproducir (corregido y aumentado) un trabajo humorístico que hace muchos años escribimos para una de las Revistas que hemos dirigido, y que suponemos ha de ser del agrado de nuestros lectores. Hélo aquí:

ENSAYO DE UN CÓDIGO PENAL

Delito ó falta es la acción
(en materia de lenguaje)
de vestir de ajeno traje
la castellana dicción;
lo es también toda infracción
De las leyes del idioma,
y se juzga (y no es en broma)
sólo persona decente
al que las cumple fielmente
sin quitar punto ni coma.

—

Circunstancias *atenuantes*
tienen los que están dementes,
los bobos, los escribientes,
los salvajes y *elegantes;*
asimismo los amantes
(en críticas ocasiones);
la gente que usa calzones,
si nunca fué á las escuelas;
los borrachos, las abuelas,
y... basta de atenuaciones.

Es circunstancia *agravante*
ser maestro ó profesor,
ser periodista, orador,
abogado y estudiante.
Circunstancia archi-agravante
es el ser, caso no raro,
académico preclaro,
reputándose *eximentes*
dos causas bien diferentes:
ser tartamudo y avaro.

—

El que dijere *fretir*,
bilioteca, catredal,
juente, rétulo, hespital,
melitar, palante, dir,
Meregildo, recebir,
cátreda, desaminar,
naide, asina, gomitar,
prencipio y *escomenzando,*
vaya de un carro tirando
hasta que *deprenda* á hablar.

Al que dijere *miñuelo*,
melicia, *gorjas*, *midir*,
güeno, *pogreso*, *riñir*,
redículo, *sede*, *agüelo*,
güeyes, *audencia*, *gañuelo*,
centura, *abuja*, *jincar*,
decumento, *debujar*,
Alifonso y *catacismo*,
que le echen un sinapismo
siempre que nos quiera hablar.

—

Al que se oiga *quison*, *túvon*,
trújon, *pudon*, *esganchar*,
rengaero, *esparruchar*,
dijon, *aluego*, *detúvon*,
haiga, *entadía*, *contúvon*,
hespicio, *semos*, *implar*,
descípulo, *apregonar*,
piejo, *velay*, *ñuca* y *praza*,
que le echen una mordaza
que le impida rebuznar.

—

El *Calros* que diga *fuendo*,
bolra, *bulras*, *ensenzario*,
menisterio, *calandario*,
pedricar, *probe*, *anduviendo*,
cercustancia, *compusiendo*,
meriñaque, *premitir*,
pelras, *treato*, *pidir*,
endispuesto y *Sabastián*,
indigno de comer pan
se declara hasta morir.

—

Al que diga *trebunal*,
presona, *denguno*, *drento*,
dicir, *Bertolo*, *estrumento*,
entrépete, *prencipal*,
pograma, *güevo*, *arbañal*,
tiniente, *vinon*, *Grabiel*,
demisión, *jigo*, *Zequiel*,
sepoltura, *grumao*, *frauta*,
condució, *estógamo*, *estauta*,
pronto! ¡á la cuadra con él!

Al que dijere *escriñar*,
desimulo, *comendante*,
Gomisindo, *prencipiante*,
degolver, *güeso*, *juegar*,
precuraor, *descampar*,
endenantes, *trompezón*,
presinar y *arrempujón*,
no le valga su *inociencia;*
mientras adquiera *esperencia*
se le declara melón.

—

Al zote que diga *aspeuto*,
párraco, *enguila*, *menuto*,
cerramicalo, *cañuto*,
endino, *acenoria*, *efleuto*,
juimos, *intierro*, *defeuto*,
callaisos, *veisos*, *lamber*,
dambos, *caráuter*, *golver*,
defunto, *escuro* y *cevil*,
que lo coja un *aguacil*
y le dé pienso hasta ver.

—

Al *Udosio* que á *concencia*
diga *redetir*, *repuna*,
por causalidaz, *coluna*,
distierro, *ivierno*, *pacencia*,
fantesía, *diferiencia*,
caluniar, *impedimiento*,
contra más, *enterramiento*,
l'arroz, *cencia* y *alcahués*,
herraduras en los pies
lleve sin *apelamiento*.

—

Los que sin *enficultá*
digan *pelegrina*, *súpon*,
andaron, *muchismo*, *cúpon*,
entodavía, *soldrá*,
purisma, *injundia*, *doldrá*,
güeso, *verificador*,
convinción, *entrenador*,
istinto, *trájon*, y *estuvon*...
ya que con bestias *anduvon*
entréguense á un herrador.

Para el que diga *aruñar*,
ingüento, *epsicología*,
supérfulo, *encañería*,
empedido, *relumbiar*,
alpergatas, *esquitar*,
la metá, *Ugenio*, *Bilbado*,
bisteke, *fraque*, *cudiado*,
y *agucharse*, no hay perdón:
en la cuadra de un mesón
pónganle á paja y salvado.

—

La *Ulogia* ó la *Trenidaz*
que digan *dispués*, *petril*,
acidentes, *arbañil*,
comenencia, *indinidaz*,
rebusto, *nesecidaz*,
l'aceite, *Inacio*, *Tiodora*,
miá qué, *contimás*, *inora*,
ora por nobis, *sordao*,
reflán y *esgarrapichao*,
pongan su lengua en lejía.

A todo mal traductor,
fotógrafo, electricista,
médico, hortera ó modista,
que hablen de *guata*, *visor*,
recidiva, *controlor*,
pelerina, *constatar*,
cupón, *tulipa*, *entrenar*,
antuca, *ordubre*, *entremés*,
Sud-África y *Sud-exprés*,
se le debe amordazar.

—

En fin, quien diga ó escriba
entro dentro, *salgo fuera*,
bajo abajo, *subo arriba*,
gastando tinta ó saliva
de tan estéril manera;
ó incurriendo en solecismos,
idiotismos, barbarismos,
ú otras faltas semejantes,
merece, bien urticantes,
en la lengua sinapismos.

ESTETICA

La poesía y la vida.—¿Qué lugar debe ocupar en la vida la poesía?—se pregunta Pablo Stapfer en *La Revue*, de París. Hay cosas cuya utilidad salta á la vista, como el estudio de las lenguas vivas, el cálculo, el comercio, la geografía, etc.; pero cuando se trata de otras, como las lenguas muertas, las matemáticas trascendentales, la cultura estética, la poesía, muchos se preguntan: «¿Y para qué sirve eso?»

La poesía es cosa de primera necesidad en todo sér inteligente. Ved esa pobre obrera que apenas gana con qué vivir, y que hace un esfuerzo para comprar flores y quizá un hermoso florero donde las arregla con arte, y una litografía barata para adornar su buhardilla. El mismo servicio presta una silla de paja que una hermosa silla de tapicería; y, sin embargo, toda persona pudiente se rodea de muebles hermosos, por poco buen gusto que tenga, aunque el goce estético en estos

casos no es siempre puro, y suele ir mezclado con algo de vanidad ó de egoísmo. El sentimiento de lo bello consiste en «una contemplación desinteresada», y sólo así es puro el goce que proporciona. «¡Admira, que así sólo se roba al firmamento!» ha dicho el poeta; el que admira no envidia.

La admiración conduce á la adoración; el sentido estético y el religioso son vecinos; generalmente se auxilian; pero, á veces, celosos uno de otro, se hostilizan como rivales; de ahí la proscripción del arte en nombre de la religión, á que llegan ciertos espíritus fanáticos. La admiración pura y libre es lo que distingue al hombre de los animales. Poned á un perro, por inteligente que sea, entre un cuadro de Rafael y un hueso de médula, y es seguro que se arrojará sobre el hueso, salvo el levantar después la pata sobre el cuadro para rociarlo irreverentemente. Donde no hay *ideal,* podrá existir algún maravilloso instinto *natural;* pero no hay *arte,* propiamente hablando.

Nuestras lenguas han reservado el bello nombre de *humanidades, «humaniores litteræ»,* á los estudios que ejercitan y perfeccionan en el hombre el sentido artístico y literario. Hay que distinguir entre la *instrucción* y la *cultura:* instruirse es proveerse de conocimientos útiles, necesarios para la lucha por la vida; cultivar su espíritu es tratarlo como una tierra que, de landa salvaje, se cambia en grata residencia. La ciencia, por sí sola, puede dejar al hombre en estado de barbarie. ¿Quién no ha tropezado en su vida con algún sabio calculador de incógnitas, ó manipulador de ácidos, en estado de barbarie con todo su saber? «No os fiéis del hombre—dice Shakspeare —que no tiene en sí mismo alguna música; es propio para las traiciones, las perfidias, los robos.» No tener música dentro de sí mismo es ser insensible al encanto de los versos, y por consiguiente, ser un monstruo. Una antología, cuyo plan consistiera en reunir una colección de las más hermosas producciones de todos los tiempos, apropiadas á las circunstancias ordinarias de la vida, á todos los momentos, tristes ó alegres, de

la existencia, podía ser algo así como el pan nuestro de cada día del alma, nuestro alimento espiritual.

Es preciso que *seamos poetas nosotros mismos,* lo cual no quiere decir que hagamos versos, sino que «nuestra vida debe ser un poema». Hagamos siempre lo que es hermoso, y no correremos riesgo de engañarnos. Es hermoso ser honesto, verídico, valeroso, justo, compasivo, benévolo, caritativo; es hermoso tener un humor igual y sereno, poner buena cara á las contrariedades, ver siempre el mejor lado de las cosas y de las personas, alegrarse de la dicha de otro, enmedio de las propias penas; es hermoso ser humano, cortés, amable, servicial; es hermoso, en fin, ser bueno; y tan cierto es esto, que el hombre que posee estas virtudes, por feo que sea físicamente, nunca parece feo, porque su fisonomía expresará siempre la belleza de su espíritu, y su sonrisa será la irradiación de su alma poética.

Componer su vida como un poema es, ante todo, ser activo, con orden y con entusiasmo. En el estado poético del mundo, el héroe de epopeya es cazador, carnicero y cocinero á la vez; Ulises labra con sus manos su lecho nupcial, y Nausicaa, hija de rey, va al río á lavar su ropa. ¡Cómo se engañan las jóvenes de hoy día creyendo que tienen más encantos no haciendo nada con sus blancas manos, pareciéndoles que se rebajan si hacen sus camas, ó lavan la vajilla, ó hacen sus trajes! Las señoritas que desdeñan entrar en la cocina se privan, por el contrario, de una gran seducción poética, sensible á los ojos de los hombres de verdadero buen gusto. ¿No fue cortando tartinas, para repartirlas á un grupo de niños, como Carlota se apareció á Goethe, causándole imborrable impresión? ¿Qué mejor espectáculo? Un ama de casa debe ser su propia criada, no sólo para embellecerse por su trabajo personal, sino para realzar en su humilde papel á las pobres mujeres que la sirven.

El ejercicio de la caridad puede ser prosa llana ó rica poesía; será prosa si apartamos una cantidad determinada de nues-

tros ingresos, cifra abstracta de empleo indiferente, destinada á ponernos en regla con el deber general de dar limosna á los necesitados. Será poesía si el socorrido es una persona conocida, cuya casa visitamos, al que no sólo llevamos vestidos y pan, sino palabras de consuelo, y cuya rehabilitación moral y material es obra nuestra: el modo de dar vale más que lo que se da.

La poesía no es más que una forma; pero la preocupación estética de la forma implica la del fondo, que es su substancia y su sostén. Seamos los poetas de nuestra vida; amemos la belleza en todas sus manifestaciones sensibles. Lo bello verdadero es inseparable de lo bueno. Todo lo que vale la pena de hacerse—dice Michaud—merece y exige que se haga bien.

BIOGRAFIA

La juventud de Leonor Duse.—Nosotros los italianos —dice en la *Nuova Antología* Luis Rasi—llamamos «hijo del arte» al que nace de padres actores. El primer cómico de la familia Duse, fue el abuelo de Leonor. De sus cuatro hijos, tres dieron al teatro actores y actrices, medianos y egregios, entre los cuales brilla Leonor Duse como astro de primera magnitud, no ya sólo en la escena italiana, sino en la cosmopolita.

Nacida cerca de Venecia en 1859, 3 de Octubre, creció sobre las tablas en que su familia se ganaba la vida, y á los cuatro años la encontramos desempeñando el papel de Cosette de *Los miserables*, en la compañía formada por su familia. Su infancia fue poco alegre, á juzgar por la palidez de su rostro descarnado, lo pobre de sus vestidos, lo triste de su mirada y el abandono de toda su persona. A los catorce años se quedó sin madre, no teniendo recursos ni aun para vestirse un traje de luto en su memoria. El desempeño en Verona de la Julieta de Shakspeare, fue la plena revelación de su genio con

el hallazgo de la escena de las rosas, que tanta influencia ha ejercido en el arte de la insigne comedianta, hasta el punto de figurar las flores como elemento de inspiración en la mayor parte de las obras en que toma parte. Sus compañeros de escena no podían comprender cómo había podido subir tan alto quien la víspera misma arrastraba su vida de muerte, siempre muda y ensimismada, con sus grandes ojos negros fijos y sus grandes cejas levantadas, que la daban aspecto de tonta irremediable. Y es que la Duse protestaba con aquel aire de estupidez del medio ambiente en que las circunstancias la obligaban á vivir miserable y despreciada, ella, digna de todos los aplausos.

Cuando la bautizaron, la llevaron en una especie de cesto dorado con paredes de cristal, y los soldados austriacos, tomándola sin duda por alguna reliquia, la presentaron las armas; el padre, vuelto á casa, dijo á su mujer: «Perdóname, querida, si en cambio de la hija que me has dado no te traigo un regalo; pero en compensación, te anuncio que nuestra hija será *alguien*: ya le han presentado las armas.» La niña, criada en la indigencia, solía ir al hospital á comer la mitad de la sopa que su pobre madre, enferma, la reservaba. Así, entre suspiros, trabajos y ultrajes de la suerte, se fue formando su alma.

El éxito de *Teresa Raquín*, en Nápoles, fue un acontecimiento, y allí se saludó á la Duse como una promesa de grandeza; la representación de *La Princesa de Bagdad*, en Turín, fue la realización de aquella promesa y la consagración de la Duse como una *grandeza verdadera*; la Duse había visto á Sarah Bernhardt, y su contacto con la gran actriz le había dado toda la conciencia de su fuerza. A *La Princesa de Bagdad* sucedió *La mujer de Claudio*, y la Duse fue desde entonces reconocida y proclamada reina de la escena italiana.

Su arte fue una revolución, y el grito de «artista única» con que nacionales y extranjeros la saludaban, no contuvo su ascensión. «Ser estacionarios en el arte—decía—es retroceder.»

Y siguió andando y progresando, obstinándose, transformándose. En los primeros tiempos de su grandeza, la Duse poseía el rostro típico de las grandes neuróticas, la faz convulsiva; por eso, quizá, era insuperable en los papeles de temperamento histérico; la ira, el desprecio, el odio, el furor, los celos, el disimulo, la abyección, la muerte, se ajustaban mejor á su temperamento que la dulzura, la ternura, la sinceridad, el dolor; y el público la echaba en cara no saber reproducir más que el tipo de la rebelión; no tenía razón el público, porque ¿qué grado de resignación no alcanzó en la Livia del *Amor sin estima*? ¿Qué tímida dulzura no expresó en *Pamela*, ni á qué grado de angustia no llegó en *Odeta*? ¿Qué cuerda, en fin, de las grandes pasiones humanas, no hizo vibrar intensamente en *Mirandolina, Santuzza, Teodora, Fedora, Enamorados Demi-monde, Dama de las Camelias, Scrollina, Frou-Frou, Visita de bodas, Fernanda, Divorciémonos, Francillón, Dionisia, Mujer ideal*, y otras muchas y variadísimas obras de su repertorio? Andando el tiempo y creciendo su fama, la Duse restringió su repertorio, limitándolo á los tipos que mejor respondían á sus aptitudes, y á una especial voluptuosidad que sentía al presentarse en la escena como mala, loca, histérica ó rebelde.

Pues bien; hoy la Duse ha sufrido una transformación increíble, y el *summum* del arte no lo alcanza en los papeles violentos, sino en los tiernos y dulces, al contrario que antes. Esta transformación arranca de Gabriel de Annunzio y de *El sueño de una mañana de primavera*. Su gesto vibrante, á veces descompuesto, es ahora sobrio, contenido, y sobre todo pintoresco; su voz tiene sonidos de indefinible dulzura, coloridos particulares de ondulaciones musicales, armónicamente casados con los movimientos del cuerpo. Su espíritu se ha enriquecido con estudios y lecturas incesantes, y á la aristocracia de la cultura ha unido la aristocracia de la persona, consumando su maravillosa transformación.

PSICO-FISICA

Psicología del pudor.—¿Qué es el pudor? El pudor—dice Camilo Melinaud en la *Revue des Revues*—es una *emoción*, y al mismo tiempo un *hecho* ó un conjunto de hechos preciso. Como emoción, es una especie de miedo, con tendencia á huir, á ocultarse, y también á defenderse; no debe confundirse con la vergüenza, que es la tristeza de la falta cometida. El pudor nace antes de la caída, la vergüenza después, resultado á veces de la derrota del pudor.

Como hecho, el pudor tiene por expresión física el rubor; pero no hay que confundir ambas cosas: se ruboriza uno por otros sentimientos, y además, lo que hace ruborizar no es el miedo de ser visto, sino el hecho de sentir que es visto; el rubor se intercala entre el pudor y la vergüenza: trato de evitar una mirada, pudor; siento los ojos de alguien fijos en mí, rubor; sufro por haber sido visto, vergüenza.

El estudio del pudor, como emoción, exigiría el estudio del miedo; aquí nos limitaremos á estudiar los hechos. Entre ellos hay dos muy claros. Todo hombre procura ocultar ciertas regiones de su cuerpo y ciertos actos; la mujer, por su parte, trata de ocultarse á la persecución del hombre, hecho antiquísimo que ha dejado su huella en los ritos mismos del matrimonio antiguo; ambos hechos coinciden en que son una lucha contra los impulsos naturales y físicos; el pudor es la lucha de la reflexión contra el instinto.

¿Por qué la mujer se oculta al hombre, á pesar de la dura necesidad que la empuja á echarse en sus brazos? La mujer, en los orígenes, es sencillamente una presa; obtenida por captura, de lo que huye es de la brutalidad, de la violencia; huye porque tiene miedo; el pudor es una variedad del miedo, fruto del instinto de conservación. Pero aparte de este interés inmediato, otro interés no menos grande le aconseja el pudor:

al huir del hombre, la mujer se da á sí misma tiempo para escoger, y escoger bien es para ella una condición de seguridad y de dicha; por eso no se entrega al primero que llega, y por instinto y por reflexión se conserva para el hombre de su elección. Otra razón más profunda y obscura sostiene también su pudor instintivamente: el genio de la especie; la mujer se reserva para el que estima digno de perpetuar el tipo humano, siendo así el verdadero agente instintivo de la selección en la humanidad.

La mujer ha ocultado su cuerpo primitivamente, porque dejarlo ver es ofrecerse per sí misma al deseo, provocarle, y precisamente trata de huir de él; reservándolo para el hombre de su elección, lo oculta á todos los demás; el pudor del cuerpo tiene, pues, su raíz en el pudor primitivo de la mujer, que se esconde al ataque del hombre; en cuanto al hombre mismo, se ha limitado á imitar á la mujer para no desagradarla ni espantarla; lo que la mujer ha tomado la costumbre de velar, el hombre lo ha velado.

A esta causa primordial del pudor se juntan otras secundarias, que pueden reducirse á tres: el amor propio, el temor de chocar con los demás y razones morales ó religiosas. En el pudor, en efecto, hay algo de coquetería. La mujer que se oculta ante todo por evitar el deseo del hombre, se oculta un poco también por excitarlo, como el hombre se cubre y adorna para mostrarse más seductor; hay en esto algo de instinto estético, pero también instinto de seducción sexual. Sergi y Spencer han explicado muy bien el pudor por esta necesidad de adorno; pero se han equivocado creyendo bastante este motivo para explicar el pudor, en el que entran elementos tan complejos.

Las leyes mismas del placer intervienen en el pudor, pues ciertos placeres requieren el silencio y la obscuridad, y la presencia del menor testigo los impide; como exigen profunda y absorbente atención, toda distracción los turba; por eso los amantes se aislan, y se comprende que el hábito de ocultar to-

dos los actos de amor se haya fortificado contribuyendo al desarrollo del pudor. A esta causa puede unirse otra de gran importancia en los tiempos primitivos: la conservación y la defensa personal. Entregado por completo al amor, el hombre descuida la vigilancia y puede ser presa de su enemigo ó de su rival; por eso se oculta para poderse dedicar impunemente á la satisfacción de sus necesidades sexuales.

Hay también en el pudor causas más desinteresadas, como el respeto de las conveniencias y el deseo de evitar á los demás repugnancias instintivas, espectáculos desagradables. Los goces de amor, aunque eminentemente sociales por su fin, son en sí mismos profundamente egoístas, y el pudor aparece así como una especie de homenaje del individuo á la sociedad. Nótese un hecho: mientras el amor se oculta, la maternidad se ostenta á la luz del día; es el tránsito de la función egoísta á la función social.

Hay, en fin, en el pudor elementos morales, estéticos y religiosos. Fuerza es reconocer en él «la vergüenza de la animalidad que hay en nosotros», pues nos avergonzamos, en efecto, de las funciones *bajas,* que nos son comunes con las especies inferiores; tampoco puede negarse que haya en el pudor el deseo de ocultar nuestras fealdades, aunque esta causa, estimada por Garnier como suficiente, no sea más que uno de tantos motivos del pudor; la idea cristiana del desprecio de la carne ha contribuído también, y no poco, á la formación del pudor actual. Penetrando más adentro, no sería tampoco difícil descubrir en el pudor el esfuerzo del hombre para dominar sus impulsos físicos, «la lucha incesante de la reflexión contra el instinto».

Reconstituyendo la noción histórica del pudor, podemos suponer que los hechos se han desarrollado del siguiente modo: la mujer huye del hombre, hecho primordial; por lo mismo, vela su cuerpo para defenderlo del ataque y para no provocarlo; como consecuencia, disimula sus sentimientos, amor, deseo, celos, dolores y alegrías de amor, pues si los de-

jara ver, sería confesarse vencida; y como última consecuencia, oculta en la sombra, ó en la soledad, cuando se abandona, las manifestaciones todas de su amor; así se pasa del hecho inicial al pudor del cuerpo, al pudor de los sentimientos y de las palabras y al pudor de los actos. En el hombre e proceso evolutivo es análogo.

¿Cómo se explica que el pudor se desvanezca tan fácilmente en determinadas circunstancias? ¿Por qué, por ejemplo, se halla tan embotado entre dos amantes? Muy sencillo: el pudor, por su origen, es una negativa para facilitar una elección; el día en que una mujer se entrega, el pudor no tiene razón de ser; hecha la elección, la mujer no tiene nada que ocultar á su elegido. Se ruborizará ante otro cualquiera, pero no ante su amante.

¿Por qué los actos de amor son los que se ocultan con más cuidado? Una caricia, aun siendo casta, se oculta en cuanto se inspira en el amor; el mismo acto es púdico ó impúdico, según exprese amistad ó amor; un beso de hermano ó de amigo se da en público, y no choca á nadie; el hombre normal preferiría la desnudez casta, á ciertas actitudes sin desnudez ninguna. ¿Por qué todo esto? Porque siendo el pudor la fuga de la mujer ante la persecución amorosa del hombre, á lo que la mujer tiene que escapar es al amor y á todas sus manifestaciones.

Así se comprende también que el pudor sea propio de la juventud: los niños ni aun sospechan la existencia del deseo sexual, y los viejos no conservan más que la tendencia formada por el hábito. Así se explica que una mujer tenga menos pudor, ó no sienta pudor ninguno, ante otras mujeres, y aun ante niños y viejos; el verdadero pudor aparece ante el hombre que puede mirarla con «ojos de amante». Así se comprende también que una madre amamante á su hijo ante todo el mundo, cuando en otra cualquier ocasión se avergonzaría, como de extremado impudor, de descubrir la desnudez de su seno; y es que, por el hecho mismo de dar de mamar á su

hijo, la madre no se presenta ya como mujer, sino como madre, perteneciente á un solo hombre, al padre de su hijo; la mujer, al presentarse así, *se rehusa* mucho más que si se presentara velada.

El pudor femenino es útil al progreso. La mujer, al reservarse, protege inconscientemente los intereses de la especie, y su resistencia obliga al hombre, para conquistarla, á vencer á sus rivales en fuerza, en inteligencia, en bondad. El peligro en la mujer civilizada está en que el pudor se convierta, por exceso, en afectación y gazmoñería. Como dice, con su habitual finura de observación, Stendhal, «se necesita mucho talento para tener el pudor preciso en cada caso».

FILOSOFIA

El pensamiento místico.—¿Existe hoy—se pregunta Renda en la *Rivista moderna di cultura*—una corriente de verdadero misticismo?

Tal pregunta puede parecer vana á quien tenga presentes las brillantes discusiones sobre la naturaleza y orígenes de este misticismo finsiglista, desde las severas críticas de Nordau hasta las agudas monografías de Rossi, Troilo y Sergi; pero no por eso la duda es menos legítima. A través de nuestra civilización positivista, se ha abierto paso una aspiración trascendental que se manifiesta en varias formas, ora en el espíritu conciliador y límpidamente poético de Fogazzaro, ora en la rebelión contra la ciencia de Brunetière, ora en la filosofía original de Tolstoi, ora en el hibridismo moral de las clases directoras. Pero ¿hay ahí una verdadera corriente mística? Porque el misticismo no es un término vago que resuma todas las manifestaciones antipositivas del pensamiento, sino un hecho concreto, una doctrina característica con fines y métodos determinados, con eficacia social, con historia bri-

llantísima que no puede confundirse con ningún otro fenómeno, por análogo que sea.

El misticismo ha tenido frente á la religión, frente á la Iglesia, frente á la ciencia, una posición muy distinta del actual movimiento neocristiano; por su vida externa ha sido siempre rebelión declarada, ó por lo menos resistencia y protesta serena contra el dogmatismo y la constitución de la Iglesia. La historia de las herejías es en gran parte historia del pensamiento místico. El misticismo brota y se impone en el ocaso de la Edad Media como oposición á la escolástica y reacción purificadora contra la corrupción de la corte papal; las famosas polémicas entre nominalistas y realistas, entre Roscelín, Anselmo y Guillermo de Champeaux, entre Abelardo y San Bernardo, son las últimas palpitaciones vitales del pensamiento catedrático y silogístico.

Hasta en las primeras disputas con la Iglesia, en la heterodoxia de Manes, de Arrio, de Nestor, de Pelagio, se encuentra, según Augusto Nicolás, cierta relativa continuidad del pensamiento místico alejandrino; pero la verdadera corriente mística se encauza en los movimientos heréticos cuando el alma latina, en contacto con la cábala, los misterios y los éxtasis á que la llevaron las Cruzadas, absorbió casi el panteísmo místico oriental y el espíritu de la sofística, resucitando la especulación sutil del misticismo alejandrino, que había recogido la dialéctica ultraplatónica de Plotino, el sensualismo místico de Apoloncio y el charlatanismo taumatúrgico de Jámblico.

Esta oleada de rebelión mística tiene, según Renán, dos direcciones: una marcada por el *Evangelio eterno* y otra por *Los tres impostores,* que representa la incredulidad materialista procedente de los estudios averroicos. El espíritu místico heterodoxo se filtra á través de la austera conciencia católica del Dante, se confunde con las aspiraciones políticas de los gibelinos, y traspira en los sirventesios de los trovadores y en las sublimes figuras del beato Angélico y de los pintores pre-

rafaelistas. Las asociaciones pitagóricas, los cátaros, los *fraticelli,* todos los movimientos religiosos tienen por objetivo común la protesta contra los escándalos de la corte pontificia.

Con el movimiento democrático místico de los *fraticelli*, puede decirse que acaba la fase ideológica de la singular doctrina del misticismo romántico; reaparece, sin embargo, aunque menos intensa, con los tremulantes de Inglaterra, el quietismo de Molinos y el misticismo histérico de la Guyon. De estos tonos heterodoxos parecen librarse algunos místicos como Celestino y San Buenaventura; pero es de notar que evitan con cuidado cuanto se relaciona con la organización católica. En la dinámica del pensamiento místico es tal la potencia de adaptación y expresión externa, que hace posibles las más variadas formas; misticismo es la tenuidad psíquica de la *Imitación de Cristo*, y el complejo doctrinarismo de las *Enneadas* y la teurgia; misticismo la soledad y pobreza de espíritu de fray Celestino y la heroica y gallarda combatividad de Servet, la escuela de Eckhart y el sueño comunista de los franciscanos, la fe pura del doctor Seráfico y el delirio inconsciente de Ruysbroeck, los éxtasis de Santa Teresa y el histerismo sensual de la señora Guyon. Enmedio de esta diversidad, brillan siempre los caracteres distintivos del misticismo, siendo evidentísimo el nexo evolutivo que liga entre sí todas sus manifestaciones.

La fuerza inicial y el motor íntimo de la ideación mística, es la emotividad para llegar al colmo de la perfección, que es el reposo absoluto; «el fin del Creador al producir el mundo —ha escrito Eckhart—ha sido el reposo». El éxtasis es la inmovilidad absoluta, la suma simplificación, «una muerte tan deliciosa—dice Santa Teresa—que mi alma no hubiera querido salir nunca de aquella soberana agonía». Las ideas del místico no son frío producto de su pensamiento, sino que tienen el interés y la vivacidad emotiva de sus sentimientos, de su existencia, de sus sueños; su lenguaje tiene el calor pasional de un canto de amor. El Universo entero siente estremecimientos

vitales misteriosos, y todos los seres son emanaciones del Sér único, de Dios. El obstáculo que se opone al retorno del hombre á Dios es la materia, velo tenebroso que ha de disiparse algún día ante la luz victoriosa del Verbo.

No es dudoso que si el misticismo estuviese todo contenido en el proceso excepcional de ideación descrito, hoy como siempre, podía existir, ni que si fuese la creencia en una divinidad, existiría en el mundo moderno, en el que se nota una vaga palpitación de fe, ansia de quietud en algo trascendental. Pero ni la fe, ni la patogénesis, constituyen por sí solas el misticismo; aquélla podría dar el fanático, y ésta el delirante; el misticismo es algo más que todo eso. La forma exterior doctrinal que integra la ideación mística, se apoya casi invariablemente: 1.° En la concepción unitaria de la divinidad, simple é inanalizable, y del Universo. 2.° En el origen del cosmos por emanación, y en la identidad de naturaleza de todos los seres. 3.° En una especial conducta para la adquisición de la verdad y el recobro del puesto y de la perfección perdida. 4.° En un sistema especialísimo de conocimientos y métodos distintos de los usados por la inteligencia normal.

El pretendido misticismo moderno no es un sistema orgánico de pensamientos, sino un estado de conciencia. Como tal, ni presupone, ni es capaz de esas singulares concepciones que han sido siempre patrimonio intelectivo de los místicos; y de ahí la actual perplejidad de espíritu que guía á la fe, y tal vez al simbolismo, y que no tiene sino lejana semejanza con aquella fe gallarda que se elevó hasta el éxtasis. Nuestros pretendidos místicos tienen frente á la ciencia la misma posición de resistencia y de escepticismo que es propia de todas las doctrinas místicas; pero esta semejanza es sólo aparente. El pensamiento religioso contemporáneo quería destruir la ciencia para reemplazarla con un credo; es excepticismo que se cierra en sí mismo sin otra resolución; la ciencia puede hoy ser negada por ceguera, pero no hay medio de sustituir su méto-

do, sus instrumentos y sus datos por intuiciones subjetivas; por ese lado el misticismo ha caído para siempre.

La última aparición del misticismo es la que acompaña á los movimientos revolucionarios de la primera mitad del siglo. Así surgieron utopistas que no se diferenciaban de los místicos sino en el predominio de las cuestiones sociales en su pensamiento. Owen, Saint-Simón, Leroux, Bayard, Enfantín, Comte, con sus métodos subjetivos, su temperamento anómalo con visiones y delirios místicos, son los que restablecen el culto y el ritual del misticismo. El misticismo puede hoy existir por alguno de sus lados en las clínicas, pero no puede agitar el mundo; hoy habrá una tendencia religiosa, pero no una verdadera tendencia mística.

***

Pensamientos de Tolstoi sobre el sentido de la vida.— Tomándolos de su correspondencia privada, de sus apuntes y cuadernos, y de otros escritos de Tolstoi, van á publicar en Inglaterra los señores Tchertkoff una colección de pensamientos inéditos del ilustre ruso sobre el sentido de la vida; de esta colección entresaca *La Revue*, de París, algunos pensamientos, y de allí tomamos los siguientes:

«¡El objeto de la vida! Ese objeto no existe ni puede existir, ni ciencia alguna puede descubrirlo. ¿La ley de la dirección, el camino de la vida? Sí. La religión ó la sabiduría, si queréis mejor, responde á eso.»

«La ley de la vida orgánica es la lucha; la ley de la vida racional consciente es la unión, el amor; sobre la vida orgánica, de lucha, está la vida racional, ligada con la primera. El fin es evidente: destruir la lucha y llevar la unión donde reinaba la discordia, primero entre los hombres, luego entre los hombres y los animales y, por último, entre los animales y las plantas. Que las lanzas se fundan en hoces y que la ove-

ja duerma al lado del león; en un fin semejante es en el que sueño.»

«He comprendido con una fuerza nueva y singular que mi vida y la vida de todos tiene por objeto servir, pero no tiene objeto en sí misma.»

«Ninguna vida tiene sentido, salvo la que tiene por objeto servir á Dios, al cumplimiento de la obra de Dios, inaccesible para nosotros.»

«Para mí, el sentido de la vida consiste exclusivamente en servir á Dios salvando á los hombres del pecado y del sufrimiento. Lo terrible es que al querer adivinar el camino por donde Dios hace eso, se equivoca uno, se precipita, y en lugar de ayudar, impide ó retrasa. El único medio de no equivocarse es no adelantarse, sino esperar el llamamiento de Dios, esperar la situación en que no se podrá obrar claramente sino por Dios ó contra Dios, y en ese caso, hay que reunir todas las fuerzas del alma para obrar por Él.»

«El hombre emplea su espíritu en preguntar: ¿por qué y por qué motivos? Y la razón le enseña que no hay respuesta. ¿Qué significa esto? Que no se ha dado al hombre el espíritu para responder á esas preguntas, y que hacerlas, indica que el espíritu está extravíado.»

«El hombre vivo es el que anda allí abajo, donde brilla la linterna que se mueve ante él y que nunca llega al sitio iluminado, sino que el sitio iluminado va delante de él. Y esa es la vida, y no otra cosa; con esta vida sola no hay muerte, porque la linterna alumbra hasta el más allá, y se marcha tras ella tan tranquilamente como durante toda la vida. Pero si el hombre se coloca delante de la linterna, ó si empieza á iluminar todo el espacio que le rodea ó que se extiende tras él y no delante, dejará de avanzar, y entonces la vida se corta.»

«Con la voluntad de Dios hay que ser como una buena yegua de raza (Kobilka) que yo he educado. No quería escaparse, no quería dejar de servirme, pero quería únicamente adivinar el trabajo que quería de ella; ensayaba tan pronto un

pie como otro, ora á la derecha, ora á la izquierda, ya con la cabeza baja, ya levantándola. Eso es lo que necesitamos hacer nosotros.»

«La doctrina de Cristo se me ha hecho más comprensible y me ha cautivado más, cuando he visto claramente que mi vida no me pertenece, que es de quien me la ha dado, y que el fin de mi vida no está en mí, sino en su voluntad, que es preciso conocer y cumplir.»

«Hay que ser—como dice Lao-Tseu — semejante al agua; no hay obstáculo, y corre; tropieza con un dique, y se para; se rompe el dique, y corre de nuevo; en un vaso cúbico es cúbica, en uno redondo es redonda. Por eso es tan necesaria y tan fuerte.»

«Os preguntais: ¿Por qué vivir? ¿Cómo vivir? ¿Qué hacer para tener derecho á la vida? Hay, ante todo, que invertir el orden de las preguntas, contestando primero al «cómo vivir» para tratar de comprender el «por qué». Es preciso vivir: ¿cómo? Todos conocéis la primera respuesta: «lo mejor posible». Pero, ¿qué significa *lo mejor?* Para el hombre que no conoce más que él mismo, la respuesta es obvia: lo más agradablemente posible. Pero en cuanto el hombre ha comprendido que no está solo, en cuanto siente el sufrimiento de los demás hombres, esta respuesta no le satisface, apareciendo el conflicto entre los deseos de la dicha personal y la conciencia. Tal es la situación en que os encontrais. Para tener la solución, hay que optar por una ó por otra. Los sufrimientos y las dudas vienen de la no solución de la cuestión en la conciencia. Si las demandas de la verdad no son demandas de la conciendia, sino que vienen de fuera, entonces, olvidando la conciencia, os tranquilizaréis y viviréis disfrutando de todos los placeres posibles; pero si la conciencia no está dormida ó se despierta, entonces reconoceréis que la vida no está sino en la satisfacción de las demandas de la conciencia, y entonces os tranquilizaréis también, y la vida tendrá sentido para vosotros. Las demandas de la conciencia son lo que en lenguaje

cristiano se llama la voluntad de Dios. Por eso el sentido de la vida y la respuesta á las dos preguntas «¿para qué vivir, y qué hacer para tener derecho á la vida?», consisten en esto: cumplir la voluntad de Dios, reconocida por nosotros en nuestra conciencia. ¿A qué nos lleva eso? Lo ignoro; pero sé que al tener claro conocimiento de ello, cambiará toda mi vida exterior y tendrá mi vida el sentido eterno, cada vez más claro, alegre y racional. Y si lo que pide la conciencia no es claro para vosotros, entonces el Evangelio os dará la respuesta.»

CUESTIONES SOCIALES

Reformas sociales en España.—El docto catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Adolfo A. Buylla, expone en *Nuestro Tiempo* las reformas sociales compatibles con el estado actual de la cultura española en patronos y obreros, afirmando que, á grandes males como los que nuestra sociedad padece, fuerza es aplicar grandes remedios, debiendo contribuir á la solución del problema cuanto existe de verdaderamente *vivo* en la sociedad española: el Estado, la Iglesia, los hombres de ciencia y los artistas, desarrollando las reformas tímidamente ensayadas hasta la fecha, como la ley de accidentes del trabajo, é implantando cuantas se han establecido en las naciones civilizadas, y algunas más todavía.

Entre las innovaciones recomendadas por el Sr. Buylla, figura en primer término la reforma del Código civil, de modo que al lado de la consagración y regulación del derecho de propiedad *real* aparezca la del derecho de propiedad *personal*, la propiedad del trabajo, cimiento de la propiedad de las cosas; transcurrido el primer período decenal de revisión, no debe perderse la ocasión de introducir en el Código las reformas aconsejadas por la experiencia. Tal sucede, en primer término, con la «fijación legal del mínimum de salario». Si los que se ofrecen para trabajar son más que los que se necesitan, ¿no se

produce una depreciación del salario, en términos de no alcanzar á la satisfacción de las más apremiantes necesidades, produciendo, ya que no la muerte inmediata del individuo, la miseria fisiológica, que es la muerte de la especie? ¿Dónde está aquí el libre consentimiento como condición esencial del contrato? Y si la oferta excediera á la demanda, resultando perjudicado el patrono, ¿no se incurriría en análoga falta, siquiera sus consecuencias tuvieran otro alcance?

La determinación oficial de la duración del día de trabajo se inspira en idéntico criterio. Dejar la solución de este problema al azar de la contratación y de las disputas, es resolverlo, no en favor de quien más razón tenga, sino de quien de más fuerza disponga. El Estado debe intervenir con su acción tutelar, regulando la jornada de trabajo, como lo ha hecho ya en Francia, Inglaterra y Norteamérica.

En cuanto al aprendizaje, mientras Inglaterra, Alemania, Suiza y Francia han legislado ampliamente sobre sus condiciones, España no se ha preocupado de la preparación física, intelectual y moral del hombre destinado al trabajo. No ha sucedido lo mismo con las huelgas, que siempre han preocupado á los Gobiernos por afectar al orden público, pero en las que todavía no se ha hecho lo que debe hacerse, estableciendo el arbitraje permanente y obligatorio, á semejanza de lo que se intenta hacer en Francia, y es un hecho ya en Australia.

Otra reforma debe ser el establecimiento del seguro obligatorio y oficial contra los accidentes, la enfermedad, la vejez y la muerte, experimentado ya con éxito en Alemania y comenzado á plantear en Francia, así como la creación de la inspección del trabajo, medida estimada por Decurtins como urgentísima y necesaria, pues de nada sirve dictar sabias y beneficiosas leyes, si no se cumplen por falta de un buen servicio de inspección.

El desarrollo de la cooperación en todas sus formas (de producción, crédito y consumo) es uno de los medios que más pueden contribuir á mejorar la situación económica de las cla-

ses obreras; pero es preciso que el Estado ayude á estas cooperativas, dispensándolas de impuestos ó disminuyendo por lo menos su cuantía. La distribución de terrenos baldíos entre los braceros del campo, que propone *La Nueva Era,* es también remedio adecuado para aliviar la miseria de las clases labradoras, y tiene sus precedentes en la concesión gratuíta de tierra á los pobladores de Sierra Morena, Salamanca y Ciudad Rodrigo, pudiéndose proteger además al pequeño labrador con la institución del *Homestead*, declarando inembargables las casas y parte de las tierras de quienes personalmente las cultivan.

Como complemento de estas medidas, pueden apuntarse también: la asistencia gratuíta y obligatoria de los hijos de obreros á las escuelas públicas, con indemnización á los padres del jornal que aquéllos pudieran ganar, ó por lo menos, con vestido y alimento á costa del Estado; el establecimiento del trabajo manual en las escuelas; la instalación de Escuelas de Artes y Oficios en todos los Institutos de segunda enseñanza; de secciones de técnica superior en las Universidades, yde bibliotecas populares y museos industriales en la mayor parte de los centros de población; la concesión de pensiones de estudios de artes é industrias en el extranjero; la creación de un Ministerio del trabajo, y la representación en Cortes de las Cámaras y Centros obreros.

IMPRESIONES Y NOTAS

La segunda enseñanza.—Ha llegado la hora — dice en su informe el Sr. Couyba—de hallar la fórmula libertadora y definitiva de la segunda enseñanza rompiendo añejos moldes. ¿Cuál es el espíritu en que debe inspirarse la reforma? Unos quieren dividirla en ramas diversas, sin ver que así se crearían castas sin principio alguno común, sin ideal; otros, en cambio, reprueban toda especialización, estimando que la misión de la

segunda enseñanza es crear una sociedad selecta. Esta *élite*, formada por la segunda enseñanza, no sólo comprende— dice Foncín—«los futuros sabios, escritores, artistas y funcionarios de todos los órdenes, sino que abarca también á los jefes de todas las profesiones, sin excepción alguna: hacienda, comercio, transportes, industria, agricultura, colonización, todos cuantos por su inteligencia, su fortuna ó su notoriedad, puedan ejercer algún influjo en sus compatriotas». Entre estos dos extremos se halla la solución, según Clementel.

Preguntando á la estadística, se ve la absoluta necesidad de dar nueva orientación á la enseñanza secundaria; los 20.000 alumnos que antes había en los Institutos, se han convertido en 200.000. ¿Quién puede lamentar esta invasión, que es la mejor prueba de la democratización del saber? Desgraciadamente no todos los que se preparan son útiles, y según Buisson, profesor de pedagogía en la Sorbona, de cada 10.500 aspirantes al bachillerato, 5.300 son admitidos y 5.200 rechazados. ¿Qué hacer con ese ejército de nulidades? ¿Van á empezar á los diez y ocho años el aprendizaje de un oficio? (1).

Importa transformar el sentido y la orientación de la enseñanza secundaria por medio de una fórmula liberal y utilitaria á la vez, que permita atender á un tiempo á las exigencias del ideal y á las de la vida práctica.

*
* *

La religiosidad en la juventud japonesa. — La revista japonesa *Tetsugaku Zasshi* ha enviado el siguiente cuestionario á los estudiantes de las Universidades japonesas, en nú-

(1) En España afortunadamente el mal no es en este punto tan grave, pues con los exámenes anuales por asignaturas, sobre todo cuando los Tribunales cumplen sus deberes, se puede siempre llegar á tiempo para echar á los estudiantes por otro camino, cuando se demuestra que no sir ven para el estudio. Este aspecto de la cuestión no debe perderse de vista por los que pretenden la supresión ó la reducción de los exámenes.

mero de 4.561 ejemplares: 1.ª ¿Creéis en alguna religión? 2.ª ¿Sentís la necesidad de alguna religión? 3.ª Decidnos los motivos que habéis tenido, si habéis dejado de creer. 4.ª ¿Cómo habéis organizado vuestra vida á falta de una religión? 5.ª Si no creéis vos mismo, ¿no considerais, por lo menos, necesaria la religión para los que os rodean?

El resultado de esta información ha sido 942 respuestas, 555 de las cuales contienen claras declaraciones de ateismo; algunos de estos incrédulos confiesan que querrían creer, si pudieran; otros afirman que no han tenido tiempo para pensar en las creencias que habían de adoptar, y 134 manifiestan que jamás han sentido la necesidad de creer.

Por lo demás, 184 responden que deben á la lectura y al estudio la emancipación de sus creencias religiosas; y en cuanto á la sustitución de la religión, 357 se deciden por la moral subjetiva, 168 por la ética objetiva, y casi todos por el mandato de la conciencia. En vista de esto, los encargados de la información declaran ser necesaria la creación de una ética ideal que venga á ser como la resultante de los mejores y más universales principios proclamados por todas las religiones positivas.

*
* *

Dos nuevos sueros.—Importantísimos son los dos nuevos descubrimientos de Bordet: los sueros anticelulares y el suero turbio. Los primeros obran sobre las células al modo de los sueros específicos, pudiéndose utilizar como contraveneno. El suero nefrotóxico, por ejemplo, tiene la propiedad de provocar en los animales lesiones graves en los riñones; vacunándolos con este suero, ¿quién dice que no se llegará á fabricar un suero antitóxico que cure las lesiones renales, como el suero de Roux cura la difteria? Finot ha indicado en su *Filosofía de la longevidad* lo que puede esperarse del suero leucotóico de Metchnikoff. Este mismo sabio tuvo la idea de fabricar un suero tóxico, mortal para los macrófagos que producen el cáncer, las

cirrosis y las esclerosis; desgraciadamente el suero fabricado no sólo mataba á los macrófagos que nos devoran, sino también á los fagocitos que nos salvan, y las cosas quedaron así; pero partida aplazada no es partida perdida.

En cuanto á los sueros turbios, se llaman así por la propiedad que tienen de enturbiar los líquidos orgánicos á que se agregan, hecho recientísimo y ya fecundo en consecuencias. Cuando Bordet preparaba su suero hemolítico, comprobó que añadido al suero de conejo provoca en éste un precipitado finísimo que enturbia completamente el líquido. Hechos después muchos experimentos, se ha llegado á la conclusión de que estos sueros permiten reconocer con la mayor facilidad y exactitud la naturaleza y origen de la sangre, hecho de gran importancia en medicina legal.

*
* *

La mujer y la familia en la Manchuria.—La situación de la mujer manchú en la casa de su marido—dice Lobza en *Mir Bojy*—es lastimosa. El marido no se digna siquiera conocer el nombre de su compañera, y si alguien le pregunta cómo se llama, lo considera como un ultraje. Cuando entra un hombre en la habitación, sea el dueño de la casa, ó un pariente, y hasta un extraño, las mujeres tienen que levantarse, y lo mismo hacen cuando sale, en señal de respeto. Es raro, sin embargo, que un marido golpee á su mujer.

Cuando el marido sorprende á su mujer con otro hombre, las leyes le autorizan para matarlos á los dos, estimándose que semejante proceder, no sólo no constituye un crimen, sino que es una virtud. Pero en lugar de matarla, el marido suele contentarse con despedirla; en muchos casos la expulsa también ó la repudia, sin más razón que la de haber cesado de agradarle.

La mortandad de los niños es enorme, siendo tan corriente el hecho, que á nadie sorprende. Considerados en general

los niños como seres inferiores entre el hombre y las bestias, no se les hace caso, y hasta los seis ó siete años no se fija en ellos la atención; los que mueren antes de esta edad, no son enterrados siquiera; se les envuelve en paja y se tiran á la calle.

El infanticidio es frecuentísimo, y no son únicamente las solteras y las prostitutas las que matan á sus hijos, sino también las mujeres casadas, que por unas ú otras razones no quieren tenerlos. El medio del infanticidio es semejante al del entierro; se envuelve al niño recién nacido en paja, y se tira á la calle.

***

París bajo el consulado.—De la animada pintura que Gilberto Stenger hace de la sociedad parisién bajo el consulado, extraemos los párrafos que siguen:

Mientras los hombres iban á los liceos, las mujeres empleaban su tiempo de otro modo: muchas iban á ver á Mesmer, creyendo en sus milagros, y ni una siquiera dejaba de consultar las cartas para saber el porvenir, averiguando por ellas las visitas, declaraciones y contratiempos que su buena ó mala fortuna les tenía reservados; otras se entretenían en barajar las cartas para saber si había de salirles la lotería; esta pasión dominaba á todas, y la revendedora tenía su baraja al lado de sus legumbres, la cocinera al de sus hornillas y la costurera entre sus trapos.

Esta credulidad de los parisienses favorecía á los aventureros. A lo mejor se formaba un grupo en una calle en torno de una joven que cantaba acompañándose de la mandolina; un hombre de pronto parecía conmoverse al contemplar á la joven, y volviéndose hacia su vecino, le confesaba su sorpresa; aquella pobre mujer le era conocida, era la baronesa X ó la condesa H, á quien la Revolución había dejado huérfana y arruinada; en seguida se hacía una lucrativa cuestación, recibiendo el desconocido las ofrendas y entregándolas á la can-

tante; era un compadre, á quien esta farsa daba excelente resultado.

A pesar de la actividad de la policía, París era siempre lugar de encuentros misteriosos y de peligros terribles. Una mujer—cuenta Dufort—se acerca á un caballero una noche en el pasaje San Guillermo y le lleva á una casa inmediata; el transeunte entra en sospechas por ciertos signos equívocos que pudo sorprender, y lejos de penetrar en la casa, escapa y la denuncia; se toman las salidas con precaución y se coge á unos veinte bribones, ladrones y asesinos, descubriéndose en los sótanos multitud de cadáveres y objetos robados. Desde el principio de la Revolución, los habitantes de la casa se entregaban á aquella horrible y lucrativa explotación: atraían á los transeuntes por medio de las mujeres de la banda, y los asesinaban para robarles.

*
* *

Napoleón y la señora de Stael.—Durante el consulado—dice Stenger en la *Revue Bleue*—la señora de Stäel, entregada á su ambición, soñaba con dominar al joven General, dirigiendo por medio de él la política del Gobierno. Había hecho nombrar del Tribunado á Benjamín Constant, su más querido amigo—su amante, según Barras—y quería esclavizar al mismo Bonaparte, imaginándose que una mujer de inteligencia superior como ella, de palabra y de imaginación ardientes, obraría fácilmente sobre el espíritu de un joven que no había hecho más que guerrear. Le escribió varias veces sin tener respuesta, y al fin logró hacerse presentar á Napoleón en un baile en casa de Berthier. Ella misma contó que llevaba estudiado de antemano su cuestionario y sus respuestas; pero toda su labor se vino á tierra de un golpe, quedando sus esperanzas defraudadas.

Arnault mismo describe la escena: «La señora de Stäel, decidida á entablar una discusión en regla, apremiaba á pre-

guntas á Bonaparte, dándole á entender que era para ella el primero de los hombres:—General—le dijo—¿cuál es la mujer á quien querríais más?—¡La mía!—respondió Bonaparte. —Está bien; pero ¿cuál es la que merecería más vuestra estimación?—La que mejor sepa ocuparse de su casa.—Lo comprendo también; pero, en fin, ¿cuál sería para vos la primera de las mujeres?—La que tenga más hijos, señora—contestó el General, retirándose y dejando corrida á la ilustre escritora enmedio de un círculo, con aquella oportunísima salida.»

***

La medición de la sensibilidad.—¿Qué resistencia ofrecemos al dolor? Tal es el problema que el doctor americano Arturo Macdonald ha intentado resolver con el *algómetro,* sencillo aparato de su invención, destinado, como lo indica su nombre, á medir el dolor. Se reduce á un cilindro con un pistón de resorte y un marcador. El cilindro se apoya en las sienes, para lo cual está cubierto de flanela en su extremidad, y luego se oprime el pistón hasta que la sensación de presión que se siente se convierta en dolor.

De los experimentos realizados hasta ahora, se deducen dos hechos que ya eran conocidos: que la mujer es más sensible que el hombre, y que las clases pobres tienen más resistencia que las ricas. 91 niños de diez años, alumnos de las escuelas públicas, llegan á un promedio de resistencia de 1.926 gramos, mientras que el mismo número y de la misma edad de las escuelas privadas, sólo llegan á 648.

Como consecuencia de sus experimentos, Macdonald ha llegado, según Neuville, á las conclusiones siguientes: 1.ª La impresionabilidad en general decrece en razón inversa de la edad; de trece á diez y siete años, es decir, en la época de la pubertad, la sien izquierda y aun todo el lado izquierdo del individuo gana en sensibilidad, mientras que el lado derecho pierde, pareciendo averiguado que, en general, el lado iz-

quierdo es más sensible en todos los individuos que el derecho. 2.ª Las alumnas de escuelas privadas, pertenecientes en su mayoría á familias ricas, son más sensibles que las de las escuelas públicas. 3.ª Las alumnas de Universidades son menos sensibles que las lavanderas y más que las obreras, lo que prueba que no hay conexión absoluta entre el trabajo intelectual y el desarrollo de la sensibilidad.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La moral inglesa contemporánea. — *Moral de la utilidad y de la evolución,* por M. Guyau, traducción por Leopoldo Palacios.— Edit. La España Moderna. Un tomo.

Mr. Guyau, como su maestro Mr. Fouillée, representa en la historia del pensamiento humano una de las más originales tendencias armónicas y conciliadoras que, sin llegar á un completo y bien definido eclecticismo, introducen entre distintas y opuestas escuelas filosóficas, términos de paz y de concordia.

La filosofía positivista, atrincherada en el terreno de la observación y de los hechos como base de todo conocimiento científico, pretende relegar los estudios filosóficos á la categoría de estudios experimentales, y con su crítica amenaza destruir las concepciones idealistas.

Claro está que la moral, considerada por las escuelas idealistas como parte integrante de la filosofía y estudiada con el mismo método intuitivo, no había de escaparse á la acción del positivismo crítico; dos grandes escuelas luchan frente á frente por conservar su superioridad científica: el idealismo y el positivismo, y en medio de esta lucha aparecen espíritus fuertes que, como Guyau, procuran la armonía y la paz entre las escuelas litigantes.

El libro de Mr. Guyau, cuya traducción presenta al público español el Sr. Palacios, tiende á examinar los dos sistemas de moral que hoy ocupan la actividad de pensadores y sabios, y á armonizar, en lo posible, las opuestas doctrinas de la moral

utilitaria y evolucionista, y de la moral idealista; mas el ilustre filósofo no se detiene en lo que pudiéramos llamar armonía de contrarios, ni en la crítica de los sistemas; después de examinar las doctrinas de la moral inglesa y de señalar la influencia ejercida por el utilitarismo en la historia de la moral, hace surgir del encuentro de tan diversas doctrinas un nuevo ideal de moralidad, una concepción original que, partiendo de algunos datos del positivismo, se impone por modo metafísico.

En la primera parte del libro citado, expone M. Guyau las doctrinas de los principales representantes de la moral inglesa, comenzando por Benthan; según este filósofo inglés, el objetivo de toda moral, el fin último de la vida, es el placer; tenemos la obligación de procurar la dicha universal buscando primero la dicha individual; la propia tarea del moralista es igualar el placer adquirido al esfuerzo realizado en adquirirlo, y así pudo decir Dumont de Genéve que «la moral *deviene* un negocio de aritmética»; aplicando el cálculo moral á la conducta privada, surgen dos virtudes que Benthan conceptúa fundamentales, y á las cuales pueden reducirse todas las demás: prudencia y benevolencia; la primera es la aplicación de las prescripciones del código moral en provecho propio, y la segunda en el ajeno.

Sigue después Owen, que es determinista y pretende reformar la sociedad cambiando el medio social.

Con Stuart Mill, la moral utilitaria llega á su período álgido; el criterio de la moral utilitaria no es, según este filósofo, la mayor dicha del agente, sino la mayor suma de dicha general, separándose en este punto de Benthan.

Entra decididamente Mill en los dominios de la psicología, y añade á la moral utilitaria un nuevo elemento psicológico: la asociación de ideas; admite una semi-libertad al declarar reformable el carácter por el esfuerzo voluntario, y una semiconciencia moral, resultante de la asociación en el pensamiento de la idea de dicha individual á la de dicha colectiva; sos-

tiene que es deseable la virtud, que es necesario desearla con desinterés por ella misma, refiriéndola al principio de la dicha; el centro de la moral utilitaria es el *yo,* que irradia á otro foco poderoso: la dicha general.

Continúa después Guyau exponiendo la doctrina de A. Bain, para quien la obligación moral no es, como decía Mill, una especie de temor; es una autoridad independiente del exterior, y que parece libre; es una imitación del gobierno exterior dentro de nosotros mismos; á esta imitación, que es hasta cierto punto creación, la considera Bain como la génesis de la conciencia.

Siguen, por el orden de exposición, las doctrinas de Grote, Bailey, Sewes y Sigwick, y en último término las de la moral evolucionista, cuyos principales representantes son Darwin y Spencer.

Darwin es el autor de la génesis empírica de la conciencia moral, producida por el instinto y perpetuada por la herencia, interviniendo la selección, que es el gran principio de la teoría evolucionista.

Spencer opina que el máximum de la perfección y de la dicha es el equilibrio final ó adaptación completa del individuo á la sociedad (ideal humano), y viceversa (ideal social); la moral, según Spencer, debe deducirse de una ley única, la ley de la vida, la evolución; de este modo pudo definir la moral: el conjunto de sentimientos é ideas, producidas por impresiones acumuladas y fijadas por la herencia.

Una vez expuestos los sistemas de moral utilitaria y evolucionista, entra Guyau de lleno en la crítica de las doctrinas.

El principal error de los utilitarios, según Guyau, es haber considerado demasiado exclusivamente en la actividad humana la tendencia al placer; no siempre se obra por un placer, que responde á una forma pasajera de la actividad; hay otra clase de placeres que, como el pensar, vivir, etc., están ligados al fondo mismo de la acción y coinciden con la conciencia misma de la vida.

Otro error de los utilitarios es el creer, al hablar de los idealistas, que su moral implica lo trascendente, lo metafísico, lo «noumenal».

En la moral idealista ve Guyau dos grandes prejuicios: la obligación y la sanción; la obligación, como consecuencia de un deber místico, y la sanción, como algo venido de afuera que, en este caso, se confunde con la coacción física.

Se puede mover la voluntad sin invocar ni un deber místico ni un placer particular; el deber se refiere á la conciencia de una potencia interior: «sentir interiormente lo que se es capaz de hacer, es tener la primera conciencia de lo que se tiene *deber* de hacer»; el deber es una superabundancia de vida que pide verificarse, es el sentimiento de un poder; he aquí el concepto de obligación, según Guyau.

En cuanto á la sanción, opina Guyau que no existe sino allí donde la acepta el culpable, y, por consiguiente, la sanción verdadera es la sanción voluntaria; la voluntad es la única capaz de hacer verdadero el castigo ó la pena, es decir, la pena moral del remordimiento, tanto más cruel, cuanto que somos nosotros mismos los que nos la aplicamos.

Descartados de este modo de la idea platónica y dualista del bien y del imperativo categórico de Kant los elementos substanciales de obligación y sanción, surge una concepción grandiosa, que Guyau llama «moral sin obligación ni sanción», y que constituye uno de sus más originales pensamientos.

Esta moral reproduce, en un sentido más elevado, la moral de la perfección; cumplir el deber, aspirando á la perfección misma, es esencialmente vivir, es la suprema felicidad, que, según la frase de Goethe, es necesario merecer para alcanzarla.

En resumen, el libro de Guyau deberá ser leído y meditado por filósofos y juristas, y en general, por cuantos se interesen por el progreso y desarrollo del pensamiento humano.

Luis Alonso.

Estudios militares y políticos, por José Ibáñez Marín.—Madrid, 1900.

Si por efecto de complejas causas, todas lamentables, es en España cada vez más rara la publicación de libros de ciencia militar, aún es más extraordinaria la aparición de los que, considerando la milicia como institución social y humana, desentrañan problemas, no de orden técnico ni planteados por los progresos de la ciencia ó el arte, como la invención de una máquina de guerra ó la adopción de mera táctica, sino de interés nacional, analizando la influencia que en ellos ejercen causas de orden moral, tendencias políticas de las diversas épocas, influencias de la naturaleza humana, evoluciones históricas de las naciones, orgullos de la victoria, amarguras de la derrota, las causas por donde corren las aspiraciones de las individualidades y los pueblos, según van empujadas por unas ú otras ideas, por estas ú aquellas contingencias, según el individuo se mueve á impulsos de la fe, el honor, la gloria, el provecho, la ambición, según la colectividad decae ó crece, vive ó vegeta, aspira ó desconfía, es potente y empuja los talentos y voluntades por un camino del que tiene conciencia, ó débil é insegura es instrumento de ambiciones vulgares.

No es extraño que sean poco frecuentes tales libros, pues no basta para escribirlos cultura extensa y sólida si no se tiene á la par espíritu observador, sosegado juicio, y, sobre todo, una gran dosis de esa filosofía por excelencia que se llama sentido común, condiciones sin las cuales sólo se amontonan vulgaridades ó juicios sin fundamento.

Estos son los escollos del género, sorteados por el Sr. Ibáñez Marín en su libro, donde, con el galano ropaje de un estilo que no hay necesidad de elogiar por estar ya harto acreditado, se nos muestran juicios atinados, no siempre halagadores para nuestra vanidad; y este es otro mérito de la obra: observación inteligente, fructíferos modelos que imitar en el período decadente que atravesamos, y sanos consejos.

Siete son los estudios cuyo análisis no cabe, por lo varia-

do de los asuntos en esta noticia; la enunciación de los títulos hará juzgar de la importancia del libro. Helos aquí:

El egoísmo en la milicia.—Pueblos muertos y pueblos vivos. Estudiantes y soldados.—Disciplina y solidaridad militar.—La geografía en la enseñanza militar.—El poder militar y marítimo.—La capitulación de Santiago de Cuba.

José de Elola.

Sulla condizione del marito nella famiglia primitiva, per *G. Mazzarella.*—Roma, 1900.—Un opúsculo de 32 páginas, sin indicación de precio.

El Dr. Mazzarella hace poco tiempo que ha comenzado á escribir, y por eso infiero que es joven. Mas á juzgar por sus trabajos (que se suceden unos á otros con frecuencia), no lo parece. Pues además de poseer una amplia y sólida cultura—lo cual requiere largo trabajo,—la mesura, cautela y circunspección con que procede en sus juicios, más propias son de espíritus bien maduros y reposados, que no de almas juveniles, atrevidas y precipitadas. Así en otros escritos anteriores como en el presente (todos ellos de jurisprudencia etnológica, á la que el autor se ha entregado con mucho ahinco), Mazzarella marcha con pies de plomo, sin hacer afirmaciones aventuradas.

Es él de los que admiten la existencia del matriarcado primitivo, del cual encuentra diferentes vestigios y supervivencias en varios pueblos y razas. Una de esas supervivencias es el matrimonio ambiliano, estudiado en otra monografía anterior á la presente. En esta de ahora ha querido demostrar: 1.°, la existencia del levirato ambiliano y la distinción del mismo del levirato patriarcal; 2.°, el carácter puramente gentilicio de dicho levirato; 3.°, la existencia de un vínculo entre el mismo y el matriarcado; 4.°, la derivación de tal levirato del matrimonio ambiliano.

P. Dorado.

L' alcoolisme en France et en Normandie. Ses causes, ses conséquences, ses remèdes; le monopole de l' alcool. Discours de rentrée à la Cour d' appel de Rouen, prononcé par *M. Delrieu* le 16 Octobre de 1900.—Rouen, 1900.—Opúsculo de 67 páginas, sin indicación de precio.

El alcoholismo es un verdadero azote de las sociedades que pasan plaza de civilizadas. A él se atribuyen, en grandísima parte, los peores males que éstas padecen: la criminalidad, la locura, la degeneración de las razas, etc.

Por tal motivo preocupa este problema desde hace años, y cada vez va preocupando con más fuerza á los pensadores, publicistas, magistrados, gobernantes y demás personas que se interesan en el estudio y resolución de los problemas sociales.

El trabajo de M. Delrieu es una contribución á este estudio. En él hay bastantes datos, singularmente relativos á Francia y á la región de ella que lleva el nombre de Normandía; no faltan tampoco algunos relativos á otros países.

Si bien con rapidez—con la rapidez que consiente un discurso de apertura de tribunales,—el autor se hace cargo de las principales cuestiones que envuelve el problema del alcoholismo; aunque en honor de la verdad, diremos que no de todas. Hace una breve indicación sobre los orígenes del alcoholismo en Francia; traza un cuadro interesante del alcoholismo en Normandía; tiende á explicar las causas á que se debe el desarrollo del alcoholismo; aduce cifras sobre el consumo del alcohol en Francia; habla de la potencia tóxica de los alcoholes; suministra datos concernientes á la multiplicación de los despachos de bebidas en el país de referencia; enseña brevemente algunas de las consecuencias del vicio alcohólico (criminalidad, enfermedades, herencia morbosa, degeneración moral, etc.), y, por fin, da cuenta de algunos remedios, empleados ya ó que pueden emplearse para combatir el alcoholismo y su difusión. A esta parte dedica muchas páginas del discurso, hablando sucesivamente de las sociedades de templanza, de la enseñanza antialcohólica, de las leyes represivas contra el alcoholismo, de la autorización necesaria para abrir

establecimientos de bebidas, del impuesto de patentes para vender alcoholes, del monopolio del Estado para la fabricación de los alcoholes, para su venta, etc., etc.

En resumen, la monografía de M. Delrieu compensa bien el tiempo que se gasta en su lectura.

P. Dorado.

Nord e Sud, per Francesco S. Nitti. Torino, Roux e Viarengo, editori, 1900.—Un volumen de 207 páginas, 3 liras.

Especialmente desde que se hizo la unidad italiana, viene notándose un marcado contraste—cuando no lucha—entre las regiones septentrionales y las meridionales de aquel país.

La diferencia es un hecho innegable: diferencia en el grado de instrucción (mayor al Norte que al Sud), en la criminalidad (mayor al Sud que al Norte), etc. Pero, ¿de qué proviene?

En estos últimos tiempos, algunos escritores, aplicando á Italia las doctrinas de esa nueva ciencia que se denomina antroposociología, han pretendido atribuir la inferioridad en que se encuentra la parte baja de aquella península, en comparación con la parte alta, á condiciones nativas de los habitantes de la una y de la otra, ó sea á motivos étnicos.

Nitti, por el contrario, en este libro (que es un resumen de otro trabajo más extenso del mismo autor, publicado en los *Atti del R. Istituto d'incoraggiamento*, de Nápoles), procura demostrar—con el auxilio de muchos datos numéricos, de cuadros, gráficos, etc., según la excelente costumbre del autor al escribir todas sus obras—que las ventajas que el Norte de la nación italiana lleva al Sud se deben á causas históricas y sociales, de que viene á resultar una verdadera injusticia, por el desigual tratamiento que respectivamente se otorga á ambas regiones.

Entre tales causas se hallan las siguientes: que el Mediodía

está más gravado que el Norte en materia tributaria, y, en cambio, recibe menos proporcionalmente en la distribución que se hace del producto de los impuestos; que los miles de millones que se han gastado y se gastan en Ejército y en Marina, se han gastado principalmente en beneficio de las regiones del Norte y del Centro, no de las del Sud; que en el Norte y en el Centro hay bastantes más institutos de enseñanza y mayores facilidades, por lo tanto, de instruirse que en el Sud; que con los Tribunales y la administración de justicia acontece lo propio, y lo propio con los ferrocarriles, caminos y carreteras, trabajos hidráulicos y de bonificación, puertos y otras obras públicas; que el mayor número de cargos públicos retribuídos está en manos de septentrionales, como igualmente las pensiones de todo género, etc., etc.

Se trata, en suma, de un libro muy instructivo é interesante. Bueno sería que entre nosotros se tomara alguien la pena de preparar y escribir uno análogo. Sería una manera muy adecuada de contribuir al examen de conciencia que ha de ser una de las primeras condiciones de nuestra regeneración, de esa regeneración tan ansiada, que tantos nos prometieron hace tiempo para el día siguiente ó para dentro de tres ó cuatro meses á lo más, y que todavía no ha venido, y sabe Dios si estará en venir.

P. Dorado.

Un cuento de flores. (Poema), por *Cayetano de Alvear*.—Librería de Fernando Fé, 1901.

Bonito libro éste del Señor Alvear.

Se lee de un tirón con hechizo irresistible.

Recuerda á cada paso las bellezas del gran Campoamor, maestro del nuevo poeta.

Tiene sentimiento, encantador asunto, delicadeza exquisita.

Es un poema de los nuevos, y, además, de los buenos.

El autor, de un solo salto, se ha colocado á la altura de los dioses, de los dioses de la poesía española, que son tan pocos.

Comienza contando la historia de una flor que

«Nadie supo ni cómo fue engendrada
»Ni de dónde venida;

hija de

»Una planta exótica importada
»De una flora quizá desconocida.

Esta planta

»Adherida en el hueco de una roca,

se salvó gracias al cuidado de una niña

»Tan hechicera, al menos, como loca»

que convirtió en maceta su linda mano y la trasladó al invernáculo de su casa, donde

«Entre otras precauciones,
»Cubriéndola con pajas y algodones
»Con el mismo cuidado detenido
»Que si formara á un pájaro su nido.»

logró salvar la vida á la pobre planta moribunda.

Pero ¡ay! que la planta, siempre á la sombra, deseaba la luz, hasta que un día el sol

«Lanzóle de repente
»Un haz como de lumbre abrasadora,
»Que ella, con ilusión encantadora
»De su exaltado amor en el exceso,
»Acogiendo feliz, cual beso ardiente,
»Pagó amorosa con ardiente beso.»

Aquel sol tan deseado mató con sus rayos la planta delicada, dando con esto fin el hermoso poema.

Copiamos para deleite de los lectores, como modelo de versificación, el siguiente trozo del canto tercero:

La lila, que, ligera,
Con sus tirsos de flores
Se apresura á anunciar la primavera,
Un día refirióle placentera
La primera emoción de sus amores.
La flor de lis, de límpidos colores,

La reveló que, ajena á los halagos
De la fortuna varia,
Realza su esplendor, de galas lleno,
Con el candor sereno
Conque pasa su vida solitaria
Retirada en los bordes de los lagos.
—Por mi pudor yo velo, y siempre esquiva
Mi irritabilidad todo provoca...
¿No ves?—dijo la tierna sensitiva—
Háceme estremecer cuanto me toca!
—Yo—gritó un roble de robustas ramas—
La fuerza soy y lo que quiero, quiero.
—Por mí sabrás—dijo la hiedra—si amas,
Que allí en donde hallo amparo arraigo y muero.
—Vivo modestamente—la violeta
Prosiguió, con acento muy profundo—
Porque sé que en las lides de este mundo
La dicha, si es que existe, no es completa.—
Mirándose en las aguas de una fuente,
Clamó un bulbo á su lado:
—Tú me tendrás que oir atentamente
La historia de Narciso enamorado.—
Una anciana morera,
Muy sabia, muy prudente y muy sincera
Que entendió que debía hacerse cargo,
Para vivir de todo apercibida,
Del eterno contraste que en la vida
Viene á formar lo dulce con lo amargo,
Explicóle con maña
Cómo procaz y astuta
Vive oculta entre el trigo la zizaña,
Y cómo, sin causar ningún recelo,
Brotan, muy cerca y en el mismo suelo,
Ponzoñosos, el opio y la cicuta;
Y por lo mismo que tan frágil era,
Temiendo que después se envaneciera,
Ella ahora tan postrada,
Tan inútil, tan mustia y delicada,
La enteró, entre otras cosas más horribles,
De que hay plantas también inmarcesibles.
Pero haciendo cambiar sus emociones,

No le faltó un clavel muy saleroso,
De encendidos colores rosa y grana,
Destinado á brillar en la cabeza
De una graciosa y linda sevillana,
Que, presa de indecibles sensaciones,
Con sobrada franqueza
Muy terne y animoso
Se le ofreciera por amante esposo.
—Yo, de todo pensil reina y señora
—Clamó la rosa—tanto me ensalzaron
Los que mi larga historia relataron,
Que fuera vano anhelo
Repetírtela ahora;
No te diré, habladora,
Por tanto, cómo un día se formaron
En mi seno, y después se consumaron
Los amores de Céfiro y de Flora,
Ni cómo si antes descendí á este suelo
Fue al caer del regazo de la Aurora.
Y como era tan crédula y tan buena,
Por contener ó acrecentar su llanto,
La flor le refería del acanto,
Que ella adornó la túnica de Elena.
Y continuando su mentida historia,
A fuerza de ilusoria,
De vanidades y de errores llena,
Le infundieron de modo persuasivo,
Con un calor rayano en la locura,
El lirio, majestad; paz, el olivo;
Su pureza la cándida azucena;
La hiedra, su ternura;
La palma, la victoria;
El mirto, amores, y el laurel la gloria.....
Sólo después de darle un buen consejo,
De su modesta condición reflejo,
Lamentando las lides
En que tenaz se empeña
Una flor muy pequeña
Le dijo por lo bajo: «No me olvides».
. . . . . .

La Philosophie de la Longévité, par *Jean Finot*.—Véanse acerca de este importantísimo libro, que muy pronto verá la luz en castellano, los siguientes extractos de la prensa internacional.

Apenas aparecida, la *Filosofía de la Longevidad* ha sido objeto de numerosos artículos y estudios profundos, publicados en los principales órganos franceses y extranjeros. Sacamos de ellos algunas líneas que dan una idea aproximada de los méritos y de las tendencias del libro:

Libro singularmente sugestivo, de una filosofía serena, igualmente interesante para los sabios, los poetas y el gran público.—*Figaro* (Emilio Gautier).

El autor, escritor ingenioso y avisado, nos ofrece en la *Filosofía* la esperanza de ver, de aquí á cien años, lucir la aurora del siglo veintiuno...—*Temps* (H. de Varigny).

Se lee esta *Filosofía* con curiosidad y provecho. El autor hace pensar, lo que, en estos tiempos, no es vanal cosa.—*Revue Scientifique*.

Obra de interés general, porque tiende nada menos que á enseñarnos el arte de vivir largo tiempo... Se saca de ella un concepto noble y animoso de perfección y de progreso.—*Petit Marseillais* (Paul y Víctor Margueritte).

Libro en extremo interesante, que ha conquistado rápidamente los sufragios del público. Escrito en una lengua admirable, animado de un verdadero aliento poético, repleto de consideraciones filosóficas, este libro se apoya en hechos biológicos indiscutibles.—*Presse Medicale* (Dr. R. Romme).

Obra confortativa, llena de hechos y de ideas, escrita por un amigo de la humanidad. Cuando se ha leído ese libro, se siente uno más vivo y más dichoso.—*Revue Internationale de l'Enseignement* (A. Renard).

Su tesis, ingeniosamente desarrollada, nos muestra cómo oponer á la vejez una resistencia victoriosa.—*Éclair* (Luis de Grammont).

Libro realmente atractivo para todos, y de los más interesantes para los espíritus serios y reflexivos.—*Matín*.

El autor, cuya erudición es universalmente conocida, ha condensado en un grueso tomo sus pacientes estudios sobre las causas de la mortalidad humana y los medios de prolongar la vida.—*L'Autorité* (E. Pesch).

El autor es de un consolador optimismo, y en tal concepto, la lectura de su obra es recomendable, aparte de que su libro está lleno de ideas nuevas y abre sobre una multitud de cuestiones horizontes inesperados. — *Chronique Medicale* (Dr. Cabanés).

Hay en esa hermosa obra, con una multitud de detalles lo más vivamente interesantes, páginas de elevada serenidad que forman á la vez el elogio del espíritu investigador y del alma pensativa del autor.—*Nouvelle Revue*.

Leed esa obra y gustaréis toda la poesía que se desprende del gorgogeo de las carnes.—*Fronde* (A. Tery).

Obra llena de ideas ingeniosas, de hechos curiosos y de observaciones originales.—*Revue Encyclopedique*.

Quitando á la muerte su terror y dando á la vida un nuevo sentido, el autor da con eso mismo un golpe significativo á nuestras concepciones actuales de la vida y de la muerte. No se trata allí de ensueños místicos, sino de observaciones reflexivas de un sabio, que entiende el modo de justificarlas.—*Frankcfurter Zeitung* (Otto Hœrth).

Cuadro admirable de la vida que desborda en la naturaleza, arma inapreciable en el duelo contra la muerte.—*Il Giornale del Popolo* (P. Lombroso).

Entre tantos libros que la librería parisién echa sobre el mercado, ese merece una atención excepcional. — *Journal de Bruxelles* (*R.* Leblé.)

Encontramos en ella indicaciones morales y prácticas presentadas bajo una forma de tal modo bella y elegante, que, sobre pasar leyéndola algunas horas agradables, podemos por añadidura ganar algunos años de vida.—*Nuova Antologia*.

El libro es á propósito para retener á todo el mundo; á los que creen que todo está acabado después de nuesto último sus-

piro, como á los que admiten una segunda existencia para el alma inmortal.—*La Meuse*, Lieja.

Esta *Filosofía* es un libro sano y sereno por excelencia, y su parte más interesante y original es, sin disputa, el estudio sobre la creación artificial de los seres.—*Review of Reviews*, Londres (W. T. Stead).

El autor examina en forma clara y precisa una serie de cuestiones importantes, y lo hace de un modo atractivo y vivamente interesante para el lector más hastiado. — *Saturday Review*, Londres.

INDICE

	Págs.
Actea (novela), tercera parte	5
Poetas americanos: Sol de sangre, por Manuel Ugarte	62
Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana	64
Historia del jabón, por Joaquín Olmedilla y Puig	78
Filosofía de la longevidad, por Emilia Pardo Bazán	89
Viaje de un español á tierra de China, por Rafael Farias	93
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	111
Revista Hispanoamericana, por Iob	122
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	145
Notas bibliográficas, por L. Alonso, José de Elola, P. Dorado, etc.	193

españa moderna

AÑO 13. NUM. 152.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

AGOSTO, 1901

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

ra la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ACTEA

NOVELA

CUARTA Y ULTIMA PARTE

XV

Nerón dió en el clavo: semejante promesa calmó al instante los murmullos; entre todos los espectáculos con que sus ediles, sus pretores y sus Césares le regalaban, los que más deleitaban al pueblo eran las cacerías de animales y los combates de gladiadores. En otro tiempo, esos dos espectáculos eran diferentes; pero Pompeyo tuvo la idea de reunirlos, haciendo que combatiesen por primera vez, durante su segundo consulado, con motivo de la inauguración del templo de Venus victoriosa, veinte elefantes salvajes contra gétulos armados de lanzas: verdad es que mucho tiempo antes, si se ha de creer á Tito Livio, murieron solamente en un día ciento cuarenta y dos elefantes en el circo; pero los tales elefantes, cogidos en una batalla contra los cartagineses, y á los que Roma, pobre y prudente entonces, no quería ni alimentar ni entregar á los aliados, fueron muertos á lanzadas y flechazos por los espectadores de las gradas: ochenta años después, el año 523 de Roma, Escipión Nasica y Publio Léntulo echaron al circo sesenta y tres panteras de Africa, y se creía á los romanos hartos de este espectáculo, cuando Seguro, transportando el espectáculo á

otro elemento, llenó de agua el anfiteatro, y en aquel mar artificial lanzó quince hipopótamos y veintitrés cocodrilos; Sila, pretor, ofreció una caza de cien leones con melena; el gran Pompeyo, una de trescientos quince, y Julio César una de cuatrocientos; por último, Augusto, que conservó de Octavio cierta afición á la sangre, hizo sucumbir en las fiestas dadas tanto en su nombre como en el de su nieto, poco más ó menos de tres mil quinientos leones, tigres y panteras; y hubo un tal Servilio, de cuya vida no se recuerda más que la fiesta que dió, en la cual mataron trescientos osos y otros tantos leones y panteras, traídos de los desiertos de Africa: más adelante, este lujo no conoció freno, y Tito exterminó, en una sola cacería, cinco mil fieras de toda especie.

Pero de todos éstos, quien hasta entonces había dado las fiestas más ricas y variadas era Nerón: además de los impuestos en dinero señalados á las provincias conquistadas, tasó el Nilo y el desierto, y el agua y la arena le suministraban sus diezmos de leones, tigres, panteras y cocodrilos: en cuanto á los gladiadores, estaban reemplazados ventajosa y económicamente por los prisioneros de guerra y los cristianos: cierto que carecían de la habilidad que daba á los primeros el estudio de su arte, pero poseían el valor y la exaltación, lo que prestaba poesía y un mero aspecto á su agonía: esto era todo lo que se necesitaba para excitar la curiosidad.

Así, pues, toda Roma se precipitó al circo: en esta ocasión habían esquilmado el desierto y las prisiones; había suficiente número de víctimas y fieras para que la fiesta durase todo el día y toda la noche; además, el Emperador había prometido iluminar el circo de una manera nueva: así es que fue recibido con unánimes aclamaciones: en esta ocasión estaba vestido de Apolo, y llevaba, como el dios Pitio, un arco y flechas: porque en los intervalos de los combates debía dar pruebas de su destreza; algunos árboles arrancados del bosque de Albano, fueron transportados al circo y replantados en él, con sus ramas y sus hojas, y sobre los árboles unos faisanes aprisionados, con

sus plumajes de azul y oro, servían de blanco á las flechas del Emperador: sucedía también á veces que el César se compadecía de algún bestiario herido, ó se indignaba contra algún animal que cumplía mal con su misión de verdugo: entonces echaba mano de su arco ó de sus dardos, y desde su puesto, desde el trono, enviaba la muerte al otro extremo del circo, semejante á Júpiter Tonante.

En cuanto se acomodó el Emperador, llegaron en carros los gladiadores: los que debían comenzar los combates habían sido, como de costumbre, comprados á sus amos; pero como la solemnidad era grande, algunos jóvenes patricios se habían mezclado con los gladiadores de profesión para hacer la corte al Emperador; hasta se decía que había entre los últimos dos nobles que, arruinados por sus desórdenes, se habían alquilado: uno, por la suma de doscientos cincuenta; el otro, por la de trescientos mil sextercios.

Cuando Nerón entró, los gladiadores estaban en la arena esperando la señal y ejercitándose entre sí, como si los combates que iban á entablar fuesen un sencillo juego de esgrima. Pero en cuanto se oyó en el circo el grito de «¡el Emperador, el Emperador!» y se vió al César-Apolo sentarse en el trono, frente á las vestales, entraron en el circo los directores de los juegos y presentaron á los combatientes armas afiladas para que las cambiasen por aquellas con que se ejercitaban y que eran inofensivas; después desfilaron ante Nerón, elevando hacia él las espadas, con objeto de que se asegurase de que las armas estaban bien templadas; lo que podía comprobar inclinándose, porque su puesto no tenía más que diez pies de elevación.

Presentaron la lista de los combatientes á Nerón, á fin de que él mismo designara el orden en que debían combatir: decidió que comenzaran el reciario y el *secutor* (perseguidor), porque frecuentemente era el que perseguía, en vez de ser perseguido; venían después dos dimaqueros, luego dos andabatas, y para dar fin á esta primera sesión, que debía con-

cluir al medio día, serían arrojados á las fieras para que los devorasen, dos cristianos: un hombre y una mujer.

El pueblo pareció bastante satisfecho de esta primera parte del programa, y en medio de las exclamaciones de *¡viva Nerón! ¡gloria al César! ¡fortuna al Emperador!*, entraron en el circo los dos primeros gladiadores, cada uno por puerta distinta, situadas frente á frente.

Eran, como lo decidió Nerón, un *secutor* y un *reciario*. El primero llevaba una túnica verde-claro con franjas de plata, sujeta al talle por un cinturón de cobre cincelado, en el que brillaban incrustaciones de coral; su pierna derecha estaba defendida por una bota de bronce, y le ocultaba todo el rostro un casco con visera, parecido al de los caballeros del siglo XIV; llevaba en el brazo izquierdo un gran escudo redondo, y en la mano derecha un venablo y una maza de plomo: tales eran la armadura y el traje de los galos.

El *reciario* tenía en la mano derecha la red, á la que debía su nombre, y que era, poco más ó menos, parecida á las redes de mano que usan actualmente los pescadores, y en la izquierda, defendida por un escudo pequeño, un largo tridente, cuyas tres puntas eran de acero: su túnica era de paño azul, y sus coturnos de cuero del mismo color; llevaba el rostro descubierto, al contrario del de su enemigo, y su cabeza no estaba protegida más que por una gorra de lana azul, de la que colgaba una redecilla de oro.

Los dos adversarios se acercaron uno á otro, no en línea recta, sino circularmente: el *reciario* llevaba su red preparada, y el *secutor* blandía su venablo. Cuando el reciario se creyó á tiro, dió un rápido salto hacia adelante, al mismo tiempo que lanzaba la red, desplegándola; pero ninguno de sus movimientos pasó inadvertido para su contrincante, que dió un salto igual hacia atrás, y la red cayó á sus pies. En el mismo momento, y antes de que el reciario hubiera tenido tiempo de cubrirse con su escudo, partió el venablo de la mano del galo; pero su enemigo vió venir el arma, y se agachó; pero á pesar

de la ligereza de su movimiento, el venablo, que iba dirigido al pecho, le arrancó su elegante tocado.

Entonces el *reciario*, aunque armado con su tridente, se dió á la fuga, arrastrando tras sí á la red, porque no podía servirse de su arma sino para matar al enemigo, prisionero en sus mallas: el galo se lanzó al punto en seguimiento de su adversario; pero retrasado en su carrera por su pesada maza y por la dificultad de ver á través de los agujeritos que formaban la visera de su casco, le dió tiempo para que de nuevo preparase la red y se encontrara en guardia: en cuanto hizo esto, se volvió á poner en posición, y el galo á la defensiva.

Durante su carrera, el *secutor* había recogido el venablo, colgándose de su cinturón como un trofeo la gorra de su adversario; esta vez inició el ataque el galo: su venablo, lanzado por segunda vez con toda la fuerza de su brazo, fué á dar de lleno en el escudo del *reciario*, atravesó la placa de bronce que le cubría, mas las siete defensas de cuero, y fué á rozar el pecho del que lo sostenía: el pueblo le creyó herido mortalmente, y se oyó el grito de: *¡Ya está, ya está!*

Pero el reciario apartó al punto el escudo de su pecho é indicó que apenas estaba herido: entonces repercutieron gritos de alegría, porque lo que principalmente temían todos los espectadores eran los combates demasiado cortos; así es que miraban con desprecio, aun cuando la cosa no estuviese prohibida, á los gladiadores que herían en la cabeza.

El galo echó á correr, porque su maza, arma terrible cuando perseguía al reciario desprovisto de la red, le era casi inútil desde el momento en que la llevaba al hombro; porque, teniendo que acercarse mucho á su adversario para herirle, le daba toda clase de facilidades para que le envolviera en las mortales redes. Entonces comenzó el espectáculo de una fuga con todas sus reglas, porque la huída era también un arte; pero tanto en la anterior como en la nueva carrera, el galo se veía embarazado por su casco: pronto el reciario se encontró tan cerca de él, que el público gritó para advertir al galo; éste ad-

virtió que estaba perdido si no se desembarazaba prontamente de su casco, que ya le era inútil; abrió, sin dejar de correr, la barbacana de hierro que lo mantenía cerrado, se lo quitó y lo arrojó lejos de sí. Entonces, con gran asombro, se reconoció en el *secutor* á un joven de una de las más nobles familias de Roma, llamado Festo, que se había puesto aquel casco más bien para ocultarse que para defenderse; tal descubrimiento redobló el interés con que los espectadores seguían el combate.

Desde este momento el joven patricio ganó terreno sobre su contrincante, el cual, á su vez, encontrábase entorpecido por su escudo con el venablo clavado en él, que no se atrevía á quitar por miedo de dar un arma á su enemigo; excitado por los gritos de los espectadores y por la continua fuga de su adversario, arrojó lejos de sí venablo y escudo, y se encontró con los movimientos libres; pero entonces, fuera que el galo viese en aquella acción una imprudencia que igualaba de nuevo el combate, fuese que se encontrara cansado de huir, se paró de repente, haciendo girar la maza alrededor de su cabeza; por su parte, el reciario preparó su arma; pero antes de que se encontrara al alcance de su enemigo, la maza salió silbando como el proyectil de una catapulta y fué á herir al reciario enmedio del pecho: el reciario se tambaleó y concluyó por caer envuelto él mismo entre las mallas de su propia red. Festo entonces se lanzó al venablo, lo arrancó y de un salto volvió al lado de su enemigo, le puso la punta del hierro en la garganta é interrogó al pueblo para saber si debía matar ó perdonar á su adversario. Todas las manos se levantaron entonces, con el pulgar hacia arriba unas y hacia abajo otras; pero como era imposible distinguir la mayoría enmedio de aquella multitud, se oyó el grito de *¡á las vestales, á las vestales!:* esta era la apelación en caso de duda.

Festo se volvió hacia el podio; las doce vestales se levantaron: ocho tenían el pulgar hacia abajo; la mayoría estaba por la muerte; en consecuencia, el reciario cogió él mismo la pun-

ta del hierro, la apoyó en su garganta, y exclamó por última vez: *¡César es Dios!* Y sintió, sin exhalar una queja, cómo el venablo de Festo le abría la arteria del cuello y le penetraba hasta el pecho.

El pueblo entonces aplaudió al vencedor y al vencido, porque uno había matado con habilidad y el otro había muerto con gracia. Festo dió la vuelta al anfiteatro para recibir los aplausos, y salió por una puerta, mientras que por la otra se llevaban el cuerpo de su enemigo.

En seguida un esclavo entró con una pala, removió la arena, para borrar las manchas de sangre, y entraron en liza dos nuevos combatientes: eran dos dimaqueros.

Los dimaqueros eran los refinados del siglo de Nerón; sin casco, sin coraza, sin escudo, sin ocrea (1), combatían con una espada en cada mano, como lo hacían nuestros caballeros de la Fronda en sus duelos á daga y puñal; así era que aquellos combatientes estaban considerados como el triunfo del arte, y algunas veces los campeones no eran otros que los mismos maestros de esgrima. En esta ocasión eran un profesor y su discípulo; el alumno había aprovechado tan bien las lecciones, que venía á combatir al maestro con sus propios recursos; algunos malos tratos que había recibido hicieron germinar en su corazón, desde hacía ya mucho tiempo, un odio extraordinario en lo más profundo de su alma; pero lo había disimulado ante todos, y con la idea de vengarse algún día, continuó sus ejercicios cuotidianos y concluyó por sorprender todos los secretos de la profesión. Constituía, pues, una cosa muy curiosa para espectadores tan artistas ver aquellos dos hombres, quienes, por primera vez, iban á reemplazar sus juegos ficticios por un combate real, y cambiar sus armas inofensivas por aceros bien templados. Su aparición fue, por lo tanto, saludada con una triple salva de aplausos, que cesaron en cuanto el director de los juegos hubo dado la

(1) Nombre de las botinas de bronce.

señal, ante una indicación del Emperador, para que reinara un profundo silencio.

Los adversarios avanzaron uno contra otro, animados por el profundo odio que inspira toda rivalidad; pero, sin embargo, el odio que brotaba en relámpagos de sus ojos, daba nueva circunspección al ataque y á la defensa, porque no solamente se jugaban las vidas, sino también la reputación que poseía uno desde hacía mucho tiempo y que el otro acababa de alcanzar.

Por fin se tocaron las espadas; dos serpientes que juegan, dos rayos que se cruzan, son más fáciles de seguir, en su deslumbradora rapidez, que el movimiento de la espada que tenían en la mano derecha, y con la cual se atacaban, mientras que con la de la izquierda paraban los golpes como con un escudo. Pasando sucesivamente del ataque á la defensa, y con una regularidad maravillosa, el alumno hizo al principio recular al maestro hasta el pie del trono en que estaba el Emperador, y el maestro, á su vez, hizo retroceder al discípulo hasta el podio, en el que estaban las vestales; volvieron después al medio del circo, sanos y salvos ambos, aunque veinte veces la punta de cada espada se hubiese aproximado bastante al pecho para desgarrar la túnica, bajo la que buscaba el corazón; por fin, el más joven de los dos dió un salto hacia atrás; los espectadores gritaron: *¡Ya está!* Pero en seguida, aun cuando la sangre corría por bajo de la túnica, á lo largo de uno de los muslos, volvió al combate más encarnizado que antes, y al cabo de dos pasos fue el maestro á su vez quien indicó, por un movimiento imperceptible á ojos menos ejercitados que los que le contemplaban, que acababa de sentir en sus venas la fría sensación del hierro; pero esta vez no se oyó ningún grito; la extrema curiosidad es muda; se escuchaba, ante algunos golpes hábilmente dirigidos ó parados, ese murmullo sordo que indica al actor que si el público no aplaude, no es porque no aprecie lo que está haciendo, sino, antes bien, para no interrumpirle en el desempeño de su papel. Así los

dos combatientes redoblaban su ardor, y las espadas continuaron entrechocándose con la misma rapidez, de tal manera, que aquella lucha singular amenazaba no terminar sino con el agotamiento de las fuerzas, cuando el maestro, reculando ante el discípulo, resbaló y cayó de repente; el discípulo, aprovechando la ventaja que le ofrecía la casualidad, se precipitó sobre él; pero con gran asombro de los espectadores, no se vió que ninguno de los dos se levantara; todo el pueblo se puso en pie, juntando las manos, y gritando: *¡Gracia, libertad!,* pero ninguno de los dos combatientes respondió. El director de los juegos entró entonces en el circo, llevando de parte del Emperador las palmas de la victoria y las varitas de libertad; pero era demasiado tarde, los campeones eran ya, si no vencedores, por lo menos libres; se habían atravesado mutuamente, y ambos yacían muertos.

A los dimaqueros debían suceder los *andabatas;* sin duda se les había inscripto inmediatamente después de los dimaqueros para que el pueblo disfrutase con el contraste; porque á los nuevos gladiadores les eran completamente inútiles el arte y la habilidad; llevaban la cabeza completamente metida en un casco, que no tenía más abertura que en la boca para que pudiesen respirar, y junto á los oídos, para que pudieran oir; peleaban, pues, á ciegas. El pueblo se divertía mucho con aquella lucha, especie de terrible parodia del juego de la gallina ciega, en la que cada golpe daba en blando, puesto que los adversarios no tenían armadura alguna defensiva que pudiese parar ni amortiguar las acometidas.

En el momento en que las nuevas víctimas, porque aquellos desgraciados no merecían el nombre de gladiadores, eran introducidas en la arena, enmedio de las carcajadas de la multitud, Aniceto se acercó al Emperador y le entregó unas cartas. Nerón las leyó con gran inquietud, y al final se retrató en su rostro una profunda alteración. Permaneció un momento pensativo; después, levantándose repentinamente, salió fuera de circo, indicando que continuasen los juegos á pesar de su

ausencia; aquel incidente, que no era nuevo, porque frecuentemente reclamaban la presencia de los Césares en el foro urgentes é inesperados asuntos, lejos de ser un contratiempo para la diversión de los espectadores, les daba, por el contrario, más libertad, porque al no hallarse cohibido por la presencia del Emperador, el pueblo se convertía entonces en verdadero soberano; los juegos, como lo ordenó Nerón, siguieron, pues, su curso, aunque ya no estuviese allí el César para presidirlos.

Los dos campeones se pusieron, por lo tanto, en marcha para juntarse, atravesando el circo en toda su longitud; á medida que se acercaban uno á otro, se les veía, sustituyendo el sentido de la vista por el del oído, tratar de escuchar el peligro que no podían ver; pero se comprenderá lo que engañaba semejante orientación: de suerte que aún estaban muy distantes uno de otro y ya agitaban las espadas y repartían tajos y mandobles al espacio; por fin, excitados por los gritos: *¡Adelante, adelante, á la derecha, á la izquierda!*, avanzaron con mayor decisión; pero se cruzaron sin tocarse, y concluyeron por darse la espalda sin dejar de amenazarse. En seguida las carcajadas y las burlas de los espectadores fueron tales, que se dieron cuenta de lo que acababan de hacer; y volviéndose con un mismo movimiento, se encontraron frente á frente y al alcance de las espadas; cruzáronse los aceros, hirieron después de manera diferente, y uno de los combatientes recibió un tajo en el muslo derecho, mientras que el otro recibía una estocada en el brazo izquierdo. Ambos hicieron un movimiento, y los dos adversarios se encontraron de nuevo separados, sin saber cómo volver á juntarse. Entonces uno de ellos se echó al suelo para escuchar el ruido de los pasos y sorprender á su enemigo; después, como le sintiera aproximarse, el gladiador echado, semejante á una víbora que suelta su dardo, hirió á su adversario por segunda vez; éste, sintiéndose peligrosamente herido, dió rápidamente un paso hacia adelante, tropezó con el cuerpo de su enemigo y fué á caer á dos ó tres palmos de él; pero levan-

tándose al punto, describió con su espada un círculo horizontal tan rápido y vigoroso, que el acero, alcanzando al cuello de su adversario en el lugar en que dejaba de protegerle el casco, le segó la cabeza con tanta habilidad como hubiera podido demostrar el verdugo; el tronco permaneció un instante en pie, mientras que la cabeza, en su envoltura de hierro, rodaba lejos de él; después dió algunos pasos estúpidos é insensatos, como si tratara de marchar tras ella, y por fin cayó á la arena, que se inundó de sangre. A los gritos del pueblo, el gladiador, que permanecía en pie, comprendió que el golpe que acababa de dar era mortal, pero no dejó por eso de mantenerse en guardia contra la agonía de su adversario. Entonces uno de los directores del circo entró, le abrió el casco y dijo:

—Eres libre y vencedor.

Salió por la puerta que se llamaba *sana vicaría*, porque era por la que abandonaban el circo los combatientes que se libraban de la muerte, mientras que arrastraban los cadáveres al espoliario, especie de caverna situada bajo las gradas del anfiteatro, en donde los médicos esperaban á los heridos, y en donde se paseaban dos hombres, vestido uno de Mercurio y el otro de Plutón; Mercurio, á fin de ver si en los cuerpos, en apariencia insensible, quedaba algún resto de vitalidad, les tocaba con un caduceo enrojecido al fuego, mientras que Plutón remataba con un martillo á los que los médicos juzgaban que no podían curarse.

Apenas salieron los andabatas, cuando reinó en el circo una gran algarabía; á los gladiadores iban á suceder los bestiarios, y éstos eran cristianos, por lo que todo el odio era para los hombres y toda la simpatía para las fieras. Sin embargo, por mucha que fuera la impaciencia de la multitud, se vió obligada á esperar á que los esclavos pasasen los rastrillos por la arena del circo; pero esta operación fue apresurada por los furiosos gritos que se elevaban desde todos los lados del anfiteatro; por fin los esclavos se retiraron, la arena quedó un momento sola y la multitud esperó; se abrió una puerta, y

todas las miradas se dirigieron á las nuevas víctimas que iban á entrar.

Entró primero una mujer, vestida con una túnica blanca y cubierta con un blanco velo. La condujeron á uno de los árboles, al que la ataron por medio del cuerpo; entonces uno de los esclavos le arrancó el velo, y los espectadores pudieron ver un rostro de perfecta belleza, pálido, pero resignado: se escuchó un prolongado murmullo. A pesar de su título de cristiana, la joven, desde el primer momento, conmovió el alma de la multitud tan impresionable y tan versátil. Mientras que todas las miradas estaban fijas en ella, se abrió una puerta paralela y entró un joven; existía la costumbre de exponer así á las fieras un cristiano y una cristiana, dando al hombre todos los medios de defensa, á fin de retardar, no solamente su muerte, sino también la de su compañera, que casi siempre era una hermana, una amante ó una madre, para prestar al hijo, al amante ó al hermano, nuevo valor, y prolongar un combate que los cristianos rehusaban casi siempre para sufrir el martirio, aunque supieran que, si triunfaban de los tres primeros animales que les soltaban, estaban salvados.

En efecto; aun cuando aquel hombre, cuyo vigor y agilidad fuesen fáciles de reconocer á primera vista, entrase acompañado por dos esclavos, de los cuales uno llevaba una espada y dos venablos, y el otro conducía un corcel númida, no pareció dispuesto á dar al pueblo el espectáculo de la lucha que esperaba. Avanzó lentamente por el circo, dirigió en torno suyo una mirada tranquila y firme, hizo después un ademán para indicar que el caballo y las armas eran inútiles, miró al cielo, cayó de rodillas y comenzó á rezar. Entonces el pueblo, burlado en su expectación, comenzó á rugir y á amenazar; era un combate y no un martirio lo que había venido á ver, y estallaron los gritos de: *¡A la cruz, á la cruz!*, porque, suplicio por suplicio, prefería al menos aquel cuya agonía era más larga. Entonces apareció en los ojos del joven un rayo de inefable alegría, y alzó los brazos en signo de acción de gracias, gozo-

so porque iba á morir con la misma muerte que sirvió de apoteosis al Salvador: en aquel momento oyó un suspiro tan lastimero, que se volvió.

—¡Silas, Silas!...—murmuró la joven.

—¡Actea!—exclamó él, levantándose y precipitándose hacia ella.

—Silas, ten piedad de mí—dijo Actea;—he experimentado una gran esperanza cuando te he reconocido. Eres valiente y fuerte, Silas; habituado á luchar con los moradores de los bosques y los huéspedes del desierto, tal vez si hubieras combatido nos hubiésemos salvado ambos.

—¡Y el martirio!—exclamó Silas señalando al cielo.

—¡Y el dolor!—dijo Actea, dejando caer la cabeza sobre el pecho.—¡Ah! yo no he nacido como tú en una ciudad santa; yo no he oído la palabra de la vida de los labios de aquel por quien vamos á morir: soy una hija de Corinto, educada en la religión de mis antepasados; mi fe y mis creencias son nuevas, y la palabra martirio no me es conocida sino desde ayer; tal vez tendría valor para conmigo misma; pero, Silas, tal vez no lo tendría para verte morir ante mi vista con esa muerte lenta y cruel.

—Está bien, pelearé—respondió Silas;—porque estoy seguro de alcanzar más adelante la gloria que hoy me arrebatas.

En seguida, haciendo un ademán de mando á los esclavos, añadió con acento y actitud de Emperador:

—Mi caballo, mi espada y mis venablos.

Y la multitud aplaudió, porque comprendió en la voz y en la actitud de Silas, que iba á presenciar una de esas luchas hercúleas que le hacían falta para reanimar sus sensaciones, deprimidas por los combates ordinarios.

Silas se acercó en seguida al caballo; era como él, un hijo de Arabia; los dos compatriotas se reconocieron; el hombre dijo al caballo algunas palabras en una lengua extranjera, y como si el noble bruto las hubiese comprendido, respondió re-

linchando. Entonces Silas arrancó del lomo y de la boca de su compañero la silla y las bridas que los romanos le habían impuesto en señal de esclavitud, y el hijo del desierto botó en libertad alrededor de aquél que acababa de dársela.

Mientras tanto, Silas se desembarazaba á su vez de cuanto le entorpecía en sus movimientos, y arrollando su manto rojo en el brazo izquierdo, se quedó con su túnica y su turbante. Después se ciñó la espada, tomó los venablos, llamó al caballo, que le obedeció dócil como una gacela, y saltando sobre él, dió, inclinándose sobre el cuello del animal y sin más ayuda para dirigirle que las rodillas y la voz, tres vueltas en torno del árbol á que estaba atada Actea, semejante á Perseo dispuesto á defender á Andrómeda: el orgullo del árabe acababa de sobreponerse á la humildad del cristiano.

En aquel momento se abrió una puerta de dos hojas colocada debajo del podio, y un toro de Córdoba, excitado por los esclavos, entró mugiendo en la arena; pero en cuanto dió diez pasos, asustado por la luz del día, la vista de los espectadores y los gritos de la muchedumbre, bajó el testuz, y mirando á Silas con ojos estúpidos y feroces, comenzó á escarbar y cornear el suelo. En aquel instante, uno de los directores le arrojó un maniquí relleno de paja, que figuraba un hombre, y el toro se lanzó inmediatamente sobre él pisoteándole; pero cuando se hallaba más encarnizado, Silas arrojó un dardo que fué, silbando, á penetrar en el lomo del animal: el toro dió una sacudida de dolor, y abandonando al punto al enemigo ficticio por el adversario real, avanzó hacia el sirio rápidamente, con la cabeza baja, y dejando en la arena un reguero de sangre. Pero Silas le dejó acercarse tranquilamente; después, cuando no estuvo más que á algunos pasos de él, hizo que el caballo, obedeciendo á la voz y á las rodillas, diese un salto de costado, y mientras el toro pasaba de largo arrastrado por su carrera, el segundo dardo fué á sepultar seis pulgadas de hierro en los flancos del animal, el cual se detuvo tambaleándose sobre sus cuatro patas como si fuera á caer, y en seguida se volvió y se

arrojó sobre el caballo y el caballero; pero el caballo y el caballero comenzaron á huir como llevados por un torbellino.

Dieron así tres vueltas al anfiteatro, debilitándose el toro cada vez más y perdiendo terreno sobre caballo y caballero; por fin, á la tercera vuelta, cayó sobre sus rodillas; pero se levantó inmediatamente, dió un mugido terrible, y como si hubiera perdido la esperanza de alcanzar á Silas, miró circularmente en torno suyo, para ver si no hallaba alguna otra víctima sobre la que descargar su cólera; entonces se fijó en Actea. Por un momento pareció dudar de que la joven fuese un ser animado; hasta tal punto le daban apariencia de estatua su inmovilidad y su palidez; pero el toro tendió el cuello y olfateó el aire que venía de aquel lado. En seguida reunió todas sus fuerzas y trotó hacia ella: la joven le vió venir y dió un grito de terror; pero Silas velaba sobre ella, y á su vez se dirigió hacia el toro, á cuyo lado no tardó en llegar merced á la carrera de su fiel numida: entonces saltó desde el lomo de su caballo al del toro, y mientras que con la mano izquierda le cogía por un cuerno y le torcía el cuello, le hundía con la otra su espada en la garganta hasta la empuñadura; el toro, degollado, cayó espirante á una media lanza de Actea; pero ésta había cerrado los ojos en espera de la muerte, y solamente por los aplausos del circo se dió cuenta de la primera victoria de Silas.

Entonces entraron tres esclavos en el circo, de los cuales dos conducían un caballo cada uno, que engancharon al toro, á fin de arrastrarle fuera del anfiteatro; el tercero llevaba una copa y una ánfora; llenó la copa y se la ofreció al joven sirio, el cual humedeció ligeramente los labios y pidió otras armas: le trajeron un arco y flechas; en seguida todos se apresuraron á salir más que de prisa, porque bajo el trono del Emperador se alzó una reja que dió paso á un león del Atlas, que entró majestuosamente en el circo.

Era, en verdad, el rey de la creación, porque ante el rugido con que saludó la luz del día, se estremecieron todos los

espectadores, y hasta el corcel, desconfiando por primera vez de la ligereza de sus pies, respondió con un relincho de terror. Solamente Silas, habituado á aquella voz poderosa por haberla más de una vez oído repercutir en los desiertos que se extienden desde el lago Asfalto hasta las fuentes de Moisés, se preparó á la defensa ó al ataque, resguardándose detrás del árbol más próximo al en que estaba sujeta Actea, y armó su arco con la mejor y más afilada de sus flechas; mientras tanto, su noble y poderoso enemigo avanzaba con lentitud y desconfianza, sin saber lo que esperaba de él, arrugando la cara y barriendo el suelo con la cola. Entonces los directores le lanzaron dardos embotados con banderolas de diferentes colores; pero el animal, impasible y grave, continuaba avanzando sin inquietarse por aquellas molestias, cuando de repente, enmedio de los dardos inofensivos, pasó una flecha bien aguda y fué á clavarse en una de sus costillas. Entonces se paró bruscamente con más asombro que dolor, y como si no pudiera comprender que hubiera un sér humano bastante atrevido para atacarle: dudaba aún acerca de su herida, pero no tardaron en brillar sus ojos, abrió las fauces, y desde lo profundo de sus pulmones, como desde una caverna, salió un rugido grave y prolongado, semejante al rumor del trueno; arrancó la flecha que le hería y la trituró entre sus dientes, dirigiendo en torno suyo una mirada que, á pesar de la verja que les protegía, hizo retroceder á los mismos espectadores, y buscó un objeto en que descargar su regia cólera. En aquel momento descubrió al corcel, que temblaba como si saliese del agua helada, aun cuando estuviese cubierto de sudor y espuma, y dejando de rugir, dió un grito corto, agudo y reiterado, y en seguida un salto que le puso á veinte pasos de la primera víctima que había escogido.

Entonces comenzó una segunda carrera, más maravillosa aún que la anterior; porque allí no podía la ciencia del hombre dirigir el instinto de los animales; la fuerza y la agilidad se encontraban frente á frente en toda su salvaje energía, y

los ojos de los doscientos mil espectadores se apartaron un instante de los dos cristianos para seguir en torno del anfiteatro aquella caza fantástica, tanto más agradable á la multitud, cuanto que era menos esperada: un segundo impulso había acercado el león al caballo, el cual, en el fondo del circo, no atreviéndose á huir ni á derecha ni á izquierda, saltó por encima de la cabeza de su enemigo, que se lanzó en persecución del primero con saltos desiguales, con las crines erizadas, y exhalando de cuando en cuando agudos rugidos, á los que el fugitivo respondía con relinchos de espanto: por tres veces vieron pasar como una sombra, como una aparición, como un corcel infernal escapado del carro de Plutón, al hijo de la Numidia, y cada vez, sin que el león pareciese hacer esfuerzos para seguirle, se le vió aproximarse al que perseguía, hasta que, al fin, estrechando paulatinamente el círculo, se puso á correr paralelamente con él; por último, el caballo, viendo que no podía escapar á su enemigo, se puso en dos pies ante la verja, golpeando convulsivamente el aire con las patas delanteras; entonces el león se acercó lentamente, como hace un vencedor seguro de su victoria, deteniéndose de cuando en cuando para rugir, sacudir su melena y remover alternativamente la arena del circo con cada una de sus garras. En cuanto al desgraciado corcel, fascinado como dicen que quedan los gamos y las gacelas á la vista de la serpiente, cayó al suelo y se revolcó en la agonía del terror: en aquel momento partió otra flecha del arco de Silas, y fué á sepultarse profundamente entre las costillas del león: él llegaba en ayuda del corcel y atraía hacia sí la cólera, de la que se había librado por un instante.

El león se volvió, porque empezaba á comprender que había en el circo un enemigo más terrible que el que acababa de vencer con sólo mirarle: entonces fue cuando se fijó en Silas, que colocaba una tercera flecha en la cuerda de su arco; se detuvo un instante enfrente del hombre, este otro rey de la creación. Este instante bastó al sirio para enviar á su enemi-

go un nuevo mensajero de dolor, que le atravesó la piel de la cara y fué á clavársele en el cuello; lo que pasó después fue rápido como una visión: el león se lanzó, saltó sobre el hombre, el cual lo recibió con su daga; después, el hombre y el león rodaron juntos; se vieron volar pedazos de carne, y los espectadores más cercanos se sintieron mojados por una lluvia de sangre. Actea dió un grito de adiós á su hermano: ya no tenía defensor; pero tampoco tenía ya enemigo: el león no sobrevivió al hombre sino el tiempo necesario para su venganza; la agonía del verdugo comenzaba cuando concluía la de la víctima: en cuanto al caballo, estaba muerto sin que el león le hubiera tocado.

Entraron los esclavos y se llevaron en medio de los gritos, de los aplausos frenéticos de la multitud, los cadáveres del hombre y de los animales.

Entonces todas las miradas se dirigieron á Actea, á la que la muerte de Silas dejaba sin defensa. Mientras vió vivo á su hermano, tuvo esperanzas; pero al verle caer, comprendió que todo estaba perdido, y trató de murmurar por el que había muerto y para la que iba á morir, oraciones que se extinguieron en sones inarticulados, sobre sus labios pálidos y silenciosos: por lo demás, contra la costumbre, tenía simpatías en aquella multitud, que en los rasgos de Actea reconocía á una griega, si bien al pronto la tomó por judía. Las mujeres, y especialmente las jóvenes, comenzaban á murmurar, y algunos espectadores se levantaban ya para pedir gracia, cuando en las gradas superiores se oyeron gritos de *¡sentarse! ¡sentarse!:* se había alzado una reja, y una tigre se deslizaba por la arena.

En cuanto salió de su jaula, se echó en el suelo y miró en derredor con ferocidad, pero sin inquietud y sin asombro; después aspiró el aire, y se puso á arrastrarse como una serpiente hacia el lugar en que había caído el caballo; al llegar allí olfateó á la presa ausente, y entonces llegaron hasta ella emanaciones de sangre aún tibia y de carne palpitante, por-

que los esclavos en esta ocasión no se habían cuidado de remover la arena; marchó en derechura al árbol contra el cual se había librado el combate entre Silas y el león, sin volverse á derecha é izquierda más que para recoger los trozos de carne que esparció en torno suyo el noble animal que le había precedido en el circo; por fin llegó á un charco de sangre que la arena no había absorbido aún, y se puso á beber como un perro sediento, rugiendo y animándose á medida que bebía; después, cuando hubo concluído, miró de nuevo en rededor con ojos brillantes, y entonces fue cuando se fijó en Actea, la cual, atada al árbol y con los ojos cerrados, esperaba á la muerte, sin atreverse á verla venir.

Entonces la tigre se arrastró de una manera oblícua hacia su víctima, pero sin perderla de vista; después, al llegar á diez pasos de ella, se irguió, y, con el cuello tendido y las narices abiertas, aspiró el aire; entonces, franqueando con un solo salto el espacio que la separaba aún de la joven cristiana, cayó á sus pies, y cuando todo el anfiteatro, al creer que iba á ser despedazada, prorrumpía en un grito de terror, en el que estallaba todo el interés que había inspirado la joven á aquellos espectadores que habían venido para celebrar su muerte, la tigre se acostó, dulce y mimosa como una gacela, exhalando rugidos de alegría y lamiendo los pies de su antigua ama; ante estas caricias inesperadas, Actea, sorprendida, abrió los ojos y reconoció á Febea, la favorita de Nerón.

Inmediatamente resonaron en todo el circo los gritos de *¡Gracia, gracia!*, porque la multitud tomó el reconocimiento entre la tigre y la joven por un prodigio; además, Actea había sufrido las tres pruebas requeridas, y puesto que estaba salvada, era libre; entonces el versátil ánimo de los espectadores pasó, por una de esas transiciones tan naturales en la multitud, de la extrema crueldad á la extrema clemencia. Los caballeros jóvenes arrojaron sus cadenas de oro, las mujeres sus coronas de flores. Todos se levantaron de las gradas, llamando á los esclavos para que vinieran á desatar á la víctima.

Ante estos gritos, Líbico, el negro guardián de Febea, entró y cortó con un puñal las ligaduras de la joven, que cayó en seguida de rodillas, porque aquellas ligaduras eran el único apoyo que mantenía en pie á su cuerpo, tronzado por el terror; pero Líbico la levantó, y, sosteniéndola al andar, la condujo, acompañada de Febea, que la seguía como un perro, hacia la puerta llamada *sana vivaria,* porque por aquella puerta, como ya lo hemos dicho, salían los gladiadores, los bestiarios y los condenados que se libraban de la carnicería; al otro lado de la puerta esperaba á Actea una multitud inmensa, porque los heraldos bajaron al circo y anunciaron la suspensión de los juegos, que no debían reanudarse hasta las cinco de la tarde; al ver á la griega, la multitud estalló en aplausos, y quiso llevarla en triunfo, pero Actea juntó las manos en ademán de súplica, y el pueblo se apartó ante ella, dejando paso franco; entonces llegó al templo de Diana y se sentó junto á una columna del pórtico, y allí permaneció llorando y desesperada, pues ya sentía no estar muerta, al verse sola en el mundo, sin padre, sin amante, sin protector y sin amigo, porque su padre había muerto para ella, su amante la había olvidado, y Pablo y Silas sucumbieron en el martirio.

Cuando llegó la noche se acordó que le quedaba una familia, y volvió á tomar, sola y silenciosa, el camino de las Catacumbas.

Por la tarde, á la hora anunciada, volvió á abrirse el anfiteatro: el Emperador ocupó de nuevo su puesto en el trono, que permaneció vacío una parte de la jornada, y las fiestas se reanudaron. Después, cuando avanzaron las sombras, Nerón recordó la promesa que hiciera al pueblo referente á ofrecerle una caza con antorchas. Ataron á doce postes de hierro doce cristianos impregnados de azufre y de resina y les prendieron fuego, mientras que hacían bajar al circo nuevos leones y nuevos gladiadores.

Al día siguiente corrió por Roma el rumor de que las cartas que había recibido el César durante el espectáculo, y que

parecieron causarle tan profunda impresión, anunciaban la rebelión de las legiones de España y de las Galias, mandadas por Galba y Vindex, respectivamente.

XVI

Tres meses después de los acontecimientos que acabamos de referir, al final de un día lluvioso y principio de una noche de tempestad, cinco hombres, que salieron por la puerta Nomentana, avanzaban á caballo por la vía del mismo nombre. El que marchaba delante, y al que, por lo tanto, se le podía considerar como el jefe del destacamento, iba descalzo, llevaba una túnica azul, y por encima de la túnica un gran manto de color sombrío; en cuanto á su rostro, fuese por resguardarle de la lluvia que azotaba con violencia, fuese por sustraerle á las miradas de los curiosos, lo llevaba cubierto completamente por un velo; porque aun cuando la noche fuese espantosa, como ya lo hemos dicho; aunque los relámpagos rasgaran las sombras, aunque el trueno retumbase sin interrupción, la tierra parecía de tal manera entregada á sus revoluciones, que habíase olvidado de las del cielo. En efecto: de la ciudad imperial salían grandes gritos semejantes á los rumores del Océano durante una tempestad, mientras que en el camino se encontraban, cada cien pasos, ya individuos solos, ya grupos de la clase del que acabamos de describir; y mientras que á los dos lados de las vías Alaria y Nomentana veíanse armadas las numerosas tiendas de los soldados pretorianos, que habían abandonado sus cuarteles, situados en el recinto de Roma, y habían venido á buscar fuera de los muros de la ciudad un campamento más libre y más difícil de ser sorprendido. Era, como ya hemos dicho, una de esas noches terribles en las que todas las cosas de la creación adquieren voz para quejarse, mientras que los hombres se sirven de la suya para blasfemar. Por lo demás, se hubiera dicho, á juzgar

por el terror que se retrataba en el jefe de la cabalgata, sobre la que hemos llamado la atención de nuestros lectores, que él era el blanco de la doble cólera de los hombres y de los dioses. En efecto: cuando salió de Roma pasó por los aires un soplo extraño, al mismo tiempo que los árboles se doblaban, la tierra se estremecía y los caballos caían relinchando, mientras que las casas esparcidas por el campo oscilaban violentamente sobre su base. La trepidación no había durado más que algunos segundos, pero corrió desde el extremo de los Apeninos hasta la falda de los Alpes, de tal manera, que la sacudida se sintió en toda Italia. Un instanse después, al atravesar el puente que cruzaba el Tiber, uno de los jinetes hizo observar á sus compañeros que el agua, en vez de bajar hacia el mar, subía en ebullición hacia sus puentes, lo que no se había visto más que el día en que Julio César fue asesinado. Por fin, al llegar á la cumbre de una colina, desde la que se descubre toda Roma, y en la que se erguía un ciprés tan antiguo como la ciudad misma, venerable y respetado, resonó un formidable trueno; pareció que se abría el cielo, y el rayo, envolviendo á los viajeros en una nube de azufre, fué á quebrar el secular árbol, respetado hasta entonces por el tiempo y las revoluciones.

Cada uno de estos siniestros presagios arrancó al hombre del velo un gemido sordo, y á pesar de las observaciones de uno de sus compañeros, avivó la marcha de su cabalgadura; de suerte que el destacamento siguió al trote por el centro de la vía; á media legua de la ciudad, poco más ó menos, se encontró con unos campesinos que, á pesar del mal tiempo, venían alegremente á Roma. Llevaban los trajes de fiesta y en la cabeza los gorros de libertos, para indicar que desde aquel día eran libres. El hombre velado quiso abandonar el empedrado y tomar á campo traviesa; pero su compañero cogió al caballo por las bridas y le obligó á continuar su camino. Cuando llegaron cerca de los campesinos, uno de éstos levantó su bastón para indicar el alto; los jinetes obedecieron.

—¿Venís de Roma?—preguntó el campesino.

—Sí—respondió el compañero del encubierto.

—¿Qué dicen de Enobarbo?

El encubierto se estremeció.

—Que se ha escapado—respondió uno de los jinetes.

—¿Y hacia qué lado?

—Hacia la parte de Nápoles: le han visto, según dicen, en la vía Apia.

—Gracias—replicaron los campesinos.—Y continuaron su marcha hacia Roma, gritando: ¡Viva Galba! ¡Muera Nerón!

Estos gritos despertaron otros en el llano, y por todas partes se oyeron las voces de los pretorianos, que dirigían al César las mayores imprecaciones.

Los jinetes continuaron su camino; un cuarto de legua más adelante, se encontraron con unos soldados.

—¿Quién sois?—preguntó uno de los soldados, cerrando el paso con su lanza.

—Partidarios de Galba, que buscan á Nerón—respondió uno de los caballeros.

—Entonces, que tengais mejor suerte que nosotros—replicó el centurión,—porque á nosotros se nos ha escapado.

—¿Cómo así?

—Sí, nos dijeron que debía pasar por este camino, y al ver á un hombre que iba al galope, creímos que era él...

—¿Y...?—preguntó temblando el encubierto.

—Y le matamos,—repuso el decurión;—cuando miramos el cadáver, nos dimos cuenta de que nos habíamos engañado. ¡Sed más felices que nosotros, y que Júpiter os proteja!

El encubierto quiso de nuevo poner su caballo al galope, pero sus compañeros le contuvieron. Continuó, pues, su camino; pero al cabo de quinientos pasos, poco más ó menos, su caballo tropezó con un cadáver, é hizo un movimiento tan brusco, que el velo que cubría el rostro al jinete, se levantó. En aquel momento pasaba un soldado pretoriano que volvía con licencia.

—¡Salve, César!—dijo el soldado.

Había reconocido á Nerón á la luz de un relámpago.

En efecto, era el mismo Nerón, que acababa de encontrarse con el cadáver de aquél con quien le confundieran; Nerón, para quien en aquellos momentos todo era motivo de espanto, hasta la señal de respeto que le daba un veterano; Nerón, que caído del poder por uno de esos inauditos reveses de la fortuna, de que hay varios ejemplos en la historia de aquella época, veíase á su vez fugitivo y proscripto, huyendo de la muerte, que no tenía el valor de darse, ni de recibirla.

Echemos ahora una ojeada retrospectiva, y veamos por qué serie de acontecimientos veíase el amo del mundo reducido á tal extremo.

Al mismo tiempo que el Emperador entraba en el circo, donde era saludado con los gritos de ¡Viva Nerón el Olímpico! ¡Viva Nerón Hércules! ¡Viva Nerón Apolo! ¡Viva Augusto, vencedor de todos sus rivales! ¡Gloria á su divina voz! ¡Dichosos los que han escuchado sus acentos celestes!, un correo que venía de las Galias franqueaba al galope de su caballo, bañado en sudor, la puerta Flaminiana, atravesaba el campo de Marte, pasaba bajo el arco de Claudio, cruzaba ante el Capitolio, entraba en el circo y entregaba á la guardia que vigilaba el palco del Emperador, las cartas que traía desde tan lejos y con tanta prisa. Tales cartas fueron, como ya lo hemos dicho, las que obligaron al César á salir del circo; y, en efecto, eran de una importancia, que explicaba la repentina desaparición del Emperador.

Anunciaban la rebelión de los galos.

Hay épocas en la historia del mundo en que se ve á un imperio que parecía dormido con un sueño de muerte, estremecerse de pronto, como si por primera vez descendiera del cielo el genio de la libertad para iluminar su sueño; en tales casos, cualquiera que sea la extensión del país, la conmoción eléctrica que le hizo estremecerse, se extiende de Norte á Sur y de Este á Oeste, y recorre distancias increíbles para desper-

tar á pueblos que no tienen ninguna relación entre sí, pero que, llegados todos al mismo grado de servidumbre, experimentan la misma necesidad de emancipación; entonces, como si algún relámpago les hubiera transmitido la consigna de la tempestad, se oyen los mismos gritos repercutir en veinte puntos diferentes; todos piden lo mismo en lenguas distintas, es decir, que termine lo existente. ¿Será mejor el porvenir que el presente? Nadie lo sabe y poco importa; pero el presente es tan insoportable, que es preciso por de pronto desembarazarse de él, y después se transigirá con el porvenir.

El Imperio romano había llegado á ese período, hasta en sus límites más apartados. En la Germania inferior, Touteyo Capitón; en las Galias, Vindex; en España, Galba; en Lusitania, Oton; en África, Claudio Marcelo, y en Siria, Vespasiano, formaban con sus legiones un medio círculo amenazador, que no esperaba más que una señal para estrecharse sobre la capital. Solamente Virginio, en la Germania superior, estaba decidido, sucediera lo que sucediese, á mantenerse fiel, no á Nerón, sino á la patria. No faltaba, pues, más que una chispa para que estallase el incendio. Y fue Julio Vindex quien la hizo saltar.

Este pretor, oriundo de Aquitania, descendiente de una raza real, hombre de corazón y de cerebro, comprendió que había llegado la hora en que debía extinguirse la familia de los Césares. Sin ambiciones personales, dirigió una mirada en torno de él, á fin de encontrar el hombre elegido de antemano por la simpatía general. A su derecha, al otro lado de los Pirineos, estaba Sulpicio Galba, á quien sus victorias en África y en Germania le habían hecho á la vez poderoso entre el pueblo y el ejército. Sulpicio Galba odiaba al Emperador, que por miedo le arrancó de su casa de Fondi para enviarle á España como desterrado más bien que como pretor. Sulpicio Galba estaba designado de antemano, y desde hacía mucho tiempo, por las tradiciones populares y por los oráculos divinos para llevar la corona; era el hombre que convenía, bajo

todos conceptos, para ponerle al frente de una revolución. Vindex le envió secretamente cartas que contenían todo el plan de la empresa, que le prometían, á falta del concurso de las legiones, el apoyo de cien mil galos, y en las que le suplicaba que, si no quería tomar parte en la caída de Nerón, no rehusara por lo menos la dignidad suprema, que él no había buscado, pero que se le ofrecía.

En cuanto á Galba, su carácter sombrío é irresoluto se manifestó también en esta ocasión: recibió las cartas, las quemó, para destruir toda prueba, pero las guardó enteras en su memoria.

Vindex comprendió que Galba quería ser empujado; no había aceptado la alianza, pero no traicionó al que se la ofrecía: el silencio era un consentimiento.

El momento era favorable: dos veces al año se reunían los galos en Asamblea general; las sesiones se celebraban en Clarmont; Vindex entró en la sala de las deliberaciones.

Enmedio de la civilización, del lujo y de la corrupción romana, Vindex continuó siendo el galo de los antiguos tiempos; unía á la resolución fría é inquebrantable de los hombres del Norte la palabra atrevida y animada de los del Mediodía.

—Deliberais acerca de los asuntos de la Galia—dijo;—buscais alrededor de vosotros la causa de nuestros males: la causa está en Roma, el culpable es Enobarbo; él es quien, unos tras otros, ha destruído todos nuestros derechos; quien ha reducido á la miseria á nuestras más ricas provincias; quien ha vestido de luto á nuestras más nobles casas; y ahí le tenéis que, por ser el último de su raza, por ser el único que queda de la familia de los Césares, no teme rivales ni vengadores; ahí le tenéis, soltando las riendas á sus furores como lo hace á sus corceles, y que se deja arrastrar por sus pasiones, aplastando la cabeza de Roma y los miembros de las provincias bajo las ruedas de su carro. Yo le he visto—añadió,—sí, yo mismo le he visto, á ese atleta y cantante imperial y coronado, borracho y hasta indigno de la gloria de un gladiador y de un histrión. ¿Por qué,

pues, darle los títulos de César, de Príncipe y de Augusto, títulos que merecieron el divino Augusto por sus virtudes, el divino Tiberio por su genio, el divino Claudio por sus beneficios? A él, á ese infame Enobarbo, hay que darle los nombres de Edipo, de Orestes, puesto que se vanagloría de llevar los nombres de incestuoso y de parricida. En otro tiempo, nuestros antepasados, guiados únicamente por la necesidad de cambiar y el deseo del botín, tomaron á Roma por asalto. En esta ocasión, seguiremos las huellas de nuestros antepasados por un motivo más noble y más digno; esta vez, en el platillo de la balanza, en lugar de la espada de nuestro viejo Brenn, arrojaremos la libertad del mundo, y en ésta llevaremos á los vencidos, no la desgracia, sino la felicidad.

Vindex era arrojado, y sabían que las palabras que salían de sus labios no eran palabras vanas. Así fue que acogieron su discurso con estruendosas aclamaciones, grandes gritos y prolongados aplausos; cada jefe de los galos sacó su espada, juró por ella estar de regreso dentro de un mes, con un acompañamiento proporcionado á su rango y á su fortuna, y se retiraron á la ciudad. Esta vez la careta estaba quitada, y el acero desenvainado. Vindex volvió á escribir á Galba.

Desde su llegada á España, Galba procuró granjearse la popularidad. Jamás se prestó á las violencias de los procuradores, y no pudiendo impedir sus exacciones, compadecía en alta voz á las víctimas. Jamás hablaba mal de Nerón, pero dejaba que circulasen libremente versos satíricos y epigramas ofensivos contra el Emperador. Todos cuantos le rodeaban habían adivinado sus proyectos, pero no se los confió á nadie. El día en que recibió el Mensaje de Vindex, dió una gran comida á sus amigos, y al final, después de anunciarles la rebelión de los galos, les comunicó los partes, sin acompañarlos de ningún comentario, dejándoles en libertad con su silencio para que aprobaran ó reprobasen el ofrecimiento que se le hacía. Sus amigos permanecían mudos é irresolutos después de la lectura· pero uno de ellos, llamado Tito Venio, más determinado que

los otros, se dirigió á Galba, y mirándole fijamente, dijo:

—Galba, deliberar acerca de si hemos de ser fieles á Nerón, es serle ya infieles; es preciso ó aceptar la unión con Vindex, como si Nerón fuese ya nuestro enemigo, ó acusarle inmediatamente, ó declararle la guerra. ¿Y por qué? Porque quiere que los romanos os tengan por Emperador, mejor que á Nerón por tirano.

—Nos reuniremos, si os parece bien—respondió Galba, como si no hubiera oído nada,— el 5 del mes próximo en Cartagonova, á fin de dar libertad á algunos esclavos.

Los amigos de Galba aceptaron la cita, y por si acaso esparcieron el rumor de que aquella reunión tenía por objeto decidir acerca de los destinos del Imperio.

En el día dicho, todo lo que España contaba de ilustre en extranjeros y en indígenas, estaba congregado en el lugar de la cita; todos venían con un mismo fin, animados por un mismo deseo, persiguiendo la misma venganza. Galba subió al tribunal, é inmediatamente, con absoluta unanimidad, todas las voces le proclamaron Emperador.

XVII

Esto era lo que contenían las cartas que Nerón había recibido, y tales eran las nuevas que hasta él llegaron; al mismo tiempo le dijeron que las proclamas de Vindex habían sido distribuídas con profusión, y que algunas habían llegado ya á Roma; no tardó en caer una entre sus manos. En ella se le prodigaban los epítetos de incestuoso, de parricida y de tirano, y sin embargo, lo que más le irritó y mortificó fue el que le llamaran Enobarbo y le tratasen de mal cantor; éstos eran ultrajes de los que era preciso que el Senado le vengase, y escribió al Senado. Para rechazar la acusación de inhábil en su arte, y vengar el nombre de sus antepasados, prometió un mi-

llón de sextercios al que matara á Vindex, y hecho esto, volvió á caer en su indiferencia y apatía.

Mientras tanto, la rebelión hacía progresos en España y en las Galias; Galba se había creado una guardia de orden ecuestre y había establecido una especie de Senado. En cuanto á Vindex, á quien le dijeron que su cabeza estaba puesta á precio, respondió que la dejaría coger á quien le trajera la de Nerón.

Pero entre todos aquellos generales, todos aquellos prefectos, todos aquellos pretores, devotos de la nueva fortuna, uno solo permaneció leal, no por cariño á Nerón, sino porque, viendo en Vindex á un extranjero, y conociendo á Galba por su espíritu débil é irresoluto, temió que Roma, por desgraciada que fuese, no tuviera que sufrir con el cambio: marchó, pues, hacia las Galias con sus legiones para librar al Imperio de la vergüenza de obedecer á uno de sus antiguos vencedores.

Los jefes galos habían cumplido sus juramentos, y al frente de los tres pueblos más poderosos de la Galia se reunieron en torno de Vindex: á su vez, los vieneses vinieron á reunirse con ellos, pero éstos no por amor á la patria como los otros, ó por el deseo de libertad; venían por odio á los leoneses, que permanecían fieles á Nerón. Virginio, por su parte, tenía á su lado las legiones de Germania, los auxiliares belgas y la caballería batavia; los dos ejércitos avanzaron á encontrarse. Y el último, habiendo llegado delante de Besanzón, que estaba por Galba, estableció el sitio; pero apenas se habían tomado las necesarias disposiciones para el bloqueo, cuando otro ejército apareció en el horizonte: era el de Vindex.

Los galos continuaron avanzando hacia los romanos que les esperaban, y al hallarse á tres distancias del alcance de las flechas, se detuvieron para tomar sus disposiciones de batalla; pero en aquel momento salió de las filas de Vindex un parlamentario, y se dirigió hacia el ejército de Virginio: un cuarto de hora después avanzó la guardia de los dos jefes y se levan-

tó una tienda entre los dos ejércitos: Vindex y Virginio entraron en la tienda.

Nadie asistió á la entrevista; sin embargo, en opinión de los historiadores, resultó que Vindex, habiendo desarrollado sus planes ante su enemigo, y habiéndole probado que obraba, no por cuenta propia, sino en favor de Galba, Virginio, que vió en aquella revolución el bien de la patria, se unió con el que había venido á combatir: los dos jefes iban, pues, á separarse para volverse á reunir pronto y marchar de concierto contra Roma, cuando se oyeron grandes gritos en el ala derecha del ejército. Una centuria había salido de Besanzón para comunicar con los galos, y como estos últimos hicieran un movimiento para unirse con ella, los soldados de Virginio se creyeron atacados, y no escuchando más que al primer movimiento, marcharon al encuentro de los otros: esta era la causa de los gritos que oyeron los dos jefes, los cuales se precipitaron cada cual á su bando, suplicando á sus soldados que se detuvieran; pero sus ruegos fueron sofocados por los clamores que lanzaban los galos; sus ademanes fueron interpretados como signos para animarles: uno de esos extraños vértigos que se apodera á veces de un ejército, como de un hombre, se había apoderado de toda aquella muchedumbre; y entonces se vió un espectáculo atroz: los soldados sin jefes, sin orden de batalla, impulsados por un instinto de muerte, sostenidos por el odio antiguo de los vencidos contra los vencedores, de los pueblos conquistadores contra los pueblos conquistados, se lanzaron unos sobre otros, cuerpo á cuerpo, como leones y tigres en un circo. En dos horas de combate, los galos perdieron veinte mil hombres, y las legiones germanas y batavias diez y seis mil: era el tiempo físico que se necesitaba para aquella mortandad. Por fin los galos retrocedieron, pero con la llegada de la noche los dos ejércitos se mantuvieron á la espectativa: sin embargo, esta primera derrota había abatido el ardor de los rebeldes; aprovecharon la noche para retirarse: en el lugar en que las legiones germanas creían encontrarlos

al día siguiente, no quedaba más que una tienda, y bajo la tienda el cuerpo de Vindex, que, desesperado porque la casualidad hubiera hecho perder á la libertad sus más gratas esperanzas, se arrojó sobre su espada, á la que juzgaba inútil, y se traspasó el corazón. Los primeros que entraron en la tienda hirieron el cadáver y dijeron que lo habían matado; pero en el acto de la distribución de la recompensa que Virginio les concediera por tal acción, uno de ellos, que tenía motivos para quejarse por la parte que se le adjudicaba, lo denunció todo y se supo la verdad.

Hacia la misma época ocurrían en España acontecimientos no menos favorables para el Emperador; uno de los escuadrones que se habían sublevado se arrepintió de haber quebrantado el juramento de fidelidad, quiso abandonar la causa de Galba, y costó no poco trabajo reducirle al orden, de suerte que Galba, el día mismo en que se suicidó Vindex, estuvo á punto de ser asesinado en una calle estrecha, al dirigirse al baño, por unos esclavos que le había dado en otro tiempo un liberto de Nerón. Estaba afectado aún por aquel doble peligro, cuando supo la derrota de los galos y la muerte de Vindex; entonces lo creyó todo perdido, y, en vez de entregarse á la audaz fortuna, escuchó los consejos de su carácter tímido y se retiró á Clunia, ciudad fortificada, ocupándose en seguida en aumentar la defensa; pero casi inmediatamente vinieron á devolver á Galba el valor perdido presagios que no se prestaban á engaño. Al primer golpe del azadón, dado para trazar una nueva línea en torno de la ciudad, un soldado encontró un anillo de un trabajo antiguo y precioso, cuya piedra representaba una victoria y un trofeo. Este feliz hallazgo le proporcionó un sueño más tranquilo de lo que esperaba, y durante el sueño vió una estatuita de la Fortuna, de la altura de un codo, y á la cual tributaba un culto particular en su casa de Fondi, haciéndole un sacrificio al mes y una vigilia anual. La estatuita abrió la puerta de su habitación, y le dijo que, fatigada de esperar en el umbral, seguiría al fin á otro,

si no se apresuraba á recibirla. Después, cuando se levantó, complacido por aquellos dos augurios, le anunciaron que un navío cargado de armas, sin pasajeros, marineros ni pilotos, acababa de abordar á Dartosa, ciudad situada sobre el Ebro, y desde entonces tuvo á su causa por justa y por ganada, porque era visible que agradaba á los dioses.

En cuanto á Nerón, había considerado al principio aquellas noticias como de poca importancia, y hasta se había alegrado de ellas, porque veía, bajo pretexto de la guerra, el medio de levantar un nuevo impuesto; se había contentado, pues, como ya lo hemos dicho, con enviar al Senado las proclamas de Vindex, pidiendo justicia contra el hombre que le llamaba mal tocador de cítara. Después convocó por la noche á los principales ciudadanos. Estos se apresuraron á acudir á la cita, pensando que la reunión tendría por objeto celebrar un consejo; pero Nerón se limitó en enseñarles uno por uno, y discurriendo acerca del empleo y del mérito de cada pieza, unos instrumentos de música hidráulica de una nueva especie, y todo lo que se le ocurrió decir acerca de la revolución de Galia fue que haría llevar todos aquellos instrumentos al teatro, si Vindex no se lo impedía.

Al día siguiente llegaron nuevas cartas, que anunciaban que el número de los galos sublevados se elevaba á cien mil, y Nerón pensó por fin que se necesitaba hacer algunos preparativos guerreros. Entonces ordenó algunos, tan extraños como insensatos. Hizo llevar á palacio y al teatro unos vehículos, los cargó con instrumentos de música, en vez de instrumentos de guerra, y citó á las tribus urbanas para recibir los juramentos militares; pero al ver que no respondía ninguno de los que estaban en disposición de coger las armas, exigió de los amos un cierto número de esclavos, y recorrió él mismo las casas, para elegir los más fuertes y los más robustos, llevándose hasta los ecónomos y los secretarios; por fin reunió cuatrocientas cortesanas, á las que hizo cortar los cabellos; las armó con el hacha y el escudo de las amazonas, y

las destinó á que reemplazasen cerca de él á la guardia cesariana. Por último, al salir del comedor, después de su comida, apoyado en los hombros de Esporo y de Faón, dijo á los que esperaban para verle, y que se mostraban inquietos, que se tranquilizasen, en vista de que en cuanto pisara el suelo de la provincia y mostrara á los galos, sin armas, no tendría que hacer más sino derramar algunas lágrimas, para que inmediatamente se arrepintieran los sediciosos, á los cuales se les vería al día siguiente alegres, entre los alegres, entonar un himno de victoria que iba á componer al punto.

Algunos días después llegó un nuevo correo de las Galias, el cual en esta ocasión traía noticias favorables: el encuentro de las legiones romanas y galas, la derrota de los rebeldes y la muerte de Vindex. Nerón lanzó exclamaciones de alegría, corrió como un loco por las habitaciones y jardines de palacio, ordenó que se celebrasen fiestas y regocijos, anunció que cantaría por la noche en el teatro é invitó á los principales de la ciudad á una gran cena para el día siguiente.

Efectivamente, por la tarde se dirigió Nerón al Gimnasio; pero en Roma reinaba una efervescencia extraña: al pasar ante una de sus estatuas, vió que la habían cubierto con un saco. Ahora bien; en un saco es donde encerraban á los parricidas para arrojarlos al Tiber con un mono, un gato y una víbora. Algo más adelante habían escrito en la base de una columna las siguientes palabras: «Nerón ha cantado tanto, que ha despertado á los gallos (1). Un rico patricio, propietario, disputaba, ó hacía que disputaba, tan en voz alta con sus esclavos, que Nerón se informó de lo que pasaba: le dijeron que como los esclavos de aquel hombre merecían una corrección, reclamaba un Vindex (2).

El espectáculo comenzó por una farsa representada por el

(1) *Galli,* que quiere decir *gallos* y *galos.*

(2) Vengador. Todos estos juegos de palabras, bastante obscuros para nosotros, debían ser muy claros para Nerón.

actor Eato; el papel que desempeñaba comenzaba por estas palabras: «Salud á mi padre; salud á mi madre.» En el momento de pronunciarlas se volvió hacia Nerón, é imitó, al decir salud á mi padre, la acción de beber, y al decir salud á mi madre, la acción de nadar. Esta ocurrencia fue acogida con unánimes aplausos, porque todos comprendieron que era una alusión á la muerte de Claudio y á la de Agripina; en cuanto á Nerón, se echó á reir y aplaudió como los demás, ya porque fuera insensible á toda clase de vergüenzas, ya ante el temor de que su cólera no excitase aún más las burlas, ó le indispusiera con el público.

Cuando le llegó la vez, abandonó su palco y entró en el teatro; mientras se vestía para salir á escena, corrió por la sala entre los espectadores una extraña noticia. Los laureles de Livia se habían secado, y todas las gallinas habían muerto. He aquí cómo habían sido plantados aquellos laureles y porqué se consideraba sagradas á tales pulgas:

En la época en que Livia Drusila, que por su matrimonio con Octavio recibió el nombre de Augusta, era la prometida del César, en ocasión de hallarse sentada en su casa de Veyes, un águila que se cernía por los aires dejó caer en las rodillas de Livia una gallina blanca, que, no solamente no tenía heridas, sino que parecía no estar asustada. Livia, asombrada, miraba y acariciaba al ave, cuando notó que la gallina tenía en el pico una rama de laurel. Entonces consultó á los augures, los cuales ordenaron que plantase el laurel para obtener vástagos, y que se cuidara á la gallina para que diera descendencia. Livia obedeció. Se eligió para tal experiencia, que salió mejor de cuanto se podía esperar, una casa de campo de los Césares, situada en la vía Flaminia, cerca del Tiber, á nueve millas de Roma. Nació tal cantidad de pollos, que la tierra tomó el nombre de *ad Gallinas,* y se multiplicó de tal manera, que el laurel no tardó en ser el centro de un bosque. Ahora bien; el bosque se había secado hasta en sus raíces, y todas las aves habían muerto.

Entonces el Emperador salió á escena, pero en vano avanzó humildemente hacia la orquesta, según su costumbre, y dirigió una respetuosa alocución á los espectadores, diciéndoles que haría cuanto pudiera hacer, pero que el resultado no dependía de él; no se oyó un aplauso para darle ánimo. No por eso dejó de empezar, pero intimidado y temblando. Todo su papel fue escuchado en el mayor silencio, sin signo de aprobación; después, al llegar al verso:

«¡Mi mujer, mi madre y mi padre, reclaman mi muerte!»,

estallaron por primera vez los aplausos y las exclamaciones; pero no había que engañarse en cuanto á lo que significaban. Nerón comprendió el verdadero sentido, y abandonó rápidamente el teatro; pero al bajar la escalera se enredó en su túnica, demasiado larga, cayó y se lastimó: le recogieron desvanecido.

Al volver á palacio y recobrar el sentido, se encerró en su gabinete, lleno de terror y cólera. Entonces sacó sus tabletas y escribió en ellas proyectos extraños que no tenían necesidad más que de una firma para convertirse en órdenes mortales. Tales proyectos eran abandonar las Galias al saqueo de los ejércitos, envenenar á todo el Senado invitándole á un festín, quemar la ciudad y soltar al mismo tiempo todas las fieras, á fin de que aquel pueblo ingrato que no le había aplaudido sino para presagiarle la muerte, no pudiera librarse de los estragos del fuego. Después, tranquilizado acerca de su poder por la convicción del mal que aún podía hacer, se arrojó en el lecho, y como los dioses querían enviarle nuevos presagios, permitieron que se durmiera.

Entonces, el que jamás soñaba, soñó que se encontraba perdido, durante una tempestad, sobre el mar furioso, y que le arrancaban de las manos el timón de la nave que dirigía; después, por una de esas transiciones incoherentes, se encontró de repente cerca del teatro de Pompeyo, y las catorce estatuas esculpidas por Coponio, y que representaban las nacio-

nes, descendían de su pedestal, y mientras que la que se encontraba cerca de él le cerraba el paso, las otras formaban círculo y se acercaban gradualmente, hasta que se encontró encerrado entre sus brazos de mármol. Con gran trabajo consiguió librarse de aquellos fantasmas de piedra, y corría, pálido, jadeante y sin voz por el Campo de Marte, cuando al pasar ante el mausoleo de Augusto se abrieron por sí mismas las puertas de la tumba y de ella salió una voz que le llamó por tres veces. Este último sueño hizo que se despertase temblando, con los cabellos erizados y la frente bañada de sudor. Entonces llamó, dió orden de que le trajeran á Esporo, y el joven permaneció en la habitación el resto de la noche.

Con el día se desvanecieron los terrores nocturnos, pero le quedó un temor vago que le hacía estremecer á cada momento. Entonces mandó llamar al correo que había traído el parte que anunciaba la muerte de Vindex. Era un caballero batavio que había venido de Germania con Virginio y había asistido á la batalla. Nerón le hizo repetir varias veces todos los detalles del combate, y sobre todo los de la muerte de Vindex. Por fin se tranquilizó cuando el guerrero le juró por Júpiter que había visto con sus propios ojos el cadáver acribillado á heridas y amortajado. Entonces Nerón entregó al correo una suma de cien mil sextercios y le regaló su anillo de oro.

Llegó la hora de la comida: los convidados imperiales se reunieron en el Palatino; antes de la comida Nerón, como de costumbre, les hizo pasar á la sala de baños, y al salir les presentaron los esclavos togas blancas y coronas de flores. Nerón les esperaba en el triclinio vestido de blanco como ellos, con la cabeza coronada, y se echaron en los lechos á los sones de una música deliciosa.

La comida fue servida con todo el refinamiento y todo el lujo de los festines romanos: cada convidado tenía un esclavo echado á sus pies para prevenir sus menores caprichos, un parásito comía en una mesita aislada que se le había abandonado por completo como una víctima, mientras que en el fondo,

sobre una especie de escenario, unas bailarinas gaditanas parecían, por su gracia y su ligereza, esas divinidades primaverales que en el mes de Mayo acompañan á Flora y Céfiro en la visita de su reino.

A medida que avanzaba el festín y se animaban los convidados, el espectáculo cambió de carácter, y de voluptuoso se hizo lascivo. Por fin, las funámbulas sucedieron á las bailarinas, y empezaron esos juegos inauditos que la Regencia renovó, según dicen, y que fueron inventados para despertar los sentidos mortecinos del viejo Tiberio. Al mismo tiempo, Nerón cogió una cítara y se puso á recitar versos, en los que se ridiculizaba á Vindex; acompañaba el canto con ademanes burlescos; y gestos y cantos eran frenéticamente aplaudidos por los convidados, cuando llegó un nuevo mensajero con cartas de España. Estas cartas anunciaban á la vez la rebelión y la proclamación de Galba.

Nerón releyó varias veces las cartas, palideciendo cada vez más; entonces cogió dos vasos que apreciaba mucho, y á los que llamaba homéricos, porque representaban asuntos tomados de la Ilíada, y los rompió como si hubieran sido de barro; en seguida se dejó caer, desgarró sus vestiduras, se golpeó violentamente el cráneo contra los lechos del festín, diciendo que sufría desgracias inauditas y desconocidas, puesto que perdía el Imperio en vida; al oir estos gritos entró su nodriza Euglogia, le cogió en los brazos como á un niño y trató de consolarle; pero, también como un niño, su dolor aumentó con los consuelos que le prodigaban; pronto la cólera sucedió á la aflicción. Se hizo traer un papiro para escribir al jefe de los pretorianos, y, una vez firmada la orden, fué á coger su sortija para poner el sello; pero como, según ya lo hemos dicho, se la había dado por la mañana al caballero batavio, pidió el sello á Esporo; lo apoyó sobre la cera sin mirarla, pero al levantarlo observó que el anillo representaba la bajada de Proserpina á los infiernos. Este último presagio, y en tal momento, le pareció el más terrible de todos; y fuera que sospechara

que Esporo le había presentado aquella sortija con intención, fuese que en su locura no reconociera á sus amigos más queridos, cuando Esporo se le acercó para informarse de la causa de aquel nuevo acceso, le dió un puñetazo en medio del rostro, y el joven, ensangrentado y desvanecido, fué á rodar entre los restos del festín.

En seguida el Emperador, sin despedirse de sus convidados, subió á su habitación y ordenó que llamaran á Locusta.

XVIII

Esta vez, el Emperador recurría para sí mismo á la ciencia de su antigua amiga. Pasaron juntos la noche entera, y en su presencia, la maga compuso un sutil veneno que combinara tres días antes, y cuyo ensayo había hecho la víspera. Nerón lo encerró en una cajita de oro, y lo escondió en un mueble que le dió Esporo, y cuyo secreto no conocían más que el esclavo y él.

Sin embargo, la noticia de la sublevación de Galba habíase esparcido con extraordinaria rapidez. Esta vez no se trataba de una amenaza lejana, de una empresa desesperada como la de Vindex. Era el ataque poderoso y directo de un patricio, cuya raza, siempre popular en Roma, era á la vez ilustre y antigua, y que llevaba en sus estatuas el título de nieto de Quinto Cátulo Capitolino, es decir, del magistrado que pasó por el primero de su tiempo por su valor y su virtud.

A estas buenas disposiciones hacia Galba se unían nuevos lazos contra Nerón; preocupado con sus fiestas, sus carreras y sus cantos, las órdenes ordinarias que de él emanaban habían sido descuidadas; de suerte que la Armada que debía traer el trigo de Sicilia y Alejandría, no había partido hasta la época en que debía estar de vuelta; resultó de aquí que la carestía de los granos llegó á ser excesiva en poco tiempo, viniendo como consecuencia el hambre, y Roma, exhausta, acudía en tropel

á las orillas del Tiber á la llegada de toda nave que llegaba del puerto de Ostia; ahora bien, la mañana del día siguiente á la noche en que Nerón pasó con Locusta, y al que llegaron las noticias de la sublevación de Galba, el pueblo, descontento y hambriento, estaba congregado en el Foro cuando fue señalada una embarcación. Todo el mundo corrió al puerto de Elío, creyendo que la nave era la vanguardia de la armada de las provisiones, y todos saltaron á bordo con gritos de alegría. La nave traía arena de Alejandría para los luchadores de la corte; los murmullos y las imprecaciones estallaron en alta voz.

Entre los descontentos se distinguió un hombre; era un liberto de Galba, llamado Icelo. La víspera, por la tarde, había sido detenido; pero durante la noche, entraron en la prisión unos cien hombres armados y los pusieron en libertad. Reaparecía, pues, enmedio del pueblo con la aureola de su prisión, y aprovechando aquella circunstancia, excitaba á los presentes á una franca rebelión; pero éstos vacilaban aún, por ese resto de obediencia á lo existente, cuando un hombre joven pasó cerca de Icelo y le entregó una hoja arrancada de una tableta; contenía el proyecto que por la noche concibió el Emperador en unión de Esporo, referente á incendiar á Roma por segunda vez y soltar las fieras durante el incendio. Icelo lo leyó en alta voz, y el prefecto del Pretorio, Ninfidio Sabino, declaró que conocía perfectamente la letra del Emperador.

En aquel momento pasaron varios senadores en desorden y sin manto; se dirigían al Capitolio, convocados por el jefe del Senado, á cuyas manos había ido á parar un escrito semejante al que leía Icelo, en el que se consignaba además el proyecto del Emperador, de envenenar de una vez á todos los senadores: tras éstos corrió el pueblo hacia el foro, y mientras esperaba las deliberaciones de los senadores, derribó las estatuas de Nerón, no atreviéndose todavía á atacarle á él directamente. Desde lo alto de la terraza del Palatino, el Emperador vió los ultrajes que infringían á sus efigies; entonces se vistió de

negro para bajar hacia el pueblo y presentarse ante él en actitud suplicante; pero en el momento en que iba á salir, los gritos de la multitud resonaron con tal expresión de amenaza y de rabia, que volvió á entrar precipitadamente en palacio, y por una puerta secreta huyó á los jardines de Servilio. Una vez que se vió en salvo, mandó á Faón á verse con el jefe de los pretorianos.

Pero el agente de Galba se había adelantado al agente de Nerón. Sabino acababa de prometer en nombre del nuevo Emperador, siete mil quinientos dracmas por individuo, y á cada uno de los soldados que estuvieran en las provincias, mil doscientos cincuenta dracmas. El jefe de los pretorianos respondió, pues, á Faón, que lo más que podía hacer era dar por la misma suma la preferencia á Nerón. Faón transmitió esta respuesta al Emperador; pero la suma pedida se elevaba á doscientos ochenta y cinco millones, ciento sesenta y dos mil trescientos francos de nuestra moneda, y el tesoro estaba agotado por prodigalidades insensatas; de suerte que el Emperador no poseía ni la vigésima parte de aquella suma. Sin embargo, Nerón no se desesperaba; se acercaba la noche, y con la ayuda de sus antiguos amigos, podía ir, merced á las tinieblas, á implorar su apoyo, y tal vez conseguiría reunir la suma.

Nerón, á pesar de la agitación de la ciudad, se decidió, pues, á salir de los jardines de Servilio, disfrazado de hombre del pueblo. Pero por más que se humilló de casa en casa, arrodillándose en todas las puertas é implorando como un mendigo la limosna con la que podía rescatar su vida, los corazones permanecieron insensibles y las puertas cerradas.

Nerón, una vez que comprendió que no había de lograr nada, y temiendo la creciente efervescencia de la ciudad, volvió á palacio; pero al llegar á su habitación, lanzó un grito de sorpresa.

Durante su ausencia, los guardias del Palatino se habían fugado, llevándose cuanto encontraron á mano. Nerón corrió al cofrecillo en el que guardó el veneno de Locusta; pero la

cajita de oro había desaparecido, y con ella el último recurso contra la vergüenza de una muerte pública é infame. Entonces, sintiéndose desfallecer ante el peligro, se echó al suelo y comenzó á pedir socorro con grandes gritos. Acudieron tres personas: Esporo, Epafrodita, su secretario, y Faón, su liberto. A su vista, Nerón se levantó sobre una rodilla y les miró con ansiedad; después, al leer en sus rostros, tristes y abatidos, que no había esperanza, ordenó á Epafrodita que fuera á buscar al gladiador Espicolo ó á cualquier otro, para que viniera á darle muerte. Faón le ofreció su casa de campo, situada á cuatro millas de Roma, en vista de que ningún gladiador querría venir, y Nerón se agarró á aquella última esperanza y aceptó. Trajeron caballos, y Nerón, con el rostro tapado, salió con sus acompañantes, y tal le hemos encontrado cuando el saludo del soldado hizo que su terror llegase al límite.

Llegaron á la casa de campo de Faón, situada donde está hoy la Serpentara. Aquel lugar, oculto tras el monte Sacro, podía ofrecer á Nerón un refugio provisional, ó por lo menos, el tiempo necesario para decidirse á morir si desaparecía toda esperanza.....

. . . . . .

—¿De quién es esa carta?—preguntó Nerón, sin hacer ningún movimiento para tomarla.

—De Faón—respondió Esporo, que había entrado con un pergamino, sonriendo de una manera especial.

—¿Y qué dice?

—Que el Senado te ha declarado enemigo de la patria, y que te busca para conducirte al suplicio.

—¡Al suplicio!—exclamó Nerón.—¡A mí, á mí! ¡A Claudio César!

—Ya no eres Claudio César—respondió fríamente el eunuco, —eres Domicio Enobarbo nada más, declarado traidor á la patria y condenado á muerte.

—¿Y cuál es el suplicio de los traidores?

—Les despojan de sus vestiduras, les ponen un yugo al cue-

llo y les pasean por los foros, por los mercados y por el Campo de Marte; después los azotan hasta que mueren.

—¡Oh!—exclamó Nerón.—Aún puedo huir.

—Huir — repuso Esporo, siempre con frialdad y pálido. — ¿Cómo? Aquí te encuentras encerrado.

—¿Por quién?

—Por mí y los libertos.

—¿Y por qué lo hacéis?

—Para que mueras— repuso Esporo con una expresión de odio, de la que no se le hubiera juzgado capaz.

—¡Morir, morir!— dijo Nerón.— ¡Morir! Todo el mundo quiere que muera. Todo el mundo me abandona.

—Sí; todo el mundo quiere que mueras, pero no todo el mundo te abandona, puesto que yo vengo á morir contigo.

—Sí, sí—murmuró Nerón,—tú eres fiel.

—Te engañas, César— dijo Esporo, cruzando los brazos y mirando á Nerón, que mordía las ropas de su cama;—te engañas; no se trata de la fidelidad, es algo que vale más, se trata de la venganza.

—¡Venganza! — exclamó Nerón. — ¿Y qué te he hecho yo, Esporo?

—¡Me lo pregunta, por Júpiter! — exclamó el esclavo alzando los brazos al cielo.—¿Que qué es lo que me has hecho?

—Sí..., sí—murmuró Nerón espantado.

—¡Lo que me has hecho! De un niño que nació para llegar á ser un hombre, para tener parte en los sentimientos de la tierra y en las alegrías del cielo, has hecho un pobre sér que no tiene sexo, que no tiene derecho á nada, que no puede esperar nada. He visto cruzar ante mí placeres y goces, como Tántalo ve el agua y las frutas. Y no es esto todo, pues en vez de retirarme á llorar como los desgraciados, me he visto obligado á revestirme con la púrpura como los poderosos, á sonreir como los felices, á vivir enmedio del mundo como los que existen, cuando yo no soy más que un pobre fantasma, un pobre espectro, una mísera sombra.

—Pero, ¿qué más querías? — dijo Nerón temblando. — He compartido contigo mi oro, mis placeres y mi poder. Has tenido cortesanos y aduladores como yo, y cuando ya no sabía qué darte, te dí mi nombre.

—Por eso es precisamente por lo que te odio. Si me hubieras envenenado como á Británico, ó asesinado como á Agripina, ó abierto las venas como á Séneca, hubiera podido perdonarte en el momento de mi muerte. Pero no me has tratado ni como á hombre ni como á mujer; me has tratado como un juguete, con el que podías hacer cuanto te pluguiera; como una estatua de mármol, ciega, muda y sin corazón. Todavía hay más; antes de ayer, cuando te dí mi anillo, cuando hubieras podido responderme con una puñalada, lo que al menos hubiera hecho creer á los presentes que valía yo bastante para que se me diese muerte, me golpeaste con el puño como á un parásito, como á un esclavo, como á un perro...

—Sí, obré mal; perdóname, Esporo.

—Y sin embargo—continuó Esporo, como si no se hubiese fijado en la interrupción de Nerón, — este sér sin nombre, sin sexo, sin amigos, sin corazón, si no podía hacer el bien, podía, por lo menos, hacer mal; este sér despreciado pudo entrar por la noche en tu cuarto, robarte los decretos en que se condenaba á muerte al Senado y al pueblo, y esparcirlos, como llevados por un huracán, por el foro y por el Capitolio, de suerte que no pudieras alcanzar perdón ni del pueblo ni del Senado. Pudo robarte la caja en que guardabas el veneno de Locusta, á fin de entregarte, sin armas y sin defensa, á los que te buscan para darte una muerte afrentosa.

—Te engañas—dijo Nerón sacando un puñal;—te engañas; me queda este acero.

—Sí; pero no te atreverás á emplearlo ni contra tí, ni contra los otros. Y merced á un eunuco se dará al mundo el ejemplo de un Emperador expirando bajo los azotes, después de haber sido paseado por la ciudad con el yugo al cuello.

—Pero aquí estoy bien oculto y no me encontrarán.

—Sí; hubiera sido posible que te escapases todavía, si yo no hubiera dicho á un centurión en dónde te encontrabas. En este momento llama á la puerta de la casa; llega, César, llega...

—¡Oh! no le esperaré—dijo Nerón, poniendo sobre su corazón la punta del puñal;—¡me mataré!

—No te atreverás.

—Y sin embargo—murmuró Nerón en griego,—no sienta bien á Nerón el no saber morir... Sí, sí; he vivido vergonzosamente, y muero con vergüenza. ¡Oh, universo! ¡Qué gran artista vas á perder al perderme!...

De repente se puso á escuchar, con los cabellos de punta y la frente bañada en sudor. Oíase un nuevo ruído, y balbuceó este verso de Homero:

«Es el ruído de los caballos de rápida carrera.»

En aquel momento, Epafrodita se precipitó en la habitación. Nerón no se había engañado. Venían á buscarle. No había, pues, un momento que perder, si el Emperador no quería caer en manos de sus verdugos. Entonces pareció que Nerón tomaba una resolución decisiva; llamó aparte á Epafrodita y le hizo jurar que le quemase inmediatamente después de muerto; en seguida sacó el puñal, que había vuelto á guardarse, y apoyó la punta en su cuello. Epafrodita vió que había llegado la hora suprema; cogió la mano de Nerón, y le supultó en el cuello toda la hoja del acero.

Nerón dió un grito terrible, se arrancó el arma, se puso en pie; pero á los pocos instantes vaciló y cayó pesadamente al suelo.

En aquel momento entró el centurión, seguido por sus soldados. Al convencerse de que el Emperador acababa de morir, se volvieron á Roma para dar cuenta del suceso; de suerte que aquel que hasta el día antes fue señor del mundo, se quedó solo, enmedio de un charco de sangre, sin un esclavo que le tributara los últimos deberes.

Transcurrió así un día entero; por la noche entró una mujer, pálida, lenta, grave. Había obtenido de Iselo, el liberto de Galba, á quien vimos excitar al pueblo, y que se había convertido en dueño de Roma mientras esperaba á su amo, el permiso para cumplir con Nerón los últimos deberes. Le desnudó, le lavó la sangre que le ensuciaba el cuerpo, le envolvió en el manto blanco bordado de oro que llevaba puesto la última vez que ella le había visto, y le condujo á Roma en un carro cubierto. Allí le hizo unos modestos funerales, que no fueron mejores que los de cualquier modesto ciudadano, y después depositó el cadáver en el monumento de Doniciano, que desde el Campo de Marte se descubría sobre la colina de los jardines, y en el que Nerón se había hecho preparar de antemano una tumba de pórfiro, coronada por un altar de mármol de Luna y rodeada por una balaustrada de mármol de Tasos.

Una vez realizado esto, permaneció un día entero inmóvil y muda, como la estatua del Dolor, arrodillada y rezando junto aquella tumba.

Después, cuando llegó la noche, bajó lentamente de la colina, tomó, sin volver la cabeza, el camino del valle Egoria, y volvió á entrar por última vez en las Catacumbas.

En cuanto á Epafrodita y á Esporo, se les encontró muertos juntos. Entre ellos estaba la cajita de oro: se lo repartieron como hermanos, y el veneno preparado para Nerón bastó para los dos.

XIX

Así fue como murió Nerón, á los treinta y dos años de su edad, y el mismo día en que años antes condenara á muerte á Octavia. Sin embargo, aquella muerte extraña é ignorada, aquellos funerales realizados por una mujer, sin que el cuerpo hubiera sido expuesto, como era la costumbre, sumieron en

hondas dudas al pueblo romano, el más supersticioso de todos los pueblos. Muchos dijeron que el Emperador había ganado el puerto de Ostia, en donde embarcara con rumbo á Siria, de suerte que esperaban volviese á aparecer el día menos pensado; y mientras que, por espacio de quince años, una mano desconocida ornó religiosamente la tumba con flores de primavera y de verano, no faltaba quienes llevaban á la tribuna de los oradores imágenes de Nerón, representado con túnica pretexta; ni quienes leían en dicha tribuna determinadas proclamas, como si el Emperador viviese y hubiera de volver armado y poderoso para desgracia de sus enemigos. En fin, veinte años después de su muerte, y en la juventud de Suetonio, que refiere el hecho, un hombre de condición humilde, que afirmaba ser Nerón, apareció entre los Partos, y fue, durante mucho tiempo, sostenido por ese pueblo que honró, de una manera muy especial, la memoria del último César. Todavía hay más: semejantes tradiciones pasaron de los paganos á los cristianos, y apoyándose en algunos pasajes del mismo San Pablo, San Jerónimo presenta á Nerón como el Anticristo, ó por lo menos como su precursor. Sulpicio Severo hace decir á San Martín en sus diálogos, que antes del fin del mundo aparecerán Nerón y el Anticristo, el primero en Occidente, en donde restablecerá el culto de los ídolos; el segundo en Oriente, en donde reedificará el templo y la ciudad de Jerusalén para fijar en ella el asiento de su Imperio, hasta que por fin el Anticristo haga que le reconozcan por el Mesías, declare la guerra á Nerón y le dé muerte. Por último, asegura San Agustín en su *Ciudad de Dios,* que en su tiempo, es decir, á principios del siglo v, existían todavía muchos que no querían creer en la muerte de Nerón, sosteniendo, por el contrario, que estaba lleno de vida y de cólera, oculto en un lugar inaccesible, y que conservaba todo su vigor y toda su crueldad para reaparecer de nuevo cualquier día y volver á subir al trono del Imperio.

Aun hoy mismo, entre toda esa larga serie de Emperadores que sucesivamente han venido á añadir un monumento á

los monumentos de Roma, el más popular es Nerón. Todavía existen la casa de Nerón, los baños de Nerón, la torre de Nerón. En Bauli, un labrador me mostró, sin titubear, el lugar en que estaba situado el palacio de Nerón. Enmedio del golfo de Bayas, mis marineros se detuvieron exactamente en el sitio en que se abrió el trirreme preparado por Nerón, y de regreso á Roma, un campesino me condujo, por la misma vía Nomentana que siguió Nerón en su huída, directamente á la Serpentara; y entre las ruínas esparcidas por aquella magnífica llanura de Roma, toda sembrada de ellas, me obligó á reconocer el emplazamiento de la casa en que el Emperador se dió de puñaladas. Por fin, hasta el cochero que tenía en Florencia, en su ignorante devoción al recuerdo del último César, me dijo señalándome una ruína colocada á la derecha de la Stora á Roma:

—Esa es la tumba de Nerón.

Que explique ahora, quien pueda hacerlo, el olvido en que yacen, en los mismos lugares, los nombres de Tito y Marco Aurelio.

FIN

POETAS AMERICANOS

CANTO DE PAZ

Con motivo de la reunión del Congreso social y económico hispanoamericano de 1900.

Si de la ciencia humana la osadía
Taladra las montañas,
Abriendo el túnel y la férrea vía
Construye en sus entrañas;
Si el progreso industrial de nuestro siglo,
De paz y bienestar numen fecundo,
Transporta en raudos trenes por doquiera,
La producción del mundo;
Si á la par que la vela temblorosa,
El vapor con su empuje soberano
Y la hélice estruendosa
Hacen del Oceano
Ancha senda gloriosa
Para el comercio humano;
Si el incesante tráfico
De nuestra edad—no sólo
De masas colosales
De frutos naturales,
De artefacta infinita mercancía,
Sino también de nobles ideales

Y esperanzas y amor y simpatía—
Es cual grandiosa feria
Que á la sombra de hermosos pabellones
A tierra y mares dice
El afán impaciente de progreso
Y de prosperidad de las naciones;
Si en el común anhelo
De cambiar los tesoros
De la industria fabril y fértil suelo
En ningún tiempo ha contemplado el mundo
Tanta humana labor, ni acumularon
Tal suma de riqueza,
Tales sueños de gloria y de grandeza
Los siglos que pasaron,
¿Qué extraño es hoy que, al recordar la gloria
De la común historia,
Avancen con el rumbo
Que el destino les traza
Y prorrumpan en gritos de entusiasmo
Y unión, que son cual grito de victoria,
Todos los pueblos de española raza? (1)
Brota tan noble grito
De ingenuo afán, de aspiración sincera;
Repítenlo, á la par que de los Andes
La extensa cordillera,
Los cantábricos montes,

(1) Aunque haya países de raza española que, por antecedentes de todos conocidos y recientes acontecimientos históricos, es natural no se encuentren dispuestos, por ahora, á una aproximación á la madre patria, se nos perdonará la generalización que hacemos en este concepto y algunos otros del presente canto, en vista de lo proficuo, elevado y sincero de nuestro propósito. Debemos hacer esta salvedad, tanto más cuanto nos creemos vinculados á alguno de estos países por los lazos del corazón, país que mereció siempre nuestras más ardientes simpatías, y cuya independencia y felicidad han sido ideales de nuestra juventud.

Y sus ecos confúndense cruzando
Del Atlántico mar los horizontes.

Soñó Alejandro el Grande, esclarecido
Conquistador — y ejemplo
Para la tierra aciago —
El imperio del Asia sometido
Al imperio de Grecia; soñó Roma
Con el de Europa unido
Al del Asia y Cartago;
Soñó sobre su frente
Gloriosa Carlo-Magno la tiara
Del imperio cristiano de Occidente;
Soñó la Media Luna,
Señora ya en Oriente,
Dueña casi del África, invasora
De la Europa, y osada y persistente,
Que entregaba á su brazo la fortuna
El cetro del antiguo continente;
Soñaron Carlos Quinto
Y Felipe Segundo
La corona del mundo;
Y en nuestro propio siglo
Soñó Napoleón, bajo su espada
Alzando tronos y dictando leyes
Ser el rey soberano de los reyes
De la Europa aterrada.
Todos lucharon sin cesar; de sangre
Inundaron la tierra sus legiones
Cubriendo con los lauros de la gloria
El duelo y la opresión de las naciones;
Mas ¿perduran sus triunfos? ¿Qué ha quedado
De su soñado y ambicioso empeño?
Lo que queda de sombras que han pasado,
Lo que queda de un sueño.

Y es que el poder nefando de la guerra
Suele fundar á veces en la tierra,
De unión falaz tras locas esperanzas,
Largas y resignadas servidumbres,
Soportadas alianzas,
Pero perpétuas no. La vengadora
Protesta al fin en los destinos pesa
De la inicua opresión; llega la hora
En que la alianza ó servidumbre cesa,
Y hundiendo á la opresora,
Dios salva siempre á la nación opresa.
No es esa unión, no es esa
Unión la que gozosos
Los hijos de la América española
Con viva fe anhelamos.
La unión á que aspiramos
Es la unión que se inspira en la alta mente
De la moderna edad, que entre los pueblos
Al propio arbitrio y la unidad concilia,
Y proclama la unión de las naciones
De una misma familia.

Dió el Portugal á su opulenta y vasta
Colonia de Occidente
Monarca de su propia dinastía,
Trono imperial y cetro independiente,
Y la paz secular, que los unía
Como á dos ramas de una estirpe sola,
Nada llegó á turbar. Mas si hubo un día
En que España y la América española
Con ciega é impertérrita porfía,
De encarnizada guerra en los horrores
Lucharon como extraños,
Olvidados están ya los rencores
De esa contienda impía;

Cual casi común gloria
La mutua heroicidad, la bizarría
Orgullo de su historia,
Tan sólo se recuerdan,
Que es noble patrimonio la hidalguía
Del genio castellano.
Si viviera Bolívar, hoy sería
El primero que á España estrecharía
La cariñosa mano.

¡Digna labor á la que el fin hermoso
Del siglo, enmedio de la paz, convida
A los hijos de España, en ambos mundos!
Dénla principio ya sabios patriotas
Y estadistas profundos;
Y que, al rayar mañana
La nueva aurora de los siglos, vea
Con fe perseverante acometida
Esta noble tarea:
La patria soberana
Con la patria común engrandecida.
Mas vele cautelosa la prudencia
Y no malogre empeño tan grandioso
Generosa impaciencia;
Con tenaz, lento afán unifiquemos
Las leyes que regulan
El comercio, las artes y la ciencia;
Protejan á la industria emprendedora,
De la riqueza de los pueblos clave,
Las leyes y los hechos;
Y corone nuestra obra redentora
La identidad sagrada
De civiles derechos.
Honor y ejemplo de la raza humana
Rindamos, á la vez, culto homenaje

Á nuestra fe cristiana;
Para arraigar sus venturosos dones
Ceguemos de la guerra los abismos,
Fundando el *arbitraje*
Como suprema ley de las naciones
Entre nosotros mismos.
Después... el santo culto de la patria
Que vive en nuestros pechos,
Espere el porvenir... ¡La fantasía
Extíngase en la mente,
Si es sólo sombra de esperanza vana!
¡Cuán prestigioso pabellón sería,
Con qué vivo esplendor irradiaría
El que al orbe dijera,
Junto á la patria nacional bandera:
«Yo soy la Unión Hispanoamericana!»

Cubierto con el polvo
Glorioso del pasado,
Reliquia á par que símbolo
Del porvenir soñado,
Recordaría por doquier al mundo
Que, árbitra de la paz y de la guerra,
Un día fuiste, España,
(¡Oh madre por el águila vencida,
Cuanto más desdichada, más querida!)
Señora de los mares y la tierra,
Y que así cual llevamos
Tanto valor y portentosa hazaña
De Pelayos y Cides,
En la memoria impresos,
Llevamos todavía
La savia de tu sangre en nuetra sangre
Y tu polvo en la cal de nuestros huesos.

¡Unión, peninsulares
De la región ibérica!
¡Unión, los que nacimos en los lares
De nuestra cara América!
De los dos mundos, como dos gigantes,
Despleguemos los brazos valerosos
Por sobre el Oceano
Hasta darnos la mano,
Y cambiemos un ósculo glorioso,
Que selle nuestra unión, estrepitoso,
Ante el género humano.

Nos lo gritan con eco clamoroso
Las tradiciones, el honor, la historia;
Unámonos, que, unidos,
A los anales de la propia patria
Daremos nueva gloria.
Unión, unión nos dice el de la ciencia,
Sabio numen profundo,
Unión las esperanzas
Del porvenir fecundo:
Unión, unión repite,
El mismo instinto popular que hoy traza
Nuevo destino al mundo
Al par que nuestros propios corazones.
¡Quién sabe si la unión de nuestra raza
Será en la edad futura
La universal concordia de los pueblos,
La unión universal de las naciones!

I. B. J.

Guatemala.

PRIMER CONGRESO NACIONAL

DEL PERIODISMO EN AMÉRICA

A la insistente curiosidad del ilustre octogenario, General Bartolomé Mitre, y á las asiduas exploraciones del autor de los *Orígenes del Arte de imprimir en la América Española,* Dr. Juan María Gutiérrez, de los no menos doctos Angel J. Carranza y Manuel Rodríguez Trelles, que, á par de Mitre, se empeñaron en esclarecer cuál fue *el primer libro impreso en Sud-América,* y, finalmente, del eximio bibliógrafo americano José T. Medina, que dió triunfante cima en 1893 á la *Historia y bibliografía de la imprenta en el Virreynato del Río de la Plata,* se debe la admirable precisión con que ya se conoce en qué tiempo y en qué forma apareció en aquellas espléndidas comarcas de la América Meridional, durante la civilizadora colonización española, el noble instrumento que, estrechando á los hombres por la seducción de las ideas, mantiene vivas y perennemente encendidas en sus espíritus las antorchas de la civilización.

El ilustre Mitre, al celebrarse en Buenos Aires el primer *Centenario de la prensa argentina,* el día 1.° de Abril del año actual, trazó, para el número extraordinario consagrado por *La Nación* á la exaltación de esta festividad, el cuadro sintético de los orígenes, vicisitudes y progresos de la imprenta en

el Río de la Plata, con la copia documentaria con que tales noticias se testifican y con la elevación de juicio que caracteriza un espíritu tan amplio como el que en él resplandece, sin que logren marchitarlo las fatigas de sus ochenta años cumplidos, en que más de sesenta se han empleado en útil, fecunda y sabia labor histórica, militar, crítica y literaria. Necesidad sentida por nuestras virtuosas y abnegadas misiones cristianas de los Padres de la Compañía de Jesús, desde la segunda mitad del siglo XVII; solicitud sustentada vehementemente por uno de estos pacíficos soldados de la civilización, el P. José Serrano, y por todos sus compañeros de profesión, cuando, traducido por él al idioma guaraní el libro *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno,* del P. Juan Eusebio de Nieremberg, todos deseaban, antes de 1694, se diese á la estampa, trayendo imprenta para el efecto y escribiendo al cabo, en 1699, al P. Alonso de Quirós, nuevo Procurador de Indias en Madrid, para que solicitara la licencia del Consejo; y por último, ímpetu enérgico y vivificador de la necesidad y del deseo juntamente para arrojarse á vencer por inspiración propia dificultades que, ni aun bajo la dirección de los maestros del arte tipográfico en Europa, hubiera sido fácil superar, como era la creación de los nuevos signos que imponía la naturaleza de los sonidos del idioma guaraní; en el mismo seno de la misión de *Las Doctrinas* improvisóse al cabo aquella imprenta cuya invención, considerada como milagro, «fue obra del dedo de Dios, tanto más admirable, cuanto que los instrumentos fueron unos pobres indios, nuevos en la fe», y más nuevos todavía en las diversas artes que se les sugirieron para disponer un mecanismo tan complicado y que totalmente les era desconocido.

De la existencia de la imprenta en las misiones jesuíticas del Paraná y el Uruguay, quedan documentos testificales de exploración, restos materiales preciosos, hoy recogidos en el Museo Nacional de Buenos Aires, y los incunables que empiezan con la obra del P. Nieremberg, que se ha indicado, tra-

ducida por el P. Serrano é impresa en 1705, en las Doctrinas, y el *Manuale ad usum Patrum Societatis Iesu,* que lo fue en Loreto *(Laureti)*, en la margen oriental del Paraná en 1721, y continúan por el *Vocabulario de la lengua guaraní*, del Padre Antonio Ruiz, editado en 1722 en el pueblo de Santa María la Mayor; el *Arte de la lengua guaraní*, que el mismo Ruiz de Montoya sacó de los papeles del P. Simón Bandini y de otros, impreso en Santa María en 1724, y del mismo año y lugar la *Explicación del Catecismo,* de Nicolás Yupuguay, escrita en guaraní también bajo la dirección del P. Paulo Restivo, y terminan con los *Sermones y ejemplos,* del mismo Yupuguay, cuya impresión se hizo en el pueblo de San Francisco Javier en 1727, con cuyo libro, como el General Mitre escribe, acaba la bibliografía de la imprenta guaranítica conocida en el Río de la Plata. Mas si de esta imprenta se interrumpen los testimonios en 1727, y ya no vuelven á hallarse por muchos años vestigios de otros establecimientos de este arte en la vasta extensión de los afluentes del Río de Solís, en 1764 los directores del Colegio Máximo de Montserrat, fundado en 1685 por el P. Ignacio Duarte y Quirós, en Córdoba de Tucumán, y convertido en centro así del gobierno de la Compañía de Jesús como de sus estudios mayores, en poco tiempo se propusieron plantear una nueva imprenta legalmente, á semejanza de la que la Sociedad tenía en Ambato, término jurisdiccional de Quito, para sus publicaciones propias. Apenas obtenidas las licencias superiores para su instalación y aparecido el único libro que salió de su prensa, las *Laudationes quinque,* del fundador (1766), editadas por el P. Bernabé Echenique, promulgado ya en la Península el Decreto de Carlos III expulsando á los jesuítas de todos los dominios de este Rey, con secuestro y ocupación de sus bienes, la imprenta, juntamente con el Colegio convictorio, quedó en poder de los frailes franciscanos, que, lejos de utilizarla, la arrinconaron y dejaron dilapidar en gran parte: de modo que cuando en 1779 el Virrey de las provincias del Río de la Plata, D. Juan José

de Vertiz, teniendo noticia de su existencia, quiso asociarla á las empresas de notoria utilidad y de adelantos civilizadores que se debieron á las plausibles iniciativas de su espíritu y de su gobierno, restaurándola y poniéndola en estado de prestar eficaces servicios, á fin de que fuera una fuente más de los recursos de que dotó la institución de los Niños Expósitos, la imprenta no era más que un inmenso pastel de caracteres de estaño, que habían sido mermados para otros usos, y los demás enseres una ruina. Así y todo, trasladado á Buenos Aires, en una carreta de bueyes, como consigna el General Mitre, el pobre material que la componía, invertidas algunas sumas en su reparación y habilitación, el 21 de Noviembre de 1780 expidió Vertiz el decreto por el que se declaraba instalada para el servicio público con la denominación de *Real Imprenta de los Niños Expósitos;* y nombrando *impresor general y administrador* de ella á D. José de Siles y Aguiar, librero del Rey y bibliotecario del Colegio de San Carlos, le otorgó para fomentarla privilegio exclusivo para la impresión de las cartillas, catecismos, catones y demás libros para las escuelas, por término de diez años. Las utilidades de este establecimiento quedaron, sin embargo, á beneficio y para sostenimiento de la institución caritativa de quien tomó el título que se adjudicó á la imprenta.

Veinte años pasaron entre el restablecimiento definitivo de la imprenta que los *Niños Expósitos* de Buenos Aires heredaron de los Padres Jesuítas expulsos del Colegio Convictorio de Córdoba de Tucumán, antes de que á D. Francisco Antonio Cabello y Mesa, natural de la provincia de Extremadura, en la Península, Coronel del Regimiento provincial fronterizo de Infantería de Aragón, en los reinos del Perú, Protector general de los naturales de la frontera de Jauja y abogado de la Real Audiencia de Lima, incorparado por S. M. con los de su Real y Supremo Consejo de Castilla, se le ocurriera fundar en Buenos Aires el primer periódico que vió la luz pública en aquel ya opulento territorio, formado con la reunión político-

administrativa de las provincias de Buenos Aires, Montevideo, Paraguay, Salta y Córdoba del Tucumán, La Paz, Santa Cruz de la Sierra, Potosí y Chiquitos, provincias que á lo menos la independencia, posteriormente conquistada, y los tratados de vecindad y equilibrio han compartido en las cuatro entidades autónomas que hoy se llaman la Argentina, la Oriental, el Paraguay y Bolivia. Justo es conmemorar que los dos propulsores más eficaces que en los tiempos sucesivos había de tener la civilización cristiana, esto es, la imprenta y el periodismo, dádiva fueron á aquellas provincias hoy emancipadas é independientes de la colonización de la madre patria, que allá sostuvo en sus heróicas misiones los generosos conquistadores de las almas y allá envió administradores y gobernantes como Vertiz, á quien el ilustre General Mitre se complace en reconocer como el hombre de ideas más progresistas que rigió aquellas comarcas, desde que fueron constituídas en una nueva gobernación autónoma.

Fácil es comprender que ni aquella imprenta ni aquel periódico pudieron ser en su génesis sino ensayos infantiles de dos instrumentos que la sucesión del tiempo, las conquistas de las ideas y las necesidades de la vida moral y material, después que las conquistas de las ideas han transformado el mundo, han convertido en las palancas que le mueven enmedio del espacio en que gira espléndido el planeta. Pero en aquellos gérmenes, casi informes y casi diminutos, se encerró ya desde un principio todo el amplio desarrollo de las empresas y de los adelantos del porvenir, como en la casi microscópica semilla del eucalipto se encierran todos los elementos vitales del árbol gallardo que rompe las nubes con su cimera y agobia el ambiente con su ramaje. ¡Qué! ¿Por ventura, para el mismo fundador del *Telégrafo mercantil, rural, político, económico é historiógrafo del Río de la Plata*, en 1801, Cabello y Mesa, aunque talento empírico y movido por el impulso de la imitación en presencia de las publicaciones periódicas que ya en la misma forma embrionaria se explotaban en Méjico, Gua-

t emala y el Perú, pasó enteramente inerte la recóndita intuición de que en aquel instrumento tosco que él formaba había grandes elementos de cultura, de progreso, de instrucción, de acción y de libertad? En el artículo que sirvió de introducción y prospecto al *Telégrafo Mercantil* de 1.° de Abril de 1801, las ideas reveladoras de sublimes tendencias se hallan esculpidas aquí y allá como en el precioso joyel del delicado aurífice se engarzan las piedras preciosas que completan la obra artística y aumentan el valor de la alhaja. Pondera el patriotismo, principio el más fecundo de grandiosos hechos, como soplo vivificador de la obra que emprende, y que, convertido en pasión, logra al cabo el éxito de sus fines. No considera el heroísmo, es decir, el triunfo de la fuerza bruta, como la única escuela del valor y del sacrificio por donde se han de encaminar las nobles acciones, y en las virtudes serenas que se dirigen á realizar con perseverancia un objeto plausible determinado, halla el caudal de las fuerzas que ya exigía la atención de todas las naciones para concurrir á las cruzadas de la gran evolución social que por todas partes se vislumbraba. Estaba persuadido que no se llegaba á ningún triunfo sin actos de oposición que tener que vencer, y sin enervaciones ni desfallecimientos creados por los obstáculos, con la vista puesta en lo que podía contribuir á la mayor ilustración, grandeza y prosperidad de las provincias á que dirigía sus trabajos, iba directo en solicitud de establecer *un nuevo plan de política,* pues que se encontraba en presencia *de un nuevo siglo,* en el cual creía que era deber de todos hacer de manera que los comunes esfuerzos no siguieran siendo *mirados con indiferencia en el globo,* que plumas audaces ofendiesen el mérito de aquellos pueblos y que el olvido condenara hasta á sus héroes á la obscuridad, dejando de inscribirlos en los Catálogos de la Historia.—« *Yo mostraré á entrambos mundos*—escribía Cabello y Mesa para los plateños de 1801—*que no sois, como dicen, árboles estériles, sino muy fecundos. Volverán los días de Saturno. Se esclarecerán vuestras antiguas y presentes glo-*

rias, y más hermosos que el sol de entre las nubes, saldréis en este periódico para ser admirados y envidiados de las gentes. Sí, ilustres compatriotas. Vamos al trabajo. Salga El Telégrafo *y en breve establézcase la* Sociedad Patriótica, Literaria y Económica, *que ha de adelantar las Ciencias, las Artes y aquel espíritu filosófico que analiza al hombre y lo inflama y hace deligente y útil. Fúndense ya nuevas escuelas; reglaméntese nuestra agricultura; siéntase en las provincias argentinas el espíritu de regeneración que ya colocan otras comarcas americanas, como Méjico y el Perú, á par de las más cultas, ricas é ilustradas de la iluminada Europa; y para lograr este fin, ayudadme todos ¡oh sabios argentinos! Un Gobierno sabio, acompañado de la virtud de la justicia, y en todo muy superior á mis elogios, conoce el mérito de este estudio y no se puede negar á protegerlo.»* Este programa del primer periódico que vió la luz pública en las márgenes del Río de la Plata, bajo el Gobierno de los Virreyes de España, que lo consintieron y le dispensaron su protección, ¿no envolvía enteramente el programa de la libertad, el programa de la independencia, el programa de la prosperidad, el programa de la supremacía, el programa del porvenir? Realmente, si los promovedores del centenario de la fundación de *El Telégrafo Mercantil* han procedido con gran espíritu de justicia, realzando con su recuerdo el fasto esclarecido que estableció cuando fue fundado en 1801 por el Coronel y magistrado español Cabello y Mesa, á esta memoria apologética de la más noble de las tentativas civilizadoras de los últimos tiempos de la colonización se imponía otro homenaje de equidad. Buenos Aires levanta *á la prensa* un monumento insigne que está encargado á nuestro laureado Benlliure. En la cúspide de ese monumento debiera aparecer la figura de Cabello y Mesa, que no sólo dió á las provincias del Plata el primer documento de su moderno periodismo, sino que en él trazó el primer programa de su libertad.

Desde la fundación de *El Telégrafo Mercantil* en 1801

hasta la celebración de su primer centenario, si universalmente el periodismo ha encarnado toda la inmensa evolución que ha transformado el espíritu de la sociedad humana sobre todos los rincones del planeta, no en pocas partes ha llegado al estado de progreso en que se encuentra actualmente la prensa de habla castellana en la Argentina. El Dr. Estanislao S. Zevallos, con verdadero y legítimo orgullo nacional, ha proclamado que la prensa argentina ocupa el tercer lugar en la prensa del universo, siendo el primero el de la prensa británica y el segundo el de la prensa norteamericana, pues se nutre de grandes diarios que son verdaderas y eruditas enciclopedias de los hechos y de las ideas universales del día, y cuenta una circulación prodigiosa, siendo el pueblo argentino el que más lee en el mundo, después del pueblo inglés y del pueblo norteamericano. No ha sido este ímpetu de elevación producto, ni de la primera efervescencia de la creación, como cuando el coronel Cabello fundó *El Telégrafo Mercantil,* ó cuando más tarde apareció, á semejanza del *Semanario de Agricultura* que en Madrid se publicaba, redactado por Melón y los profesores del Jardín Botánico, el *Semanario de Agricultura* que Vieytes redactó en Buenos Aires, ni de la febril efervescencia que cuando las luchas de la emancipación se acaloraron, indujeron á Mariano Moreno á publicar la *Gaceta de Buenos Aires* y á Manuel Belgrano el *Correo del Comercio,* con los demás periódicos que dieron nombradía á López y Planas, Monteagudo, Luca, Lafinur y otros.

El periodismo argentino, durante los tres primeros cuartos de siglo del siglo XIX en que se creó, sufrió todas las oscilaciones de la accidentada vida de aquel país, no llegando á poseer siquiera una base sólida de existencia, hasta que acabó el período de sus sangrientas revoluciones y de sus sangrientas dictaduras y se dibujó en el horizonte la primera aurora de su ya prolongada y fecunda normalidad legal. ¿No trazó esta línea que establece estas diferencias el más importante de sus periódicos actuales, *La Nación*, cuando en 4 de Enero de 1870,

trocó por este nombre el antiguo de *La Nación Argentina*, que antes había llevado, y renovó el programa á que había de sujetar su conducta? «El nombre de este diario, escribía entonces, en sustitución del que le ha precedido, *La Nación*, reemplazando á *La Nación Argentina*, basta para señalar una transición, para cerrar una época y para señalar los nuevos horizontes de lo futuro. *La Nación Argentina* era un puesto de combate; *La Nación* será una tribuna de doctrina. Cuando los elementos dispersos y sin cohesión necesitaban ser reunidos y vigorizados; cuando la descomposición política fermentaba todavía con la levadura revolucionaria; cuando la Religión de la Patria antigua no tenía Apóstoles en el templo; cuando cada pueblo miraba tal vez su ruta en un punto distinto del horizonte, entonces la palabra de órden de los buenos ciudadanos era congregarse para trabajar por la unidad argentina, y entonces *La Nación Argentina* era una bandera, un programa y un arma de combate que respondían á una necesidad palpitante. Hoy el combate ha terminado, y estamos triunfantes en todas las cuestiones de organización nacional que han sido resueltas ó marchan en una vía de soluciones que no puede cambiar. La nacionalidad es un hecho y un derecho indestructibles, aceptados y aplaudidos por sus mismos adversarios de otro tiempo, que comprendiendo su error, son obreros de primera fila. La gran contienda está terminada. Hoy esos hechos y esos principios son comunes á todos los hombres y á todos los partidos. Todos tienen que defenderlos y ampararse de ellos. Los intereses sociales y políticos tienen que debatirse en un campo cerrado, cuya barrera, que es la constitución nacional, ningún partido pretende ni pretenderá salvar en adelante. La discusión de la prensa cambia, pues, de teatro y de medios. *La Nación*, pues, viene en su objeto y en su hora. Ella simboliza la obra cumplida y la labor futura. *La Nación* será una propaganda. La pluma del escritor no será ya, porque no se necesita, la espada del combatiente. *La Nación* huye y condena los programas negativos, y por lo tanto,

infecundos. La Constitución, que es el derecho de todos, de pueblos y de gobiernos, es nuestra Biblia. Hacia los nuevos horizontes que se abren hoy ante los publicistas y los hombres de Estado, están trazadas las rutas ciertas del porvenir.» Este programa fue tan fecundo, que en él se funda el éxito actual de *La Nación*. No se ha parado en él. *La Nación* siempre, desde que trazó este programa, ha caminado con el espíritu del interés y del pueblo argentino; por eso, como complemento del programa de 1870, vino el 1.° de Enero de 1899 su brillante exposición de *El pensamiento argentino,* y en esta síntesis sublime de esperanza común, las columnas de *La Nación* se vieron asistidas de la cooperación insigne de todas las fuerzas vivas de la opinión, de la inteligencia, de las facultades especiales, de los medios todos de la sociedad, acusando en feliz connivencia á donde va, á donde se dirige el espíritu nacional de la República. ¿No ha de ser hoy *La Nación*, en su vasta enciclopedia al día, el mayor propulsor de la sociedad argentina, á quien todo el mundo lee, en el que todo el mundo estudia y en el que todo el mundo se inspira? *La Nación* basta para designar á la prensa de Buenos Aires, como Zevallos ha dicho, el tercer puesto en la prensa universal.

En la misma línea, y con idénticos impulsos, se desarrolló *La Prensa,* fundada por el Dr. Paz, como expresión del alma moderna argentina, y en emulación con las más brillantes publicaciones periodísticas de Inglaterra y de los Estados Unidos, pues ni aun en Alemania existe periódico alguno que le pueda competir. *La Prensa,* como *La Nación,* consta ordinariamente de cuatro hojas en gran folio, de á siete columnas cada una de composición, en letra de ocho puntos en el texto, y aún más pequeña en ciertas secciones y en los anuncios. Con más frecuencia que *La Nación,* aumenta estas cuatro hojas en cinco, en seis, en ocho, y ha publicado números extraordinarios de veinticuatro y hasta de treinta y dos páginas. El importe sólo del papel en que se imprime, asciende anualmente á millón y medio de pesetas. Su servicio tele-

gráfico, propio suyo, del mismo modo que el de *La Nación*, da al día el movimiento particular de todos los hechos interesantes del universo, con tal precisión y celeridad, que no sólo, á consecuencia del adelanto de horas del meridiano de Buenos Aires, ofrece todas las mañanas, al aparecer, el extracto telegráfico de la mayor parte de la prensa del mismo día en las capitales principales de Europa, sino que en ciertas noticias de gran sensación se ha adelantado en publicarlas á los periódicos de Berlín y de París, y sólo en simultaneidad uniforme con los de Londres y Nueva York. Por ejemplo, cuando ocurrió la trágica muerte del Rey Humberto de Italia, la noticia telegráfica llegó á *La Nación* y *La Prensa*, de Buenos Aires, cuatro horas después del horrible asesinato, cuando en París no se supo, por *L'Eclair* y *L'Evenement*, hasta ocho horas después; la muerte de la Reina Victoria de Inglaterra llegó á Buenos Aires á las tres y cuarenta y cinco minutos de la tarde del día en que ocurrió, y á París no llegó hasta después de las siete de aquella noche. Las correspondencias escritas que los corresponsales, así de *La Nación* como de *La Prensa*, dirigen por los correos, y que comprenden la enciclopedia histórica, científica, literaria, artística, y de cuantos hechos sociales pueden interesar en todo el vasto ámbito de la humanidad, redactada al día, están encomendadas á los escritores más insignes de todas las hablas cultas, principalmente de Europa. De uno y otro periódico fue corresponsal asiduo nuestro ilustre Castelar; de *La Nación* lo fue Trueba, Valera, Unamuno y la Sra. Pardo Bazán; de *La Prensa* lo es Núñez de Arce. La balanza del siglo XIX se hizo, en número especial de *La Nación*, por Remy de Gourmort, Miguel de Unamuno, Teodor de Wizewa, Paolo Mantegaza, W. Schimper, Sidney Low, Henri Fouquier, Max Nordau, José S. Decoud (Paraguay), Luis Orrego Luco (Chile), Aníbal Latino, Roberto J. Payró, Víctor Arreguine, Juan Mitre de Vedia, A. Subercassaux, Paul Hervieu, G. Rovetta, Juan Rameau, Emilia Pardo Bazán, Otto Miguel Croise y Manuel García de Prada.

Con todo, ésta es la mínima parte de su extensa y sabia colaboración. En cuanto á *La Prensa,* sólo en el mundo intelectual de París cuenta como corresponsales asiduos á Henry Houssaye, Jules Lemaitre, François Coppèe, Gastón Jallivet, Marcel Prevost y François de Nion. En el palacio consagrado en Buenos Aires á las dependencias todas de *La Prensa,* once ascensores funcionan de continuo, y á veces vertiginosamente. El edificio espléndido se halla coronado por un faro, cuyo servicio permanente lo presta á la navegación del Plata, y á la vez, por medio de luces y signos convenidos, anuncia á la población de la gran ciudad los sucesos que el público espera con mayor impaciencia ó que le informan de algún acontecimiento profundamente sensacional. En la misma torre tienen sus oficinas los encargados del Observatorio meteorológico especial, que *La Prensa* tiene también instalado allí. El hotel de *La Prensa*, además, tiene su sección particular de beneficencia pública. Una de estas oficinas está constituída por una consulta jurídica permanente y gratuíta, en provecho de los pleiteantes pobres; otra es un gabinete de consultas médicas y quirúrgicas, servidas por doce profesores con sus respectivos ayudantes, y en cuyas operaciones, también gratuítas, se emplean todos los adelantos últimos de la ciencia, la electroterapia, los rayos Roentgen, etc. La más concurrida de estas oficinas populares y gratuítas que *La Prensa* sostiene y costea en su propio domicilio profesional y artístico, es una biblioteca riquísima, sobre todo en obras de todo género de conocimientos y ciencias de aplicación, á la que están adjuntos un gabinete de química agrícola é industrial, un museo comercial ú otras dependencias de análogo interés. El hotel de *La Prensa,* de Buenos Aires, mantiene á la vez varias escuelas, así elementales como profesionales, á las que asisten de ordinario más de mil doscientos alumnos. Todo esto sin contar las frecuentes Exposiciones parciales de productos de la agricultura y de la industria argentinas que en él se celebran; las conferencias públicas sobre problemas sociológicos, económicos,

científicos, literarios, que en sus espléndidos salones se dan, sin los conciertos y actos de protección para algún artista, y hasta sin las representaciones teatrales que tienen lugar dentro de su edificio.

Donde existe una prensa á esta altura constituída; donde con *La Nación* y *La Prensa* alternan, no sólo otros periódicos de la importancia de *La Tribuna, El Tiempo, El País, El Pueblo,* etc., y no sólo estos periódicos esencialmente nacionales y escritos en el idioma que es también nacional, sino otros que lo están en casi todas las lenguas de las numerosas colonias europeas que forman parte de la población, italianos, alemanes, franceses, ingleses, etc., y, como complemento de toda esta fiebre de publicidad, la numerosa prensa de los Estados y provincias de la próspera República, era natural que, al celebrarse en Abril último el primer centenario de la fundación del primer periódico que vió la luz en las márgenes del Plata, un sentimiento de aprecio común tratara de proponer una ampliación de festividad tan generosa en la promoción de un gran Congreso de la prensa nacional en el actual grado de perfección en que se encuentra. La iniciativa de este Congreso públicamente se ha dicho, en uno de sus actos, que fue del Director de *El Tiempo,* de Buenos Aires, D. Carlos Vega Belgrano, el cual también expuso, como espíritu generador y práctico de él, las dos bases que ennoblecían sus propósitos: la unión fraternal de todos los periodistas de la República y la solidaridad común en el estímulo á la cultura nacional, encarnada en la prensa. La Argentina se va formando á pasos acelerados una gran nación de gran aliento, y enmedio de aquella sociedad, que en su conjunto ofrece todavía la pintoresca confusión de tantas lenguas, de tantas razas, de tantas familias humanas, conglomeradas allí á impulsos de un destino irrefragable, despiértase con tal vigor el sentimiento de aquella patria común, que puede decirse que en ninguna otra parte del mundo alborea más espléndida y más ardiente la aurora de un nuevo patriotismo. Heredada, ya por la cuna

ó admitida por la elección, esta patria que amanece, por los que han nacido en su suelo ó por los que la han buscado en las luchas por la existencia, allí el patriotismo se va formando en ímpetus de una adhesión que es como el fanatismo de una nueva fe. Todo en este patriotismo adolescente vibra entusiasmo, y las emociones de la vida nacional se comunican á las colectividades con tal pasión, que desde luego se insinúan en corrientes de una uniformidad admirable de pensamiento y acción. Formulada la idea de la celebración del Congreso, admitida en toda la extensión de su objeto, no fue preciso, como en las viejas sociedades de Europa, buscar los comparsas de la idea en esa muchedumbre hambrienta de figurar y cobrar sus apanages, que en todas las capitales de este viejo mundo pulula, ignorante de todo, inconsciente de todo, sin instrucción, sin ideas, sin otro sentimiento en lo recóndito del corazón que colocarse bien siempre en línea para alargar la mano á la distribución de los honores, á las postulaciones del lucro y á las satisfacciones de la vanidad. Desde que la idea de un primer Congreso de la prensa argentina fué á herir las almas de todas aquellas multitudes inteligentes, cuyo pensamiento se cifra en la glorificación del nombre de la patria, el eco de tan grata proposición resonó unísono en toda la vasta cuenca del Plata, y mientras en la capital federal se hacían los debidos preparativos, de todas las provincias llegaban las adhesiones activas, hasta el punto de que el día solemne de la inauguración, en Buenos Aires, se habían inscripto 99 periodistas locales y 65 en las provincias (1).

La adhesión del General Bartolomé Mitre promovió nuevo

(1) Los nombres de los miembros del Congreso, son los siguientes:

DE BUENOS AIRES

Abeille (L.)	Azqueta (J.)	Carlés (M.)
Alvarez (A.)	Barreira (P.)	Carrasco (G.)
Alvarez (J. S.)	Beccar (C.)	Casanave (J.)
Arévalo (M. A.)	Bonatti (H.)	Casellas (Enrique).
Argerich (J.)	Burel (Pedro).	Castillo (B. del).
Artal (A.)	Cabezón (J. M.)	Cebils (F. P.)
Artal (J.)	Campos (J.)	Chamordie (E.)

entusiasmo. Mitre es la primera figura intelectual de la República Argentina, á la vez que es el decano de su ejército y de sus hombres de Estado. En Mitre, cuya vida toda se ha con-

---

Cittadini (Basilio).
Codino (E.)
Conte Mac-Donell (F.)
Corbellini (E. I.)
Correa (M. I.)
Costa (P. della).
Dávila (A. E.)
Decoud (D.)
Diatto (I.)
Dura (F.)
Eizaguirre (Manuel).
Estrada (A.)
Ferreira (A.)
Frankenberg (I. D.)
Fusoni (J.)
Gache (A. I.)
Gálvez hijo (M.)
Ghigliani (A.)
Giovannitti (V.)
Gori (C. P.)
Ingenieros (J.)
Kichner (E.)
Kohn (Enrique).
Leguina (E.)
Lix Klett (C.)
López (Heriberto José).
López Benedito (F.)
Lugo (De).
Maggi (A.)
Mangudo (E.)
Manzanares (R.)
Mañeu (J. J.)
Martínez (Juan C.)
Massa (A. H.)
Massaut (J. F.)
Matto de Fournell (Carolina).
Menéndez Novello (J.)
Mitre (General Bmé.)
Molitt (A.)
Moscardi (J. F.)
Nación (La).
Nelson (E. M.)
Nervión (Juana M. de).
Noé (E. C.)
Núñez (J.)
Oliver (M. M.)
Ottolenghi (S.)
Outtes (I. I.)
Parborell (R. F.)
Payró (Roberto J.)
Paz Soldán (J. Pedro).
Pearson (J. R.)
Pellaro (E.)
Pellicer (E.)
Pico del Cerro (A.)
Piñero (O. M.)
Praprotnick (J.)
Quesada (Ernesto).
Ramilo (A.)
Reis (C. dos).
Reyes (Nicolás).
Ruiz Domínguez (C.)
Saavedra (O.)
Salto (J. J.)
Sarmiento (Tomás).
Saravi (Pastor R.)
Serna (J. de la).
Surrá (B.)
Varas (J.)
Vedia (A. de).
Vedia (M. de).
Vega Belgrano (C.)
Vianello (S.)
Villanova Sánz (I.)
Weigel Muñoz (E.)
Weinberg (C.)
Zevallos (E.)
Zorrilla (M. M.)

DE LAS PROVINCIAS DEL INTERIOR, POR SÍ Ó EN REPRESENTACIÓN:

Alla (F. S.)
Alsina (A. A.)
Alsina (D. E.)
Argüello (J.)
Arias (P. N.)
Avellaneda (F. N.)
Bazzano (S.)
Beccar Varela (A.)
Blanco (Juana E.)
Blancoflores (R.)
Bonaparte (L.)
Burgos (T. M.)
Calle (A.)
Campuzano (C. C.)
Canosa M. (H.)
Caracoche (P.)
Cárdenas (E. M.)
Chaus (M. C.)
Crose (E. Della).
Díaz Martín (A.)
Díez Gómez (D.)
Dutter (D.)
Esteves (M. F.)
Fernández (M.)
Font (Ricardo).
Forgues Artigas (J.)
García (P.)
García Fdez. (J. M.)
Garzón hijo (M.)
Guillón (D.)
Haurigot (C.)
Hervás (M.)
Insúa (N.)
Lara (V. A.)
Leguizamon (G.)
Llanos (J.)
Maldonado (F.)
Méndez Caldera (A.)
Naso (J. D).
Neira (J. M.)
Niño (J. M.)
Oyhanarte (María H. de).
Palacios (F.)
Panelo (F.)
Passaponti (R.)
Pereyra (M.)
Perna (A.)
Pinto (A. I.)
Pizarro (R. M.)
Rojas (R.)
Rosenvald (S. M.)
Sáenz Prudent (C.)
Salazar (J. M.)
Seiffer (O.)
Silva (J. J.)
Teisaire (E.)
Torres (J. G.)
Ulsina (S.)
Vázquez Barreyro (F.)
Vedia y Mitre (M. de).
Vega Segovia (M.)
Viano (J. M.)
Videla Quiroga (C.)
Zanetta (A.)
Zapata (R. M.)

sagrado á la pacificación moral, al progreso civil y al engrandecimiento político de su patria, puede decirse que á sus ochenta años de edad se concentra poderosamente todo el alma argentina. Su avanzada edad no ha deprimido, ni su vigor físico, ni la fuerza é inspiración de su inteligencia. Más que un hombre, Mitre es para el alma argentina un monumento; más que un monumento, un altar. A donde Mitre se inclina, de aquella parte se inclina el alma nacional. Pero en esta ocasión, Mitre, que ocupa el más elevado rango en el ejército argentino, que ha ocupado el alto sitial de los Presidentes de la República, y está como incautada en él la Presidencia del Senado; Mitre, cuya fecundidad intelectual ha enriquecido la literatura patria con las juveniles inspiraciones de la lira, con las profundas enseñanzas de la Historia y con el alto magisterio de las ciencias sociales ó políticas, es en el periodismo argentino el decano también, pues gran parte de sus contiendas cívicas en los años de actividad y combate que consagró al triunfo de los ideales, que con gloria común ha visto convertidos en su patria en los brillantes éxitos de su feliz actualidad, fue sostenida en la ciudad con la pluma, como en los campos con la espada, sirviéndole de palenque la ardiente arena del periodismo polémico. El General Mitre no podía mirar sino con una profunda simpatía esta espontánea moción de la prensa. En los tiempos en que él batalló, el régimen del periodismo, hasta en los países más libres, estaba sujeto á la tutela del Estado, en tal forma, que el Estado lo modelaba al tenor de las ligaduras de su legislación especial. El progreso de las ideas, del tiempo y de la jurisprudencia, estas ligaduras las fue limando, hasta entregar la policía del periodismo á la jurisprudencia común y al Código común de las leyes. La prensa, ya libre de tutelas, por sí misma se organiza bajo el ambiente de la libertad. Ella misma se crea las limitaciones que le impone la conciencia de su deber. Ella misma se estimula para abrirse los horizontes de su capacidad y establecer los cánones de su moralidad como instrumento de eficacia so-

cial. Ella, en fin, se congrega, no para dejar establecida entre sí la punible solidaridad de la irresponsabilidad, sino para delinear bien el camino que han de esclarecer las prescripciones del deber y el sentimiento del honor. Este progreso efectivo es el que marca el carácter del Congreso de la prensa argentina, y por este carácter es por lo que, desde el primer momento, obtuvo la adhesión personal del ilustre veterano del periodismo, de la milicia, de la política y de las letras, General Mitre.

Una reunión preparatoria, verificada en los salones de la Sociedad Rural de Buenos Aires el día 26 de Mayo, completó los preparativos orgánicos de la reunión, procediendo á formar una Mesa directiva de las sesiones y á individualizar las comisiones que habían de entender en la admisión y distribución de los trabajos. Esta Mesa interina la presidió el primer Vicepresidente del *Círculo de la Prensa* de la capital, Doctor Cittadini, y como en la Argentina, como en toda sociedad juvenil, el ansia de hablar todavía inspira demasiado abundantemente la palabra, ya se dieron algunos toques prematuros sobre la importancia de una reunión que congregaba é identificaba en pensamientos y emociones comunes á todos los factores de la cultura nacional de la República, amigos y adversarios, ancianos y jóvenes, los que en sus propias personas y trabajos compendiaban las vicisitudes y la evolución del periodismo en los últimos veinte años y los que acababan de entrar en la vida que el periodismo ofrece de continua lucha, de continua tensión intelectual, de generosos entusiasmos y de profundos desalientos. En este discurso del Dr. Basilio Cittadini sólo hubo una nota digna de ser consignada: la de que, como ya se ha dicho, la iniciativa fecunda del acto, enteramente era debida al director de *El Tiempo,* D. Carlos Vega Belgrano, persona que á las cualidades que le encumbran, reune la de ser en el periodismo argentino el más fiel representante de su primitiva significación, como heredero directo de aquel General, escritor, estadista, Manuel Belgrano, cuyo nombre es una de las más culminantes glorias de la joven na-

cionalidad, y á quien se considera como el precursor de la prensa moderna. La elección de cargos que inmediatamente se hizo, llevó á la Presidencia del Congreso al Dr. Estanislao Zevallos, una de las más legítimas reputaciones científicas del país; á las vicepresidencias, al citado Carlos Vega Belgrano, Mariano de Vedia y Mitre y Alberto I. Gache, este último Presidente del Círculo de la Prensa, y los anteriores, directores respectivos de *El Tiempo* y de *La Nación*. Respecto á las comisiones del Congreso, también quedaron competentemente constituídas la de cuestiones económicas, la de cuestiones profesionales, la de cuestiones morales, etc., cada una de las cuales tuvo, desde luego, que emplearse en el examen de las numerosas proposiciones de temas que se habían presentado.

Llámese ó no la prensa como en los tiempos en que nuestro ilustre Castelar tenía en ella su cátedra de propaganda de su apostolado democrático, *el cuarto poder del Estado*, la experiencia acredita que es el primero, puesto que á él se le ven rendir parias á todos los poderes establecidos. Los tronos afirman en ella su autoridad; los supremos magistrados de los Estados constituídos en República, en sus elogios fundan sus prestigios; los poderes representativos y los poderes ministeriales la buscan como palanca de la opinión; en ella se despliegan las guerrillas de la habilidad para tantear las fuerzas respectivas en las contiendas internacionales del derecho ó de la ambición en que interviene la diplomacia; todos los poderes, todos los intereses, todos los derechos solicitan de su cooperación el ambiente de la publicidad, y la gloria y el lucro se disputan á sus plantas su favor. ¿Cómo á la inauguración solemne del Congreso de la prensa argentina habían de dejar de concurrir en presencia todos estos poderes y todos estos intereses? El Gobierno argentino se representó en ella por sus Ministros: Jofre, del Interior; Richeri, de la Guerra; Betveder, de Marina, y Magnasco, de Instrucción Pública; la Municipalidad, por su Intendente interino, Zorrilla, y hubo altos funcionarios, ilustraciones en todas las esferas del saber y represen-

tantes del Cuerpo diplomático. Es decir, que el Congreso se inauguró, aunque acto particular, con la ostentación verdadera de un acto nacional. No faltaron adhesiones: de Madrid, se habían anteriormente consignado en las columnas de *La Época*; Barcelona las comunicó por telégrafo, y por telégrafo llegaron las de Chile, el Brasil y las demás Repúblicas fronterizas. En las dobles sesiones diarias que se verificaron del 27 al 30 de Mayo, abundaron los temas de discusión y las proposiciones de acuerdos, hasta el punto de que la sesuda *Nación* estimó que se daba excesiva extensión á la elocuencia. En el momento de la inauguración, Gache, que presidía, saludando las delegaciones de las provincias, decía:—«El espectáculo que ofrece esta sala, es nuevo en la República Argentina. Hemos recibido la visita de los distinguidos delegados que han llegado de lejanos pueblos de América, atraídos por la fama de nuestros progresos, revelados en concursos y exposiciones que desde 1872 el país viene celebrando. Hemos convocado un Congreso científico con asiento en Buenos Aires, para mostrar al mundo el balance de nuestra existencia intelectual. Hemos reunido recientemente una Asamblea pedagógica para conocernos á nosotros mismos en lo que somos como depositarios del tesoro de la infancia estudiosa. Como pueblo joven y vigoroso, enseñamos con orgullo las producciones de nuestra naciente industria y las del suelo, que son maravillosas. Ante el soplo vigorizador que alienta las manifestaciones del organismo nacional, nuestro amor propio se siente halagado; todo se transforma por efecto de la rápida asimilación de la vida moderna, y la aldea en cuyas calles abrían surcos veinte años atrás las ruedas de las carretas, desaparece ante el tranvía eléctrico que atraviesa la población, y cede su lugar á los palacios, plazas y avenidas, que dan carácter especial al centro más importante de la América latina. Nuestros Museos encierran riquezas que los sabios estiman. El arte empieza á despertar, y sus primeros pasos sirven ya para demostrar la robustez de nuestro genio. La producción bibliográfica es hala-

gadora, y algunos de nuestros libros pasan los lindes patrios. La instrucción pública se difunde más y más hasta en los apartados rincones de la campaña. Nuestros medios de defensa son poderosos; nuestras naves de guerra representan los tipos más modernos, nos dan una fuerza militar efectiva, y todo contribuye á exhibirnos ante el mundo sosteniendo el cetro del progreso en esta parte de América. La hegemonía argentina no se discute; está asentada sobre bases sólidas, y cinco millones de hombres la defienden. He ahí el momento actual: él es el resultado de noventa años de vida independiente, en cuyo transcurso hemos puesto en juego todos los resortes que la civilización acumulada de los siglos ha hecho llegar hasta nosotros. Enmedio de tanta actividad, de tanto movimiento que condensa las alegrías, las tristezas, los desfallecimientos y las esperanzas del pueblo, la prensa reclama su puesto preminente en el gran festín que marca la hora suprema de nuestra ascensión hacia los destinos que para la patria presintió el genio de Moreno y Rivadavia. Bien venidos seais vosotros, señores delegados de la prensa argentina, que llegais á nuestra ciudad para traernos el eco de la simpatía de nuestros hermanos de las provincias, y que habéis venido impulsados por un alto sentimiento de solidaridad, respondiendo al llamamiento que el Círculo de la Prensa os hiciera con el objeto de conocernos, estrecharnos, vincularnos más en la obra del progreso argentino, para que cobrando nuevas fuerzas y aunando más nuestras aspiraciones, pueda la prensa ser en el tiempo lo que siempre debió ser el primer Ministro de la opinión, el lazo de unión entre todos los hombres de pensamiento.»

La generación de la prensa argentina, desde que empezaron las luchas de la independencia, se describía en la bella peroración de Gache con pinceladas como las siguientes: «Las ideas de patria libre é independiente se insinuaban entre los hombres que nos dirigían; entre ellos, dos de extraordinario valer, señalados por la Providencia para guiar al pueblo en sus primeros pasos, iniciaron por la prensa su campaña contra

el poder despótico. Mariano Moreno, desde la *Gaceta de Buenos Aires,* y Manuel Belgrano, al frente del periódico *Correo de Comercio,* inundaron lo que hasta entonces era colonia española, del espíritu de la libertad que más tarde conquistaron con el esfuerzo de su brazo. La lucha por la independencia que revelaba desde sus comienzos hombres como San Martín, Las Heras, Guido, Pueyrredón, Alvear, Lavalle, etc., despertó igualmente la pasión de la propaganda por la prensa en favor de la libertad naciente; y al lado de Moreno, que con su calor comunicativo hacía adeptos en todos los momentos, brillaban los geniales chispazos de Vicente López y Planes, Monteagudo, Luca, Lafinur y otros. El triunfo de la causa revolucionaria aumentó la falanje de los hombres de pensamiento, que en la prensa preparaban la constitución definitiva del Gobierno; pero la barbarie que desde 1829 se entronizó bajo el gobierno personal de Rozas, amordazó la prensa y pretendió matar las ideas. Con la aurora de Caseros resurgió la libertad de pensar, y la prensa conquistó sus derechos. ¡Ah!, señores, el renacimiento de las libertades nacionales no fue la obra exclusiva de las armas: Sarmiento, López, Mitre, Varela, Alsina, Tejedor, Alberdi, Gutiérrez, Barros Pazos y la pléyade de patricios emigrados en Montevido, Chile, Perú y el Ecuador, no sólo fueron los precursores de la cruzada libertadora, felizmente terminada el 3 de Febrero de 1852, sino que la llevaron hasta sus últimos límites, poniendo á contribución sus talentos y sus virtudes, su acción patriótica y civilizadora, desde las columnas de los diarios, en los cuales continuaron dirigiendo la opinión y el curso de los acontecimientos. La República Argentina tenía el Gobierno que había querido darse; pero era necesario constituirla sobre bases estables. La prensa nacional estaba empeñada en una gran campaña, cuyas proyecciones tenían dos objetivos principales: hacer desaparecer los últimos restos de las antiguas rencillas entre la familia argentina y evitar la prepotencia del caudillaje que en el interior levantaba el trapo colorado. Después de cincuenta

años de labor y de lucha, palpamos hoy los resultados: la nación se siente fuerte y se engrandece cada día. ¡Honor á los vencedores! ¡Honor y gloria para los luchadores que nos legaron esta obra preciosa de la cultura nacional, que hoy exhibimos como muestra de nuestros progresos! Evoquemos la memoria de Vélez Sársfield, Sarmiento, J. C. Gómez, Piñero, Chassaing, Avellaneda, Andrade, del Valle, Estrada, Goyena, Achaval, Rodríguez, Lucio V. López, heraldos del pensamiento, que con la luz de su ingenio contribuyeron á consolidar las instituciones patrias y dieron carácter y rumbos al alma nacional. Su obra vive y vivirá en las palpitaciones de la opinión argentina, que no se equivoca al entregar sus nombres al agradecimiento patriótico de las generaciones futuras.»

A ninguna nación pueden negarse los títulos en que cimenta sus glorias, y los recuerdos de Gache eran muy oportunos allí donde los horizontes que se iban á bosquejar de una nueva vida para la prensa, debían verse presididos por tradiciones que al alma argentina serán siempre estímulo para el vigor con que desarrolla en todas las esferas su robusta nacionalidad.

Cuando tras la sesión inaugural se reanudó la de los trabajos especiales del Congreso y el Dr. Zevallos sustituyó á Gache en la Presidencia á fin de dirigirlos, Vega Belgrano apoyó una proposición para declarar que en el orden de las ideas generales, y en un sentido abstracto respecto á la sociedad, el papel de la prensa debe ser dirigente, sin limitarse á ser el trasunto fiel ó espejo de esta misma sociedad: y como síntesis de sus ideas, las formuló en estas dos conclusiones: 1.ª La prensa debe dirigir y no reflejar la sociedad. 2.ª La prensa nacional debe combinar en sus columnas la información con la doctrina. Realmente, sobre el segundo inciso nada hay que decir, y este es, en todo el mundo culto, el papel que el periodismo desempeña; es decir, primero, el de informar con verdad, con precisión y con abundancia de noticias; segundo, criticar, juzgar y hasta dogmatizar en cuanto á ciencias políticas y so-

ciológicas atañe. Mas el primer punto no puede ser enteramente admitido. El papel dirigente de las sociedades es atributo esencial de los poderes que las rigen. Estos poseen todos los medios del conocimiento interior de todas las cosas públicas que á la industria particular, por diligente que sea, no puede llegar nunca en toda su extensión y verdad; ellos poseen además todos los instrumentos que hacen universal, uniforme y equitativamente la eficacia social de su dirección. Esta dirección debe ser personal, y el periodismo no tiene personalidad; tiene que ser ejecutiva, y el periodismo carece de acción; tiene que ir unida á una estrecha responsabilidad, y el periodismo es siempre irresponsable. Con que el periodismo refleje la sociedad; con que juzgue de los fenómenos sociales, para contribuir á su reglamentación en el terreno de lo ideal y de lo abstracto, cumple bastante su destino: lo demás sería entregar á una entidad que no es un poder lo que son únicamente atributos esenciales del poder.

De estos proyectos utópicos no han faltado temas y conclusiones propuestas, á pesar del gran número de las que rechazaron las comisiones constituídas y cuya lectura se prohibió. Una joven congresista, la señora Juana E. Blanco, tocada de la manía del humanitarismo, que tantas veces se confunde con las ideas de la verdadera caridad, pidió que el Congreso declarara que «la prensa argentina vería con placer que ella fuera la que promoviese una ley de protección para la infancia, procurando dar al niño una educación práctica para la vida». Las leyes de la Beneficencia en ninguna parte coartan la iniciativa de los particulares, ni la iniciativa de las corporaciones que quieren fundar, establecer y aun dirigir establecimientos de caridad. Casi todos los Estados del mundo la practican y sostienen institutos múltiples para aplicar y extender sus beneficios, y la dirección de la infancia asilada en ellos está constituída minuciosamente por la plausible tendencia de educarla de esa manera práctica para la vida que la señora Blanco quería convertir en atributo exclusivo de la

prensa. En Buenos Aires mismo ya se ha citado el ejemplo del periódico *La Prensa*, que á sus expensas costea la educación moral, intelectual y práctica de los mil doscientos niños que protege. La prensa, como colectividad, no puede encargarse de nada que salga fuera de los límites de su acción positiva y legal.

Una proposición presentó el Sr. Carlés y apoyó el Sr. Payró, que tiene indudable importancia, sobre las relaciones de derecho entre las empresas de los periódicos y los periodistas. Realmente, esta cuestión se aproxima bastante á las ideas universales que ponen en boga los problemas del socialismo, y analizada bien, sólo incluye una cuestión desnuda entre el capital y el trabajo. La fórmula de esta proposición, cuya conclusión fue aprobada, es la siguiente: —«El Congreso aspira á que las empresas de diarios se constituyan en sociedades accidentales y en participación entre todos los periodistas que formen las redacciones de los diarios, en las formas, bajo la protección de intereses y con las condiciones que estipulen los interesados.» —Esta proposición no es enteramente original, ni siquiera exclusivamente americana; pues en los mismos términos se ha formulado ya por el Presidente de la *Asociación de la Prensa*, de Roma, y se ha sometido al estudio del Ministro del Gobierno italiano, que en estos momentos informa sobre la nueva legislación de las reformas sociales.

La última proposición que se expuso y aprobó en la primera sesión del Congreso, fue la del Sr. Luis Bonaparte, concebida en estos términos: — «La misión y solidaridad de la prensa de la República en el sentido de radicar la presteza de las instituciones por medio de la propaganda, es una necesidad patriótica del presente.»

La segunda sesión del día 28 fue más laboriosa que la primera. El congresista Sr. Reyes apoyó una proposición sobre la implantación del juicio de Jurados en los delitos y faltas de Imprenta. Aunque la fundó su autor en los preceptos de la Constitución argentina, en la naturaleza de los delitos de la

prensa y en otras consideraciones atendibles, esta forma de enjuiciamiento se ensayó en Europa, cuando en todas partes el régimen de la prensa estaba sometido á legislaciones especiales, con todo género de trabas y garantías, y la verdad es que no dió resultados equitativos. ¿Quién no recuerda en España los Jurados del famoso bienio progresista de 1854 á 1856? Ningún Jurado sentenció jamás con independencia, pues si en la apreciación de los delitos comunes la ley de la imparcialidad es inherente á la conciencia de la rectitud, los delitos y faltas de imprenta se aprecian de ordinario por la inclinación apasionada que se profesa al instrumento del delito y al delincuente, y ni la severidad ni la lenidad suelen ir en estos fallos del brazo de la justicia. La conclusión del Sr. Reyes es la siguiente:—«*Artículo único*. El Congreso de la prensa argentina hace votos porque los Poderes públicos de la nación incorporen á la legislación del país el procedimiento de Jurados para el enjuiciamiento de los delitos y faltas de imprenta, el que calificará el hecho y le impondrá la pena que le corresponda.»

En esta sesión, la promoción verdaderamente importante fue la del Sr. Alejandro Ghigliani sobre *la moralidad en la noticia*. Esta proposición se formulaba así: «El primer Congreso de la prensa argentina hace públicos sus deseos de que en lo sucesivo la prensa nacional procure implantar la más estricta moralidad en sus secciones noticiosas como un homenaje al pueblo y á la dignidad profesional.» *La Nación* hace constar que la discusión de este tema convirtió la sala del Congreso en un campo de Agramante; mas, aunque con la enmienda del Sr. Della Coste, «la prensa *continuará manteniendo* la estricta moralidad», etc., fue aprobada, sentando un principio de indubitable importancia en la misión social de la prensa en todas partes.

La solicitud por la infancia llevó al Sr. Caracoche á proponer *mesas de lectura de periódicos para los niños* en las escuelas. El Congreso lo aprobó; el buen juicio lo rechaza. El periodismo tiene establecidas sus publicaciones especiales

para la infancia; pero estas publicaciones sólo les distraen los días de asueto y de descanso. La educación de la infancia en la inmensa noción de la enciclopedia del saber que hay que ingerir en el alma de los niños es ya un peso exorbitante, y ni aun como recreo son admisibles esas nuevas ocupaciones de su inteligencia. El tiempo otorgado al descanso lo solicitan los ejercicios corporales, que equilibran el desarrollo físico é intelectual, y el periodismo tiene puntos más elevados á que hacer llegar su misión que en distraer la recargada atención intelectual de los niños. Las proposiciones de los señores Carrasco y Cabezón sobre el duelo, el suicidio y el contagio del crimen por medio de la publicidad, entrañan problemas de alta sociología, sobre los cuales no se profundizaron como era debido temas de tanta importancia. Atribuir á la publicidad la responsabilidad de estos hechos sociales, es asunto sobre el cual hay que concordar muchos datos de observación y muchas estadísticas antes de decidirlo. La discusión, aunque muy prolongada, no fue profunda. El presbítero Villanova y Sánz la trató bajo un punto demasiado estrecho en la esfera exclusiva de la teología y de la religión. En cambio, el Sr. Moscarda, escritor militar, la echó por otros atajos. No medió en ella ningún verdadero filósofo, ningún verdadero estadista; con todo, las conclusiones acordadas fueron las siguientes: — *Sobre el duelo.*—1.° La prensa procederá como si el duelo no existiera. En consecuencia, se negará la publicidad á todo lo que se refiera á esta violación de las leyes.—2.° Siendo el objeto de la prensa informar ó convencer, toda frase ó palabra en que se trate de ultrajar se considerará como no escrita, salvo para la reprobación del lenguaje del que la haya escrito.—*Sobre el suicidio.*—1.° La prensa procederá como si el suicidio no existiera. En consecuencia, se negará la publicidad á todo lo que se refiera á esta violación de las leyes.—2.° Cuando las necesidades de la información hagan imprescindible referirse á la muerte de un suicida, se considerará el asunto como si se tratara de una muerte ordinaria, sin referencia

alguna á la voluntariedad del hecho.—3.° En cuanto á los delitos de homicidio y demás crímenes vulgares, se suprimirán los detalles circunstanciados de los hechos en todo cuanto puedan importar una satisfacción á la vanidad de los criminales ó son estímulo sugestivo para los lectores.—Estas conclusiones son muy sensatas, y si llegan á preceptuarse como obligatorias á la prensa argentina, bueno será que la de los demás países se las apropien para establecer una nueva regla de conducta, no sólo en nombre de la moral social, sino hasta como medicamento contra el asco que produce el espectáculo á que nos ha acostumbrado en estas relaciones repugnantes la imitación de la prensa de Francia en Europa y de la prensa yanqui en el Nuevo Mundo.

En otra proposición sabiamente aprobada también han tenido parte, ya como autores, ya como esclarecedores de la cuestión esencialmente sociológica, el Sr. Ingegnieros y sus impugnadores Vega Belgrano, Durá y Weigel Muñoz. Es la cuestión del día en el universo: la protección á la infancia. Las conclusiones acordadas son: 1.ª El Congreso hace votos por que la niñez no sea empleada como medio de la difusión del periodismo. 2.ª Porque se dicte una legislación protectora del trabajo de la infancia como la tienen los países más adelantados. 3.ª Porque se solicite de los diputados nacionales, que forman parte de este Congreso, que se hagan iniciadores de esa legislación del trabajo de la infancia. 4.ª Porque el *Círculo de la Prensa* estudie la manera de arbitrar los medios prácticos conducentes á suprimir el empleo de niños menores de catorce años, en el reparto y venta de hojas diarias y periódicos. 5.ª Porque el Congreso de la Prensa invite á las empresas periodísticas á cooperar á la instrucción y moralidad de los niños ocupados en las industrias tipográficas.

Como complemento de estas reformas morales, en lo que con la industria del periodismo se relaciona, todavía se presentó una proposición del Sr. Villanova y Sánz, haciendo declarar que el Congreso vería con agrado la asidua y unáni-

me propaganda del periodismo argentino para extirpar de nuestras costumbres callejeras lo que menoscaba la cultura social, como las palabras impropias á la divinidad, las frases de irrisión á los pobres y desvalidos, las groserías á las damas, las burlas ó los insultos á los sacerdotes, á fin de que, instruídos todos en la verdadera libertad y á pesar de las diferencias de opiniones políticas ó religiosas, se conviertan los parajes públicos en templos sagrados de nuestro respeto.

En la sección de asuntos económicos, al Sr. Vega Belgrano se le aprobaron dos conclusiones que se redactaron así: 1.ª La prensa nacional debe tener como ideal el ser un consumidor y contribuyente como los demás que componen el orden económico. 2.ª La prensa nacional, en su estado actual de relativa inferioridad financiera, debe tratar de proceder colectivamente, no parcialmente y menos por intermedio de los individuos que la forman, respecto de las empresas de navegación, ferrocarriles, etc., haciéndoles ver que de ningún modo es ella la única favorecida en ese intercambio de relaciones que mantienen, ni que las ventajas en los precios que ellas realicen son de complacencia, sino compensación de los casi pecuniarios que ellas reciben de los diarios y periódicos en forma de noticias, reclamos y avisos.

Mas en este orden, el Dr. Cittadini presentó una Memoria acerca de las *Instituciones protectoras y cooperativas entre periodistas*, que con el de *la moralidad en las noticias* y la creación del *Instituto de la prensa,* puede decirse que forman las ideas madres del Congreso argentino. La base de la Memoria del Dr. Cittadini descansa sobre este contenido, de incuestionable realidad en el mundo entero:—«*El trabajo intelectual está escasamente retribuído é impide al periodista aplicar en su provecho los principios del ahorro y de la previsión: trabajo ingrato, nervioso, de improvisación, sin descanso, gasta y consume el organismo humano; por lo tanto, del mismo modo que el* Círculo de la Prensa de Buenos Aires *ha creado un panteón donde descansen los restos mortales de los colegas que*

caen, el Congreso de la Prensa Argentina acuerda que para mejorar las condiciones de todos los periodistas del país, alejando de ellos los peligros de la vejez pobre y desamparada ó de la inhabilitación forzosa por la enfermedad, se cree en toda la República una obra de previsión colectiva con el fin de asegurar el porvenir económico y moral de los obreros de la inteligencia.»

A este proyecto hay que añadir el formulado por la misma comisión de las cuestiones profesionales, bajo estas bases: 1.ª Fundar una *Escuela de periodistas* en la capital de la República. 2.ª Confiar la dirección de la misma á la Comisión Directiva del Círculo de la Prensa. 3.ª Que esta *Escuela* sea anónima. 4.ª Que sea inaugurada para el 12 de Octubre del año actual, día del aniversario del descubrimiento de América, debiendo abrirse sus cursos el 1.° de Marzo de 1902.

Pueden darse por complemento de los trabajos del primer Congreso de la Prensa Argentina: 1.° La fundación de la *Asociación Nacional de los periodistas argentinos,* que ha de refundir el actual *Círculo de la Prensa.* 2.° La declaración de nacionalidad argentina, en el uso de su profesión, para los escritores de lenguas extranjeras que publican en la República periódicos redactados en ellas. 3.° La declaración de la conveniencia de que los grandes diarios se doten de redactores técnicos de las principales carreras, á fin de que sus trabajos contribuyan al torrente de la educación popular. 4.° Que los corresponsales, en el ejercicio de sus funciones, sean reconocidos con el carácter profesional de la prensa. 5.° Que periódicamente se celebren nuevos Congresos del periodismo y nuevas *Exposiciones de periódicos,* como la que ha tenido lugar durante las sesiones del actual.

Aunque la celebración del Congreso ha dado ocasión á fiestas especiales como la recepción del Intendente de la Municipalidad, el Banquete de clausura y confraternidad, la visita al puerto y la expedición á la fábrica de Quilmes y á los mataderos de Liniers, su parte moral ha sido consagrada

de una manera tan solemne como grandilocuente por el discurso de su presidente el Sr. Zevallos, de tal oportunidad, de tal amplitud de miras, de tal universalidad de crítica y de conceptos, que puede decirse que es aplicable, del mismo modo que á la Argentina, á todos los pueblos cultos que con unos mismos fenómenos sociológicos viven dentro del régimen de la publicidad, bajo las instituciones que vigoriza el imperio de la opinión. La verdadera importancia de la reunión de este Congreso, es haber en él sometido el organismo y la constitución de la prensa á una reglamentación totalmente libre, totalmente espontánea, y bajo la cual no pueden profesarse más principios que los que el Sr. Zevallos establece por lema de esta constitución; es decir: ¡Honor! ¡Talento! ¡Patriotismo! La *Escuela de la Prensa* es lo que forma su ideal. En los Estados Unidos existen, existen en Francia, existen en Alemania, y aunque estas últimas sean las más dignas de imitación, *la Escuela de los periodistas argentinos,* con justos títulos, aspira á ser original. Cada país tiene su genio: al periodista francés no importa dilatar sus conocimientos prácticos por los caminos por donde el periodista alemán los dirige: el periodista francés no tiene más público que el del *boulevard;* el periodista americano ha de ser el periodista de los *trusts,* y sólo el periodista alemán es el periodista de las Cortes y de la alta vida internacional. El periodista argentino debe ser el preparador de esa gran nacionalidad hispanoamericana que se levanta á las orillas del Atlántico, que ya puede disputar la supremacía en el poder y en los intereses de los pueblos de su raza en aquel hemisferio, aunque estén dotados de mayor población que la que ella posee, y que, siguiendo en su progresión ascendente, un día podrá disputar hasta al Norte sus influencias americanas; otro día ¿quién sabe? al Norte y á todos los navegantes la supremacía del Atlántico. El periodista argentino no es más que el soldado que lucha por esta noble epopeya. ¡Edúquese para ella! ¡Adelante! ¡Adelante!

Nicolás Pérez Merino.

LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

DE FITZMAURICE-KELLY.

Confieso que siempre he profesado en cuanto á los Manuales y Epítomes de cualquier arte ó ciencia, aquel viejo y trillado aforismo *compendia sunt dispendia,* no sólo porque hacen perder tiempo á quien los escribe, sino porque sirven de poca ayuda, y aun suelen extraviar á quien por ellos quiera adquirir recto y adecuado conocimiento de las cosas. Sólo la investigación propia y directa puede conducir á este fin, tanto en las ciencias históricas como en todas las demás que tienen por base la observación y la experiencia. Con ser tan elemental esta verdad, conviene inculcarla en la mente de nuestros estudiosos, puesto que en España, más que en ninguna parte, se abusa de los fáciles medios de enseñanza que, simulando el conocimiento real, llegan á producir una ilusión doblemente funesta, y aun suelen incapacitar al sujeto para toda labor formal y metódica. Al empleo continuo (que muchas veces degenera en mecánica repetición) de los llamados *libros de texto,* de los programas y de los apuntes de clase, se debe, en mi concepto, más que á ninguna otra causa, la actual postración de nuestra enseñanza dentro y fuera de las escuelas oficiales, con las honrosas excepciones que deben establecerse siempre en tal materia. El hábito vicioso de no estudiar en las fuentes, de no resolver por sí mismo cuestión ninguna, de tomar la ciencia como cosa

hecha y dogma cerrado, basta para dejar estéril el entendimiento mejor nacido y encerrarle para siempre entre los canceles de la rutina. Nadie posee ni sabe de verdad sino lo que por propio esfuerzo ha adquirido y averiguado, ó libremente se ha asimilado. Descansar sobre el fruto de la labor ajena por excelente que ella sea, parece indigna servidumbre, contraria de todo punto al generoso espíritu de independencia que en sus días más fecundos acompañó inseparablemente al pensamiento español. Y no se ha de entender que esta censura alcance sólo á los rezagados partidarios de la tradición mal entendida, sino que de igual modo recae sobre los espíritus abiertos con demasiada franqueza á cualquiera novedad, por el solo hecho de serlo ó parecerlo.

Pero con esta salvedad indispensable, hay que reconocer que tienen los compendios, cuando están bien hechos, diversos géneros de utilidad, que en ocasiones puede ser altísimo mérito. Sirven principalmente para recordar lo sabido, presentándolo en orden sistemático y haciendo el inventario de la ciencia en cada momento de su historia. Si el investigador corre el peligro de perderse entre las nociones dispersas y los hallazgos parciales, un buen Manual, que nunca podrá sustituir á las monografías, tiene en cambio la ventaja de dar á los resultados de ellas su propio y justo valor dentro del cuadro general de la ciencia. Hasta el más docto en cualquier ramo del saber, no puede serlo por igual en todos los puntos que abraza: en muchos necesita de ajena indicación y guía, y aunque no hicieran otro bien este género de libros que el de mostrar las fuentes y evitar lecturas inútiles y pesquisas ya hechas, sería patente el provecho que de ellos pueden sacar aun los más presumidos de originales y más desdeñosos del concurso ajeno.

No ha de olvidarse tampoco que la creciente difusión de la cultura ha multiplicado las necesidades intelectuales, forzando á todo espíritu científico ó meramente reflexivo á enterarse de muchas cosas que no tocan directamente al arte ó ciencia que

cada cual profesa, pero que son indispensables dentro de la educación humana, si no ha de torcerse y viciarse con cualquier género de exclusivismo, engendrador fatal de toda pedantería é intolerancia. Claro es que este género de nociones no se adquieren sólo en los tratados elementales, y el que no haya visto otra cosa, nada sabrá con fundamento, pero á lo menos despiertan la curiosidad y preparan y capacitan la mente para recibir la sólida nutrición de los hechos y de sus leyes. Así, en el caso presente, puesto que de historia literaria se trata, lo que más importa, no sólo al que la profesa, sino al mero aficionado, no son los libros de crítica, sino los mismos monumentos literarios contemplados cara á cara como los de otro arte cualquiera. Pero no hay museo sin catálogo, ni es pequeño mérito hacer un catálogo bueno. La insensatez sería imaginar que la descripción más completa, el inventario más minucioso, el más elocuente discurso, pudieran suplir en ningún caso á la visión directa de la obra de arte ni á la impresión personal que en cada uno de los contempladores deja. Duele decirlo, pero es forzoso: la historia de la literatura, tal como entre nosotros suele enseñarse, reducida á una árida nomenclatura de autores que no se conocen, de obras que no se han leído, ni enseña ni deleita, ni puede servir para nada. Hay que sustituirla con la lectura continua de los textos clásicos y con el trabajo analítico sobre cada uno de ellos. El Manual puede servir de preparación, de ayuda, de recordatorio; pero siempre ha de ser un medio, jamás un fin.

Y conviene, además, que este instrumento de trabajo sea lo más perfecto posible y se renueve continuamente, siguiendo todos los progresos de la ciencia. Los estragos que causa un Manual atrasado de noticias, pobre en los juicios, incoherente y superficial, son á veces irremediables. Debe tener, además, ciertas condiciones literarias que permitan leerlo seguido, una vez por lo menos, antes de convertirse en libro de consulta.

Si en todas materias importan estas condiciones, en historia literaria son indispensables. Porque la historia literaria se

ha renovado enteramente en nuestros días, y, salvo muy calificados precedentes, puede decirse que es una creación del siglo XIX. Tal como hoy la entendemos, juntando el sentido estético con la curiosidad arqueológica, poniendo á contribución la psicología y la sociología, está ya tan distante de sus modestos orígenes, que parece una nueva y genial invención, una ciencia nueva que de otras muchas participa y con sus despojos se enriquece.

Antiguamente la crítica de los autores, estudiados por lo común bajo la mera relación del estilo, solía englobarse en los tratados de preceptiva, á modo de comprobación experimental de la doctrina retórica que en ellos se inculcaba (así Blair, Batteux, Hermosilla...) ó bien servía de introducción á los florilegios y crestomatías de poetas y prosistas, como vemos, sin salir de España, en las dos excelentes colecciones de Quintana y Capmany, que todavía no han envejecido ni han sido sustituídas por otras mejores; ó en los discursos preliminares que el abate Marchena y D. Manuel Silvela pusieron á sus respectivas antologías, publicadas en Burdeos casi simultáneamente y como en competencia. Existían, además, entre nosotros, eruditos y voluminosos libros á tenor de la *Historia literaria de Francia,* de los Benedictinos, ó de la de *Italia,* de Tiraboschi, aunque ni remotamente podían competir con estos dos egregios monumentos de ciencia sólida y erudición vastísima, que ven pasar una edad y otra sin que se conmueva su indestructible fundamento. Ni el fárrago de los Padres Mohedanos, que no llegaron siquiera á acabar la época hispanoromana, por haberse distraido en impertinentes disertaciones, ajenas de todo punto á la literatura; ni la temeraria y superficial, aunque á veces ingeniosa, y no siempre desacertada, apología del abate Lampillas; ni otras tentativas todavía menos felices, podían sacar la historia de nuestras letras del caos en que yacía, á pesar de la buena voluntad y loable patriotismo de sus autores. Nuestra única historia literaria continuaba siendo la grande obra bibliográfica de D. Nicolás An-

tonio, admirable para su tiempo, pero que ya en el siglo XVIII parecía incompleta y requería corrección y aumento, que debió, en parte, á las inves-tigaciones de muchos eruditos de aquella centuria, autores de bibliografías y de monografías dignas de encomio. La arqueología literaria recordará siempre con respeto el nombre del Padre Sarmiento, autor del primer ensayo formal sobre los orígenes de nuestra poesía, y todavía más el nombre de D. Tomás Antonio Sánchez, primer editor y comentador de los poetas anteriores al siglo XV, tarea en que mostró condiciones de método y crítica muy superiores á su tiempo. En otro género, Moratín abrió largo camino con su memorable libro de los *Orígenes del teatro,* que junta al atractivo de las noticias enteramente peregrinas cuando él escribía, los aciertos de una crítica sana y discreta, aunque algo limitada y poco expansiva, y la gracia insuperable de una prosa que es modelo de tersura y sencillez elegante.

Pero con la excepción casi única de Moratín, que buscaba principalmente en su tarea erudita algún solaz para su ánimo, tan contristado y melancólico en s us últimos años, hubo una especie de divorcio entre la crítica que pudiéramos llamar retórica y la arqueológica. Mientras la primera se limitaba á elogiar ó censurar algunas obras (que siempre solían ser las mismas), basando el juicio en ciertos preceptos tenidos entonces por infalibles (sentido que todavía persiste en las anotaciones de Martínez de la Rosa á su *Poética)*, la segunda solía prescindir sistemáticamente del valor de la forma, y aun daba entrada en el cuadro de la literatura á todo género de producciones científicas ó meramente útiles, estimándolas á todas como documentos curiosos de los siglos pasados, sin preocuparse para nada de su valor intrínseco.

Vino á cambiar el aspecto de las cosas la aparición y difusión de la nueva disciplina llamada Estética ó Filosofía de lo Bello, que, reintegrando el valor del elemento puramente artístico, trajo un nuevo concepto de la literatura, dentro del cual vivimos, y que muy pronto hubo de manifestarse en

las nuevas historias que primeramente en Alemania y luego en los demás países comenzaron á escribirse, siendo de las primeras y más leídas la del kantiano Bouterweck, en que se concedió notable espacio á las literaturas castellana y portuguesa, mostrándose el autor bastante versado en la primera, y todavía más en la segunda. Siguió muy de cerca sus huellas, sin mejorarle casi nunca, el ginebrino Sismondi en su *Historia de las literaturas del Mediodía de Europa*, libro muy ruidoso en su tiempo y ya olvidado, no sólo por lo insuficiente de sus datos y la gran cantidad de sus errores, sino por el punto de vista estrecho y fanático en que el autor se coloca, con todo el fervor de la intolerancia protestante más enconada.

La decadencia del pensamiento español había llegado á tal punto en el primer tercio del siglo XIX, que á falta de una historia de la literatura nacional que nadie se cuidó de escribir (puesto que el único que era capaz de hacerla, es decir, Don Bartolomé Gallardo, se pasó la vida acumulando inmensos materiales que á todos han aprovechado menos á él), se tradujeron primero la obra de Bouterweck y luego la de Sismondi, á pesar de los crasos errores en que abundan una y otra, y de las injurias al nombre de nuestra patria que tanto afean las páginas de la segunda. Fortuna fue, en medio de todo, que cayesen en manos de buenos traductores, que añadieron mucho y rectificaron bastante, con lo cual se atajaron algunos inconvenientes y se remedió la necesidad del momento.

Cuando la enseñanza de la historia literaria que ya habían profesado, aunque por breve tiempo, Estala y otros en los antiguos Estudios de San Isidro, fue renovada por el plan de 1845, y entró en el cuadro general de las asignaturas universitarias, el mismo Director de Instrucción Pública que redactó aquel plan, encontró muy útil, y asimismo muy lucrativo para él, componer un libro de texto é imponerle á todos los establecimientos del Reino. Así nació el *Manual de Literatura* de D. Antonio Gil y Zárate, que ha servido de texto á varias generaciones de estudiantes, y que por sus condiciones

didácticas merece relativa alabanza, si se le compara con casi todo lo que ha venido después. Gil y Zárate, que aun en el teatro, su principal vocación, no pasó de una discreta y laboriosa medianía, no tenía, ciertamente, el fondo de erudición y de crítica necesario para escribir un libro de este género; y, en realidad, puso muy poco de su cosecha, limitándose á compilar, muchas veces en términos textuales, las noticias y los juicios que halló en el *Teatro de la elocuencia* de Capmany para los prosistas, en las introducciones de Quintana para los poétas épicos y líricos, en los *Orígenes* de Moratín y en las *Lecciones* de D. Alberto Lista para el teatro. Pero como tales escritos eran de lo mejor que hasta entonces había, el compendio de Gil y Zárate participó de las buenas cualidades de sus modelos, y se comprende que corriera con estimación. Al cabo, los fragmentos zurcidos tenían valor, y era un literato de profesión quien los había ordenado, con cierto criterio tolerante y ecléctico.

Pero no á todos podía satisfacer tan mezquina sinopsis. La literatura española, considerada al principio como un apéndice de la clase llamada de literatura general ó de preceptiva literaria, comenzaba á emanciparse, y se había fundado ya una cátedra especial para su enseñanza. Coincidió con esta novedad universitaria la aparición en lengua castellana de la obra del norteamericano Ticknor, traducida del inglés por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia, y tan copiosa y doctamente adicionada por los traductores (en especial por el primero, á quien pertenecen casi todas las notas), que podía considerarse como una obra en gran parte nueva. Hoy mismo, el texto original de Ticknor es mucho menos consultado y estimado por los eruditos de todas las naciones que esta versión española ó la alemana de Julius, enriquecida con un suplemento de Fernando Wolf. Del libro de Ticknor puede decirse mucho bueno y mucho malo, según el punto de vista en que nos coloquemos. Si se le mira como Manual bibliográfico, su mérito fué eminente y su utilidad innegable:

las indicaciones que contiene son casi siempre precisas y seguras, aunque en algunos capítulos muy incompletas. Todo trabajo de este género está condenado á envejecer muy pronto, pero el de Ticknor no ha envejecido del todo, y en algunas secciones resiste á la acción destructora del tiempo. Lo que menos vale en él, lo más anticuado y lleno de errores es, sin duda, la historia de la Edad Media; pero téngase en cuenta que ésta ha sido renovada por entero en España y fuera de España durante estos últimos años, y que Ticknor no alcanzó la mayor parte de estos descubrimientos, ni estaba preparado, por su educación exclusivamente clásica, para asimilarse los que ya se habían hecho en su época. Hay en toda la obra una falta de orientación crítica, una vaguedad y superficialidad de pensamiento, una falta de penetración estética, que no pueden disimularse con toda la erudición del mundo. Rara vez pasa de la corteza de los libros; sus juicios son muchas veces de insigne trivialidad, y otras resultan contradictorios hasta en los términos. Amontonadas, además, en breve espacio todo género de obras, buenas y malas, ni las primeras lucen como es debido, ni es posible formarse idea del conjunto, ni creo yo que nadie, y menos un lector extranjero, pueda, sin otro guía que Ticknor, distinguir, en medio de esa confusión, las verdaderas cumbres de nuestra literatura.

No ya autores, sino géneros enteros de nuestra literatura, fueron enteramente inaccesibles para Ticknor. De ascéticos y místicos no se hable. Santa Teresa ocupa menos espacio en su historia que cualquier dramaturgo ó novelista de tercer orden. A Fray Luis de Granada se le despacha en una página, y á San Juan de la Cruz en media. Y no es lo peor la concisión, sino la vaciedad de la crítica, y á veces el olvido de nociones muy elementales. De Fray Luis de León dice, por ejemplo, que escribió sus odas en *quintillas nacionales,* confundiendo, por inadvertencia ó por falta de oído, combinaciones métricas tan diversas como las quintillas y las *liras* italianas.

No tienen por objeto estas observaciones disminuir de ninguna manera el justo crédito de una obra en que tanto hemos aprendido los españoles, y que tanto ha servido para dilatar por el mundo la noticia de nuestros varones insignes en letras, y despertar la afición y la curiosidad por nuestros libros. El servicio que Ticknor hizo á la vulgarización de nuestra literatura, sólo puede compararse con el que Stirling hizo á la historia de nuestras artes. La lengua, poco menos que universal, en que escribieron; la misma ligereza de su crítica; la ausencia de toda pretensión dogmática y transcendental, y el conocimiento positivo que tenían de los detalles, les proporcionaron lectores de todo género y en todo país, y prepararon el campo para estudios más severos.

Aunque la obra de Ticknor no hubiera tenido en España más resultado que suscitar indirectamente la aparición de la *Historia crítica* de Amador de los Ríos, primera de su género escrita por pluma nacional, deberíamos estar agradecidos al laborioso y erudito ciudadano de Boston. La *Historia crítica,* que en siete grandes volúmenes llega sólo hasta las postrimerías de la Edad Media, no pertenece al género de los Manuales, y por consiguiente, no debemos juzgarla aquí, ni es empresa para acometida en pocas líneas. Saludémosla como un venerable monumento de ciencia y paciencia, de erudición y patriotismo, imperfecto sin duda como todas las obras humanas, y más las de tan colosales proporciones, pero digno de todo respeto por la grandeza del plan, por la copia enorme de materiales nuevos, por la amplitud de la exposición, por los frecuentes aciertos de la crítica y aun por el vigor sintético de algunas clasificaciones. Partes hay en esta vasta construcción que el tiempo va arruinando. Es ley fatal de las ciencias históricas vivir en estado de rectificación continua. El estudio comparado de las literaturas, que en tiempo de Amador apenas había nacido, ha hecho luego tales progresos, y muestra hoy tal pujanza, que por sí solo desata muchas cuestiones imposibles de resolver dentro de una literatu-

ra sola. A esta luz se han aclarado muchos enigmas de nuestra poesía épica, de los orígenes de nuestra lírica, de la generación de los cuentos y las fábulas; y en algunas cosas ha cambiado enteramente el punto de vista, y hasta el orden cronológico de los documentos. Pero los mismos adversarios de Amador tendrán que acudir siempre á su obra en busca de armas para impugnarle, rindiendo justo tributo á su labor inmensa y honrada, al tesón férreo de su voluntad, á la natural perspicacia y solidez de su espíritu, ya que no otorguen igual alabanza al estilo por demás enfático y pomposo con que solía abrumar sus doctas enseñanzas.

Coincidió con este grande esfuerzo la *Biblioteca de Autores Españoles,* en cuyos prólogos, muy desiguales por otra parte, se encuentran notables capítulos de historia literaria, y hasta algún período de ella magistralmente tratado. Nada substancial hay que añadir, por ejemplo, á la bella introducción que D. Leopoldo A. de Cueto puso á los poetas líricos del siglo XVIII, y en la cual se contienen además preciosas indicaciones sobre el movimiento general de las ideas en aquella centuria. El *Romancero,* de Durán, tesoro de la tradición épica; la magistral, aunque no terminada, edición de Quevedo, por D. Aureliano Fernández-Guerra; la de Santa Teresa, por D. Vicente de la Fuente; el elocuente estudio de González Pedroso sobre los autos sacramentales; algunos de los tomos de Hartzenbusch relativos al teatro; la introducción de Gayangos á los *Libros de Caballerías,* y hasta los ensayos algo prematuros de Aribau y Navarrete sobre los novelistas anteriores y posteriores á Cervantes, son trabajos que honran la memoria de sus autores, y tampoco son los únicos que en la colección deben recomendarse. No todos los eruditos empleados en ella mostraron el mismo celo y conciencia; pero, en conjunto, la empresa fue altamente meritoria. Mucho falta en ella, y algo sobra; pero si tal publicación no existiese, sería, para la mayor parte de las gentes, tierra incógnita la antigua literatura castellana, que, merced á ella, dejó de ser patri-

monio exclusivo de los bibliófilos y entró en la circulación general.

Con los prólogos, buenos y malos, de la *Biblioteca* de Rivadeneyra; con los Manuales de Gil y Zárate y Ticknor, y, á lo sumo, con algunos extractos de Amador de los Ríos, en lo concerniente á la Edad Media, han venido compaginándose los libros de texto que han corrido con más ó menos fortuna en nuestras aulas. Apenas hay otra excepción apreciable que la no terminada *Historia de la literatura española,* del distinguido profesor de Sevilla Fernández-Espino, que trató de los prosistas y poetas líricos del siglo XVI, con estudio directo, con buen gusto y crítica acertada en general, ya que no muy nueva y profunda. Pero esta obra quedó suspendida en el tomo primero, y faltan en ella por completo la historia del teatro, la literatura del siglo XVII y la del XVIII.

De los restantes, prefiero no hablar, por consideraciones bien obvias. Algunos de sus autores eran capaces de hacer mucho más de lo que hicieron; pero el perverso sistema de nuestra enseñanza, el contagio del medio ambiente, los condenó al deslucido papel de repetidores y rapsodistas. Otros no tenían vocación literaria, y olvidaron hasta el elemental principio de leer los autores sobre cuyas obras pretendían formular sentencia. Era más cómodo hacer críticas con críticas, y de este modo se han venido perpetuando y acrecentando los errores hasta un grado increíble. Ni en esto se advierte gran diferencia entre los Manuales salidos de la Universidad y los que se han escrito fuera de ella. *Iliacos intra muros peccatur et extra.* Noticias mandadas recoger hace medio siglo; juicios estereotipados de la antigua preceptiva; vaguedades ampulosas, con disfraz de filosofía: tal es el desabrido manjar que suele ofrecerse á nuestra juventud, en sustitución de la más amena de las enseñanzas. Ni siquiera puede consolarse con la lectura de los textos, porque entre nosotros (vergüenza da decirlo) apenas se conocen las ediciones críticas para los estudiantes, ni siquiera las crestomatías bien anotadas; y las po-

cas y ya antiguas que tenemos, por raro caso llegan á sus manos. ¿Quién nos dará, por ejemplo, algo que se parezca al *Handbuch der Spanischen Literatur,* de Luis Lemcke, que Alemania disfruta desde 1855?

Angustia el ánimo la lectura de las compilaciones á que aludo. De ellas puede decirse con verdad que son mera apariencia y simulacro de libros. Quien por ellas nos juzgue, nos supondrá cuarenta años más atrasados de lo que realmente estamos. Y téngase en cuenta que en el último tercio del pasado siglo la historia de la literatura española ha sido renovada por completo en todos sus géneros y en todos sus períodos, por obra de extranjeros y de españoles, y que este trabajo crítico, lejos de descender, va aumentando con rapidez pasmosa, sin que haya día que de Francia, de Italia, de Inglaterra, de la América anglo-sajona, y sobre todo de la redentora Alemania, á quien debimos la primera y más profunda rehabilitación de nuestro genio nacional, vengan en tropel monografías, tesis doctorales que son libros, ediciones críticas y cada vez más acrisoladas de nuestros clásicos, y hasta bibliotecas enteras y revistas especiales consagradas al estudio de las literaturas de la Península española. ¡Cómo contrasta esta alegre y zumbadora colmena, en que todo es actividad y entusiasmo, con el triste silencio, con el desdén afectado, y hasta con la detracción miserable que aquí persigue, no ya las tareas de los modestos cultivadores de la erudición, que encuentran en ella goces íntimos mil veces superiores á todos los halagos de la vanidad y de la fama, sino lo más grande y augusto de nuestras tradiciones, lo más sublime de nuestro arte, lo más averiguado é incontrovertible de nuestra historia, que suele calificarse desdeñosamente de *leyenda,* como si hubiésemos sido un pueblo fabuloso, y como si la historia de España no la hubiesen escrito en gran parte nuestros enemigos y aun en sus labios no resultase grande!

Designio providencial es, sin duda, que los de fuera sean los llamados á vengar á la España antigua del vil menospre-

cio en que la tienen sus descastados herederos. Gracias á esa labor inmensa, que aquí con buena voluntad secundamos unos pocos, tendrá, quien de buena fe los busque, consuelo para lo presente, advertencia y enseñanza para lo porvenir, y logrará el bien inestimable de vivir en comunión con el espíritu de su raza y considerarse solidario de su tradición: lazo sagrado que no se rompe nunca sin tanto daño de los individuos como de los pueblos.

Aliados nuestros son en esta campaña, y tanto más dignos de agradecimiento cuanto son más desinteresados sus esfuerzos, los doctos de otros países que escriben con amor é inteligencia sobre cosas españolas; y con ellos debemos cultivar relaciones cada día más frecuentes y amistosas, pospuesta toda mezquina rivalidad, domada toda sugestión de amor propio, y hasta perdonando, cuando necesiten indulgencia, las asperezas injustas de la crítica, los desahogos de mal humor, los alardes de superioridad petulante, siempre que estos defectos de crianza y cortesía, más que de literatura, vayan compensados con méritos positivos, con servicios y obsequios reales al ídolo de nuestros amores, á la inmortal y desventurada España, en cuyas aras debe consumir el fuego todo sentimiento impuro y menguado, de iracundia ó de vanagloria.

No hay que hacer reserva alguna respecto de hispanistas como el Sr. Fitzmaurice-Kelly, que más bien deben calificarse de *hispanófilos,* y en algún caso de *hispanis hispaniores,* como se ha dicho de algunos críticos alemanes. Años hace tiene ganada entre nosotros una especie de ciudadanía literaria, á la cual le dan pleno derecho su *Vida de Cervantes*, una de las mejores que en ninguna lengua se han escrito, sus elegantes reproducciones del más antiguo *Quijote* inglés y de la más antigua *Celestina* (traducciones de Shelton y Mabbe), con prólogos que demuestran tan buen gusto como erudición; y sobre todo, su magnífica edición castellana de *El Ingenioso Hidalgo,* donde podemos leer con más seguridad que en otra alguna el texto de la obra inmortal. Trabajos de este género eran la más

sólida preparación para el compendio publicado en 1898, obra de poco volumen, como destinada á formar parte de la serie de Manuales literarios del editor Gosse, pero superior en miras críticas y en acierto de ejecución á otras mucho más extensas. Basta leerle, en efecto, para convencerse de que Mr. Kelly posee la materia de que habla, si bien no la domine por igual en todos sus pormenores, cosa difícil de exigir á quien abarca un cuadro tan vasto. La información, muy completa en algunas partes, no lo es tanto en otras: por lo común, la exposición está hecha sobre las fuentes, pero hay puntos en que el autor no ha podido menos de ayudarse de los estudios ajenos, incorporando sus resultados con buen criterio, y valiéndose, en general, de las últimas y más apreciables investigaciones. La bibliografía está al corriente, y es muy poco lo que en ella hay que añadir ó enmendar.

Pero otros méritos mucho más raros y de especie más alta avaloran el libro presente. Fitzmaurice-Kelly no es un árido erudito, sino un fino y delicado literato, un hombre de gusto y de alma poética, que siente con viveza lo bello y lo original, y expresa con elegancia y hasta con calor su entusiasmo estético. Aun en los límites de un compendio logra evitar la sequedad y se hace leer con agrado. Versado en todas las literaturas modernas, y muy especialmente en la francesa y en la de su país, ameniza su trabajo con curiosas comparaciones, con reminiscencias familiares á los lectores británicos; y traza indirectamente, á la vez que la historia de la literatura española, la de su influencia en Europa y sus relaciones con las demás literaturas, ofreciendo en este punto novedad, singularmente para los españoles. Irlandés y de origen católico, el Sr. Kelly se muestra exento de la mayor parte de las preocupaciones inglesas, más duras y tenaces que las de ningún pueblo, y comprende y estima el carácter peculiar de nuestra civilización, aun en aquello que es antítesis viva del pensamiento y del carácter inglés. Todo el libro deja una agradable impresión de *dilettantismo* artístico, semejante al de las obras de

Schack, y aunque no tiene la profundidad de algunas páginas de Wolf y de Clarus, participa del hospitalario y generoso espíritu de la crítica alemana de los tiempos románticos.

Lleva la presente edición española grandes ventajas al original inglés, hasta el punto de poder estimarse como obra nueva. Parte de estas mejoras se deben al autor mismo, que, con loable conciencia, ha sometido el texto á escrupulosa revisión, corrigiendo en él la mayor parte de los descuidos que notó la crítica cuando por primera vez se dió á la estampa, y otros varios que se ocultaron á los censores. Ha tenido, además, este libro la buena fortuna, que pocos logran, de dar en manos de un traductor tan inteligente como modesto, que, además de cumplir su trabajo de intérprete con la mayor bizarría, ha ocultado en la humilde forma de notas un caudal de doctrina propia y bien digerida, de que otros hubieran hecho pomposo alarde en libros que llevaran su nombre. El Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín, uno de los jóvenes de mayor cultura, de más sólidos y varios estudios, y de mejor dirección crítica que hoy tenemos en España, ha hecho este excelente trabajo como por vía de pasatiempo en sus graves tareas jurídicas y filosóficas, de las cuales hemos visto ya excelentes muestras en algunos opúsculos y en la versión de un diálogo platónico, y tendremos pronto copioso fruto en la *Biblioteca de juristas españoles de la Edad Media* y en el libro que prepara sobre la vida, obras y doctrina del gran pensador valenciano Juan Luis Vives.

Retocado y mejorado en esta forma el *Manual de Literatura Española* por los esfuerzos aunados del autor y del traductor, que han estado en correspondencia asidua mientras este volumen se imprimía, sale á luz sin necesidad de ociosos encomios; y él se abrirá seguramente camino, siendo tan clara la ventaja que lleva á los anteriores, sin excluir acaso el de Ticknor, que es mucho más extenso, pero mucho menos crítico, y que, como quiera que sea, pertenece á una categoría de obras muy distinta.

Aquí pudiera terminar este prólogo, y sin duda ganarían en ello los lectores; pero el honroso encargo que autor, traductor y editor me han confiado, parece que exige de mí algunas palabras más sobre ciertos puntos en que mi opinión difiere de las consignadas en este *Manual*, y sobre algunos vacíos que en él me ha parecido notar. Entiéndase que lo que voy á decir no lleva ni asomos de censura magistral, ni es más que un buen deseo de que este libro logre en las sucesivas ediciones, que probablemente ha de tener, toda la perfección posible. Numeraré estas observaciones para mayor claridad:

I. Tratando por incidencia de la fabulosa *Crónica de Turpín,* se indica como muy probable que los primeros capítulos fueron escritos por un monje español anónimo en Santiago de Compostela. Tal opinión tiene, ó ha tenido, en su favor, la autoridad más grande en estas materias, la de Gastón Paris en su memorable tesis latina: *De pseudo-Turpino* (1865). Pero hay graves razones que mueven á creer que, aunque el falsario escribía en Galicia, no era español, sino francés: uno de los muchos monjes galicanos que cayeron sobre España como sobre país conquistado, y que sirvieron grandemente á las pretensiones de la Iglesia compostelana. Es imposible que un español ignorase en tanto grado la historia de su pueblo, y que profesase tal odio y aversión á sus compatriotas, y desfigurase de tan odiosa manera sus hechos. Muchos afrancesados hubo en Compostela, allá por los buenos tiempos de Dalmacio y de Gelmírez, pero ninguno llegó á tal extremo. Hay sobre esta cuestión estudios muy dignos de tenerse en cuenta: uno de D. Andrés Bello, en los *Anales de la Universidad de Chile* (1852-58) (1), que llega á atribuir la falsificación al mismo Dalmacio, obispo de Iria, que era francés de nación, como es notorio; y otro de Dozy en la tercera edición de sus *Re-*

(1) Reproducido en el tomo VI de la monumental edición de las *Obras Completas* del sabio americano, hecha en Santiago de Chile.

cherches (1881), tan semejante al de Bello en argumentos y conclusiones, que sin temeridad puede creerse, no sólo que el famoso orientalista holandés tuvo á la vista el trabajo del grande y modesto profesor americano, sino que le explotó ampliamente, aunque tuvo buen cuidado de no citarle ni una vez sola.

II. La calificación de *vasco*, dada á D. Alonso de Ercilla en un pasaje de la introducción, y no corregida en el texto, ha de entenderse de la oriundez y no del nacimiento, puesto que consta por su partida de bautismo (*Boletín de la Academia de la Historia*, tomo XII, 447) que era madrileño, cristianado en la parroquia de San Nicolás. Aun de su padre el jurisconsulto Fortun García se disputa si nació en Bermeo ó en Sevilla.

III. Trata el Sr. Fitzmaurice-Kelly con mucha discreción y pulso la cuestión relativa á la supuesta influencia arábiga en la poesía castellana; pero, á mi ver, concede demasiado á los sostenedores de ese mito, suponiendo que el Marqués de Santillana imitó de caso pensado la forma métrica de un *zachal* ó de una *muvaschaja* árabe. No es inverosímil que el Marqués llegara á aprender algo de árabe vulgar, en el tiempo que fue frontero contra Granada; pero los versos que Schack cita, y á los cuales el Sr. Fitzmaurice alude, son una de tantas serranillas, cuya filiación y tipo métrico ha de buscarse en la lírica provenzal, ó, mejor por ser más inmediata, en la galáico-portuguesa.

IV. El *Cesáreo* citado como autor de romances insertos entre los de Lorenzo de Sepúlveda, y por cierto mucho mejores que los de ese autor, no es ningún poeta de este apellido, sino un anónimo que se encubrió con el título de «caballero *cesáreo* (es decir, servidor de Carlos V), cuyo nombre se guarda para mayores cosas», y que, por algunos indicios, puede conjeturarse que fue el *magnífico caballero* Pero Mexía.

V. Aun dadas las proporciones exiguas de un compendio, me parece demasiado breve el espacio que en éste se concede

á los poemas de *Alexandre* y de *Fernán González,* dignos de consideración, no sólo por su antigüedad, sino por otras circunstancias. El primero de estos poemas, sea ó no de Berceo, (como sostuvo D. Rafael Floranes y vuelve á sostenerse ahora) es la primera aparición de dos temas clásicos, el de Alejandro y el de Troya, en la literatura española, y tiene pasajes escritos con verdadero talento poético y cierta elevación de estilo, aunque el conjunto sea árido y fastidioso. El *Fernán González* vale mucho más, y sus leyendas poco se parecen á las de Berceo. Son leyendas épicas interpretadas y refundidas por un poeta monástico; y como quiera que los primitivos *Cantares de gesta,* relativos á Fernán González, han perecido y sólo nos queda este *rifacimento* en forma de *mestér de clerezia,* no hay para qué encarecer lo mucho que importa en la historia de nuestra poesía épica-histórica.

VI. Mayor espacio hubiera yo deseado también para la *Grande e general Estoria* del Rey Sabio, obra cuya importancia no ha sido aún rectamente aquilatada, y en la cual se hizo mucho más empleo de las fuentes orientales que en la *Crónica general.* Se conoce que el Sr. Fitzmaurice-Kelly no ha tenido tiempo ú ocasión de examinar los pocos y raros manuscritos que de dicha *Grande Estoria* se conservan, aguardando editor ó por lo menos un erudito paciente que la analice por completo, y extraiga de ella todo lo que no procede de la Biblia y de los autores clásicos, sino de libros árabes y acaso hebreos.

VII. Dáse por cosa probada que Alfonso «trajo de Córdoba, Sevilla, Toledo y París, *cincuenta* hombres entendidos para traducir el *Quadripartitum* de Ptolomeo y otros tratados de Astronomía». Nada menos probado ni más improbable que semejante noticia. El número de los astrónomos que intervinieron en las *Tablas Alfonsíes* y en la traducción de los *Libros del saber de Astronomía,* y cuyos nombres se expresan en los tratados mismos, escasamente pasan de *doce,* judíos los más y cristianos algunos, sin que entre ellos se haga mención de ninguno venido de París. El inventor de la fábula de los *cin-*

cuenta sabios reunidos en Toledo, fue el insigne falsario Román de la Higuera, á cuyas palabras dió incautamente crédito el Marqués de Mondéjar *(Memorias históricas del Rey Don Alfonso el Sabio,* pág. 456). Véanse las disparatadas palabras del jesuíta toledano:

«Mandó el Rey se juntasen Aben Ragel y Alquibicio, sus maestros, naturales de Toledo; Aben Musio y Mahomat, de Sevilla; y Joseph ben-Alí y Jacob Ab-vena, de Córdoba, y otros más de cincuenta por todos, que truxo de Gascuña y de París con grandes salarios; y mandóles traducir el *Quadripartitum* de Ptolomeo y juntar libros de Mentesan y Algazel. Dióse este cuidado á Samuel y Jehudá El Conheso, Alfaquí de Toledo, que se juntasen en el alcázar de Galiana, donde disputaron sobre el movimiento del firmamento y estrellas. Presidían, cuando allí no estaba el Rey, Aben Ragel y Alquibicio. Tuvieron muchas disputas desde el año de 1258 hasta el de 1262, y al cabo hicieron unas tablas tan famosas como todos saben.»

Para graduar el crédito que merecen estas noticias, baste decir que el Aben Ragel, á quien se supone maestro del Rey Sabio y Presidente de la Academia de Toledo en sus ausencias, vivió en Córdoba *en el siglo XI*, y Alchabitio, que todavía es anterior, estaba ya traducido al latín por Juan Hispalense en el siglo XII. Aben Musio, Joseph ben-Alí, etc., son entes de razón. Las *Tablas* no se empezaron en 1258, ni se terminaron en 1262; consta en ellas mismas que estaban acabadas diez años antes, en 1252. Lo de los palacios de Galiana, convertidos en observatorio, no deja de ser una romántica y *galana* fantasía del buen Padre.

Me he detenido en este punto, porque siempre es conveniente arrancar la cizaña que en nuestra historia sembraron los impostores del siglo XVII, y hay que estar prevenidos contra sus invenciones, que á veces se han deslizado en libros muy formales. Por lo mismo que Mondéjar es un historiador muy crítico y enemigo jurado de los falsos cronicones y de sus

autores, se ha copiado su testimonio sin recelo. La verdadera historia de los libros astronómicos de Alfonso el Sabio, está en los libros mismos, que afortunadamente son del dominio público, gracias á la monumental publicación de nuestra Academia de Ciencias Exactas. Allí constan las fechas de cada tratado y los nombres de los intérpretes que tomaron parte en esta memorable enciclopedia científica del siglo XIII.

VIII. Que las leyendas del ciclo bretón fuesen mucho más populares en Galicia y en Portugal que en el resto de la Península, es hecho innegable, pero no por eso podemos afirmar que fuesen «completamente desconocidas en el resto de la Península». Ya en los *Anales Toledanos Primeros (España Sagrada,* XXII, 381), que terminan en el año 1217, se habla del Rey Artús y de la batalla que tuvo con Morderete. Sabida es aquella picaresca alusión del Archipreste de Hita en la *Cantiga de los clérigos de Talavera:*

> Ca nunca fue tan leal Blanca Flor á *Flores*,
> Nin es agora *Tristán* con todos sus amores.

De la Tabla Redonda, «que fue en tiempo del Rey Artús», hay mención en la *Gran conquista de Ultramar*, traducida por orden de D. Sancho IV; y de las profecías de Merlín en la Crónica del Rey Don Pedro, de Ayala. Mucho más antiguo parece el conocimiento de este ciclo en la literatura catalana, pues ya hay alusiones á él en los famosos versos de Giraldo de Cabrera al juglar Cabra, compuestos por los años de 1170, en pleno reinado de Alfonso II de Aragón, y que contienen una enumeración de las narraciones poéticas más en boga. Pero no hay duda que la primera elaboración española de la *materia bretona,* anterior á los fragmentos del *Tristán* castellano de la Biblioteca del Vaticano, aunque se los pretenda hacer remontar, como quiere Baist, hasta el primer tercio del siglo XIV, son los *Lais de Bretanha* del cancionero Colocci-Brancuti, sobre los cuales ha escrito tan doctamente Carolina Michaëlis.

IX. Al lado del viaje de Ruy González de Clavijo debió hacerse mención del delicioso libro de las *Andanzas y viajes,* del cordobés Pero Tafur, que recorrió muchos menos países y menos incógnitos que los visitados por Clavijo, pero que los describe mucho mejor, y que merece compartir con él el principado de nuestra literatura geográfica del siglo xv, digno preludio de la del siguiente.

X. El *Carro de las donas,* escrito en catalán por Fr. Francisco Eximenis, no es una versión del libro *De Claris Mulieribus,* sino un libro original en que Boccaccio está utilizado como otros muchos autores. El plan y propósito de ambas obras son enteramente distintos.

XI. Ningún autor de verdadera importancia puede decirse que falte en el cuadro que el Sr. Fitzmaurice-Kelly nos presenta de nuestra literatura anterior al reinado de Carlos V; pero hay una inexplicable omisión que no puede pasarse en silencio, por lo mismo que es tan fácil de subsanar y que todo el mundo ha de reparar en ella. En ninguna parte del libro hay tratado especial sobre los romances viejos: se habla rápidamente de ellos en varios lugares, sobre todo en la introducción; el autor se muestra perfectamente enterado de la materia, y libre de las preocupaciones todavía arraigadas en el ánimo de muchos; niega la supuesta antigüedad de estos cortos y bellísimos poemas; les asigna su verdadero puesto en la cronología literaria; apunta su derivación de los *Cantares de Gesta* y de las crónicas, pero todo esto como de pasada, sin insistir en materia tan capital, sin clasificarlos siquiera, sin hacer un estudio, aunque fuese somero, de los ciclos épicos, y prescindiendo casi por completo de géneros enteros como los romances carolingios y los novelescos y caballerescos sueltos. Es de suponer que en las próximas ediciones de su libro conceda el Sr. Fitzmaurice á esta parte tan selecta de nuestro tesoro poético la atención que merece, dedicándola un capítulo entero, sobre la base del admirable libro de D. Manuel Milá y Fontanals *(De la poesía heroico-popular),*

cuyo grande espíritu vemos resurgir ahora en los trabajos del joven D. Ramón Menéndez Pidal, digno continuador de los esfuerzos de aquel maestro ejemplar que orientó nuestra crítica en las tinieblas de la Edad Media, y nos enseñó á todos el recto camino y la severa disciplina del método.

XII. El estudio sobre los poetas y prosistas de la época de Carlos V, es uno de los trozos más excelentes de la obra que analizamos. La mayor parte de sus juicios están libres de toda controversia. Por mi parte, sólo haré una excepción respecto de Cristóbal de Castillejo, que no me parece bastante estimado por el Sr. Fitzmaurice. Se concibe que Quintana, con su rigor clásico, le escatimara hasta el nombre de poeta; pero un crítico de nuestros días no puede ser insensible al halago de aquellos versos tan fluídos, tan sabrosos, tan picantes y netamente castellanos, en que todo es soltura y donaire. El que prefiriera Castillejo los versos cortos á los endecasílabos, nada prueba contra sus dotes poéticas ni contra el contenido de su poesía. A nadie hay que pedirle cuenta de los metros que usa, sino de la habilidad con que los maneja y del caudal de pensamientos que en ellos vierte. Ni pueden estimarse fútiles, por el mero hecho de estar en antiguas coplas de pie quebrado, composiciones de tanto alcance satírico como el *Diálogo de las condiciones de las mujeres* ó el *de la vida de la corte,* que están llenos de las más audaces ideas del Renacimiento, y parecen inspirados en Ulrico de Hutten y en Erasmo. Castillejo fue, en fondo y forma, mucho mayor poeta que Boscán, Cetina y Acuña, y más que el mismo D. Diego de Mendoza, cuya verdadera grandeza intelectual no ha de buscarse principalmente en sus versos. Castillejo es el Clemente Marot español, y desde este punto de vista debe ser juzgado.

XIII. La agria cuestión entre el Dr. Villalobos y el Comendador griego Hernán Núñez, no versó sobre la traducción del *Amphytrion,* de Plauto, hecha por el primero, sino sobre sus glosas á Plinio, como puede verse en las Cartas de Villalobos, publicada por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

Este escritor donosísimo, modelo de prosa familiar, é importante también como vulgarizador científico, merecía mayor espacio del que se le consagra en este Manual.

XIV. El error de Quevedo, en lo relativo á la persona de Francisco de la Torre, no fue tan grande como el Sr. Fitzmaurice pondera. En ninguna parte le confundió con el autor de la *Visión delectable,* ni citó para nada semejante libro, ni tampoco las coplas del *Cancionero general,* porque si las hubiera tenido presentes, la comparación del estilo le habría desengañado. Lo que le descaminó, haciéndole suponer al poeta más antiguo de lo que era, fue un verso de Boscán, que cita, juntamente con otros poetas, entre ellos Garcilaso, «al bachiller que llaman de la Torre». Pero aun así, su buen sentido le infundió alguna sospecha, y por eso añade: «antigüedad á que pone duda el propio razonar suyo, tan bien pulido con la mejor lima destos tiempos, que parece está floreciendo hoy entre las espinas de los que martirizan nuestra habla». Para que todo sea misterioso y contradictorio en lo que se refiere á este dulcísimo poeta, Faria y Sousa dice redondamente: «Consta que fue conocido de Lope de Vega»; y el mismo Lope parece que lo desmiente en el *Laurel de Apolo,* suponiéndole contemporáneo de Garcilaso y celebrado por él. No es materialmente imposible compaginar las dos noticias, pero sorprende tanta longevidad. Acaso Lope quiso decir que Francisco de la Torre era digno de ser celebrado por Garcilaso y de estar á su lado en el Parnaso, ó imaginó con fantasía poética que allí estaban juntos ambos ingenios, y que Garcilaso celebraba al supuesto Bachiller. Ó acaso la especie del conocimiento de Lope de Vega con el incógnito La Torre (especie importante por ser el único testimonio directo que hay de su existencia), sea uno de tantos embustes como abundan en los libros de Manuel de Faria, y especialmente en sus comentarios á Camoens.

XV. Ha sido ligera distracción calificar de sevillano á Luis Barahona de Soto. Consta que nació en Lucena, estudió

en Osuna y murió en Archidona. La averiguación de su verdadera patria ya la hicieron Gallardo y D. Aureliano Fernández-Guerra, y de las andanzas de su vida dará cuantas noticias pueden apetecerse el hermoso libro de D. Francisco Rodríguez Marín, premiado por la Academia Española y actualmente en prensa. Allí aparecerá también completa la colección de sus poesías líricas, casi todas inéditas, pero dignísimas de salir de la obscuridad, porque son de lo mejor de su tiempo. Además, el Sr. Rodríguez Marín demuestra plenamente, á mi juicio, que Barahona es el autor de los *Diálogos de Montería,* publicados como anónimos por la Sociedad de bibliófilos españoles.

XVI. Ya que se habla del *Carlo Famoso,* de D. Luis Zapata, y se maltrata, como es debido, aquel fastidioso é ilegible poema (reprobación que debe extenderse á los demás versos impresos y manuscritos del mismo autor), convendría decir que este descaminado versificador tuvo la suerte de dejar un libro en prosa de lo más ameno y curioso que puede darse; una *Miscelánea* de anécdotas y casos de su tiempo, que es fuente de primer orden para la historia de las costumbres del siglo XVI. Está en el tomo XI del *Memorial histórico español,* colección en que abundan los documentos literarios, y que echo de menos en la nutrida bibliografía que acompaña á este Manual.

XVII. A propósito del famoso soneto *No me mueve, mi Dios, para quererte,* apuntaré como un dato más, y sólo á título de curiosidad que puede añadirse al excelente estudio del señor Foulché-Delbosc sobre este tema, la extraña analogía que presenta con estas últimas líneas de *El Rómulo* del Marqués Virgilio Malvezzi, traducido por Quevedo en 1631:

«Digamos, pues: No os amo, Señor, sólo porque me habéis criado; antes volveré á la nada por vos. Ni os amo porque me prometéis la visión bienaventurada de vuestra divina esencia; antes iré de mi voluntad al infierno por vos. No os amo, mi Dios, por temor de mal; que si es vuestra voluntad, yo le ape-

teceré como sumo bien. Os amo porque sois todo amable, porque sois el mismo amor...»

No tengo á la vista el *Rómulo* en italiano, pero supongo que Quevedo le traduciría fielmente, y no añadiría de su cosecha tan extraño final á la vida del primer Rey de Roma. Y como no es de creer que en un libro político y profano fuese á buscar sus afectos místicos el autor del soneto, tenemos un indicio más de que ya en 1629, en que imprimió Malvezzi su libro, existía el soneto, ó bien algún otro texto, en prosa ó en verso, en latín ó en lengua vulgar, que encerraba los mismos conceptos.

XVIII. A renglón seguido de haber hablado con excesivo rigor de las ocho comedias de Cervantes, llamándolas otros tantos fracasos (*failures*), hace el Sr. Fitzmaurice-Kelly justo elogio de los entremeses, y añade que entre estas farsas, la de *Pedro de Urdemalas* es la más brillante y primorosa. Y da la pícara casualidad de que *Pedro de Urdemalas* no es entremés ni farsa, sino una comedia en tres jornadas, digna ciertamente de encomio, como lo son también, por méritos diversos, *La Entretenida, El Rufián dichoso* y alguna otra de las comedias de Cervantes, tradicionalmente denigradas, sin que á los cervantistas mismos se les ocurra leerlas. Claro es que esta censura de ningún modo puede aplicarse al Sr. Fitzmaurice-Kelly, que en su *Vida de Cervantes* da pruebas de haberlas leído con atención, aunque en esta ocasión se haya distraído, como á todos nos sucede á cada momento en las cosas que nos son más familiares. Distracción es también, aunque mucho más leve, atribuir á Juan Domingo Roncallolo el libro de las *Varias aplicaciones y transformaciones*, para el cual escribieron sonetos burlescos Cervantes y Quevedo. El autor de este peregrino y ridículo libro se llamaba D. Diego de Rosell y Fuenllana, «sargento mayor en las partes de Italia»; y Roncallolo fue el impresor napolitano que estampó su obra en 1613.

XIX. Es muy bello y animado el cuadro que nos presenta el Sr. Fitzmaurice de nuestra gran literatura de los siglos XVI

y XVII; pero se advierten en él ciertas omisiones graves y enteramente contrarias á la equidad. Tomemos por ejemplo los épicos. ¿Cómo habiéndose hecho mención de poemas que no tienen de tales más que el metro, como la *Austriada* y el *Carlo Famoso*, no se dice ni una palabra de los tres mejores, que juntamente con la *Araucana*, poseemos: de la *Cristiada*, del P. Ojeda, que en sus buenos trozos llega á emular á Milton y á Klopstock, y deja á mucha distancia á Jerónimo Vida y á todos los poetas sagrados del Renacimiento; de *La Creación del Mundo*, del Dr. Alonso de Acevedo, el primero de nuestros poetas descriptivos, y en el manejo de la octava real, digno rival de Céspedes; y finalmente, de aquella intrincada selva poética en que la opulenta y lozana fantasía de Bernardo de Valbuena lidió con la del Ariosto, sin quedar enteramente vencido en la contienda? Ni para el *Bernardo*, ni para *El siglo de Oro*, ni para la *Grandeza Mexicana*, ha habido un rincón en estas elegantes páginas donde suenan los nombres de tantos ingenios por todo extremo inferiores á este grande y genial poeta, á quien dedicó Quintana un tomo entero de su *Musa Épica*. Y omitiéndose producciones originales de tanta cuenta, no es mucho que también falte el Licenciado Juan de Arjona, que sólo empleó su vida en traducir la *Tebaida* de Estacio, aunque esta traducción sea, sin duda, la mejor que de ningún poeta latino se haya hecho en castellano, y uno de los mejores modelos de versificación y lengua poética que en el siglo XVI pueden hallarse. ¡Qué no hubiera hecho Arjona si en vez de traducir la *Tebaida* hubiera traducido la *Eneida* en aquellas magistrales octavas suyas, trabajadas con tan docto artificio! Salvo la mala elección del poeta traducido, su obra merece figurar en toda historia de la literatura castellana, como figura la *Iliada* de Pope en toda historia de la literatura inglesa.

XX. Más reparable es la omisión de géneros enteros. Los prosistas didácticos, que tanto importan en toda literatura y son los que determinan el punto de madurez de la lengua me-

diante su aplicación á todo género de materias, apenas están representados en el presente *Manual*. Ya adivino lo que á esto ha de responderse. Lo mejor y más selecto del pensamiento español está en latín. El latín era la lengua oficial de la Teología, de la Filosofía, de la Jurisprudencia, en sus manifestaciones más altas. En latín escribían, no sólo los teólogos y filósofos escolásticos, sino los filósofos y pensadores independientes: Vives y Fox Morcillo, Sepúlveda, Gómez Pereyra y Francisco Sánchez. Pero en esto, como en todo, hubo excepciones; y así como al lado de la Teología de las escuelas, nunca más floreciente que en el período que va desde Vitoria hasta Suárez, creció pujante y viviendo de su sávia la Teología popular de los ascéticos y de los místicos, así también en el campo de los innovadores filosóficos hubo algunos, no muchos, que emplearon la lengua vulgar como instrumento. En castellano, y en admirable castellano, escribió Simón Abril su *Lógica* y sus *Apuntamientos sobre la manera de reformar los estudios;* en castellano escribieron Huarte y D.ª Oliva sus curiosos Tratados de Psicología experimental; en castellano, su *Filosofía Natural* Alonso de Fuentes. En otras ramas de la ciencia todavía era más frecuente el uso del romance, y puede decirse que los médicos y naturalistas se adelantaron á todos en este punto. Monumentos de lengua castellana en su mejor período son los libros de nuestros primeros anatómicos, Valverde, Bernardino Montaña y Luis Lobera de Avila. En un libro castellano, y con la modesta apariencia de un comentario á Dioscórides, consignó el Dr. Laguna, con tanta amenidad como erudición, la ciencia botánica de su tiempo. La bellísima *Historia Natural de las Indias,* del P. Acosta, ¿quién duda que pertenece á la literatura tanto como á las ciencias físicas? ¿Cómo se ha de omitir entre los textos de lengua la *Agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera, que es uno de los más clásicos y venerables? ¿No tuvo, por ventura, notables condiciones de escritor, aun en las materias más áridas, el Bachiller Juan Pérez de Moya, ingenioso vulgarizador de los conoci-

mientos matemáticos? En general, todos los libros que tenían algún fin de utilidad inmediata, se componían en la lengua de la muchedumbre. No era aún la lengua de la ciencia pura, pero era la lengua de las aplicaciones científicas. Tenían que usarla forzosamente los tratadistas de cosmografía y náutica, como Martín Cortés y Pedro de Medina; los metalurgistas, como Bernal Pérez de Vargas y Alvaro Alonso Barba; los plateros y quilatadores, como Juan de Arphe; los arquitectos, como Diego de Sagredo; y en general, todos los tratadistas de artes y oficios. Gran parte de las riquezas de nuestra lengua está contenida en esos libros que nadie lee. Muchos de ellos nada importan para la literatura; pero hay otros, como los escritores de arte militar y los políticos y economistas, en los cuales abundan páginas que, ya por la viveza de la expresión, ya por la gracia candorosa, ya por el nervio de la sentencia, ya por el vigor descriptivo, pueden ponerse al lado de lo más selecto de la prosa literaria de ese tiempo, con el singular atractivo de estar por lo común exentos de todo género de afectación retórica. El número de estos libros es tan grande, que impone hacer de ellos una selección inteligente y por grupos, y no sería de poca honra para nuestra lengua la crestomatía que de ellos se formase, para lo cual existen ya recomendables ensayos.

Es claro que entre los prosistas científicos y técnicos, los que tienen relación más inmediata con la literatura y en cierto modo hay que considerar inseparables de ella, son los gramáticos y los preceptistas literarios, puesto que la historia de la lengua y la historia de las ideas artísticas llega á confundirse con la historia del arte de la palabra hablada ó escrita. Nebrija y el autor del *Diálogo de la lengua* están oportunamente recordados por el Sr. Fitzmaurice; pero creo de toda justicia añadir el nombre de Bernardo de Aldrete, primer investigador de los orígenes de nuestro idioma, al hacer mención de Covarrubias, nuestro primer lexicógrafo. Críticos y preceptistas se mencionan bastantes en el cuerpo de la obra,

pero echo de menos á los dos más profundos comentadores de la *Poética* de Aristóteles, el Dr. Alonso López Pinciano en el siglo XVI, y D. Josepe Antonio González en el XVII; al Licenciado Juan de Robles, autor de los amenos y substanciosos diálogos que llevan por título *El Culto Sevillano;* á Fray Jerónimo de San José, cuyo *Genio de la historia*, tan bien escrito como pensado, puede ser todavía de útil enseñanza; y á algún otro de menos nombre.

Insisto tanto en esta materia, no porque deje de comprender que en una historia literaria deben ocupar el mayor espacio las obras de arte puro, las creaciones poéticas en el más amplio sentido de la palabra, sino porque la omisión total de las restantes manifestaciones puede hacer caer á muchos en el vulgar error de suponer que nuestra literatura de los dos grandes siglos se reduce á novelas, dramas, versos líricos y libros de devoción, siendo así que no hubo materia alguna que en castellano no fuese tratada y enseñada, con más ó menos acierto en cuanto á la doctrina, pero muchas veces con gallardía y desembarazo, con un vocabulario netamente castizo que, por desgracia, hemos olvidado ó sustituído por la jerga franca de las traducciones al uso. Es cierto que este daño no puede atajarse en un día, dada nuestra secular postración y creciente abatimiento; pero algo podría remediarse si nuestros hombres de ciencia, cuya educación hoy por hoy no puede menos de ser extranjera, interpolasen sus arduas labores con el recreo y curiosidad de la lectura de nuestros libros viejos (como ya comienzan á hacerlo algunos), pues suponiendo que nada tuviesen que aprender en cuanto al fondo, aprenderían por lo menos los nombres castellanos de muchas cosas, y quizá se animasen á imitar aquella manera llana, viva y familiar de nuestros antiguos prosistas, que hace agradables aun para el profano libros que por su contenido no lo serían en modo alguno. Y esto se aplica, no sólo á los libros graves de ciencia ó arte, sino á los de apariencias más frívolas, á los de juegos, ejercicios y deportes caballeres-

cos y populares, como la equitación, la esgrima, la caza y hasta el baile. En todos estos géneros tiene la lengua castellana preciosidades, y un historiador de la literatura no debe olvidarlos completamente, aunque sólo sea por la luz que dan á la historia de las costumbres, y, por consiguiente, á la recta interpretación de los documentos literarios.

XXI. Esta misma exclusiva atención que el Sr. Fitzmaurice concede á las obras de índole estética pura, le hace ser injusto con la literatura del siglo XVIII en general, y con algunos de sus principales representantes en particular. Nadie niega la inferioridad artística de aquel siglo. La novela puede decirse que había muerto. El teatro popular se reduce á los sainetes de D. Ramón de la Cruz y de Castillo, olvidado este último por el Sr. Fitzmaurice-Kelly, aunque valga tanto como el primero, si no en cantidad, en calidad, es decir, en fuerza cómica, dotes de observación y gracejo del diálogo. El teatro clásico no produjo más obras de indiscutible mérito que las comedias de Moratín, perfectas sin duda (dos á lo menos) dentro de su género algo tímido; pero que con toda su perfección académica no pueden contrabalancear el enorme peso del único teatro español que el mundo conoce y admira. Los excelentes líricos, uno de ellos verdaderamente grande, que aquella centuria engendró en sus postrimerías, pertenecen al siglo XVIII por su nacimiento, educación é ideas; al XIX por la fecha de sus más célebres composiciones, en cuyo brío y pujanza no influyó poco la tormenta política de 1808 con todas sus consecuencias. Pero en aquel siglo de estimables medianías y de buenos estudios se cultivó con grande ahinco la prosa didáctica y polémica, y aparecieron una porción de obras utilísimas, que suponen un gran movimiento de ideas, un celo del bien público, una actividad en la cultura general, que hoy mismo nos puede servir de estímulo y aun avergonzarnos en la comparación. No hablaré de los grandes trabajos de investigación histórica, que nunca han rayado en España más alto; ni de la crítica arqueológica y artística que enton-

ces nació; ni de la controversia filosófica, tan viva, entre los sensualistas y los escolásticos, entre los partidarios de la Enciclopedia y los conservadores de la tradición; ni de los viajes y expediciones de naturalistas y geodestas; ni de la propaganda de las ideas económicas, en que tuvo Campomanes la mayor parte. Pero lo que no se puede omitir es que los más notables escritores del siglo XVIII son prosistas de este orden, y no pueden ser bien juzgados sino desde este punto de vista. Jovellanos, por ejemplo, resulta muy empequeñecido si sólo se considera en él al poeta lírico y al autor de *El Delincuente Honrado*. El voto casi unánime de los españoles, que pone á Jovellanos á la cabeza de nuestros escritores modernos, no se funda en esas obras, sino en sus escritos políticos, económicos y pedagógicos, en la *Ley Agraria* (que en Francia pareció digna de Turgot, y digna de Adam Smith en Inglaterra), en el *Tratado de Educación,* en la *Defensa de la Junta Central,* en los discursos de Bellas Artes, en la memorias arqueológicas sobre Mallorca, en su riquísimo epistolario, en toda su inmensa labor de polígrafo, que hace entrar en el molde de la lengua castellana y del período ciceroniano la parte mejor y más sana de las ideas del siglo XVIII, noble y castizamente interpretadas. Como prosista, Jovellanos tiene muy pocos rivales; como poeta, sería uno de tantos imitadores hábiles, si no le salvasen sus dos sátiras y algunas epístolas. Y sin embargo, el Sr. Fitzmaurice apenas habla de sus obras en prosa, que son innumerables. La misma preterición comete respecto de D. Juan Pablo Forner, á quien sólo nombra para decir que fue antagonista de Iriarte, contra el cual escribió el libelo de *El Asno Erudito*. Ciertamente, quien sólo conociese á Forner por esta grosera é insulsa diatriba, formaría de él un juicio enteramente contrario á la verdad, teniéndole por un pedante brutal y estrafalario. Pero quien haya examinado sus obras serias, sus *Reflexiones sobre la historia,* sus *Observaciones sobre la tortura,* su refutación del Ateísmo, sus *Exequias de la lengua castellana,* que son el mejor libro crítico de su tiempo, su

informe sobre el estado de la enseñanza filosófica en la Universidad de Salamanca, y otros muchos rasgos de su fecunda pluma, reconocerá con Quintana que Forner era varón de «inmensa doctrina», y juntamente con esto, pensador original y agudo, prosista vigoroso, desembarazado y correcto, siquiera fuese descomedido en sus folletos satíricos, y duro, bronco y desapacible en la mayor parte de sus versos.

Por razones muy obvias prescindo de la parte de este Manual, dedicada á la literatura moderna. Faltan en ella bastantes nombres (los de Piferrer, Quadrado, Pastor Díaz y Ruiz Aguilera, por ejemplo), y quizá sobra alguno, mucho menos digno de loa. Algunos juicios me parecen definitivos; con otros no estoy conforme: creo, por ejemplo, que ni García Gutiérrez (que hizo algo más que *El Trovador)*, ni Hartzenbusch (que hizo algo más que *Los Amantes de Teruel),* ni el mismo Tamayo (entre cuyos dramas no se menciona siquiera *Lances de honor,* que es por ventura el más original y valiente de todos los suyos), están apreciados en su justo valor ni estudiados en la rica y varia galería de sus obras. Pero el discutir todo esto me obligaría á dar doble extensión á este prólogo; y, por otra parte, siendo yo de los más benévolamente tratados por mi amigo Fitzmaurice-Kelly, parecería sospechoso en lo que alabase y quizá ingrato en los reparos que pusiese. Además, se trata de materia que está al alcance de todos, que no ha adquirido estado definitivo, y en que nada tiene de particular que no coincidan siempre los fallos de un extranjero con los que en España son más generalmente admitidos.

Y aquí doy término á estas observaciones, que muchos graduarán de impertinentes y prolijas, pero en las cuales he querido dilatarme por lo mismo que se trata de un libro de positivo y relevante mérito que está destinado á prestar grandes servicios, y que nada perdería con estas enmiendas de detalle, suponiendo que yo tuviese razón en todas ellas. Ninguna obra de este género nace perfecta; basta que supere con mucho á las anteriores, y yo me regocijaré de que, penetran-

do este libro en la enseñanza, pueda gloriarse su autor como se glorió Antonio de Nebrija de haber desarraigado de toda España «los doctrinales, los Pedro Elías y otros nombres aún más duros, como los Galteros, los Ebrardos, los Pastranas y otros no sé qué apostizos y contrahechos gramáticos, no merecedores de ser nombrados».

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Santander, 15 de Julio de 1901.

VIAJE DE UN ESPAÑOL Á TIERRA DE CHINA

SOLEDAD (1)

Suez á la vista, es decir, un fondo de casas á orilla del agua, allá en la playa, y entre ellas y nosotros unas cuantas balandras mal cuidadas y sucias, en las que vienen árabes, aún más mugrientos, á ofrecernos dátiles, higos secos y cajitas de rajat lakum. La gente del vapor no les permite subir, pero ellos no necesitan escala, trepan por el mástil de su barca, y, cuando los bandazos descomunales de ésta los acerca, desde el tope saltan á la borda.

Uno tras otro van entrando en la bahía los vapores que nos seguían; cuando el último acaba de reunírsenos, la sirena del nuestro pita, y emprendemos otra vez la marcha.

Casitas blancas de Suez, terrados á estilo de moros, y tú, canal, que tan distinto recuerdo, pronto os ví distantes, más distantes, muy distantes, y os perdí en la lejanía transparente.

Ibamos por el golfo, y á medida que marchábamos entrábame al fondo del alma el sentimiento de soledad, que cayó so-

(1) Véase La España Moderna de 1.° de Julio de 1901.

bre mí la noche que salí de casa. Llevaba los ojos abiertos, mas la mirada parecía resbalar sobre lo que veía, y de retorno sólo se traía mayor sencillez de tristeza.

¡Qué lugar aquél! El mar es verde, verde obscuro, como sólo se ve allí ó en las pinturas; las tierras, que pasan á lado y lado, rojizas; el cielo, azul, puro añil desleído en un solo tono: tierras, cielo, mar, todo acaba cortado por líneas perfectamente distintas, y allí no hay nada que no sea verde, rojizo ó azul, nada más que el vapor que pasa por la desolación inmensa, y se apresura á pasar porque extraña el sitio.

¿Quién se atrevería á llamar paisaje á los montones de arena calcinada, que arrancan de la mar inmóvil y suben á buscar la bóveda azul sin que un árbol, ni un matojo de zarzas, ni una brizna de hierba cubra sus laderas? ¿Quién que pintara las dos tintas monótonas del mar y el cielo, creería en su obra luego que el original no estuviese delante?

Figúrese, señor, una vista de la tierra en los días de la creación, cuando de la mano de Dios no habían salido aún animales ni plantas, ó si no en la mañana aquella en que, después del diluvio, brilló el sol por vez primera sobre la tierra, lavada de su impureza y sus ropajes, imagíneselo tan triste y solo como pueda, muy quemado, muy árido, y aun lo es más el pasaje famoso en que Asia y África se miran, y, á manera de saludo, cambian sus arenas.

Al medio día, á la tarde, siempre lo mismo: de la parte de Africa, viendo las costas de Egipo; de la parte de Asia, la Península del Sinaí.

Oí decir que se le divisaba al Monte Santo, allá entre los picachos de una sierra que cierra el horizonte del lado que el sol sale, y como me hallaba tristón y apenado, pensando sacar consuelo de su contemplación, llevé la vista á la más alta de las cimas, que era la más lejana también. Díjeme que á la montaña aquella había descendido el Altísimo; quise sentir algo, y os digo con verdad que nada sentí.

Miraba fijamente, y cuanto más miraba íbase mi imaginación más lejos, á mi tierra, á mi casa; veía á mi hijo corriendo por todas las habitaciones, y renacíame el deseo de tenerlo otra vez á mi lado. El recogimiento y la adoración que yo esperé bajarán al fondo de mi alma; á la contemplación de tales lugares no llegaban, y si llegaba á abstraerme, sólo se me ocurría que el cielo añil, tornado cárdeno, y el espacio, encendido por los relámpagos que acompañaron al Señor, debía ser horrendo. Buscaba consuelo, y el corazón se me encogió más aún. A la idea de cómo debieron ser los cielos, las tierras y los mares, el día solemne entre los solemnes del Sinaí, esperando sentir temor de Dios, me sobrecogió á modo de miedo.

DE DOS SEÑORES VIAJEROS Y DEL TÉRMINO DE MIS SOLEDADES

Y así continué, y así estaba al despertar la mañana del domingo, día que cumplía la primera semana del viaje, pensando en los míos que quedaban en tierra de España, calculando el tiempo que había de transcurrir para que yo recibiese la primera carta, para mi vuelta, para mil cosas más.

Lo que acabábamos de pasar, el viaje de suave deslizamiento por las aguas muertas del canal, la eterna vista de arenales terrosos, perdíaseme en la memoria como si fuera recuerdo de años.

Tan ensimismado estaba, que ya hacía un buen rato que andaba por cubierta cuando empecé á darme cuenta de lo que hacían á mi lado. Noté que la parte del vapor en que yo estaba quedaba sola, oí una campanilla, y pasando á la banda opuesta, ví gente descubierta, mujeres arrodilladas, y al fondo del corredor que cerraban lonas y banderas, un sacerdote que se acercaba á un altar, con el cáliz en las manos.

La misa en el mar. ¿Qué espera su merced que yo le diga? francamente, ¿que es escena grandiosa? ¿que lleva á altos y re-

ligiosos pensamientos? Así debe ser para otros, sí, señor; así debe ser, porque más de una vez lo he visto escrito; pero yo, pecador de mí, presencié tan solemne espectáculo, y á pesar de mi buena voluntad, quedéme bajo, bajo, entre las realidades archiprosaicas.

Antojábaseme que los que me rodeaban estaban rabiando porque la misa terminase, que los que leían no pensaban en lo que decía el libro, ni los otros en lo que tenían delante; y cuando el señor cura echó la bendición y se retiró con el cáliz, habría jurado que todos respiraban satisfechos como chiquillos qus salen de la escuela.

Lo cual no quiere decir que tal fuera el caso, sino que á mí me lo pareció. Estaba yo empecatado, ninguna duda me cabe, y por eso, después de calumniar de descreídos á mis compañeros, se me antojó que ellos, su conversación, hasta el vapor mismo, tenían la culpa de mi falta de fervor, que si yo no me había conmovido á la vista del monte de la Zarza, y hasta casi me reí cuando ví á un fraile señalar el punto preciso por donde Moisés había cruzado el Mar Rojo, era por estar en su compañía, por ir en aquella feria sin tiendas, posada flotante ó como quiera llamarla, que yo solo, en presencia de tan sublimes lugares, habría caído postrado en adoración.

Esto era orgullo, señor mío; soberbia inmensa. Ni yo era mejor que los que me rodeaban, ni su presencia me hacía peor de lo que yo era; y si hubiese tenido tanto así de gracia, habría sentido la presencia del Altísimo allí igual que en el fondo del desierto.

Poco después, cuando bajaba á almorzar, me encontré en la escalera al Sr. Cohen. Se encaró conmigo, como si me anduviera buscando, y dijo:

—¿Ha visto usted al Obispo?

—No, señor; como la costa está tan lejos y no tenía arriba los...

Me interrumpió impacientado, y dijo:

—El que está á bordo, el Obispo católico.

Seguí mirándolo fijamente sin desplegar los labios.

—Pero, ¿lo ha visto usted?—insistió.

—¿A quién?

—Al Obispo.

—¡Ah!...

—¿Lo ha visto ya?

—No sé; quizás...

—Sí, sí; quizás — prorrumpió, y entreverando esas palabras con otras que, por fuera, parecían tacos alemanes, se marchó en busca de quien supiese dar todo su valor á la noticia.

Mientras almorzaba le ví pasar y repasar varias veces por delante de la lucera, y supuse que andaría tomando vistas del Obispo aquel que se nos aparecía sin saber cómo ni por dónde.

Cuando volví á cubierta ví á un señor grueso, bajito, con sotana morada y una cruz de oro pendiente sobre el pecho, que hablaba enmedio de un grupo de frailes franciscos. Los frailes venían en el vapor desde Marsella, al señor bajito lo encontraba por primera vez, acerquéme y le besé el anillo á su ilustrísima.

—¿Español?—me preguntó.

—Sí, señor.

Es gran recomendación para los sacerdotes de todos los países, sacerdotes católicos, se entiende, el ser de nuestra tierra, y si por desgracia se añade á esa condición la de ser carlista, la recomendación se mejora en tercio y quinto.

Hablé un poco con el señor Obispo y su coro, y los dejé. Tenía prisa por encontrarme al Sr. Cohen. Apenas me vió, levantóse de su silla y me gritó:

—¿Pues no decía usted que no lo había visto?

—¿A quién?

—Al Obispo.

—Sí.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?...

—¿Cómo le habla?

Sonreí, y dándole una palmadita en el hombro, dije:

—Famoso, famoso este señor Cohen.

—Pero...

—Nada, famoso; — y sin más, me senté en la silla que él acababa de dejar.

Me miraba incomodado, casi diría furioso, y todo porque no sabía por dónde tomar mi contestación. La idea de que alguien pueda reirse de él, no le ha pasado jamás por el magín. Decíase que mis palabras eran una prueba más de mi imbecilidad; pero esa explicación tan halagüeña para él, no le dejaba del todo satisfecho.

De pronto, cansado de darle vueltas al acertijo, separó de mí la vista, la fijó en un caballero que estaba frente á mí, y recobrando el tono usual de superioridad, dijo:

—Tengo el honor de presentarle á usted al Mayor Wall.

Hice una reverencia, y tendí la mano al Mayor.

—Una persona—siguió Cohen—de indiscutible mérito.

—Pues cuando usted lo afirma...—intercalé.

Me miró el Mayor, y cortando la palabra al Sr. Cohen, propuso que pidiéremos un *cock-tail*.

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE VIAJE
SE ME PRESENTÓ UN AMIGO

Un señor que, cuando menos lo esperaba, me dirigió la palabra. Contaba para ello con el título indiscutible de hablar y discurrir en castellano.

No me había tratado antes porque me creía de otra procedencia, mejor dicho, no sabía de dónde podría ser.

—Sin oirle hablar—me dijo—conocí que no era usted francés, porque no llevaba botón de condecoración ninguna; ni in-

glés, porque comía de todo y con naturalidad; ni alemán, porque gasta usted camisola; ni yanki, porque no le he visto pedir hielo; pero de las demás naciones no sabía cuál darle por patria, y como usted era el único que me quedaba sin clasificar, pregunté á los camareros.

Yo soy de Castres, en el Languedoc; mi madre era tortosina; ahora viajo por cuenta de una casa de Burdeos.

No crean que empleó muchas más palabras de las que dejo escritas, y si dijo más, como salieron á escape unas tras otras, se me borraron de la memoria. Aún no me había dado yo cuenta de su persona cuando él acabara de hablar, y plantado delante de mí con la gorrilla ladeada, una mano en el bolsillo del pantalón, y en la otra una pipa corta, me miraba pidiendo franqueza por franqueza.

Después llegué á estimarlo sinceramente, pero en el primer momento me cargó hasta los topes. Era un gran sujeto, con mucho, mucho corazón y un afán extraordinario por enterarse de todo.

¿De qué no se cansará uno? Hasta de ver tierra desde el mar.

Ganas tenía de que desaparecieran las ingratas playas del golfo de Suez, y algo bueno hubiera dado porque en ella quedaran el comisionista francés y mi compañero de camarote.

De noche, bajo miles de miles de estrellas que titilan en el cielo, negro de puro azul, fuíme al castillo de proa.

La tierra desaparecía en el horizonte por uno y otro lado. No habría luna hasta cerca del anochecer; el *Saghalien* marchaba, mar Rojo adelante, sobre la masa obscura de las aguas, y en el punto en que las cortaba el tajamar, dos rebordes luminosos surgían.

Eran franjas anchas de luz fosforescente que lamían las primeras planchas y se difundían en nebulosa azulada sobre el fondo obscurísimo de las olas. El mar, apoyado ante nos-

otros, parecía inflamarse un momento al romperlo el buque. Más allá de la pequeña mancha luminosa, sólo se entreveían las ondulaciones tendidas del agua.

Lenta subía la proa para bajar acompasadamente después y erguirse de nuevo. Allí donde sólo teniais delante mar y noche, y el barco entero se reducía á un punto, gozábase el placer del movimiento.

La fuerza que os llevaba á través de noche y mar, se os infundía sin notarlo. Sentiais caer la enorme pesadumbre de la nave sobre la masa líquida, y después la energía poderosa que subía la mole de hierro á la cima de las olas.

Cosa grande es, señor, el rápido avanzar entre tinieblas sobre los abismos hondísimos, y vuesa merced, que jamás ha navegado, créame que ha perdido un goce singular.

Volví á mi camarote, porque el comisionista de Burdeos se acercó canturreando.

El Sr. Cohen roncaba al compás de una polka que aporreaba en el piano no sé quién.

La majestad serena del mar borróseme de la imaginación, y volví á encontrarme una vez más en el hotel flotante de las Mensajerías.

NUESTRA ARISTOCRACIA

Al salir de Marsella, los personajes de á bordo eran un *baronet* y dos escoceses propietarios de islas en el archipiélago Marshall; pero al llegar al Mar Rojo los tres han sido desbancados, y la persona más distinguida de todo el barco es la *signorina*, la *signorina* Lydia Pandolfini.

Monseñor nunca pintó gran cosa.

Verdad es que en todo esto voy hablando por boca del señor Cohen, y el Sr. Cohen no es cristiano.

El *baronet* está loco y viaja para curarse. Va con él un

amigo suyo, que supongo recordará este viaje toda su vida.

Mi compañero de camarote, que sabe muchas cosas importantes, ha sacado un libro en el que se dice que el *baronet* está llamado á sentarse algún día en la Cámara de los Lores y á heredar tierras no se dónde, títulos y muchas cosas más; pero yo no me enteré bien, porque me quedé dormido mientras leía, y no sé en qué paró el cuento.

Confío en Dios, por la mucha amistad que profeso á los ingleses, que las profecías del libro del Sr. Cohen se cumplirán al pie de la letra, y el *baronet* entrará pronto en posesión de sus títulos para mayor felicidad de sus cientos de colonos y servidores.

Interin le dan su asiento en la Cámara, ha escogido como preferente uno, que vuesa merced no adivinaría si no estuviera yo aquí para decírselo, y es ni más ni menos que la borda del buque, sobre la cual, en todas las posturas imaginables, sigue los balances y cabezadas con equilibrios inconcebibles.

Y como no puede hacerlo de día, ni á las horas de la noche en que aún anda gente sobre cubierta, porque los que lo vieran se lo impedirían, espía los momentos en que su amigo duerme y la toldilla está solitaria para cumplir su antojo.

Una vez lo ví, y lo recuerdo como una pesadilla.

Estaba descubierto, en mangas de camisa, en cuclillas, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en los muslos, mirando á bordo.

Al verlo, y seguramente por debilidad mía, se me pusieron los pelos de punta.

¿Qué ideas pasarían por la cabeza aquella? ¿Qué miraría con tanta fijeza?

No era el temor de que un balance inesperado lo lanzase al mar sin fondo, no, no era afecto por él, que ninguno sentía; daba miedo la misma serenidad de sus ojos asestados á un punto de la cubierta, que quizás no viera, la pasividad absoluta con que subía y bajaba á cada cabezada del barco, la indiferencia con que gozaba de su capricho de loco, acariciado el

día entero y realizado por fin á aquellas altísimas horas de la noche. Tenía en su extravío el propio aire de frialdad sistemática con que paseaba de día por cubierta. Y si antes me causaba antipatía, desde esa noche y ese instante me inspiró lástima grandísima; por él, por su madre, por mí mismo. ¡Dios, mi Señor, y qué poco, poco, somos en este mundo!

Al cabo de un rato llegó el amigo del *baronet,* y sin mostrar extrañeza ni hacerle reconvenciones, le invitó á beber una cerveza, y juntos se fueron.

No volvió ninguno de ellos, mas yo no pude pegar los ojos en toda la noche.

Los dos escoceses son de otra madera que el *baronet*, y por más que al Sr. Cohen no le inspiran tan santo temor, á mí se me antojan más personajes que el otro.

Van á pasarse unos años en sus posesiones, viviendo con los kanakas, cazando por distracción y recogiendo *coprax* por negocio. Cuando quieren reunirse un rato se embarcan en una lanchita de vapor, y con sólo viajar cuarenta horas, ya están juntos, si el mar no ha dispuesto otra cosa ni ha habido ciclones que amenizaran la travesía.

Los tengo muy bien vistos, porque eso de repetir á lo vivo la historia de Robinsón, aunque sea con rifles y lanchas de vapor al alcance de la mano, es hazaña de las que me parecen más para leídas que para ejecutadas.

Se pasan la vida en el saltillo de popa, tendidos en dos perezosas de paja, bebiendo copas de whisky y botellas de agua de Seltz.

Pero vea que ha entrado en escena la *signorina* Lydia, y *Baronet* y *Robinsones* han sido relegados á la obscuridad, debiendo notarse que el triunfo de la *signorina* es tanto más glorioso, cuanto que nadie la ha visto ni sabe de ella con verdad cosa ninguna.

Traía tomado el pasaje desde Marsella, pero en Marsella no embarcó; pasamos por Port-Said, y nada; llega la escala de Suez, y tampoco; eso no obstante, á las pocas horas de entrar en el Mar Rojo, todos los que pasamos por delante de su camarote pudimos ver un par de botas de lona blanca, muy pequeñas, puestas junto á la puerta, y oímos hablar en italiano á dos ó tres personas, que cuando no hablaban todos á una, se reían, sin duda por no perder el tiempo.

Y no hubo más; con sólo dejar ver sus botitas y aparecer como por ensalmo, la *signorina* Lydia Pandolfini fue de una vez, indiscutible é indiscutida, la persona más notable de todo el barco.

Djedah, el puerto de la Meca, queda allá en la costa que se ve en el horizonte, y tan lejos queda, que ni acierto á divisar con certeza dónde está.

¡Qué no hubiera dado yo por entrar en él si ahora fuesen los días aquellos en que, hundido en el sillón grande del comedor, con el alma entera asomado á los ojos, leía á Julio Verne.

Hoy, en cambio, sin verlo, lo adivino; prefiero pasar lejos, y guardarme en el fondo de la memoria un nombre que no represente nada preciso y evoque escenas soñadas y perspectivas llenas de luz.

SOBRE LAS AGUAS DEL ESTRECHO

Bajando al Sur, cerca ya de la salida, el Mar Rojo se estrecha, y se ve la costa por banda y banda. Es la misma costa de siempre, estéril y desnuda por los dos lados; mas como navegábamos próximos á la orilla de Asia, parecía ésta más triste; hubiéramos ido bordeando la otra, y aquélla, de cierto, se nos hubiera antojado más desolada.

¡Soberbios dominios tiene el Sultán! Montañas peladas,

rojizas como montones de teja machacada, que suben con declive uniforme desde el mar verdoso hasta la cúspide, donde se alza una torrecita blanca. Una torrecilla acá, otras algunas leguas más lejos, otra en el último pico que se divisa, y eso es todo; los montes se unen á los montes formando una pared altísima, en la cual no véis aberturas, ni resquicios, ni una senda, ni vestigios de una choza; allí no ha vivido nadie nunca, ni nadie pasa, porque semejante lugar, olvidado de Dios y de los hombres, no es tránsito para ninguna parte.

Al fin, en fuerza de acercarse, las dos tierras dejan al mar un portillo tan sólo por donde meterse, y como si aún se les antojara ancho, en medio de él han soltado un montón de tierra que divide el paso en dos.

Y allí está la isla de Perim, larga y angosta, al mismo andar del estrecho, semejante á una barcaza entre árabe y africana, anclada enmedio de la corriente y que la corriente hubiese hecho virar.

En toda la isla no véis más que una casamata á una punta, un cuartelillo en lo alto, un tablero grandísimo en el que desde á bordo leéis en letras enormes el nombre de Lloyd, la gran firma aseguradora de Londres, y un semáforo, desde el cual nos saluda la bandera inglesa.

Sin ver los colores habría jurado que era ella, porque encrucijada de los mares con islita por contera, es plato de gusto que no dejan ir los fieles súbditos de su graciosa majestad.

El Mayor hablaba con el Sr. Cohen y otro pasajero, pero alzó la voz en beneficio de los que estábamos menos cerca de él.

—Pues debe usted creerlo, sí, señor, y no hay motivo para que lo ponga en duda; sería una necedad sostener lo contrario.

Estas palabras de pura cortesía se dirigían al Sr. Cohen, que balbuceó no sé qué.

—Sería una necedad, porque yo conozco á los ingleses cien

veces mejor que usted, y sé cómo pasó la cosa por un capitán francés á quien conocí en Alaska.

Mi compañero de camarote hizo un gesto como indicando que ante semejante cúmulo de pruebas no había lugar á duda, y el Mayor, sin hacerle caso, prosiguió:

—Ello fue allá hacia 1857, año arriba ó año abajo. En Europa estaba aún caliente el rescoldo de Sebastopol, y la cuestión de los principados danubianos todavía sin resolver. Inglaterra, que no quería á bien ni á mal la apertura del Canal de Suez, se entretenía en poner chinitas á Lesseps, y Francia apoyaba á éste como buenamente podía.

Por la época que digo, empezó á traslucirse que el Gobierno egipcio acabaría por ceder á las instancias de los franceses, y por lo menos, si todo el mundo no se enteró, los Gobiernos de las grandes naciones lo supieron.

Un día, con gran sorpresa del Gobernador de Adén, que no esperaba la visita, vea usted que entra bahía adelante un buque de guerra francés destacado en los mares de la India.

No sé á punto fijo si el Comandante del barco se lo contó confidencialmente al Gobernador, ó si fue éste quien se caló el objeto del viaje; lo cierto es que las autoridades inglesas supieron, ó dieron por sabido, que el barquito aquel, que tan inesperadamente se presentaba, traía la misión de ir á tomar posesión en nombre de Francia, de la isla de Perim.

La noticia no pareció causar disgusto á los ingleses; proporcionaron al buque amigo lo que necesitaba, y á su tripulación, más amiga aún, le ofrecieron un banquete para aquella noche. Claro está que los franceses no pudieron renunciar al convite. ¿Qué francés rehusa un buen rato á la mesa?

Entretanto, con los preparativos de la fiesta primero, y después con el calorcillo de los vinos, se le iba despertando la memoria al Gobernador inglés, y ésta, casualmente sin duda, le hacía presente que el islote á donde iba el francés había sido ocupado antes, á fines del siglo anterior, por Inglaterra ó por la Compañía de las Indias, que venía á ser lo mismo.

De poco sirve la memoria cuando está abandonada y sola; pero el Gobernador no parecía tener memoria á secas, y despertando al propio tiempo la voluntad, y con ésta al Comandante de un vaporcito de guerra anclado en la bahía, hízole saber que no recordaba si en un islote que está á la salida del Mar Rojo, islote que pertenecía á su graciosa Majestad, se izaba aún á diario la bandera inglesa, que la noche era muy á propósito para dar un paseíto por mar y poner en claro el punto, y que como en este mundo parece existir una corriente magnética que hace se nos ocurran las mismas ideas á más de un mortal al mismo tiempo, por si alguien tenía la idea de ir también por los mismos parajes, convenía que la bandera ondeara en sitio visible desde toda la costa, y que en tierra quedara un destacamento de marinería para custodiar la enseña.

Y así se hizo.

Al siguiente día, el Comandante francés dió al Gobernador las gracias por su fiesta, y despidiéndose amistosamente de él, salió á recoger en Perim la llave de la salida del Mar Rojo, en previsión de que á Mr. Lesseps le dieran en el Cairo la llave de la entrada, con cuyas dos seguridades, en manos de Napoleón III, no habría modo de que su aliada Inglaterra tomara sin su permiso el nuevo y cortísimo camino que se abría á las Indias.

El buque francés llegó á su destino, sacó la bandera que debía saludar á diario las costas del Yemen... y á poco, con la bandera cuidadosamente guardada, tomó rumbo á Oriente.

Creo que esta vez no tocó en Adén.

El Mayor cuenta las cosas con muchos detalles, y no he podido reproducir toda su historia c por b como él la refirió. Cuando acabó de hablar estábamos con la punta Sur de la isla; en una ensenada que mira á Africa descubrióse un aviso de guerra tranquilamente fondeado, y su merced quizás lo dude, mas yo tengo por seguro que todos los que lo vimos, á una y sin vacilar, creímos estar contemplando el barquito

que cuarenta años antes había burlado al Comandante francés.

La historia del Mayor podrá ser falsa; pero todos los que la oímos, y yo el primero, la creímos á pies juntillos, porque los ingleses sabido es que son modelos de buena fe; pero...qué demonio, *aliquando bonus*, y una golondrina no hace verano.

RAFAEL FARIAS.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: *República Argentina:* La conversión de la Deuda exterior. —Manifestaciones populares.—Cambio de Ministros.—La actitud de Mitre.—Fiestas en su honor.=*Chile:* La cuestión presidencial.—Muerte del Presidente Errázuriz.—Mont y Riesco.—La sanción del arbitraje.=*México:* El próximo Congreso Panamericano.—Opiniones de la prensa americana.=*Cuba*: La declaración de su independencia.—La intervención militar yanqui.—El primer Presidente.=*Estados Unidos:* Compras y anexiones.—San Thomas.—Curaçao.—La neutralidad de los Estrechos y Canales.

Han producido en Europa general admiración los desórdenes políticos de que ha sido teatro en la Argentina la ciudad de Buenos Aires en los primeros días del mes de Julio. Puede decirse que desde la mitad de Mayo, las fiestas de público regocijo se habían sucedido en aquella capital casi sin interrupción, habiendo puesto como remate y cima á ellas las que tuvieron lugar el 26 de Junio por haber cumplido en dicho día ochenta años de edad el ilustre General, ex Presidente de la República, é historiador y académico y literato, Bartolomé Mitre. Estas fiestas tan repetidas, no sólo denotan la situación de un pueblo que florece en el seno de la prosperidad y de la abundancia, sino que su bienestar descansa en el regazo de la tranquilidad. Es cierto que mucho antes de que el Presidente Roca leyera su mensaje de apertura en las tareas legislativas, desde que la voz pública no hizo un misterio de que la última

expedición del Dr. Pellegrini á Europa había tenido por objeto concertar con los tenedores de las deudas argentinas y con la banca de Londres un arreglo en virtud del que la situación económica de la República pudiera despejarse más y hacerse más fáciles sus operaciones en su marcha normal por medio de una gran unificación de todas ellas, esta cuestión había sido muy debatida, lo mismo en los círculos financieros de Buenos Aires, que en las plazas comerciales de Europa á que aquéllas Deudas están afectas por la gran masa que circula en sus cotizaciones. Pero ni los juicios que se vertieron sobre los planes de Pellegrini, que siempre se consideraron concertados con el General Roca y su Ministro de Hacienda, el señor Luis Berduc, cuando se hallaba en Londres negociando con la casa Rodschildt y con el banquero Tornquist, que es el principal monopolizador en Europa de los negocios argentinos, ni los que se consagraron al avance ya oficial que de aquellos planes se hizo en el mensaje del General Roca, antes de presentarlos al debate y aprobación de las Cámaras reducidos á proyectos de ley, fueron de tal y tan enconada oposición, que hicieran sospechar pudiesen prestarse á los sucesos tumultuosos y agresivos que en la capital de la República se han efectuado, y de que nos dieron noticia los telegramas llegados á Europa el día 3.

Los técnicos de Europa, sin poder analizar los términos en que la unificación sería propuesta, y juzgando por sus respectivas impresiones, solamente habían formulado esos dictámenes ambiguos y nebulosos que, en su escepticismo convenido, jamás exponen á sus autores al descrédito del desacierto, dejando siempre abierto algún resquicio para ufanarse de haber acertado en el caso de un éxito desconocido. El *Economist* no tuvo sobre la negociación una opinión concreta, hasta que su corresponsal en Buenos Aires le advirtió del mal efecto que había causado la noticia de que la base de la operación se sustentaba sobre una garantía cuantiosa, las tres cuartas partes de su producto, de las rentas de Aduanas, la más saneada y

floreciente de que la Argentina dispone, no sólo hipotecada por cincuenta años y en un 75 por 100 á los fiadores de la operación, sino reconociendo á éstos el derecho de intervenirla. El *Financial Times* sólo echó de ver para apoyar sus incertidumbres, el contraste que ofrecía el pesimismo recargado que respiraba la prensa de la capital bonarense, con los optimismos que se habían desplegado en el mensaje presidencial. Aquellos pesimismos los consideraba la *Westminster Gazzette* extremados por la pasión política, teniendo en cuenta que el negociador Pellegrini era candidato á la sucesión presidencial de Roca, enfrente de otros pretendientes, y dando como síntoma todo el valor merecido á la firmeza de los títulos y valores argentinos en el *Stock Exchange:* y otros periódicos, entre ellos el mismo *Times* y el *Daily Mail*, abrían el ánimo á grandes confianzas, no esperando la *Pall Mall Gazzette* con las casas emisoras de los nuevos títulos de la conversión, sino el momento que el voto de las Cámaras argentinas determinasen oportuno, dadas las favorables condiciones en que la plaza se hallaba.

El calor de las fiestas mayas y de las fiestas de Junio no logró hipnotizar en Buenos Aires la atención vigilante de los opositores á los proyectos de Berduc, sobre lo negociado por Pellegrini con los banqueros de Londres. Al frente de esta oposición se habían puesto *La Nación, La Prensa* y *El Tiempo* enfrente de *La Tribuna*, que es el órgano del General Roca, y de *El País*, fundado para sostener las pretensiones del señor Pellegrini. *La Prensa* acusaba al Presidente Roca de que en los veinte años que hace que sobre la política argentina se hace sentir su influencia, la Deuda nacional ha aumentado de 86.000.000 de pesos oro á 435.000.000. *La Nación*, luego que le fueron conocidos los proyectos legislativos, vió en la unificación que se proponía la lápida del crédito argentino, y *El Tiempo* llevó su enojo y su censura, no sólo sobre el Presidente Roca, el Ministro Berduc y el senador Carlos Pellegrini, que acababa de escribir con su palabra «la página más depresiva

para el Parlamento argentino», sino hasta contra el General Mitre y el Dr. Mantilla, que debiéndose oponer á la conversión, lo excusaron con su ausencia, y hasta contra el ex Presidente Uriburu, que se limitó á votar en contra del proyecto, en lugar de haber combatido con energía el discurso con que lo apoyó Pellegrini.

Es curioso que habiéndose sometido el proyecto de conversión á la aprobación de las Cámaras el 9 de Junio, y habiendo sido aprobado por el Senado, hasta los primeros días de Julio, en que debió votarlo la otra Cámara, no estallaran las revueltas populares contra él. La violencia de estas manifestaciones condujeron al Gobierno á decretar la suspensión de las garantías constitucionales y á la declaración del estado de sitio por seis meses, después de autorizado el Poder Ejecutivo por el Senado para determinación tan extremada. Después se suspendió la publicación de *La Nación* y *La Prensa,* los dos periódicos más sesudos é importantes que se publican en toda la América de nuestra lengua. Aunque se tenía seguridad de que el proyecto sería aprobado en la Cámara por una mayoría de setenta votos, la votación se suspendió, entre tanto que las turbas, á cuya cabeza se hallaban los estudiantes, sembraban el desórden y el pánico en las calles de la Florida, sitio predilecto de Pellegrini para pasear con sus amigos; las de Cuyo, Corrientes, Rivadavia, Maipú, Plaza y Avenida de Mayo y calles de la Reconquista, San Martín y Cachabuco. Las redacciones de *El País* y *La Tribuna* fueron asaltadas por la muchedumbre, que causó grandes desperfectos en sus respectivos edificios, y el senador Pellegrini, reconocido en la calle de Maipú, fue agredido á pedradas, de una de las cuales quedó herido, aunque no gravemente, en la cabeza.

Las iras populares no sólo descargaron sobre el antiguo ex Presidente y candidato á la nueva sucesión del General Roca, sino contra los dos Ministros que en el Gabinete representaban personalmente al grupo de Pellegrini, esto es, el Ministro de Instrucción pública, Osvaldo Magnasco, y el de Ha-

cienda, Luis Berduc. Magnasco, que desciende de una familia genovesa de Saona, como Pellegrini del Piamonte, ha querido introducir en la Instrucción pública de la Argentina reformas radicales, conformadas al patrón de las nuevas instituciones docentes que en Italia se han puesto de moda, y que Italia á su vez ha tomado de Alemania. Magnasco hacía consistir su reforma en la abolición en los Estados federales ó provincias de la Federación de los liceos ó gimnasios de segunda enseñanza, equivalentes á nuestros Institutos provinciales. No dejaba más Universidad que la de Buenos Aires, y suplía los establecimientos de instrucción clásica que eliminaba por Institutos nuevos de Agricultura, Artes y Oficios. Contra estas reformas, en el Congreso de la prensa argentina había protestado el Dr. Zevallos, al describir la instrucción que en los Estados Unidos del Norte se da hasta á los campesinos, los cuales aprenden latín, griego y á Shakespeare. Toda la juventud escolar de la República se había pronunciado contra estas reformas, y para dar más resonancia á la protesta, se estaba preparando una gran festividad nacional para celebrar el 8, 9 y 10 del mes de Agosto que hoy empieza, el primer octogenario de la fundación de la Universidad argentina. El odio contra Magnasco no era mayor ni menor que el que se tenía á Berduc, que como Ministro de Hacienda había tenido que redactar y presentar el proyecto de ley de la unificación. Claro es que al suspenderse la votación de este proyecto, después de manifestaciones tan expresivas contra Pellegrini y sus secuaces, los Ministros que en el Gabinete argentino personalmente le representaban han tenido que caer, y Avellaneda, que ha sido el sucesor de Berduc, se apresuró el 14 á telegrafiar á los centros mercantiles de Europa donde los valores argentinos circulan, dando seguridades de que el Gobierno de la República mantiene el honor de su crédito y cumplirá puntualmente sus compromisos con los tenedores de la Deuda exterior, sin recurrir á nuevos impuestos ni empréstitos.

La historia de las Deudas argentinas trae á la imagina-

ción el recuerdo de tiempos y sucesos que á los argentinos mismos importa hacer olvidar. Sin entrar en los pormenores críticos de la operación que el Gobierno del General Roca se disponía á realizar, el movimiento hacia la unificación no puede menos de merecer la aprobación de los hombres imparciales, pues implica una tendencia regularizadora en la Administración de aquella República que no puede dejar de ser elogiada. El génesis de la mayor parte de estas Deudas lleva consigo las efemérides vergonzosas de una prolongada y triste era de corrupción, y sobre todo el laberinto inextricable de los empréstitos famosos de la época de Juárez Celmán, que conviene cubrir bajo el manto piadoso de un nuevo connominado en la determinación común de la Deuda nacional de aquel país. Se han censurado gravemente las condiciones pactadas en Londres para hacer la conversión, considerando que unas son onerosas y otras son degradantes para una nación cuyo concepto económico tanto ha ganado en los diez últimos años en el mundo financiero, cuyo crédito va en alza constante y cuyos amplios recursos le auguran un espléndido porvenir. En el actual conflicto, esta es la parte delicada que ofrece la cuestión. Se ha hablado de *negocio*, y aunque la opinión seria del mundo argentino sabe bien que la respetabilidad de los nombre de Roca y Pellegrini excluye toda posibilidad de que aquella palabra aterradora para la Argentina pudiera tener en la ocasión presente sentido alguno de realidad en la operación que se ha intentado, onerosa, sí, como son onerosas todas las operaciones de este linaje, el *verbo* tiene en la República que fue un día el bochornoso teatro de ciertos *negocios* una resonancia funesta, que no hay prestigio humano que la pueda resistir. En el fondo de los últimos sucesos hay factores que no pueden dejar de tenerse en cuenta para juzgar con imparcialidad si los movimientos populares del 3 de Julio último han estado inspirados por ideas de rectitud y por impulsos de razón. Reconociendo que el Dr. Pellegrini ha sido la pieza principal en el mecanismo de la operación que se proyectaba y que

él pretendía fundar en su éxito un título eminente, sobre los demás personales que todo el mundo le reconoce, para apoyar su pretensión y su candidatura á la sucesión presidencial del General Roca, no cabe en mente humana suponer que estos prestigios hubiera querido deducirlos de un acto de tal importancia para el porvenir económico de la Argentina, que no fuese más que el torpe disfraz de *un mal negocio*. Al proyecto de la unificación, tan laboriosamente trabajado en la Argentina y en Londres por el Sr. Pellegrini, hay que reconocerle un pensamiento elevado de los que inspira el patriotismo, para fundar en él un título al reconocimiento de su país. Se ha dicho que la idea de la unificación de la Deuda argentina no era más que la primera base de un programa de unificación política que en la Argentina reclaman todos los intereses de la política y de la economía nacional, que era el que el Sr. Pellegrini se proponía realizar, si el voto de sus conciudadanos le elevaba, en efecto, á la sucesión próxima presidencial. Creemos que, en efecto, estos dos órdenes de ideas estaban entre sí íntimamente relacionadas en el pensamiento del Sr. Pellegrini, y que para la posición americana y los destinos universales que á la República Argentina están reservados desempeñar en el siglo en que hemos entrado y en la grande é importante obra del equilibrio político de los dos continentes del Nuevo Mundo y de los dos mares que bañan sus costas, los dos principios morales y materiales de unificación, son de una enorme importancia. Por esto somos de opinión que, para la Argentina, han sido un mal que la unificación de la Deuda no se haya llevada á cabo, y que el prestigio del Sr. Pellegrini, pretendiente á la Presidencia de la República, haya sido descalabrado por las turbas en la calle de Maipú. Es indudable que la Argentina no carece de hombres que puedan llevar á la Presidencia, á que el Sr. Pellegrini aspira, pensamientos de igual eficacia y de igual elevación. Pero á un país que modela las auroras del porvenir espléndido que le espera sobre líneas tan colosales como ya dibujan á su naciente nacionalidad,

importa que ni sus hombres caigan barridos por la turba anónima en mitad de la calle alborotada, ni los pensamientos que tienden á resolver los más hondos problemas de su constitución, de su economía y de su crédito se ahoguen y desnaturalicen con viles apodos. Si en los detalles de la operación pueden obtenerse mayores ventajas, si cabe lograr en sus condiciones alguna modificación, es indudable que al porvenir económico de la Argentina conviene este primer ajuste de sus cuentas por medio de una conversión total del caos de sus deudas atrasadas que contrajo la corrupción, y que la moralidad debe ponerse en camino de que puedan ser reducidas con desahogo y con honor.

*
* *

De que en la Argentina, por fortuna, las dignas personalidades, cuya prolongada existencia tiene el raro privilegio de hacer engranar en la uniformidad de un movimiento nacional siempre de avance el pasado y el presente, despiertan hacia sí ese culto de los pueblos que tienen la suprema intuición de su destino, lo prueba la reciente solemnidad con que el 26 del pasado Junio se ha celebrado en Buenos Aires el feliz octogésimo del nacimiento de Mitre, el más ilustre de los argentinos que viven. Esta festividad en su honor no es de reciente institución, pero Mitre había excusado su celebración en los años de 1899 y 1900, y al dar su consentimiento para que en el actual se verificaran, es imponderable el entusiasmo con que, no sólo en la República Argentina fue la noticia recibida, sino en aquellas otras vecinas, á las que la vida de Bartolomé Mitre va unida, como á su propia patria, no sólo por el alto concepto que el ilustre escritor, soldado y estadista, ha tenido siempre de la noble solidaridad de sangre, ideas y misión histórica de toda la América de nuestra raza, sino porque en las varias vicisitudes de su propia existencia, ya como proscrito, ya como diplomático, ya como visitador, ya como gobernante,

en cada uno de estos pueblos dejó escrita alguna nota que ennoblece las páginas de su biografía y no escapa á la percepción del luminoso campo de la Historia. De diez y siete años de edad, en 1838, asistió como alférez de Artillería al primer sitio de Montevideo, y al segundo, con grado de Teniente Coronel, el 19 de Febrero de 1846. Emigrado pasó á Bolivia, durante el mando del General Ballivian, y aunque con aquel carácter, se batió en las jornadas de Lavala y Vitiche, mandando también los cañones. En 1848, emigrado, residió en Chile, y no sólo residió, sino que, trocando por la intelectual la vida militar que hizo en el Uruguay y en Bolivia, allí dejó las huellas de sus pasos en *El Mercurio de Valparaíso,* el decano de los periódicos políticos de la América española independiente, pues se fundó en 1827, en el que escribió como redactor. Verdad es que estos oficios los alternó con los de la espada antes en Montevideo, donde dirigió *La Nueva Era* y *El Nacional,* y en la misma Bolivia, donde fue fundador de *La Epoca* en la ciudad de la Paz. Se hallaba en la mayor efervescencia de sus pasiones políticas cuando escribía en *El Mercurio,* y el desterrado de la Argentina lo fue también de Chile por este motivo, teniendo que refugiarse á la ciudad de Lima, capital del Perú. Allí le continuó la fiebre de todos sus pensamientos de regeneración americana. Allí esta fiebre le hizo entrar en todas las conspiraciones tendentes á este fin, y de allí salió, en alas de aquellos pensamientos políticos, en 1852, para volver á combatir en su patria, promoviendo el levantamiento de las provincias argentinas contra la sangrienta y ominosa dictadura de Rosas. Así, en los principios de su carrera, soldado, escritor, político, reanudó en sí los vínculos preciosos de la fraternal solidaridad hispanoamericana, sosteniendo unos mismos campos de combate por la regeneración común en la Argentina, donde había nacido; en Montevideo, sobre las mismas márgenes del Plata; en la República de las Altas Cumbres, que recibió el bautismo de su nombre del nombre del libertador Bolívar, y en el antiguo palenque de los araucanos aspi-

rantes al primer grado de la moderna cultura de América, y en el antiguo suelo de los Incas, sobre la cual siempre refleja esplendores augustos su vieja civilización.

Desde que una comisión de personas distinguidas, reunidas en la Sociedad Rural Argentina de Buenos Aires, lanzó á la publicidad la idea de celebrar los ochenta años del General Mitre, la festividad que se proyectaba instantáneamente tomó proporciones generales. Como Presidente de la Comisión ejecutiva del homenaje en la capital, quedó designado el ex-Presidente de la República, D. José Evaristo Uriburu; y poderes públicos, instituciones sustantivas del Estado, representaciones de todos los círculos, de todas las provincias, de todas las colectividades que ocupan un papel visible en la sociedad, se pusieron á puja para emularse mutuamente en la condición de los homenajes que cada una había de rendir al hombre que encarna todo el movimiento reconstructivo en tres grandes generaciones: la que pugnó por constituirse con caracteres personales é inmutables de nación; la que entre luchas apasionadas de pensamiento y acción procuró dar á la nación bosquejada sus peculiares organismos, y á la que por todos los medios con que contribuye el admirable progreso de los tiempos modernos al robustecimiento de una gran nacionalidad y al despejo de los horizontes de su porvenir, ha colocado la nacionalidad argentina en la categoría que ocupa en la graduación universal de las naciones.

El primero de estos elementos que encerró en fórmulas apologéticas de práctica realización el tributo nacional que se proyectaba rendir al General Mitre, fue el Municipio de la ciudad, que es á la vez capital de la República, residencia constante del hombre esclarecido, lugar donde se meció su cuna y palenque de la mayor parte de su labor fecunda como soldado, literato, estadista, historiador y tribuno. El decreto de la Intendencia municipal de Buenos Aires lleva la fecha del 4 de Junio, y por él se resolvía: Artículo 1.° Invitar al vecindario de la capital, clubs y asociaciones nacionales y extranje-

ras, á adherirse á la manifestación pública que había de verificarse el día 26 del mismo mes, embanderando é iluminando el frente de sus casas.—Art. 2.° Que el Intendente, con el personal superior de la municipalidad, pasara á saludarle ese día en nombre de la ciudad de Buenos Aires.—Art. 3.° Iluminar la plaza de Mayo, la calle San Martín y el edificio municipal.—Art. 4.° Colocar delante de la casa del General Mitre, el día mencionado, dos grandes *corbeilles* para depositar las flores y laureles que llevasen los manifestantes.—Art. 5.° Celebrar una función de gala en el Teatro de la Opera, á la que fuera invitado el General Mitre.—Art. 6.° Dirigir un mensaje al H. Concejo deliberante, solicitando su adhesión y cooperación para el cumplimiento de este decreto; y Art. 7.° Recabar de la misma Corporación se diese el nombre de General Bartolomé Mitre á la calle de la Piedad.

Al día siguiente, el 3 de Junio, en la Cámara de los Diputados, con motivo de haberse presentado y discutido un proyecto de ley autorizando al Poder Ejecutivo para la adquisición de un terreno sobre el río de las Conchas, á las inmediaciones de la capital, que, con el nombre de *Campo de Mayo,* ha de destinarse á campo de maniobras para el Ejército (1), el Diputado Bores apoyó otra proposición de ley para que, por medio de ella, desde el día 26 de Junio la calle de Piedad fuese designada con el nombre de *Bartolomé Mitre.* En el elogio del ilustre Washington argentino, el Diputado Bores tuvo párrafos de extraordinaria elocuencia. «Cuando le vemos pasar—decía—firme, tranquilo, sereno, con su mirada brillante y limpia, vemos pasar la historia de medio siglo. Es el proscripto, es el soldado, el tribuno, el poeta, el orador, que

(1) Según declaración del Ministro de la Guerra, Ricchieri, el Ejército permanente de la República constaba en dicho día de 7.170 hombres, de los cuales 3.061 infantes, 2.374 de caballería, 1.248 artilleros y 488 ingenieros. En ese efectivo no se encuentran comprendidos los 120 hombres que constituyen el cuerpo disciplinario que tiene su asiento en Roca.

en las primeras horas de nuestra organización trabajó en los cimientos de la nación para constituirla; un poco después fue el constitucionalista, el ciudadano formado y fuerte, que levantó en sus manos esta nación ya organizada; después, vemos al filósofo y al historiador enseñando á la juventud los nuevos derroteros, desenterrando la historia para enseñar como ejemplo aquellos tiempos en que el heroísmo era acción, la espada idea y la victoria emancipación. Todo para su pueblo, parece que fue su lema. La opinión le hace grande con San Martín, infiltrándole el espíritu americano; lo ve resignado, fuerte, perseverante, sublime y soñador con Belgrano, y con la bandera le entrega el dominio de los siglos, bajo la bendición de Dios y de los laboriosos de la tierra. Le sintió después quejarse bajo la tiranía, y recogió lira, pluma y espada, y fué al combate. Le sintió tronar, más tarde, bajo las ideas que nacieron de las convulsiones vencedoras en Caseros, y él también fue un trueno, una nube, una idea, pero siempre con la visión de la nación organizada. Una misión de civilización, en horas tristes para el Atlántico, le llamó al Paraguay, y á la luz de la victoria, el mundo vió abrirse la tierra encantada de la hierba fragante, del tabaco perfumado y del suelo siempre primaveral. Años después, le hemos visto siempre batallando, allá, en ese hermoso cuadro, nacer en los albores brillantes de la oratoria parlamentaria, en la escena de ese hermoso cuadro donde aparece Sarmiento, soberbio y tempestuoso, con una hacha y un libro en la mano para abrir los caminos en la tierra y en las almas, mientras Avellaneda esperaba en silencio su hora para desplegar el vuelo y soltar los vientos de la elocuencia, que calman las pasiones y hermanan los espíritus. Esta es la gran vida vivida por este hombre extraordinario. Por eso le está reservado á él lo que la gloria reserva á los grandes de misión ya cumplida: entregarles en mano propia la corona de luz eterna. Esto es lo que el pueblo argentino quiere ahora que lo ve en la cumbre, y esto es lo que yo vengo á proponer al Congreso de mi país, á este Congreso que

tantas veces ha escuchado su voz, á este Congreso que tantas veces se ha estremecido ante su palabra elocuente y patriótica y se ha inclinado ante su vida pública irreprochable. Este proyecto es un anticipo de su inmortalidad, y creo que no debe ser discutido ni votado por la Cámara, sino aclamado.»

En efecto, la moción del Sr. Bores se aprueba, y el Poder ejecutivo, el día 13, dictó el decreto propuesto y redactado en la siguiente forma: — «Considerando: 1.° Que el honorable Congreso nacional, en uso de la atribución que le confiere el inciso 17 del art. 67 de la Constitución, ha sancionado que se dé á la calle Piedad, del Municipio de esta capital, en el día 26 del corriente, el nombre de «Bartolomé Mitre». 2.° Que este excepcional homenaje responde al movimiento de opinión espontáneamente producido en todo el territorio de la República, para hacer acto de adhesión al ilustre ciudadano en su octogésimo aniversario, á fin de honrar sus talentos y virtudes cívicas. 3.° Que el Poder ejecutivo nacional, al dar cumplimiento á la ley del honorable Congreso, considera de su deber asociarse por actos propios á este homenaje público, el Presidente de la República decreta: Artículo 1.° Encárgase al Intendente municipal de la capital de la República, de hacer construir y mandar colocar en la calle que actualmente se denomina de la Piedad, las tablillas que tengan el nombre de «Calle de Bartolomé Mitre», con arreglo á la ley núm. 3.988 de fecha 12 del corriente mes.—Art. 2.° Las tablillas mencionadas serán fijadas en oportunidad y de manera que sólo en la mañana del día 26 del corriente aparezcan aquéllas en la mencionada calle.—Art. 3.° Por el Ministerio del Interior se hará sacar una copia en pergamino de la sancionada ley del honorable Congreso nacional y de este decreto, debiendo en aquélla y en ésta llevar autógrafas las firmas de la promulgación, cuyas copias, con la nota respectiva, serán entregadas el día 26 del corriente al señor General Mitre.—Art. 4.° A fin de conservar la memoria de este homenaje como un estímulo á la imitación de las virtudes de tan ilustre ciudadano, la Direc-

ción general de Correos mandará imprimir una estampilla especial ó carta postal con la efigie del General Bartolomé Mitre, y las fechas «26 de Junio de 1821—26 de Junio de 1901», las que usarán en toda la correspondencia que se despache por las Oficinas de Correos en el mencionado día, y pondrá á disposición del señor General el telégrafo nacional para la correspondencia que con motivo de su cumpleaños tenga que transmitir.—Art. 5.° Todos los gastos que demande la ejecución de este decreto, serán por cuenta de la nación.—Art. 6.° Comuníquese, publíquese y dése al registro nacional.—Roca.—*Felipe Yofre.*»

Desde que se constituyó en la capital la Comisión iniciadora de los homenajes al General Mitre, se formó otra de propaganda para las provincias y territorios de la República, en los cuales el proyecto fue recibido con el mismo calor que en Buenos Aires, y se formaron numerosos Comités. En Concepción del Uruguay se solicitó el honor de que la primera placa que se colocara en la nueva calle *Bartolomé Mitre* de la capital, fuese costeada por las escuelas superiores de aquella población. La moción de este honor fue sugerida por la Presidenta del Cuerpo docente de la Escuela Normal, D.ª Isabel King. En la Plata, el Comité se instaló en el *Club Español,* y la Comisión popular quedó constituída por los 500 ciudadanos más distinguidos de la provincia. En esta ciudad, donde también se ha dado el nombre de *Bartolomé Mitre* á la *Avenida 60* (1),

(1) Las poblaciones que han dado el nombre de *Mitre* á algunas de sus calles principales, han sido: En la Plata, la *Avenida 60;* en Gualeguay, la calle principal; en Saavedra, la plaza principal; en Baradero, la plaza de la *Constitución;* en Las Flores, la plaza principal; en Navarro, la calle *del Comercio* y la plaza principal; en Posadas, una de sus principales avenidas; en Goya, la calle de *Santiago del Estero;* en Empedrado, la calle *Victoria;* en Toay, una de las calles principales; en San Luis (Corrientes), otra de las principales; en Río Negro, el departamento de *Coronel Pingles;* en San Vicente, la calle de la *Libertad;* en la Rioja, una de las principales; en Chilecito (Rioja), la principal del departamento; en San Juan, una prin-

el profesor D. Roberto Carlos Nery fue encargado de componer una marcha triunfal titulada *Mitre* para ser tocada en las festividades solemnes del *Club Español*. En la gobernación del Chubut, el Comité, compuesto de los Sres. Rawson, Trelew y Gaiman, proclamaron á Mitre con entusiasmo, considerándole el fundador de aquella colonia que prospera y progresa sin descanso enmedio de aquella naturaleza ingrata y refractaria á los afanes del hombre.

No se sustrajo la religión de tomar parte en los programas de una fiesta que desde luego asumió el carácter de manifestación nacional. Monseñor Romero previamente visitó al General Mitre, quien con profunda emoción admitió el homenaje de una Misa rezada que el prelado celebraría en la iglesia de la Merced en la mañana del día 25, y á la que Mitre asistiría; y aunque el párroco de San Nicolás de Bari, D. Marcial Alvarez, en cuya iglesia Mitre fue bautizado el 28 de Junio de 1828, le invitó también para que asistiera á la ceremonia solemne de la bendición de la Capilla que se ha construído, para colocar en su centro la pila bautismal donde Mitre fue hecho cristiano, consagrando á este recuerdo una medalla de oro para el General, cien de plata para los cien primeros niños que, á partir del 28 de Junio último, sean bautizados en ella, y 500 de cobre para obsequiar á la concurrencia, Mitre aceptó el padrinazgo, con la sola condición de que la ceremonia revistiera

---

cipal; en San Luis, la calle de la *Constitución;* en el Partido 25 de Mayo, la plaza principal; en Villa Mercedes (San Luis), uno de sus bulevares; en Luján, la calle de *Buenos Aires;* en Río IV, la plaza principal; en Concordia, el parque en construcción; en Monterosa (Tucumán), la plaza *Simoca;* en Exaltación de la Cruz, la plaza de *Buenos Aires;* en Chivilcoy, la plaza *Echevarría;* en Mendoza, la calle *Colombia;* en Corrientes, una de sus plazas; en Mar de la Plata, una calle principal; en Tucumán, *la Villa Tafí;* en Tres Arroyos, una calle principal; en Rojas, la calle de *las Palmas;* el partido de Arrecifes llevará en lo sucesivo el nombre de *Partido del General Mitre;* y en Goya, además de la calle ya indicada, la plaza de *Libertad.*

exclusivamente su propio carácter religioso (1). El temor de que pudiera convertirse en político un suceso que había de reflejar en todo su más austero carácter nacional, obligó á la Comisión directiva del homenaje á publicar por dos veces su resolución de no aceptar adhesión, ni obsequio alguno, ni de ningún Centro que tuviera en aquel momento la menor denominación política de actualidad. Por esta razón no fue admitida de parte de la *Unión Cívica Nacional* la celebración de una conferencia en uno de los grandes teatros de la capital, en la noche del cumpleaños ó en la víspera, sobre *El General Mitre y su obra, durante los sesenta años de su acción é influencia militar, política y social dentro y fuera de su patria,* por más que los discursos que se pronunciaran estarían á cargo de oradores del mérito de Juan E. Torrent, Manuel Quintana, José María Gutiérrez y Miguel Cané; y que con la impresión de un ejemplar especial para el General, se ofrecía la publicación de 300.000 para distribuirlos gratis á todos los alumnos de las escuelas, colegios y Universidades de la Argentina, á todas las oficinas públicas nacionales y provinciales, á las direcciones de los periódicos, y á todos los Jefes, Oficiales y soldados del Ejército y de la Marina.

Pero lo que no se concedía á la política bajo ninguna forma ni bandera, se concedía á los altos Cuerpos de la nación, á las colectividades escolares, á las colectividades extranjeras

(1) Esta solemnidad se verificó el día 28 á las dos de la tarde. Ofició el Arzobispo de la diócesis monseñor Mariano Espinosa, y fueron padrinos en la bendición de la capilla la Sra. D.ª Mercedes Chas de Arias y el General Bartolomé Mitre, en persona. Concurrió todo el alto mundo social de Buenos Aires. La señora Darclée cantó el *Ave María* de Dalmiro Costa, y las bandas de los batallones 2, 3, 8 y 10 completaban la solemnidad del acto. Las medallas llevan en el anverso una imagen que representa á Jesucristo en el Río Jordán y la inscripción: *Inauguración del nuevo bautisterio.*—Parroquia de San Nicolás—28 Junio de 1901. En el reverso la inscripción: «Bendecido por el Excmo. Arzobispo monseñor Mariano Espinosa; padrinos: General Bartolomé Mitre y señora Mercedes Chas de Arias.»

establecidas en el país, y á todas las sociedades particulares que representan el continuo y ascendente desarrollo de la cultura y de los intereses materiales de la República. Al Ejército y á la Armada se le consintió la acuñación de una placa de oro alegórica y conmemorativa. Esta medalla ha sido única, y después de torculada, roto el molde. Al Ayuntamiento se le ha permitido la proyección de otra placa, dibujada bajo la dirección de la Comisión especial de numísmatas, para ser colocada en la casa de la calle de Suipacha, en que Mitre nació el 26 de Junio de 1821. De la medalla conmemorativa que también la Municipalidad ha hecho acuñar, se han distribuído al pueblo 20.000 ejemplares en bronce, y habiéndose confiado á D. Juan José Biedma, biógrafo de Mitre, la redacción de un extracto de su obra para distribuirle también al pueblo, el pirotécnico Angel La Rotonda halló medio de hacer fácil y equitativa esta distribución por medio de unas bombas que al estallar en el espacio producían una lluvia copiosa de retratos fotográficos y de estas biografías. La dirección de Correos y Telégrafos, falta de tiempo material para el dibujo, grabado y estampado de un sello especial para todo género de comunicaciones, sólo pudo confeccionar sus obliterados alusivos á la fiesta del 26 de Junio, mas la tirada de cuatro tipos de tarjetas postales, de las que en dicho día fueron arrebatadas por el público cerca de 300.000. En todas las escuelas públicas se mandó á los profesores y catedráticos dirigir pláticas apologéticas del General Mitre en las lecciones del día 25, pues el Poder Ejecutivo declaró feriado el 26, y tanto las escuelas públicas y los Institutos docentes del Estado como las particulares, proyectaron la procesión cívica de la juventud y la infancia, en la que las aulas en masa, presididas por sus profesores, desfilaron por las puertas de la casa del General Mitre, depositando los alumnos en las dos inmensas *corbeilles* que la Municipalidad hizo colocar á los lados de la entrada, las flores y ramos de flores que llevaban en las manos, y que constituían en aquella solemnidad el más grato agasajo del amor, del patriotismo y de

esperanza. Entre estas escuelas, la señora Doña Eusebia Silveyra de Rojas presidía, con la profesora Doña Margarita Susán, el *Instituto Comercial de Mujeres*, y á Mitre pareció aquél uno de los homenajes más simpáticos, pues representó la nueva emancipación, la nueva vida intelectual y moral de la mujer. Algunos de estos Institutos, como el Colegio Nacional-Norte de Buenos Aires, obsequiaron al General con una placa artística de plata y oro; otros, como el Colegio Ganduglia, le presentaron un hermoso diploma en pergamino. A las manifestaciones del espíritu de la mayor parte del pueblo argentino en todas sus clases y asociaciones, hay que añadir las de las colectividades extranjeras que en aquel opulento país residen. Por parte de los españoles tomó la iniciativa la *Asociación Patriótica Española*, y á ella se unieron en todos sus actos obsequiosos las Sociedades, Orfeones, Montepíos y demás Sociedades en que se hallan clasificados y constituídos todos los elementos de las diversas provincias de la Península, castellanos, andaluces, extremeños, valencianos, catalanes, astures y gallegos. También de Madrid llegaron las adhesiones de *El Mundo Latino* y de algunas selectas personalidades, y en las fiestas del 26 se hicieron representar Comisiones eminentes de la República Oriental, de la colectividad de Bolivia y del mundo social y político de Santiago de Chile y de Valparaíso, cuyos álbums, repletos de firmas, venían encabezados por los de los dos candidatos rivales á la Presidencia de aquella República, D. Pedro Montt y D. Germán Riesco, no trayendo la del Presidente Errázuriz, que se hallaba en la agonía.

Difícilmente se olvidará de la memoria de los argentinos la solemne glorificación del 26 de Junio último, no en honor de un muerto ilustre, sino de un campeón vivo de la constitución y progreso de aquella nacionalidad, cuya existencia toca casi los límites de dos siglos; el que inauguró su independencia y el que inaugura su supremacía moral en todo el vasto campo de la América de nuestra raza. Desde el amanecer de tan

fausto día, el venerable anciano se colocó en función á los primeros acordes de las dianas militares.

Cuando á las cinco de la tarde tuvo que contestar al discurso del Dr. Frers, que con el ex Presidente de la República Uriburu y el Sr. Udaondo, á nombre de la Comisión directiva, llegó á rendirle el homenaje de la monstruosa procesión cívica que en aquel momento desfilaba á su presencia, el esclarecido octogenario llevaba pronunciados ya ¡cincuenta discursos! Era incalculable el número de las personas y comisiones que desde las ocho de la mañana había recibido sin tregua, y con quienes había tenido que conversar. Entre las comisiones y visitas oficiales, primero la del Intendente Bullrich y otras Corporaciones oficiales; después, las numerosas delegaciones de las provincias, de los pueblos y de los territorios más lejanos; luego, las de las sociedades Industriales, Agrícolas y de Crédito; las puramente obreras; los institutos docentes; las damas de las Escuelas Normal y Comercial; las comisiones de huérfanos de la guerra; los antiguos guerreros del Paraguay; los Clubs de gimnasia y esgrima; los patronatos de la Infancia; las Escuelas de Artes y Oficios, y las comisiones de las Repúblicas limítrofes. Antes de la llegada de la comisión del Ejército y de la Armada llegó el Presidente de la República, General Roca, en compañía de los Ministros de la Guerra y de Marina, y apenas salieron éstos, todo el generalato argentino de mar y tierra, y todos los coroneles y jefes de los barcos y del Ejército. Al comodoro Rafael Blanco tocó el honor de hacer la presentación de la placa de honor, construída para este homenaje; y á las tres de la tarde recibía, con todas las reglas de la etiqueta internacional, el Cuerpo diplomático extranjero, acreditado en aquella capital. Apenas salían sus individuos de la residencia del ilustre anciano, una sección del escuadrón de seguridad, seguido de la banda de bomberos y de la comisión militar con los Generales Garmundia, Leyria y Campos, que formaban la cabeza de la imponente columna de 60.000 almas que componía la procesión cívica organizada por la Co-

misión directiva, se presentó delante de la fachada de la casa de Mitre, que, rodeado de su familia y de unas cien damas de las familias del primer rango de la sociedad argentina, subió á la azotea del edificio para dominar el grandioso espectáculo.

Aunque extenso el discurso que el General Mitre leyó en el acto de la presentación de Uriburu, Udaondo y Frers á ofrecerle el tributo de aquella manifestación nacional por medio de la elocuente palabra de este último, hay que reproducirlo aquí íntegro, porque en su suprema síntesis de seductoras formas artísticas se resume la historia pasada, que justifica estos grandiosos homenajes, la realidad presente, fruto de aquellas conquistas que en Mitre se personifican, del mismo modo que en su espíritu se engendraron, y las perspectivas de un porvenir que abre á la Argentina el amplio horizonte de la primera nación americana.

Así dijo el General Mitre, contestando al discurso del señor Frers:

«*Compatriotas y residentes hermanos:*

»Esta manifestación, nacida de un sentimiento de generosa simpatía, que ha asumido un carácter nacional, á que se asocian los residentes de otras tierras que con nosotros viven en hermandad, tiene una significación más trascendental, porque los pueblos sólo se mueven animados al soplo de la vida que los rodea, con una idea en la mente, con una pasión en las almas y con el instinto de sus destinos en su naturaleza.

»Este es un homenaje secular, tributado á la idea ingénita de la sociabilidad argentina, representada por las generaciones que se han sucedido, de las que tres se hallan ahora presentes, idea que se asocia al sentimiento de su nacionalidad, á cuyo desenvolvimiento orgánico estamos asistiendo.

»No es una visión del optimismo patriótico, porque es una realidad escrita en nuestra carta geográfica, la predicción de que la región que habitamos será en los tiempos el teatro de una evolución humana que influirá en los destinos del mundo.

»Un territorio que se extiende á lo largo de treinta y cinco grados de latitud, en que se alternan todos los climas del globo y prosperan todas las producciones de la Naturaleza; que mide una superficie de tres millones de kilómetros cuadrados, con tres mil kilómetros de costas marítimas, y seis grandes ríos y las más altas montañas de la América Meridional; y en el que sus inmensas y fértiles llanuras sólo esperan la simiente del progreso para devolver ciento por uno en el limbo de la labor; un territorio así constituído, es una tierra prometida, que tiene necesariamente que ser el asiento de una nación poderosa, próspera y feliz, cualquiera que sea la raza que la habite.

»A pesar de estas bendiciones del Creador, no faltan entre nosotros mismos presagios siniestros que nos condenen á la impotencia para fecundar la tierra que habitamos, pensando que somos ya una raza en decadencia antes de haber alcanzado el crecimiento normal, la que ha retrogradado en su sociabilidad, y que los destinos de nuestro país son inciertos y obscuros.

»No, no hemos degenerado como hombres, ni retrogradado como colectividad, ni somos inferiores é la tarea que nos está encomendada como jornaleros.

»Somos una nación nueva en formación, cuyos perfiles diseñan su tipo definitivo, en que estamos formando una nueva raza con el concurso de todas las nobles razas del mundo civilizado, y que á pesar de sus deficiencias, de sus desvíos políticos y sociales, de su inexperiencia para gobernarse, constituye un organismo sano y robusto que tiene en sí los gérmenes de la vida duradera y la potencia virtual para corregir y mejorar su condición.

»Hablo en presencia de tres generaciones que se han sucedido después de la generación iniciadora de Mayo, y puedo invocar su testimonio al patentizar el resultado de sus trabajos en el tiempo, para alentar las grandes esperanzas que son la fuerza de las naciones.

»No hay fuerzas perdidas en la vida de los pueblos, como no las hay en la Naturaleza. El primer estremecimiento vital de una nación palpita en el sér de su posteridad. Las fuerzas viriles, intelectuales y morales de nuestros antepasados, que algunos dicen perdidas, están vivas en nuestros nervios, en nuestra mente y en nuestra conciencia, incorporadas al organismo de las generaciones nuevas, que animadas por ellas siguen adelante con varonil aliento vigorizando su acción.

»Nuestros padres dieron á luz una nación surgida del embrión colonial, que aun enmedio de la lucha por la independencia y después de ella, vivió atormentada por la anarquía, el despotismo ó la guerra civil, sin lograr unificarse ni completar su organización política. De este caos ha surgido la nación actual, unida, constituída y consolidada, á que hemos dado vida nueva en el espacio de tiempo en que nace y muere un hombre.

»Hace cincuenta años éramos una agrupación informe, cuya cohesión sólo se mantenía por el instinto ó la violencia. Hoy somos una nación compacta, que reposa por la primera vez en su centro de gravedad, y que puede exhibir sus títulos ante el mundo para ser contada en el número de las naciones llamadas á vivir, crecer y multiplicarse.

»Como núcleo de civilización, hemos incorporado á nuestro sér, por medio de la colonización y la inmigración espontánea, un millón de seres humanos, imprimiéndoles el tipo de nuestra raza y asimilándolos á nuestra sociabilidad. Y séame permitido en esta ocasión repetir las palabras que hace treinta años pronuncié al respecto, en el seno del Congreso Nacional.

»Que el extranjero que venga á esta tierra, en vez de levantar la tienda provisora del peregrino, se siente en nuestro hogar al calor del fuego nativo; que nuestra patria sea su patria, porque encuentre en ella todos los derechos y garantías á que pueda aspirar; que nuestros intereses sean comunes; que nuestros hijos y los hijos de los inmigrantes se identifiquen en

un solo amor; que nuestra raza se salve, para que nuestra nacionalidad no se debilite y para que el nombre y la bandera argentinos no sean un eco y una nube que se lleve el viento.

»Como trabajadores, hemos salido de la edad que se ha llamado del cuerpo crudo, y somos una de las primeras potencias productoras en ganadería y agricultura, cuyas materias primas, mejoradas y modificadas, y cuyas cosechas de cereales, pesan en la balanza comercial del mundo. Y es así como se ha multiplicado la riqueza, acrecentando por el trabajo, por el intercambio, por la selección y por la industria, la pobre herencia que recibimos, dando su impulso al progreso material y creando el capital social de que carecíamos, haciendo intervenir la potencia del trabajo y la producción con la cooperación del crédito privado.

»Como raza culta, hemos levantado nuestro nivel intelectual, científico, literario y artístico, difundiendo la instrucción común en el pueblo, universalizando los estudios superiores, aplicando la inteligencia al progreso material y social, y tenemos al presente sabios propios, que antes no teníamos, contando con geómetras, músicos compositores, pintores, ingenieros, escultores, arquitectos, agrónomos, químicos, arqueólogos, físicos, naturalistas, filólogos, geógrafos, economistas, y tantas otras especialidades que sólo teníamos por reflejo y de prestado; y de tal manera se ha ensanchado el campo de acción de las ciencias aplicadas, y vulgarizado el saber, que un niño de la escuela elemental, y una niña salida del colegio normal, poseen más nociones científicas y tienen en su cabeza más ideas que las generaciones que les han precedido. Por la cultura, la razón pública ha adelantado.

»Como hombres de acción, como pueblo viril, al glorificar la gran memoria de nuestros mayores, podemos pensar que nos hemos inspirado en su ejemplo, y que si ellos se levantasen de la tumba reconocerían á sus hijos, que no han degenenado. Hemos formado un ejército de ciudadanos, regido por la

ley de la igualdad, que es la espada y el escudo de la nación, y noventa mil conscriptos de veinte años han pasado bajo sus banderas. Hemos creado una poderosa Armada nacional en el breve espacio de tiempo en que se cría un joven, animada por el fuego sagrado del patriotismo y tripulada por cinco mil marinos argentinos, de Almirante á marinero. Hemos conquistado el desierto por las armas, cubriendo de mieses la antes inculta pampa, como laureles fecundos de esa victoria.

»Estamos en paz con el mundo todo y con nosotros mismos, habiendo solucionado todas nuestras cuestiones internacionales, y resuelto por siempre los más árduos problemas de la organización nacional; y es así como por la gravitación natural de las cosas y la armonía de las voluntades hemos alcanzado en el presente la situación más tranquila y estable que la República Argentina haya atravesado en el curso de su tormentosa existencia. ¡Gracias sean dadas al cielo!

»Nos queda todavía mucho que hacer y mucho que aprender.

»Nos falta determinar y dar su temple al carácter nacional; formar nuestr as costumbres constitucionales, purificar la vida política, animar el espíritu público, aprender á gestionar nuestros propios negocios y á gobernarnos por nosotros mismos; en una palabra, nos falta completarnos; pero con todas estas deficiencias podemos esperar con serenidad los días que vendrán, porque, en verdad, ninguna nación ha hecho más en menos tiempo para merecer vivir en los tiempos y ser feliz.

»En este momento psicológico de la laboriosa evolución de nuestra sociabilidad y de la consolidación orgánica de nuestra nacionalidad, me encuentro en presencia de tres generaciones, á las que he acompañado colaborando en su obra; y me siento poseído en este día de la más profunda y cordial gratitud por la benevolencia de mis contemporáneos, cuya felicidad ha sido el anhelo de mi vida, como ciudadano, como soldado, como jornalero y como gobernante. Y en este día, que se ha querido

llamar un jubileo, cumplo la edad solemne de ochenta años, en que el hombre alcanza le plenitud de la vida, con todas sus responsabilidades pasadas y póstumas, cuando termina un siglo y comienza otro, en vísperas del primer centenario de nuestra existencia como nación independiente y libre.

»El 25 de Mayo de 1910 será el gran jubileo de la patria de los argentinos y de todos los hombres de buena voluntad de la tierra que, en unión con nosotros, han contribuído á la fijación de sus destinos. Yo saludo desde mi ocaso la aurora de ese memorable día venidero, animado de la grande esperanza de que, dentro de la duración de las cosas humanas, nuestra patria entrará triunfalmente en ese día en la inmortalidad de la vida de los siglos.

»Y digo á la sombra de los largos años, á los que alcanzarán á ver renacer las luces seculares del sol de Mayo, que marchen con aliento hacia adelante, siempre adelante, recordando el consejo del poeta del Salmo de la vida, de vivir sin tregua en el presente y dejar al pasado enterrar sus muertos. Que si el corazón es el tambor velado que cada hombre lleva en sí, batiendo dentro del pecho el fúnebre paso de la muerte, los latidos de los corazones esforzados baten la marcha triunfal de las generaciones que se suceden.»

No pronunciamos ni una sola frase de comento á un discurso de tanta magnitud y de tan vasto alcance. Si Mitre no se hallara en él retratado con toda la grandeza que impone su luminoso perfil á la historia de la América que fue española, para la madre patria tendría siempre su nombre y su figura muchos títulos que demandaran hacia él nuestra simpatía y nuestra consideración. Mitre es un nombre que está distante del período de las luchas emancipadoras que pueden tener algún dejo amargo para nuestro patriótico paladar. No participa para nosotros de ningún odio de sangre, y antes por el contrario, España se enorgullece de haber dejado en aquella tierra amada é ingrata, que ella civilizó, gérmenes fecundos que habrían de producir existencias históricas y políticas tan es-

pléndidas como la del ilustre General con quien se enorgullece la Argentina, toda la América que fue española y España también. El que estas líneas escribe tuvo el honor de estrecharle la mano, cuando en la última década del siglo XIX tuvo la bondad de venir á visitar la antigua patria, y nunca olvidará los conceptos que en sus labios oyó acerca de la estimación y el amor que hacia esta también patria suya en la comunidad de la sangre y de la historia le merecía. De que estos sentimientos eran ingenuos y firmes, y no las corteses imposiciones del asilo amistoso, dan entera fe los recuerdos de 1866. Mitre presidía la República Argentina. Méndez Núñez llevó la guerra al Pacífico, y Chile y el Perú pidieron á Mitre la alianza argentina contra España. Mitre, sin faltar á ningún deber de la paternidad y de la solidaridad de los pueblos y Gobiernos de aquel mundo, no olvidó que España era la madre común. No fué á la alianza á que se le reclamaba, y sólo hizo votos sinceros por la reconciliación y la paz.

La España Moderna se asocia á todos los homenajes de la Argentina en honor de su gran personalidad nacional *Bartolomé Mitre,* que acaba de cumplir ochenta años.

***

Debiéramos una conmemoración de igual modo cariñosa al nombre de Federico Errázuriz, el ilustre Presidente de Chile, que, víctima de los honrados escrúpulos de su honor presidencial, enmedio del espectáculo que dan en aquel país los partidos rivales que se disputaban para sus candidatos respectivos su sucesión, ha sucumbido, antes de ceder á ningún género de imposiciones. No nos queda espacio, y habremos de diferir su apología para el número inmediato.

***

Verdad es que sobre la mesa nos acosan los asuntos americanos de mayor interés que entran en la vasta jurisdicción de

esta Revista, y que ya hoy no nos queda posibilidad ni aun de bosquejarlos.

Está la lucha presidencial en Chile; está la disposición de este país acerca del arbitraje en el próximo Congreso Panamericano; está la diversa actitud de varias Repúblicas sobre este asunto jurídico y aquel acontecimiento político y social. Tenemos por hoy que reservarnos.

***

Ya se conocen los programas que en Washington se forman para declarar la independencia de Cuba. ¡La independencia! ¡Quedando ocupado el Morro de la Habana permanente y militarmente por tropas de los Estados Unidos! ¡La independencia! ¡Qué irrisión! Pero éste es el triunfo del viaje de Méndez Capote á la Casa Blanca, y Estrada Palma no se morirá sin haber atrapado los honores fugitivos de Presidente de la República que queda en el aire. El descocado Morgan lo dice á boca llena en Nueva York: «¿Cuba independiente? ¡El drama empieza por el sainete!»

***

Morgan es de los que empujan con más tenacidad, no sólo á la adquisición de la isla danesa de San Thomas, sino á la de la holandesa de Curaçao. En el Haya ha entrado el pavor por el porvenir de esta isla. ¿Logrará el sindicato de Andersen en Dinamarca obstruir la adquisición de las Antillas danesas por los Estados Unidos? El *Daily May* recientemente ha publicado un telegrama, recibido en Londres, en que se dice que el Gobierno de Mac-Kinley ha pasado una nota al de Copenhague, conminándole á fortificar las islas de San Thomas y San Juan, bajo el temor de que Inglaterra ó Alemania quieran establecerse en ellas, pues dominan la ruta del canal de Nicaragua. Esta conminación, si existe, es una amenaza, pues Dinamar-

ca no puede ni soñar siquiera en guarnicionar y fortalecer unas posesiones tan lejanas y que le impondrían gastos costosos, incompatibles con la estrecha situación económica por que atraviesa. La cuestión de Curaçao ha sido tratada recientemente, en un bien escrito folleto, por el publicista neerlandés Van Kol. Van Kol propone que, sin pérdida de tiempo, parta para la isla una comisión de tres diputados á estudiar los medios de su defensa; pero en la amargura con que la cuestión está tratada, se observa que son mayores sus temores de que Holanda pierda aquella rica posesión, tesoro de su comercio marítimo, que las esperanzas de que se salven de la certera puntería que los Estados Unidos enfilan ya hacia ella. ¿Es que Curaçao también se halla en la ruta del canal nonnato de Nicaragua? Mas si todo lo que está en esa ruta excita la avaricia de los Estados Unidos, bajo el pretexto de la vigilancia que se arroga sobre una vía que está tan lejos de que se practique y salga del caos de los planos, de las comisiones científicas, de los tratados internacionales, de las adquisiciones de territorios neutros y de todas las demás bagatelas en que los Estados Unidos se entretienen en esta empresa, de que no se conoce más hecho positivo que *el nombre*, ¿á qué tanto instar con la Gran Bretaña sobre tratados de neutralización, y á qué tanto exagerar este principio jurídico del derecho internacional sobre el paso de las vías estrechas, que también se invoca contra Chile y la Argentina, para que no fortifiquen sus respectivos canales del Magallanes? Afortunadamente, Mac-Kinley niega su nombre al tercer período presidencial, y cuando Mac-Kinley pase, los Estados Unidos inevitablemente entrarán en otras corrientes.

Iob.

CRÓNICA LITERARIA

PROCESO DE LOPE DE VEGA POR LIBELOS CONTRA UNOS CÓMICOS, anotado por D. A. Tomillo y D. C. Pérez Pastor.—Servicios que presta la erudición á la historia literaria.— Orígenes del proceso. — Los amores de Lope con Elena Osorio.—Substanciación de la causa y sentencia.—La justicia de entonces y la de ahora.—Retrato de Elena Osorio.

Muy interesante resulta el *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos,* que los Sres. Tomillo y Pérez Pastor han dado á la estampa en un extenso volumen, impreso á expensas del Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. En este libro ocupan mucho más lugar que la causa seguida al Fénix de los ingenios las notas y noticias históricas que para ilustración de la misma han reunido y redactado aquellos dos diligentes y peritísimos investigadores de curiosidades literarias. Proceso y noticias históricas, el primero como texto, las segundas como comentario y aclaración, contribuyen á esclarecer algunos puntos de la vida de Lope en el período de su juventud, confirman el carácter autobiográfico de *La Dorotea,* y nos dan la clave de esta obra, al par que descubren el verdadero sentido de muchas alusiones contenidas en diferentes romances de Lope de Vega, revelándonos, además, ser obra suya otros cuyo autor se ignoraba.

Se ven de un modo claro y manifiesto en este libro los grandes servicios que la erudición presta á la historia literaria, como á todos los ramos del saber histórico. Sin la diligen-

cia de los investigadores que en archivos, en protocolos, en registros parroquiales y donde quiera que se conservan antiguos documentos persiguen las huellas que han dejado de su paso por este mundo, en los diferentes actos de la vida civil, ya los grandes ingenios como el autor de *La Dorotea,* ya los capitanes famosos ó cualesquiera otros hombres que realizaron alguna cosa digna de recuerdo, la historia biográfica sería muy imperfecta, no se podrían llenar muchas de sus lagunas y en algunos casos tendría que contentarse con la tradición oral, que aunque rara vez pierde por completo su verdad primitiva, va transformándose á medida que se aleja más de su origen y pasa por más bocas y por más imaginaciones. Pero el documento, por auténtico y autorizado que sea, no es tampoco una fuente en absoluto infalible para la historia; es un testimonio que puede adolecer de todos los vicios de falsedad que caben en las palabras de los hombres. De ahí que la erudición deba ir guiada y asistida por la crítica, para no dejarse engañar por sus propios materiales.

Siendo la erudición cosa tan excelente y que tantos servicios presta, no es extraño que tenga muchos apasionados; más difícil sería explicarse la saña con que la sátira se ha cebado á veces en ella y en sus cultivadores, si no considerásemos que entre las cosas notoriamente buenas y útiles apenas habrá alguna que no haya tenido censores y enemigos. Por otra parte, el oficio del erudito que se pasa la vida persiguiendo lo desconocido de la historia entre los amarillentos papeles de otras épocas, debe de ser tal, que apasione y excite el ánimo como el de la caza, ó cualquier otro de aquellos en que juega papel muy importante la persecución de un azar; que azar, aunque haya también sagacidad y competencia por parte del investigador, suele haber en el descubrimiento de algún papel desconocido y curioso que nos pone en autos de ciertos particulares históricos, antes ignorados ó mal entendidos. No es fácil que un investigador que ha conseguido llevar á cabo el descubrimiento de algún dato inédito, por insignificante que

sea, se resigne fácilmente á confesar que aquella noticia por él sacada á luz, carece de importancia. De ahí que muchas veces veamos conceder, en las obras de erudición, una atención desproporcionada á naderías, á pormenores triviales y chavacanos que, en realidad, nada útil ni verdaderamente curioso añaden á lo que sabíamos ya sobre personajes ó sucesos históricos.

En suma, hay en la erudición, como en todo, bueno y malo. Lo bueno nunca es comparable en valor á las creaciones del genio. Las comedias de Lope valdrán siempre más que cuando averigüen sobre ellas y sobre su autor los investigadores más inteligentes y más sabios. Lo malo tiene el menor grado de maldad posible, y, por lo general, es inocente ó inofensivo. A nadie causa daño (como no sea al que pierde su tiempo en estas averiguaciones) el que un sujeto cifre los desvelos de su vida en averiguar si el rey que rabió se cortaba las uñas todos los lunes. La visión de las grandes cosas que nos ofrece la Historia, se compone de elementos infinitamente pequeños; pero si ponemos excesiva atención en los pormenores, nos exponemos á perder de vista el conjunto de la imagen y á mirar el mundo con microscopio.

A lo bueno de la erudición pertenece el libro de los señores Tomillo y Pérez Pastor, antes citado. Y lejos de hacerse pesados ó fatigosos los pormenores que contiene, resultan tan amenos y entretenidos como los incidentes de una novela. En la historia del proceso seguido á Lope de Vega por libelos contra unos cómicos hay, en verdad, una novela amatoria sacada de la realidad. Sólo le falta la forma plástica de las fábulas novelescas. El proceso es, en cierto modo, un episodio de los amores de Lope de Vega con Elena Osorio. Así, pues, el libro á que nos referimos le dice al lector aficionado á reproducir en su imaginación el espectáculo de la vida: Ahí tienes los personajes de la novela, ahí las escenas; pero no te la doy escrita, te ofrezco los materiales para que tú te la forjes á tu gusto en tu fantasía. Pero no hay necesidad de hacerla si

recordamos que la hizo excelentemente el propio Lope en *La Dorotea.*

***

El proceso seguido á Lope de Vega lo fue á instancia de Jerónimo Velázquez, representante ó actor dramático, como ahora se dice, y de su hermano Diego Velázquez, los cuales entablaron contra el poeta la llamada querella de libelos, semejante á la actual por injuria ó calumnia. Querellábase el primero, en nombre propio, en el de su mujer Inés Osorio, y en el de sus hijos Elena Osorio y el Dr. Damián Velázquez de Contreras, y el segundo en representación de su hija Ana Velázquez, acusando á Lope de haber escrito ciertas sátiras, una en latín macarrónico y otra en castellano, en que les infamaba é injuriaba gravemente. Advertiré de pasada que, como en aquella época no se había fijado aún de una manera constante el uso de los dos apellidos paterno y materno por el orden en que ahora los usamos, Elena Osorio es generalmente designada por el apellido de su madre, en vez de llamarse Elena Velázquez Osorio, que es como realmente se llamaba, según las reglas modernas concernientes al uso de los apellidos, y como alguna vez se firmó, pues la *Filis* de Lope, que debía de ser antojadiza y variable, firma de muy diversas maneras en el curso de su vida. En sus últimos años es cuando alguna vez aparece su firma en esa forma, mientras en otros documentos, invertido el orden natural de los apellidos, se la llama D.ª Elena Osorio y Velázquez.

Antecedente necesario del proceso son los amores que había tenido Lope con esta Elena Osorio, y en los cuales puso el poeta toda la pasión que revelan *La Dorotea* y los numerosos romances dedicados á *Filis* ó á *Zaida,* nombres con que designaba á su amiga. Más de dos mil de estas composiciones poéticas indica Lope en *La Dorotea,* que le había costado su pasión por la Osorio, y acaso no haya exageración en la cifra teniendo en cuenta la fecundidad del poeta y la duración de

las relaciones, que fue, según manifestación del mismo Lope, consignada incidentalmente en una diligencia del proceso, de cuatro años.

Es de advertir que, al tiempo de sus amores con Lope, estaba ya casada Elena Osorio con un Cristóbal Calderón, personaje insignificante, del cual se sabe poco y que acaso fuera un cómico de la compañía de Velázquez; sujeto, en suma, en quien debía encarnar perfectamente ese tipo, conocido ya en los teatros de entonces y que sigue existiendo en los de ahora, y á quien se llama simplemente *el marido de la López ó de la Pérez*. Con ser casada la hija de Jerónimo Velázquez, no fueron tan recatados sus amores con Lope que no diesen lugar á bromas y murmuraciones. El gran dramaturgo era aficionado á jactarse de sus triunfos amorosos, y ponía tan poco cuidado en cubrir las apariencias, que en otro de los episodios de su vida galante le vemos procesado por amancebamiento. De ahí que cometiese imprudencias que debieron de inferir grave quebranto á la fama de Elena. La familia de ésta, no satisfecha con aquellos amores en que el escándalo no ofrecía las compensaciones que pueden esperarse de un amante rico y liberal, procuraron apartar á la joven de aquel poeta de veintitantos años que sólo podía dar de sí romances y comedias, y tan buena maña se dieron, quizá por estar un tanto cansada la Osorio del amor celoso y dominante de Lope, que en alguna ocasión había llegado á levantarle la mano en un rapto de celos, que el futuro Fénix de los ingenios fue sustituído por el indiano Don Bela de *La Dorotea,* esto es, por D. Juan Tomás Perrenot de Granvela, sobrino del Cardenal Antonio Perrenot de Granvela, joven aquel de pocos años, rico, dadivoso é influyente, que murió no mucho después en uno de los navíos de la *Invencible*.

No era fácil que un hombre del carácter de Lope, y además profundamente enamorado, se resignase con mansa filosofía á perder á la mujer amada y á verla en brazos de otro. Su antigua amistad con la familia de Velázquez, cuya casa había frecuentado con gran intimidad aun antes de sus amores con Elena,

que no debieron ser ignorados por los padres de ésta, trocóse en odio y en espíritu de venganza. Primeramente trató de perjudicar á Jerónimo Velázquez en su profesión de cómico, quitándole los actores de su compañía para que se fuesen con otros representantes, y dando á otros sus comedias, y por último, escribiendo y divulgando solapadamente las sátiras que dieron origen al proceso. Aun teniendo en cuenta las costumbres de la época y concediendo la facilidad con que personas de honor cedían á la tentación de valerse para venganzas y otros fines ilícitos de escritos anónimos, pues sin duda la fealdad moral del anónimo era entonces menos manifiesta para la generalidad de las gentes, preciso es confesar que la conducta de Lope en esta ocasión, siquiera le sirvan de disculpa los arrebatos del amor y los celos, nos presenta un aspecto muy desfavorable y nada caballeresco de su carácter. No contento con injuriar gravemente á la mujer que le había otorgado sus favores y á quien cantara en tantas composiciones con todo el entusiasmo que puede desplegar un poeta enamorado, procura eludir las consecuencias de esta fea acción, y no sólo oculta y niega la paternidad de las sátiras dirigidas contra Elena Osorio y su familia, sino que, para extender el libelo, apela al ardid de echar á escondidas traslados ó copias de las sátiras en los aposentos de las personas á quienes visitaba, para que, hallando luego el papel, lo leyesen, sin saber por qué conducto había llegado hasta allí. Así resulta de varias declaraciones del proceso, en que los criados del Licenciado Moya deponen cómo hallaron una copia del libelo en la habitación de su amo, suponiendo que la había echado Lope de Vega, por no haber entrado ninguna otra persona de fuera de la casa.

Las sátiras eran dos: una en romance, que comenzaba:

Los que algún tiempo tuvisteis
Memorias del Lavapiés.

y terminaba:

Estas son las tres
Que ensucian el barro de Lavapiés,

aludiendo á Elena Osorio, á su prima Ana Velázquez y á Doña Juana de Rivera, *mujer enamorada*, con la cual tuvo también Lope relaciones íntimas, aunque pasajeras. La segunda sátira, escrita en latín macarrónico, era una invectiva contra el Dr. Damián Velázquez de Contreras, hermano de Elena; empezababa con estos versos:

Vidente Ordóñez amico
Et cantare pares et respondere parati

y llevaba por título ó epígrafe: *In Doctorem Damianum Velazquez, Satira prima.*

Como si quisiera demostrarnos que las obras del amor son más fecundas que las del odio, la casualidad ha hecho que no se conserven estas sátiras, mientras que de las innumerables composiciones literarias en que Lope celebró á su amada, no sólo han llegado á nosotros muchas, sino que ha habido eruditos investigadores que pongan en claro cómo bajo los nombres de Filis, Zaida ó Dorotea, ensalzaba Lope á Elena Osorio, la hija del representante Velázquez. Por donde se ve también que no es cosa baladí para una mujer que aspire á transmitir su nombre á las generaciones futuras, el ser amada por un genio. Como amante de D. Tomás Perrenot, seguramente no hubiese pasado Elena á la historia. Pero es casi seguro que aun siendo como era la Osorio mujer culta é inteligente, nunca le pasaría por la imaginación la idea de esta fama póstuma, aparte de que entonces era todavía Lope demasiado joven, y su reputación no estaba aún bastante cimentada para que pudiesen abrigarse racionales esperanzas de que todo lo que con él se relacionara adquiriría en lo futuro derecho á la celebridad y probabilidades de conseguirla.

Aunque como he dicho es desconocido (salvo algunos breves fragmentos) el texto de las sátiras contra la familia Velázquez, se sabe de ellas lo bastante por las declaraciones del proceso para apreciar cuán gravemente infamaban á Elena y á sus parientes, si bien es posible que el satírico no hiciese más

que exagerar la verdad de los hechos. Los testigos que deponen en la causa y que habían leído ú oído leer la sátira en romance, relativa á las tres que *manchaban el barro de Lavapiés,* dicen que en ella se trataba á Elena, á su prima Ana Velázquez y á D.ª Juana de Ribera, de mujeres públicas, acusando á los padres y hermano de la primera de consentir y tapar su licencioso trato. En la sátira macarrónica contra el Dr. Velázquez se le echaba en cara la profesión de su padre, diciéndole que como hijo de cómico, debía ocuparse en cosas de la farándula mejor que en negocios de la toga, y que no necesitaba abogar, puesto que su hermana «ganaba para todos.»

Aunque no se imprimieron estos libelos, sus copias manuscritas, que circulaban de mano en mano, debieron de extenderse mucho. Hay que tener en cuenta lo que era entonces la Corte: un pueblo grande donde, como sucede ahora en las aldeas y aun en las capitales de provincia de segundo y de tercer orden, todos se conocían, y cualquier murmuración ó historia escandalosa, y más si era referente á personas cuya profesión les daba notoriedad y les ponía en comunicación constante con el público, cual sucede á los cómicos, corría rápidamente de mano en mano si era por escrito, ó de boca en boca si de palabra, llegando á ser conocida de todos en breve tiempo. En el mundo especial de los teatros, estas sátiras, conocidos los amores pasados de Lope con Elena, debieron de ser por algunos días la comidilla de comediantes, escritores y cortejos de las cómicas. No es extraño, pues, que al verse convertidos en la fábula de las gentes, se encendieran de ira contra Lope de Vega, los Velázquez, y le persiguiesen con la saña que acreditan primero el proceso y luego sus negativas á perdonarle, hasta que por fin accedieron á ello cuando llevaba cumplida la mayor parte de la condena de destierro que se le impuso. El caso no era para menos, pues sobre lo desvergonzado y procaz de las sátiras, éstas debieron de extenderse tanto en el círculo reducido de aquel Madrid de fines del siglo XVI, como las noticias que publican ahora nuestros periódicos de gran

conversación. Las sátiras de Lope debieron de ser en los días inmediatos á su aparición «el tema de todas las conversaciones», como dicen los revisteros del salón de conferencias del Congreso, y claramente revelan que fue así los testimonios de la causa.

*
* *

Presentada la querella contra Lope, fue éste preso y comenzó la información de testigos para averiguar si verdaderamente era él el autor de los libelos perseguidos, como decían los querellantes. Son curiosos estos testimonios; todos los testigos declaran que Elena Osorio y su prima Ana Velázquez son mujeres casadas y muy honradas, «y en tal reputación tenidas y habidas»; dicen asimismo haber leído las sátiras ó haber tenido noticia de ellas, y dan diversos pormenores sobre su contenido, todos los cuales coinciden en que aquellas composiciones eran en extremo infamantes para la Osorio y su familia. Algunos atribuyen explícitamente las sátiras á Lope, fundándose, ya en que era hombre acostumbrado á hacerlas en latín y en castellano «contra personas honradas de esta Corte», ya en haber conocido su letra en un traslado, ya en la enemistad que mostraba á Jerónimo Velázquez, ya en ser conocidamente suyos ciertos conceptos que en aquéllas aparecían, ó bien en otros indicios semejantes. Otros testigos dicen ignorar quién fuese el autor de los libelos.

Llama la atención el cuidado con que visiblemente se evita en el proceso toda alusión á los amores entre Lope de Vega y Elena Velázquez, amores que no debían de ser, ciertamente, un misterio para los que intervenían en la causa, toda vez que la publicidad que el poeta les dió aparece haber sido uno de los motivos, ó por lo menos el pretexto para la ruptura entre los amantes. Sólo dos alusiones hay á estos amores, y las dos proceden de Lope. La primera vez, dijo (al irle á prender) que sentía se viese un envoltorio ó paquete de cartas escritas de mano de Elena Osorio; la segunda, enfurecido por cierta dili-

gencia de papeles verificada en forma incómoda y vejatoria para él, se desahoga con el alguacil encargado de practicarla, diciéndole que había tratado con Elena durante cuatro años. En ambas ocasiones sale, pues, la acusación de boca de Lope, en momentos en que se hallaba su ánimo muy excitado. La influencia de la familia de Velázquez, debida probablemente á la protección del nuevo amigo de Elena, se transparenta en ese extraño silencio que guarda el proceso sobre un particular tan estrechamente relacionado con los libelos.

Hecha la primera información, providenciaron los Alcaldes que se ampliara, y así se hizo, confirmando los nuevos testimonios lo que ya constaba en el proceso por declaración de los primeros testigos. En su confesión ó indagatoria, Lope se produce con una moderación y una prudencia muy diferentes de la espontaneidad ó la intención nada benévola con que en aquellos dos momentos de arrebato, á que antes aludimos, declaró sus relaciones con Elena. Negó ser autor de las sátiras, y se las atribuyó á otras personas; dijo que tenía á Elena Osorio por muy honrada, y que era amigo de su padre Jerónimo Velázquez, si bien estaban entonces encontrados, porque las comedias que había solido darle se las daba ahora á otro representante. Enterado, sin duda, de las influencias que patrocinaban á la familia de Velázquez, procuró Lope huir de cuanto pudiese agravar su situación. De poco le sirvió este estudio, pues recibida la causa á prueba por término de tres días, y no habiendo testigos de descargo, dictóse sentencia de vista, condenando al futuro Fénix de los ingenios á cuatro años de destierro de la corte y cinco leguas alrededor, y dos años de destierro del reino.

Una torpeza de Lope vino á hacerle sufrir fallo más riguroso. A los pocos días de dictada sentencia, vuelven á querellarse Jerónimo y Diego Velázquez y Elena Osorio, diciendo que Lope, desde que estaba preso, «les había hecho y dicho palabras de mucha injuria, y sátiras y sonetos de infamia», y en particular había fingido una carta de Elena y se la había

entregado á D.ª Juana de Ribera, la *mujer enamorada* de que se habla en una de las sátiras y en el proceso (eufemismo parecido al que emplean los franceses al hablar de *femmes galantes)*, á fin de que ejerciese presión sobre ellos para que perdonasen al sentenciado, amenazándola con que, en el caso contrario, la enviaría al marido de la Osorio. Los querellantes se mostraban muy apurados y temerosos de que, si llegaba la carta á poder del marido de Elena, la mataría; pero la verdad es que no hay motivo alguno para suponer que el pobre Cristóbal Calderón fuese un Otelo. Al contrario, parece harto claro que, rindiéndose á los arcanos de la astrología judiciaria, entonces muy en boga, se conformaba mansamente á vivir bajo el signo de Capricornio. Con todo, tuvo malas consecuencias para Lope este incidente, pues el Alcalde Espinosa, instructor de la causa, ordenó se hiciera una busca de papeles en casa de la Juana de Ribera y en la prisión de Lope, al cual se le sacó para este efecto del aposento de la cárcel, en que estaba durmiendo, al patio de la misma en paños menores como se hallaba, mientras el alguacil registraba la estancia, ocasión en la cual manifestó, enojado por aquella molestia, su trato con la Osorio. Tras la información relativa á este punto, fue confirmada la sentencia en grado de revista, elevando á ocho los cuatro años de destierro de la corte, bajo pena de muerte si quebrantaba el destierro del reino (se entendía, de Castilla) y de servir en galeras «al remo y sin sueldo» los años de destierro de la corte, si era esta pena la que dejaba de cumplir.

No obstante tales amenazas, quebrantó Lope el destierro, como consta en su petición de indulto, que hubo de presentar cuando, cumplidos los dos años de destierro del reino y seis de los ocho de la corte, obtuvo al cabo el perdón de Jerónimo Velázquez y su familia. Él mismo dice «que durante el dicho destierro, á cosas forzosas que se le ofrecieron, entró en esta corte y otras partes en quebrantamiento dél». Una de estas «cosas forzosas» debió de ser el rapto de D.ª Isabel de Aldere-

te, con quien contrajo luego matrimonio, y de quien había enviudado ya al tiempo de solicitar el indulto, fecha en que también estaba en vísperas de viudez Elena Osorio, por hallarse gravemente enfermo de la enfermedad de que murió, su marido Cristóbal Calderón. Acaso Elena pudo abrigar la esperanza de que Lope se casaría con ella, no siendo inverosímil que esto influyera en el perdón, concedido al cabo de siete años de obstinadas negativas, no obstante mediar en el negocio, en favor del desterrado, personas de tanto respeto como el Presidente de Indias, D. Fernando de Vega y Fonseca.

*
* *

Además del interés que despierta este proceso, por las noticias que nos suministra sobre la vida de Lope y por la clave que nos ofrece para entender bien el fondo real de algunas de sus obras literarias, nos brinda también con otra curiosidad de diferente especie, puesto que dicha causa es un ejemplo y un dato de lo que era entonces la Administración de justicia en España.

Si sobre un dato sólo pudieran fundarse generalizaciones, no saldrían mal librados de la comparación los Tribunales de entonces, juzgando por este proceso tramitado completamente en cuarenta días, y que aparece fallado en justicia. La penalidad no ha variado en lo esencial; con destierro sigue castigando el Código vigente las injurias graves; pero, aunque añade la multa, la duración de la pena es hoy menor de la que impusieron los Alcaldes á Lope. Las penas subsidiarias para el caso de quebrantamiento de condena son las que resultan excesivamente severas, juzgado el hecho con el criterio de la moderna jurisprudencia, no con el de entonces. Verdad es que estas terribles amenazas de castigar con la muerte ó con galeras al que quebrantaba el destierro, rara vez se cumplían, y de ello es un ejemplo el mismo Lope.

Hay que advertir que el documento publicado por los señó-

res Tomillo y Pérez Pastor no es el proceso original, sino un testimonio en relación de la culpa y acuerdos, sacado á instancia de Lope de Vega al pedir indulto, de suerte que la concisión de la causa tiene mucho de aparente, toda vez que en los autos, á más de constar más largamente los extremos testimoniados, figurarán de seguro diligencias de tramitación cuyo traslado no se juzgaría necesario ni pertinente. Con todo, no es más breve ni más lógico nuestro actual procedimiento criminal, y sí mucho más pedantesco y casuístico. Muy lejos estoy de querer terminar este artículo con una apología de la justicia de los tiempos de Lope; sobran testimonios y datos para tenerla por mala, y no es el menor el de la voz popular que vemos reflejada en tantas obras de costumbres, en las cuales son blanco de despiadada, y en muchos casos no inmerecida sátira, jueces, escribanos y alguaciles, aunque las censuras á los primeros se paliasen, más por el miedo que imponían que porque les fuese el concepto público favorable. Las mismas prevenciones subsisten hoy, y bien puede decirse que es un rasgo constante de nuestra historia, y de nuestra psicología popular, desde hace siglos, la impopularidad de la Administración de justicia, en tiempos antiguos y modernos, con Monarquía absoluta y con sistema constitucional, cosa que no redunda ciertamente en honor ni en elogio de la curia. Sin duda algunos vicios de ésta, como la venalidad, han ido corrigiéndose algún tanto, sin desaparecer en absoluto; pero el concepto público ha variado poco, y el español de principios del siglo xx siente la misma temerosa repulsión y la misma desconfianza hacia la justicia que experimentaba el español del siglo xvi. Por otra parte, preciso es reconocer con imparcialidad que la antigua Administración de justicia, si bien pecaba de dura en unos casos, de excesivamente blanda en otros, de ciega en muchos, tenía proporcionalmente mayor eficacia que la moderna, si consideramos que en aquellos tiempos, en que no había policía organizada, ni ferrocarriles, ni telégrafos, ni ninguno de los rápidos medios de que hoy se dispone

para descubrir y perseguir á los criminales, resultaba en extremo fácil eludir el castigo de los crímenes cuando no era sorprendido *infraganti* el delincuente. Era aquella justicia una especie de medicina bárbara que aplicaba al saneamiento de la sociedad brutales, pero eficaces remedios: la muerte, el tormento, los azotes, las galeras. Pero la moderna Administración de justicia, nuestra penalidad y nuestros sistemas penitenciarios son, como reconoce y declara un criminalista de tanta talla como Garofalo, uno de los mayores fracasos que se registran en la historia de las instituciones humanas. Las penas modernas (salvo la de muerte, que es un resto del antiguo repertorio) ni eliminan ni corrigen. La reincidencia acredita en todas partes que la profesión de delincuente no es tan mala como á primera vista podría juzgarse, y que el dinero que el Estado gasta (á costa de los no delincuentes) en sostener magistrados, jueces, escribanos y empleados de prisiones, para poner á la sociedad á cubierto de los ataques de los criminales, es de una utilidad problemática, puesto que la reincidencia no disminuye.

*
* *

Cerrando este paréntesis, diré, para terminar, algunas palabras acerca de las principales figuras que intervienen en el proceso. Como en las novelas antiguas, que solían llevar un epílogo explicando lo que fue de los personajes después del momento en que termina la acción de la novela, los señores Tomillo y Pérez Pastor han querido ofrecernos en sus eruditas notas los datos biográficos que se conocen relativos á las principales personas que figuran por algún concepto en la causa.

Los testigos, muchos de ellos comediantes, no pueden inspirar gran interés al lector contemporáneo, para quien lo más importante es lo que atañe directamente á Lope y á los que con él mantuvieron más íntimo y frecuente trato. De ahí que la atención del que lee el proceso vaya desde luego hacia la familia

del representante Velázquez, y en particular hacia Elena Osorio, que con lo que sabemos de ella por *La Dorotea* y por los numerosos romances que cuentan los transportes amorosos de Filis y Belardo, y con lo que el proceso nos dice, aparece ante nuestros ojos adornada con el sugestivo encanto de una heroína de novela.

Debía de ser la amiga de Lope una mujer seductora, de las que se llevan tras sí los corazones de los hombres con un ademán, con un gesto, con una sonrisa ó una mirada; mujer nacida para agradar, de las que el pueblo dice en su expresivo lenguaje que tienen gancho. De ella dice Lope en *La Dorotea:* «El talle, el brío, la limpieza, la habla, la voz, el ingenio, el danzar, el cantar, el tañer diversos instrumentos, me cuesta dos mil versos.» Era morena, muy hermosa, «amiga de exhibirse en el teatro y en toda clase de fiestas, graciosa por naturaleza y arte», y como criada entre gentes de teatro, algo desenvuelta. La conoció Lope cuando tenía diez y siete años, es decir, en el momento de la virginidad del amor, cuando la ilusión amorosa tiene una frescura y una savia que jamás vuelve á recobrar en el curso de la vida. Siempre han inspirado grandes pasiones y han tenido particulares atractivos para el amor las mujeres del teatro, como si se incorporase á su persona alguna parte del encanto de las heroínas que representan en las tablas. En aquella época (y al decir en aquella época no me refiero precisamente á los años en que se substanció el proceso), por ser mayor el recogimiento de la mujer y menos tolerantes (aunque no más morales) las costumbres en cuanto á la comunicación y trato social de personas de diferente sexo, el atractivo de las comediantas debía de ser todavía más irresistible, como lo muestra el hecho de que hasta monarcas y grandes personajes se enamoraran perdidamente de algunas de ellas, sin embargarlo la escasa consideración que rodeaba entonces á la farándula. Elena no era, en realidad, mujer de teatro, puesto que no fue cómica; pero criada entre ellos, su manera de ser debía de ser muy semejante á la

de las actrices de la época. Después de la muerte de sus padres, la *Filis* de tantos romances amatorios vivió retirada y sola, cuidando de su hacienda y administrando los bienes que tenía en Madrid su hermano el Dr. Velázquez, contra quien fue dirigida la famosa sátira en latín macarrónico. Murió en avanzada edad el año 1637, es decir, cerca de cincuenta años después del proceso.

De Ana Velázquez, su prima, otra de «las tres que manchaban el barro de Lavapiés», se sabe muy poco. Estuvo casada con un librero de Madrid llamado Pedro Martínez, y debió de reinar poca armonía en su matrimonio. Tampoco son muy interesantes las noticias que tenemos acerca del Dr. Damián Velázquez, hermano de Elena, que fue Fiscal de la Inquisición de Cartagena de Indias; de Diego Velázquez, padre de Ana, uno de los querellantes en la causa; de Inés Osorio, madre de Elena, á quien bajo el nombre de *Teodora* manifiesta Lope tanto resentimiento en *La Dorotea*, y de Jerónimo Velázquez, aunque habiendo sido éste uno de los más famosos representantes y autores de comedias de aquel tiempo, abundan los datos acerca de las obras que representó en Madrid, Sevilla, Toledo, Burgos y otras ciudades de España. Fuera de sus relaciones con Lope de Vega, la familia de los Velázquez no nos ofrece episodio alguno interesante que la hiciese acreedora á ningún género de fama póstuma.

El libro de los Sres. Tomillo y Pérez Pastor, por su índole y hasta por la manera de estar escrito, no es de los que pueden penetrar mucho en el gran público. Se dirige principalmente á las personas versadas en nuestra historia literaria; pero con todo, cualquier persona que lo lea, aunque sea profana en estas materias, no dará por perdido el tiempo que en ello invierta.

Además del proceso y sus comentarios, contiene este tomo los *Datos desconocidos para la vida de Lope de Vega,* publicados por vez primera en el Homenaje á Menéndez y Pelayo, curiosa recopilación de noticias debida al Sr. Pérez Pastor,

que ahora nuevamente se imprime, corregida y aumentada. Ni el Proceso ni los *Datos* alteran en lo fundamental la fisonomía que nos habían trazado de Lope sus biógrafos, ni transforman profundamente su vida. No son una revelación, como la que respecto del Canciller Francisco Bacón de Verulamio se cuenta que han conseguido los criptógrafos Dr. Owen y madama Gallup al descubrir la cifra secreta de las obras del autor del *Novum Organum*. Pero aclaran, completan, llenan lagunas, y esto es ya por sí solo labor muy importante y meritoria.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.=Enciclopedia: El horóscopo del siglo xx.=Política internacional: Fuerza y debilidad de Europa.=Teosofía: El hombre y sus reencarnaciones, según la doctrina teosófica.=Literatura: ¿Ociosidad literaria?—El uso de los pseudónimos.=Psicología colectiva: El arte y el vulgo.—La mentalidad española.

ENCICLOPEDIA

El horóscopo del siglo xx.—En la nueva Revista italiana *Cyrano de Bergerac,* que ha empezado á publicarse en Roma, dedica Aquiles Loria un artículo al horóscopo del siglo xx.

¿Qué es lo que no será el siglo xx? No será el siglo de la paz, el siglo cuya sangrienta aurora refleja los bárbaros estragos de las guerras de China y del Transvaal; ni el siglo de la música, el que comienza señalándose por la más espantosa decadencia del arte musical; siendo todavía menos probable que sea el siglo de la poesía; y cuando se advierte el dominio de la razón sobre el sentimiento y el enfriamiento de las relaciones sociales, puede anticiparse que el siglo xx tampoco será el siglo del amor, ni menos el del heroísmo ni el martirio; los trajes y modas imperantes no permiten creer que sea

el siglo de la elegancia, y la evidente decadencia de las Asambleas políticas hace presumir que no será el siglo de la elocuencia; la opereta bufa y la novela psicológica desaparecerán probablemente, y de creer es que el siglo xx asistirá también al sepelio, sin pompa, de las conferencias, del café cantante, de los bailes de beneficencia y del *calembourg*.

Pero ¿qué será entonces el siglo xx? En el campo físico será el siglo del *sport*, del automovilismo, de la perecuación de los sexos, de la masculinización ó machificación de la mujer y del reverdecimiento de nuestras razas, gastadas por una existencia demasiado cerebral y neurótica. En el campo mental será el siglo de las enciclopedias, de los diccionarios, de las bibliografías, de las historias, de las menudencias eruditas, de las micrologías inanimadas, del eclecticismo sistemático.

En la ciencia y sus aplicaciones será el siglo de la electrotécnica, de la biología y de la psicología, que permitirá al hombre ejecutar las más diversas funciones, por medio de aparatos mecánicos; que analizará todo, razonará sobre todo y no dejará ni una salida á la explosión espontánea del pensamiento ni á la irracionalidad de la pasión. En el campo de la acción será el siglo de la previsión y del seguro, que someterá á todo individuo al cálculo de la probabilidad, que encerrará á cada hombre en una casilla y lo transformará en una cifra; siglo de la cooperación y del socialismo; siglo fecundo en expedientes propios para mitigar los dolores de la civilización y para elevar en alguna medida la suerte de las clases más numerosas y necesitadas. Esa será su más pura gloria, que le compensará de glorias más brillantes y estrepitosas.

Si no tendrá grandiosos triunfos militares ni óperas profundas, fruto maravilloso de una vida entera de estudio y de meditación, ni mártires sublimes ni héroes inmaculados; si no tendrá Austerlitz, ni *El origen de las especies*, Jordán Bruno ni Praxiteles, tendrá, sin embargo, la santa batalla de la hu-

manidad anónima, contra los sufrimientos y los abusos, y los silenciosos triunfos de la justicia, sobre la maldad y el fraude. No será el nuevo siglo ni un númen, ni un demonio, ni menos, como el pasado siglo, lo uno y lo otro á la vez; pero será un hombre, práctico, laborioso, modesto, conocedor de las dificultades y asimetrías de la vida y que procederá, con serena tenacidad al logro de un equilibrio superior.

POLITICA INTERNACIONAL

Fuerza y debilidad de Europa.—Lord Salisbury, con su voz mordaz y guasona, se complacía—dice en la *Revue Bleue* Héctor Depasse—en profesar la doctrina de que todos los pueblos cuya casa y campo ambicionan los ingleses, son pueblos en decadencia. La defensa de los boers, los dos años de la guerra de Africa, en que todas las fuerzas de Inglaterra, con el apoyo de Australia y del Canadá, no han logrado dar cuenta de un pueblecillo de labradores, rebajan extraordinariamente tamañas pretensiones.

Las actitudes arrogantes y las frases sonoras han perdido su efecto; la ironía de las palabras ha sido derrotada por la ironía de los acontecimientos. El punto de vista del mundo ha cambiado, y la relación entre el poder de Inglaterra y el de los demás países aparece hoy de modo muy diferente del que se creía. Los boers han patentizado que un pueblo injustamente acometido es vencido cuando consiente en serlo. Los boers han prestado un gran servicio á la conciencia humana: han hecho tocar con el dedo la debilidad oculta bajo los armamentos más formidables. Antes de su ejemplo han podido pasar en Europa cosas que seguramente no pasarán después; se avergonzaría uno de serles inferior en grandeza de alma, en inclinarse y ceder allí donde ellos, tan pequeños, han sabido resistir invenciblemente. Ellos han revelado la enfermedad

de un gran Imperio, disipando prejuicios é ilusiones y aniquilando prestigios seculares. Esos pobres aldeanos han labrado el campo de la opinión, regando con su sangre la lección de la humanidad.

Inglaterra, según la costumbre de los grandes políticos, pondrá cada vez más su confianza en los medios por que ha sido derrotada, en el culto exclusivo de la fuerza material; la política, tal como siempre se ha entendido, consiste en perseverar en sus faltas hasta el último extremo, en no reconocer jamás que uno se ha equivocado, en oponer á las lecciones de la experiencia el orgullo y la ceguera más incorregibles. Inglaterra es la nación más satisfecha de sí misma: Salisbury y Chamberlain son los más satisfechos de todos los ingleses.

Se pregunta uno al ver lo que pasa, si no ha sido un prejuicio y una superstición del Continente creer en la libertad inglesa, proclamarla en los libros y envidiarla. Un Chamberlain, ex radical y socialista, metamorfoseado en sectario del agiotaje sin escrúpulo, ha podido lanzar á Inglaterra en una aventura, como si hubiera sido un César cualquiera. La gran Inglaterra, renegando de su historia desde Cobden á Gladstone, tiene que recurrir al proteccionismo, gravando el azúcar y el carbón; volviendo á sistemas que siempre ha estimado indignos; yendo derecha al servicio militar obligatorio, del que siempre se había creído libre, y gastando su sangre y su dinero del modo más ruinoso.

Se ha reconocido que el presupuesto de Guerra no podrá bajar en adelante de 750 millones de francos, 450 millones más de lo que se gastaba hace cuatro años; Alemania gasta 800 millones, Rusia 750, Francia 675; y eso sólo en el ejército, sin contar la marina. Este aumento horrible é incesante, en el que algunos economistas creen ver la manifestación de un estado de fuerza y de vigor, es precisamente todo lo contrario, siendo evidente que Europa ha perdido su fuerza moral y política desde que ha consagrado tanto dinero y tanto trabajo al aumento de sus ejércitos.

Si Europa, armada como lo está, fuese una fuerza moral y política, no habría asistido impotente á la destrucción de un pueblo de su familia y de su sangre; si Inglaterra fuese una fuerza de razón y de equidad, no gastaría sus fuerzas en aniquilar una de las más hermosas conciencias de pueblo y el más precioso elemento de la civilización en el África austral; pero Europa, desde hace un cuarto de siglo, no hace más que coleccionar afrentas y desengaños: dígalo la audaz apertura de las balijas diplomáticas por el Sultán de Turquía, la destrucción sistemática de la raza armenia y el aplastamiento de España en las Antillas y Filipinas, aniquilación de uno de los más hermosos Imperios coloniales que Europa haya poseído para su gloria común.

No es con golpes teatrales ni con farsas más ó menos bien montadas cómo Europa saldrá con bien de sus negocios, mientras América hace sentir su acción positiva en Asia y hasta en el Mediterráneo; mientras la nueva confederación australiana aspira ya en alta voz al dominio del Pacífico, poniendo sus manos en la Nueva Guinea y en las islas de Fidjí y Samoa, y mientras el Japón eleva rápidamente su ciencia y su industria. La política de guerra y de conquista se hace cada día más impracticable en Europa, arruinada por una política imposible, y se entrevé el momento en que los Estados Unidos de Europa, esa confederación que ha podido parecer durante tanto tiempo una quimera utópica, sea, sin tardar mucho, la única solución radical y posible de la situación por que atravesamos.

TEOSOFIA

El hombre y sus reencarnaciones, según las doctrinas teosóficas.—El Dr. Pascal, invitado por el Ministro de Instrucción pública de Ginebra á dar dos conferencias sobre Teosofía en la culta ciudad suiza, ha desarrollado en las mismas

varios interesantísimos temas, de los que entresacamos lo que ha dicho sobre la constitución del hombre y sus reencarnaciones, tomándolo de la excelente Revista española *Sophia*, digna de ser conocida de todos cuantos se interesan por los estudios filosóficos.

El hombre—dice el Dr. Pascal—es un pequeño universo, un microcosmo, que contiene en germen todas las posibilidades del universo, unas ya desarrolladas, otras en embrión y otras latentes; y como la materia del universo es ilimitada como sus estados, ilimitados son también los estados por que el hombre tiene que atravesar. La ciencia, que antes no admitía más estados en la materia que el sólido, el líquido y el gaseoso, ha tenido que admitir el etéreo para explicar la luz, el calor, la electricidad y otras fuerzas no menos sutiles. La Teosofía, por su parte, enseña que existen cuatro estados etéreos, y que sobre éstos hay otros más sutiles aún que explican los fenómenos producidos por las fuerzas superiores: la sensación, el pensamiento, el amor, la voluntad. Y así como la materia sólida adquiere determinadas formas que constituyen el cuerpo de los seres, así los estados sutiles de la materia presentan otras formas, esféricas ú ovoides en general.

Multitud de hechos innegables han demostrado la existencia de otros cuerpos distintos de los visibles: durante el sueño, el cuerpo vive, pero lo mental está ausente; en los estados hipnóticos y en los ensueños se revelan fenómenos y facultades que serían inexplicables sin el desdoblamiento del yo. Todas las religiones admiten la pluralidad de cuerpos humanos: los egipcios contaban siete, los indios cinco, los romanos cuatro; San Pablo sólo habla de dos cuerpos: el material y el espiritual. La Teosofía enseña que el número de los cuerpos depende del grado de evolución alcanzado por los hombres, poseyendo el hombre actual tres cuerpos: el *visible,* el *astral* y el *mental.*

El cuerpo *visible* es de todos conocido. Este cuerpo tiene además una parte sutil, á la que se ha llamado el *doble etéreo;*

«doble», porque cuando se extrae su materia del cuerpo humano tiene la forma del cuerpo visible, y «etéreo», por estar formado por el éter; el doble etéreo no se separa nunca de las personas que gozan de buena salud; durante la agonía se desvanece poco á poco, y cuando queda completamente separado de la forma física, se produce la muerte, siendo el éter del doble el vehículo de la fuerza vital. Es interesante conocer también la atmósfera invisible que rodea el cuerpo, llamada *enormon* por Hipócrates, y *aura de salud* por la Teosofía; esta aura está compuesta de emanaciones corporales sutiles proyectadas por el exceso de tensión del fluído vital en el cuerpo, habiendo en ella cristales microscópicos y moléculas líquidas, gaseosas y etéreas, elementos proyectados al exterior por las corrientes de vida que parten del cuerpo, algo así como una secreción sutil de fuerza sobrante; cuando la energía vital es normal, el aura forma una especie de aureola de rayos paralelos que salen perpendicularmente de la superficie cutánea, como se ve en las placas fotográficas de Baraduc, Tegrad y Jòdko; quebrantada la salud, la corriente es menos intensa y los rayos se proyectan oblícuamente, presentando en conjunto el aspecto de un paraguas que se cierra. Esta «aura de salud» es el regulador de la tensión vital, válvula de seguridad y órgano de defensa contra los agentes morbosos, que se mantienen alejados del cuerpo, en el que intentan penetrar por la energía con que el aura los rechaza.

El cuerpo *astral* ha recibido diversos nombres, siendo debido el que lleva—no muy acertado—á que es luminoso como un astro para los videntes; en la Edad Media se le llamaba sideral, por creer los astrólogos en la influencia que los astros ejercían en él; los indios lo llaman *kama,* voz sánscrita que quiere decir «pasión», por ser asiento de las sensaciones y deseos, por cuyo motivo se le llama también en Teosofía «cuerpo de deseos», llamándole también *alma animal* y *cuerpo psíquico.* Este cuerpo compenetra enteramente el cuerpo visible é irradia en su derredor, formando un ovoide luminoso azula-

do que se extiende á distancia de un metro próximamente en todos sentidos; los videntes afirman que cada emoción, sensación, pasión ó pensamiento, se manifiestan sobre el fondo luminoso del cuerpo astral á modo de un relámpago de forma y color especiales: el azul representa, en general, la abnegación: el amarillo, la inteligencia; el rosado, el amor; el rojo claro, la ira, y el rojo obscuro, las pasiones animales. El cuerpo astral posee centros especiales de vida, correspondientes á los sentidos corporales, y dando vida á un estado particular de la materia astral; así los sentidos no se limitan á aquellos centros, sino que se manifiestan por todas las partes del cuerpo astral, lo que explica que ciertas personas ven, leen ó entienden con las manos, los pies, la frente ó el hueco del estómago. Los centros de vida del cuerpo astral se hallan situados en las partes ocupadas por los principales centros del sistema nervioso, habiendo cuatro á lo largo de la espina dorsal y tres en el encéfalo. El hombre que ha desencarnado—ó que ha muerto, como suele erróneamente decirse—vive en cuerpo astral, en el mundo astral, llamado *kamaloca* por los indios, *Hades* por los griegos y *purgatorio* por los católicos. Cuanto más robusto y grosero es el cuerpo astral, más se prolonga su vida en el purgatorio; cuando la energía del cuerpo astral ha disminuído bastante para que cese la actividad de los centros pasionales, el cuerpo astral se desagrega—muere—y el hombre, revestido del tercer cuerpo, vive en el mundo mental, el cielo.

El tercer cuerpo, el cuerpo *mental,* está formado de una materia todavía más sutil, siendo el pensamiento su especial atributo. Su forma es ovoide, como la del cuerpo astral; su volumen está en proporción con el desarrollo mental del individuo, y su color y resplandor son hermosos. Los iniciados dicen que presenta dos partes especiales: una menos voluminosa, que es la acabada de indicar, y otra cuyo volumen puede aumentar con la evolución extraordinariamente; la primera es el cuerpo mental propiamente dicho, y la segunda el cuerpo causal. El mental manifiesta por su vibración las nociones concre-

tas, y el causal las abstractas. Después de la vida del purgatorio, despierta el hombre en el mundo mental, el *devachan* de los budhistas, el *svarga* de los indios, el *amenti* de los egipcios, los *campos Elíseos* de los griegos, el *cielo* de los cristianos. Este cielo es asiento del cuerpo mental mientras persiste la actividad de sus centros de vida, teniendo razón las religiones al afirmar que nuestra felicidad en el cielo depende de nuestros méritos en la tierra. La Teosofía, sin embargo, no admite la *eternidad* del cielo, como no admite la del infierno, porque siendo el hombre un sér finito, no puede crear estado ninguno eterno. Destruído el cuerpo mental, permanece el hombre en el causal, siendo entonces más ó menos consciente, según su desarrollo; la ley divina pone luego en actividad los gérmenes recogidos por el cuerpo causal, desarrollándose nuevos cuerpos hasta reencarnarse el hombre una vez más en la tierra.

La reencarnación es el regreso de las almas humanas á la tierra en nuevos cuerpos. La ley de reencarnación es el corolario estricto de la ley de la evolución; no hay evolución sin la conservación de las cualidades adquiridas, condición esencial del progreso. La diferencia entre la ciencia y la Teosofía está en que la primera niega la persistencia de un cuerpo sutil después de la desagregación física, mientras que la Teosofía afirma esa persistencia, condición de la individualidad, considerando el cuerpo visible como mero instrumento, que puede morir, sin que por eso desaparezcan las facultades humanas del individuo, conservadas en el cuerpo causal.

La Teosofía no ha inventado la doctrina de los renacimientos, enseñada por casi todas las grandes religiones y por gran número de filósofos antiguos y modernos. Si Dios es justo, ¿cómo explicar, no sólo el sufrimiento, sino su desigualdad? ¿Es justo que millones de seres sufran por un pecado que no cometieron? ¿Cuál es la causa de la desigualdad en el reparto del sufrimiento, ya que el pecado original—admitiendo esa explicación del dolor humano—es para todos el mismo? Se dice que los hombres sufren por sus errores y expían sus pe-

cados. Es cierto; pero sufren, sobre todo, por los errores y pecados cometidos en sus vidas anteriores. En el universo no puede haber injusticia, porque el mundo es obra de Dios, guiado por Dios y animado por Dios. La desigualdad del sufrimiento y de las condiciones humanas proviene de la desigualdad del desarrollo en los hombres, de la desigualdad de méritos y culpas acumulados en la serie de sus vidas terrenales.

LITERATURA

¿Ociosidad literaria?—Con motivo de un artículo publicado por Arturo Graf, en el que acusa de holgazanería á la literatura juvenil de Italia, Palmerini recoge en *La Rassegna internazionale* la acusación, mostrando cuáles son las causas del mal, no propias de Italia, sino comunes en parte á los demás países.

Estas causas son: el periodismo, el snobismo aristocrático y la pública miseria.

El periodismo, palanca prepotente de la pública opinión, está en manos—salvo honrosas excepciones—de gente asalariada que por desgracia ó por ineptitud, ó por parentesco ó por otras causas fortuítas, se han lanzado al oficio de periodistas, tomando á su cargo la ardua misión de ilustrar y dirigir al público. Estas gentes son enemigos jurados é irreconciliables de los literatos, habiendo entre unos y otros la misma animosidad que entre los ebanistas y los carpinteros, entre los remendones y los zapateros de lujo, entre los cirujanos y los médicos. ¿Y qué sucede? Que cuando el periódico se ocupa de literatura, lo hace como un remendón pudiera trabajar en un zapato blanco de baile. Y como el público, demasiado atareado ó sobradamente perezoso para formarse opinión propia, recurre al periódico, compañero asiduo de su digestión, para saber lo que debe leer, acaba por convencerse de que en el país, quitados tres ó cuatro nombres, no hay más que muchachos

presumidos, plagiarios de la literatura extranjera. Hasta los buenos periodistas, absortos por la política, ó no se ocupan de arte, ó encomiendan la reseña á un reporter, al cronista ó á cualquier amigo gratuíto que, por el hecho solo de verse elevado á la solemne investidura de crítico, se cree con derecho á emitir juicios, á crear genios y á deshacer reputaciones.

¿Y qué decir del periodismo literario, del que representa, ejercido por santones, el gran sacerdocio de la literatura para el público? ¡Peor todavía! Del periodismo diario puede, por lo menos, decirse que mucho se perdona á su natural incompetencia. Pero, ¿qué disculpa alegar para la enemiga á los jóvenes, para el misoneismo de los santones del arte? El Director de las grandes Revistas no puede leerlo todo, ya por ser viejo, ya por sus muchas ocupaciones; la lectura de manuscritos de nombres desconocidos pasa á un obscuro compilador, que, convertido en árbitro tenebroso é indiscutido, se revuelve contra los atrevidos, que, no sabiendo que hacer, se entretienen en mandar novelas, artículos y poesías, á una Revista tan importante. El verdadero Director, en cambio, poco amigo también de los jóvenes, acepta todo lo que le envían los nombres de primera fila, todos amigos y compañeros antiguos, y, sin mirar siquiera sus trabajos, los envía á la imprenta, aunque suele ocurrir que tales trabajos son como frascos que conservan todavía un vago perfume de exquisita esencia, pero que no tienen ya más que agua. Y el público, el pobre público, que sabe y no sabe, hace este razonamiento: Si estos literatos tan famosos son tan pedestres y tan vanos, ¿qué serán los jóvenes? No compra las cosas buenas, limitándose á algunos raros libros, precedidos de universales golpes de bombo.

Y he ahí la razón del pulular de tantos periódicos literarios, chicos y grandes: la continua rebelión contra esa sorda é inconfesada hostilidad á lo nuevo. Si los muchachos valientes hallasen honrada acogida, aunque fuese correctiva; si tuviesen en las buenas Revistas literarias sinceros alientos ó sinceras, aunque rudas, admoniciones, no tendrían voluntad ni va-

lor para gastar sus fuerzas en implantar nuevas Revistas, que ya prevén faltas de dinero, de crédito y de adhesiones. Esta rebelión es noble y hermosa, cuando no es descompuesta y vanidosa; no es fruto de la ociosidad, sino fuente de vida y de luchas fecundas.

El segundo enemigo es el snobismo aristocrático. Los trastornos político-económicos, que han hundido á tantas antiguas familias nobles, elevando á otras por la riqueza á las cumbres del poder, ha producido inagotable tropel de pseudo ricas-hembras, productos híbridos de soberbia y de ignorancia, de arrogancia y de timidez, de obtusidad y de pretensión, que se las echan de *intelectuales*, de refinadas, y que, no conociendo las leyes innatas de la medida, se entregan á exageraciones ridículas, á excentricidades barrocas, que con cómodo término exótico llamamos *snobismo*. Entre estos snobismos está el amor á todo lo extranjero; por eso los libros nacionales se ven desterrados de sus salones, donde triunfan los decaídos decadentes franceses ó las trabajosas elucubraciones filosófico-evangélicas de los ingleses.

El último enemigo vale por todos: cuando se trata de un país donde, de cada cien habitantes, hay 82 que tienen que luchar más ó menos afanosamente por un modesto pan cotidiano, bien pueden florecer á miles los Homeros, Virgilios, Dantes y Shakspeares, que no se sacará una araña del agujero. Con esta forzada indiferencia del público hacia los libros literarios, ¿sería mejor que tantos jóvenes, en vez de ocuparse bien ó mal del arte, se metiesen á boticarios, agricultores ó peritos? ¿Quién compraría entonces los pocos libros que se venden? ¿Quién daría alguna animación á nuestro ya demasiado frío ambiente artístico?

*
* *

El uso de los pseudónimos.—¿Para qué sirven los pseudónimos?—se pregunta Ernesto Carlos en la *Revue Bleue*.—

¿Creen quizá los escritores que pican más la curiosidad del público tomando un nombre imprevisto, un nombre fuera de circulación? Se publican hoy demasiados libros para que la curiosidad pueda excitarse eficazmente por tales procedimientos. ¿Se dirá que los escritores toman los pseudónimos para huir de odios particulares ó por temor del Gobierno? La policía está bastante bien organizada, y la indiscreción es tan rápida, que un pseudónimo no disimula nada. ¿Para qué, entonces, los pseudónimos? No se sabe; pero lo cierto es que se multiplican.

Los hay conocidos de todo el mundo; el provinciano, que los retiene en su memoria, se convierte por eso sólo en un verdadero parisién. Que Anatolio France se llama Thibaut, y Pedro Julián Viaud, y Gyp la condesa de Martel, no hay nadie que lo ignore. El señor Courteline ha hecho saber que se llama Moinaux, Quesnay de Beaurepaire tiene por nombre literario el de Julio de Glouvet, como Caliban corresponde á Emilio Bergerat y Nestor ó Colomba á Enrique Fouquier. La fama de Caran d'Ache es grande; pero muchos no saben que el nombre del célebre dibujante es Manuel Poiret, como ignoran que Renato Maizeroy es el barón Toussaint.

Las mujeres son todavía más aficionadas que los hombres á ocultar su personalidad, ya porque teman el brillo demasiado violento de la gloria, ya por su amor al misterio, ya por la novedad ó por modestia ó porque no les agrade lo vulgar de su verdadero nombre. Las que no son nobles se ennoblecen, y las que lo son suelen desdeñar sus títulos y sus partículas al mezclarse con la grey escritora, conservando, sin embargo, generalmente, su personalidad femenina en los nombres de adopción. Las señoras Loiseau, Blanc, Vincent y Durand firman Daniel Lesueur, Th. Bentzon, Arvedio Barine y Enrique Greville, y se comprende, dada la vulgaridad de sus nombres; Lucía Herpin firma, por su parte, Luciano Perey; la señorita Ligerot, Rogerio Dombie; la señorita Forponnés, Pablo Junka, y la baronesa de la Tombelle, Camilo Bruno, lo cual es menos

comprensible, como tampoco se comprende la razón que hayan tenido las señoras Marniere, Rieuxpeyroux y Esnar de Belley para preferir á sus nombres los de Marini ó Voila, Lucía de Alcq y Gabriela de Arvor. La señora Valette ha elegido el pseudónimo de Rachilde; la condesa Fleury, el de Ossit; la condesa Puliga, el de Brada, y la señora de Rute firma á veces Camilo Bernard, vizconde de Albeni. La señora Barzalon de Laspeyres se firma Manuel de Grandfort, cosa explicable; pero cuando se ve que á veces firma Safo, se queda uno al pronto cortado, aunque luego éntra en deseos de conocer las obras que llevan semejante firma. El pseudónimo más original es el de la señora Leconte de Noüy, que suele firmar «El autor de *Amistad Amorosa*», lo que prueba el valor que da á su primera obra, su modestia, al creer que no podía escribir otra mejor, y su deseo de que se la designe por ese nombre, como se designa á los más famosos autores por el de sus obras más conocidas.

Mejor se comprenden los motivos que impulsan á las gentes de teatro, especialmente á las actrices, á tomar nombres de guerra, aunque la mayor parte lo hacen por esconder la vulgaridad de sus apellidos, habiéndose dicho, no sin razón, que el Conservatorio está lleno de hijas de porteras; los cómicos suelen salir del pueblo, y el pueblo lleva pocas veces nombres elegantes ó graciosos: así, Jane Hading es Juanita Hadingue, la Dudlay es Dulait; Delna, Ledant; Bertiny, Brogniart; Marcela Lender, María Bastien; Marsy, Brochard; Cassive, Duval; Desclauzas, Armand; Odeta Dulac, Juana Latrille; Pierny, Pelletier; Réjane, Reju; Bartet, Regnault; Elven, Cantón. Entre los cómicos puede citarse á Porel, que se llama realmente Parfouru; Lerand, Durand; Noblet, Grenoble; Germain, Poinet; en cambio, sólo se encuentra á las señoritas Calvé y Maguera que hayan preferido estos nombres á los de Emilia de Roquer y Magda de Clapier, que les corresponden por su nacimiento. Algunos artistas cambian sus nombres por desear tener uno más armonioso ó llamativo que «haga mejor»

en los carteles; tal sucede á las señoritas Chambón, Tricaud, Riever y Arnoux, que se han convertido en Rosa Syma, Thylda, Lavallière y Brandés; lo incomprensible es que la señorita Mazarín, que es natural no quisiera ver tan ilustre apellido en los anuncios, haya elegido el nombre de señorita Charles para sustituirle.

La elección de pseudónimo entre los escritores es una mera formalidad sin pretensiones, ó simple asunto de gusto por la sonoridad ó la eufonía: Ratoin se convierte en Juan Gascuña; Durand Moriembeau, en Enrique des Houx; Simón, en Eduardo Lockroy; Causse, en Pedro Mael; Jogaud, en Marco Mario; Poignand, en Montjoyeux; Lebesgue, en Montorgueil; Urbano Roucoux, en Pablo Burani; Ormelingen, en Jorge Vanor; Boex, en Rosny; Tornachon, en Nadar; Coste, en Talmeyr; Bouckey, en Couyba, etc. Otros han tomado nombres literarios, como el sabio Carlos Richet, que es al mismo tiempo Carlos Epheyre; el Dr. Cazalis, que es también el poeta Juan Lahor; el Doctor Encausse, que se firma Papus, y Pascual Grousset, que se llama Felipe Daryl ó Andrés Laurie. Esto sin contar los pseudónimos profesionales, como El Pasante, Un Papanatas, El Bombero de servicio, El Ugier del Prefecto, Pasos Perdidos, etcétera; ni los propios de la vida parisién, como el de Parisis, de Emilio Blavet; Hermeline, de Hermant; Graindorge, de Capus; Lysis, de Donnay; Manchecourt, de Lavedan; Eliacim, de Pablo Hervieu, etc.

PSICOLOGIA COLECTIVA

El arte y el vulgo.—He aquí dos nombres que parecen contradictorios, pues el uno representa la aristocracia del pensamiento y el otro la vulgaridad del número. ¿Puede la multitud entender y ser juez de arte? ¿Es su plebiscito una sentencia —se pregunta Scipión Sighele en la *Rivista politica e letteraria* de Roma—contra la cual no se admite apelación? ¿O es

que, como muchos pretenden, el arte que agrada al vulgo no es arte, ó es solamente una forma inferior de arte? Tal es el problema de psicología colectiva que importa resolver.

Se ríen algunos del papel moralizador que Guyau y Tolstoi atribuyen al arte, negando que éste pueda tener por objetivo la mejora social, siguiendo paso á paso las reformas que apuntan en el ambiente. Puede ser; pero el arte refleja como en un espejo las corrientes religiosas, políticas y científicas que atraviesan la psíquis humana colectiva. Esta investigación de las relaciones entre el arte y el vulgo, ¿qué es sino la forma artística en que se manifiesta la gran discrepancia entre el individualismo y el socialismo, que turba la conciencia contemporánea? En esa desdeñosa soberbia del artista creador que niega á la multitud el derecho de consagrarlo á la fama ó al olvido, ¿no se ve resurgir el duelo eterno entre el individuo y la sociedad, y el gran problema de si el progreso es mérito exclusivo de algunos individuos geniales que se llevan á la multitud como el pastor á su rebaño, ó la obra maravillosa é inconsciente de todos, especie de inmensa pirámide á la que cada cual ha llevado su piedra?

En arte, el partido que desprecia al vulgo es más numeroso, al revés que en política, que el que exalta á la multitud. Desde el antiguo orador griego que se interrumpía cuando le aplaudía la multitud para preguntar irónicamente: «¿me aplauden? ¿he dicho alguna tontería?» hasta el genio moderno de Arrigo Boito, que en el memorable estreno de su *Mefistófeles,* impasible en su asiento de director de orquesta, respondía á los siseos del público, diciendo sonriente á los vecinos: «¡qué honor me hacen!», el supremo desprecio del individuo artista hacia el vulgo beocio, es uno de los fenómenos más comunes.

Se ha dicho repetidamente que la multitud es moral é intelectualmente inferior al individuo, lo cual es cierto en general, aunque haya excepciones no raras, morales sobre todo. La multitud es indudablemente un terreno en el que se des-

arrolla fácilmente el microbio del mal, no hallando condiciones favorables de vida el microbio del bien. La obra de la multitud ha sido en la historia obra de odio y de destrucción mucho más que de creación y de amor, porque la multitud, organismo inconsciente é impulsivo, obra fatalmente más con los instintos del salvaje y del bruto que con los del hombre civil; no puede negarse, sin embargo, que á veces la multitud llega á cimas psicológicas no alcanzadas por el hombre aislado, ó manifiesta una generosidad sublime que es incapaz de desplegar ningún individuo, como cuando la nobleza francesa renunció en la noche del 4 de Agosto á sus privilegios, ó cuando la multitud llevó en triunfo á Sombreuil, arrancándolo del patíbulo ante el espectáculo del amor filial de su hija.

Ahora bien: ¿puede decirse que la multitud tiene, en lo intelectual, este carácter extremo y contradictorio, y que conoce alturas y profundidades ignoradas por el individuo aislado? Doce hombres de buen sentido, reunidos en jurado, pronuncian á veces veredictos que no tienen sentido común; veinte artistas ó sabios forman una comisión, de la que salen frecuentemente decisiones contrarias á los más elementales principios de la ciencia y del arte; cientos de hombres de talento constituyen un Parlamento que se conduce colectivamente de tal modo, que excita á la risa y al desprecio. La colectividad, en suma, puede á veces ser general en materia de sentimiento; no lo es nunca intelectualmente; hay heroísmos colectivos, pero no obras maestras colectivas. ¿Quién podría citar un Consejo de guerra de donde haya salido un plan de batalla comparable á los de Napoleón? ¿Quién podría citar un Consejo de Ministros de donde haya salido una de esas reformas que hacen época y que constituyen el timbre de gloria de un Maquiavelo, un Richelieu ó un Bismarck? ¿Quién podría citar un Congreso de sabios de donde haya salido uno de esos descubrimientos que son la gloria de un Laplace ó de un Darwin? El fuego sagrado del pensamiento no es fruto del alma colectiva, es don exclusivo del cerebro individual.

Importa, no obstante, hacer una distinción capital: una cosa es la psicología de la multitud cuando obra de improviso en un momento dado, y otra cuando obra lentamente en el curso de los siglos; en el primer caso, sus manifestaciones son siempre inferiores á las del individuo; en el segundo, no sólo no son inferiores, sino que á veces son superiores. Los cuadros, las estatuas, los poemas, ciertos descubrimientos, pueden y deben individualizarse en un nombre, Rafael ó Van-Dick, Dante y Cervantes, Fidias ó Miguel Angel, Colón ó Newton; pero ciertas creaciones complejas como la lengua, por ejemplo, no son ni pueden ser obras individuales, sino de la multitud, como las leyendas ó como los poemas homéricos de Grecia. ¿Qué son los proverbios sino la experiencia inconscientemente acumulada y sintéticamente expresada de la multitud? El genio en este sentido no es más que el revelador de verdades que dormitan en la conciencia de todos; los políticos, artistas y sabios que creen dirigir á un pueblo é imponerles sus gustos é ideas, no hacen, en realidad, más que seguir el impulso que el pueblo mismo les comunica.

Y no sólo se debe reconocer que toda colectividad crea su genio, como todo sentimiento crea su expresión y como toda idea confusa y difusa se resume en un símbolo; sino que hay que reconocer que la colectividad corrige, desenvuelve y eleva las conquistas del pensamiento y del sentimiento, hechas por el genio individual. El genio es el presente, es decir, el hijo del pasado, pero también el padre del porvenir; en el genio hay siempre, en realidad, un poco de exageración, un lado paradógico, y la colectividad se encarga de atenuar estas exageraciones. En la ciencia—dice Ferri—la escuela de los discípulos vale siempre más y es mejor que el maestro iniciador. De aquí que la multitud, inferior al individuo en el momento estático en que éstos enuncian sus ideas ó ponen en acción sus energías, le es útil y necesaria, no sólo en el pasado para formarlo, sino también en el porvenir para corregir y mejorar sus ideas y sus acciones.

La disidencia entre el arte y la multitud no es, pues, una cuestión entre el artista y el público, un duelo entre uno y muchos, sino únicamente una cuestión de tiempo; el artista puede rebelarse contra el juicio de la multitud contemporánea, pero no contra el de la posteridad; en el campo de la ciencia y del arte rige el sistema de los plebiscitos, que excluyen toda sospecha de corrupción ó de sugestión. El público no comprende frecuentemente la obra de arte que está llamado á juzgar; Rossini fracasó en el estreno del *Barbero de Sevilla*, y Wagner en casi todas sus obras. Pero esas equivocaciones ocurren en todo, y no son privativas de la multitud. Napoleón se sonreía cuando le presentaron y describieron el modelo del primer vapor; Thiers afirmó en pleno Parlamento que la tracción por vapor y los ferrocarriles eran una utopia, y Aristóteles no admitía que los hombres naciesen iguales, creyendo que siempre existiría la división entre libres y esclavos. ¿Por qué, so pena de ser tachada de ignorante, ha de tener la multitud ante una ópera de Wagner una celeridad de intuición que no tuvieron Napoleón ni Thiers ante el descubrimiento de Wat?

Toda idea, antes de triunfar, suele pasar por un período de lucha y de adversidad. No se debe pretender de la multitud que tenga gran celeridad de intuición ante una obra de arte, ni se debe por semejante motivo despreciarla; lejos de esto, debe haber entre el genio y la multitud un sentimiento de amor y de solidaridad. Los artistas, esos millonarios del ingenio, no deben imitar á ciertos millonarios del dinero que guardan todas sus riquezas para sí, despreciando á quienes no las tienen; deben reconocer, por el contrario, que su riqueza, el genio, es como el oro del capitalista, fruto del trabajo inconsciente de miles y miles de hombres, y no mérito exclusivo personal; deben sentir, además, que su obligación es lanzar esa riqueza al campo del alma colectiva para que sea fecunda, como el deber del rico es poner su oro en circulación para aumentar la prosperidad de su país. ¿Qué importa que al pronto no sea comprendido, ni recoja más que ingratitud? El recono-

cimiento, raro en el individuo, es siempre seguro, aunque lento, en la multitud.

***

MENTALIDAD ESPAÑOLA.—¿Cuáles son los caracteresde nuestra vida mental actual? — se pregunta Eloy L. André en *La Lectura.*—Examinando lo que en *libros, revistas* y *periódicos* se dice, puede reconstruirse el estado mental de nuestros intelectuales.

Estos tres órdenes de producción tienen de común lo siguiente: 1.°, la falta de fecundidad; 2.°, la ausencia de originalidad; 3.°, la falta de profundidad, solidez y exactitud de ideas.

Parece que la mente se ha agotado en la raza. La exaltación, la intolerancia, el polemismo, nos hacen infecundos; en un régimen de convención y de privilegio, el saber es un estorbo y un peligro; el que debe á la lisonja y al favor su elevación, fomenta la ignorancia para consolidarse en casta. Hay que roturar la mente anónima y colectiva ensayando nuevos métodos de cultivo, si queremos renovar la vida mental de nuestro pueblo y nuestra raza.

El mecanismo de la mentalidad, donde no hay trabajo de coordinación, es mero juego de palabras; y como las condiciones de la vida moderna hacen del orden mental un factor imprescindible, ha nacido el escritor de oficio para explotar esa necesidad. Los del oficio en España se parecen á los obreros manuales: salario pequeño, alimentación mental escasa, concurrencia excesiva y firmas con monopolio. Las ideas nuevas ejercen en sus cerebros una influencia impulsiva, sin asimilarse ni digerirse, produciendo el fenómeno de la «extranjerización inconsciente», eco desfigurado de exótica cultura. «Hay en cada pueblo, cuyo arte y literatura alcanzan cierto desenvolvimiento—dice Max Nordau,—numerosos eunucos intelectuales que no son capaces de engendrar una obra viva, y que, sin em-

bargo, llegan á imitar perfectamente el gesto de la procreación; estos mutilados constituyen desgraciadamente la gran mayoría de los escritores y artistas de profesión, y su labor parasitaria anula frecuentemente el talento verdadero y espontáneo; resultan siempre forzosamente los más modernos, porque ningún mandato de originalidad, ninguna conciencia artística, les impide imitar constantemente el modelo más reciente y desfigurarlo; hábiles para apropiarse las exterioridades, plagiarios y *pasticheûrs* decididos, se agrupan en torno de cada manifestación original, buena ó mala, y se ponen sin pérdida de tiempo á fabricar falsificaciones.» Su impersonalidad y su carácter bullanguero hace triunfar en la lucha su causa miserable, consolidando además la mesocracia mental que ahoga toda expansión individual. Su tonalidad mental está llena de múltiples disonancias y de pobre monotonía; sus obras aburren con su amenidad empalagosa y su estilística incolora y anodina.

No es menos patente la tercera de las características de nuestra mentalidad. Cuando se estudien experimentalmente las condiciones y formas de la ideación nacional, se verá cómo la inconstancia para el trabajo, la falta de perseverancia en la inquisición de una idea, la carencia de hábitos de autointervención, son otros tantos elementos que impiden la ideación perfecta y clara en nuestro cerebro; atendemos más bien con atención refleja que voluntaria, de un modo femenino, repentista, intuitivo, viendo más que mirando, sin cambiar el campo de visualidad ni apreciar más que las formas, y no los volúmenes de las cosas, sin noción de perspectiva, de donde resulta nuestra equivocada tendencia á generalizaciones espontáneas é incompletas, nuestra prematura cristalización intelectual, y la atrofia de nuestra vida mental, con una sombra de función falseada que, sin materia adecuada en qué ejercitarse, degenera en sutileza y ergotismo.

En nuestra subconciencia, sin embargo, duermen latentes riquezas inmensas de mentalidad inexplorada, que la falta de

reflexión y de concentración anulan, como en el subsuelo de los áridos campos de Castilla dormita latente la verdadera tradición que ansía solearse y vivir, rompiendo la estéril costra que sobre ella pesa, para engendrar obras fecundas y vividoras. La regeneración, la reforma, la resurrección, son cosas que, á fuerza de tanto repetirse, han entrado ya en el cauce rutinario del convencionalismo, y apenas nadie cree en ellas. A los que sienten fe en sí mismos no puede asustarles la presión que sobre sus labios y sus almas ejercen castas mentales peor ó mejor constituídas. Si trabajan, triunfarán, rompiendo la silenciosa conspiración de los protegidos y privilegiados y redimiendo á la patria renovándola.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El único y su propiedad, por *Max Stirner*, traducción completa del alemán.—Madrid: La España Moderna.

Más que interesante es, podemos decir, imprescindible para ponerse al tanto del movimiento general de la cultura jurídico-social, el conocimiento y estudio de la literatura anarquista y de su criterio informador, expuesto á veces entre errores monstruosos, negaciones tan absurdas como impías que sublevan la sana conciencia moral, verdaderos delirios de la pasión desatada, por lo cual no á toda persona ni en toda situación de la vida es igualmente recomendable la lectura de las obras donde aquélla se contiene.

Si no es, ni con mucho, enteramente exacta la afirmación, capital en el marxismo, según la cual cuanto en la sociedad ocurre es hijo de la peculiar manera cómo en el tiempo respectivo tienen los hombres organizada la producción económica, no cabe negar que el estado de derecho, así en el pensamiento como en la vida, de una época dada, puede reflejar, y es seguro que á veces refleja, el estado especial de las relaciones sociales de aquel orden. De aquí que concepciones jurídicas nacidas, como la actual, al calor de civilizaciones y ordenamientos que se aspira á reemplazar por otros que se ven más conformes con la justicia, sean inadecuadas para la resolución de los graves problemas que con tal motivo surgen; y mientras el pensamiento no se sustraiga al influjo de ellas, en vano se esforzará por llegar á consecuencias otras que las que el modo de ser presente de la sociedad supone.

Es innegable también que el Derecho y el Estado históricos, nacidos de la lucha de los intereses humanos, considerados incompatibles, representan (1) la forma de transacción, de equilibrio, de exterior armonía, y como si dijéramos de convivencia de los egoísmos. Todos nuestros modos de ver el Derecho están casi siempre tocados de este vicio de origen (2): por eso lo contraponemos á la moral y á la caridad, por eso reputamos como esencial en él la distinción de lo *tuyo* y de lo *mío*, enfrente y á exclusión lo uno de lo otro.

Y en tanto que esta oposición no deje de verse como necesaria, en tanto no contemplemos el Derecho como enteramente igual á la caridad, como un orden de puro desinterés y de constante abnegación, como un sistema de medios para el cumplimiento de los fines humanos, ó mejor, racionales, estén donde estén, la obligación de poner los cuales—los medios—crece á medida que aumenta el poder de disponer de ellos, con absoluta independencia de toda consideración de reciprocidad, no estaremos capacitados para la resolución de las cuestiones que entraña la llamada social, en la cual, en substancia, de lo que se trata es del mejoramiento de las clases desvalidas, necesitadas, como tales, de protección y amparo: asunto que por ser de caridad, es también obra de rigurosa justicia.

Este aspecto del Derecho, esta *nueva* nota suya, la ponen más en claro quizá que nadie ciertos pensadores anarquistas con el principio así formulado: á cada uno, no según su capacidad, no según sus obras, sino según sus necesidades.

---

(1) Esta concesión hace Petrone á la teoría materialista de la historia. Véase un artículo publicado por este autor sobre tal tema en la *Rivista Internazionale di scienze sociali é discipline ausiliarie*. Fascicolo XLIV.

(2) En la obra de Ihering *El fin en el Derecho*, recientemente traducida al francés con el impropio título de *La evolución del Derecho*, que es en el fondo una generalización teórica del Derecho reinante en la vida, está lógicamente expuesta esta concepción de la justicia como el sistema del egoísmo organizado.

Otra cosa es quién ha de prestar los medios jurídicos y cómo ha de exigirse el cumplimiento de las obligaciones de justicia, porque otro de los caracteres del concepto reinante, carácter que se desliza y mezcla sin que lo advirtamos, en nuestro pensamiento siempre que de cuestiones de índole jurídico-social se trata, y que junto con el anterior dificulta la solución de ellas, obscureciendo y alterando los términos por donde el discurso debe ser encaminado, es el de la necesidad del poder coactivo del Estado, sin cuya fuerza no podemos imaginarnos pueda ser garantido el cumplimiento aun de los más nobles, elevados é íntimos deberes que el Derecho impone. Contra este sentido de la coacción reaccionan, de un lado la escuela teológica al dar al orden jurídico una significación interior, ética y transcendente, como emanado inmediatamente de Dios, y de otro, más principal y directamente, toda la corriente anarquista con su creencia en la eficacia de las leyes naturales, por donde viene á enlazar su pensamiento al de los más resueltos partidarios del *laissez faire* económico y su confianza ilimitada en la nativa bondad del hombre, legítima derivación del optimismo rousseauniano.

No representa por igual Max Stirner en el libro objeto de la presente nota, las dos direcciones indicadas en los anteriores párrafos, antes bien, si en lo tocante á la necesidad de prescindir de la coacción coincide con todos los pensadores de tendencia anarquista, no así en el fundamento que señala al Derecho, el cual, lejos de referirse para este escritor al desinteresado cumplimiento de los fines humanos, resulta, por el contrario, que éstos vienen á satisfacerse ampliamente del libérrimo juego de los egoísmos individuales, legítimo en cuanto humano; y así este discípulo de Feuerbach y de la izquierda hegeliana llega á encontrarse en este terreno con los más decididos mantenedores del individualismo clásico á que arriba se alude.

Jesús Arias de Velasco.

La constitución de los Estados Unidos, por *C. Ellis Stevens.*—Un vol. 209 páginas.—Madrid: La España Moderna; 1901. Su precio, 4 pesetas.

El libro de M. Ellis Stevens, profesor de Derecho constitucional en la Universidad de Pensilvania, es un excelente resumen de la formación histórica y del funcionamiento actual de la Constitución, por tantos motivos interesante y digna de estudio de los Estados Unidos. El autor, conocedor profundo del desenvolvimiento de las instituciones norteamericanas, las estudia, en relación con la historia de Inglaterra, que tanto ha influído en los orígenes del Derecho constitucional de aquel pueblo nuevo, y con la de sus colonias. Advierte M. Ellis Stevens, que si bien siguiendo á Gladstone puede afirmarse que la Constitución americana es la obra más admirable que se haya creado en una hora dada, por el genio y la voluntad del hombre, sin embargo, no debe esto interpretarse en el sentido exagerado y harto corriente de que es una obra enteramente *nueva*. «Propiamente hablando, escribe, dicha Constitución no es la obra original de cierto grupo de hombres, como tampoco es el fruto de una época determinada: es algo más y mejor que esto. No se encuentra aislada en la Historia sin ningún antecedente con que relacionarla. Se apoya en principios antiquísimos...» «Es un punto ya admitido, añade, que las influencias primordiales que se han hecho sentir en la constitución son, ante todo, las de Inglaterra y de las colonias.»

El plan que en su libro desarrolla M. Ellis Stevens, es el siguiente: estudia primero las colonias angloamericanas, y luego la creación de la Constitución americana, pasando inmediatamente á exponer el organismo legislativo, los Poderes legislativos, el poder ejecutivo inglés y el americano, el poder judicial y el *bill* de deudas. La obra trae, además, un apéndice sobre la Democracia y la Constitución.

A. Posada.

INDICE

Págs.

Actea (novela), cuarta y última parte..... 5
Canto de paz, por I. B. J..... 52
Primer Congreso Nacional del Periodismo en América, por Nicolás Pérez Merino..... 59
La Historia de la Literatura Española de Fitzmaurice-Kelly, por M. Menéndez y Pélayo..... 89
Viaje de un español á tierra de China, por Rafael Farias..... 122
Revista Hispanoamericana, por Iob..... 137
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 165
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 182
Notas bibliográficas, por Jesús Arias de Velasco y A. Posada..... 204

España moderna

AÑO 13. NUM. 153.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

SEPTIEMBRE, 1901

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

SU MAJESTAD

NOVELA

PARTE PRIMERA

I

Blanca como el mármol, con sus largas filas de pulquérrimas *villas,* Lipara desciende hasta las azules ondas del mar Mediterráneo, y sus costas se extienden hasta perderse de vista. En aquellas horas de la tarde, sobre los paseos ornados de palmeras, cuyas verdes copas se estremecen en una atmósfera de azulado éter, ciérnese una nube densa, abrumadora, una nube de tempestad y de tragedia, una nube siniestra y negrísima, semejante á una amenaza que vagara extrañamente por el cielo. Y la sombría nube está preñada de amenazas; no se resuelve en tormenta, pero permanece suspendida sobre la ciudad, proyectando sus sombras sobre la blancura de los palacios y sobre el azul del mar y del puerto, en donde los grandes navíos, silenciosos, angustiados, por decirlo así, yerguen sus mástiles hacia el cielo.

Blanco, cuadrado, macizo, entre el verde de los parques de Isabel, en el misterio más íntimo del parque de plátanos—los célebres plátanos de Lipara—se alza el palacio imperial, morada de la familia reinante. El palacio es de estilo casi árabe, con sus blancas arcadas ojivales, como la misma corona de la

capital; una verdadera joya arquitectónica, en el centro de la ciudad, y aislada al mismo tiempo entre la frondosidad de los parques.

La Emperatriz Isabel de Liparia se halla sentada en el salón reservado de sus habitaciones, situadas en el ala derecha del edificio. Sentada al lado de la soberana está una dama de honor, la Condesa Elena de Thesbia, la cual lee ante las ventanas abiertas sobre el parque. En éste crecen esos plátanos famosos, cuyos nudos aumentan con los años, erguidos como centinelas en acecho, de ramaje recortado, al través del cual se filtra una media luz de un verde sombrío, que se extiende por los prados lejanos, suaves, uniformes, semejantes á un tapiz de terciopelo; á lo lejos un horizonte violado, y de cuando en cuando, una figura blanca resplandeciente, alguna estatua...

Un profundo silencio, extrañamente perceptible, subía del parque hasta el palacio, é invadía el alma de la Emperatriz. Estaba sentada y sonreía escuchando la lectura de Elena; se esforzaba por comprender, y no siempre lo conseguía. La dominaba una agitación nerviosa, la envolvía, como las mallas de una red invisible, de la que no puede uno desasirse. Tenía miedo por su marido, por sus hijos, por su primogénito, por sus hijas, por su hijo menor. Este miedo se deslizaba bajo la alfombra, bajo sus pies, gravitaba sobre su cabeza; posábase en torno de ella, por todos lados, por toda la cámara. Estaba en el parque, venía de lejos, del horizonte violado; corría á lo largo de los céspedes, y por las abiertas ventanas penetraba en las habitaciones; caía de los árboles, de la nube, de la siniestra nube. Miedo tal se filtraba al través de toda Lipara, de la Liparia entera, de todo el Imperio; se deslizaba hasta en el palacio y penetraba en el alma de la Emperatriz, la invadía por completo...

Isabel dió un largo suspiro y sonrió. Elena la dirigió una rápida mirada, mientras que en un breve descanso subrayaba,

con la entonación de la voz y con los ojos, un pasaje de la lectura; por esto sonrió la Emperatriz, y continuó escuchando. A veces, sin embargo, solía escapar á su propia angustia á fuerza de fe, la fe en que solamente sucedería aquello que debía suceder.

La novela que leía Elena era *Daniel Cortis,* obra que alcanzara un gran éxito en la corte, porque la Princesa Thera la había hallado de su gusto. Con atención suma, cuidándose de la dicción, la Condesa proseguía su lectura. Los arabescos del italiano brotaban de sus labios con la elegancia de esos floridos y transparentes cristales de Venecia. Y la Emperatriz se maravillaba de que pudiese leer tan bien, sin resentirse nada de la angustia que, para ella, se presentaba en todas partes como un fantasma.

Llamaron á la puerta de la antecámara, que fue abierta por un hujier; apareció una dama, la cual alzó la cortina haciendo una profunda reverencia.

—Su Alteza el Príncipe Herman—dijo con acento ligeramente cortado, porque sabía que aquellas horas de la tarde eran casi sagradas para la Emperatriz.

—Ruéguele que venga aquí—respondió la Emperatriz, y su voz expresaba contento y afección;—esperábamos al Príncipe hacía mucho tiempo...

La puerta había permanecido abierta, y la dama de honor salió; el hujier, inmóvil junto á la cortina, esperaba que llegase el Príncipe.

Resonó el paso resuelto de éste, y atravesando rápidamente el corredor y la antecámara, entró en la estancia, airoso, con benévola expresión en su rostro resplandeciente de salud, con sus ojos grandes y negros, brillantes de alegría. El hujier cerró la puerta detrás de sí.

El Príncipe avanzó hacia la Emperatriz con las manos extendidas; la soberana se había puesto en pie, como también Elena; se adelantó hacia él, le cogió las manos, y quiso ser besada en las dos mejillas.

Elena saludó.

—Señorita de Thesbia...—dijo el Príncipe inclinándose.

—¡Por fin!—exclamó la Emperatriz, fingiendo descontento; é inclinaba la cabeza para no mirar con agrado á aquel simpático é interesante personaje tan lleno de salud.—¿Por qué no has telegrafiado la hora exacta de tu llegada? Othomar hubiera salido á la estación, pero ya...

Y con una triste sonrisa se encogió de hombros, como diciendo que si el recibimiento no había sido lo que debiera ser, la culpa era solamente de él.

—¡Tía!—replicó el Príncipe, y su acento indicaba claramente que jamás hubiera pretendido de Othomar semejante cosa;—he sido recibido extraordinariamente bien; el General Ducardi, Leoni, Fasti, nuestro excelente Embajador, y el Conde de Siridsen...

—Sin embargo, Othomar lo sentirá; ha salido á dar una vuelta con Thera, que prueba sus nuevos caballos. No comprendo cómo han salido; les va á coger la lluvia.

La Emperatriz se había vuelto á sentar, después de mirar al exterior por la ventana; el Príncipe y Elena sentáronse enfrente de ella. Entre la Emperatriz y su sobrino se cruzaron preguntas acerca de las dos familias, pues hacía algunos meses que no se habían visto. Corrían tiempos calamitosos, y la Emperatriz leyó un telegrama que el Emperador había mandado desde Altara á propósito de las inundaciones. Temblábanle las manos al sujetar el papel...

Era una mujer de extraordinaria belleza, á pesar de ser madre de dos hijos ya mayores. Pero pocos habían visto el encanto de su hermosura; en público, su belleza se parecía algo á la de un camafeo: líneas finas y puras, ojos grandes, obscuros y fríos, sin expresión; la boca cerrada é indiferente: para la multitud, su rostro delicado tenía algo de reservado y automático, y lo mismo parecía en las reuniones más íntimas de la corte. Pero viéndola en la soledad de su estancia, como en aquella hora, sin más compañía que la de su sobri-

no, al que quería como á sus hijos, y la de su dama preferida, entonces, á pesar de la angustia que germinaba profundamente en su corazón, era como otra mujer cualquiera; con el sencillo vestido de seda gris—un medio luto por un pariente lejano,—la acostumbrada rigidez automática, se transformaba en una graciosa flexibilidad de movimientos y actitudes: el rostro de camafeo se animaba, sus ojos acusaban la emoción, y en sus labios fríos y severos se dibujaba una sonrisa, un destello de simpatía; mostrábase desconocida para aquellos que la vieran antes, sin expresión, rígida y acompasada.

El Príncipe Herman de Gothlandia era el hijo segundo de una hermana de la Emperatriz, la Reina de Gothlandia. Un mozo sólido y arrogante, con el grado de teniente de navío, del tipo germánico tan sano de la casa de Gothlandia, de robusto cuello, anchas espaldas, el abombado pecho del gimnasta, la viveza, el ardimiento de una naturaleza llena de vida, una inteligencia más que mediana impresa en sus ojos grandes y brillantes de negras pupilas, y, por aditamento, una dulzura especial en su voz de barítono; una voz que desde luego llamaba la atención por su timbre, que se hacía después simpática por aquella nota tierna en su virilidad. Y en aquellos momentos estaba allí sentado, simpático, sencillo, dulce, y, sin embargo, con cierta autoridad, que no parecía avenirse mucho con sus ocurrencias de buen humor; con su voz dulcísima hablaba de su padre, de su madre, de sus hermanos y de sus hermanas; preguntaba por su tío el Emperador Oscar de Liparia, por Othomar, por Thera. Y al mismo tiempo despertaba en la Emperatriz ese profundo sentimiento de las simpatías familiares, algo como un légamo secreto de la sangre, un socorro, reforzado por el parentesco, en el aislamiento de sus respectivas grandezas, la grandeza de Liparia y la de Gothlandia; pensaba ella que en el otro extremo de Europa, lejos, lejos de ella, y sin embargo, muy cerca por el magnetismo del pensamiento, se extendía Gothlandia como una gran llanura de amor, recorrida libremente por sus pen-

samientos y sentimientos; ya no estaba dominada por la emoción y la angustia de verse colocada tan en alto en unión de aquellos que le eran queridos, su marido y sus hijos, puesto que no estaban solos en medio de tanta grandeza; en su elevado puesto podían apoyarse en otros grandes; Liparia en Gothlandia; Gothlandia en Liparia. Sus ojos se llenaron de lágrimas, una emoción de felicidad la embargó el corazón; el fantasma de la angustia se había ocultado; deseaba abrazar á su sobrino, hubiera querido decirle que su sola presencia habíale restituído aquel sentimiento de fuerza y de bienestar al mismo tiempo, que perdiera hacía algunos meses.

II

Se abrió la puerta; el hujier esperaba, rígido, inmóvil, con la mirada fija al frente, en la penumbra de la cortina. Entraron la Princesa Thera y Othomar; la Princesa se dirigió apresuradamente hacia su primo y le abrazó. Othomar se arrojó también al cuello de Herman, dándole la bienvenida. Pero, al revés de la franca cordialidad de la Emperatriz y de Thera, la efusión del Duque de Xara no parecía sincera; había cierta frialdad en su sonrisa; notábase en su acogida un no sé qué de etiqueta completamente fuera de lugar. Y no es que se observase en él cierta reserva; se comprendía que no se trataba de que ocultase parte de la simpatía que experimentara; se veía sencillamente que su actitud y sus palabras constituían el saludo convencional cambiado entre dos primos de la misma edad y que se profesan una buena amistad. El Príncipe Herman estaba habituado á ello; entre Othomar y él no existía intimidad alguna, y en aquel momento en que se veían después de muchos meses de ausencia, la situación era palpable: á la Emperatriz la disgustó en extremo.

Recayó de nuevo la conversación sobre las inundaciones del Norte. La Emperatriz mostró á sus hijos el último tele-

grama que acababa de leer á Herman; habían acaecido nuevas catástrofes, recibíanse noticias de nuevos pueblos destruídos, de más ciudades damnificadas por ríos desbordados, tras un mes de torrenciales lluvias.

El Emperador hacía ya tres días que se encontraba en las provincias del Norte; pero en la capital se esperaba que de un momento á otro manifestase el deseo de ser relevado por el Príncipe heredero, pues la presencia del soberano era precisa en Lipara con motivo de una crisis ministerial.

El Príncipe heredero tomó parte en la conversación, por el bien parecer, pero con frialdad. Era un joven de veinticinco años, bajo de estatura, delgaducho, de constitución sumamente delicada, de rostro fino y triste, con ojos sin expresión, que por lo general miraban al vacío; el naciente bozo sombreaba su labio superior como una línea de tinta china. Tenía la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho, y miraba entre sus párpados semicerrados; por lo general permanecía silencioso; sus manos, pequeñas y largas, pero finas, estaban extendidas sobre sus rodillas, ambas en la misma posición, y tenía la costumbre de alzar la mano izquierda á la altura de los ojos—porque era un poco míope—para mirarse la sortija. Llevaba el uniforme azul y blanco de capitán de lanceros, uniforme con el que acostumbraba á mostrarse en público, y cuyos alamares de plata realzaban un tanto su persona; en la muñeca derecha lucía un brazalete de oro bruñido.

—Acaba de llegar esta carta—dijo la Emperatriz;—léela, Thera, para empezar...

La Princesa cogió la carta, en la que escribía el Emperador:

«Me falta el ánimo al contemplar esto y poder hacer tan poco; todo el país al Sur del Zanthos, desde Altara hasta Lycilia, no es más que una vasta extensión de agua, y en donde se alzaban pueblos yacen ahora las ruínas de puentes y de casas, árboles tronzados, montones de tejas, animales muertos, carretas, muebles; y mientras caminábamos por el dique

de Santa Teresa, cerca de Altara, que, á Dios gracias, no se ve aún amenazado, avanzaba lentamente ante nosotros un montón de cadáveres, confundidos y entrelazados como en un gigantesco abrazo de muerte.»

El Príncipe heredero se había puesto lívido; continuó sentado en su actitud habitual, examinando su sortija, mientras Thera seguía en su lectura. Cuando el Príncipe heredero levantó la cabeza, su mirada se cruzó con la de su madre. Esta le hizo un signo con los ojos, que los demás, atentos á la lectura, no vieron; él sonrió con sonrisa de amarga tristeza, y la respondió á su vez con un imperceptible movimiento de los párpados; aquel dulce saludo era para él un rayo de consuelo en medio de la secreta pena que llevaba en silencio, que le oprimía el pecho como si le apretasen el corazón, como una pesadilla que angustia, á pesar de estar uno bien despierto.

Pero el Príncipe Herman cambió de conversación y empezó á hablar de la crisis ministerial; el ministerio autoritario había quedado en minoría en las últimas elecciones para la formación de la Cámara constitucional de los Estados, y presentaba la dimisión al Emperador. La cuestión que se ventilaba era, como de costumbre, la revisión de la Constitución, pedida por los constitucionales y rechazada por los autoritarios á instigación del Emperador. La Emperatriz Isabel suspiraba de cansancio; ¡cuántas veces en su reinado, que llevaba ya más de veinte años, se había presentado la cuestión constitucional como un ataque directo contra su marido! Porque en Liparia la extensión de la Constitución comportaba siempre una disminución de la autoridad imperial. Descendiente de una larga serie de autócratas hereditarios, Oscar no había podido olvidar jamás que su padre Othomar XI, bajo un Ministerio liberal, se vió obligado á otorgar una Constitución. ¡Y cuántas y de qué clase eran actualmente en aquella crisis las pretensiones de los constitucionales! Exigían que la Cámara de la nobleza, que era hereditaria y autoritaria; que aquella Cámara, patrimonio del mismo Emperador, que podía anular

los proyectos de las leyes constitucionales procedentes de la Cámara de los Estados, dejase de ser hereditaria, y por consiguiente, autoritaria por derecho de herencia, para convertirse en electiva: el mismo Othomar XI, soberano tan á la moderna, no hubiera podido aceptar jamás en una Constitución tamaño atentado á una de las instituciones más antiguas del Imperio, atentado que sacudiría la Liparia hasta en sus cimientos.

Y mientras Herman hablaba de este asunto, discurriendo acerca de las más graves cuestiones, Othomar parecía víctima del vértigo. Al través de su cerebro pasaba un mundo; en su imaginación se sucedían rapidísimas nubes, y de estas nubes brotaban visiones vagamente rojas, fugitivas como relámpagos, horribles como un cuadro del Apocalipsis, el fin del mundo en una explosión de dinamita. De esas nubes brotaba en un segundo, como pintada en un lienzo, una escena de la historia del reino que él había de heredar; uno de los Emperadores de Liparia, hacía ya muchos siglos, asesinado por su favorito en una fiesta cortesana... Revoluciones de otros países de Europa, la Revolución francesa, brillaban, proyectando en el cielo un reflejo de sangre; los huelguistas de las minas de mercurio de las provincias orientales se le aparecían amenazadores, saliendo de la nube, de aquella masa de nubes que corrían al través de su pensamiento. Y continuaban brillando, sin que pudiese huir de ellos, aquellos relámpagos rojizos; y por donde se dirigiera, veía su resplandor y el horizonte se iluminaba!... Y parecíale extraño estar allí, sentado en la habitación de su madre, con el magnífico parque ante su vista, que se contemplaba al través de las ventanas, y que bajo los rayos del sol poniente se revestía de un color dorado; con su madre al lado, tan amable, tan dulcemente delicada en la intimidad de su casa; su primo que hablaba, su hermana que respondía, y la dama que escuchaba sonriendo... ¡Qué extraño le parecía verse tan tranquilo, tan apacible, tan descansado en la intimidad del palacio, como si Liparia no se bambolease ya cual vieja torre derruída!

Herman y Thera hablaban de la crisis; pero ¿qué es lo que decían? ¡Palabras, siempre palabras! ¿Por qué había de darse siempre aquella serie de palabras á menudo hermosas, es verdad, pero tan vanas?... El desconocía esas palabras, esas amables y vacías palabras, que un Príncipe ha de saber acomodar y ofrecer á sus súbditos, hoy en una ocasión, mañana en otra. No, no las conocía; pero ¿qué es lo que significaban? ¿Dónde estaba el bien, la verdad, el verdadero bien del reino? ¿Cómo saberlo, cómo estar seguro, cómo no andar vacilante, á tientas, con una venda en los ojos? Aun cuando se pudieran tener cien ojos para escudriñar cuanto acaecía en el reino, aun cuando se pudiese leer en lo porvenir, aun cuando se supiera todo, ¿se podría, no obstante, saber qué sería lo mejor? ¿La Constitución? ¿Es bueno para una nación tener Constitución, ó no? ¿Sería bueno para Rusia? ¿O sería mejor una República? ¿Quién tiene razón? ¿Su padre, que quiere gobernar como soberano absoluto con su Cámara de nobleza hereditaria, en donde él, Othomar, se acordaba de haber entrado como Duque de Xara, á los diez y ocho años, con la corona ducal, el manto y el collar de la Orden del Cetro real? ¿O tenía acaso razón la Cámara de los Estados? ¿Sería conveniente poner un límite al absolutismo? Harto difícil era decidirse... Y las inundaciones... «me falta el ánimo al contemplar esto y poder hacer tan poco..... hasta Lycilia, una vasta extensión de agua, un montón de cadáveres, en el abrazo de la muerte».

Brilló un relámpago en el cielo.

Sordos ruídos repercutían por el aire, anchas gotas cayeron pesadamente, como granizos líquidos, sobre las hojas de los plátanos; parecía como si todo el parque se estremeciese, ansioso, ante aquel desgajamiento de las nubes que se anunciaba así. Elena se levantó y cerró la ventana.

Entonces Othomar oyó una palabra extraña: Siria...—Así, pues, ¿no hablaban ya de la Cámara de los nobles?—Siria, Siria...

—El Rey y la Reina debían venir en la próxima semana, pero han aplazado su visita—dijo la Emperatriz.

—A causa de las inundaciones—añadió Thera;—van primeramente á Constantinopla; quisiera que se quedaran al lado del Sultán.

—Su visita me parece forzada—dijo riendo Herman;—¿y cuánto tiempo estarán, tía?

La Emperatriz Isabel se encogió de hombros para indicar que no lo sabía; la próxima visita de los soberanos de Siria no agradaba mucho ni á ella ni al Emperador; sin embargo, no había medio de evitarla.

No quiso hablar detenidamente del asunto á causa de Elena, y dijo:

—Todas las fiestas de la corte están aplazadas, como ya lo sabes, Herman, á causa de tan espantosas catástrofes. Estarás tranquilo, hijo mío. Esta noche acompaña á Othomar á casa del Conde de Myxila...

El Conde de Myxila celebraba aquel día su sexagésimo aniversario. Era el célebre favorito del Emperador. Aquella mañana había venido á recibir las felicitaciones de la Emperatriz; por deseo del Emperador, el Príncipe heredero debía, por la noche, hacer acto de presencia en la fiesta que daba el Conde en el palacio de la Cancillería.

El Príncipe Herman miró á Othomar con expresión interrogativa, como esperando una palabra.

—Naturalmente—se apresuró á decir el Duque de Xara,—Myxila cuenta con seguridad con la visita de Herman.

III

Cuando Othomar y Herman dejaron á las once y media de la noche el palacio de la Cancillería, bajo una lluvia torrencial, era ya conocida de la Emperatriz la dimisión que había

presentado el Ministerio; los Príncipes habían encontrado á los Ministros en casa del Conde de Myxila; la crisis había producido, en medio de la alegría mundana de la fiesta, un estremecimiento amenazador. En palacio se recibió un telegrama del Emperador al Duque de Xara, concebido en los siguientes términos:

«Ruego á Vuestra Alteza que se dirija mañana á Altara.

»Oscar.»

El telegrama no debía sorprender: era la consecuencia natural de la dimisión del Ministerio y del regreso del Emperador, que no quería dejar el lugar del desastre sin tener el consuelo de verse sustituído por el heredero del trono.

Othomar, después de haber permanecido un momento al lado de la Emperatriz, se retiró á sus habitaciones. Hizo llamar á su ayudante de campo, el Príncipe Dutri; cambió con él algunas palabras, y, tras una breve conversación, lo despidió. En su gabinete, Othomar encontró á su ayuda de cámara, Andrés, prevenido por un gentilhombre de servicio, que le había ayudado á hacer el equipaje.

—No pongas demasiado ropa, Andrés—le dijo, mientras éste permanecía respetuosamente en pie junto á una maleta; —son obstáculos.

Dijo esto sin saber por qué á punto fijo. El ayuda de cámara no le hizo caso; arrodillado de nuevo, continuó poniendo todo lo que creía poder ser necesario. «El caso es que debe ser útil, puesto que Andrés lo hace», pensó el Príncipe.

Y se dejó caer en una butaca en su gabinete. Estaba abierta una ventana; una sola lámpara, colocada en un ángulo, iluminaba débilmente la habitación; continuaba lloviendo con furia; el olor á tierra mojada penetraba en la estancia.

El Príncipe estaba cansado, harto cansado, para llamar á Andrés, con objeto de que le quitase las medias botas lustrosas y ceñidas. Vestía el uniforme blanco y oro de coronel de la guardia del trono, la guardia personal del Emperador; pen-

dían de su cuello la Orden del Cetro real y otras varias condecoraciones.

Aparecía aún ante su vista la fiesta del Canciller; en sus oídos zumbaban, al compás de la lluvia, todas las inevitables conversaciones acerca de la crisis, de los Ministros y de la Cámara de los nobles. Se veía á sí mismo: el Príncipe heredero, siempre el Príncipe heredero, demasiado ceremonioso, siempre excesivamente reservado, jamás sinceramente alegre, ni sencillo, ni desenvuelto como Herman, que se encontraba á sus anchas en los salones de la Cancillería, sin cortedades, haciéndose presentar á las señoras; unas veces, por el Conde de Myxila; otras, por su ayudante de campo. Y envidiaba á su primo, que no era heredero de la corona, sino hijo segundo. Herman no producía como él el frío por donde pasase; no helaba en torno suyo la atmósfera con el brillo rígido y glacial de su corona de Príncipe imperial.

Veíase ante los Ministros. Los Ministros que se retiraban llevaban en su corazón sus propios intereses, no los de Liparia; habíalo conocido en la actitud servil de aquellos personajes en presencia de él, del Príncipe heredero, cuando los había hablado. Comprendía que recitaban un papel, que ocultaban algo que no dejaban traslucir, y se preguntaba: ¿Porqué, por qué ha de ser todo lo mismo? ¿Por qué ha de haber tantas caretas? ¿Por qué ha de ser apariencia todo? Y experimentaba una gran opresión en el pecho; molestábale lo ceñido del uniforme.

Veía también delante de él á la anciana Condesa de Myxila y á las demás señoras que le habían hecho reverencias entre el crujido de sus trajes y el brillo de sus diamantes: se habían puesto encarnadas porque el Duque de Xara se había fijado en ellas.

Veía también á la mujer del gran Mariscal de la corte, la Duquesa de Yemena, ausente hacía mucho tiempo, retirada por voluntad propia en su posesión de Vaza; veíala ante él, tal como se había presentado, acompañada por Dutri. Sin

embargo, era para él desconocida, pues cuando la Mariscala estuvo en la corte él era todavía niño, severamente educado á estilo militar, que estaba raras veces al lado de la Emperatriz, y jamás en las fiestas palatinas; así, pues, no había visto nunca á la Duquesa. Ahora, en la penumbra de aquella sola lámpara, mientras la lluvia caía con furia, volvía á verla, y le parecía que se presentaba al través de la lluvia, como al través de una cortina de agua. Una gran dama, con opulentas formas, medio desnuda bajo los blancos destellos de los brillantes, avanzaba hacia él, con la cabellera de un negro luciente, el rostro un tanto pálido bajo un ligero tinte rosado; se acercaba lentamente, vacilando, con su vestido de raso recamado de oro, adornado con pieles negras; se inclinaba ante él con profundo respeto hacia su dignidad imperial; tenía la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho; la diadema esparcía rayos sobre sus negros cabellos; todo el cuerpo de la dama, con la flexibilidad de una serpiente, doblábase graciosamente con el dorado traje que la circundaba el seno y caía en rígidos pliegues, bajo los reflejos de las luces. El la había hablado y ella, irguiéndose de su graciosa inclinación humilde, habíale respondido, no recordaba qué, pero los ojos de la dama se habían posado en él, brillantes como dos negras estrellas. El Príncipe se impresionó. Había oído hablar de ella, como de una mujer cuya vida estaba llena de pasiones; y pensaba en ella como en algo que estuviese envuelto en un enigma. El Duque de Xara había recibido una educación militar purísima: sus años de adolescencia habían transcurrido castos en medio de las libres costumbres de la corte, tal vez porque sus padres, tras una larga separación, habían experimentado la necesidad de reunirse movidos por un deseo de vida familiar, por buscar un recíproco apoyo: la Emperatriz Isabel había perdonado al Emperador Oscar y resignóse á su infidelidad como á un fatal destino. Othomar no había visto en torno suyo la vida de los sentidos. En la Universidad de Altara, en la que cursó sus estudios, no había compartido los place-

res de los estudiantes, no por altanería, sino por falta de libertad.

Así que la Duquesa produjo sobre él una impresión extraña, porque era lo desconocido. Pensaba en aquella mujer, con sonrisa de esfinge, que se había inclinado ante él tan profundamente, que le despertaba un mundo de sensaciones y de experiencias desconocidas para su alma; ante ella sentíase pobre, mísero, insignificante. ¿Qué tenía aquella mujer que él no poseyera? ¿Existía verdaderamente algo, algún enigma, que valiese la pena de escrutarlo en serio? ¿Había, en realidad, tanta diferencia entre su madre y sus hermanas y una mujer como aquella? Sus ayudantes, ¿hablaban tal vez de sus hermanas las Princesas, como él hablaba de la Duquesa? ¿Y era acaso cierto que la citada dama hubiese llevado aquella vida de pasiones, de amores sucesivos? ¿No era quizá maledicencia de los oficiales, ó tal vez no desfiguraban la verdad, como lo hacían en tantas otras cosas? ¿Y la verdad no debe ser apreciada por un Príncipe como por otro cualquiera?

Sentíase rendido de cansancio, y permanecía sentado, esforzándose en vano por sacudir todas aquellas extrañas visiones de la fiesta, que giraban al través de la transparencia de la lluvia. Ante él, como si realmente se encontraran en el gabinete, corrían uno detrás de otro los Ministros, los Oficiales de órdenes, el Conde de Myxila y la Duquesa.

Oyó que le llamaban... Era un gentilhombre de servicio.

—El Príncipe Herman pregunta si puede hablar un momento con Vuestra Alteza.

Asintió con un gesto y entró el Príncipe Herman.

—Siempre eres el bienvenido Herman — dijo Othomar; pero, á pesar suyo, hablaba fríamente.

—Vengo á pedirte una cosa—dijo Herman de Gothlandia. —Quisiera acompañarte á Altara, pero dime con franqueza si te conviene. ¿Qué piensas de ello?

Othomar miró á Herman; aquel lenguaje flemático le molestaba.

—Si lo haces por conveniencia, puesto que te encuentras en Lipara, ciertamente...—comenzó á decir.

—Deja que te lo diga de una vez; lo hago especialmente por... la tía. Y mostrábase conmovido.

—Hazlo, pues, por ella—replicó dulcemente Othomar.—Tendré mucho gusto en que me acompañes, conforme á los deseos de mi madre.

Herman se había esforzado inútilmente en mostrarse enérgico y reservado. Habíale rogado la Emperatriz que acompañase á Othomar. Al principio había vacilado, sabiendo que entre él y su primo no existían simpatías. Después hubo de ceder, mas no sabía cómo decirlo; su habitual franqueza habíale abandonado, como siempre, delante de su primo.

—Quedamos de acuerdo—dijo Herman confuso.

Othomar le tendió la mano.

—Comprendo perfectamente tus intenciones—dijo.—Mi madre desea que vengas conmigo, porque sabe que así tendré alguien á quien poder confiarme. ¿No es cierto?

Herman le estrechó la mano.

—Sí—contestó, contento, alegre, sin que se le ocurriese pensar que Othomar llevaba ventaja en aquella conversación, satisfecho, por el contrario, de que su primo tomase la cosa por aquel lado.—Sí, así es. No quiero tenerte despierto por más tiempo; es tarde. Adiós.

—Adiós.

Herman salió. Seguía lloviendo á cántaros. Othomar continuaba sentado; la frescura de aquella noche de lluvia entraba en la habitación y le caía encima. Inmóvil, se miraba con atención la punta de las botas.

Andrés entró suavemente.

—¿Desea Vuestra Alteza?...

Othomar respondió con una señal. El ayuda de cámara cerró primeramente la ventana, dejó caer los cortinones y se arrodilló ante el Príncipe, que, con gesto de cansancio, alargó el pie y apoyó el talón sobre la rodilla de Andrés.

IV

Durante la noche se calmó el diluvio; pero por la mañana llovía de nuevo. Eran las siete; un vapor húmedo, sofocante, caía sobre la colosal cúpula de cristales de la Estación, como si hubieran respirado encima. El tren especial estaba presto; la locomotora resoplaba fuerte y frecuentemente como bestia cansada é inquieta. Una gran multitud, un vago amontonamiento de hombres que murmuraban en aquella mañana nebulosa, llenaba los andenes; un piquete de infantería, con sus uniformes grises y encarnados y bayoneta calada, formaba en dos filas, dividiendo al público en dos partes y manteniendo un ancho espacio libre ante la sala de espera.

Entre la multitud corría el descontento; brillaban miradas de enojo, hendían el aire palabras breves y gruesas, interjecciones; hasta se escuchó en un ángulo una carcajada amenazadora.

La espera fue larga; por fin se oyeron en la parte de afuera aplausos sordos; el Príncipe llegaba á la Estación. La sala de espera se llenó de uniformes, que brillaban confusamente en la luz matinal; cambiáronse breves saludos.

Othomar entró con Herman y el Marqués de Dazza—Gobernador de la plaza, la primera autoridad militar,—cuyo vistoso uniforme contrastaba con la sencillez de los otros, incluso el del Príncipe; y el General ayudante y los ayudantes de Liparia y de Gothlandia les seguían. El burgomaestre de la ciudad y el director de ferrocarriles fueron al encuentro de Othomar para saludarle; el burgomaestre se engolfó ante el Príncipe en un largo discurso.

—¿Por qué no se ha prohibido al público la entrada en la Estación?—preguntó el General Ducardi al director.—El General había mirado al través de las cortinas, extrañado por los rumores que se escuchaban fuera.

El director se encogió de hombros.

—Esa fue la primera idea; así lo hicimos cuando marchó el Emperador; pero una orden especial de palacio nos ha obligado á que no cerremos las puertas; tal ha sido el deseo del Duque de Xara.

—Y entonces, ¿para qué han venido todos esos soldados?

—Por orden del Gobernador de la plaza; vino un oficial de órdenes á decirnos que llegaría un piquete de infantería como guardia de honor.

—¿Vino ese oficial del palacio?

—No, del Gobierno militar.

Ducardi se encogió de hombros, y un sordo murmullo de cólera hizo que temblasen sus gruesos bigotes grises.

—¿Sabe Vuestra Alteza que ha venido un piquete de infantería?—dijo interrumpiendo los largos períodos del burgomaestre.

El Gobernador lo oyó y se aproximó.

—¿Un piquete?... No...—respondió Othomar estupefacto.

—¿De modo que Vuestra Alteza no ha dado orden alguna?—repuso Ducardi.

—¿Yo? No...—repitió Othomar.

El Gobernador se inclinó profundamente; habíale puesto nervioso la potente voz del General, que resonaba como una trompeta.

—Pensé—dijo tranquilamente, pero buscando y subrayando las palabras, y esforzándose al mismo tiempo en ser humilde con el Príncipe y digno, respecto del General; —pensé que no estaría de más preservar á Vuestra Alteza contra posibles desórdenes... tanto más posibles cuanto que Vuestra Alteza deseaba... deseaba que la estación estuviese abierta al público.

Othomar, como Ducardi, había echado una mirada al exterior; la infantería formaba en ala, y detrás apiñábase la multitud inquieta, exaltada, amenazadora.

—¡Pero, General—dijo alzando la voz,—mejor hubiera sido

cerrar la estación! Esto es un contrasentido. La policía municipal hubiese sido suficiente para contener á la multitud en caso necesario.

—Tenía miedo de... algo desagradable, señor. Los tiempos están revueltos, el pueblo está muy descontento; — murmuraba en voz baja el Gobernador, asustado ante la idea de haber sido oído por los Oficiales.

—Sí, es un contrasentido—repitió Othomar, sobrexcitado, nervioso.—¡Haga que se retire la infantería!

—Imposible, señor — se apresuró á decir Ducardi con amarga sonrisa. — Vuestra Alteza comprende que no puede ser.

Este diálogo se había entablado aparte, á media voz; sin embargo, parecía que todos se interesaban en él; todas las miradas se dirigían al grupo del Príncipe; todos callaban.

—Dejadnos, pues, sacar de esta situación el mejor partido posible; nosotros no tememos nada—replicó Othomar; y su voz juvenil de claro timbre vibraba fuertemente irritada.

Se abrieron las puertas; Othomar salió el primero más que de prisa, sin que le siguieran los ayudantes y Oficiales, que se apartaron para dejar paso al Príncipe Herman, el cual se apresuró á reunirse con Othomar; detrás salió la comitiva.

Los Príncipes hicieron una inclinación de cabeza como si quisieran saludar; pero sus ojos se encontraron con las miradas inmóviles y asombradas de los soldados que, en aquel momento, presentaron armas; los Príncipes saludaron y subieron al tren, como huyendo, con una penosa sensación.

Bajo la gran techumbre de cristales, envuelta en la niebla, tras las espaldas de los soldados, la multitud permanecía en un silencio mortal; el murmullo había cesado casi por completo: ni palabrotas, ni ademanes; pero tampoco ninguno de aquellos aplausos, de aquellos vivas tan gratos á los oídos de los Príncipes.

Y los rostros de aquellas gentes obscurecidas, separadas de su futuro soberano, por los uniformes y las bayonetas, per-

manecían foscos, mirando sombríamente con relámpagos de odio, con los labios apretados, llenos de rencor, contemplando de lejos el coche imperial.

Desde las portezuelas, los Príncipes saludaban con la mano á las autoridades que se agolpaban en el andén, haciendo reverencias. La locomotora silbó, chilló, hendiendo la atmósfera húmeda; arrancó el tren corriendo en aquella mañana, que fuera de la estación parecía más clara, atravesando la ciudad por encima de los viaductos; desfilaron los canales, las calles, las plazas, los campanarios y torreones de las iglesias y de los palacios; las dos torres de mármol de la Catedral, con las palomas que forman sus nidos entre los arabescos de estilo del Renacimiento de las arcadas de los campanarios; el parque de Isabel, verdadero oasis en medio de la ciudad, la blanca masa del palacio imperial, y en el fondo la línea prolongada de la ría, el puerto con su bosque de mástiles, la ovalada curva del horizonte del mar, todo ello húmedo, reluciente por la lluvia.

Othomar miraba tristemente hacia adelante. Herman le sonrió.

—Con el viaje se te olvidará lo que ha pasado—dijo, y añadió riendo:—Hoy no va á comer á gusto nuestro pobre Gobernador.

El General Ducardi murmuró una interjección.

—Es un completo imbécil... — dijo entre dientes; pero lo oyó el Príncipe Herman.

—Quería yo decir al pueblo—dijo de repente Othomar... y hubiera añadido:—que no tengo miedo en su presencia;—pero miró en rededor, vió que el Príncipe Dutri, su Ayudante de campo, le miraba con ojos de basilisco, y su acento, de altanero se trocó en humilde, y concluyó la frase diciendo con tristeza:

...—Que le amo mucho, y que tengo en él absoluta confianza.

Suavizó su acento para dar gusto al Príncipe Dutri; pero contrarió al General, que miró de reojo al Príncipe heredero

y después al Príncipe de Gothlandia; los comparó y siguió mirando, con complacencia de soldado, al gallardo Teniente de Marina, que, robusto, sólido, con las manos apoyadas en las caderas, inclinado un poco hacia adelante, contemplaba la blanca ciudad que huía ante sus ojos bajo los oblicuos rayos de la lluvia.

Después de cuatro horas de marcha llegaron á Novi, en la provincia de Xara. El tren se detuvo: los Príncipes y su comitiva descendieron, consultando sus relojes y los de la estación. Se extrañaron y se pusieron á pasear por el andén; pasó una hora. El Príncipe Herman conferenció largo rato con el Jefe de la estación. Continuaba lloviendo. Por fin se anunció la llegada del tren de Altara, que entró en la estación y se detuvo; del coche imperial bajó el Emperador Oscar, seguido de sus Generales y Ayudantes, cuyos uniformes estaban estropeados y parecían viejos. El Emperador, joven aún, de elevada estatura, pero con los cabellos grises ya, andaba con resuelto paso; abrazó á su hijo y á su sobrino, viva y rápidamente. Las personas reales se retiraron á la sala de espera; Ducardi y uno de los Ayudantes fueron detrás. La conversación fue breve, y al cabo de diez minutos volvieron á entrar en la estación; cambiáronse apresuradamente unas cuantas palabras y unos cuantos apretones de manos; el Emperador subió de nuevo á su coche y el Príncipe heredero al suyo. El tren del Príncipe esperó á que marchara el del Emperador; padre é hijo saludáronse por última vez con la mano, y en seguida Othomar emprendió de nuevo su camino.

El Príncipe quedó hondamente preocupado, recordando lo que su padre acababa de decirle: «Nuestra hermosa y antigua ciudad está desesperada; el dique de Teresa amenaza ruína; poca energía en la Administración municipal; millares de personas sin recursos, sin hogar, pasando las noches en las iglesias, en los edificios públicos.» Y su última frase:

—Hazte llevar á San Ladislao.

Othomar pensaba en todo aquello; sus acompañantes guar

daban silencio, impresionados por las palabras del Emperador, que había puesto de nuevo ante sus ojos, más viva y más penetrante, la catástrofe; ante los ojos de Ducardi, que sabe mejor ser Jefe de Estado Mayor que consuelo en medio de inundaciones; ante los ojos de Dutri, lleno aún del esplendor mundano de la ciudad incomparable. Comenzaban todos á olvidarse en parte de sus asuntos particulares para pensar en lo que iban á presenciar. Y Othomar se preguntaba:—¿Qué haré? ¿Qué es lo que podré hacer? ¿No es demasiado lo que se espera de mí? ¿Podré contener la violencia del agua?—¡Ah! la lluvia, la lluvia—murmuró, apretando el puño, silenciosamente.

Pasaron otras cinco horas de tren. Los campanarios de la ciudad y las majestuosas fachadas de la antigua y maciza iglesia de San Ladislao, dibujáronse en el horizonte. El tren se detuvo en el campo en una estación pequeña y provisional; los Príncipes sabían que la estación central estaba inundada; toda la dirección se había trasladado al lugar aquél. Y de repente vieron ante sus ojos una inmensa sábana de agua verdosa, formada por el Zanthos desbordado; un brazo de mar, tranquilo, rizado apenas, como un odio mudo. Una barca esperaba para transportarles entrè las ruínas de las casas y los muebles que sobrenadaban. Un caballo muerto se acercó á la embarcación, esparciendo en rededor un olor á putrefacción húmeda. Junto á una casa derruída, unos marineros pescaban un cadáver que pendía de los bicheros con los brazos colgando, los cabellos chorreando agua y la cabeza echada hacia atrás; era una mujer. Herman vió que á Othomar le temblaba la barbilla.

Atravesaron una calle, formada por las casuchas de una pobre aldea. Toda aquella parte estaba sumergida hacía ya varios días. Desembarcaron en una plaza; aplaudió el pueblo. Los aplausos redoblaron y la multitud aclamó al Príncipe, que traía la salvación al través de las aguas. Un grupo de estudiantes dió vivas al Príncipe, agitando las gorras. Othomar

estrechó la mano del burgomaestre, del Ministro de Obras públicas, del Gobernador de Altara y de las demás autoridades.

Su corazón estaba lleno de amargura; sentía que la emoción le embargaba. Del grupo de estudiantes se destacó un joven alto, resuelto.

—Señor—dijo,—¿quiere Vuestra Alteza que formemos nosotros su guardia de honor?

En aquel lugar se guardaban pocas etiquetas, cosa que contrariaba á las autoridades. Othomar se acordó de sus años de estudiante, poco lejanos todavía, y estrechó la mano del jovenzuelo; lo mismo hizo el Príncipe Herman; los estudiantes, entusiasmados, gritaron de nuevo: ¡Viva Othomar! ¡Viva el Príncipe de Gothlandia!

Desde la plaza se adivinaba la desgracia de la ciudad, una desgracia que calla bajo la amenaza de otra mayor; la antigua ciudad de las coronaciones, la segunda del Imperio, la ciudad de la ciencia y de la tradición, monumento sombrío de la Edad Media, la rival gris de la blanca Lipara, que ríe allá abajo, bella con sus nuevos mármoles y su mar azul, pero que no abriga hacia sus Príncipes el amor que Altara, la destronada capital, con su gigantesca catedral romana en la que la santa corona imperial, con la cruz de San Ladislao, vela sobre el último sueño de los Emperadores de Liparia. Sus soberanos le han sido infieles, y há dos siglos que residen en su blanca ciudad imperial; han abandonado el antiguo castillo de la santa protectora del Imperio; pero ella, la antigua ciudad, la madre del país, permanece fiel á su amor materno, y no por respecto á la fe jurada, no, sino porque la antigua tradición es su corazón, es su sangre.

Pero lo mismo que su padre, Othomar no morará ahora en el castillo de Ladislao; está situado demasiado en alto y demasiado lejos de la ciudad, demasiado alejado del peligro.

Algunos carruajes descubiertos esperaban á los augustos huéspedes, los cuales montaron en seguida, y los estudiantes

se dispusieron á escoltarlos á caballo; los Príncipes se apearon en el palacio del Cardenal Arzobispo, primado de Liparia, edificio que, con la catedral y con el antiguo palacio imperial, forma una masa gris y colosal; una ciudad sobre la ciudad, el corazón de la ciudad.

El cortejo avanzó rápidamente; el pueblo aplaudió viendo en aquellos personajes unos salvadores en los que cree ver el fin de las desdichas. Entre la marcha del Emperador y la llegada del Príncipe hubo un momento de abatimiento que, á la vista de Othomar, se transformó en un estusiasmo morboso.

Bruscamente se obscureció el cielo, y no porque fuese á llegar la noche—á las cinco de la tarde, en Marzo, y en un país meridional como aquel era,—sino por las nubes, colosos gigantes del aire que, preñados de agua, comenzaron á derramarla. En aquella atmósfera gris continuaron las aclamaciones del pueblo, cuando de repente abriéronse las nubes dejando caer un diluvio, una verdadera catarata.

Othomar iba con Herman y Ducardi en el primer carruaje.

—¿No ordena Vuestra Alteza que se cierre el carruaje?—preguntó el General, mientras ayudaba al Príncipe á ponerse el capote.

Othomar estaba indeciso, no tenía tiempo de responder al General; la multitud le aclamaba, aumentando en número y en estusiasmo; y él saludaba, haciendo signos de agradecimiento. La lluvia continuaba cayendo torrencialmente, sacudiendo las espaldas del Príncipe y del General, penetrándoles por el cuello, mojándoles hasta las rodillas. La multitud se refugiaba bajo una frágil techumbre de paraguas, y se agolpaba en las estrechas calles de la ciudad, hasta el punto de que el cochero no hacía más que refrenar los caballos.

—¿No quieres hacer que cierren el carruaje?—preguntó también Herman después de Ducardi.

Othomar dudaba aún; pero al fin se decidió, y aunque sabía que sus palabras eran algo teatrales, y sin pensar en el efecto que pudieran producir, dijo:

—No, no hay que temer al agua; todos debemos estar bajo la lluvia aquí.—Ducardi le miró, experimentando un sentimiento de admiración y al mismo tiempo de temor por su Príncipe...

El carruaje permaneció abierto. En uno de los carruajes de la comitiva, el Príncipe Dutri miraba furiosamente pensando hasta cuándo quería mojarse el Duque de Xara. En las estrechas calles que rodean la Catedral, la comitiva se vió casi interceptada por el entusiasta pueblo, que formaba una barrera. Calado hasta los huesos, el Príncipe de Liparia llegó con su séquito junto al Cardenal Arzobispo, dejando por las escaleras y los corredores del palacio episcopal un verdadero arroyo.

V

En cuanto se hubieron mudado de uniforme pasaron á comer con el prelado, que había invitado á algunos canónigos y sacerdotes. El comedor era vasto, sombrío, alumbrado apenas por las débiles luces de las bujías; la vajilla de plata brillaba siniestramente; distinguíanse de un modo confuso los frescos de los techos y los cuadros de asuntos religiosos. Un silencio glacial tenía cerradas todas las bocas; hablaban en voz baja; los servidores, con sombrías libreas, andaban de puntillas. El Cardenal, que tenía á su lado al Príncipe, era alto, delgado, con facciones finas, ascéticas, y los ojos claros, propios para el éxtasis; la voz le salía del fondo del pecho como la de un oráculo; hablaba de la voluntad de Dios y accionaba suavemente con las manos extendidas, como Jesús en los cuadros antiguos. Uno de los sacerdotes, secretario del Cardenal, joven de rostro redondo y sonrosado, con manos blancas y mórbidas, se rió en alta voz de un chiste del Príncipe Dutri, que sentado á su lado, le refería la aventura de una Condesa de Lipara, conocida de ambos. El Cardenal dirigió una severa

mirada al alegre secretario. Después de la comida, los Príncipes, con su acompañamiento, recorrieron á caballo la ciudad, siendo en todas partes aclamados. El agua se extendía hasta en los alrededores de la Catedral y del palacio del Arzobispo. Grupos de hombres, mujeres y niños, corrían sollozando al encuentro del Príncipe, que atravesaba la negra plaza; llevaban antorchas, porque no se habían podido encender todos los faroles, y las rojizas luces hacían un efecto extraño y romántico sobre la vetusta masa de los sombríos muros, y se reflejaban en la invasora agua proyectando en las estrechas callejuelas regueros de sangre. Una casa grande de varios pisos se vió de pronto inundada. Los vecinos se salvaron en las barcas que recorrían la ciudad con farolillos rojos; un niño lloraba desconsoladamente. Se trataba de pobres gentes que vivían allí á centenares, amontonadas. Los Príncipes se apearon de los caballos, embarcaron, se dirigieron al lugar del peligro y fueron reconocidos; prestaron su ayuda á una anciana con tres pequeñuelos, que estaban ya con el agua hasta mitad del cuerpo; los recogieron, diéronles dinero y tomaron otras medidas. Indicaron el antiguo castillo de San Ladislao como un lugar de refugio.

Pero se oyó un grito, vago al principio como las tinieblas de la noche, y que después se percibió con claridad.

—El dique Teresa, el dique Teresa...

Los Príncipes quisieron acudir á caballo, pero no era posible; había que ir embarcados. El Príncipe Herman empuño él mismo los remos; en la barca que seguía, Dutri declaraba á von Fest, uno de los ayudantes de Hermán, que Venecia era más cómoda...

—El dique Teresa, el dique Teresa...

El dique se extendía hasta las afueras de la ciudad, sobre la margen derecha del Zanthos, como el negro lomo de un animal gigante, y protegía contra las avenidas del río, especialmente en primavera, todo el barrio de Santa Teresa, la parte oriental de la ciudad, que está bastante elevada. Las bar-

cas se deslizaban dulcemente por las inundadas calles; en la plaza de Santa Teresa se podía abordar aún; los faroles estaban encendidos, las antorchas se consumían esparciendo humo, mientras que sus llamas temblaban sobre el agua. La plaza es grande, espaciosa; uno de sus lados lo forma la pesada masa de la iglesia de Santa Teresa, cuyas torres se perdían en el sombrío cielo: en el centro de la plaza se alza una estatua ecuestre de un Emperador de Liparia, gigante inmóvil de bronce, que extendía el brazo, empuñando la espada, sobre la multitud tumultuosa.

Othomar y Herman mandaron al dique á sus ayudantes Dutri, Leoni y von Fest, que partieron á caballo; toda una ciudad exterior de casas de campo, de fábricas y la estación de Santa Teresa, estaba defendida contra el Zanthos por aquel dique, rebasado por las aguas que cubrían los campos.

Los Príncipes permanecieron en medio de la plaza, sobre las escalinatas del pedestal de la estatua; hubieran deseado ir más allá, pero el mismo burgomaestre les rogó que permanecieran en aquel lugar; más allá temíase por momentos un peligro mortal... Todo lo que podían hacer, habíanlo hecho ya; no quedaba más que esperar.

Y pasaron los minutos y las horas. La angustiosa espectativa concluyó por calmarse; renació la esperanza. Los Oficiales iban y venían; las casas de campo y las fábricas habían sido ya abandonadas; toda una ciudad quedó desierta por la fuga de sus habitantes. El Príncipe Dutri, que llegó al galope, aseguró que no cedería el dique; apenas hubo hablado con los Príncipes, vióse rodeado por las gentes; eran los habitantes de las fábricas y de las casas de campo, que le acosaban á preguntas, tranquilizados por la sangre fría del Ayudante imperial. Y Dutri volvió á marchar al galope.

Mientras tanto, se abrieron las puertas de la iglesia; en el fondo de las naves, entre los pilares, brillaban los cirios: una procesión avanzaba lentamente hacia la salida: un Obispo con mitra, sacerdotes, niños que cantaban, estandartes, cirios, in-

censarios; detrás la imagen del Crucificado, las reliquias de Santa Teresa en su antigua urna medioeval, de oro, con cristales y piedras preciosas, toscamente talladas. La urna iba llevada en andas, y en la penumbra vacilante de los cirios brillaba y despedía rayos como una joya sagrada, como una estrella, en aquella sombría plaza, en aquella noche de desastres; las enormes esmeraldas relucían, el oro preciosamente labrado irradiaba, y ante aquella reliquia la multitud se apartaba y se arrodillaba. Aquel día era la quinta vez que salía la procesión, que se paseaban aquellas reliquias para conjurar la catástrofe. La procesión avanzaba hacia la estatua; los Príncipes se inclinaron profundamente; los cánticos religiosos, el brillo de las reliquias en su urna, el humo del incienso, llegaron hasta ellos con las oraciones del Obispo.

En torno de la procesión se había hecho el silencio en toda la plaza, cuando de repente se oyó como una explosión lejana.

La multitud pareció que recibiera una sacudida: todos se pusieron en pie; la misma procesión se rompió y se dispersó. El dique había cedido... Todavía se resistían á creerlo, pero pronto oyóse un estampido en lo alto del fuerte de San Ladislao, un cañonazo repercutió sobre la ciudad sombría y se perdió al través de la negra atmósfera, como si fuese dirigido contra las implacables nubes. Resonó un segundo cañonazo, un tercero después, como si fuesen las formidables salvas de la catástrofe... toda la ciudad sabía ya que el Zanthos había roto el dique.

En la plaza reinaba una agitación inmensa: los últimos fugitivos llegaron en masa, míseros, despojados de todo, aquellos que no habían podido escapar antes, que no habían perdido nunca la esperanza; al través de la muchedumbre que gritaba y maldecía, el Príncipe Dutri, á caballo, con la angustia en la mirada, esforzábase en llegar junto á la estatua; se escuchaba á intervalos lejano rumor, como el rumor del mar. Las gentes huían en todas direcciones, á pie ó en barcas;

la procesión, en desorden, con la resplandeciente urna de las reliquias, que parecía flotar sobre un mar humano, retrocedió precipitadamente hacia la iglesia.

—¿No hay seguridad, siquiera, en esta plaza?—preguntó Othomar.—No podía hablar apenas, estaba acongojado, con los ojos llenos de lágrimas; una desesperación infinita de impotencia y de compasión embargaba su alma.

El burgomaestre hizo un signo negativo.

—La plaza está más baja que los barrios exteriores, señor; Vuestra Alteza no puede permanecer aquí por más tiempo; en nombre de Dios, regrese Vuestra Alteza en una barca al palacio episcopal...

Pero los Príncipes quisieron permanecer, y el agua avanzó cada vez más alborotada.

—Métase en la iglesia Vuestra Alteza; ahora es el único lugar seguro—murmuró el burgomaestre.—En nombre de Dios lo ruego, señor.

La plaza estaba ya desierta, las antorchas guiaron á los Príncipes hacia las escalinatas de la catedral, el Zanthos avanzó con rumor de trueno que repercutiera suavemente por los campos. En la iglesia resonó el órgano, cantaron, rezaron... toda la noche; y toda la noche dominó en el exterior un negro caos que se difundía sin rumores.

En cuanto se asomó el alba, esparciendo al través de la atmósfera sus colores verdes, rojos y grises, de ópalo y de madreperla, Othomar salió con Herman y sus ayudantes al peristilo de la iglesia.

Toda la plaza estaba inundada, las casas se alzaban sobre el agua; la estatua de Othoman III extendía su brazo de bronce y su espada por encima de un mar que se encrespaba con la brisa de la mañana.

Desde la plaza Teresa hasta la plaza de la Catedral, todo estaba inundado.

VI

A Su Majestad Imperial Isabel, Emperatriz de Liparia.

Altara, palacio episcopal, Marzo...

«Mi adorada madre: Te quejas en tu carta de que no te haya escrito ayer, perdóname; mi pensamiento contigo estaba; pero me sentía tan fatigado, después de una jornada tan penosa, que por la noche me faltaron las fuerzas para escribir. Ahora puedo referirte lo que ha ocurrido. Me pintas la terrible impresión que se experimentó en Lipara, cuando se supo la rotura del dique Teresa, y me dices que todos velaron en el palacio imperial. Tampoco nosotros dormimos aquella noche; la pasamos en la iglesia de Santa Teresa. Hace cincuenta años que no se recuerda una inundación tan terrible; desde aquel desbordamiento que ocurrió cuando mi padre era niño, y del cual se acuerda, la plaza no volvió á verse inundada, y aun en aquella ocasión las aguas no llegaron más, según cuentan, que hasta las grandes fundiciones.

»¿Cómo expresarte lo que experimenté durante esa noche, transcurrida entre el temor y la esperanza, confiando en que Dios y su Santa Madre apartarán de nosotros la catástrofe, y temiéndola al mismo tiempo? Nos encontrábamos sobre el pedestal de la estatua, y no podíamos hacer nada. ¡Nada se podía hacer en torno mío, nada podía hacer yo! A veces me preguntaba para qué estaba allí, si no podía hacer nada por mi pueblo.

»Nunca como entonces experimenté, madre adorada, ese sentimiento de impotencia, ese sentimiento de no poder evitar lo que había de suceder; jamás he sufrido semejante angustia, desesperación tan grande; pero jamás he sentido tan profundamente la gran verdad: que todas las cosas de la vida tienen un doble aspecto, que la mayor desgracia tiene su lado luminoso,

como lo tienen las sombras más densas; porque jamás, jamás, he experimentado tan vivamente, con tanta fuerza, á causa de mi misma desesperación, el amor hacia nuestro pueblo; sentí palpitar dentro de mí algo que no hubiese creído que pudiera vivir tan arraigado en nuestro corazón; y ese amor me inspiraba una tristeza incomprensible, que daba nacimiento á esta idea: entre los millones de almas que constituyen nuestro pueblo, ¿quién sabrá, jamás, ó, si lo sabe, quién podrá creer que le amo tanto como si fuese de mi propia sangre?

»Ya no quiero engañarme y sé perfectamente que tal pensamiento no se me hubiera ocurrido nunca en Lipara, sino que lo he experimentado aquí, en esta antigua ciudad que me rodea con sus simpatías. Aquí he comprendido que yo mismo, igual que los Altarenses, soy más eslavo que romano como los habitantes de Lipara y de Thracyna; aquí me he dado cuenta de mi sangre, como jamás lo había hecho.

»Supongo que se habrá hablado y escrito mucho en los periódicos acerca de la torpeza del Marqués de Dazzara, con su enojosa guardia de honor en la estación, en el momento de nuestra marcha; de todos modos, hice un triste viaje pensando que á ninguno de cuantos acudieron á verme marchar le inspiraba simpatía; sé muy bien que desapruebas esta sensibilidad, pero no puedo evitarlo, madre mía; estoy hambriento de simpatías en general y de las demostraciones de nuestro pueblo particularmente. Por esto es por lo que amo á estas gentes, aunque tal vez sea una puerilidad inclinarme hacia aquellos que me demuestran su afección. En todas partes encuentro entusiasmo; ¿qué menos puedo hacer que repartir socorros? Veo esa afección en las clases populares, en los campesinos y obreros, á los que jamás he visto, á los que no conozco, á los que apenas he podido dirigir tres ó cuatro palabras de consuelo—nunca nuevas, siempre las mismas;—la hallo en los soldados que, aun cuando siempre me han visto de uniforme, tienen, no obstante, la intuición de que en el fondo no soy militar; en los estudiantes, en el clero, en la adminis-

tración municipal, en las autoridades superiores. Ayer dimos una vuelta por los lugares en donde estaba refugiada la población: había gente en las barracas, en las tiendas, en las fábricas, hasta en algunas salas de los ministerios, y en el Palacio de Justicia, en los teatros y en las prisiones: ¡infelices! Lo mismo sucedía en San Ladislao. Desde el torreón dirigimos nuestras miradas por todo el país circundante: por todos lados se divisaba el agua, era un mar: mi corazón desfallecía.

»Hemos ido también á la Universidad; conocía á la mayor parte de los profesores, que lo fueron míos cuando cursé mis estudios, dos años hace.

»Fuera de la ciudad, el espectáculo es horrible.

»¡Madre del alma! no hay más que cadáveres, millares de cadáveres, amontonados como en un depósito unos sobre otros en un prado; los dejan allí para identificarlos antes de darles sepultura. He visto escenas desgarradoras; mi corazón está traspasado; gentes que buscaban á sus deudos y que sollozaban desconsoladamente después de haberlos encontrado.

»Un aire sofocante saturaba la atmósfera. No me sentía bien, debía estar sumamente pálido, tuve necesidad de toda mi energía para no caer desvanecido; pero Herman me cogió de un brazo y me sostuvo, disimuladamente, mientras que algunos médicos que se hallaban presentes me hacían aspirar un antiespasmódico. ¡Madre mía! era un terrible espectáculo el de todos aquellos cadáveres lívidos, mutilados, hinchados, extendidos sobre la verde hierba, bajo un cielo que había recobrado su azul obscuro.

»Conforme á tus instrucciones y á las de mi padre, he manifestado en el Consejo municipal que cada uno de vosotros os inscribíais por un millón de florines, á los que yo añadía otro. El mundo entero demuestra sus simpatías; de todas partes afluye el dinero, pero el desastre es como una bestia voraz que jamás se sacia. Por lo que me dices, veo que el donativo de nuestros amigos de Siria es verdaderamente digno de los soberanos de Oriente.

»¿Qué más te diré? En verdad que no lo sé; en mi cerebro gira una legión de horribles visiones, y me cuesta trabajo hacerme dueño de mi pensamiento. Pero te prometo, querida madre, hacer cuanto pueda, poner á contribución lo mejor de mis fuerzas, y todo lo que te pido es una sola palabra: dime que no estás completamente descontenta de vuestro hijo.

»Según el deseo de mi padre, permaneceré aquí todavía una semana; me parece que esta cariñosa población se alegra al verme. Me han dicho, y lo he sabido con verdadera satisfacción, que vendrás con Thera cuando yo me marche. Con vuestras benditas manos podrás remediar muchas cosas que se nos han escapado. ¡Nos aman tanto en este lugar! ¿Por qué no hemos permanecido en San Ladislao? Sombrío es el castillo, pero ¡qué iluminado está por las simpatías generales!

»No me hagas ser poeta en estos días de desgracia, en los que debemos ser muy prácticos. La compañía de Herman me sirve de mucho, y hago más con él al lado. El General Ducardi se porta como siempre, valiente é incansable. Los demás se muestran solícitos, sumamente prácticos, y si se me permite contradecir respetuosamente á mi padre, creo que también el Municipio hace cuanto puede. Un ingeniero inglés decía que con algunas medidas de previsión más eficaces y con alguna mayor vigilancia, el dique Teresa hubiera podido resistir; en fin, yo no sé...

»Herman me acompaña en el viaje por la provincia. Vamos á Lycilia y á Vaza, nos internaremos cuando podamos. Como es natural, el daño es mayor en aquellos lugares...

»Recibo en estos momentos los telegramas: destituído el Marqués de Dazzara; el Duque de Mena-Doni—no me agrada este hombre,—Gobernador de la presidencia. ¡Lipara en estado de sitio! ¿Conseguirá mi padre mantener la Cámara de los Nobles con la disolución de la Cámara de los Estados?

»Querida madre, Su Eminencia me envía recado en este momento, preguntándome si puedo concederle audiencia. No quiero hacerle esperar, y termino esta carta escrita de prisa.

Estrechándote entre mis brazos lleno de ternura y de respeto, soy con toda el alma tu hijo cariñoso,

OTHOMAR.»

VII

La provincia de Vaza, al Norte de las altas montañas de Altara, que forman la cadena de los Gigantes, estaba en parte devastada por el Zanthos. Vaza, la capital de la provincia, estaba inundada. El país, situado en las vertientes de las montañas, había sido respetado. En él crecían los viñedos y bosques de castaños, olivos y nogales. La blanca línea de nieve de las brillantes cimas de las montañas ondulaba en un ambiente azulado, delineando los picos que con sus agudas puntas parecían devorar el azul profundo: aquel conjunto hubiera podido tomarse por una enorme boca de blancos dientes, que resplandecían, abierta hacia el bruñido acero del cielo.

Allí, á doce millas de la ciudad, encaramado sobre las rocas, el antiguo castillo de Vaza, el castillo de los Duques de Yemena, Condes de Vaza, rodeado de bosques y de parques, mitad fortaleza, mitad palacio, sólido, sencillo, medioeval, tosco de líneas, con sus cuatro torres y sus techos de pizarra, domina el horizonte en todas direcciones, y parece devorarlo al mismo tiempo. Yérguese allí en medio de aldeas pequeñas; se divisan en lontananza las torres, los campanarios y los tejados de Vaza; más lejos aún, en el círculo del panorama, el Zanthos, que serpenteando se lanza al mar, y Lycilia, blanca, iluminada por el sol, con sus cuadrados regulares de casas, que se reflejan en el resplandeciente azul del agua; después un segundo mar: las cimas de las montañas blanqueadas por la nieve, y formando una línea pálida que se pierde á lo lejos. Y brillando también al sol, como metales pulimentados, extraños lagos próximos al Zanthos; el agua del desbordado río; la inundación.

El castillo, cuyos cuatro muros forman un patio, se compone además de otras dos alas añadidas, de estilo más moderno, perteneciente ál más elegante del Renacimiento, que dan á los parques, donde se extienden los viveros, como macizos de plata rodeados por la esmeralda de los prados. Pacen por allí graciosas cabras, que saltan ágilmente en todas direcciones; de vez en cuando algunas, con muestras de terror, huyen de repente, como si las amenazara un peligro invisible; otras más tranquilas, continúan paciendo en silencio, filosóficamente.

Los Duques de Yemena, Condes de Vaza, pertenecen á una de las más antiguas familias del Imperio, y las raíces de su árbol genealógico se pierden en los tiempos más remotos, antes del primer Emperador de Liparia.

El Duque de entonces, gran Mariscal de la corte y Condestable de Liparia, tenía tres hijos de su primer matrimonio: el heredero de su título, el joven Marqués de Xardi, ayudante del Emperador, y dos hijas, más jóvenes, en un convento.

La Duquesa estaba sola en el castillo. Se hallaba sentada en su vasto tocador, desde el que se divisaba el parque, los viveros y los ciervos. Soplaba una ligera brisa: vaporosas nubes, parecidas á copos de algodón, cruzaban por el azul intenso del cielo. Sus sombras proyectaban en el parque una obscuridad pasajera, dándole sombríos tonos que se reflejaban en los mismos ciervos, que volvían á aparecer brillantes con su piel obscura cuando de nuevo se mostraba el sol. Todo era calma dentro y fuera; el castillo parecía abandonado, los criados cruzaban de puntillas los corredores y los salones, y hablaban en voz baja, en espera de una visita importante.

Era después del *lunch*. La Duquesa estaba medio acostada en un diván, entretenidísima con las cabras. Todavía no estaba arreglada y llevaba una amplia bata, con grandes pliegues, de color de rosa. Cuando estaba sola, gustaba mucho de la luz, sentía necesidad de aire; por las altas ventanas entraba á torrentes la luz primaveral. Pero la luz no favorecía á su be-

lleza, porque si sus cabellos continuaban siendo negros como las alas de un cuervo, su cutis estaba ajado como blancas rosas marchitas; los ojos, que aún eran hermosos, grandes, languidecían de cansancio; algunas arrugas se dibujaban en la comisura de los labios.

La Duquesa se levantó pausadamente; desapareció tras la puerta que comunicaba el tocador con la alcoba, permaneció un momento ausente, y volvió después; entre sus brazos traía trabajosamente un cofrecillo, muy pesado en apariencia, y lo colocó en una mesita, al lado del diván. El cofrecillo era de plata antigua repujada, con cerraduras doradas y turquesas, una primorosa labor del Renacimiento. Buscó una llavecita de oro colgada de una pulsera, y abrió el cofre. Brillaron las joyas, perlas, brillantes, zafiros, esmeraldas, sobre cuyas facetas se reflejó el cielo primaveral con todas sus luces azuladas, blancas, alegres. Pero la Duquesa oprimió un invisible resorte y apareció un escondite misterioso, del que sacó dos paquetes de cartas y algunos retratos.

Los retratos reproducían todos la misma figura: un hombre no muy joven, un rostro extraño, mitad pensativo, mitad sensual, misterioso y atractivo. Estaba representado con el vistoso uniforme de oficial de la guardia, en traje de máscara, con la indumentaria de jugador de *tennis* y en traje de paseo.

Los ojos de la Duquesa fijáronse detenidamente en todos los retratos, comparando los rostros, con una triste sonrisa en los labios y una mirada de desaliento. Desató las cintas que ataban las cartas, las puso con cuidado en las rodillas, las leyó, las releyó, después volvió á guardarlas...

Sabía de memoria aquellas frases que la hablaban de una pasión extraordinaria, la única, la más verdadera, la más sencilla, y quizá por esto la más extraña que jamás hubiera experimentado, que la rodeó como un mágico círculo de fuego. Sus ojos volvieron á mirar las cabras—el sol se esparcía por el parque como un río de oro;—entre ella y la campiña silencio-

sa se deslizaban transparentes, luminosas fantasmagorías, recuerdos de sus tiempos pasados, escenas de amor, destellos de luz que brillaban ante su mirada, describiendo extrañas figuras con cambiantes lúcidos.

En pocos instantes evocó todo su pasado; cerró los ojos, se pasó la mano por la frente, y pensó lo triste que es que del pasado no quede en nuestra alma sino un recuerdo cuyas cenizas tratamos en vano de encerrar en una preciada urna. ¡Qué doloroso es que la vida no nos deje siquiera permanecer en la tristeza! No quedan más que cenizas en nuestra alma, cartas, retratos.

Cerró el escondite y contempló las joyas. Y se vió claramente en su alma, se vió tal cual era, porque sabe que siempre ha sido leal. Siempre—leal hacia él, como hacia sí misma. Leal, cuando su amor se desvaneció como un arco iris en la inmensidad del cielo, no quiso volver á ser nada, renunció á todo y se retiró de la corte yendo á refugiarse en aquel castillo, y haciendo correr la voz de que estaba enferma, enferma de un mal extraño que al principio la hacía sollozar y retorcerse las manos, y que después se tranquilizó algo en su desesperación... Las cabras continuaban paciendo, no habían cambiado. Pero ella...

Sí, ella fue leal siempre. En su desesperación y en lo que siguió después; en la debilidad de su desesperación. Entonces fue cuando se encontró más invadida de tristeza, porque el dolor no podía calmarse; triste, porque vivía aún y experimentaba su vitalidad; triste, porque comenzaba á aburrirse. De todos estos sentimientos, como de los bulbos morbosos de extrañas orquídeas, fermentó en su alma extraña una desesperación infinita. Se detestaba á sí propia, se despreciaba, se maldecía. Pero el hecho era cierto; se aburría.

Vivía sola en el castillo. Su marido y su hijastro estaban en Lipara; sus hijastras, á las que quería mucho, completaban su educación en un convento, del cual era abadesa una Princesa imperial, hermana del Emperador.

Estaba sola, no veía á nadie, y se aburría. Hubiera querido sepultar en una tumba aquella vida cuyo despertar experimentaba, aquella vida á la que juzgara muerta y no estaba más que adormecida; sus recuerdos erguíanse ante ella como estatuas. Se reconocía tal como siempre había sido: orgullosa y apasionada, mujer de mundo aficionada al esplendor de la corte imperial, á aquel esplendor en el que había vivido desde su nacimiento como en su natural ambiente. Y los momentos no consagrados á su desesperación, los daba á la corte imperial, en donde se volvía á ver en el esplendor de su belleza, rodeada aún, cortejada como siempre.

Entonces hizo correr la voz por medio de su hijastro, el Marqués de Xardi, de que se encontraba restablecida. Un mes después, en el corazón del invierno, tras una gran fiesta palatina, y antes de una reunión más íntima en los salones particulares de la Emperatriz, pidió una audiencia á la soberana.

Y era verdaderamente doloroso ver á su pobre alma ansiosa de amor, que se aferraba al mundo, á la humanidad, queriendo á toda costa volver á comenzar su vida; y como en la locura de un triunfal cortejo de sí misma, trituraba sus recuerdos bajo las ruedas de un carro victorioso, ocultaba su abatimiento en el fastuoso estruendo, y atribuía á la humana debilidad sus propios sentimientos, el envilecimiento de sus propios pensamientos, la pequeñez de su alma, tan llena aún de él; sin embargo...

La Duquesa cerró el cofrecillo que contenía aquel doble tesoro. Olvidó cuanto la rodeaba, todo lo que había de suceder; miraba, soñaba, vivía nuevamente del pasado, con la satisfacción que se encuentra al volver á ver ese pasado, cuando la juventud ha desaparecido.

Llamaron á la puerta, y apareció un criado, que dijo:

—Señora Duquesa, el cocinero suplica insistentemente hablar con vuecencia.

—¿El cocinero?

Su rostro hermoso y pensativo sonrió á medias, como un

perfil de Cleopatra, algo egipcio, fino y rígido; se irguió un poco en el diván, apoyándose en un brazo, y dijo:

—Que éntre.

Aquel hecho la hizo volver á la realidad, al presente; sonrió y se encogió de hombros; era la vida.

Salió el criado, y entró el cocinero con delantal y gorro blancos; estaba agitado, y al ver que su ama frunció el ceño al reparar en el mandil, comenzó á turbarse.

—Perdóneme, vuecencia.

Venía á quejarse del cazador, que no se había procurado suficiente número de pájaros. No podía hacer las empanadas; declinaba su responsabilidad.

La Duquesa le miraba con sus ojos enigmáticos; experimentaba grandes deseos de reir ante aquel rostro cómico, aquella actitud desesperada, aquellos brazos remangados; tenía grandes deseos de reir y de llorar, poderosos, irresistibles.

—¿Qué vamos á hacer, señora Duquesa, qué vamos á hacer? La ciudad está lejos, no se puede ir antes de la hora de la comida, y además, ya no hay nada en la ciudad. La culpa es también del mayordomo: hubiera debido advertir á vuecencia...

—¿No hay alondras?—preguntó.

—Sí, señora Duquesa; pero hay que mandarlas mañana á Lipara á su excelencia el señor Duque.

La duquesa se encogió de hombros, sonriendo.

—No se mandan: Su Alteza Imperial el Duque de Xara tiene más derecho que Su Excelencia, ¿no es así? Haga empanadas de alondras.

La misma idea se le había ocurrido al cocinero, pero no se atrevió á proponerla.

—Perfectamente, señora Duquesa.

Ella volvió á reirse y le indicó que podía retirarse. La Duquesa se levantó, se miró de pies á cabeza en un espejo, extendió los brazos con ademán de cansancio, llamó á su doncel,

lla y se dirigió al cuarto de vestir..¿Quería reir ó llorar? Lo ignoraba, pero lo que sabía perfectamente era que tenía que vestirse. Suceda lo que suceda, ocurra lo que ocurra en torno nuestro, amores, empanadas de alondras, es preciso vestirse, comer, dormir, y después volver á empezar; vestirse.... comer... y dormir...

VIII

Tres carruajes á la Daumont llevaban á Othomar, Herman y acompañamiento al castillo de Vaza á lo largo de la carretera, que iba dando vueltas. Eran las cinco de la tarde; no hacía ya calor; se respiraba una brisa fresquísima. El paisaje era imponente; á cada accidente del camino, las montañas cambiaban el panorama, modificándolo con las sinuosidades de sus nevadas líneas.

Los campos, en plena florescencia, ofrecían un aspecto maravilloso; entre Vaza y el castillo, el país se había visto libre de la inundación. Era todo tan hermoso, había en todos aquellos lugares tal vida primaveral, y aquel atardecer estaba tan exento de tristeza, que no era posible que los espíritus se dirigieran tenazmente hacia el terrible cuadro de las inundaciones ó hacia Lipara, en estado de sitio.

Los castaños agitaban sus verdes ramas, como si fueran abanicos, y el aire tenía reflejos de oropéndola, impregnado del polvillo crepuscular. Entre los Príncipes Ducardi y Von-Fest, que ocupaban el primer carruaje, habíase entablado una animada conversación, reían y se divertían viendo á los campesinos que saludaban á los visitantes del castillo, quitándose la gorra é inclinando la cabeza, pero sin saber quiénes eran aquellos personajes. El Príncipe Herman saludó á una campesina joven y agraciada, que se quedó mirándole con la boca abierta, y se acordó de la magnífica cacería á la que asistió el año anterior con el Emperador y Othomar, en casa del

Duque. Entonces no vieron á la Duquesa, que estaba enferma... El General Ducardi refería anécdotas de la guerra de hacía quince años.

Y todos se esforzaron en tomar una actitud de circunstancias, cuando, después de atravesar la blasonada puerta, abierta sobre el puente levadizo, entraron en el castillo, recibidos por el Intendente general en el patio interior, como lo exige la etiqueta. La Duquesa no debía presentarse hasta que el Intendente general, rodeado del personal del Duque, no hubiera dado la bienvenida al Príncipe en nombre del ausente amo y no le hubiese presentado un telegrama en Lipara que el maestro de ceremonias llevaba en una bandeja de plata. El telegrama era del Duque de Yemena, y en él decía que su servicio y el de su hijo cerca de Su Majestad el Emperador, augusto padre del Duque de Xara, les impedían recibir en su castillo al amadísimo Príncipe heredero; pero rogaban á Su Alteza Imperial que considerase aquella casa como si fuese suya. El Príncipe leyó el telegrama y se lo entregó á su Oficial de órdenes. Después, guiado por el Intendente, penetró en el vestíbulo.

A pesar de ser de día, el vestíbulo estaba brillantemente iluminado. La Duquesa salió al encuentro del Príncipe y le saludó con una profunda reverencia. ¡Él la había visto ya inclinarse así en otra ocasión! Pero quizá estaba más hermosa con aquel severo traje de terciopelo negro, guarnecido de encajes de Venecia; su seno soberbio, blanco como el mármol de Carrara, brotaba de su traje, extraordinariamente escotado, y sus brazos de estatua estaban desnudos; llevaba una larga cola, y una pequeña corona ducal de brillantes y esmeraldas lucía entre las negras ondas de sus cabellos con reflejos azulados como las plumas del cuervo.

Dió al Príncipe la bienvenida, y Othomar la ofreció el brazo; el Príncipe Herman y los demás acompañantes les siguieron por la monumental escalera, entre las filas de los criados, que permanecían inmóviles, con las pupilas fijas,

como si no vieran nada. Después de recorrer una porción de salones y de ricas galerías, espléndidamente iluminadas, llegaron á la gran sala de recepciones, resplandeciente de luz, que una gigantesca araña derramaba sobre los mosaicos del techo, sobre las cornucopias de Luis XV, y sobre los cuadros de los maestros del Renacimiento que pendían de las paredes.

Inmediatamente, tras una breve presentación, los ayudantes y los Oficiales, con sus brillantes uniformes—porque el camino fue un paseo más bien que un viaje, y habían podido vestir los uniformes de gala,—llegaron á besar la mano de la Duquesa; ésta los conocía á todos, excepto á los Oficiales gothlandeses, y á casi todos íntimamente; supo decir á cada uno una frase amable, mientras que el timbre de oro de su voz vibraba entre sus labios sonrientes, y sus grandes ojos egipcios miraban extrañamente pensativos. Permaneció así un momento, como graciosa castellana, entre los dos Príncipes, única mujer entre los Oficiales que la rodeaban, bajo los fuegos artificiales de las galanterías y de las ingeniosas frases que se dicen en todas partes. Apareció el maestro de ceremonias, las puertas se abrieron de par en par y se vió la mesa resplandeciente; el servidor se inclinó ante su ama indicándola de esta manera que estaba servida. La Duquesa tomó el brazo del Príncipe, los demás les siguieron.

En la mesa reinó gran animación. Estaban en la intimidad; eran personas que tenían la costumbre de verse todos los días; la Duquesa ostentó un tono familiar, desenvuelto, en su conversación con el Príncipe; pero se estrellaba á veces con la reserva y la rigidez de palabras que se usa en la corte. Los Oficiales gothlandeses no se preocupaban de nada; von Fest, aquel diablo de hombre, se encontraba á sus anchas y sonreía. La Duquesa, ordinariamente soberbia é indiferente, se olvidaba de sus correctas actitudes y llegaba hasta apoyar los codos en la mesa. El Príncipe heredero se encontraba nuevamente con aquel humor áspero que esparcía el frío en rededor,

y la naturalidad que demostraba en Altara había cedido otra vez el puesto á aquella expresión de altanería y rigidez; la sonrisa que dirigía á la Duquesa era forzada, y la hermosa castellana se decía, en lo más íntimo de su corazón, que su egregio huésped era un jovenzuelo insoportable.

Tal vez Othomar se mostraba así á causa de las frases que se dirigían á la Duquesa, que era el alma de la conversación. Apenas se hablaba de las inundaciones, así como tampoco del estado de sitio de la capital; apenas se decía acerca de esto alguna que otra palabra. Todo aquello parecía darse al olvido en aquella mesa tan agradable, tan exquisita, ante las perlas de aquel dulce vino dorado de Lycilia, procedente de las viñas particulares del Duque. Era un vino afamado, por el que felicitaban á la Duquesa; el mismo Príncipe heredero la dirigió algunas de esas frases cortesanas que á él le parecían horriblemente vulgares y que, sin embargo, debían ser muy ingeniosas, porque todos rieron y las aprobaron; miráronle con un signo de inteligencia, y la Duquesa misma no lo tuvo ya por insoportable, sino que le obsequió con una radiante sonrisa. ¿Qué es lo que había dicho? Quedó estupefacto ante sí mismo y ante los que reían. No se le había ocurrido más que una vulgaridad...

Pero se acordó de que siempre sucedía lo mismo, y entonces lo comprendió. Alzó la voz y habló animadamente de la ciudad de Vaza, que debía haber sufrido tanto, y también de Altara. Minuciosamente describió á la Duquesa la rotura del dique Teresa, y ella le miró extrañada; llegó á creer que le estaba haciendo la corte, y de conclusión en conclusión se puso á pensar que el Príncipe había de casarse, que tenía unos ojos hermosos y acariciadores, cuando miraba así con los párpados entornados, y que contaba bien las cosas. Se volvió completamente hacia él, olvidó á los Oficiales, preguntó, y con los codos sobre la mesa y una copa de vino de Lycilia en la mano, escuchó atentamente, pendiente de los labios del Príncipe heredero, conmovida casi. Esta emoción procedía de

la juventud del Príncipe, de su elevada posición, de sus ojos y de su voz. Se complacía en mirarle las manos, largas y finas al mismo tiempo, la antigua fuerza de la raza enervada ya, y observó que de cuando en cuando se miraba su sortija. Se había puesto seria, y hablaba de aquellos difíciles tiempos, de aquellos millares de hombres sin techo, sin nada... Era la segunda vez que pensaba en aquellos desgraciados; la primera, hacía una media hora, cuando el limosnero del Duque la pidió dinero, preguntándola cómo había de emplearlo...

Recordaba también que, durante su conversación con el limosnero, la esperaba una sastra de Worth para ponerla el traje que lucía en la comida, y parecíanle divertidísimos estos incidentes de la vida. Sabía, por experiencia, que tal filosofía es como la espuma del Champaña, y se sonreía. Continuaba escuchando á Othomar, que refería la velada en la iglesia de Santa Teresa. Los Oficiales estaban silenciosos y atentos. Su Alteza Imperial se había convertido en el centro de la conversación; la Duquesa había pasado á segundo lugar, pero no lo notaba; el Príncipe le parecía extraño, pero ameno; ignoraba lo que hacia él experimentaba, pero se sentía subyugada.

IX

Después de la comida, los invitados se reunieron en un gabinete. La Duquesa pasó á la sala de billar, donde jugó una partida con el Príncipe Herman, Leoni y el joven Thesbia. Cuando la castellana se inclinaba para hacer una jugada, con flexibilidad que no hubiera podido esperarse de sus opulentas formas, aparecía el mármol de su seno entre el negro terciopelo y los encajes de Venecia.

En otra sala, Othomar, el General Ducardi y los Ayudantes gothlandeses, estudiaban atentamente, á la luz de una lámpara, un mapa militar para decidir el camino que habían

de seguir al día siguiente á través de los pueblos inundados. El mayordomo, con un criado, circulaba presentando el café y los licores.

Terminada la partida de billar, la Duquesa, sin dejar de reir, entró con sus compañeros de juego en la sala donde se encontraban el Príncipe y sus Oficiales, los cuales, al verla, dejaron de estudiar el mapa; pero ella dijo con gracia:

—¡Oh! No se incomode por mí Vuestra Alteza...

Se apoyó en el brazo de Dutri y salió á dar una vuelta por el terrado. Las puertas estaban abiertas, pues hacía un tiempo delicioso, aunque un tanto fresco. El mayordomo echó sobre los desnudos hombros de la Duquesa una manteleta de pieles. Del brazo de Dutri comenzó á pasear por el terrado, pasando y repasando ante las abiertas puertas, dirigiendo de cuando en cuando una mirada al grupo que en torno de la luz seguía estudiando el mapa. La Duquesa preguntó á Dutri:

—¿Qué te parece este viaje?

—Absolutamente insípido. La única persona que he encontrado divertida es el Secretario del primado. Los gothlandeses son aburridísimos. ¡Estoy harto de viaje! Considero esta expedición como una campaña, y me las arreglo en consecuencia; si la hubiese tomado como un servicio en tiempo de paz, ten la seguridad de que no hubiera venido. El recibimiento que nos hacen en todas partes es magnífico. El Príncipe heredero se va haciendo popular...

—Es un joven simpático...—dijo la Duquesa con negligencia. —Hacía mucho tiempo que no le había visto; recuerdo que las dos veces que le ví en Altara, cuando era estudiante, era un muchacho desgarbado. Me acuerdo también de que se ruborizaba cuando le saludaban. Después, la última vez que le ví fue en casa de Myxila...

Dutri tenía mucha confianza con la Duquesa, á la que tuteaba, con la que siempre coqueteaba un poco, por costumbre, por broma, sin ulteriores intenciones; se conocían perfectamente hacía mucho tiempo y se trataban con gran intimidad;

ella le consideraba como un buen amigo al que podía utilizar para servicios de poca importancia, pero no como á hombre que pudiera hacerla experimentar «emoción» alguna.

—¡Ten cuidado!...—dijo Dutri en tono de broma.

—¿De qué?—preguntó ella con intención.

—¡Como si yo no viese!...

La Duquesa soltó la carcajada.

—Ve cuanto gustes—replicó con indiferencia y con el tono algo vulgar, que estaba entonces de moda.—No, querido Dutri, no tienes necesidad de vigilarme, ¿comprendes? Tengo dos hijas á las que antes de un año he de presentar al mundo. Dentro de dos años puedo ser abuela. ¡Pasó mi tiempo, querido! Unicamente las locas pueden tener ciertas ideas. Sin contar lo pronto que una se hace vieja...

Dutri, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo menos de soltar la carcajada.

—¿Por qué te ríes?—preguntó la Duquesa.

—Conmigo no tienes necesidad de representar ningún papel, Aleja—replicó Dutri.—Sé perfectamente que tú... eres una de esas locas, como tú dices...

Y de nuevo se echó á reir; la Duquesa se rió también exclamando:

—¡Yo!

—Sí, y es tan necesario á tu vida como el comer y el beber. Te hubieras muerto haría ya mucho tiempo, si hubieses carecido de «emociones». Y en cuanto á envejecer, no hablemos de ello. ¿Verdad que es una cosa muy molesta?

—Exacto. Yo hago cuanto puedo para permanecer joven, como se cumple un deber hacia nosotros mismos. Pero no hago nada para luchar en contra de la vejez. Y ya verás lo bien que llevaré mi ancianidad.

—Como lo llevas todo.

—Gracias. Mira, en cuanto mis cabellos comiencen á ponerse grises, me daré algo para que se pongan blancos del todo, ¿comprendes?

—¡Buena idea!

—Dutri...

Este la miró y comprendió que la Duquesa quería decirle algo.

Pasearon un momento silenciosos por la obscuridad: mientras iban y venían cruzaron dos veces ante la luz que al través de las puertas formaba dos haces sobre el terrado. El parque estaba lleno de sombras, los grandes tiestos del terrado aparecían como vagas manchas claras; el cielo estaba tachonado de astros.

—¿Qué es lo que me quieres preguntar?—interrogó el Ayudante de campo.

La Duquesa esperó á que hubiesen traspuesto el lugar iluminado y penetrado en las tinieblas.

—¿Has vuelto á oir hablar de él?

—Ultimamente. Thesbia ha recibido carta de él desde París. Nada de nuevo. Se aburre, á lo que creo, y se gasta el dinero. No encuentro nada más estúpido. ¡Gastarse el dinero en Paris! A mí, París me parece una tienda infecta. Por lo demás, no puede ser otra cosa. Una República es una cosa absurda. Tiene algo de primitivo y de salvaje. Antes de la Monarquía existieron las repúblicas: el Paraíso con Adán y Eva fue una república de animales feroces y de bestias. Adán era el presidente.

—No te hagas el tonto. ¿Qué es lo que escribe?

—Nada de particular. Fue una gran estupidez presentar la dimisión de Capitán de la guardia. ¿Por qué lo hizo? Dime algo de lo que sucedió entre vosotros.

—No lo sé; tras de mucho hablar comenzamos á comprender que ya no éramos felices. Pero en verdad que ahora no sé decir por qué.

—Vamos, psicologías. Los dos fuisteis unos insensatos. *Hacer* psicología cuando estamos enamorados demuestra una completa imprevisión, porque el estudio recae sobre nosotros mismos y porque vuestro amor quedó hecho pedazos. Hacer

psicología á costa de otro es agradable, como yo la hago á cuenta tuya, Aleja.

—No digas tonterías, Dutri. ¿Sabes algo más de él?

—No, nada, sino que ya no puede frecuentar nuestra sociedad. Y esto le sucede tal vez por tu culpa y por la de tu psicología.

Aleja se apoyó silenciosamente en el brazo de Dutri; temblábale la barbilla, sus ojos egipcios miraban pensativos.

—¡Oh!—exclamó después, mirando á su compañero con los ojos llenos de lágrimas.—Le amaba, le amaba como jamás he amado á nadie. Y... le amo todavía. Si me escribiese una palabra, me olvidaría de quien soy, de mi marido, de mi posición, y marcharía con él, sí, marcharía... ¡Oh, Dutri! ¿Sabes tú lo que significa amar á alguien en nuestra ficticia vida, en la que todo es falso? ¿Y experimentar en el corazón ese sincero sentimiento? ¡Oh! le adoro, le adoro aún; una palabra suya, una palabra... y...

—Afortunamente es más razonable que tú, Aleja, y no pronunciará jamás esa palabra. Por lo demás, si ya no tiene dinero, ¿cómo ibais á vivir? ¿En un eterno suspiro? ¡Sueños, Aleja, sueños!

Hizo un gesto de desaprobación y se arregló los alamares de su uniforme. Ella le estrechó la mano, seria, y sin volver á bromear, dijo:

—Dutri, si sabes algo de él, prométeme decírmelo. ¡Tengo ansia de saber noticias suyas!...

Y miró al ayudante con tal expresión, que aquél quedó desconcertado. Sonrió después al verla tan apasionada, y replicó en su tono habitual:

—¡Buen par de locos estais los dos! Está bien, te lo prometo. Ahora entremos en tu casa, porque me parece que han terminado los estudios geográficos, y deseo una taza de té...

Entraron en la casa; la Duquesa se sentó ante la mesa de té, y distribuyendo con gracia las antignas tazas de porcelana de China, preguntó al Príncipe heredero el camino que había

de seguir al día siguiente en su visita á los pueblos inundados, á los pobres compesinos... mientras se abandonaba por completo en comunión de pensamiento con el Duque de Xara, sumergiéndose en la simpatía que irradiaban los ojos del Príncipe, acariciadores, negros, melancólicos; aquellos ojos á los que ella hubiera besado para ahogar toda tristeza en el esplendor de la soberana juventud del Duque... Dutri la ayudó en la tarea de poner azúcar en las tazas. La Duquesa parecía interesante al Príncipe; éste conocíala bien, no era ya un enigma; sin embargo, continuaba interesándole, y todavía no la conocía á fondo: tales eran sus pensamientos.

(Continuará.)

Á ESPAÑA

EN LA SINIESTRA LUCHA DE ANGLO-SAJONES CONTRA LATINOS

¡Rompe el silencio del solemne olvido,
Armonioso laud de estas edades!
No estés al viejo sauce suspendido,
Mudo enmedio de tantas tempestades;
Recoge de la América el latido
En la arteria vital de sus ciudades;
Y al son del canto que en tu plectro vibre,
La raza evoca de su pueblo libre.

España, ayer, en la región de Atlante,
Con fe ciega en sus prósperos destinos,
Al orbe entero con clamor vibrante
Señaló derroteros peregrinos.
Del ideal, apasionada amante,
A la lira imprimió sones divinos,
Y al pincel esplendor y amplias escenas
Como en los siglos clásicos Atenas.

Corrientes de su luz deslumbradora
La faz surcaron del antiguo mundo,
Como al cielo los rayos de la aurora
Cuando anuncia á su Rey, el sol fecundo.
Roma altiva, de Grecia vencedora,

Le otorgó el cetro con dolor profundo,
Y en los espacios sollozó del Foro:
—¡«España surge de mi siglo de oro!»—
Como los cisnes del sagrado Eurotas
Que Pitágoras vió, mudo de espanto,
Ebúrneas arpas de argentinas notas
Iberia oyó con hechicero encanto.
Del Oriente las sílfides ignotas
Y las latinas musas, en su canto,
Aparecieron con distinta forma:
Que el genio nada crea, sí transforma.
Pero el romance de la patria augusta
Que el Cantábrico mar ferviente acata,
La narración de la morisca justa,
El cantar de festiva serenata,
No tornarán nuestra existencia adusta;
Que el donaire en sus giros se desata,
Y es su corte genial y sin modelo
Como su sol, sus brisas y su cielo.
¡Oh recuerdo inmortal de las edades,
Que hundiéronse en la noche del pasado,
Con su pléyade hermosa de deidades
En las florestas de su edén sagrado!
¡Volved con vuestras regias claridades!
Que la olímpica lid se ha renovado,
Y ecos de voces á la Fama fieles,
Anuncian nuevos épicos laureles.
¡Sí! De la gloria la visión divina,
Siempre brillante se ostentó entre cielo,
Eterna y soñadora peregrina
Del ideal en el mundano suelo.
En vano de tu raza la ruína
Esperará el sajón con torpe anhelo;
Que no muere del tiempo en un segundo
La nación que dió vida á todo el mundo.

Pudo caer la celebrada Atenas
De horrenda esclavitud en hondo abismo,
Y arrastrar, sin rubor, viles cadenas
Sobre tumbas henchidas de heroísmo;
Pero tú, que con sangre de tus venas
Difundiste la luz del Cristianismo,
Y al hombre lo elevaste desde el lodo,
No morirás, aunque perezca todo.

¿Qué nación, como tú, latió atrevida
Siglo tras siglo, con tesón que espanta,
Por recobrar la libertad perdida
Y de sus padres la morada santa?
¿Quién, aun sangrando dolorosa herida,
Y al himno, sorda, que su pueblo canta,
Olvidó el triunfo, se entregó á la Gloria,
Amplió la tierra y reformó la Historia?

¿Quién de los tiempos, en la noche obscura,
Al aire dando resonante vela,
Sorprende de una VIRGEN la hermosura
Y su infortunio y soledad consuela?
¿Quién de un mundo rompiendo la clausura,
Humilla al mar, al huracán que vuela,
Y al descubrir de América la zona,
Dos Imperios derrumba y se corona?

¿Quién en horas de bélico heroísmo,
Viendo flotar gloriosos sus pendones
Y á sus pies arrastrado al islamismo,
Llevó la cruz triunfante á otras regiones,
Y domando las furias del abismo,
Reveló las antípodas naciones;
Que el pueblo que es viril, patriota y fuerte,
Jamás se postra y lucha hasta la muerte?

¡ESPAÑA y nada más! ¡Fuerza de rayo
Siempre ostentó su ingénita osadía,
Sin sentir nunca el lánguido desmayo

Que á la molicie del Oriente guía!
La invulnerable gloria de Pelayo
Es fama que retempla su energía,
Y levanta su espíritu fecundo
Sobre la innoble pequeñez del mundo.
La dominante Roma, de su altura
Cayó á los pies de la irrupción salvaje,
Ajada y ofendida su hermosura
En la orgía sin luz del vandalaje.
Inútil fue del ruego la ternura;
Nada apagó las iras del ultraje;
¡Ah! ¿Por qué con indómita arrogancia
No se arrojó á las llamas cual Numancia?
De los pasados siglos el misterio,
La Historia nos revela en sus anales:
Sólo negra traición, vil vituperio
Los esclavos oponen á sus males.
La caída fatal del gran Imperio
Obedeció también á hechos fatales:
Que á Roma le hizo el César y su corte
Más daño que los bárbaros del Norte.
Pero á tí, predilecta de la gloria,
Desde la infancia del linaje humano,
Cuando el mundo yacía en irrisoria
Ineptitud y se agitaba en vano;
Nadie te eclipsará nunca en la Historia,
Mientras surja, cual luz, el Oceano,
Que tú domaste, con valor sin nombre,
Y viva y sienta el corazón del hombre.
Podrá, en el giro eterno de las cosas,
Volver el cielo á contemplar pasmado,
A innúmeras legiones victoriosas
Coronando la frente de un malvado,
Pero no volverá piedras radiosas
A entregar otra Reina á un desgraciado

Para comprarle allá, en el mar profundo,
Al mismo Dios la propiedad de un mundo.
¿Quién, como tú, su sangre generosa,
Otra vez verterá, del bienufana,
Sin pensar que la suerte es veleidosa
Y que no es el ayer como el mañana?
¡Ah! ¡Si los frutos de tu prole hermosa
No hubieran emigrado á tierra indiana,
Tu poder no sería hoy tan distinto
Del que legó á Felipe Carlos Quinto!
¡Musa de la verdad, póstrate y llora
Ante tanto blasón, tanta nobleza!
No fue nunca del Tíber la señora
Más digna en su infortunio y su grandeza!
Nadie á la humanidad, que siempre implora,
Hizo más bien en ínclita proeza:
¡Si ella muriera! ¡Luto, eternamente,
Llevaría la América inocente!
¡Pero no morirá! Si suerte impía
Cortó el impulso de su osada diestra,
Y el auro cayó que antes lucía
Cual igneo rayo en la marcial palestra;
Si el sol, que en sus dominios no moría,
A su ocaso bajó con luz siniestra,
¿Qué importa? ¡Fue un eclipse de su historia
Para brillar con más eterna gloria!
Ya las olas del mar, las que besaron
De inerme nave la flotante quilla,
Cuando audaces los piélagos surcaron
Apuestos paladines de Castilla,
Hoy vuelven al abrigo que dejaron
Del Pacífico azul en la ancha orilla,
No á rugir de la guerra en el exceso,
Sino en la paz fecunda del progreso.
Pasó la edad de seculares guerras

Con su séquito horrible de torturas:
Hoy del planeta en las variadas tierras
Del bien se sienten las corrientes puras.
Ya, América inmortal, tus arduas sierras,
Tus valles y tus hondas espesuras,
No encierran el misterio del arcano:
Tienen la fuerza del poder humano.
Del gran Pizarro la Real bandera
Flamió orgullosa del Perú en los lares,
Cuando llegó triunfante á su riberas
Después que altiva dominó en los mares.
Del valor y la gloria mensajera,
Luz trajo á nuestros índicos palmares,
Y desde entonces nos colora y baña
La excelsa sangre de la heróica España.
Lazos de amor que el tiempo ha bendecido
Nos unen, á pesar del Océano,
Sin que las sombras del tenaz olvido
Jamás anublen nuestro afecto hermano:
Nuestra ventura, sin ventura ha sido;
Nuestro ideal el sentimiento hispano;
Santo bautismo de la noble raza
Que la ignominia de esta edad rechaza.
Montañas, mares, á su altivo empuje
Barreras son de deleznable arcilla,
Si el león invicto de sus selvas ruje
Recordando las selvas de Castilla.
La tierra opresa por sus garras cruje,
El monte enhiesto la cerviz humilla,
Que escollo nunca fue Naturaleza
Para el que fía en inmortal proeza.
Armada de valor y bizarría
Recorre, por doquier, pueblos distantes,
Esparciendo la fe, su noble guía,
A las halladas tribus ignorantes.

Civiliza comarcas que, algún día,
Del tiempo, allá, en los círculos gigantes,
El asilo serán y el gran consuelo
De los que olvida la piedad del cielo.
¡Ah! sí; cuando la lucha de la vida
Agote el jugo de la antigua Europa;
Y la miseria fúnebre, homicida,
Se extienda en larga, interminable tropa;
Al Nuevo Mundo, á restañar su herida
Vendrá sedienta; y la abundante copa
Encontrará,—que con profusa mano,—
Dios puso en el edén americano.
Aquí, bajo este hermoso y puro cielo
Que, cual ardiente pabellón de grana,
Cubre eternas basílicas de hielo
Que sólo el cóndor, impetuoso allana,
Vive la Libertad: sublime anhelo,
Que en oriente encontró tumba temprana,
Cuando el hombre ultrajándose á sí mismo,
Fue el esclavo brutal del despotismo.
De América las selvas solitarias,
Que el sol fecunda con su rayo ardiente,
Sólo han visto las huestes legendarias
De la española, aventurera gente;
Ellas guardan las últimas plegarias
De la raza vencida de occidente;
Y allí sa anida, como en urnas de oro,
Inextinguible, proverbial tesoro.
¡Guerrera España! Tu conquista pudo
No ser tan cruel en el Imperio indiano;
Pero, ¿quién con arnés y fuerte escudo
Oyó los ruegos del dolor humano?
¿Cuándo la gloria del soldado rudo,
No fue el incendio y el furor insano?
¡Asia, responde tú, sal de tus penas,

Madre del mundo, esclava entre cadenas!...
Tú, que al fulgor de la primera Luna
Que embelleció la soledad del cielo,
Viste al hombre soñar con la Fortuna
Y deleitarse con tan loco anhelo;
De las razas, revélame, ¿hay alguna
Que no haya en sangre enrojecido el suelo:
Y aunque á decirlo el labio se resista,
No hiciera un bien con su fatal conquista?
¡Sí, madre patria! Vive y se engrandece
Cuanto tu cetro soberano toca;
Porque jamás en la abyección perece,
Quien lleva el sello de cantabria roca,
Tus esfuerzos, América agradece,
Aunque hondo duelo su pasado evoca;
Y con el alma de rencor desnuda,
Al través de los siglos, te saluda.
¡Vuelen los cantos de la musa mía,
Al Atlántico mar que á Europa baña;
Y del Norte glacial al Mediodía,
El nombre alaben de la madre España.
¡Ah! Sepa que los pueblos, que algún día,
Con ella hicieron la vital campaña,
Aman su estirpe, y con visiones grandes
Sueñan al pie de sus soberbios Andes!!...

TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO.

LITERATURA FRANCESA CONTEMPORANEA

ÚLTIMO PERÍODO ROMÁNTICO

I

LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD.—JORGE SAND.—EL ARTE POR EL ARTE.—TEÓFILO GAUTIER.

He agrupado algunos rasgos biográficos de Jorge Sand, los que podían dar idea de la formación de su talento y de su papel capital dentro del romanticismo, que en cierto modo simboliza esta admirable escritora. Hemos reconocido en Jorge Sand los siguientes elementos: la procedencia sajona, que explica la tendencia al ensueño; la mezcla de sangre azul y popular, clave de la aparente antinomia de un escritor á la vez tan delicado en sus gustos y tan democrático en sus ideales; el enlace desigual de su padre y la lucha de familia que provocó, y de la cual se originaron las ideas igualitarias, la incesante protesta y el prurito de arreglar la cuestión social por medio de la nivelación amorosa; la convivencia con la naturaleza, que inspiró las novelas *geórgicas* de la tercera manera de Jorge Sand, y que hizo de ella una gran paisajista; las lecturas de Rouseau, que determinaron la crisis religiosa y las explosiones de lirismo; la exaltación mística del convento, que reveló el fondo de religiosidad natural; y por

último, el sentimiento de la maternidad, verdadero eje de la vida afectiva de Jorge Sand.

Lo que acrecienta la significación de Jorge Sand es que precisamente, lejos de ser lo que se entiende por una inteligencia varonil, fue, en opinión de cuantos la estudian de cerca, todo un genio, pero genio eminentemente femenino. La característica atribuída al genio femenino, es sufrir las influencias ajenas; recoger, como una epidermis recoge, las benéficas acciones y también las infecciones del ambiente exterior, las ideas de los demás, y prestarles forma y expresión eficaz y elocuente. Esta característica, que no considero fácil de comprobar en madama de Staël, pensador de tanta iniciativa, está patente en Jorge Sand, que es realmente un eco sonoro, un límpido espejo de aumento donde las imágenes se presentan más refulgentes y grandiosas. No sabré decir hasta qué extremo considero femenino, en el más dulce sentido de la palabra, el modo de ser de Jorge Sand. Los que se la representan como una especie de Safo delirante y rugiente, la entienden tan mal como aquellos pacíficos naturales de Bourges que se la figuraban vestida de pantalones colorados y con un par de pistolas al cinto. Ella misma nos dice: «Yo no soy más que una buena mujer, á quien se han atribuído ferocidades de carácter enteramente fantásticas».

El único impulso que con persistente fuerza señorea la voluntad de Jorge Sand, es el maternal. Todo lo demás se disipa: las crisis de lirismo se circunscriben á los briosos años de la juventud, y á poco que las circunstancias lo permitan, degeneran en sentimientos antes maternales que eróticos: el socialismo humanitario tampoco dura; lo que persiste es el calor de seno, la bondad de madraza, revelada en todo, en la amistad, en las ideas políticas, hasta en la pasión. Si Jorge Sand se apegó á Michel de Bourges, fue porque á los treinta años representaba sesenta, y no tenía más que un débil soplo de vida; si se encerró con Federico Chopin en la Cartuja de Valldemosa, en Mallorca, fue porque le creyó tísico y aspiró á

darle la salud con el aire puro de la montaña. Su vocación de enfermera rayaba en manía: á falta de amigos á quienes velar y asistir, asistía y velaba y daba medicamentos á los aldeanos de Nohant, que la conocían por «la buena castellana» y «la buena señora». De su ternura con sus hijos, no puedo decir sino que rayaba en excesiva. Si acierta Jorge Sand á leer *La casa de muñecas,* de Ibsen, y ve á la heroína, Nora, marcharse pegando el portazo y abandonando á sus niños, capaz es de arañar al emancipador dramaturgo noruego. Desde que aspira á vivir independiente, aspira también Jorge Sand á no apartarse de su prole, y no duerme ni descansa hasta que lo consigue por providencia legal y mediante considerables sacrificios de dinero. Dueña ya de Mauricio y Solange, se consagra, para que nada falte á su educación ni á su bienestar, á una labor asídua y abrumadora, trabajando diez años para reunir el dote de la niña, reduciéndose á no dedicar al sueño sino cuatro horas diarias, y ejerciendo á la vez de padre que gana el sustento y de madre que vigila y cuida con solicitud amorosa. La vejez, lejos de endurecer el corazón de Jorge Sand, lo ensanchó para la doble maternidad de la abuela, y los últimos años de la fantástica *Lelia* no conocieron más ilusión que la de entretener á los nietecillos con cuentos, juegos y representaciones en el teatro de marionetas de Nohant. «El instinto maternal—dice Caro en su bello estudio sobre Jorge Sand—se apoderó de su vida como un amo, y casi como un tirano, haciéndola esclava sumisa de sus hijos y de sus nietos.»

No podíamos prescindir de recordar este modo de ser de Jorge Sand, no sólo porque en toda vida deben preferirse los buenos ejemplos, sino por otra razón mucho más pertinente á la literatura, que es lo que aquí realmente nos importa: porque muestra á Jorge Sand profundamente femenina, guiada é impelida por la ley de su sexo, que encargado de la penosa faena de la maternidad, necesita provisión inagotable de bondad y de cariño para aceptarla y cumplirla.

Si Jorge Sand, por haber sido tan verdaderamente mujer, ofrece en sus obras, según veremos, un compendio ó resumen de la sucesión de las ideas estéticas y sociales de su época, conviene ante todo observar que no por eso pierde la personalidad del genial escritor y del artista natural y espontáneo. Entre las cosas más injustas que se han dicho de Jorge Sand, cuento aquella maligna y conocidísima frase: «En Jorge Sand, el estilo es el hombre.» Precisamente el estilo de Jorge Sand nació con ella, puede decirse, porque desde las primeras páginas que trazó, encontróse dueña de su forma propia sin esfuerzo, sin atravesar el laborioso período de imitación y de culto de los modelos de que apenas ningún escritor se exime. Tan de manantial era en Jorge Sand el estilo, que no habia cosa que la asombrase y compadeciese como las fatigas que pasaba su amigo Gustavo Flaubert para retocar una página, sustituir un adjetivo ó acicalar un giro. Escribía Jorge Sand sin levantar mano, sin tachar, sin titubear; como los pájaros hacen nidos, y panales las abejas. «Su estilo — dice Lemaître — es amplio, suelto, generoso, y ninguna frase lo caracteriza mejor que esta antigua calificación: *Lactea ubertas,* copia de leche.» De esta misma índole son siempre las imágenes que sugiere el estilo de Jorge Sand: mientras Lemaître la compara á la *vaca Yo*, nodriza de los dioses, Caro la asimila á la *Fuente azul* de las montañas del Jura, tranquila, atractiva y honda, que refleja el paisaje y el cielo. Así como el estilo de Víctor Hugo inspira comparaciones metálicas, y el de Gautier comparaciones pictóricas, el de Sand recuerda la hermosura peregrina del agua, cuyo rumor y cuyo aspecto no cansan jamás.

No fue, pues, en el estilo, sino en las ideas, donde Jorge Sand recibió y adoptó, y devolvió con nuevo prestigio y revestidas de elocuencia seductora, aunque sin orden ni lógica rigurosa, y con cierto candor más infantil que femenil, las doctrinas de sus amigos.

Hay que dividir la producción de Jorge Sand en tres épo-

cas por lo menos, tal vez en cuatro, y agrupar sus novelas con arreglo á esta división. No cabe que las estudiemos una por una, pues las obras de Jorge Sand forman más de cien volúmenes de lectura compacta. Atribuiremos al primer grupo las novelas de inspiración lírica, subjetiva ó personal, entre las cuales descuellan *Lelia, Indiana, Valentina, Jacobo, Mauprat, Andrés.* En estas novelas, por el mismo procedimiento de Chateaubriand, Byron, Senancour, Musset y tantos otros poetas y novelistas, Jorge Sand se encarna en sus personajes, y por boca de ellos y con el conflicto de su destino, expresa sus propios desencantos y las turbulentas aspiraciones de su alma. ¿Qué amarguras tenía que desahogar Jorge Sand por boca de sus exaltadas heroínas? Hasta entonces, sus contrariedades, algo aumentadas por la imaginación y por el carácter, eran fruto del matrimonio; por eso *Indiana, Valentina* y *Lelia* proclamaban el derecho á la pasión y la ruptura del lazo conyugal.

Cuando la gente repite, un poco rutinariamente, que las novelas de Jorge Sand son inmorales, no se cuida de especificar á cuáles de ellas debe aplicarse esta severa calificación: si no se ha olvidado ya lo que dije acerca de la inmoralidad esencial del romanticismo, ahora es ocasión de aplicarlo: las primeras novelas de Jorge Sand, inmorales son, en efecto, con la inmoralidad del egoísmo individualista: son inmorales, no porque describan amoríos, sino porque oponen al individuo, en nombre de la pasión, á la sociedad entera. Desplómese la sociedad, caigan por tierra las instituciones, sacudidas como las columnas del templo filisteo por un solo individuo, para aplastar á miles de personas; húndase el mundo y sálvese la pasión; tal es la fe y las doctrinas de Jorge Sand. Porque, en efecto, la reclusa de Nohant, al respirar las primeras bocanadas de aire libre, tan transportada se siente, que asocia á las aspiraciones de su corazón, con sacrílega inconsciencia, los altos y venerandos decretos de Dios. Hay un pasaje de la novela *Valentina* que dice: «La Suprema Providencia, presente

donde quiera á despecho del hombre, había puesto en contacto á Benedicto y á Valentina; pero entre los dos se atravesaba la sociedad, haciendo impía, absurda y culpable su recíproca elección. La Providencia hizo el orden admirable de la Naturaleza, pero los hombres lo destruyeron.» Es la misma idea del *Antony,* de Dumas, la misma de Alfredo de Musset, la misma, aunque todavía vacilante, que hemos podido ver despuntar en Chateaubriand; pero sostenida con más vigor y convicción; transformada, de queja dolorosa, en himno triunfal; elevada á rito religioso.

Este propósito de glorificar el sentimiento, de santificar hasta sus extravíos, Jorge Sand lo confiesa paladinamente: «Hay que idealizar el amor—nos dice—y prestarle sin recelo todas las energías á que aspira nuestro sér, todos los dolores que padecemos. No hay que envilecerlo nunca entregándolo al azar de las contingencias; es preciso que muera en tiempo, y no debemos recelar atribuirle una importancia excepcional en la vida, acciones que vayan más allá de lo vulgar, hechizos y torturas que sobrepujen á lo humano, y hasta la cantedad di verosimilitud que la mayoría de las inteligencias admite.» En este pasaje descubrimos la raíz del idealismo de Jorge Sand. Sin dejar de ser una egolatría individualista, no es la del individuo varón, simbolizada en el hosco y melancólico *René*, en el lácio y aburrido *Oberman,* en el fogoso y arrebatado *Antony.* Jorge Sand completa el individuo representándolo por medio de la *pareja,* el hombre y la mujer: y por este concepto, su lirismo supera en intensidad y en sugestión al de todos sus contemporáneos y predecesores, se extiende como un contagio sutil, y provoca una explosión de fanatismo lírico. La idea pseudo-mística que Jorge Sand amalgama con el amor humano, se ve más clara todavía en otro párrafo de sus *Memorias,* que transcribiré, modificando ó suprimiendo lo más escabroso que encierra: «He oído decir—escribe—que no es muy difícil realizar los fines amorosos; que, para conseguirlo, bastan un hombre y una mujer. Yo digo que hay que ser tres:

un hombre, una mujer, y Dios en ellos.» Esta singular variante del *Deus in nobis* de los poetas clásicos, sirve de divisa á los novelas de la primera época de Jorge Sand: es la nota sobreaguda del lirismo y la apoteosis más anárquica del *yo*. No negaré que se hayan exagerado bastante los riesgos que tales doctrinas pueden entrañar. Sin que desconozcamos que son veneno para algunas almas juveniles, quizás predestinadas á adivinar y practicar esas teorías, aun cuando nadie se las hubiese enseñado, siempre parecerá el idealismo místico-erótico de Jorge Sand una enfermedad excepcional. Pero las doctrinas de un escritor pueden ser muy inmorales, aunque no sean dañosas; como que la moralidad es concepto absoluto, algo *per se*.

Haciendo el Conde León Tolstoy un examen crítico de las obras de Guido de Maupassant, observa que los novelistas franceses de este siglo parece que no ven más objeto para la vida que el amor. La observación es exacta; de cien novelas francesas modernas, noventa y cinco dan vueltas al mismo asunto que Jorge Sand declaraba el único poético é interesante. Este vírus que desorganiza y corrompe la literatura francesa, no puede dudarse que se lo inoculó Jorge Sand. No vacilemos en estampar un juicio severo cuando la verdad lo exige. La antigüedad fue viril y grande, porque si elevó altares á Venus, se los consagró también á la sabia Minerva, á la casta y vigorosa Diana, al inspirado Apolo y al sacro Jove; y las islas donde exclusivamente se adoraba á la Afrodita, quedaron infamadas. Se objetará que el amor divinizado por Jorge Sand fue un idealismo trascendental; pero bien sabemos cómo por el hilo de esos idealismos se saca el ovillo de la afeminación y la decadencia de una época literaria y hasta de una sociedad.

Cuando llegue el momento de estudiar la actual anarquía, veremos los retoños que dejó el racionalismo individualista de Jorge Sand en la conciencia estética de su siglo.

El tránsito, ó, mejor dicho, la conversión de Jorge Sand á su segunda manera, ella misma nos la refiere en sus *Memorias*,

documento que consulto á cada paso. Fue el camino de Damasco para Jorge Sand su encuentro con el famoso abogado Michel, de Bourges, el *Everardo* de las *Cartas de un viajero*. La escena se desarrolló en las solitarias calles de Bourges, donde todavía se alzan las vetustas mansiones del Renacimiento, á las altas horas de la noche y á la luz de la luna. El fogoso apóstol predicaba, y Jorge Sand oía llena de confusión y de emoción. «Mis amigos—dice la novelista—me habían citado ante el tribunal de Michel para que confesase mi escepticismo, mi orgullo, mi indiferencia hacia mis semejantes, los pobres humanos. Aquella magnífica arenga echaba abajo mis teorías de libertad individual. Aquel ardoroso espíritu había resuelto apoderarse del mío, y he aquí lo que poco después me escribía, en cartas inflamadas de proselitismo: «El daño de tu inteligencia nace de las penas de tu corazón. El amor, tal cual lo has entendido, es una pasión egoísta: no lo reconcentres en una sola criatura; extiéndolo á toda la humanidad que sufre y está humillada: nadie, ninguna lo merece aisladamente, y todas juntas lo reclaman en nombre del eterno Autor de lo creado.»

¿Qué le falta á esta exhortación para ser la misma que un padre de la Iglesia ó un demacrado asceta de la Tebaida dirigiría á una pecadora, á Santa Pelagia ó á la Egipciaca? ¿Qué le falta? Sólo la savia vital del árbol de la cruz. Jorge Sand había sido una Egipciaca de la novela; si la alumbrase la luz de la fe, en lugar de abrazarse al socialismo, y de escribir *Le péché de M. Antoine*, se retiraría al claustro, haciendo penitencia rigurosa. No fue, sin embargo, completa al pronto la conversión socialista de Jorge Sand: las feroces utopias de su maestro y apóstol, que quería arrasar el Louvre, arar y sembrar de sal el recinto de París, proscribir el arte y la belleza, sublevaron á la prosélita que, á poco más, envía al diablo al predicador. Sin embargo, la inquietud religiosa—palabras textuales—y el altruísmo, se habían despertado en Jorge Sand. «Yo iba entonces—escribe—en busca de la verdad divina y la ver-

dad social, reunidas en una sola. Gracias á Michel, comprendí que estas dos verdades son indivisibles y se completan; pero, todavía, espesa neblina me velaba la claridad.» Para disipar la neblina, acercóse Jorge Sand al visionario Lammenais, cuyas *Palabras de un creyente* habían sido calificadas por un obispo de *Apocalipsis del diablo*. Lammenais enseñó á Jorge Sand un método especial de filosofía religiosa, y el ápice de sus doctrinas se resumió en esta sentencia: «La sociedad humana se funda en el don místico, ó sea en el sacrificio del hombre al hombre; el sacrificio es la eterna base social.» Severa lección, que Lammenais completó, afirmando que no hay engaño tan peligroso para el hombre como tener la felicidad por objeto y fin de la vida terrestre. Notable diferencia entre Lammenais y el furioso Michel, que desarrollaba ante Jorge Sand la perspectiva de una degollina general, seguida de una vuelta á la edad de oro, idílica y venturosa.

Michel, Lammenais, Pedro Lerox, fueron las tres voces que repitió, reforzadas y sonoras, el eco profundo del alma de Jorge Sand. Una mujer tan mujer como ella, era presa fácil para los inventores de sistemas, los redentores de la humanidad, los utopistas y los nuevos Mesías. Nadie desconoce que las mujeres están predispuestas á sufrir el influjo de las afirmaciones religiosas, y si en el Evangelio las vemos seguir las huellas del Redentor, en la historia de las herejías las encontramos postradas ante los falsos profetas y los *pseudocristos* de que habla el libro Santo. Pero noto que sin querer me voy inclinando á considerar este problema á la luz de las enseñanzas católicas, y vuelvo á la cuestión puramente literaria, notando que la transformación causada en el genio de Jorge Sand por la efervescencia altruísta y religiosa, transformó también el romanticismo; el ideal romántico en el drama y en la novela, que era el individualismo llevado al desenfreno, el culto idolátrico del *yo,* cede el paso á un ideal colectivista, al culto de la miseria, del sufrimiento y del dolor. La cuestión social, hoy planteada en el terreno científico, se agitó enton-

ces en el poético y literario, y Jorge Sand, con todo el ímpetu de su corazón caritativo, se lanzó á escribir la novela socialista.

Las principales de este período son *Consuelo*, *El pecado del señor Antonio*, *El molinero de Angibault*, *La Condesa de Rudolstadt*, *Horacio*... y bastantes más, porque la era socialista de Jorge Sand no fue breve, como que duró de ocho á diez años. Es opinión general, y muy fundada, que las novelas del período socialista de Jorge Sand, si contienen hermosos trozos de descripción y pintura de caracteres, encierran también digresiones enfadosas, sermones asaz prolijos y personajes quiméricos, como el de aquella aristocrática señorita Iseo, comunista y masona, que se empeñaba en conceder su blanca mano á un hombre del pueblo, á fin de ser pueblo también. Tan fastidiosas eran, á ratos, las novelas socialistas de Jorge Sand—no encuentro calificativo equivalente y menos duro,—que varios amigos y admiradores dieron en creer que su talento había naufragado, que entraba para siempre en un camino de perdición artística. Algunos fragmentos magistrales—verbigracia, la descripción de la vivienda semiarruinada del hidalgo obrero, en *El pecado del señor Antonio*—no compensan los defectos esenciales, que saltan á los ojos. La misma Jorge Sand, con su ingenua sinceridad de costumbre, se dió á investigar por qué sus novelas contienen trozos muy aburridos, y declaró que Buloz, el director de la *Revista de Ambos Mundos*, la rogaba que suprimiese tanto *misticismo* (la palabra viene subrayada). «Por lo demás—añade,—los lectores de la Revista estaban conformes con el director y entendían que yo me volvía á cada paso más pesada é insufrible, y que salía de los dominios del arte, al empeñarme en comunicar á mis lectores la obsesión de mi cerebro.» Estaban en lo cierto los lectores de la *Revista de Ambos Mundos*, y sin embargo, si es siempre gloria del escritor el iniciar una dirección más ó menos legítima del arte, Jorge Sand tiene la de haber inspirado á la pléyade de novelistas rusos é ingleses, en cuyas obras palpita el redentorismo y la

misericordia. Cuando Francia recibió en triunfo á Dostoyeusky, á Chedrine, á Leon Tolstoy; cuando celebró en ellos, si no lo dulce del canto, la novedad del intento; cuando puso en las nubes esa efusión de caridad que impregnaba la novela rusa; cuando encareció la originalidad del tipo de las místicas nihilistas, ansiosas de lo que se llama *ir al pueblo,* de bajar hasta los abismos de la degradación y la miseria, para ejercitar el amor y la piedad, para desahogar el ansia de sacrificio—dijérase que Francia había olvidado que ese tipo, arrancado de la realidad en Rusia, lo había creado en las esferas ideales, años antes, la gran idealista Jorge Sand.

Esta cosecha de laureles la logró Jorge Sand por el sentimiento—mejor ó peor guiado,—por la fuerza del instinto, nunca por la reflexión y la lógica. No solamente carece de consecuencia en sus raciocinios, no solamente le falta sistema, sino que ni aun sabe á punto fijo cuáles son sus principios políticos y sociales. Esto es nota característica de la mujer; la *acción* obliga al hombre á definir... En las novelas al modo lírico había abogado por la disolución del matrimonio; andando el tiempo llegó á defender su indisolubilidad y su carácter sagrado. Las fluctuaciones de su razón son olas del mar de sus sentimientos, son su natural bondad, su corazón maternal y piadoso, las influencias de sus maestros y amigos, modificando su creación artística.

Una de las señales más curiosas de la condición esencialmente femenina de Jorge Sand es su teoría de la nivelación social y la reparación de las injusticias y desigualdades por el amor y el matrimonio. «Así como hay la igualdad ante Dios, habrá igualdad ante el amor, que es obra suya—escribe Máximo du Camp;—y veremos á las nobles heroínas Valentina de Raimbault, Marcela de Blanchemont, Iseo de Villepreux y tantas otras, buscando su ideal tras la zamarra del aldeano ó la blusa del obrero. Así se realizan los desposorios de las almas, de un extremo al otro de la escala social, en las novelas de Jorge Sand, que se complace, en los juegos de su fantasía,

en nivelar las condiciones y preparar la fusión de las castas y las jerarquías por el lazo amoroso.»

Hace ya algunos años que, en un drama calurosamente aplaudido por el público, desarrolló Pérez Galdós la misma tesis; el drama, bien se recordará, se titulaba *La de San Quintín,* y el asunto era una duquesa que otorgaba amor y mano á un obrero. El crítico antes citado Máximo du Camp se pregunta á sí mismo: ¿qué hay de verdad en tal idea?, duda que me parece exceso de modestia intelectual, pues todo el que no haya perdido el seso dirá desde el primer momento que en esa idea sólo podemos ver una poética falsedad de Jorge Sand. Si sólo quiso afirmar que la venda del amor cubre las desigualdades sociales, eso es una verdad anterior á todo sistema socialista, comunista y anarquista. Mas no por eso habrán de derogarse nunca las leyes de la jerarquía social; siempre las desigualdades, especialmente las de educación, alzarán una valla de indiferencia entre los corazones. Ya que hemos recordado el drama de Galdós, tengamos presente que en él la aristócrata es una duquesa arruinada y en cierto modo excluída de la sociedad por la implacable pobreza, y el obrero un joven sintruidísimo y muy fino, lo cual suprime toda esencial diferencia. Iguales concesiones á la verosimilitud hizo Jorge Sand para que su hipótesis de la nivelación por el amor no apareciese hasta repulsiva; Mauprat, después de todo, es un pariente de Edmea; Lelio, el elegido de la última Aldini, un artista famoso; Benedicto, el preferido de Valentina, un genio. Admitido lo excepcional del carácter, puede admitirse también lo excepcional de los afectos; pero lo único que en realidad suprime jerarquías y anula diferencias sociales, no es el amor, sino la caridad evangélica, y aquí es preciso reconocer la superioridad de ideal de los novelistas rusos; la heroína de Turguenef, señorita noble que rechaza las mejores proporciones y se escapa con un mendigo, á quien cura las llagas, no obedece á ninguna ilusión egoísta, sino á un impulso de ardiente, aunque desmedida caridad.

Cuestiones son estas, al parecer, extrañas y ajenas á la literatura, pero realmente forman su médula al tratarse de escritores como Jorge Sand, saturados de influencias exteriores, y que son á manera de gigantes reflectores de la idealidad social. Mas ya llega para Jorge Sand el momento de la inspiración serena y artística, ya nos acercamos á su tercera manera, la mejor, la verdaderamente original, pero que no hubiese podido existir sin la segunda. En efecto, la utopia socialista hizo á Jorge Sand el favor de libertarla de lo que ella llamaba *la intensidad del yo*, de obligarla á mirar en torno suyo, y de infundirle simpatía por el mundo exterior é interés por tipos humanos bien diferentes de la orgullosa *Lelia* y la sentimental *Indiana*. Otra vez tuvo altares en la fantasía de Jorge Sand aquella musa de su juventud, la naturaleza agreste; y la poesía más arcádica y pura, aura embalsamada por el aroma del tomillo y la menta silvestre, brotó de su magnífica pluma, que en este caso merece el nombre de lira, y le dictó libros ó poèmas que, en vez de las febriles y calenturientas sugestiones de los Leroux, los Michel y los Reynaud, diríase que repiten las enseñanzas de un maestro antiguo y siempre moderno, el poeta campestre, el bucólico y dulce Virgilio. Este tercer grupo de la producción de Jorge Sand es el de las novelas aldeanas, cuya serie empieza con *La charca del diablo*, y que por voto unánime de la crítica han sido proclamadas lo más bello, lo más vividero, lo sano de cuanto produjo. Por estas novelas, es ya Jorge Sand autor clásico.

Sin duda el temperamento de Jorge Sand es siempre el mismo, de poeta y soñador; pero, al contacto de la madre Naturaleza, su idealismo se depura y calma, admitiendo la sazón de cierto realismo nunca servil, pero fiel. La pintura de las costumbres campesinas, el lenguaje arcáico y sabroso, el paisaje divinamente sentido y retratado, los animales domésticos no menos felizmente copiados que en los cuentos de Tolstoy, las tradiciones, el alma del aldeano comprendida y explicada con poética malicia, hacen de esas obras de Jorge

Sand el tipo de las más exquisitas y encantadoras novelas regionales, aunque no se le pasase por las mientes á la autora la idea del regionalismo, y tal vez precisamente por eso, porque tienen la frescura de la espontaneidad, el olor del agua pura en que se han remojado hierbas de San Juan, la mejorana y el espliego.

Las etapas que recorrió Jorge Sand, hasta por orden de fechas, las divide su inteligente biógrafo Máximo du Camp: «La primera—dice,—de 1831 á 1840, el lirismo personal, en que las emociones reprimidas durante una juventud solitaria y ensoñadora, rompen en ficciones apasionadas y brillantes; la segunda—1840 á 1848—en que la inspiración es menos personal, y en que el autor se entrega á influencias extrañas: el período de la novela sistemática; la tercera—de 1848 á 1860 próximamente—en que se advierte el cansancio de las teorías y la tendencia á un género sencillo, verdadero é ingenuo: el triunfo del idilio»; y por último, podemos añadir la cuarta, la de la vejez—de 1860 á 1876—en que, fundiendo eclécticamente las tres anteriores, produce todavía Jorge Sand novelas tan hermosas como *El marqués de Villemer*, donde la experiencia y el sentimiento de la realidad delatan las nuevas corrientes de la literatura que Jorge Sand, tan sensible siempre á las influencias exteriores, no podía menos de percibir. Así, como dijimos al principiar el estudio sobre Jorge Sand, disculpando la extensión que teníamos que darle en la sucesión de las obras de este gran poeta, que precisamente por ser mujer estuvo sometida á todas las influencias y propensa á dejarse catequizar, hemos visto cómo se cerró, de 1840 á 1850, el período romántico; cómo el lirismo y el individualismo sucumbieron; cómo se desmoronó la aparatosa literatura de predicación redentorista, y cómo, insensiblemente, el arte volvió á su cauce, que es la imitación de la Naturaleza y de la vida. Para completar el estudio de este fenómeno—la ruptura de la unidad romántica—nos falta analizar á un escritor en quien puede considerarse otra evolución no menos digna de interés: Teófilo

Gautier, que convirtió el lirismo en el culto de la estética pura, ó sea del arte por el arte, idea que aún no ha cerrado su ciclo de acción, y que lejos de perder la virtud de sus primeros tiempos—como la han perdido el lirismo egolátrico, el arte útil y filantrópico, la unión de lo sublime y lo grotesco y otras teorías hijas del romanticismo, con muchas más que el naturalismo engendró á su vez—sigue dominando en la estética contemporánea, y todavía recoge adhesiones enmedio de la disgregación atomística del momento actual.

Bien mirado, esta teoría ha debido fulgurar con la luz deslumbradora de la revelación ante todo artista; y una vez revelada, ha debido fanatizarle. Los que creen en el arte por el arte, no son creyentes tímidos. En nuestro siglo esa teoría nació del romanticismo, y para vivir tuvo que matar á su padre. Los sacerdotes de la belleza pura miran con el más profundo desdén el lirismo romántico, y censuran en los términos más acres á los poetas líricos del sentimiento, mendigos cuya profesión es enseñar sus deformidades y sus úlceras para obtener una denigrante limosna de compasión. Mas al proscribir con severidad indignada la exhibición del sentimiento, al eliminar del arte igualmente todo fin útil, docente y serio, los artistas puros, á la manera de Teófilo Gautier, se exponen seguramente á aislarse de la humanidad, que deja solos á los iniciados en sus torres de marfil y en sus templos de alabastro y bronce; porque la humanidad, al menos desde el advenimiento de Cristo, propende á seguir universalmente la religión del Bien y no la de la Belleza, sobre todo en nuestro siglo de inmensa labor y de sufrimiento universal. Toda tentativa de restauración pagana naufraga en la caudalosa corriente utilitaria y moral; y la idolatría de la forma queda circunscripta á una minoría desdeñosa y misántropa que ni aun se digna predicar á las muchedumbres, considerándolas incapaces de entender el arcano. Esta es la razón de que artistas tan refinados y originales como Gautier no gocen la ruidosa consagración de la popularidad, y hasta sean negados rotundamente por más de la mitad de los crí-

ticos, mientras otros los inciensan en santuario recóndito.

Si la biografía consiste en el relato de sucesos, casi no tiene biografía Teófilo Gautier. Su historia es la de un jornalero de las letras, sujeto á la diaria labor, y el único rasgo saliente en ella, un episodio de juventud: el tantas veces referido del estreno de *Hernani;* la nota viva del memorable chaleco encarnado. Razón tenía Gautier al exclamar, cuarenta años después de aquella fecha: «¡Mis poesías, mis libros, mis artículos, mis viajes, yacerán olvidados; pero nadie se olvidará de mi chaleco rojo! Esa chispa lucirá todavía cuando lo demás se haya extinguido, y me diferenciará de los contemporáneos, cuyas obras no valen más que las mías, pero que llevaban chalecos obscuros. No me desplace dejar de mí este recuerdo; es altivo y desdeñoso, y me presenta desafiando á la opinión y burlándome del ridículo.» Decía Gautier en chanza una triste verdad. Para mucha gente, el impecable Teo, el maestro cincelador, el Benvenuto de la prosa, nunca pasó de ser el muchacho de largas greñas, que en la noche de la batalla de Hernani lucía chaleco escarlata y pantalón verde mar.

Acabo de aplicar á Teófilo Gautier epítetos que no me resolvería á estampar de ningún otro prosista francés, ni aun de Merimée, aunque tal vez le considero más perfecto. Siempre que de Teófilo Gautier se trata, acuden á la pluma involuntariamente símiles tomados de las artes plásticas, la escultura y la pintura. Y es que la vocación de Gautier fue ambigua; después de cursar brillantemente las aulas y profundizar el conocimiento de la lengua latina, Gautier ingresó como aprendiz en el estudio del pintor Rioult, y se consagró á dibujar del desnudo; allí contrajo esa idolatría de la belleza del cuerpo humano, que denuncian sus novelas y sus versos. Cuando esto ocurría, fermentaba el motín romántico, y reclutaba sus mesnadas entre los escultores, los pintores y los arquitectos en ciernes. Aquellos entusiastas de blusa, con los dedos manchados de cobalto y bermellón, estaban ébrios de poesía, y no recitaban, sino cantaban á coro las baladas de Víctor Hugo. El

romanticismo literario era también una revolución en las artes plásticas — por cierto en sus resultados bien infecunda, pero que al fin y al cabo les libertaba de la regularidad académica y de la tiranía de la escuela de David,—y la embriaguez de la lucha dominaba en las almas juveniles. La victoria pasajera del drama romántico se preparó en los talleres; de allí salían brigadas de jaleadores llevando por santo y seña una cartulina, donde se leía la palabra española *hierro*. La hueste de los pintores la capitaneaba Teófilo Gautier; y cuando ya, hombre maduro, le preguntaban si había sido célebre desde muy joven, respondía con ironía plácida: «Sí, por mi chaleco.» Jamás borrada de su memoria la efeméride, los últimos renglones que trazó su pluma fueron para recordar, en un artículo que quedó sin concluir, el estreno de *Hernani*.

La famosa noche le divorció de la pintura, consagrándole á las letras. No tardó en publicar sus primeras poesías; mas la forma de arte abandonada seguía dominando la imaginación, y Teo, escribiendo, se revelaba pintor, y acaso más que pintor, orfebre, grabador y lapidario. Al dar á luz otra colección de versos, titulada *Camafeos y esmaltes*, resumió su programa diciendo: «Deseo tratar en forma sucinta asuntos chicos, ya sobre placa de oro ó cobre con los vivos colores del esmalte, ya con la rueda del grabador de piedras finas sobre ágata, cornalina y ónice». Es, pues, Gautier, el nuncio de la escuela de la trasposición, que se empeña á todo trance en aplicar al arte literario los procedimientos de las demás artes; y de él desciende en línea recta la caterva de coloristas, músicos, tallistas, aguafuertistas, acuarelistas, miniaturistas y orífices de la prosa francesa, amén de los parnasianos y de los impasibles: progenie más numerosa que los retoños de la oliva.

El mismo anhelo de perfección de Teófilo Gautier dió base á las censuras y al desdén de los que le rebajan á la categoría de escritor de segundo orden. Ya se deja adivinar lo que achacaron al magistral estilista: atrofia del sentimiento y carencia absoluta de ideas. Díjose de él que poseía la sonoridad de las co-

as vacías, la vibración hueca de esas bellas corazas de Milán, nieladas, repujadas é incrustadas de oro, pero que ya no cubren un pecho humano, detrás de las cuales no palpita un corazón.

Sea lo que quiera de la literatura de Gautier, su carácter nada tuvo de impasible, y su estética se deriva cabalmente de una exaltada y enfermiza sensibilidad. El autor que tanto contribuyó á la desaparición del lirismo romántico, fue por dentro más lírico y desesperanzado que todos los *Renés, Manfredos* y *Obermanes* del mundo. Aunque nacido en tierra tan alegre como la gascona, Gautier vino al mundo gastado, caduco, viejo é inerte; y sin que influyesen en él los acontecimientos como influyeron en Chateaubriand, ni los desengaños que arrancaron gritos de dolor á Alfredo de Musset, padeció esa úlcera devoradora del escepticismo que se conoce por *el mal del siglo,* y que se encuentra en todas las civilizaciones decadentes. Cuéntase que ya en el colegio, cuando aprendía latín, prefería á los autores sanos y fuertes, como Cicerón y Tácito; los deliquescentes manidos, como Apuleyo y Petronio: y también en esto le han seguido é imitado los decadentistas actuales, jactándose, quizás sólo por jactarse, de tener estragado el paladar. «Soy—decía de sí mismo Gautier—como el niño que rechazase el seno de su nodriza y sólo quisiere mamar aguardiente; y mientras paso una vida morigerada y metódica, me siento tan cansado y tan saciado de todo, como si hubiese realizado las abusivas y monstruosas hazañas de un Sardanápalo.»

Tal manera de ser, que alegan los partidarios de Teófilo para que no se le acuse de impasibilidad, es el origen secreto de esa impasibilidad misma. El exceso del tedio y de la rabia hace enmudecer y hasta petrifica, como la vista de la cabeza de Medusa. El que se queja y solloza, Alfredo de Musset, por ejemplo, ya está próximo á consolarse, y el que desahoga sus amarguras en un libro, se ha salvado. Gautier, lejos de quejarse, cubrió su llaga con el manto marmóreo de las estatuas de Fidias y adoptó la actitud del estoico, y la ironía que resalta en el célebre prólogo de *Mademoiselle de Maupin,* obra

tan malsana y equívoca, y ¿por qué no decirlo? tan pecaminosa, que, no obstante su espléndida vestidura, yo no conozco otra más repugnante, no porque describa á lo vivo lances de amor, sino por la exasperación de un sueño monstruoso, el de la androginia, ó sea la confusión de dos tipos de belleza, que Gautier se empeñó en reunir en un solo ejemplar de la especie. No insistamos más; bien castigado está Gautier con haber escrito un libro que sólo necesitaría que circulase una corriente de aire puro al través de sus páginas para conseguir por la perfección del desempeño el dictado de obra maestra, y que no lo es por culpa de un sensualismo á la vez frío y calenturiento, y siempre duro é inhumano. *Mademoiselle de Maupin* figura en las bibliotecas secretas y verdes, pena tan humillante como lo sería para un fragmento de estatua antigua verse arrinconado en un zaquizamí, entre despojos de monigotes de cartón.

Lástima infunde la pintura del estado moral de Gautier en los primeros años de su vida. Todo le es indiferente: la mujer, la humanidad, el mal, el bien; su corazón está árido, lo mismo que un limón estrujado, y áridos también sus ojos, hasta tal extremo, que desea sufrir un dolor muy agudo, á trueque de poder derramar una lágrima. En tal situación, el alma sólo alberga una aspiración profunda: aspira á la nada, quiere disolverse y aniquilarse; y por este camino profano á veces se llega al ascetismo. Así es que Gautier, detestando su época, aborreciendo la civilización, la industria, el movimiento, el trabajo—aunque él fue, por necesidad, un perenne trabajador y se pasó la vida sujeto al remo del folletín, á la crítica de arte y de teatros—deseó lo mismo que desearon en los primitivos tiempos de la Iglesia tantas almas á quienes la fe sostenía en sus alas de paloma. «Si algún ensueño me sonríe todavía—dice en sus versos—es el de ir á sepultarme en el fondo de una Cartuja, en alguna hórrida é inaccesible soledad; allá, muy lejos, al pie de la bravía sierra, donde jamás haya resonado la voz del hombre, cercado de pinos, entre cenicientas rocas, donde ni resuene el tañido de la campana; una Tebaida, en fin.»

Eran los ayes del lirismo que todavía dominaba á Gautier: más adelante, después de los veinticinco años, edad decisiva, se despide Gautier definitivamente de la literatura sentimental y personal, y entra en el período estético, impersonal, y, al menos en la forma, impasible. Su tristeza permanece, pero latente, sin que el labio se digne exhalarla. «Soy—dice—como el salvaje atado al poste del tormento: todos le pinchan y le desgarran para arrancarle un grito, pero él se mantiene inmóvil y nadie logra la satisfacción de oirle una queja.» Pueden dividirse en dos secciones las de Gautier: las primeras, todavía humanas: *Poesías* y *Mademoiselle de Maupin;* las segundas, ya puramente artísticas—*Fortunio*, *Esmaltes y camafeos*, *El capitán Fracasa*, *La novela de la momia*, *Avatar*, *Espirita,*— y la serie de los admirables *Viajes*, para los cuales no he de tener sino frases de alabanza, pues me parecen modeol acabado é insuperable del género. La religión del arte, el culto de la belleza, no subordinada á cosa alguna, sino en sí misma, la forma por la forma: tal fue la Tebaida inaccesible donde se refugió Gautier, el asilo donde su espíritu encontró, si no la calma, por lo menos ese objeto y fin último que toda actividad humana necesita, esa razón de existir que hace transigir con la vida á los más desesperados, y esa suma de goces literarios que otros autores cobran en aplauso y popularidad, y Gautier en el solitario orgullo de la frase torneada y perfecta, de la palabra cincelada como un medallón. Y le bastó, pues son esta clase de autores semejantes á aquel célebre platero que no podía sufrir que sus obras pasasen á poder del comprador profano, y cuando éste salía de la tienda, le esperaba en acecho y le asesinaba para recobrar la joya. «Los mismos dioses perecen—exclamaba Gautier con arrogante fanatismo estético, —pero el arte es inmortal, y los versos duran, más recios que el bronce.»

Si hubiésemos de decir algo de todas las obras de Gautier, necesitaríamos para eso solo un largo capítulo; porque Gautier tuvo el signo de los grandes escritores, la fecundidad, la

pluma prolífica; y si fue impecable, como se le llamó por antonomasia, no fue premioso y doloroso al modo de Gustavo Flaubert, en este punto verdadero maniático, para quien cada renglón era una especie de parto difícil. Sujeto, como he dicho, á la ley del trabajo, Gautier escribió mucho y en muy diferentes géneros, poesías, novelas, viajes, cuentos, crítica literaria y artística, todo en cantidad, hasta tal punto, que la abundancia de su producción hizo fracasar el proyecto de una edición de sus *Obras completas*, que formarían más de cien volúmenes. El editor se resolvería á una edición escogida; pero los devotos de Gautier protestaron contra el sacrilegio de elegir donde todo es cabal y extremado, y Bergerat exclamaba poseído de santo celo: «¡Elegir en las obras de Teófilo! ¿Y qué íbamos á desechar? Cuando veo la Venus de Milo, sólo pienso en los brazos que le faltan.»

Entre los *Viajes* de Gautier descuella el de España, titulado *Tras los montes*, inmejorable descripción, sobria, intensa y bañada por el sol del Mediodía. Ignoro por qué se ha repetido á bulto que Teófilo Gautier estampaba patrañas como Dumas: es, por el contrario, sumamente veraz, nada enfático, exagerado ni declamatorio, y no sólo evita incurrir en los peregrinos errores de Víctor Hugo, sino que los nota y los corrige. Estos viajes por España, así como los de Italia y Rusia, han conservado su gracia y su amenidad y deleitan hoy como el día en que se escribieron. Tampoco han caducado los trabajos críticos de Gautier, ni la *Historia del romanticismo*, ni *Los grotescos*, que son de las pocas obras donde se resuelve el problema de acopiar datos interesantes á la historia literaria, suficientes para que un libro sea de consulta, y prestarle el atractivo de un libro de lectura entretenida. Gautier no era un erudito á la violeta, ni un verboso generalizador, sino un hombre doctísimo, pero demasiado artista para no aspirar ante todo á hacerse leer. Es de advertir que la crítica fue la ocupación diaria é incesante de aquel escritor á quien las leyendas representaban como un perezoso nihilista

dedicado á soñar el nirvana entre el humo de un cigarrillo oriental; y aunque Gautier creía que sus folletines críticos eran cosa efímera y sin trascendencia, y decía que el trabajo periodístico es un árbol que pierde cada noche las hojas y nunca llega á dar fruto, escribía sus folletines con todo el primor de que se sentía capaz. La obra crítica de Gautier, ya dispersa en esos folletines, ya reunida en libros como *Los grotescos* y la *Memoria sobre los progresos de la poesía francesa*, es considerable, llena de equidad, de moderación, de buen sentido y de delicada percepción del valor de la creación estética.

Yo no he podido leer sin asombro la reiterada afirmación de que Gautier, en todo cuanto escribió, no nos ha legado ni una sola idea. Son con él menos injustos los que le dan por bandera este aforismo: «La idea nace de la forma»; pero ni la primera aserción ni la segunda parecen defendibles para quien recuerde el papel que Gautier desempeña en la evolución de las ideas estéticas precisamente. Sería un fenómeno sin precedentes en los anales literarios el de un escritor que habiéndonos dejado libros de crítica que se leen y consultan con gusto y con fruto bastantes años después de publicados, no hubiese puesto en ellos ni una idea, máxime si este escritor es un jefe de escuela, y de escuela muy numerosa y ramificada en distintas direcciones. Lo primero habría que saber qué se entiende por ideas y si se confunden las ideas con las ideologías, cosa harto diferente. No creyó Gautier que la idea naciese de la forma, pero sí creyó y dijo muy alto que las ideas están al alcance de todos, y la forma sólo del artista; que al artista jamás deben faltarle medios de expresión, y que no será artista verdadero el que, propuestos una idea ó un asunto, carezca de palabras con que expresarlo. Ideas, ó mejor dicho, doctrinas, no del orden filosófico, sino del estético, y especialmente del técnico, las tuvo á docenas Gautier, y muy activas y de inoculación, de esas que cunden y se transmiten por contagio. Pueden citarse: la doctrina de la transposición de los efectos de la plástica á las letras; la de la impasibilidad; la de

la inferioridad estética de la edad presente con relación á otras de la historia; la de la eternidad del arte; la del valor de la forma y de la palabra—en esto procedía de Víctor Hugo y no lo negaba nunca — y, sobre todo, otra doctrina bien nueva dentro del período romántico: la apoteosis de la salud, de la belleza, de la fuerza y del placer, que también pone á Gautier lejos y fuera del realismo y del naturalismo, los cuales buscan y reconocen belleza en la contemplación, exhibición y pintura de lo feo, antipático, morboso y vulgar. Hasta tal punto era convicción en Gautier el derecho aristocrático de los héroes y de los asuntos, que sostenía en serio que un médico ó un notario, por serlo, no debían quejarse cuando su mujer les engañaba. Las doctrinas de Gautier—dice con sumo acierto Spronck,—mezcla de helenismo y de orientalismo, no fueron comprendidas: á unos les parecieron inmorales, á otros estrambóticas, y sólo un grupo refinado supo entender y admiró.

Es, en resumen, Teófilo Gautier el escritor de transición en quien el romanticismo pierde sus caracteres y la aureola popular y democrática que le había prestado el motín de 1830, y volando tal vez más alto, se reintegra en las regiones de la estética pura. La unidad se ha roto; una época diferente se anuncia ya; y en esa escuela, de raíces románticas y tronco helénico, caben la nueva novela y la nueva poesía y los nuevos ideales: los poetas de la perversión, como Carlos Baudelaire; los de la impasibilidad marmórea, como Leconte de Lisle, y los de la perfección, como Teodoro de Banville; los novelistas de la forma exquisita, como Gustavo Flaubert, y los del colorido y la sensación, como los hermanos Goncourt; los parnasianos, los simbolistas, los deliquescentes, numerosa tribú que lleva en sus venas la sangre de Gautier, unos purpúrea y joven, como él se jactaba de poseerla, otros devorada por la anemia y la calentura. Con Teófilo Gautier podemos decir que el romanticismo de escuela sucumbe, y el siglo literario emprende rutas antes ignoradas.

Emilia Pardo Bazán.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

LA VIDA EN MARRAKESH

Dar Muley Alí, 28 de Mayo de 1900.

Los habitantes de la capital magrebina han estado todo el día azorados y llenos de preocupación y terror supersticioso. La verdad es que tenían fundamento sobrado: el imponente fenómeno astronómico que se ha verificado hoy, me parece causa bastante para excitar los temerosos recelos de gentes tan ignorantes y fanáticas como los musulmanes. El eclipse total de sol que tanto preocupa á la ciencia europea, se ha podido ver en Marrakesh, donde si bien la totalidad no ha sido completa, las sombras han cubierto tres cuartas partes del disco solar. El espectáculo ha sido soberanamente hermoso, y desde la azotea de nuestro palacio hemos podido admirar el sorprendente golpe de vista que presentaba el valle del Tensif, y las alternativas de luz y las diversas gradaciones de sombra porque ha ido pasando el paisaje.

Sobre poco más de las dos de la tarde, las sombras proyectadas por el disco de la luna comenzaron á morder en el disco solar, que brillaba enmedio de un cielo despejado y espléndido. Fue entonces de ver á los mahometanos, visiblemente alarmados, atravesar las plazas públicas y correr presurosos á re-

fugiarse en las diversas mezquitas de la ciudad, buscando sin duda el amparo del omnipotente Alláh. Por mi parte, comprendo perfectamente esta impresión, pues aun para nosotros, que conocemos sus causas físicas, no deja de producirnos cierto inevitable efecto el grandioso fenómeno. Resulta tan extraordinaria aquella disminución de la luz solar, y aquella especie de penumbra tétrica y misteriosa que circunda á cuanto nos rodea, que el espíritu, sobrecogido, cree rota la armonía del universo y teme un cataclismo inminente. Las sombras fueron invadiendo cada vez más el astro del día, de cuya superficie apenas dejaron descubierto un pequeño segmento que irradiaba una luz brillante, pero incapaz de disipar el inmenso cono obscuro que cubría gran parte del horizonte. Casi toda la tarde la hemos pasado en las terrazas y azoteas, armados de cristales ahumados ó de gafas negras para observar el fenómeno á nuestro sabor; la servidumbre, en tanto, permanecía por los rincones, sin atreverse á nada y dando muestras visibles de preocupación.

Terminado el eclipse, los árabes comenzaron su vida habitual, y nosotros dimos nuestro paseo acostumbrado, más breve que otros días. A nuestro regreso supimos con verdadera satisfacción que al fin y al cabo, pasado mañana, S. M. Sheriffiana recibirá en audiencia privada al Embajador de España, acto importantísimo que inaugurará nuestras negociaciones cerca del Gobierno marroquí. Francamente, después de un mes de estancia en Marrakesh, ya era tiempo de que así sucediese.

30 de Mayo.

A las nueve de la mañana se ha verificado la audiencia privada tan ardientemente deseada. He acompañado al Ministro hasta la puerta de la Kubba Suera, donde aguardaba el Emperador y donde ha penetrado él, solamente acompañado por su intérprete correspondiente. En la parte externa, el ceremonial observado ha sido idéntico al que se siguió en la audien-

cia pública. El Jalifa del Kaid el Meshuar, vino á buscarnos á Dar Muley Alí, y rodeados de la conveniente escolta, nos trasladamos á la inmensa plaza de Armas del palacio imperial. Allí estaban las tropas, tendidas á derecha é izquierda, presentando el conjunto aquel pintoresco aspecto que tanto nos sorprendió la primera vez que pudimos contemplarlo. Lo cierto es que no puede imaginarse mayor brillantez de colores, y que la vista queda deslumbrada sin saber á dónde fijarse. Vimos de nuevo los *askaris* formando una línea, con sus almillas ó chaquetas multicolores, y los herá ticos músicos imperiales revestidos de sus túnicas verdes y escarlatas, y cubiertos con sus gorros cónicos. Atravesamos las filas de soldados, y llegamos frente al pabellón que da entrada á los jardines del Agudal. Dejamos nuestras cabalgaduras, y el Introductor de Embajadores se dirigió á nuestro encuentro, conduciendo al interior de la elegante construcción al Ministro y á su intérprete. La etiqueta marroquí prescribe que á estas entrevistas sólo concurran las personas estrictamente necesarias.

Mientras se verificaba la conferencia, pude pasearme á mis anchas por la amplia plaza y observar las tropas imperiales. Apenas el enviado de España penetró en el pabellón reservado, á una seña dada, con una unidad verdaderamente pasmosa, toda la formación se sentó en el suelo, colocando las armas á un lado. Los jefes, entre los que se hallaba el Kaid Mac Lean, ocuparon para mayor comodidad los tambores, que vinieron á convertirse en taburetes, y la soldadesca se acurrucó á la moruna. Como había visto repetidas veces maniobrar á los soldados marroquíes, pudiendo observar la desigualdad caprichosa con que obedecían las voces de mando, no pudo menos de sorprenderme sobremanera aquel isocronismo de los movimientos. Se conoce que la voz de descanso es esperada con impaciencia y acatada con júbilo.

En la sombra que proyectaba una de las fachadas de la Kubba Suera, sobre hermosos tapices de Rabat, extendidos

sobre la tierra, se hallaba instalado el Ministerio de Negocios Extranjeros y la Secretaría particular del Sultán. Enmedio, sentado en unos cojines, presidía el propio Abd-el-Krim-ben-Solimán; y en torno suyo una infinidad de escribas y talebs se ocupaban en redactar la correspondencia y despachar los asuntos. Todos tenían delante un pequeño pupitre ó carpeta de madera con los útiles necesarios para escribir. Hay que reconocer que semejante oficina se distingue por su sencillez extremada.

La audiencia ha durado unos veinte minutos; de manera que, al poco tiempo de haberme dedicado á estudiar los detalles del cuadro, regresó el Ministro y hube de reunirme á su séquito, no sin observar que, apenas el Kaid el Meshuar anunció la presencia del enviado de España, las tropas volvieron á recobrar su posición primitiva y á presentar las armas, movimientos que se verificaron con marcado abandono y dejadez.

El jefe de la misión me ha narrado algunos detalles de la entrevista, que me apresuro á transcribir en estos apuntes. Después que se hubo separado de mí, el Introductor de Embajadores lo condujo por una escalera lóbrega, estrecha y tortuosa, típica de la arquitectura doméstica árabe, hasta una azotea que domina los extensos jardines de Agudal, á la que hacía frente una espaciosa sala decorada con mosaicos y arabescos, en cuyo fondo, y sentado en una especie de banqueta ó diván de caprichoso estilo, híbrido de europeo y oriental, se hallaba el joven Soberano, acompañado únicamente por su Gran Visir el Hadj Mucktar. Una vez que fue anunciado por el Kaid el Meshuar, S. M. indicó al Ministro que se sentase en una silla, única que en la sala se encontraba y que al efecto había sido dispuesta, dándole la bienvenida y saludándole en los términos usuales. Según parece, el joven Soberano acompañó sus frases con una sonrisa tan llena de afabilidad y con gestos tan expresivos, que el Ministro no pudo menos de quedar sorprendido por el contraste que ofrecía con aquella rigidez automática, aquella atonía en la mirada y aquella reserva hierática, por decirlo así,

que todos pudimos observar en el continente del Sultán el día de la audiencia pública.

La conversación que siguió fue cordialísima. S. M. Abdul-Azis demostró su afecto y simpatías por España, preguntando con vivo interés por nuestros soberanos, y el Ministro le presentó un *Memorandum* en que se formulaban las pretensiones del Gobierno español. En todas sus respuestas, el Monarca marroquí dió pruebas de su evidente satisfacción por las manifestaciones de simpatía que se le hacían, demostrando gran viveza y afabilidad, y revistiendo su fisonomía con tal expresión de dulzura, que al mismo tiempo que revelaba dotes de perspicacia é inteligencia que nadie sospechaba, permitía alimentar la esperanza de que su benévola acogida y las seguridades que daba de su firme propósito de contribuir en cuanto estuviera de su parte al firme mantenimiento de la estrecha amistad que une á los dos países, eran algo más que meras fórmulas de cortesía internacional y que productos de una lección bien aprendida. S. M. Abdul-Azis se mostró también agradecido por los espléndidos regalos que recibiera, declarando que había destinado las armas blancas para su uso particular, y quedó en designar día y hora para que en su presencia se verificasen las pruebas de los fusiles Maüsser, á cuyo objeto habían acompañado á la Embajada dos oficiales de Artillería, un maestro armero y un tirador de la fábrica de Oviedo. En conclusión, la audiencia fue en extremo cordial, reinando en toda ella el mismo tono afable y lisonjero.

A la salida del pabellón se tributaron á los representantes de España los mismos honores que á la entrada, y siempre acompañados por el Jalifa del Kaid el Meshuar y numeroso séquito de jinetes é infantes, regresamos á las diez, próximamente, á nuestra residencia, donde se procedió á distribuir, entre el Jalifa y sus soldados, la propina de cincuenta duros con que es costumbre gratificarlos en semejantes casos. En este país todo el mundo recibe obsequios de esta índole, y hasta es uso establecido y sancionado por la práctica el ofre-

cer la suma de 1.000 francos al propio Ministro de Negocios Extranjeros, como prueba de gratitud por sus buenos servicios. El orgullo musulmán no se desdora con aceptar tales regalos, aunque procedan de aquellos que consideran como enemigos é inferiores.

Lo que más nos ha sorprendido á todos, son las revelaciones hechas por el Ministro acerca del notable cambio que ha podido observar en el Soberano del Magreb. Parece que su carácter, sus tendencias y hasta su fisonomía han experimentado una radical transformación desde la muerte del ilustre Ba-Ahmed. Anteriormente á la entrevista verificada hoy, lo mismo las observaciones de nuestros colegas de la Misión italiana que las de algunos íntimos allegados á la corte, que el parecer de la opinión pública y las impresiones que pudo recoger el personal de la Embajada cuando en las postrimerías de su prepotente tutor, S. M. Abdul-Azis nos recibió en audiencia pública, coincidían unánimemente en considerar al joven Sultán como un sér tímido, obtuso é indolente, instrumento de una energía superior, destinado á ser juguete de la ambición del primer astuto intrigante que lograse suceder y reemplazar al difunto Gran Visir. Hoy día, después de las repetidas muestras de virilidad y energía dadas por el Soberano en la difícil situación que le creaba el fallecimiento de su omnipotente primer Ministro, confirmadas por las observaciones hechas por el Enviado de España, parece demostrado que los juicios anteriores, basados en la política disimulación con que el Sultán ha sobrellevado el peso de su tutela, eran completamente infundados. S. M. Abdul-Azis ha arrojado la máscara de indiferente reserva que le imponía su temor al prepotente valido á quien debía la corona, y hoy, ya libre de su ominoso despotismo, se muestra afable, inteligente, enérgico y dispuesto á asumir en su persona todas las realidades de su poderío, á la vez religioso y político.

No debe desconocerse la importancia que este cambio radical é inesperado tiene para la política europea, y aún más

especialmente para la española, puesto que las acciones del Soberano del Magreb han de repercutir forzosamente sobre las relaciones internacionales durante el reinado que comienza, é influir poderosamente en la orientación que deberá imprimirse á la marcha de nuestra política en Africa.

1.° de Junio.

Hoy ha sido el primer día en que la temperatura se ha mostrado verdaderamente inclemente, haciéndonos comprobar todo lo que se cuenta de los ardores del sol africano. A medio día el calor era insoportable, y para que nada faltase, comenzó á soplar un viento cálido y violento que arrastraba arenas en tal cantidad, que obscureció la luz solar. En una palabra, el famoso *Simoun* de que nos hablan los viajeros. Refugiados en nuestras habitaciones, pudimos presenciar el paso de la ardiente tromba, que lo dejó todo cubierto de una capa de tenue polvo rojizo. Al aire libre no se podía respirar, y únicamente encerrados se hallaba algún consuelo. Gracias que el desagradable fenómeno duró poco, y que á la tarde comenzó á refrescar algo, hasta volver á una temperatura muy soportable. Como recuerdo, el viento del desierto nos ha traído una invasión de langostas, desagradables insectos que si á nosotros nos resultan sumamente antipáticos, son acogidos con júbilo por los árabes, que se los comen con fruición.

Ya esta tarde, en los numerosos *restaurants* del Soko, se vendía el apetitoso manjar, que consistía en el cuerpo del insecto frito en aceite. Su aspecto no resultaba repugnante, y los consumidores acudían sin cesar á las infinitas tiendas de comidas que se encuentran por todas partes. Estos establecimientos son de lo más primitivo que puedan imaginarse. Generalmente consisten en una tosca choza formada por cañas y telas; las cocinas están al aire libre, y despiden ese olor nauseabundo á manteca rancia por demás intolerable, pero característico de la ciudad.

Nuestro paseo ha sido al Mellaj ó barrio de los judíos, que

tiene su cerca particular de media legua de circuito y se halla situado entre el recinto del palacio imperial y la ciudad. Como los otros distritos de Marrakesh, se halla éste medio arruinado, distinguiéndose especialmente por su suciedad. Parece mentira que seres humanos puedan soportar la vida enmedio de tanta y tanta inmundicia. Es verdad que el estado de degradación de los habitantes de la judería es grande, y que todos viven en la mayor miseria, no obstante ejercer muchas artes y oficios. Son los únicos plateros, hojalateros y sastres que hay en la capital, pues los árabes sólo se dedican á ser zapateros, carpinteros, albañiles, cerrajeros y tejedores de jaiques.

Los hebreos, á quienes los mahometanos consideran como entes despreciables, tienen costumbres sumamente relajadas, no siendo extraño ver matrimonios de niñas tiernas, apenas núbiles, con ancianos venerables, y uniones de jóvenes que apenas acaban de llegar á la pubertad. La prostitución es muy frecuente en las mujeres, que la practican con el mayor descaro, y los hombres son por lo general, bajos, rastreros y cobardes. Sufren las humillaciones y vejaciones que les hacen los habitantes de la ciudad, quienes sin distinguir de sexos ni de edades, no les consienten salir del distrito que tienen destinado sin llevar la cabeza cubierta por un pañuelo y caminar con los pies descalzos. A ciertas horas establecidas tienen que recluirse en su cuartel, cuyas puertas se cierran y son guardadas por un Kaid destinado al efecto, y si algún desgraciado burla la consigna, es apaleado sin misericordia.

Como son los principales comerciantes, en sus distritos se encuentran las mejores tiendas y casas de banca, así como los establecimientos del correo francés é italiano. Se calcula que habitarán el Mellaj unos seis mil judíos, que visten un traje particular, compuesto de unos grandes calzones, túnica que llega hasta la rodilla, una especie de albornoz ó manto que cae por un lado, pantuflas y un bonete muy pequeño. Todas las dichas piezas han de ser de color negro, á excepción de la camisa, cuyas mangas, en extremo anchas, están descubiertas

y quedan pendientes. Las fachas son, por lo general, ignobles. Se encuentran ancianos sórdidos y de mirar malévolo, que parecen hermanos del Shylock de Shackespeare; jovenzuelos de aspecto afeminado y movimientos llenos de procacidad y cinismo, y mujeres descaradas de semblante provocativo. Hay que confesar que entre ellas se hallan algunas de singular belleza, aunque sus fisonomías, por demás correctas, carecen de expresión.

Lo que es inconcebible es la miseria y suciedad en que viven. Parece que se complacen en rodearse de inmundicia, á pesar de que son generalmente pudientes, pues son los principales artesanos, hacen un comercio bastante considerable, y su mercado está casi siempre bien surtido. Algunos tienen casas construídas con cierto lujo como la del famoso Corcós, célebre usurero y prestamista, cuya morada está adornada con relativa opulencia, y ofrece un elegante ejemplar de la arquitectura morisca. Pero tengo por seguro que el poseedor actual de la gentil vivienda, no se ha ocupado de decorarla en modo alguno, sino que todos aquellos delicados arabescos que revelan un gusto refinado, fueron mandados hacer por algún antiguo dueño, hoy arrojado de su primitiva habitación. Si la decoración es rica, el mobiliario es mezquino; que Corcós, preocupado únicamente con sus préstamos y las cuentas del tanto por ciento, no tiene tiempo para preocuparse de nada de lo que puede contribuir á embellecer la vida, que la pasión del oro endurece el corazón y ciega la fantasía.

En todo el Mellaj se encuentra una sola fuente, que no fue concedida á los judíos, como pudiera imaginarse, sino á los cristianos que en tiempos pasados allí residían. Se tienen datos de que en aquellos lugares se encontraba la casa de los misioneros franciscanos, á quienes los Sultanes siempre apreciaron mucho, y á quienes hicieron la concesión citada; pero por más indagaciones que hemos hecho en compañía del padre Cervera, no nos ha sido posible dar con ningún rastro del primitivo establecimiento religioso. Aunque el convento de-

bió ser trasladado al Mellaj en época reciente, puesto que en los primeros tiempos de su fundación se hallaba en la *Sajena*, ó barrio de los cautivos, no hubiera dejado de tener interés averiguar dónde estaba situado en los años porque fue extinguido, y los misioneros franciscanos hubieron de abandonar en definitiva la capital del Imperio.

Uno de los lugares más curiosos que hay en la Judería es el patio reservado á los joyeros, que está completamente aislado, rodeado por altas murallas y cerrado por fuertes puertas. Con medios toscos y primitivos, en pequeños cuchitriles, se fabrican lindas alhajas de plata y oro, adornadas con piedras preciosas, que los mahometanos adquieren, para ofrecerlas á las mujeres del Harem. Ellos, por mandato del Profeta, no deben usar joyas de ninguna clase, si bien la prescripción divina no se sigue rigurosamente. Vénse allí brazaletes y ajorcas para los tobillos, largos pendientes de oro, broches caprichosos, ricos estuches de plata, labrada á cincel, para guardar al Alkorán, sortijas, cadenas y collares; y no es raro encontrar antiquísimas monedas de antiguos Sultanes y de gran valor numismático, que enriquecerían la colección de cualquier arqueólogo. También se distinguen los artífices hebreos batiendo el cobre, con el que hacen preciosos trabajos, entre los que figuran bandejas de todos tamaños, exornadas con caprichosos dibujos, y servicios de té, de hechura elegante, compuestos de tazas, teteras, platos y otras vasijas, en las que se mezcla el cobre rojo con el dorado, formando un conjunto en extremo original.

A la salida del Mellaj, y junto á la única puerta que le comunica con el resto de la ciudad, se encuentra la cárcel de mujeres, antiguo é imponente edificio, en cuyas fuertes murallas anidan innumerables cigüeñas. Tal construcción es debida al ilustre Sultán de los Sherifes Saadies, Abu Mohammed Abdallah el Galeb, que la mandó edificar para hospital por los años 970 de la hegira. Se cuenta que la piadosa fundación estaba dotada con grandes rentas, pero ninguna de ellas sub-

siste en el presente, y en el interior del amplio edificio sólo gimen unas cuantas desgraciadas, que sufren tristísima vida de angustias y pesadumbres. Lo mismo ocurre en la cárcel de hombres, donde los detenidos yacen olvidados de todos, en la mayor miseria y abyección. Para ganarse un mezquino sustento fabrican cestos, canastas y bandejas de paja, lindamente trabajadas, y unos curiosos abanicos, de hechura de bandera, hechos de palma tejida y adornados con recortes de paño de infinitos colores, que forman dibujos caprichosos. En algunos de estos abanicos se hallan torpemente reproducidos todos los objetos que se usan para servir el té á la moruna, y no dejan de encontrarse algunos que presenten un aspecto en extremo vistoso y original.

A propósito del triste abandono en que se encuentran los prisioneros castigados por la justicia marroquí, debo referir que, hablando acerca de tal particular con Abd-el Krim Ben Soliman, el propio Ministro de Negocios Extranjeros, como yo le hiciera ciertas observaciones, criticando la crueldad con que semejantes desgraciados eran tratados, me contestó con razones extrañas, pero que no dejan de ser justas en cierto modo. «En tu país—me dijo el magnate (hay que advertir que Abd-el Krim Ben Soliman acompañó la embajada que, presidida por Sidi Brisha, visitó la corte de España después de los sucesos de Melilla),—los criminales son encerrados en las prisiones, donde el Estado se ocupa en mantenerlos, sin que les falte nada de lo necesario. En tanto muchos hombres honrados no tienen para vivir, y luchan por alcanzar un mezquino sustento. ¿Es esto equitativo? De ningún modo. Además los ciudadanos honrados pagan contribuciones y gabelas, cuyo importe sirve para sufragar los gastos ocasionados por las prisiones. Es decir, que los justos pagan para mantener á los culpables. Los unos trabajan, y los otros no hacen nada, cubriendo, sin embargo, sus necesidades. ¡Extraña justicia la vuestra! Créeme, nosotros seremos crueles y duros con los culpables, pero nunca consentiremos que éstos vivan á

costa de los inocentes. Si faltaron, deben purgar su delito, sin ser gravosos ni al Estado ni á los ciudadanos.»

Precisa reconocer que los argumentos aducidos por Abd-el Krim Ben Soliman dan que pensar y merecen ser tenidos en cuenta, á pesar de lo que puedan decir los sociólogos y criminalistas.

3 de Junio.

Los agregados militares que nos han acompañado para presentar las armas regaladas por España al Sultán, se han marchado al medio día, una vez terminada su misión. Ayer por la mañana fueron recibidos en audiencia privada por el soberano, y en su presencia desmontaron uno de los fusiles Maüsser fabricados en Oviedo, explicando minuciosamente su mecanismo y funcionamiento. S. M. Abdul-Azis demostró vivo interés durante todo el acto, al que no asistió el personal de la Embajada, por haber expresado su deseo de que la audiencia revistiese un carácter estrictamente privado é íntimo. La nota fue tan exagerada, que se prescindió hasta del necesario intérprete, por lo que la entrevista debió resultar en extremo curiosa, puesto que ni los marroquíes que á ella asistieron hablaban el castellano, ni ninguno de los Oficiales de Artillería comprendía una palabra de árabe. Gracias que la mímica puede llegar á ser un lenguaje altamente expresivo.

Cierto es que los fusiles y carabinas Maüsser, de modelo español, son armas perfeccionadas de indiscutible valor; pero ignoro hasta qué punto pudieran interesar al soberano de Marruecos, que ya posee aparatos similares construídos en Alemania é Inglaterra, semejantes perfeccionamientos. Tampoco se hicieron disparos que pudieran acreditar el alcance y fuerza extraordinaria desarrollada por los proyectiles, ni la velocidad pasmosa con que se suceden, y las grandes facilidades que efrece la carga y descarga. Con nosotros había venido un tirador consumado, encargado de hacer las pruebas necesarias; pero sus servicios no fueron utilizados. Creo seguro que

su extremada habilidad y destreza hubiera causado gran efecto entre los mahometanos. Pero en este país todo es extraordinario y fuera del orden natural; cuando todos esperábamos que se realizarían experiencias prácticas que demostrasen el mérito de las armas fabricadas en España, resulta que el Sultán se contenta con una explicación pantomímica del mecanismo del fusil Maüsser, reduciéndose todo el acto á armar y desarmar uno de ellos. Es decir, demostraciones técnicas casi incomprensibles para quien no conoce la teoría de las armas de fuego, cuando, á mi entender, hacían falta experimentos decisivos y terminantes que pudieran herir vivamente la imaginación de los árabes y hacerles comprender hasta la evidencia la superioridad indiscutible de los armamentos europeos.

En sus detalles, el acto se verificó con arreglo al mismo ceremonial seguido en la audiencia privada concedida al Ministro, salvo en los honores militares únicamente tributados al Representante de la nación. S. M. Abdul-Azis recibió á los Oficiales españoles en la sala superior de la *Kubba Suera,* acompañado tan sólo por el nuevo Ministro de la Guerra. Asistieron también á la entrevista el maestro armero y el tirador de la fábrica de Oviedo. Una de las cajas de fusiles, entregadas al Sultán el día de la audiencia solemne, había sido trasladada previamente al recinto designado, y con una de aquellas armas se hicieron las demostraciones anteriormente indicadas, sin que mediara ni una sola frase entre los españoles y los marroquíes.

Cumplido el encargo que motivaba su viaje, los Oficiales manifestaron su deseo, muy justo por cierto, de regresar á España. Nada les detenía en Marrakesh, y la verdad es que la vida en la capital magrebina ofrece muy poco atractivo. Pasada la primera impresión de curiosidad y extrañeza, comienzan á notarse las faltas de casi todas aquellas comodidades y distracciones á que nos tiene acostumbrados la vida en ciudades civilizadas, no tardando en manifestarse síntomas de nostalgia y señales visibles de aburrimiento. Para muy pocos se

mantiene constantemente excitado algún interés, que les evite caer en la monotonía desesperante de una vida sin accidentes ni emociones cuyo tedio es aumentado por el aislamiento que nos crea nuestra situación y el medio ambiente que nos rodea. Vivimos completamente separades del pueblo marroquí, y cada día se acentúan más y más las inmensas diferencias que existen entre su civilización y la nuestra. Comprendo, pues, el deseo de los militares que, previa la autorización del Ministro, se han marchado esta tarde, proyectando acampar en *Suinia,* y seguir su viaje á jornadas forzadas, para llegar en el plazo más breve posible á Mazagán, donde se embarcarán para la madre patria. ¡Dios les acompañe en su camino!

La partida nos ha causado una triste impresión. A pesar de las divergencias de carácter y temperamento inevitables, todos los individuos de esta Embajada formábamos una especie de gran familia, de la que se han separado dos miembros queridos. Durante largo tiempo hemos habitado bajo el mismo techo, hemos compartido las fatigas de un viaje penoso, cambiando nuestras impresiones y estableciéndose entre todos las más sinceras y amistosas relaciones, cimentadas en la estimación recíproca y el mutuo aprecio. Es natural que la marcha de los Sres. Ayensa y Benítez, así como la del maestro armero y el tirador, nos produzcan su efecto, dejándonos un vacío difícil de llenar. Todos ellos, por sus bellas cualidades, se habían captado nuestras más cordiales simpatías.

5 de Junio.

Los acompasados trámites de la etiqueta marroquí establecen que los Jefes de Misión, después de haber sido recibidos en audiencia privada, pasen á saludar, escalonando sus visitas con un intervalo de tres días, á los diversos Ministros de la Corona y altos dignatarios de la corte.

Conformándose á tal práctica, el Sr. Ojeda pasó anteanoche á visitar, en su domicilio particular, al primer funcionario del

Imperio. El nuevo Gran Visir Hadj Mucktar recibió y agasajó con gran cortesía y esplendidez al representante de España, estableciéndose un verdadero torneo de atentas y lisonjeras expresiones. Hallóse presente á la visita el tantas veces citado Abd-el-Krim-ben-Soliman, que amenizó el acto, haciendo un relato hiperbólico de las maravillas que había podido admirar en España durante su expedición en compañía de Sidi Brisha. Con gran entusiasmo habló de los espléndidos monumentos que el arte árabe había dejado entre nosotros, refiriendo las grandezas del alcázar sevillano, de la mezquita cordobesa y de la Alhambra granadina. Enumeró también las grandes riquezas que en manuscritos orientales poseía la Biblioteca del Escorial, y por último, se extasió narrando las maravillas de la civilización moderna. Su exaltación no reconoció límites cuando trató de la animación extraordinaria que había notado en las calles de la capital de España: «Que es— decía —cinco veces más grande que Fez», pretendiendo hacer comprender á su atónito interlocutor la multitud de coches, tranvías, caballos, transeuntes y velocípedos que circulan por Madrid. Estos últimos artefactos le chocaban sobremanera, y para explicar la velocidad de sus movimientos, remedaba los gestos de un velocipedista lanzado á la carrera. La escena era única. De una parte la expresiva pantomima de Abd-el-Krim al abordar ciertos detalles, y de otra el creciente asombro y los grandes esfuerzos que la ofuscada inteligencia del Gran Visir realizaba para tratar de asimilarse tan inauditas descripciones, formaban un cuadro cuya originalidad hizo peligrar en más de un momento la grave seriedad que tan solemne acto imponía.

El Hadj Mucktar, que parece una excelente persona, nos obsequió con infinidad de dulces y pastas y sendas tazas de ese té especial, excelente bebida aromática que es de rigurosa necesidad en toda recepción mahometana. Mezcla de té verde, hierbabuena, azahar y ámbar; semejante infusión, que se sirve muy azucarada, resulta sumamente agradable, y sin ningún esfuerzo se cumple la costumbre que prescribe beber por

lo menos tres tazas, si no se quiere desairar al anfitrión. La visita fue muy agradable, y no se prolongó demasiado.

Ayer tarde, el Gran Visir nos devolvió la cortesía. Presentóse en Dar Muy Alí, acompañado por numeroso séquito, y permaneció entre nosotros largo rato. Durante él pudimos observarle y formar juicio sobre su persona. Primo hermano del difunto Ba-Ahmed, el Hadj Mucktar procede, como aquél, de una familia de esclavos sudaneses, y por lo tanto, su tipo es francamente africano. De fisonomía poco inteligente, nariz roma, mirar vidrioso, labios gruesos, cejas pobladas, dientes deformes y grandes oídos, á través de sus groseras facciones y de su tez bronceada se advierte tal expresión de afabilidad y genial benevolencia, que se hace simpático desde el primer momento. Hombre de edad provecta, inteligencia escasa, cuya ilustración no alcanza más allá de los comentarios del Alkorán, desconocido hasta la fecha, é ignorante de cuanto al gobierno del Estado se refiere, parece realizar sin duda alguna el sucesor ideal que el astuto Ba-Ahmed soñaba y que con tanta solicitud recomendó al Sultán antes de morir.

Todas estas razones hacen suponer fundadamente que la influencia del Hadj Mucktar en la política interior del Imperio será escasa, por no decir casi nula, y que los miembros del Gobierno actual, que en realidad podrán imprimir algún carácter personal á los asuntos del Estado, serán Abd-el-Krim-ben-Soliman, en lo que atañe á las relaciones exteriores, y El Menebbi, Ministro de la Guerra, en lo concerniente al régimen interior, manteniéndose en la sombra, pero con una intervención decisiva, el viejo y solapado Tasi, caracterizado por sus tendencias retrógradas y su sistemático odio á los cristianos, que, á modo de consultor secreto, hace ya años que viene desempeñando el papel de consejero *in extremis*.

También hoy hemos visitado al Ministro de la Guerra, joven muy simpático, sumamente fino y en extremo elegante. En esta entrevista se repitieron las cordiales manifestaciones de costumbre, y fuimos agasajados con verdadera esplendi-

dez. Lo más extraño es que en tales reuniones nada se habla de los asuntos que nos han traído á Marrakesh. Las negociaciones con Abd-el-Krim Ben-Soliman, encargado de conferenciar con nosotros, no comenzarán hasta mediados del corriente, aplazamiento motivado por la circunstancia de que el Sultán se encuentra en la más completa ignorancia de los asuntos internacionales, desconociendo en absoluto los tratados firmados por sus antecesores con las potencias extranjeras, y desea estudiarlos, á fin de tratar y decidir por sí mismo los asuntos concernientes á España. De retraso en retraso, no sé hasta cuándo se va á prolongar nuestra estancia en la capital de Marruecos, pues las negociaciones, dado el temperamento de los árabes y su característica suspicacia, han de prolongarse durante muchos días, aún más si se tiene en cuenta que los funcionarios marroquíes, que eluden el trabajo por cuantos medios tienen á su alcance, se niegan á hacer nada los lunes, porque reciben la correspondencia del interior del Imperio; los jueves, porque los dedican á los goces y placeres del harem, y los viernes, por estar consagrados á la oración. Es decir, que entre unas y otras cosas se pierden tranquilamente tres días por semana, sin contar aquellos en que, sin causa ni fundamento alguno, tampoco se hace nada. Lo temible es que se aproximan las grandes solemnidades de la Pascua de Mulud, aniversario del nacimiento del Profeta, y que durante los quince días que duran las fiestas, la religión y la costumbre prohiben terminantemente ocuparse de negocios profanos. Como la estación avanza, tememos que los grandes calores nos sorprendan durante el viaje de regreso, lo que sería muy desagradable y hasta podría causarnos graves perturbaciones, puesto que no estamos acostumbrados á sufrir las altas temperaturas de estas latitudes ni las inclemencias del ardiente sol africano.

Al pasar por la Mamunia para saludar á nuestros compañeros italianos, que habiendo terminado ya su misión, se disponen á marcharse de un día para otro, me encuentro con que acaban de recibir los espléndidos regalos ofrecidos por el Sul-

tán á los representantes de S. M. Humberto I. He podido admirar soberbios sables, cuyas vainas, de terciopelo de distintos colores, están revestidas con ricas aplicaciones de plata doradas y esmaltadas; espléndidas sillas de montar morunas, bordadas en oro; magníficos tapices y hermosos caballos, entre los que descuella el regalado al Ministro, magnífico alazán dorado, de ricas formas y elegantes movimientos, que, lejos de reproducir la estampa de los caballos árabes delgados de cuerpo y finos de remos, se asemeja mejor al tipo *percherón* ó *normando* por su robusta musculatura y amplitud de carnes. Casi se diría la reproducción viva de los caballos panzones que montan Felipe III y Felipe IV en sus estatuas ecuestres de Madrid. Esta es la clase de caballos que se encuentra con más frecuencia en el Imperio y los que generalmente sirven al Emperador. Los arreos á la jineta y las mantas y gualdrapas que cubren la silla moruna, disimulan bastante su falta de proporciones, y así aderezados los caballos mauritanos, si no precisamente graciosos y elegantes, resultan majestuosos y soberbios.

Nuestros queridos colegas nos cuentan maravillas de los espléndidos banquetes con que han sido agasajados por Su Majestad Abdul-Azis en la huerta de la *Menara*, por el Gran Visir y por el Ministro de la Guerra, y, á decir verdad sus descripciones nos hacen desear presenciar comidas tan extraordinarias y fuera de lo corriente. Como es seguro que nosotros, una vez terminada nuestra misión, seremos obsequiados de idéntico modo, espero que llegue el momento para describir con exactitud semejantes festines, verdaderamente dignos de Pantagruel y Gargantúa.

6 de Junio.

Cada día nos quedamos más solos. Esta mañana fuimos á acompañar hasta las afueras de la ciudad á los Sres. Malmusi y á sus compañeros de la Embajada italiana, que partieron en dirección á Rabat, pues acarician el proyecto de regresar á

Tánger por tierra, realizando así un viaje interesantísimo á través del Imperio. Nosotros aún ignoramos si volveremos por el mismo insípido y empalagoso camino de Mazagán, ó si bien nos atreveremos, lo que confieso que me encantaría por la novedad, á seguir las orillas del Tensif, hasta llegar á Mogador, donde nos recogería el *Carlos V.* No sé por qué me temo que no se realice semejante deseo, y que tornemos á Tánger tranquilamente por el mismo camino que vinimos á Marrakesh. Hasta fuera de *Bab el Amhra* acompañamos á nuestros amigos, de quien nos separamos con hondo sentimiento. El Sr. Malmusi, con su jovial carácter, y su hijo Carlo, entrañable amigo mío de Tánger, eran compañeros agradabilísimos, y aquí, lejos de toda civilización, se había estrechado sobremanera nuestra amistad, que se conservará seguramente á través del tiempo y la distancia. Mucho vamos á echar de menos nuestras continuas reuniones en Dar Muley Alí, ó en *La Mamunia,* donde encontrábamos siempre cariñosa acogida y fraternal hospitalidad.

Una vez que se alejaron nuestros amigos, sirviéndome de guía el bueno del Tebib Mariano, he emprendido una larga excursión por algunos barrios de la ciudad que todavía no había visitado. Deseaba aprovechar el tiempo, y temiendo que una vez empezadas las negociaciones diplomáticas, los trabajos de Cancillería me privasen de la libertad é independencia necesarias, he aprovechado la mañana para recorrer las principales mezquitas de Marrakesh que aún me eran desconocidas. Fuimos primero á la *aljama de Ben-Almanzor,* santuario situado dentro del recinto de la *Kasbah,* que se comunica interiormente con el palacio imperial. Allí es donde los Sultanes de Marruecos acostumbran á hacer sus oraciones, celebrándose las del Viernes por la tarde con inusitada pompa. La puerta principal de la mezquita, bastante escondida y disimulada, es una muestra primorosa de la arquitectura árabe africana. Está llena de elegantísimos arabescos y alicatados de estuco que afean sobremanera las sucesivas capas de cal con que han

sido revestidos por artífices ignorantes. Creo que convenientemente restaurada la puerta principal del santuario de *Ben-Almanzor,* figuraría dignamente al lado de los más bellos pórticos de la Alhambra ó del Jeneralife.

Pasamos después á proximidad de la mezquita de Ben-Yusef, que cuenta, según se dice, con seiscientos cincuenta y dos años de existencia. Debe ser inmensa, á juzgar por las dimensiones del recinto exterior, pero ofrece poco interés, formando una extraña mezcla de arquitectura antigua y moderna, gracias á haber sido reedificada en su mayor parte. De allí nos dirigimos al venerado sepulcro de Sidi-Abdelazis, santuario sacratísimo, cuyas calles afluentes están cerradas por fuertes cadenas de hierro, allí tendidas, con objeto de impedir el paso á las innumerables caballerías que libremente circulan por las calles de Marrakesh, así como á los infieles y profanos. Con gran sorpresa de los fanáticos musulmanes, y siguiendo al Tebib Mariano, que viste á la usanza moruna, me atrevo á burlar la consigna, y saltando la férrea cadena, me interno denodadamente por el callejón que al santuario conducía. Es imposible describir el asombro de los circunstantes, que no se daban cuenta de tamaña audacia. Mis dos fieles askaris, cuya guardia es inevitable, no se apartaron de mí ni un solo momento, á pesar de su creciente indignación; pero como el trayecto era corto, pude recorrerlo rápidamente, lanzando de paso una mirada al interior del edificio consagrado, de manera que antes de que el pueblo pudiera darse cuenta de lo ocurrido, me hallaba fuera del recinto vedado. Aunque oímos algunos gritos de protesta, no volvimos hacia atrás nuestras miradas, y recobrando las caballerías que nos aguardaban, nos alejamos, seguidos de las maldiciones y amenazas de una turba justamente indignada y herida en sus sentimientos religiosos.

Francamente, siento haber molestado á los pobres musulmanes sin motivo, tanto más cuanto que mi curiosidad quedó castigada, puesto que no me fue dado ver nada que mereciese

la pena. La *Kubba* de Sidi-Abdelazis es un pequeño edificio que se alza en el centro de un patio reservado, y que está recargado de una multitud de adornos y arabescos de dudoso gusto, pintados de los más vistosos colorines. El exterior del santuario, que con tanto cuidado se oculta á las miradas de los infieles, es feo y revela un arte salvaje y estrafalario. No obstante, constituye para los fieles devotos de Alláh un lugar sacratísimo y venerado, al que no se aproximan sino con las mayores pruebas de respeto y consideración, en atención á los méritos del santón ó morabito que allí reposa su último sueño.

Mi guía se había propuesto hacerme visitar los principales edificios religiosos de Marrakesh, así que de la mezquita de Sidi-Abdelazis me llevó á la de Sidi-ben-Soliman, también considerada en mucho por los habitantes de la ciudad, y naturalmente oculta enmedio de un laberinto de callejas estrechas y tortuosas, destinadas á impedir el paso á los profanos. En el no corto trayecto que media de un santuario á otro, pasamos ante los principales establecimientos de baños públicos, que abundan en la capital magrebina, pues es sabido que los árabes tienen la costumbre de acudir diariamente á gozar de las delicias de aquellos baños de vapor, en los que pasan sucesivamente por varias estancias gradualmente más cálidas unas que otras, lo que provoca una abundante transpiración y mantiene al cuerpo ágil y vigoroso. Tales establecimientos están abiertos desde la madrugada hasta bien entrada la noche; pero siguen un régimen especial, es decir, que por la mañana están destinados á los hombres, quedando la tarde reservada á las mujeres. Inútil creo decir que á los europeos les está rigurosamente prohibida la entrada.

El santuario de Sidi-ben-Soliman merece una visita, pues en el pequeño patio que lo precede se encuentra un pórtico y una fuente de primorosa arquitectura árabe. No puede imaginarse nada más elegante y caprichoso que estas dos pequeñas construcciones, edificadas, seguramente, en la época del

esplendor del arte morisco. Ladrillos esmaltados de diversos colores, formando mosaicos, y delicados alicatados trazados en estuco, constituyen los adornos principales de ambos monumentos, que están enriquecidos, contra la costumbre, con columnas de mármol, procedentes, sin duda alguna, de las ruínas romanas que se hallan en las faldas del Atlas.

Otro delicioso monumento, que también hemos visitado hoy, es la fuente pública denominada *Beve y mira,* nombre destinado á llamar la atención del que acude á saciar la sed en el agua fresquísima que destilan los caños de la fuente, á fin de que fije una mirada en su primorosa ornamentación. Puro refinamiento del sensualismo oriental, que pretende producir una doble sensación agradable, obrando á un tiempo sobre el paladar y la vista. Y aquellos adornos, creados por una imaginación ardiente y derrochados con sin igual esplendor, son acreedores, ciertamente, á más que una ligera mirada, á una detenida contemplación. En todas partes se observa la decadencia de este pueblo, un tiempo glorioso é ilustre; la fuente *Beve y mira* pertenece todavía á la época del buen gusto, aunque en ella comienzan á notarse aquellos colorines chillones y aquel conjunto abigarrado, formado de elementos heterogéneos que caracterizan la arquitectura propia de Marruecos, y que lucen descaradamente en la típica fuente de los curtidores. Lo más bonito del monumento de que trato, que se reduce á una especie de pórtico, en cuyo fondo se encuentra el pilar que recoge el agua, son sus artesonados, y más especialmente las vigas de cedro prolijamente labradas, una de las cuales contiene la inscripción que da nombre á la fuente.

Por último, hemos recorrido el barrio denominado del *Moj*, que aún no conocía, y que es uno de los que mejor han conservado su carácter medioeval. La ciudad es tan grande, que en cada paseo, y no son pocos los que por ella he dado, se encuentran monumentos y calles desconocidas; el barrio que hoy he visitado, puede decirse que ocupa el centro del espacio que cierran las murallas. Está situado en una especie de

hondonada, y tan escondido, que apenas se sospecharía su existencia, de modo que la misma torre de su mezquita, una de las más bonitas de Marrakesh, no se ve hasta hallarse casi junto á ella, lo que ha dado lugar á un proverbio árabe muy popular en la capital, que dice: «Tan escondido como el alminar de la aljama del Moj, que, hallándose en el centro de la ciudad, no se ve desde ninguna parte.» Y es lástima, porque la torre en cuestión, muy parecida, aunque de mucho más reducidas proporciones, á la incomparable *Kotubia* y al gentil minarete de la mezquita de Muley Yazid, vale la pena de ser visto por su elegante traza, sus lindos mosaicos y sus primorosos adornos.

Lo demás del barrio forma un conjunto de inextricables callejuelas sin salida, en extremo curioso. Durante largo rato se camina, en rigurosa fila por supuesto, pues sería imposible en absoluto marchar dos de frente, por obscuros y tortuosos callejones, y tras dar innumerables vueltas y revueltas, tras torcer diez veces á derecha y otras tantas á izquierda, cuando se encuentra uno despistado por completo, vuelve á encontrarse tranquilamente en el mismo lugar de donde partió, sin poderse dar razón satisfactoria de aquel laberinto inexplicable. En otras partes, las viviendas están situadas bajo tierra, y nuestros caballos pisan á la altura de las azoteas, por lo que podemos lanzar alguna que otra indiscreta mirada al interior de los patios de aquellos tugurios sórdidos y miserables. ¡Cuánta suciedad y cuánto abandono! Imposible parece que puedan habitar allí seres humanos sin ser diezmados por continuas epidemias. Como los habitantes del Moj se dedican en su mayor parte al oficio de curtidores, saturan el ambiente esos pestilentes miasmas que exhalan irremediablemente todas las tenerías del mundo. Lo que contribuyó poderosamente á que abreviáramos nuestro paseo por tan mal olientes lugares.

Al llegar á Dar Muley Alí, nos encontramos con que el Ministro de la Guerra, el simpático Menebbi, ha venido á visitar al Ministro. Su lucido séquito, compuesto de *mejaznias* y

askaris, le aguarda en el jardín exterior, y yo al verlo me bajé de mi caballo con el fin de ocultarme en el pabellón chinesco que ocupa el Kaid Erha, y ver si desde allí puedo hacer una fotografía de la comitiva á su salida del palacio. Tras breve rato de espera, vivas señales de agitación, dadas por parte de los soldados y servidores, me avisaron que se aproximaba el *Kebir el askar*, el soldado grande, título oficial del Ministro de la Guerra, quien no tardó en aparecer, envuelto en los pliegues de blanquísimo y transparente alquicel. Todos los árabes presentes hicieron una profunda inclinación, murmurando al mismo tiempo respetuosas frases de saludo. Aproximaron el soberbio corcel, lujosamente enjaezado, del magnate; un esclavo le presentó su rodilla derecha para que le sirviera de escabel al cabalgar, mientras que otro sostenía el estribo izquierdo, pues es sabido que los jinetes árabes, á diferencia nuestra, montan por la derecha. Una vez á caballo, otros servidores le calzaron los acicates damasquinados de oro de larguísima punta, que no es costumbre conservar pie á tierra, y el Menebbi, que con impasible indiferencia había recibido tales pruebas de servilismo, se alejó al pesado trote de su bridón, envuelto en hierática majestad y rodeado de los esclavos y soldados de su séquito, que corrían presurosos para conservarse en su compañía.

Cuando pasaron junto á mí, apreté el botoncillo de mi *photojumelle*, quedando retratada la lujosa comitiva, no sin que me gritara, sonriéndose con malicia, Sidi Mohammed-ben-Kaab, Secretario intérprete del Ministro marroquí, en correcto francés: *¡Ah! ¡vous faitès de la photographie!*

RAFAEL MITJANA.

(*Se continuará.*)

EL AÑO SOCIOLÓGICO (1900)

I

Siguen siendo del más alto interés, para cuantos sientan afición hacia los estudios sociológicos, y aun para toda persona culta que desee enterarse de la marcha del pensamiento científico en esferas tan importantes, las dos publicaciones que normalmente me sirven para hacer este trabajo: los *Annales de l'Institut International de Sociologie,* de M. R. Worms, y *l'Année Sociologique,* de M. E. Durkheim. Tengo á la vista el volumen VII de la primera (1) y el IV (1899-1900) de la segunda (2), y á ellos voy á referirme exclusivamente en este resumen, breve por necesidad, del movimiento doctrinal de la sociología en el pasado año de 1900.

Los *Anales* contienen esta vez varias de las Memorias leídas en el Congreso Internacional de Sociología, celebrado en París en Septiembre del año último, con ocasión de la Exposición Universal, y resúmenes de las discusiones á que dichas Memorias dieron lugar. No figuran al parecer en este tomo, ni todas las Memorias presentadas, ni todas las discusiones habidas: faltan las referentes á un tema de tan especial y palpitante interés como el del *Materialismo histórico,*

(1) Un volumen de 317 págs. París, Giard y Briere, editores.

(2) Un volumen de 628 págs. París, F. Alcan, editor.

ó concepción materialista—ó *realista,* como algunos quieren, quizá con razón—de la historia, el cual expresa, por un lado, una de las características del socialismo científico, y por otro, entraña una *fórmula* sociológica, discutible sin duda, en mi concepto parcial, limitada, pero digna de la consideración más detenida, aunque no sea más que por lo mucho que *pesa* y puede *pesar* en ciertos ideales políticos y en ciertas soluciones sociales de trascendencia universal. Muy de veras siento que el volumen de los *Anales* que hoy tomo en cuenta no comprenda el materialismo histórico, pues con particular gusto hubiera dedicado gran parte del presente artículo á tratar de él, recordando de paso los importantes debates que sobre el mismo punto ha habido no hace mucho en la *Sociedad de Sociología* de París, y publicados por extenso en la *Revue Internationale de Sociologie*. Pero no hay más remedio que esperar otra ocasión. Después de todo, el tema será de actualidad durante mucho tiempo todavía.

El volumen del *Año*, de M. Durkheim, no desmerece en nada de los anteriores, ni por los trabajos originales, de pura investigación sociológica, ni menos por la cantidad y la calidad de la información bibliográfica, ni, en fin, por la seriedad y variedad de la crítica. Contiene esta vez tres Memorias originales y los análisis de numerosísimos libros, artículos de revistas, y abundantísimas notas é indicaciones de las publicaciones sociológicas de todo género.

Los temas tratados en las memorias de ambos volúmenes son los siguientes: en los *Anales*, *El Clan,* excelente trabajo sintético de Max Kovalewsky; *La familia artificial,* muy erudito estudio de M. R. de la Grasserie; *La Mecánica Social*, un ensayo de concepción sociológica, hecho con su espíritu rigurosamente científico, de M. L. F. Ward; *Los prejuicios de la sociología contemporánea*, en que M. de Roberty deshace alguno muy importante, y *Las asociaciones industriales y la solución pacífica de las huelgas,* de M. Alberto Iaffiée. En el *Año,* el sabio autor de las *Ideas igualitarias*, M. Bouglé, nos ofrece

un estudio erudito, de una erudición sólida, y concebido de la rigurosa manera que caracteriza las bellas lucubraciones sociológicas del libro que acabo de citar, acerca de cosa tan interesante en la historia como el *Régimen de las castas:* á continuación expone M. Durkheim *Dos leyes de la evolución penal*, y por fin, M. Charmont examina las *Causas de extinción de la propiedad corporativa.*

Dejando para luego el examen de aquel problema que estimo capital en la ciencia sociológica, á saber, el de su concepto y determinación de su contenido, problema que aparece estudiado en diversos trabajos de los analizados en el *Año* y en alguna de las Memorias y discusiones de los *Anales,* vamos ahora á reseñar, con la brevedad posible, el movimiento científico de la sociología tal como resulta, especialmente de los análisis críticos del primero de los dos libros citados.

II

En dos grandes grupos cabe clasificar los libros y artículos de Revistas de que en la publicación de M. Durkheim se da cuenta: trabajos de sociología general ó propiamente de sociología filosófica, ó bien de filosofía de la sociología en sus dos direcciones bien conocidas: *genética,* spenceriana—la una—y abstracta ó psicológica la otra, y trabajos de sociología especial, de capítulos de la sociología, relativos los unos á instituciones sociales, los otros á aspectos sociológicos de la vida del hombre y á problemas que deberían comprenderse en una historia de la vida social.

No he de dar cuenta por el momento de los trabajos del primer grupo: como el problema que veo en los mismos considerado es el que más arriba indico—el de la sociología como ciencia,—dejo las reflexiones acerca de la misma para luego, y me limito á los del otro grupo.

Una ojeada de conjunto sobre los materiales bibliográfi-

cos, reunidos por M. Durkheim y sus colaboradores los señores Charmont, Richard, Bouglé, Levy, Aubin, Lapie, Bourgin, Faucounet, Hubert, Mauss, Parodi y Simiand, permite hacer la apreciación siguiente: Continúa siendo un asunto que atrae especialmente la atención de las gentes científicas el relativo á la que M. Durkheim llama *Sociología religiosa*. En el *Año* á que nos referinos figura en primer lugar. Comprende el análisis de los libros y demás estudios sobre temas de sociología religiosa: ideas y fenómenos de la religión, creencias, ritos, etc., etc., 145 páginas, examinándose en ellas, con relativo detenimiento, cuarenta y ocho obras, á más de las notas bibliográficas relativas á muchas más y de la indicación escueta de otras que se estiman de menos interés. Sigue en orden de importancia, á lo menos hasta donde ésta puede inferirse de esta primera apreciación, la *Sociología jurídica y moral*, que ocupa 128 páginas del *Año*, comprende el análisis detenido de treinta y cuatro obras, mas las notas é indicaciones bibliográficas consiguientes. Las otras dos secciones, que contienen materiales no tan abundantes, pero sí de cierta importancia, son por este orden: la de *Sociología económica* y la de *Sociología criminal*. Por último, figuran con escaso contingente de trabajos científicos, la sección de *Morfología social* y la de *Variedades* (*Sociología estética* y *Tecnología*).

III

La *Sección* de *Sociología religiosa* del *Año* comprende, en primer lugar, los trabajos relativos á *Concepciones generales*. Sólo una obra de cierta importancia figura aquí: la de E. D. Starbuck, *The Psychology of Religion*, que es un estudio de carácter empírico, es decir, fundado principalmente en la estadística y en la observación del desenvolvimiento de la conciencia religiosa. El problema es de verdadero interés: ¿cómo

y cuándo se produce en el hombre ese sentimiento, ó mejor, el fenómeno de la creencia? No parece ser, sin embargo, según el expositor—M. Mauss,—que el autor dé una respuesta á esta pregunta. «No nos da en manera alguna una «psicología de la religión», ni aun siquiera una teoría realmente satisfactoria de la formación de la conciencia religiosa. En el fondo, sólo he estudiado el funcionamiento del protestantismo en América...» Bajo el epígrafe de *Fenómenos religiosos elementales* se analizan ó indican numerosas publicaciones acerca de las *religiones primitivas* y de las *supersticiones populares*. En el primer grupo, se deben señalar á un lado, algunos trabajos sobre los aborígenes de ciertos pueblos, muy estudiados por los etnógrafos; v. gr.: los australianos—la obra de P. Mathew, *Eaglehawk and Crow* —y los tasmanianos,—el libro de Ling-Roth— *The Aborigenes of Tasmania;* y de otro, varios sobre el fenómeno, interesantísimo por demás, del *Totemismo:* estudios de Hartland, Jevons, Pikler, etc., etc. En el segundo grupo es preciso citar el trabajo de W-W. Skeat, *Malay Magia,* rico en datos, en su mayoría, clara y seguramente expuestos, curiosísimos y de verdadera utilidad para el sociólogo; fuera de ésta, se registran hasta veintisiete estudios de muy vario interés. La *Magia* constituye un capítulo especial en esta sección de sociología religiosa, entendiendo por ella, según una muy aceptable definición del autor de uno de los libros analizados, M. Seler —*Magia y magos en el antiguo Méjico,*—«las ceremonias extrañas al cuadro de los actos del culto propiamente dicho». Por cierto que el segundo libro examinado, el de R. Campbell Thompson, *The Reports of the Magicians and Astrologers of Nineveh and Babylon in the British Museum,* suscita serias dudas respecto de la manera adecuada de definir los fenómenos de magia. Según M. Hubert, «los *rapports,* publicados por M. T., no tienen nada de común con la magia y los magos; se trata de prejuicios greco-latinos que nos acercan á la astrología de la magia». De las demás obras examinadas aquí, la más interesante quizá es la de A. Bouché-Leclerq, *L'Astrologie grec-*

gue; tiene este autor una excelente idea de la astrología; es, dice, una obra colectiva, y su estudio «interesa, en primer lugar, á cuantos tratan de conocer al hombre, analizando en sus obras colectivas la más espontánea y activa de sus facultades, la de creer».

Sobre *Creencias y ritos relativos á los muertos,* tema siempre muy estudiado entre los etnógrafos y de capital importancia, como Spencer ha demostrado, para explicar los orígenes de las religiones, se analizan cuatro obras principalmente: una de ellas, de A. Jeremías, acerca del *Infierno y el paraíso entre los babilonios;* y las otras de Berthollet, Grueneisen y Charles, acerca de las creencias de los israelitas. La de este último parece ser un trabajo de muy alto valor científico. También se analizan obras de mucho interés acerca de las sociedades religiosas y de su organización. Merecen especial mención: 1.°, un libro de Budde, acerca de la *Religión del pueblo de Israel hasta el destierro,* en el cual se hace una historia muy viva y positiva, de los comienzos de la religión hebraica, mediante la indagación sociológica de los fundamentos sobre que descansa la sociedad religiosa formada por Israel y su Dios; 2.°, otro de Buechler, que aclara el período tan obscuro y perturbado de la historia judía, que abarca desde la dominación de los Tolomeos en Palestina hasta la sublevación de los Macabeos contra los Seleucidas; 3.°, un curioso trabajo de Kirseh sobre la *Doctrina de la comunidad de los Santos en la Antigüedad cristiana;* 4.°, una hermosa *Historia eclesiástica de los países alemanes,* de A. Kauck, etc., etc.

En tres grupos aparecen clasificados los trabajos referentes al *Ritual:* el uno, muy nutrido, comprende los relativos á las ceremonias y ritos manuales; el otro, muy poco nutrido, abarca varios escritos sobre ritos verbales; y en el tercero, de muy rica información, se contienen numerosos estudios acerca de las *Fiestas.* Limitándome á este último, conviene señalar la obra del insigne americanista Seler (en alemán) acerca de las *Fiestas Mejicanas;* la de W. Fowler sobre las *Fiestas Romanas;*

la de Bilfinger acerca de la *Cronología de los antiguos germanos,* fuera de otras, que por falta de espacio no cito.

A continuación, y bajo el epígrafe común de *Las representaciones religiosas,* puede el lector del *Año* examinar muy varias publicaciones acerca de los *Dioses* (por ejemplo, la de A. Gruenwedel, *Mitología del Budismo en el Tibet y en Mongolia,* obra erudita y á la vez muy sistemática), de los *Santos* (entre otras, la de C. A. Bernoulli, *Los Santos Merovingios)* y de los *Demonios.* Luego figuran los trabajos sobre *Mitos, leyendas y cuentos,* mereciendo especial mención *La Evolución de la Historia,* del sabio Letelier, y *El mito etnogónico de los germanos,* de F. Stein; otros sobre *Dogmas,* y por último, varias obras acerca de las *Grandes Religiones.* De éstas es preciso señalar la que nos ofrece una exposición de la *Religión de la América Central,* del sabio Haebler, americanista eruditísimo; otra de los *Indios y el Iran,* de O'denberg—libro de vulgarización;—otra de la *Religión Babilónica,* de King, etcétera, etc.

IV

La *Sociología Jurídica y Moral,* ó *Estudio*—dice un epígrafe explicativo—*de las reglas jurídicas y morales consideradas en su génesis,* abarca el análisis de trabajos de muy varia naturaleza y alcance. Por otro lado, están éstos distribuídos en capítulos numerosos, que quieren responder á una cierta diferenciación sistemática de materias: de un lado, las *Consideraciones generales,* es decir, estudios sobre puntos generales jurídicos, á saber: *Evolución jurídica y moral, Derecho consuetudinario, Jurisprudencia,* y no creo que hubiera estado fuera de su sitio el último capítulo, que comprende el análisis del excelente trabajo de M. Bouglé sobre las *Ideas Igualitarias,* verdadero modelo de investigación sociológica. De

otro lado, figuran los capítulos de instituciones ó de organización, á saber: Organización social y política, Organización de grupos locales, Organización doméstica, Derecho de propiedad, Derecho contractual, Derecho criminal, Costumbres de grupos sociales.

No seguiré paso á paso la exposición de los interesantes análisis de esta sección. Quiero limitarme á señalar algunas de las obras más importantes de las que en ella se examinan. Por de pronto, es preciso citar el trabajo, muy estimable, de M. Tanou, *L' Evolution du Droit y la conscience sociale*, y el interesante estudio de V. Miceli sobre *La forza obligatoria della consuetudine*, materia ésta que cada vez habrá de preocupar más—con razón—á los juristas y sociólogos. Pero en esta primera parte de la *Sección* que resumimos, la obra sin duda más importante, obra de jurista verdadero, es la de F. Geny, *Methode d'interpretation et sources en droit privé positif*. Conozco el libro directamente, y me explico sin esfuerzo que, como dice su crítico M. Levy, la publicación del mismo «haya hecho gran impresión», especialmente entre los juristas franceses, que han debido ver en las apreciaciones de M. Geny verdaderas novedades atrevidas. Hay en la crítica de M. Geny del método jurídico de interpretación actual, dos apreciaciones que indican su orientación segura y bien preparada en el conocimiento del Derecho, de una manera realista é histórica: advierte en tal método estos dos defectos: gran exageración del elemento legal y abuso de las abstracciones lógicas, y frente á ellos, indica al intérprete, si quiere hacer obra buena en la reconstrucción jurídica que á diario se verifica, como consecuencia de las transformaciones de la vida, la necesidad de atender á la ley, á la costumbre, á la autoridad y á la tradición, y á la libre investigación científica... Pero preciso es pasar adelante: basta lo dicho para señalar el mérito de tan importante libro, escrito todo él, además, como dice M. Levy, con una riqueza tal de desenvolvimiento, un análisis tan sutil, una viveza y flexibilidad y una

variedad y prodigalidad de ejemplos tales, que hacen de él una obra de acción potente.

Es verdaderamente extraña la escasez de publicaciones que se advierte en la materia de organización política. Sólo un trabajo se cita, en brevísima nota, que, á mi ver, merecía más amplio estudio: el de Commons, *A sociological view of sovercignty* (del *Journal of socioligy* americano). Ofrece mayor interés la bibliografía de la organización doméstica; los trabajos de Steinmetz sobre la *Familia humana:* indicación del método para practicar investigaciones fecundas—método sociológico—de Flach, acerca del *Levirat*—crítica de la doctrina de Sumner Maine, Mac Lennan, Morgan—de Puini, sobre el *Matrimonio en el Tibet*, son, entre otras, especialmente recomendables, como lo es también la obra de Verdelot (P.), acerca *Du bien de famille en Allemagne et de la possibilité de cette institution en France*, y la de Grasshoff sobre el *Derecho contractual entre los árabes.*

Contrasta con la escasez bibliográfica de varios de los capítulos de esta sección la relativa abundancia de trabajos, algunos de verdadero empuje, que se registran en el Derecho criminal. Allí está el magnífico Manual de Mommsen, *Roemischen Strafrecht*, que de manera tan magistral resume esta rama del Derecho romano; una monografía muy llena de datos, de Procksch, sobre la *Venganza de la sangre entre los árabes prehislámicos;* un libro de E. Alabaster acerca del *Derecho criminal chino;* el erudito trabajo de G. Apper, *Un code de la Feodalité japonaise au XIII siècle*, y en otro orden, el estudio del sabio criminalista y sociólogo M. G. Richard, publicado en la *Revue philosophique* acerca de *La responsabilité et les equivalents de la peine*, la *Introducción al Derecho penal*, de Licpmann, etc., etc.

V

La sección de *Sociología criminal y de Estadística moral*—ó estudio, se añade, de las reglas jurídicas y morales consideradas en su funcionamiento, contraponiéndolo así al de Sociología jurídica—va precedida de una larga nota explicativa, á manera de introducción particular, de M. Durkheim. En esta introducción razona el sabio sociólogo la manera cómo se va *haciendo* la clasificación de los materiales bibliográficos que analiza y resume el *Año*, y de un modo más especial la amplitud alcanzada, y el sentido que preside, en la formación del grupo á que se refieren directamente, en el presente volumen. Era este grupo, en efecto, antes de pura sociología criminal; se registraba en él sólo la literatura criminológica, y si á veces se comprendía la estadística, era ésta sólo la relativa al crimen. Ahora se comprende bajo el nuevo epígrafe, que bien pudiera sustituirse con el de *pragmatología*, todos los estudios que se refieren al funcionamiento de los actos humanos, bajo la idea de la existencia de las reglas de una conducta moral y jurídica. Quiere, por otro lado, M. Durkheim que la concepción de esta sección cuarta del *Año*, se oponga como en contraste complementario á la de la sección anterior. Quizá violenta un tanto los términos para hacerlo, pues á la conducta humana se refieren publicaciones de otras secciones; pero, en fin, la oposición indicada satisface de cierta manera las exigencias del plan. Así, en los estudios de la tercer sección las reglas del derecho y de la moral se consideran desde el punto de vista de la manera como se han constituído en sus orígenes y génesis, mientras que en la cuarta se atienden, se observan estas reglas aplicadas por los hombres. «En principio, añade, cada capítulo de la sección anterior deberá tener aquí su correspondiente. A la organización doméstica responde la estadística de la vida doméstica—celibato y matrimonios, divorcio, etc.;—á la política,

todo lo referente á la intensidad de la vida pública, etc., etc.»

Considerada ya directamente la bibliografía de esta sección en los diferentes capítulos que comprende, tropezamos en el de la *Estadística de la vida doméstica* con dos trabajos, muy originales, de M. Prinzing acerca de la situación social de la viuda en Alemania, que resulta, á la verdad, precaria y difícil, según los resultados claros y terminantes de la estadística: «Una sexta parte de las viudas, ó vive de la caridad, ó están colocadas en posiciones altamente desfavorables.» El autor reclama la intervención del Estado en pro de las viudas. En el capítulo de la *Moralidad sexual* figura un buen estudio estadístico de F. Lindner acerca de los *Nacimientos ilegítimos en Baviera*. La obra de A. Fouillée, *Le France au point de vue moral*, es el trabajo más interesante que se analiza en el capítulo de la Moralidad y criminalidad en general, según los países. En el de los *Factores diversos de la criminalidad* se citan varios trabajos acerca del interesante tema de los crímenes de los jóvenes. Un libro de Estadística comparada del italiano Bosco, y otro sobre *Ivagabondi* de Florian y Cavaglieri, son los estudios analizados más interesantes bajo el epígrafe de *Formas especiales de la criminalidad*. M. Richard hace muy completo análisis en el capítulo de las asociaciones de malhechores de los trabajos de Church, *Brigantazggio e Societá segrete nella Puglie*, y de Nicotri, *Mafia in Sicilia*, etc., etc.

VI

M. F. Simiand, que es el ponente, por decirlo así, de la sección de *Sociología económica*, no se limita á registrar y analizar sus libros ó artículos. *Hace plan*, y lo razona en breves pero interesantes indicaciones, puestas al frente de algunos capítulos. En su consecuencia, la clasificación de éstos adquiere una cierta importancia científica por sí misma. Por mi parte, creo que cuanto hagan los autores del *Año* por razonar sus di-

visiones, y, naturalmente, por cimentarlas sobre bases lógicas adecuadas, será obra útil y meritoria. Conviene advertir, además, que en este *Año* los análisis de M. F. Simiand son, en general, los que me parecen redactados con mayor cuidado. Hay algunos verdaderamente magistrales, de los que dan plena idea del libro analizado.

La clasificación de materias que sirve de cuadro para distribuir sus trabajos á M. Simiand, es la siguiente: 1.° Los estudios generales y metodología, que comprende principalmente *tratados* de Economía; figuran allí largos análisis de los libros de Nicholson, *Principles of politica economy;* de Marshall, *Elements of economics of industry*—un excelente manual de la ciencia;— de Mayo. Smith, *Statistics and economies*, y sobre todo del magistral resumen ó manual del economista profesor Schmoller—*Grundriss der allgemeinen Volkswirtschaftslehre,*—tomo primero, en el cual condensa y presenta en forma sistemática la enseñanza de economía política general que desde hace treinta y seis años viene dando su autor en su cátedra. Este tratado trae una introducción interesantísima, en la cual define la ciencia económica, estudia las bases psicológicas, morales y jurídicas de la vida económica y social, y expone la historia de la ciencia y el método. 2.° Sistemas económicos, ó sea exposiciones del «conjunto de las relaciones é instituciones que caracterizan á la economía de una sociedad»; sólo un trabajo de verdadera importancia se analiza por extenso, la *Historia y doctrinas económicas de Inglaterra* de Ashley (I de la edición francesa). 3.° Régimen de la producción, frase que el autor emplea para designar «las instituciones de la producción económica, definidas y clasificadas según las relaciones jurídicas y sociales que las caracterizan». La producción se toma aquí en un sentido lato, distinguiendo el régimen de las formas. El régimen de la producción, abarca: *A*, Régimen de la corporación, con el análisis del libro de Eberstadt, *El origen de la corporación; B*, Régimen de la cooperación, que contiene el análisis del simpático y sugestivo libro de M. Gide,

La cooperation, y de Ertl y Licht, *La cooperación en Alemania*; *C*, *Los trust*, análisis del *Repport* de la *Industrial Commission* del Congreso de los Estados Unidos; *D*, *Régimen de la producción municipal*, que comprende varias notas de escasa importancia. 4.° Formas de la producción y del comercio. 5.°, Clases económicas. 6.° Elementos de la distribución: *A*, *Salario*, con un estudio sobre el trabajo de Bowley, *Salarios en el Reino Unido en el siglo XIX* y otro sobre el de Zwiednek-Suedenhorst acerca de la *Política y teoría del Salario*, etc.; *B*, Otros elementos de la distribución. 7.° Asociaciones profesionales, que contiene, entre otros, un largo extracto de la publicación del *Office du travail* acerca de las Asociaciones profesionales obreras. 8.° Economías especiales, donde se da cuenta de las publicaciones sobre el Agrarismo—Souchon, *La proprieté paysanne* y otras muchas. 9.° Política económica y ciencia y política financieras. 10. Teorías sociales.—Socialismo.

VII

En las dos últimas secciones del *Año*, dedicadas respectivamente á la Morfología social y á varios (sociología estética y tecnología), se da cuenta de algunas obras de interés. Merecen en primer lugar mención especial, las analizadas bajo el epígrafe de *Base geográfica de las Sociedades*, de Ratzel, el insigne y sabio geógrafo; una de ellas se refiere á la consideración del *Mar como fuente de engrandecimiento de los pueblos*; es un folleto de 85 páginas, que aunque destinado á hacer ver á los alemanes lo que les interesa ser una potencia marítima, tiene un alcance sociológico general, en cuanto se procura demostrar la importancia que en la expansión social tienen los mares; la otra es un trabajo acerca del *Origen y emigraciones de los pueblos estudiados geográficamente*. También importa señalar el libro de Cauderlier, *Les lois de la popula-*

tion et leur application á la Belgique, así como varios de los que figuran bajo el epígrafe *Los grupos urbanos,* por ejemplo, el trabajo de Weber sobre el *Desenvolvimiento de las ciudades en el siglo XIX.*

De Sociología estética se analizan ó anotan diversos trabajos: quizá el más interesante, de seguro el de mayor alcance filosófico, es el del profundo pensador Bergson acerca de *Le rire,* estudio originalísimo, en el que se manifiestan las extraordinarias facultades de penetración psicológica y metafísica del autor; luego se debe citar el libro de Renard, *La methode scientifique de l'histoire litteraire.*

Por último, acerca de tecnología, esto es, estudio de los diversos instrumentos de que los hombres se sirven, los cuales, en cuanto obra colectiva, tienen un alcance sociológico indudable, pueden citarse los libros de Balfour, *Historia natural del arco musical;* de Munro, *Prehistoric Scotland*, etc., etc.

VIII

Hecho el resumen, breve y necesariamente incompleto, de los materiales bibliográficos reunidos en el *Año,* importa considerar lo que puede inferirse de los mismos, y de las monografías y discusiones del Congreso Internacional de Sociología, insertas en los *Anales,* con respecto á la *formación* de la ciencia sociológica y á las tendencias en la misma dominantes.

Desde luego se ve cuán grande es el interés que despiertan en el mundo culto, entre las gentes sabias, las cuestiones sociológicas; es verdaderamente grande la cantidad de energía intelectual consumida en estudiar aspectos, fenómenos y problemas de Sociología, ó que de alguna manera se relacionan con la Sociología. Por otro lado, parece acentuarse la tendencia constructiva y sistemática, esto es, se advierte en los que trabajan sobre asuntos ó materiales sociológicos, cierto afan, muy razonable y oportuno á veces, por dar forma sintética,

por organizar, si no interna, á lo menos arquitectónicamente, el contenido de las diversas ramas de la Sociología ó de las diferentes ciencias de base social. Véase si no alguno de los libros de Sociología religiosa, jurídica, y sobre todo económica. La necesidad de *unificar,* de buscar un enlace íntimo, un principio explicativo á las manifestaciones históricas, á los hechos y hasta á las ideas, característica del espíritu humano y base de sus aspiraciones filosóficas, se revela do quier, ya en la Sociología, ya en sus derivaciones. Llégase ahí, á veces, afrontando directamente el problema metafísico, ó bien merced á la consideración del aspecto psicológico de las manifestaciones jurídicas, religiosas, económicas, etc.; el camino no importa, lo que importa es el resultado. No hay, en verdad, duda de que en las mismas monografías de una apariencia más histórica, v. gr., la de M. Bouglé sobre el *Régimen de las castas,* ó bien la de M. Kovalewsky sobre el *Clan,* se observa la aplicación de cierto espíritu ordenador y de cierto *aglutinante* filosófico, que está muy lejos del carácter empírico que dominaba en los simples inventarios clasificados, tan en uso, en determinadas investigaciones de la Sociología evolucionista.

Pero respecto de la Sociología como ciencia, ¿qué nos dicen los libros en que nos ocupamos?

Esta vez, aunque no se pueda citar todavía ninguna obra de filosofía social, ó bien de Sociología general, magistral de veras, aunque no abunden los estudios sobre los problemas *preparatorios* de la Sociología, y menos las grandes construcciones sistemáticas, hay, sin embargo, algunos trabajos que atacan directamente ó de soslayo el problema capital de la existencia y del contenido de la Sociología. En primer lugar, debe citarse la Memoria del sociólogo americano Lester F. Ward, *La Mecánica social*, inserta en los *Anales*. Es una monografía escrita con talento y que supone un gran esfuerzo de concreción ó de reducción á términos breves, á los imprescindibles, de toda una amplia concepción sociológica: donde dice *Mecánica social* podría decir *Sociología*, pues de

eso se trata, de explicar, por la aplicación de la idea del mecanismo, la del *ser* y del *devenir* de la sociedad. El resultado más próximo de este punto de vista — harto discutido, por lo demás, en sus fundamentos filosóficos — es el reconocimiento de la realidad social como objeto de ciencia, y de la posibilidad de una Sociología positiva. M. Ward aplica á la explicación de la mecánica social los principios informadores de la mecánica; su idea es que el mundo social obedece á una acción, á una combinación de fuerzas, bajo leyes — leyes sociales — exactas en sí, aunque nosotros no penetremos toda su exactitud, en razón del grado de complejidad de los fenómenos sociales. Como consecuencia de esto, divide M. W. la mecánica social en estática y dinámica, pero cuidando de advertir que lo estático no quiere decir lo *estacionario;* «la estática social trata del proceso en virtud del cual la energía social se conserva y se transforma en un agente útil en lugar de ser perjudicial, ó mejor se convierte de destructiva en constructiva; podría llamarse la estática social, *Sociología constructiva*». La dinámica social tiene como objeto propio «el progreso social, ó, cuando menos, la transformación social».

No es posible apreciar en este artículo el alcance verdaderamente científico de la monografía de L. W. Claro es, como dejo dicho, que su concepción de la mecánica social no es indiscutible; creo que puede ser atacada en su misma raíz filosófica; cosa que, por cierto, no se ha hecho en las críticas que al discutirse la Memoria se formularon en el Congreso de Sociología. Porque, en rigor, lo que importa es no tanto ver si la concepción de L. Ward es más ó menos comtiana, ó bien si comprende la Sociología totalmente, como demostrar lo firme ó deleznable del punto de vista *mecánico* en sí mismo.

En la sección primera del *Año*, de M. Durkheim, se analizan por M. Bouglé varios trabajos, que unidos á algunos de los examinados por otros colaboradores del *Año* y relativos á relaciones de la Sociología — con la *Antropología,* v. gr., por Topinard—á la evolución social y á las doctrinas sociológicas

—especialmente la de A. Comte, en los libros de MM. Levy-Bruhl, *La philosophie d'Aguste Comte,* y Alengri, *Essai historique et critique sur la Sociologie chez Auguste Comte*—ofrecen interesantes puntos de vista para examinar el grave problema ya indicado, de la existencia y del objeto de la Sociología.

El contraste de opiniones no puede ser más radical. Empiezan los análisis por un folleto de De Martini, que se titula así: *Dell'impossibilita di esistere di una scienza sociologica general,* que debe tener por primer complemento, y á la vez rectificación, el trabajo de J. Eulenburg, que se pregunta: *Si es posible una psicología social, y cuáles son sus problemas?,* y luego, por contraposición radical, los estudios de Albión W. Small *(The Scopo of Sociology)*, A. Loria, A. Asturaro, E. Durkheim, que tratan en sendos artículos de la *Rivista italiana di Sociologie*, de la *Sociología y de su lugar en la ciencia contemporánea.*

El Sr. De Martini considera que una sociología general, esto es, la preocupación de tantos sociólogos, el objeto perseguido por tantos ensayos de análisis y de sistematización desde A. Comte, ó mucho antes quizá—la *Política* de Aristóteles, ¿no era una *Sociología* á la manera moderna?—es cosa enteramente irrealizable. Verdad es que los argumentos del señor De M. no son demasiado graves. ¿Puede, en efecto, declararse imposible una disciplina científica, porque sus especialistas ofrezcan soluciones variadísimas y no estén de acuerdo sobre su concepto, contenido y sistema? La mayor parte de los puntos de vista distintos que mantienen los sociólogos, no se explican por la falta de fundamentos sólidos de la nueva ciencia, ni porque no tenga ésta objeto propio, sino que se derivan de la posición filosófica más general del investigador: en otros términos, el desacuerdo de los sociólogos es cuestión, la mayoría de las veces, de criterio metafísico, de educación científica, de situación ante los problemas capitales del Ser y del Conocer. En nuestro concepto, la posibilidad ó imposibilidad de una sociología depende, exclusivamente acaso, de la respuesta que

se dé al problema de si hay ó no hay una *realidad social;* y, entiéndase bien, no queremos decir si la sociedad es ó no un sér ó un organismo, ó una sustantividad, no; sólo queremos decir si lo *social*—sea como fuese—es cosa real, y cognoscible por tanto. La prueba de que la variedad de opiniones entre los sociólogos, respecto de la naturaleza del objeto de la sociología, depende de puntos de vista generales, y hasta de prejuicios á veces, la tenemos en los que, por ejemplo, *atan* al carro del materialismo histórico la sustantividad de la ciencia social, ó bien los que no creen en su posibilidad sino á partir de una concepción mecánica de la realidad, ó bien los que no creen que sea dable sino una concepción genética de las sociedades, como base y explicación del sistema sociológico.

Realmente, la posibilidad de la sociología resulta demostrada con la misma variedad de hipótesis propuestas, y la realidad social se afirma como consecuencia de los diversos conceptos formulados, en virtud de la determinación de los caracteres distintivos del fenómeno sociológico. ¿No hay, en efecto, una cierta coincidencia para el efecto último de la existencia de la realidad social en las investigaciones del biologismo, del psicologismo y del mecanismo sociológicos? Aun reducido lo sociológico á la hipótesis de M. Tarde: la psicología intermental, ó bien el efecto de la acción de un espíritu en otros, ¿no es esto un elemento real nuevo, inexplicable por la psicología individual, es decir, por la observación de los fenómenos de conciencia en cada yo particular? Y de la composición, verdaderamente rica, complejísima de los estados de conciencia por la acción de la vida social, ¿no surge todo un orden de la realidad, cuyo hecho elemental puede ser la *conciencia de la especie* del sabio y original Giddings, inexplicable por la psicología?

Mas preciso es terminar estas consideraciones, que exigirían, si hubiéramos de desarrollarlas, un espacio mucho más amplio de aquel de que aquí disponemos. Sólo añadiré que las disertaciones de los Sres. Albión W. Small, Loria, Asturaro,

Durkheim, Eulenberg, con más las de Duclaux, *Sociologie y Biologie*; Powell, *Sociology, or the science of institutions*; Rossi, *Psicologia Colletiva,* ofrecen representaciones muy interesantes de los diversos puntos de vista en la ciencia sociológica, pudiendo asegurarse, en resumen, que la tendencia á reconocer y á mostrar la posibilidad de la sociología, domina sobre su contraria, así como que estamos muy lejos del período de constitución de la ciencia, según un criterio, ya que no exclusivo, predominante.

ADOLFO POSADA.

LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO: La *Revista positiva*, de Méjico. — El positivismo en América. - Programa. — La condena condicional. — La institución del homestead.—La sensibilidad y el carácter mejicano.—El Dr. Barreda.—La educación moral.—La carta á D. M. Riva Palacio. — La Subsecretaría de Instrucción pública y D. Justo Sierra.—Las guerras de Inglaterra.—Los propagandistas del positivismo en la Argentina.—*La República.*—La humedad atmosférica y los delitos de ira en Méjico.—La génesis del crimen en Méjico.—La aclimatación humana en Cuba bajo el Gobierno español.— *Cuba y América.* — Las negociaciones de paz con Dupuy de Lome.—Una fuga de Ceuta.—*Boletín de la Oficina nacional de inmigración*, en Bolivia.—La *Revista Nacional*, de Buenos Aires.—Etnografía del Río de la Plata.—D. Diego Andrés Rocha y el origen de los indios americanos. — Un documento del P. Fray Pedro Luis Pacheco.—*Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares.* — *El Ateneo*, de Lima.—La pedagogía y sus cultivadores en el siglo XIX.—Costumbres limeñas en 1801.—La *Revista Moderna.*

Con intervalo de seis meses han aparecido en Méjico dos nuevas revistas: la *Revista positiva* y *La República.* La primera, dirigida por D. Agustín Aragón, uno de los miembros más distinguidos y cultos del Profesorado joven, tiene singular importancia como representante de la tendencia más común, y quizá más característica, del movimiento intelectual hispanoamericano. El positivismo es, en efecto, la filosofía que generalmente profesan los intelectuales de aquellos países, la que se refleja en muchos de sus planes de enseñanza, la que informa no pocos libros modernos, llegando, á veces,

hasta la intransigencia más cerrada. En cierta ocasión quejábame yo á un notable propagandista americano, del olvido en que la juventud de su país tiene á nuestros escritores de la escuela liberal (ó de las escuelas liberales, por mejor decir), singularmente á los que cultivan las ciencias jurídicas y morales en que, con toda sinceridad y convicción, creo que están, hoy día, nuestra mayor originalidad y nuestra positiva y eficaz colaboración á la cultura general humana. Su contestación fue que no leían esos autores por ser krausistas, *enemigos del positivismo*, y porque sus doctrinas llevaban aparejada la defensa del absolutismo y de la dictadura (!). Excuso detenerme en refutar esta creencia, que significa un desconocimiento absoluto de lo que representan los más de nuestros autores modernos, y un error más grande todavía en punto á la doctrina política del krausismo: ¡aquí, donde todos los que la gente llama krausistas, por el afán de poner motes, militan en los partidos radicales! Sólo he citado aquella contestación para que se vea el arraigo que el positivismo tiene en todos los países hispanoamericanos y el carácter exclusivista que toma á veces. Por eso decía antes, que la revista fundada por el Sr. Aragón tiene una importancia especial para el estudio de las tendencias científicas americanas. Su programa lo dice claramente:

«El positivismo se compone de una filosofía que explica *científicamente* el mundo y el hombre, y de una política que instituye la dirección de uno y otro, basándose en el sistema de las *leyes naturales*.

»Esa filosofía y esta política, necesariamente inseparables, representan la teoría y la práctica del positivismo, que se resume en una síntesis ó religión en la que, partiendo del conocimiento de todo lo que es, se instituye por medio de la moral demostrable el gobierno de todo lo que obra.

»En otros términos, el positivismo plantea, desde el punto de vista científico, el problema permanente de la aproximación de la especie humana y del gobierno del mundo, que no

ha podido resolverse de modo definitivo ni por la teología ni por la metafísica, cuya influencia social la considera como agotada desde hace mucho tiempo.

»No cuesta esfuerzo al entendimiento comprender que una doctrina tan vasta, que viene á reformar á la vez la especulación y la acción, y á consumar la transformación más profunda de cuantas la humanidad ha sido objeto, está muy por encima del alcance general de las inteligencias y de los corazones en la época en que vivimos. Tampoco escapa á la penetración habitual hasta qué punto el positivismo tropieza con hábitos mentales y morales arraigados, y hasta qué grado compromete intereses, individuos, profesiones, clases y aun castas!

»No hay que sorprenderse, pues, ni de las animosidades que provoca, ni de las repulsiones que inspira, ni de las críticas que engendra, ni de los obstáculos que halla. Por el contrario, cuanto más se propague, hay que esperar odios más ardientes y oposiciones más declaradas contra su irresistible influjo.»

. . . . . .

«Nuestra tarea es de vulgarización; tratamos de poner al alcance de todas las inteligencias la síntesis positiva que da la clave del bienestar de la especie nuestra, resolviendo sus más complejos problemas por procedimientos que nada tienen de violentos y que, inspirándose en el estudio del pasado, mejoran el presente y preparan el porvenir.

»Nuestra empresa no es empresa comercial; todo el apoyo con que contamos para trabajar en la obra que hoy da comienzo, después de prolongadas y continuas reflexiones, se resume en nuestra posesión de *la verdad demostrable*. Las cuestiones políticas internacionales nos interesarán de preferencia, y todos los asuntos que han de ocuparnos habremos de tratarlos en su faz abstracta y bajo su aspecto concreto.»

En los seis números recibidos hasta la fecha (Enero á Junio), la *Revista positiva* publica trabajos de verdadero mérito.

Es uno de ellos el discurso sobre *La condena condicional,* leído en el Concurso Científico Nacional de 1900 por el Licenciado Miguel S. Macedo. El Sr. Macedo hace historia de esta moderna institución jurídica, nacida en Boston en 1870, y cuya aplicación europea más conocida entre nosotros es la célebre ley Bérenger, promulgada en Francia en 1884 y aplicada con tanto tino en recientes sentencias por el Presidente Magnaud. El Sr. Macedo patrocina la adopción en Méjico de la condena condicional, aunque la considera como un procedimiento de transición, como un «ingerto ecléctico sobre el viejo tronco clásico del derecho y del procedimiento penal»; pero subordina esta innovación á ciertas condiciones:

«Para que la condena condicicional pueda ser establecida sin peligro para el orden social—dice—es preciso que la autoridad tenga seguridad: I. De conocer el pasado del hombre á quien se juzgue; y II. De que ese hombre, si se le abren las puertas de la prisión, no se sustraerá á la mirada de la policía y será encontrado en el momento que se quiera. Para esto, los otros pueblos tienen instituciones admirables que permiten conocer, con poco trabajo y con certeza casi completa, el pasado de cada individuo, é identificarlo y seguirlo por do quiera que vaya. Para lo primero tienen el registro judicial, llamado en Francia *Cassier judiciaire;* para lo otro, una excelente policía y los gabinetes antropométricos, con sus fotografías anejas, que funcionan con sorprendente precisión. Nosotros carecemos de todo; apenas hace unos cuantos años funciona en la cárcel de Belén la identificación antropométrica, y no diré la totalidad de los antecedentes de los inculpados, sino aun el antecedente más fundamental, el de la reincidencia, se nos escapa en gran número de casos (cuando se trata de delitos cometidos fuera del distrito federal), siendo admirable que no se nos escape siempre; lo único que nuestros jueces pueden hacer, es inquirir si el individuo tiene antecedentes en la misma prisión. Carecemos hasta del registro civil, lo que nos impide tener un punto de partida cierto para

el registro judicial y las operaciones ulteriores, siéndonos imposible saber dónde, cuándo y de quiénes nacieron la mayor parte de los pobladores de nuestras cárceles. Ellos no figuran en los archivos del registro civil ni cuando nacen, ni cuando se unen á una mujer, ni cuando son padres, sino tan sólo cuando mueren, y eso porque sus cadáveres no encontrarán sepultura sin que la defunción sea declarada, aunque enmedio de inexactitudes y deficiencias, por el empleado subalterno de una agencia mercantil de inhumaciones.»

También cree necesario reformar las condiciones de la policía, de la magistratura y de las leyes procesales; éstas, «en el sentido de que se acelere la decisión de los procesos y se limiten la retención y la prisión preventivas á los casos y al tiempo estrictamente necesarios, favoreciendo en cuanto sea posible la libertad provisional».

Las condiciones á que llega el autor y que se discutieron en el Concurso, son las siguientes:

«I. La condena condicional es, actualmente, parte necesaria de todo sistema penal, racional y completo;

II. La mejor forma de la condena condicional es la de su aplicación á los delincuentes primarios, especialmente accidentales, pasionales y responsables de delitos de culpa, sometiéndolos á la vigilancia y dirección tutelar de funcionarios *ad hoc;*

III. La institución de la condena condicional exige el previo establecimiento, como generales para toda la República, de otras instituciones destinadas á conocer los antecedentes de los acusados y á su identificación, tales como el registro judicial y los gabinetes antropométricos; el perfeccionamiento de la policía y de la magistratura penal, y la reforma del procedimiento en el sentido de impedir la corrupción del inculpado por la prisión preventiva, y de facilitar prudentemente la libertad provisional;

IV. Por ahora sería prematura la institución de la condena condicional en México.»

El Licenciado Emilio Pardo estudia *La institución del homestead*, en España muy discutida hace tiempo. A su juicio, podría adoptarse en Méjico con varias modificaciones. Las principales son:

«El *homestead,* en primer lugar, tendría que ser un beneficio reservado á los jefes de familia, en el concepto de que la ley reglamentaria tendría que definir esta noción, comprendiendo en ella, no solamente los grupos formados por el matrimonio, sino también todos aquellos que resultan de la dependencia de varios individuos de una persona que provee á su subsistencia, aun cuando no exista una relación de parentesco de las que, según los preceptos del Código civil, engendran la obligación de dar alimentos.

»La ley tendría que fijar el máximum del valor de la propiedad que hubiese de ser erigida en homestead, bien por medio de la determinación de un precio, resultante de avalúos hechos *ad hoc* ó de estimaciones fiscales, bien mediante el señalamiento de una extensión superficial, variable, según las condiciones de cada localidad, estableciendo, por supuesto, la distinción entre el homestead urbano, que comprendería también lo que los americanos llaman *bussines house,* es decir, el taller ú obrador, y el homestead rural, con la mira de establecer para el primero el límite de valor y para el segundo el de la extensión territorial, no de un modo uniforme, sino con reglas flexibles que permitieran la adaptación á las circunstancias y á las singularidades de las diferentes regiones.

»Inspirándose en la índole eminentemente popular y democrática del homestead, y para evitar que á su sombra se erigiesen verdaderos mayorazgos, destinados á satisfacer caprichos de vanidad ó á impedir la enajenación de propiedades inmuebles de valor considerable, la ley tendría que preocuparse seriamente de acertar en la determinación del valor máximo á que me he referido, porque ni sería conveniente fijarlo tan bajo que se frustrasen los beneficios de la institución, ni correspondería á sus fines y objeto establecerlo tan

alto que, en efecto, llegase á constituir un peligro para la movilización de la propiedad territorial.

Formalidades de publicidad previas tendrían que garantizar á terceros legítimamente interesados, contra conatos de fraude, encaminados á poner fuera del alcance de los acreedores bienes que respondieran de deudas contraídas con anterioridad, y ocioso parece recomendar el precepto prohibitivo de constituir en homestead inmuebles sujetos á gravámenes reales, mientras no fuesen totalmente liberados.

Además, la autoridad municipal exigiría la comprobación de la propiedad y de las condiciones personales del jefe de familia, y la ley determinaría los casos en que el patrimonio familiar podría sustraerse á ese régimen y ser enajenado, con otros particulares en que no podemos detenernos.

Como apéndice interesantísimo al trabajo del Sr. Pardo, el editor inserta un cuadro de las peculiaridades del homestead en los Estados Unidos y territorios de la Unión anglo-americana, tomado de la obra de Lalor: *Cyclopœdia of Political Science, Political Economy and of Political History of the United States.*

Los estudios de psicología colectiva están hoy en moda, y no tiene duda que, bien dirigidos, pueden dar excelentes resultados para la ciencia y para la gobernación de los pueblos. A instancias del Sr. Macedo, el Licenciado Ezequiel A. Chavez presentó al Concurso científico un *Ensayo sobre los rasgos de la sensibilidad como factor del carácter mejicano.* Distingue el autor cuatro elementos en la masa social de su país: el *indígena,* independiente, refractario y con carácter propio, «pues el viejo sedimento indígena, á pesar de que han transcurrido ya cerca de cuatro centurias del principio de la conquista, rige aún en varios millones de individuos»; el de los *descendientes directos, y sin mezcla, de los extranjeros;* el de los *descendientes de razas mezcladas,* «que secularmente han tenido antecesores constituídos en familias estables» (y en él está «el resistente nervio del pueblo mejicano»), y el de *los descen-*

dientes de razas mezcladas, pero que, «en vez de tener un árbol genealógico de familias constituídas... ha tenido, por el contrario, secularmente, como antecesores, individuos fortuítamente unidos», y éste forma «el bajo fondo de la Sociedad». Respecto de todos ellos, estudia el Sr. Chavez los siguientes puntos: 1.° Cualquier excitante, ¿determina en los mejicanos con facilidad las emociones? 2.° Una vez producida la emoción, ¿qué la distingue en el carácter mejicano? 3.° Duración y fuerza de la sensibilidad. 4.° Efectos de la sensibilidad. Concretando, al fin de su trabajo, los resultados de su investigación, dice el Sr. Chavez:

«*a)* Resumiendo, aún en otra forma, puede decirse: de los elementos que constituyen el heterogéneo organismo mejicano, el primero y más viejo, el de las venerables razas fundadoras, el de los patriarcas de nuestra estirpe nacional, el indígena, se caracteriza psíquicamente en punto á su sensibilidad, por ser tan difícil de producirse, que por eso se ha llamado al indio inerte; por eso se dice que lo domina una atonía secular; nace, no obstante, gracias á fuertes ó largos y reiterados esfuerzos del medio social, y entonces no se diversifica por lo común con la germinativa levadura de múltiples ideas, sino que toma cierta forma visceral, y casi pudiera decirse vegetativa, que persiste largo tiempo incólume en un estado virtual de cristalización interior, susceptible de terminarse, ya por una ruptura crítica de terremoto que todo lo conmueve, ya por el lento y seguro desenvolvimiento de acumuladas energías, tales como las de Juárez, de poder incontrastable. Y puede verse así que la cualidad suprema de esta forma de sensibilidad estriba en su solidez, en su firme consistencia, por virtud de la que Méjico puede seguir teniendo, como ha tenido ya, una serie, larga para su incipiente existencia, de verdaderos y grandes caracteres.

»*b)* Por lo que toca á los mestizos vulgares, reunen, á una sensibilidad de producción más fácil, una fertilización de las emociones más ricas, abonadas como son las rudimentarias

por los procesos de imaginación concreta é inferior, que se refieren por lo común á lo presente, y que, sin implicar representaciones mentales ulteriores, no dan paso á la deliberación, sino que en breve plazo aniquilan, con la ola de las sensaciones nuevas, las antiguas, por lo común deleznables, y desatan el torrente de las acciones irreflexivas, á menudo de impulsivo carácter, tan funestas para la integridad de la disciplina corporativa.

»*c)* En fin, en los mestizos superiores lígase á una rápida y fácil excitabilidad, á una epidermis moral muy delicada, una opulenta proliferación de ideas y abstracciones que intelectualizan los sentimientos, orientándolos hacia lo futuro, y más ó menos hacia lo ideal, dándoles, en consecuencia, cimientos adventicios, anclas más bien, que lo sujetan en el mar de lo tornadizo, y que, por contrabalancearse en cada vez con otras muchas sujestiones mentales, dan margen á profusas deliberaciones, que á la par vuelven más ó menos reflexivos los actos, y que ponen en ellos, no sólo la conciencia del placer y del dolor propios, sino la del dolor y placer ajenos, seguro germen del altruismo.

Los que conocen, aunque sea sólo sumariamente, la historia moderna de Méjico, saben la importancia grandísima que en la reforma de su enseñanza y en la cultura toda nacional tuvo el Dr. D. Gabino Barreda.

No es extraño, pues, que los mejicanos y los españoles avecindados en Méjico tributen á la memoria de aquel gran escritor y pedagogo singulares honores. Varias muestras de ello ofrecen los números de la *Revista positiva*. Es uno, el discurso necrológico leído ante la tumba de Barreda por D. Agustín Aragón. Contiene interesantes datos biográficos que muestran el valor inmenso de la obra cumplida por el biografiado. El Sr. Aragón alude á la velada en que un español por muchos conceptos ilustre, D. Telesforo García, leyó otro discurso notable sobre la significación de Barreda. La *Revista positiva* reproduce también dos importantes escritos de éste: uno sobre

La educación moral (fecha de 1863), cuyo sentido se expresa bien en los siguientes párrafos finales:

«Por fortuna, los instintos morales y simpáticos están suficientemente arraigados en el hombre para protestar diariamente contra esa degradación á que se le quiere condenar, de no ser capaz de nada bueno sino atraído por el cebo de esperanzas ilusorias ó aterrorizado por el temor de castigos repugnantes, y esto, á pesar de la influencia desastrosa de una educación puramente egoísta; por fortuna, como hemos visto, la moral es independiente de los dogmas religiosos, no participa sino de un modo secundario de sus inconciliables divergencias, y no ha menester ya para ser cultivada, ni de la revelación, ni de otros apoyos sobrenaturales que en otro tiempo le fueron necesarios, y en los que, por falta de una base humana y demostrable, la fundaron forzosamente todos los que antes de ahora lograron sistematizarla.

»Pero esta sistematización de la moral sobre bases positivas y evidentes, cuya posibilidad está ya demostrada, es también una imperiosa necesidad actual para hacer cesar de una vez ese anárquico é inmoral escepticismo, que fue la necesaria é inmediata consecuencia del rápido y creciente descrédito á que desde la aparición de las doctrinas disolventes del siglo XVIII, y sobre todo desde la grande explosión francesa, quedó irrevocablemente sujeto el catolicismo, y con mayor razón el protestantismo.

»He indicado cuál será el modo de llenar con ventaja este inmenso vacío que la falta innegable de fe religiosa va dejando cada día más y más en la educación moderna. No he podido hacer otra cosa que indicar someramente los principios fundamentales en los cuales debe basarse esta regeneración, porque mi objeto no era dar aquí un curso de moral práctica, sino tan sólo patentizar la posibilidad y la conveniencia de una reforma radical en este ramo de la educación.»

El otro escrito es una larga é interesantísima *Carta dirigida al C. Mariano Riva Palacio,* Gobernador del Estado de

Méjico, en la cual se tocan varios puntos relativos á Instrucción pública. El motivo especial de reproducir ahora este documento, que procede de 1870 y se ha impreso antes tres veces, es el hecho ciertamente grato y plausible, no sólo para los mejicanos, mas también para los españoles, de haberse creado en Méjico la plaza de Subsecretario de Instrucción pública, para la cual el Gobierno ha tenido el acierto grandísimo de nombrar á D. Justo Sierra, cuya cultura profunda, cuyo tacto, cuyo sentido político y discreta é intencionada elocuencia, aplaudíamos en Madrid, no hace muchos meses, con ocasión del Congreso hispanoamericano. El editor de la *Revista positiva* ha creído oportuno recordar, «á este respecto, los orígenes de nuestro actual sistema de educación é instrucción, y nada más adecuado para tener idea de los métodos y doctrinas que guiaron á los legisladores de 1867 y 1869, que la reproducción del luminoso é interesantísimo documento que en forma epistolar expone el espíritu que presidió á las grandes y trascendentales reformas llevadas á cabo después del triunfo definitivo del gran partido liberal». La lectura de la carta de Barreda debe recomendarse á todos los que en España se preocupan por los asuntos pedagógicos.

En el número 3.° de la *Revista positiva* aparece un curioso artículo de la señora E. B. Harrison, titulado *Un templo de Jano*. Dirígese á combatir la creencia de que el reinado de Victoria I ha sido una era de paz, prosperidad y holgura económica para Inglaterra. Al efecto, publica un cuadro de las guerras sostenidas por Inglaterra desde 1838, y que son 40 (algunas de muy larga duración): contando tan sólo «las vastas expediciones, emprendidas en su mayor parte con propósitos de conquista y que han dado casi todas por resultado la adquisición de un nuevo territorio» y despreciando «las expediciones menores, que han sido en número considerable y productoras de grandes pérdidas y sufrimientos para las razas más débiles». El resultado de esta política codiciosa se demuestra con el cuadro adjunto:

NACIONES	POBLACION	EJERCITO de paz	EJERCITO de guerra.	COSTO ANUAL Guerra y Marina.	DEUDA Nacional.	INTERESES	INGRESOS totales.
Francia...	38.517.975	615.413	2.500.000	£ 36.573.876	£ 1.299.768.224	£ 49.913.311	£ 136.556.643
Alemania	52.279.915	585.440	3.350.000	£ 31.562.614	£ 112.262.750	£ 3.809.565	£ 66.415.091
G. Bret....	40.188.927	220.869	718.797	£ 43.942.895	£ 634.435.704	£ 25.000.000	£ 106.614.004
Rusia.....	129.211.000	1.055.335	2.532.496	£ 55.602.916	£ 1.052.462.570	£ 42.514.490	£ 230.320.301
Italia.....	31.290.490	279.982	2.448.308	£ 13.299.917	£ 494.782.470	£ 23.409.330	£ 67.410.950
Austria...	44.448.474	391.675	2.769.714	£ 18.571.958	£ 647.699.347	£ 28.543.342	£ 101.518.047

«Mucho pudiera decirse acerca de las grandes sumas de nuestros gastos militares y del pequeño resultado que obtenemos en números. Hemos tenido últimamente experiencia del esfuerzo para reclutar 250.000 soldados eficaces para la ofensiva. ¿Qué será de nosotros si continuamos añadiendo á nuestras obligaciones y responsabilidades, sin el poder de añadir á nuestra población ó á nuestros recursos interiores?

»Las cifras anteriores corresponden á los años de 1898-99 y deberán modificarse profundamente para ponerlas al día.»

En el número 5.°, D. Ramón Carrillo estudia la *Propaganda positivista argentina* y su influencia en la educación. Es interesante por la relación que trae de la obra cumplida por cada uno de los propagandistas notables, desde Scalabrini, actual Director del Museo de Corrientes, á M. Práxedes Muñiz, escritora peruana.

Por último, señalaremos el hecho (no especial de la *Revista positiva,* sino muy común ya en las publicaciones americanas) de reproducir á menudo escritos de autores españoles.

La República es una revista de política y ciencias sociales, fundada por los Sres. D. Julio Guerrero y D. Antonio Horcasitas. Su programa político está expresado en los párrafos siguientes:

«Los rancios apotegmas de la curia española, los lirismos del jacobinismo francés, y á veces las teorías de la democracia sajona, constituyen como consecuencia de esta yuxtaposición histórica de principios políticos, las únicas doctrinas con que se juzga de la política mexicana; y como el sistema dictatorial que nos rige no se ha sujetado á fórmulas, resulta que no cabe en las doctrinas reinantes, y es considerado como un absurdo, rechazado de sus teorías y señalado como un crimen. La reacción es natural, y por mucha mansedumbre que se suponga en quienes ejercen el poder, es de presumir que á su vez vean en los escritores que los insultan ó estigmatizan con apotegmas de curia ó con lirismos jacobinos, teóricos metafísicos, que obcecados en sus lucubraciones, no ven el mundo real en que se desarrolla la nación; ó políticos peligrosos y anárquicos, que con sus ataques dan derecho al Gobierno para que defienda sus energías, y con ellas el orden y la prosperidad de la patria. Este es el secreto de la lucha constante, aunque ya poco interesante entre el periodismo y el Gobierno, y la razón de que no haya libertad de imprenta bajo un Gobierno eminentemente liberal; pues mientras subsista este antagonismo, la prensa y el Estado estarán en pugna.

»Ahora bien; ya es tiempo de preguntarse si el Gobierno comete un crimen por no amoldarse á las instituciones, ó si los criterios que defienden las instituciones son falsos, y al convertirse en doctrinas militantes son crímenes verdaderos, perpetrados contra la tranquilidad pública y la estabilidad gubernamental. Este es el primer problema que se propone resolver este periódico, y lo hará á paso y medida que los asuntos públicos se presenten, estudiando en cada uno de ellos el fenómeno social en juego y las doctrinas con que de él se juzgue, sin más móvil que el deseo de encontrar la verdad y de ir

entretejiendo con las soluciones concretas las ideas con que deba juzgarse de la política mexicana.»

Entre los varios artículos que contienen los dos números recibidos, señalaremos dos: *La humedad atmosférica y los delitos de ira,* y *La aclimatación humana en Cuba bajo el Gobierno español.* El primero es un resumen de la discusión habida en la Sociedad Positivista sobre un párrafo de la interesante obra del Licenciado Julio Guerrero, titulada *La génesis del crimen en Méjico.* Dice el Sr. Guerrero: «Háse notado, por ejemplo, que el número de lesiones y riñas, que en el Distrito Federal es enorme, disminuye cuando llueve, y aun llega á desaparecer en una súbita tranquilidad de espíritu.»

«El Licenciado Miguel S. Macedo presentó á la Sociedad un cuadro gráfico, en el cual, y tomando las cifras de estas tablas, aparecen encontradas las curvas respectivas de la delincuencia y de la humedad en los meses extremos, es decir, en los de la primavera é invierno, en tanto que son absolutamente paralelas en la forma de W en los de estío y otoño.

»De esta construcción dedujo que la delincuencia por *ira* disminuye con las *lluvias*, que es la tesis del autor, y no con la humedad, debiéndose atribuir el fenómeno al hecho de que éstas alejan al pueblo de las pulquerías.»

El Sr. Guerrero discutió esta conclusión en los términos siguientes:

«En las haciendas pulqueras, el exceso de bebida no llega á producir los efectos que se notan en la capital. El tipo del hombre gordo, fuerte, obeso en su último grado de degeneración, pero alegre y trabajador, es el que allí llega á producir el abuso del pulque. Las riñas son muy raras entre ellos, y basta, por lo general, la autoridad semipatriarcal y semifeudal del dueño ó mayordomo, para conservar el orden y la moralidad entre todos los sirvientes de esas haciendas; gente sana, robusta y trabajadora, que constituye el elemento productor de todas las llanadas magueyeras de la Mesa Central. El tipo contrario es el alcoholizado en la capital con pulque: demacrado,

perezoso, irritable, y que rápidamente revela en su faz é inteligencia una perturbación hepática, que saturando de bilis su sangre y de ardores su sistema nervioso, lo conduce á la riña y á la liviandad. El tinacal y la taberna son los laboratorios respectivos de estas dos antitéticas formas de la degeneración pulquera. ¿A qué es debido esta diferencia?

»Es un hecho lamentado por los administradores de pulque que su producción disminuye cuando llueve, sobre todo cuando se *lloviznan* las aguasmieles.

»Por motivos profesionales, el Licenciado Guerrero dijo que había cotejado con cuidado unas cifras relativas á compras de pulques en una hacienda de Apam, con las correspondientes á los embarques de esas cantidades en el ferrocarril de Hidalgo, y con las correspondientes á los recibos de esas cantidades, expedidos por el encargado de la casilla expendedora en México. La primera y la tercera concuerdan en todas las cantidades, y la segunda revelaba una merma de 6 á 8 por 100 cuotidianamente. Es, pues, evidente que el pulque era robado antes de embarcarse en el ferrocarril; y como es un hecho que la calidad del expendido en México es inferior al del tinacal, se deduce que al entregarlo al jicarero, la cantidad mermada era sustituída por otras substancias. Pero como su acción embriagante sería notada por el consumidor, para hacer aceptable la adulteración se le mezcla algún alcohol barato de los industriales, de la serie metílica sobre todo, cuyos efectos tóxicos y embriagantes terribles son la demacración, riña, hepatitis y la locura furiosa de nuestros ébrios. Esto explica el horroroso coeficiente de la ebriedad de los léperos mexicanos y el contingente alarmante del pulque alcoholizado *con copa* (sic) en la criminalidad de sangre del Distrito Federal.

»Pero á pesar de esto, en tiempo de lluvias decrece la delincuencia ocasionada por la lluvia, según aceptó el mismo Licenciado Macedo. Ahora bien; si en los meses pluviosos disminuye ésta, á pesar de que se aumenta por la sustitución del alcohol metílico al natural del pulque, y centuplicando sus

energías tóxicas y vesánicas los efectos criminales de la bebidida, se deduce que no desempeña el pulque el papel de causa principal en los hábitos de nuestro pueblo; y como en las épocas de lluvia la humedad aumenta, se desprende, por el contrario, que ésta está unida á la delincuencia por una relación de causa á efecto, casi en razón inversa, según la fórmula matemática dada por el mismo Licenciado Macedo á la tesis del Sr. Guerrero.»

El artículo referente á Cuba es también del Sr. Guerrero, y nos parece tan interesante para nuestros lectores, que no vacilamos en dar de él un amplio extracto, que no significa, claro es, aquiescencia á sus conclusiones. Comienza enumerando las causas de insalubridad y mortalidad súbitas: enfermedades palúdicas y vómito, mantenidas por la alta temperatura; humedad excesiva y falta de higiene; abundancia de ciénagas en la parte llana de la isla; huracanes violentos de Julio á Octubre, y terremotos. Sigue una serie de datos demográficos, por cierto muy incompleta, pues el autor ha dejado de consultar muchas fuentes españolas especiales.

Clasificando los datos que trae, deduce que la población de Cuba es «el resultado de dos grupos de causas: unas, que tienden á su aumento, y otras á su destrucción». Cuenta entre aquéllas la generación, inmigración, éxodos, trata, contrabando negrero, contratación de *coolis* y primas á la cría de raza negra; y entre las segundas, la crueldad de los españoles con la raza dominada, la esclavitud y la guerra. Las enfermedades y accidentes meteorológicos antes mencionados no figuran aquí para nada. Los censos de la isla desde 1774 á 1886 dan como cifras extremas 171.618 habitantes en la primera fecha, y 1.521.684 en la segunda. Pone luego en relación el promedio de estas cifras y el de los años intermedios con las anormales de aumento (inmigración, trata, etc.), y reduciéndolas en seguida á la proporción que les corresponde, «comparando el promedio con la población original en cada período», deduce que «en Cuba, para obtener un aumento en

la población de 7 al millar, se ha necesitado la contratación de *coolis* durante dos años; de 11 al millar, se ha necesitado el contrabando negrero durante dos años; de 25 al millar, se ha necesitado el contrabando negrero y la pérdida de las colonias hispanoamericanas, para que inmigraran á la isla parte de sus habitantes durante cuatro años; de 31 al millar, se ha necesitado el contrabando negrero durante veinticinco años; de 35 al millar, se ha necesitado que España pierda una provincia y que emigraran sus habitantes á Cuba, funcionando también la trata negrera durante diez y siete años; de 52 al millar, se ha necesitado la trata, dos éxodos y la inmigración extranjera durante diez y nueve años; de 55 al millar, se ha necesitado la pérdida de provincias americanas de España, contrabando negrero é inmigración de descontentos españoles durante dos años; de 65 al millar, se ha necesitado la trata y el contrabando negrero durante siete años.

»De estas cifras se desprende que el aumento de población que puede atribuirse á la generación en Cuba, representa una cantidad *menor* que el 6 por 100 de la población, y á veces desciende á una menor del 0,7 por 100; es decir, que si no hubiera habido otras causas que coadyuvaran á la multipicación de la especie humana, la población de la isla habría aumentado de una manera tan insignificante, que quizá hubiera quedado estacionaria. Además, y como durante el período que registra la historia de Cuba hasta el levantamiento de Martí (cuatrocientos años), sólo en la época que siguió á su descubrimiento y en la guerra de 1869 á 1879 funcionaron las causas destructoras de la especie, se deduce que la aclimatación humana fue un problema de colonización no resuelto bajo las instituciones coloniales. ¿Lo será bajo el régimen de libertad é independencia?»

La revista ilustrada *Cuba y América* nutre sus páginas, en gran medida, con traducciones del inglés. Entre los artículos originales que traen sus últimos números, merecen citarse *El Censo de Cuba de 1899,* por Carlos M. Trelles (número de

Febrero y Marzo); *Datos históricos*, por R. Cabrera, muy interesante para conocer las negociaciones que en 1897 se llevaron á cabo con intervención del Sr. Dupuy de Lome, con el propósito de «despertar corrientes de armonía é inteligencia para buscar soluciones al conflicto revolucionario (la guerra de Cuba), eludiendo la amenazante intervención de los Estados Unidos»: artículo nutrido de documentos notables, como el «Proyecto de proposiciones de paz» enviado al Sr. Dupuy por el cónsul dinamarqués, intermediario en las negociaciones, Thowald C. Culmell; la crónica del *Congreso Médico Panamericano* de 1901, por el Dr. F. García Cañizares; un estudio sobre *Notables autoras Norteamericanas,* de Lincoln de Zayas; *El foso de los laureles,* por H. de Saavedra, en que se recuerdan los fusilamientos de patriotas cubanos hechos en aquel sitio de la fortaleza de la Cabaña, y el dramático episodio de la *Fuga del presidio de Ceuta de varios confinados políticos cubanos en 1852,* contado por uno de ellos, Juan O'Bourke.

En Bolivia ha comenzado á publicarse (Enero) un *Boletín de la oficina nacional de inmigración, estadística y propaganda geográfica,* cuyos datos, que es imposible resumir aquí, señalamos á los aficionados á esta clase de estudios.

La *Revista Nacional,* de Buenos Aires, ofrece las siguientes novedades en sus números de Febrero, Marzo y Abril: *Etnografía del Río de la Plata,* por B. T. Martínez, eruditísimo capítulo de un libro inédito en que se estudia la cuestión de la raza autóctona, imposible de determinar hoy día, y la de las invasiones guaraní y kechua; *Bibliografía y crítica histórica*, en que el eminente geógrafo peruano Sr. Larrabure y Unanue estudia, con motivo del *Tratado único del origen de los indios*, que escribió el Oidor D. Diego Andrés Rocha, el problema de la descendencia etnográfica de los indios americanos, pasando revista á las hipótesis del origen europeo, á través de la Atlántida, y el judío, basado en un pasaje de Esdras; la continuación del estudio histórico sobre *Las cesiones de Samaná*, por A. Pujol, y *Un documento valioso del P. Fray*

Pedro Luis Pacheco, relativo á las gestiones hechas, al parecer oficiosamente, en las Cortes europeas y con los hombres más influyentes de las Chancillerías, para lograr el reconocimiento de la nacionalidad argentina. El documento lleva fecha de 1.° Octubre 1822.

También en Buenos Aires ha comenzado á publicarse una revista, órgano de varias agrupaciones de la colonia española, que se titula *Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares.* Contiene informaciones interesantes y la dirige el laborioso y entusiasta escritor Sr. Monner y Sans.

El Ateneo, de Lima, emplea casi todo su número de Diciembre de 1900 en un extenso trabajo del Sr. Whilar sobre *La pedagogía y sus eminentes cultivadores en el siglo XIX.* En lo relativo á España, es muy deficiente é inexacto. Demuestra no conocer bien nuestra literatura pedagógica moderna.

El número primero de 1901 contiene un curiosísimo capítulo sobre el *Carácter, genio y costumbres de los limeños en 1801,* tomado de la inédita (1) *Descripción del Perú,* del naturalista Tadeo Haënke, que se conserva en la British Museum. De las muchas cosas interesantes que relata, entresacamos las siguientes:

«Uno de los caracteres que sobresale más entre estos habitantes, es la generosidad; pues sin embargo de que en las grandes capitales, ó la frecuencia de los huéspedes por una parte, ó el lujo que cercena las facultades por otra, hacen gravosa á la hospitalidad, en la capital del Perú se ejerce con mucha facilidad en las casas de los amigos ó personas para quienes se lleva recomendación. Se desprenden con facilidad de sus alhajas; son suntuosos en sus banquetes y pródigos del dinero; lo miran y gastan con la mayor indiferencia. Pero este mismo desprendimiento, que contenido dentro de sus justos límites haría el mejor elogio de los limeños, es, por des-

(1) Ya no, pues acaba de publicarla la Biblioteca Nacional del Perú. Lima, 1901. Un vol. de XIII-320 págs.

gracia, la causa de la mayor parte de sus ruinas. Llevan al exceso sus gastos, y lo peor es que, apoderándose este furor de derrochar de las clases más pobres, les acarrea incalculables daños, especialmente en los criollos. El *chapetón* es verdad que empieza á viciarse desde que llega á Lima, pero debe confesarse que á él se debe el tal ó cual arreglo que se conserva en muchas familias. Acostumbraba decirnos un amigo que había puesto su estudio en conocer á los limeños: El *chapetón*—decía—viene regularmente á edificar á este país; pero el criollo, su hijo, queda para destruir cuanto su padre edificó.

»En efecto, cuando una casa se halla atrasada, se busca al *chapetón* para que la levante. Este se afana, la adelanta y la pone en tono; pero he aquí que sus hijos acaban con todo, ayudados y aun instigados por la madre.

»No se hallan ni se experimentan delitos atroces en estos vastos reinos, donde puede ser tan fácil la impunidad con la fuga á países y pueblos que distan entre sí tanto, y se caminan centenares de leguas sin tener otros enemigos de temer que las estaciones, los malos caminos, la escasez y la lluvia. Son compasivos en extremo, y desde que se hace público un delito, todos conspiran á ocultar al reo, á disculparle, y hasta á empeñarse en su defensa. Pero su humanidad en nada se conoce más que en el trato de sus esclavos: los visten, calzan y alimentan bastante bien, según su condición; y á pesar de que en éstos suele haber demasiado motivo para los castigos, el más riguroso es ponerlos en una panadería, donde los hacen trabajar y les dan algunas correcciones. Raros son los esclavos que se quejan de que sus amos los traten con severidad. Ellos, con el poco castigo, por el contrario, suelen ser consentidos y flojos servidores.

. . . . . .

»Son dados á los placeres, al juego y á una vida regalada y ociosa. Idólatras de las mujeres, casi siempre estiman poco la suya propia. La juventud se corrompe fácilmente, y en Lima

es crecido el número de mujeres prostitutas, cuyo lujo y riqueza prueban los muchos hombres acomodados que con ellas viven y las mantienen.

»Sin embargo de tales defectos, veo que sus buenas cualidades aventajan en mucho á las malas. Son dulces en su trato, tienen afabilidad y buena explicación, especialmente en materias amorosas, en donde despliegan todos sus chistes y gracias, distinguiéndose en esto con particularidad las mujeres. Diferéncianse éstas de los hombres, aventajándolos, no sólo en aquellas cualidades físicas que parecen como inculcadas en el varón, sino en las dotes del ánimo y sus propiedades morales. Al más ligero examen percibe un observador atento la superioridad de la limeña sobre el criollo, formando un contraste admirable y que la distingue de todas las demás de su sexo en otros países. Tienen el cuerpo más fornido (á proporción) que el de los hombres; es su espíritu más sagaz y penetrante; las ideas, más sólidas y permanentes; ejercen sobre los hombres un influjo casi general; son hermosísimas, agraciadas y tan halagüeñas, que arrebatan y enamoran; muestran en sus palabras y acciones cierto señorío y grandeza que las realza sobremanera; tienen el alma y chiste de las andaluzas, con otros muchos atractivos, y una facilidad en el hablar que las hace muy recomendables. Parece que la fecunda Naturaleza ha derramado sobre ellas sus más preciosos dones. Desde muy temprano despliegan todos los resortes de su alma, y aún más que la física perfección de su cuerpo, se anticipa la de su espíritu. Se oye á las muchachas discursos, razones y proposiciones que manifiestan lo mucho que se les adelanta el uso de la razón. Una limeña de diez años exige, en la conversación de un hombre bien criado, el mismo respeto y atención que una de quince en Europa. Encuéntrase en ellas, por lo común, más formalidad y honradez que en los hombres, y son muy humanas y compasivas.»

Del traje de las mujeres da estas sabrosas noticias:

«Las *tapadas,* que ya no subsisten en España, y con cuyo

disfraz tenían las mujeres un velo para sus intrigas amorosas, como lo atestiguan nuestros cómicos, y con el que bajo de obscura nube del manto conciliaban, sin pérdida de su buena fama, los placeres de la libertad con la opinión de un aparente recato, se hallan todavía en la América meridional. Encubriendo sus ahuecados y el campanudo guardapié, en el día han variado de traje (pues visten á la europea, pero conservan el traje de tapada) con sayas ó basquiñas de la misma hechura y tamaño; pliéganlas á lo largo con pliegues longitudinales y transversales, del mismo modo que el manto, con el cual se tapan perfectamente la cara, descubriendo sólo la órbita del ojo, de manera que al más celoso marido y al más vigilante padre es imposible, cuando no muy difícil, el conocerlas. Adquiere con este ahuecado vestido la figura femenina un volumen tal, que no da pie para inferir su arte y venir en conocimiento de la tapada, á menos que la voz, la figura de los brazos ú otras semejantes señales, den indicios de la persona.

»Pero al paso que con cuidadoso esmero procuran taparse aquellas damas desde la cintura arriba, tienen otro no menor por descubrir los bajos, desde la liga hasta la planta de los pies. La más recatada limeña descubre sin escrúpulo la mitad de la caña de sus piernas. Y por muy escandaloso que parezca á nuestras europeas este traje, el uso común de él en todo aquel país acostumbra insensiblemente la vista y hace al fin que no cause la menor novedad, por extraño y chocante que parezca al principio.»

Termina el capítulo una descripción de la procesión del Corpus:

«Las procesiones de Lima, parecidas á las de España en la ostentación y solemnidad con que salen las santas imágenes, cuyas andas y blandones son de plata á martillo y de la mayor riqueza, además del numeroso concurso de Comunidades religiosas, Tribunales, Cabildos, etc., con el mismo orden que en España, se diversifican con todo en las gracias grotescas

de las danzas que hacen los negros, los que tienen particular afición á ellas, ya por su humor para divertirse, ya por ahorrarse aquellos días de trabajo.

»Estábamos en Lima á la sazón que se verificaba la procesión del Corpus, y pudimos ser testigos de estas particularidades. Componíase la procesión de las Comunidades de San Juan de Dios, de los Mercenarios, de la de Agustinos y la de los Franciscanos. Seguían después el Arzobispo y el Cabildo, y llevaba el palio la guardia de alabarderos del Virrey. Ultimamente, cerraba la procesión un regimiento de dragones y otro de infantería. En las demás funciones salen las santas imágenes, y se reducen á lo mismo con cierta diferencia; pero en ésta sólo salió la magnífica custodia, que en dicha ciudad es de grande riqueza. Asistían los negros, unos con las cabezas adornadas con plumas de gallos, otros con tarjetas en los brazos y palos en las manos, figurando una especie de batalla, pegándose golpes á compás de la música, en los escudos, unos á los otros, quienes repetían lo mismo á su vez. Hacían otros de reyes y reinas, yendo debajo de un quitasol, con su compañía de criados, y con una gravedad y mesura que excitaba la risa. No les falta gracia para bufones á estas pobres gentes, que se olvidan así de su esclavitud y presentan varias de las costumbres de su patria.»

En el mismo número hay un artículo de Manuel A. San Juan, sobre el último poema de Núñez de Arce: *¡Sursum Corda!*

En punto á originales literarios, es interesante la mejicana *Revista Moderna,* que reune las firmas de notables escritores indígenas y extranjeros, con preciosas ilustraciones.

De libros, trataré en la próxima crónica.

HISPANUS.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: Chile: La muerte del Presidente Errázuriz.—Elección definitiva de D. Germán Riesco.—Sus declaraciones sobre su política exterior.=Colombia y Venezuela: El conflicto pendiente.—Sus orígenes y antecedentes.—Los rebeldes.—Andrade y Uribe y Uribe.—La nueva bandera de la restauración de la Colombia de Bolívar.—La intervención de los Estados Unidos.—El asfalto y el Canal.—Dos insurrecciones paralelas y ninguna guerra internacional.—Obscuridad del conflicto.=Chile, la Argentina, etc.: Su asistencia al Congreso Panamericano.

La muerte del Presidente Federico Errázuriz y Echaurren, en Chile, cuando casi tocaba al término de su mandato constitucional, que comenzó el 18 de Septiembre de 1896, y debió concluir en igual fecha del año actual; la elección definitiva de su sucesor y cuñado D. Germán Riesco y Errázuriz Zañartu, que con los 183 votos adictos que obtuvo de los colegios electorales en contra de los 88 de su adversario D. Pedro Monte, quedó ratificada en el acto definitivo legal del 25 de Julio último, y cuya proclamación se hará por el Congreso Nacional el 2 de Septiembre; los recuerdos de la política y administración que el Presidente muerto ha dejado en pos de sí, y las promesas y esperanzas que brotan de la nueva situación que se crea, forma lo más interesante de las cuestiones que en la actualidad preocupan en la parte más austral del continente americano del Sur.

El Presidente Federico Errázuriz murió en Valparaíso á las seis y media de la tarde del 12 de Julio último (1), siendo

(1) La biografía del Presidente Errázuriz se encuentra en el *Diccionario Biográfico de Chile*, publicado en 1897 por D. P. P. Figueroa: «Na-

el primero que muere en la República de Chile durante el desempeño de su elevada magistratura, pues cuando en 21 de Marzo de 1831 murió D. José Ovalle Bezanilla, no era sino Vicepresidente. Tanto por estas circunstancias, cuanto por la

---

ció en Santiago el 16 de Noviembre de 1850. Fueron sus padres D. Federico Errázuriz Zañartu y la señora Eulogia Echaurren Huidobro. Hizo sus primeros estudios en el colegio de los Padres Franceses. Terminó las Humanidades en el Instituto Nacional, y cursó leyes en la Universidad. Obtuvo su título de abogado el 26 de Marzo de 1873. Su Memoria de prueba versó sobre derecho constitucional, teniendo por tema la *Representación de las minorías*, la que se insertó en *Los Anales* de la Universidad. No ejerció la profesión forense, consagrándose á la agricultura, por la cual ha tenido especial predilección. Se inició en la vida política en 1876 como diputado por el departamento de Constitución. Reelegido en 1879, representó á este mismo departamento en varios períodos legislativos. En 1885 formó parte de la oposición parlamentaria contra el Gobierno del Presidente Santa María. En 1889 fue elegido Senador por la provincia de Maule. En 1890 fue nombrado Ministro de Guerra y Marina. En 1891 se asoció á la revolución del Congreso contra la administración del Presidente Balmaceda. Durante el desarrollo de la guerra civil recorrió la Europa, permaneciendo algún tiempo en París. Elegido primeramente diputado por Cauquenes después del triunfo de la rovolución, en 1894 fue electo Senador por la provincia de Maule. En este mismo año fue nombrado Ministro de Justicia é Instrucción Pública. El 5 de Abril de 1896 fue proclamado candidato á la Presidencia de la República en la Convención celebrada por los partidos de la fusión liberal-conservadora, y electo jefe supremo del Estado el 25 de Junio del mismo año. Iniciada su administración el 18 de Septiembre (1896), con el programa de protección á las industrias nacionales, efectuó un viaje de estudio y observación á las provincias australes, á bordo de uno de los buques de guerra de la Armada, acompañado de altos dignatarios, en Marzo de 1897, visitando en su excursión la isla de Juan Fernández, para dedicarla á presidio ó á colonia. Ha procurado borrar las asperezas de la contienda civil de 1891, y después de un período de gobierno con la fusión liberal-conservadora, ha llamado á compartir las labores administrativas á los partidos liberales. En su empeño de procurar al país un vigoroso y uniforme desenvolvimiento industrial, ha solicitado del Congreso la sanción constitucional para diversos proyectos de ley destinados á realizar tan patrióticos propósitos, que darán bienestar á la República.»

estimación general que se dispensaba á las bien equilibradas prendas de su carácter personal, los honores fúnebres que en su honor se han hecho, han sido majestuosos y excepcionales. Luchando largamente en la gravedad de su estado entre la muerte y la vida, de sus últimos momentos sólo fueron solitarios testigos su esposa Doña Gertrudis Echeñique, su hija Doña Elena Errázuriz y el Dr. Germán Greve, que le asistía. Había perdido el conocimiento, sintió alguna fatiga, alzó la mirada hacia la que había sido compañera de su vida, inclinó después la cabeza hacia el lado derecho, de que estaba apoderada la hemiplegía, y espiró en el sillón en que casi de continuo permanecía recostado. El Vicepresidente D. Aníbal Zañartu, que ejercía sus funciones presidenciales, su propio hijo D. Federico Errázuriz Echeñique y el General Körner, que se hallaban en Santiago, apenas el telégrafo les comunicó la noticia, salieron para Valparaíso, adonde concurrieron después el electo Germán Riesco y otros individuos del Gobierno y de la familia. Se dispuso que en todas las plazas de la República, donde hubiera artillería, de quince en quince minutos se disparasen cañonazos en señal de duelo nacional. Los alumnos de la Escuela Militar Naval salieron inmediatamente para dar guardia de honor y escoltar después el cadáver. Se suspendieron por una semana todos los teatros y espectáculos públicos. Se dió orden al Ejército de mar y tierra de vestir por quince días los distintivos reglamentarios del luto. Se dispuso que á las aguas de Valparaíso concurriera toda la escuadra de evoluciones al mando del Contraalmirante Goñi, compuestadel *O'Higgins, Blanco Encalada, Esmeralda, Zenteno y Condell,* para hacer los honores, y entretanto en la Catedral de Santiago se levantaba un ostentoso catafalco para las exequias de cuerpo presente. Al día siguiente se trasladó el cadáver de Valparaíso á Santiago, depositándosele en el Salón de Honor del Congreso Nacional, suntuosamente convertido en capilla ardiente, y adonde fue pública la entrada. A la llegada del cadáver á Santiago, todo el Cuerpo diplomático extranjero se reunió á recibirle en la Estación. Los cuer-

pos de las guarniciones de Valparaíso y de Santiago formaron en línea, además de la división de desembarco de la escuadra que acompañó al cadáver hasta la capital, donde, con el duelo oficial, se juntaron el Presidente electo Riesco y el candidato Lazcano, los dos sobrinos de Errázuriz, seguidos de los representantes del Congreso y de todas las altas clases del mundo administrativo del Estado. Al pasar el cortejo fúnebre por la Casa Consistorial de Santiago, se hallaba enarbolada en ella á media asta la bandera con que en 1810 se juró la independencia. Durante la expedición de Valparaíso á Santiago, cuya marcha se hizo con deliberada lentitud, los pueblos salían al paso á rendir su último homenaje al ilustre magistrado. En Villa de Mar el fuerte Andes hizo seis disparos con sus cañones de 47 y 24, y la conmoción producida á su estampido fue tan violenta, que saltaban rotos en pedazos los vidrios de las ventanillas del tren. En Quillota, Llaillai, Tiltil y Renca, el gentío era inmenso y muy sentidas las demostraciones del duelo popular. El carro en que se colocó el féretro se cubrió de coronas, del que el salón del Congreso era un bosque, y entre las que se detallaba la por todo extremo espléndida del Cuerpo diplomático extranjero. Independiente de ésta, de carácter colectivo, la Legación Argentina, por mandato del Ministro D. Amancio Alcorta, envió otra que fue objeto de la atención general por su estructura artística.

Estas demostraciones especiales de la República Argentina causaron viva impresión, sobre todo cuando los periódicos de Santiago publicaron el expresivo telegrama de condolencia del General Roca al Vicepresidente Zañartu, y el decreto del Gobierno de Buenos Aires ordenando el luto por el amigo muerto, que el telégrafo también transmitió. Uno y otro documento serían siempre importantes; pero lo eran mucho más en el momento en que en algunos círculos de América se discutía si el sucesor de Errázuriz mantendria la buena amistad que entre éste y Roca se pactó en las visitas de Puntaarenas; y las Agencias de Nueva York, mal informadas, ó deliberadamente infor-

madas mal, comunicaban á Europa que las relaciones entre las dos Repúblicas del extremo austral de los Andes, estaban próximas á un rompimiento por un pequeño incidente de fronteras en Cerro Palique que sería el preludio de una guerra inminente. El telegrama del General Roca decía así:—«*Buenos Aires, Julio 14.*—A. S. E. el Sr. Vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo D. Aníbal Zañartu, Santiago de Chile.—Reciba V. E. las expresiones de mi más viva condolencia por el fallecimiento del Sr. Presidente D. Federico Errázuriz. La República Argentina participa sinceramente del duelo que ahí causa la pérdida del ilustre mandatario y esclarecido ciudadano chileno que tanto ha contribuído con su talento y elevación de miras á mantener la amistad y buena armonía entre ambos pueblos. Con este triste motivo saluda á V. E. con su consideración más distinguida, JULIO A. ROCA.»—El decreto del Ejecutivo Argentino dice así:—«*Buenos Aires, Julio 13 de 1901.*—Habiendo resuelto el Gobierno nacional asociarse al duelo de la nación chilena por la sensible pérdida que ha experimentado con el fallecimiento de su Presidente, Excmo. Sr. D. Federico Errázuriz, el cual manifestó durante su gobierno las más cordiales simpatías por el pueblo argentino, del que fue digno y fiel amigo, el Presidente de la República DECRETA: *Artículo 1.°* Durante el día de hoy permanecerá izada á media asta la bandera nacional en todos los edificios públicos, buques y fortalezas de la nación. *Art. 2.°* Por el Ministerio del Interior se comunicará este decreto á los señores Gobernadores de provincia, pidiéndoles se asocien al duelo decretado. *Art. 3.°* Este decreto se pondrá en conocimiento del Gobierno de Chile, al significarle que el pueblo y el Gobierno argentino participan del duelo que embarga á la nación chilena por la pérdida de su ilustre gobernante. *Art. 4.°* Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro nacional.—ROCA.—*Felipe Yofre.*»—Como en los pretendidos conflictos de que telégrafo de Nueva York ha hablado entre Chile y la Argentina, se ha añadido que ésta procedería contra aquélla en alian-

za con el Brasil, el Perú y Bolivia, completa el cuadro de estas demostraciones la actitud de las Cámaras de Diputados y Senadores de Río Janeiro, que apenas informadas de la muerte del Presidente de Chile, suspendieron la sesión que celebraban, comunicándolo así por telégrafo al Gobierno de Santiago, y el telegrama del Ministro de Relaciones Extranjeras del Brasil, Olintho de Magalhaes, y á su Ministro en Chile, Joaquín Godoy, para que en nombre de su Gobierno diera el pésame más sentido al del Vicepresidente Zañartu.

De los demás Estados vecinos y de las grandes potencias de Europa (Inglaterra, Alemania é Italia) no han dejado de llegar á Santiago sentidas expresiones oficiales de duelo, que han completado la pompa fúnebre con que se verificaron el día 17 los grandes funerales en la Catedral y el entierro del cadáver después de la gran ceremonia religiosa. El espectáculo de las exequias fue imponente, y á él asistía toda la alta sociedad de Santiago, mientras que en la ciudad, suspendido el tráfico y cerrados todo género de establecimientos, la población en masa afluía á las calles del tránsito, cuyos edificios, en su casi totalidad, ostentaban colgaduras negras ó adornadas de crespón. En el carro fúnebre se habían colocado los mismos adornos que llevó el que condujo á la última morada el cadáver de O'Higgins; y en el acto de la sepultura, como aún es costumbre en muchos pueblos, se pronunciaron discursos por el Vicepresidente Zañartu, por el Ministro de la Guerra, por el Presidente de la Corte de Justicia y por el Alcalde de Santiago, que entrañaban la apología de un hombre cuyo mandato público se había desempeñado con ejemplar escrupulosidad (1).

(1) El juicio que la voz de sus contemporáneos, por medio de la Prensa, adelanta sobre Errázuriz á la posteridad, puede resumirse en estos párrafos:

De *El Chileno:* «Amante sincero de la paz, llevó á cabo su propósito con un patriotismo que nadie tiene derecho de negarle, cualquiera que haya sido el éxito de las negociaciones que él inspiró. En el interior hizo labor de honrada administración, llamando al seno del Gobierno á los ele-

De esta nota de universal respeto han disentido en el mismo Santiago de Chile dos únicos periódicos, *La Ley* y *El Heraldo,* el primero de los cuales ha prometido probar que Errázuriz fue el más desgraciado y fatal de todos los Presidentes de Chile; y el segundo, que los honores que se han dispensado á su cadáver han sido una falsificación del sentimiento público. Realmente, este lenguaje no revela sino lo que todo el mundo sabe ya de memoria por centuplicadas experiencias en el estado moral por que atraviesan todos los pueblos del universo; es decir, que los sentimientos *unánimes* son un problema de solu-

---

mentos moderados del país, convencido de que no estamos en situación de excitar los ánimos con luchas de conciencia ni con discusiones de doctrinas... El Sr. Errázuriz baja pobre á la tumba. Es este un motivo de orgullo para todos los chilenos, como es una tradición gloriosa en la Presidencia de este país. El amor propio nacional se siente halagado cuando le es dado comprobar, como en el caso presente, que cualquier propósito lleva un hombre á la Presidencia chilena menos el de lucrar inescrupulosamente con la elevada investidura.»

De *La Tarde:* «Que las blancas y frescas rosas, emblema de cariño; que las rojas siemprevivas de la gratitud y del recuerdo; que las yedras verdiobscuras humedecidas de llanto; que las más bellas, las más nobles flores, cubran el sagrado féretro de ese hombre distinguido que ha espirado en lecho de angustiosos sufrimientos, y á cuyo cadáver la pompa oficial ha dado por sudario la bandera de Chile... Aun cuando se ame mucho á la patria, nunca es temprano para aprender á amarla aún más... Podrá haber divergencias de criterio para juzgar la obra del más joven de los Presidentes chilenos en su labor como político y administrador; pero será unánime el sentimiento de justicia para reconocer en Errázuriz dotes excepcionales de patriotismo y de inteligencia, y á su muerte se asocia el duelo de toda la nación.»

De *El Mercurio,* de Valparaíso: «Sean cuales fueren las faltas que pudieran atribuírsele, el hecho culminante para todo el mundo es que fue hermosa su labor para conjurar los peligros en nuestras relaciones con la Argentina, para evitarlos con mano firme, resuelta y enérgica, para suavizar todas sus asperezas y dedicarse con singular constancia y delicadeza á cultivar fraternalmente esas buenas relaciones... En todo lo demás, hizo á su país el bien que le permitieron las circunstancias por que atravesaban los partidos políticos durante su gobierno. El país debe agradecérselo.»

ción tan difícil en todas partes, como la cuadratura del círculo en los ámbitos de la ciencia. De cualquier modo, donde quiera que el espectáculo se da, no hay conciencia moral á la que no repugne la sevicia contra los muertos. Los periódicos del Perú y de Bolivia dejan traspirar una nota amarga en su juicio sobre Errázuriz, porque, después de negociado el Tratado Billinghurst-Latorre, no lo hubiera hecho prevalecer contra la oposición de la Cámara de los Diputados, y porque á Bolivia, en lugar de satisfacerla con la concesión de un puerto sobre el Pacífico, la anonadara bajo el peso de aquella célebre nota de König, que desvaneció las esperanzas halagadas por las promesas de sus agentes en la Paz y en Sucre. Con todo, en Lima se reconoce que, en los gobiernos de opinión, los supremos mandatarios no pueden obrar nunca con la resolución de soberanos.

Aunque Tacua y Arica se chilenalizan cada día más, el problema político internacional no está cerrado. Si la cuestión no ha podido zanjarse definitivamente por medio del arbitraje de la Reina Regente de España, en la forma que para la inspección del plebiscito á que había de someterse en dichas provincias había quedado consignado en el tratado Billinghurs-Latorre, tampoco lo será en las próximas deliberaciones del Congreso Panamericano de Méjico, si Chile, al cabo, á él envía los delegados que andan en candidatura después de la renuncia de D. Vicente Reyes, esto es, D. Marcial Martínez ó don Luis Aldunate. Pero lo que no hay que dudar es que ese asunto queda á las inspiraciones del nuevo Presidente de Chile, don Germán Riesco, que probablemente no lo pondrá sobre el tapete de otra manera que en la en que en la actualidad se halla colocado hasta que en Londres se pronuncie el laudo final sobre la gran cuestión de la limitación de la frontera de los Andes (1). Lo difícil será, en todo caso, y para llegar á las solu-

(1) La biografía de Riesco no está publicada en ningún *Diccionario* americano todavía. Con motivo de su elección para la Presidencia, *El*

ciones conciliadoras que se imponen en las relaciones jurídicas y políticas de la fraternidad y de la solidaridad americana, hallar los elementos de compensación y de equivalencia á

Tarapacá, periódico que se publica en Iquique, ha insertado los apuntes siguientes:

«El Sr. D. Germán Riesco, hijo de D. Mariano Riesco y de D.ª Carlota Errázuriz Zañartu, nació en la ciudad de Rancagua el 28 de Mayo de 1854. Recibió el Sr. Riesco su primera educación en Santiago. Una vez que obtuvo su diploma de bachiller en humanidades, ingresó en la Universidad del Estado, en la que, después de brillantes estudios, obtuvo el título de abogado, á fines del año 1875, á los veintiún años de edad. Pero desde antes, desde 1871, apenas incorporado en las aulas universitarias, el Sr. Riesco, cuya familia no tenía bienes de fortuna, había obtenido en el Ministerio de Justicia el empleo de oficial de número, como un medio de auxiliarse en su vida de estudiante. Desde aquella época, comenzó el Sr. Riesco á sobresalir entre los suyos. En la Universidad fue un alumno distinguido, que llamó la atención de sus compañeros y de sus profesores por la claridad de su inteligencia y por la serenidad de su juicio; en en el Ministerio se impuso á la consideración de sus jefes por esas mismas privilegiadas dotes y por su espíritu de trabajo, que jamás lo ha abandonado en el curso de su vida. Fue rápida por esas razones la carrera que hizo el Sr. Riesco en el Ministerio en que había ingresado, y en el corto espacio de nueve años llegó por merecidos ascensos hasta el cargo de oficial mayor, que desempeñaba en 1879, cuando tenía apenas veintiseis años de edad. En 1880, la Corte de Apelaciones de Santiago lo llamó á ocupar el puesto de relator del Tribunal; diez años más tarde fue nombrado Ministro del mismo, y en 1897 Fiscal de la Corte Suprema, en donde permaneció solamente un año, hasta 1898. Dejó ese cargo el Sr. Riesco para dedicarse al ejercicio libre de su profesión de abogado, y tomar la participación que había sabido conquistarse, y que de legítimo derecho le correspondía, en el movimiento político del país. Quien quiera que en los últimos veinte años haya conocido los Tribunales de Justicia de Santiago, sabe cómo descollaba allí la inteligente y simpática personalidad del Sr. Riesco. Sus consejos, aun en el tiempo en que fue relator de la Corte, eran no sólo oídos, sino buscados por los más viejos y expertos magistrados, en las más arduas cuestiones que esos tribunales tenían que resolver. La opinión del Sr. Riesco era tenida siempre como la más acertada y la más sensata. De ejemplar probidad, de rectitud nunca desmentida, de claro talento, no sólo los Tribunales de Justicia, sino también lo

que hace poco invitaba la situación del territorio del Acre, del que se había apoderado contra la soberanía de Bolivia un puñado de aventureros, estimulados por los tripulantes *yanquis* del cañonero *Wilmington*. Bolivia después ha restablecido sobre aquel territorio su situación de derecho, y por más miradas que se dirijan sobre el mapa, no se encuentran esas equivalencias territoriales que podían dar amigable cima á la cuestión.

Pero hay que fiar al tiempo, á la constancia y á la magnanimidad. El ilustre hijo de Rancagua, que el 18 de Septiembre ascenderá á la primera dignidad de la República chilena, tiene adquiridos, en su bien empleada carrera en el Ministerio de los tribunales, en que pasó la mayor parte de su vida, los hábitos de la Justicia y la familiaridad de los procedimientos con que se llega á sus legítimas sentencias. El crédito de su rectitud es proverbial en cuantos tienen noticia de su persona, y aunque no es la misma la justicia de los tribunales que la justicia de los intereses de nación á nación, el giro de los sucesos que se han de desenvolver en el siglo que ha comenzado en el equilibrio político de toda la América de nuestra sangre, acaso traiga las soluciones que ahora obstruyen los pensamientos del día. Al Perú no se le puede negar su historia. Chile no puede renunciar á sus esperanzas. Hay entre los dos Estados vecinos á quienes por la espalda los Andes levan-

---

círculos políticos, comenzaron á inspirarse en los consejos siempre prudentes y certeros del Sr. Riesco: y cuando se alejó de la vida administrativa y judicial, su nombre se impuso desde el primer momento á la consideración de muchos, como el de la persona llamada á regir algún día los destinos de la República. Correspondió á la provincia de Talca la honra de elegirlo senador. Llegó el Sr. Riesco al Congreso, y allí, como en todas partes, descolló también, tanto por sus méritos como por la moderación de su carácter y su fino tacto político. La gran convención de los partidos liberales proclamó al Sr. Riesco candidato á la Presidencia de la República. La voluntad del pueblo, manifestada hoy en las urnas, lo llevará el 18 de Septiembre próximo á ocupar la primera magistratura de la nación.»

tan una muralla de contención difícil de franquear y á quien de frente el Pacífico solo ofrece las vastas soledades del agua, donde el poder del hombre nada puede establecer ni fundar, como base estable de su dominio y dilatación, intereses irresolubles en su propia contradicción y á los que no hay cálculo humano que ose dar fórmulas de fácil sumisión. Pero la historia tiene sus leyes, y estas leyes se han de cumplir en las evoluciones que para toda América se preparan en el siglo en que hemos entrado. En la masa tormentosa y densa de esas soluciones es donde sólo puede radicar la conciliación de los intereses contrapuestos que entre Chile y el Perú están creados desde la triste guerra del Pacífico y el desdichado tratado de Ancón.

En Europa se han querido poner en pleito las intenciones que Riesco trae á la Presidencia de la República de Chile, atribuyéndole tendencias imperialistas, conquistadoras, esencialmente belicosas. Es temprano para sostener estos prejuicios. Riesco todavía, hasta que se invista de la banda tricolor presidencial, no puede ni ha podido hacer ningún género de declaraciones solemnes. En sus conversaciones de la intimidad revela propósitos pacíficos é intenciones de no ir defrente, sino en pos de aquellas conquistas que levantan á los pueblos en brazos de su prosperidad. Si Walker Martínez halagaba el pensamiento de volver á Buenos Aires á renovar los conflictos de la frontera, ya se ha dicho que en Buenos Aires continuará en su puesto conciliador diplomático Concha Subercaseaux; si Barrios Arana lanza un pelotón de estopa á la publicidad con su *Historia de las negociaciones que trajeron el arbitraje sobre el litigio de la Puna de la Atacama,* ni aun entre sus amigos triunfantes de Montt en la contienda electoral encuentra, como otras veces, los ardientes partidarios de toda idea que entrañe recónditas perturbaciones. Se habla de que Beltrán Mathieu se encargará en el Gobierno de Riesco de la gestión de los Negocios extranjeros; que su primer Ministro será Aniceto Vergara Albano, y que le acompañarán en el Ga-

binete Ismael Tocornal y Manuel Egidio Ballesteros. La verdad pronto se ha de saber, pues dentro de pocos días se formará la nueva situación. Pero no creemos equivocarnos al afirmar que, mientras en la política de Chile no surjan accidentes hoy desconocidos, la política de Riesco será una política de paz interior y de leal fraternidad con las Repúblicas limítrofes y hermanas.

***

Desde los últimos días del mes de Julio, toda la prensa de los dos mundos se ocupa y se preocupa con el conflicto que ha surgido entre Colombia y Venezuela, que ha hecho creer así en la inminencia de una guerra, no sólo entre estas dos Repúblicas, sino entre todas las limítrofes del Norte de la América Meridional y del Sur del Centro, como en la intervención tal vez armada de los Estados Unidos. Los hechos ocurridos son los siguientes: A principios de Julio cundió por toda América la noticia de que Venezuela, que acababa de promulgar una nueva ley ó Carta constitucional, fijando en seis años el período presidencial, y que para disponer las próximas elecciones presidenciales, el día 14 vió celebrar una numerosa reunión de miembros del partido liberal, en la que quedaron fusionados ó *compactados*, como allí se dice, los diversos grupos ó fracciones en que se hallaba dividido, constituyeron una junta Central y Directiva del partido, y por la iniciativa del General J. R. Pachano y la recomendación oral del Sr. Santiago González Guinan, proclamaron la candidatura del General Cipriano Castro para el próximo período presidencial, había suscrito un contrato con la casa Krupp en Alemania para obtener 35.000 fusiles Maüsser, 20 millones de cartuchos, cinco baterías de campaña, 10 cañones de 25 toneladas para la defensa de la Guayra y Puerto Cabello, con la construcción de tres cruceros y cinco buques más para la navegación de los ríos, cuyas construcciones navales habían de estar concluídas para

entrar en el servicio de Venezuela para Agosto de 1902, del mismo modo que el armamento y material de guerra ya expresado había de ser entregado inmediatamente, á fin de que se hallase dentro del mismo próximo pasado Julio en los arsenales de Caracas. Con estas noticias, el telégrafo de Nueva York comenzó simultáneamente á divulgar por los demás Estados de las tres Américas, que el General D. Ignacio Andrade, á quien Castro, por medio de la Revolución había depuesto de la Presidencia, á quien se le habían confiscado sus bienes y aun vendídole recientemente la casa que poseía en Caracas en la Avenida del Este, núm. 33, y que naturalmente en su errática proscripción, ya por algunas Repúblicas del Centro, ya por las Antillas, ya por las grandes ciudades comerciales de la gran Repúbliea del Norte, había venido á ser el jefe de todos los elementos hostiles á su competidor victorioso, se hallaba de incógnito en Nueva York, había recibido allí cuantiosos auxilios pecuniarios á cuya adquisición no habían sido extraños el Cónsul americano Mr. Loomis, á quien el General Castro se vió precisado á expulsar de Caracas, y la *New York and Bermúdez Asphalt Company,* cuyas pretensiones fueron causa de aquella expulsión, se empleaba en equipar una expedición filibustera para invadir á Venezuela y derribar al Gobierno que Andrade calificaba de usurpador, y se unía á los hermanos D. Alejandro y D. Angel Hernández, hijos del General revolucionario D. José Manuel, preso en Maracaibo, y al Sr. C. A. Uguete, para emprender la acción común. Los telegramas de Nueva York, que referían estas cosas, añadían que el Cónsul general de Venezuela en aquella ciudad, señor González Estévez, no daba importancia alguna á los rumores que se extendían sobre aquellas operaciones.

El 6 de Julio, el General Andrade salía de Nueva York, y el 12 llegaba embarcado á San Juan de Puerto Rico, y la prensa de Nueva York y el telégrafo de sus Agencias continuaban menudeando noticias sensasionales sobre los preparativos guerreros que hacían los emigrados venezolanos para intentar la

proyectada expedición filibustera, remitir armas de contrabando y encender la revolución contra Castro, haciendo sonar siempre el nombre del General Andrade, como propulsor de ella, y á los hijos del General Hernández *(el Mocho)* en complicidad con él, y atribuyendo al menor de ellos, D. Angel, la compra de varios miles de rifles Remington y Maüsser, por cada uno de los que, de segunda mano, había pagado tres pesos. En Puerto Rico, al cabo, á instancias del Cónsul de Venezuela, las autoridades americanas pidieron al General Andrade, luego que fue descubierto el día 20 en la ciudad de San Juan, informes sobre sus intenciones, á lo que contestó que «personalmente no se interesaría en el movimiento, porque su situación personal había llegado á ser bastante precaria, hasta el punto de tener que vivir de su trabajo corporal; pero que, como el estado en que Venezuela se encontraba era insostenible, se imponía un cambio de política, *y la nación no había de perecer por una revolución más ó menos,* llevando hechas más *de sesenta* desde que se constituyó la actual República; otros se encargarían de llevar á cabo la revolución». A los cuatro días de hechas estas declaraciones en San Juan de Puerto Rico por el ex General y ex Presidente venezolano D. Ignacio Andrade, se verificó por la frontera colombiana del Estado de Táchira la invasión.

Es conveniente notar que el día 24 de Julio próximo pasado entrañaba para los venezolanos dos efemérides importantes: la primera, ser este día en el que se celebra anualmente en toda la República con la mayor solemnidad la fiesta del cumpleaños ó natalicio del libertador Simón Bolívar; la segunda, haber sido el 24 de Julio del año anterior de 1900 el día escogido por el General Cipriano de Castro para expedir la proclama, en que declaró oficialmente la paz en toda la República, en que ordenó la libertad de todas las personas que estaban presas por causas políticas, constituyó el Gobierno de que han formado parte Eduardo Blanco, Caprera, Malo, el General Pulido, Tello de Mendoza, Atañez, Ayala y Quintero, prometió proponer

al país y á sus Cámaras la aprobación de una Carta nueva constitucional y legitimar él mismo los poderes de que la victoria sobre sus adversarios, por medio de las armas, le había investido, sometiendo su nombre al voto de la ley. Tales promesas no fueron baldías. El mundo exterior creyó que con el Gobierno de Castro, Venezuela entraría en una verdadera y prolongada era de paz y de regeneración, y apresuráronse á reconocer su Gobierno simultáneamente los de los Estados Unidos, Francia y España. A poco surgieron las complicaciones, no habiendo sido las que menos motivos han dado para gastar en un año el prestigio del General Castro, las concesiones á las Compañías para la explotación del asfalto, con las consecuencias á que han dado lugar en sus rozamientos diplomáticos con el Gobierno de Washington, su excusa para no concurrir á la Exposición Panamericana de Búffalo, las concesiones que se le han atribuído ya al Gobierno de Berlín para establecer un depósito de carbón en la Isla Margarita, ya al Conde Potocki-Rhom para fundar una gran colonia de quinientas familias alemanas en una vasta zona del territorio venezolano, y ya también la negativa dada al Gobierno norteamericano para dejar sacar de Venezuela de diez á quince mil braceros, que habían de ser transportados á la isla de Cuba, ya para emplearlos en las obras del ferrocarril central que se proyecta, ya para aplicarlos á las nuevas empresas *yanquis* que quieren dar nuevo impulso á las explotaciones agrícolas de la isla; y aunque es indudable que el General Castro ha manifestado alguna saludable tendencia á la aproximación de la fraternidad hispanoamericana, proponiendo estrechar sus relaciones con la Argentina con motivo de los homenajes hechos á la memoria del General San Martín, y haciendo acreditar en Caracas la legación chilena que desempeña el ex Ministro de Gracia y Justicia del Gobierno de Errázuriz, D. Francisco J. Herboso, y la legación de Bolivia, que se ha confiado por el Gobierno del General Pando á su propio representante plenipotenciario en Washington, D. Fernando E. Guachalla,

Castro ha dejado mucho que desear en sus relaciones de vecindad, sobre todo con Colombia, contra quien, desde su constitución en la Presidencia de Venezuela, no sólo se dijo que andaba en pactos para una alianza agresiva con el Ecuador, Costa Rica y aun Nicaragua, sino que de esta animosidad se han ocupado escritores de tal valía como Ricardo Becerra, Juan Coronel y otros, que han escrito juicios como los siguientes:

«Es de pública notoriedad—decía Coronel á fines del año anterior en *La Tarde* de Santiago de Chile—que el General Cipriano Castro, Presidente de Venezuela, apoya la actual revolución colombiana (sostenida cruelmente por el General Uribe y Uribe en el Estado de Panamá), á lo que se agrega el proceder incorrecto que se contiene en haber nombrado Gobernador de un Estado federal vecino de Colombia al General Benjamín Ruíz, conocido liberal y revolucionario colombiano. Más altos que los prejuicios de escuela, están el Derecho Internacional y el deber de respetarlo en absoluto. Apartando lo que en los actos de Castro favorece á nuestro partido, no vemos sino su intervención punible en contiendas interiores de un pueblo soberano, y condenamos enérgicamente esa intervención, aunque en lo individual nos sea favorable. Se dijo en los diarios de Caracas que el Gobierno de Colombia había investido de mando militar importante en la península de Guajira, limítrofe de Venezuela, al General Alcázar Pulgar, jefe venezolano, enemigo del gobierno de Castro. Inexacta la noticia, desmintióla el Sr. Becerra, *en su calidad de colombiano*, á quien interesan por encima de las pasiones del momento, el buen nombre de su Gobierno y la responsabilidad de su patria.» Becerra se hallaba en Caracas cuando publicó este mentís á una noticia falsa, y por orden del General Castro fue expulsado del territorio de Venezuela.

El Eco del Norte, y el 1.° de Enero de 1901 *El Porvenir* de Cartagena, publicaba el primero y reproducía el segundo otro artículo de graves cargos contra el General Cipriano Cas-

tro, contra la protección que dispensaba á la revolución en Colombia, cuando los esfuerzos del Gobierno del Vicepresidente Marroquín, con mil costosos sacrificios, lograba derrotar á los insurrectos y llevar la guerra á su agonía.—«Sépase que las autoridades de Táchira, por orden expresa del Sr. Cipriano Castro, preparan una nueva invasión de asilados colombianos para la provincia de Cúcuta; que dos días después del triunfo del Rosario, llegó á San Cristóbal Eugenio Sarmiento con un gran cargamento de armas y municiones despachadas de la Guayra por Maracaibo, Encontrados y Colón, y que careciendo de dinero los asilados para su expedición, por mandato de Castro se les ha facilitado de las cajas provinciales de Táchira.» La lectura de los periódicos colombianos, durante el Gobierno del General Castro en Venezuela, llegaba á fatigar con la repetición de estas quejas siempre vivas, que en Caracas no eran rectificadas. ¿No era, en realidad, ésta una mala política de vecindad?

Estos antecedentes no pueden dejar de tenerse en la memoria, al leer las relaciones del telégrafo y de la prensa después de los sucesos que se han verificado en la frontera venezolano-colombiana el día 24 de Julio último. En Nueva York se había concertado un nuevo movimiento revolucionario en que tomarían parte los revolucionarios de Colombia vencidos del Dr. Marroquín, los revolucionarios venezolanos vencidos del General Castro, y toda esa multitud de aventureros políticos que las frecuentes revoluciones de América ha arrojado á la incierta suerte de las agitaciones armadas, muchos de ellos sin patria conocida, en muchos en ellos como un modo industrioso de vivir. En el núcleo directivo de esta nueva conspiración figuraba el General colombiano, jefe de la vencida revolución D. Rafael Uribe y Uribe, el cual, abatiendo la bandera escuetamente *liberal* con que durante cerca de tres años ha ensangrentado su patria para combatir á los conservadores gobernantes, así del anciano San Clemente como del Vicepresidente en funciones constitucionales, ha puesto á Colombia en pe-

ligro de fraccionarse, y una parte, la más preciosa de la República, al borde de ser intervenida y *anexionada* por los Estados Unidos, ha tenido ahora la temeridad de enarbolar un nuevo lábaro de guerra, proclamando que «debe ser aspiración suprema de los pueblos que formaron la Gran Colombia (Venezuela, Colombia y Ecuador) reconstituir esa nacionalidad gloriosa y potente, que la presión de la exigencia del tiempo hace hoy más necesaria que nunca; que su bandera ha cruzado al través de la refriega, y que si pudo en un principio no ser más que la reivindicación de un partido en las querellas intestinas de su país, ahora sería *la bandera de la Gran Colombia*». Erigido desde Nueva York, mediante esta declaración, el colombiano ingerto en *yanqui* Uribe y Uribe en mente militar directiva de esta revolución, salió á contrarrestar esta tendencia calificada de parricida el antiguo diplomático venezolano D. Carlos Rangel Garbiras, conocido en Madrid, en donde tuvo la representación de su país durante la sustanciación del arbitraje en la cuestión de fronteras, que Colombia y Venezuela sometieron al laudo del Rey D. Alfonso XIII y cuya sentencia, á causa de su muerte prematura, no pudo pronunciar este Monarca tan probo y recto. Rangel Garbiras, desde Cúcuta, y con fecha del día 18 de Julio, publicó un manifiesto *Al país y á mis amigos políticos*, en que acusando al *Capitolio* de Caracas como el centro de la conspiración tramada por los poderes existentes para hacer desaparecer como naciones independientes al Ecuador, Venezuela y Colombia, bajo el lema de la bandera de la Gran Colombia, asumía la jefatura *accidental* del partido republicano de los Andes y del nacionalismo venezolano. Este documento fue la voz de mando para la invasión que se verificó seis días después.

La invasión se verificó por las inmediaciones de San Antonio de Táchira, en la frontera de Colombia, y sobre el contingente de los que seguían al *doctor* (?) Rangel se han dado cifras diversas entre cinco y seis mil hombres armados. Conocido en Caracas el suceso, á los revolucionarios de Rangel,

que ya en su manifiesto se revela adicto sólo del General *mártir, su ilustre jefe*, José Manuel Hernández, de cuyos hijos ya se ha hablado en los preparativos de Nueva York, se les bosquejó como un ejército de tropas regulares colombianas, tomando tales vuelos esta falsa idea, que en el Consejo de sus Ministros que aceleradamente reunió el General Presidente Castro, lo primero que propuso fue la declaración de la guerra á Colombia y el inmediato destacamento de un ejército tan numeroso como se pudiera, para oponerse á los invasores, arrojarlos del territorio y avanzar hacia el de la República vecina. Uno de los Ministros, el de la Guerra, General José Ignacio Pulido, disintió enteramente de esta resolución, porque, en su opinión, los invasores no eran colombianos, sino revolucionarios venezolanos. El mismo Ministro de Negocios Extranjeros, Eduardo Blanco, estimó que era obrar con demasiado apresuramiento enviar sus pasaportes al Ministro de Colombia, Sr. Rico, como Castro quería. Mas el General Castro discutió el tema con tal calor, que el General Pulido se vió en el caso de presentar su dimisión en el acto. De aquel Consejo salieron disposiciones tan graves, que al día siguiente, 26 de Julio, el periódico oficial publicaba un Manifiesto del Presidente á los venezolanos, anunciando la invasión del territorio nacional *por un ejército extranjero*, y el decreto suspendiendo las recién proclamadas garantías de la nueva Constitución en todas las provincias de la República (1).

---

(1) He aquí estos documentos:

I. «El ejecutivo federal de los Estados Unidos de Venezuela—En uso de las facultades que le confiere la atribución 21 del art. 89 de la Constitución nacional; y en consideración á que el orden público ha sido alterado en los pueblos de la frontera venezolana del Estado Táchira, por la invasión á mano armada, procedente de Colombia, decreta: *Artículo 1.°* Quedan suspendidos, en los Estados Táchira, Mérida, Trujillo y Maracaibo, los derechos á que se refieren los números 3, 4, caso primero del 5, 6, 7, 9, y caso noveno del 14 del art. 17 de la Constitución nacional. *Art. 2.°* Del mismo modo quedan suspendidos, en los demás Estados de

Al encuentro de los invasores salieron fuerzas regulares del Gobierno venezolano, que el telégrafo ha hecho ascender á 10.000 hombres. Se ha hablado de dos sucesivos encuentros entre unas y otras fuerzas armadas; se ha dicho que en el pri-

---

la República, en el Distrito Federal y en los Territorios Federales, los derechos de los venezolanos á que se refieren los números 6, 7, caso primero del número 5 y 9 del 14, del art. 17 de la Constitución nacional. *Artículo 3.°* Los Presidentes de Estados, el Gobernador del Distrito Federal y los Gobernadores de los Territorios Federales reglamentarán el presente Decreto en su respectiva jurisdicción, de acuerdo con las supremas necesidades del orden público. Dado, firmado, refrendado por los Ministros del Despacho Ejecutivo, por el Gobernador del Distrito Federal y por el Secretario general del Ejecutivo, y sellado con el Sello nacional en el Palacio Federal del Capitolio de Caracas, en 26 de Julio de 1901.—Año 91 de la Independencia y 43 de la Federación.—CIPRIANO CASTRO.—El Ministro de Relaciones Interiores, *J. A. Velutini.*—El Ministro de Relaciones Exteriores, *Eduardo Blanco.*—El Ministro de Hacienda y Crédito Público, *R. Tello Mendoza.*—El Ministro de Guerra y Marina, *José Ignacio Pulido.*—El Ministro de Fomento, *Felipe Arocha G.*—El Ministro de Obras Públicas, *J. Otáñez M.*—El Ministro de Instrucción Pública, *Félix Quintero.*—El Gobernador del Distrito Federal, *C. Escalante.*—El Secretario general, *J. Torres Cárdenas.*»

II. «CIPRIANO CASTRO, PRESIDENTE PROVISIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA, GENERAL EN JEFE DE SUS EJÉRCITOS, ETC., ETC., ETCÉTERA.—*A los venezolanos.*—¡¡Compatriotas!! El Sagrado Territorio de la Patria ha sido invadido por un ejército de colombianos, comandados por el traidor Carlos Rangel Garbiras, penetrando por las vías de Ureña y San Antonio. Al anunciaros este atentado, que afecta el honor y la paz de la República, cumplo con mis deberes de primer responsable de la suerte de Venezuela, diciéndoos que ya á esta hora han sido dictadas todas las disposiciones que tan grave atentado reclama. De modo que, para facilitar el ejercicio de mi autoridad discrecional, como Comandante en Jefe del ejército venezolano, y conciliar á la vez con aquélla mis deberes de Presidente de la República, el Ejecutivo Federal ha hecho uso de la atribución 21 del art. 9 de la Constitución nacional, suspendiendo aquellas garantías individuales, cuyo ejercicio puede ser incompatible con la defensa del orden público. Al propio tiempo he ordenado que diez mil veteranos del ejército de Occidente marchen inmediatamente sobre San Cristóbal á apoyar la autoridad del Gobierno del Estado Táchira, y

mero de estos encuentros las tropas del Gobierno habían quedado derrotadas, y victoriosas en el segundo. Pero aunque este último combate parece reñido entre el 29 y el 30 de Julio; aunque se ha anunciado repetidas veces la proximidad de una batalla; aunque desde el primer instante se habló de una declaración formal de guerra de parte de Venezuela á Colombia, y de la probabilidad de que á Venezuela se le uniesen en una acción militar común el Ecuador, Costa Rica y acaso Nicaragua, el tiempo ha pasado, y en lo que va vencido de Agosto las cosas no han ido tan allá como de los primeros raptos furiosos del General Castro se hacía temer.

Con el movimiento revolucionario de Rangel Garbiras sobre Venezuela ha coincidido la reaparición de Uribe y Uribe al frente de los revolucionarios colombianos en Panamá, á los que presta todo género de auxilios y municiones la República de Nicaragua. Se ha dado acasión para que el Gobierno de los Estados Unidos, á pretexto de garantir el libre comercio del istmo, para lo que está autorizado por el tratado de 1846, con la antigua República de Nueva Granada, haya mandado á las aguas de Colón el cañonero *Macchias*, haya conminado al Gobierno de Bogotá á tomar medidas enérgicas para impedir toda obstrucción en la libre expedición de los cuatro trenes diarios que circulan por el ferrocarril del istmo, y ha amenazado con destacar, así á las aguas de Panamá como á las de Colón, acorazados del porte del *Wiscousin* y del *Iowa,* en el caso de que le sea necesaria una intervención más activa en las dos guerras civiles que se recrudecen en Colombia y en

---

hacer respetar la soberanía y la integridad del Territorio Nacional. Estamos, pues, de pie, el Gobierno y el ejército; y al participároslo, juro por ambos, en nombre de la República, que todos nuestros deberes serán cumplidos. Así, pues, compatriotas, pido y reclamo en nombre de Venezuela, en estos momentos solemnes, el concurso decidido de todos sus hijos que no sean—como Rangel Garbiras—traidores á la Patria, y que tengan exacta noción del honor y del deber.—Palacio de Miraflores en Caracas, á 26 de Julio de 1901.—CIPRIANO CASTRO.»

Venezuela, y aun un contingente más respetable de sus tuerzas navales, en el caso de que realmente se planteara la cuestión de la guerra entre las dos Repúblicas vecinas del Norte de la América del Sur.

***

¿Estallará la guerra? No estallará. Si los datos que sobre los antecedentes de los conflictos actuales quedan consignados se examinan bien, sólo se ven en su fondo arteros maquiavelismos que á nadie podrían engañar. Uribe y Uribe, levantando en Nueva York una nueva bandera para la fusión de las antiguas Repúblicas y la restauración de la antigua Gran Colombia de Bolívar; y Rangel Garbiras promoviendo una invasión desde Colombia en Venezuela, á título de los principios *nacionalistas,* para combatir aquella idea, sólo presentan al mundo el espectáculo de la degradación á que se llega hasta por los que se consideran en el rango de grandes personalidades políticas, cuando vilmente se somete la voluntad y la conciencia al interés de los enemigos de su propia patria. ¿Qué movimiento de recomposición había de poder verificarse por medio de las armas entre Colombia, el Ecuador y Venezuela, que, de ser viable, no fuera al punto aplastado por los hábiles manejos del coloso del Norte, que no consiente que en la América latina las pequeñas Repúblicas en que está dividida se fortalezcan por la agrupación entre sí, cuando en el Centro está tan reciente el ejemplo del frustrado movimiento de unión que se hizo por el Salvador, Nicaragua y Honduras, después del pacto fraternal de Amapala y el Congreso armonizador de Managua, y eso que en aquella unión repugnaron entrar Guatemala y Costa Rica? En ningún país hispanoamericano, y mucho más que en todos los demás países hispanoamericanos en Venezuela y Colombia, si tal bandera se levantara y fuera viable por los procedimientos de la paz, como en Amapala y Managua, ó por los procedimientos de la guerra, á que parece

inclinarse Uribe y Uribe, falta nunca uno y cien Generales Regalados capaces de destruir todos estos hermosos sueños de engrandecimiento, si con manos ocultas se les empuja á desbaratarlo todo, dándoles en premio la alta magistratura política del país de donde salen. Pero aun sin esto, ¿qué importancia tenía para justificar el manifiesto de Rangel Garbiras en Cúcuta y la invasión de la frontera de Ureña y San Antonio que un General como Uribe y Uribe, derrotado en sus tentativas en tres años, fugitivo de su campo de acción y amparado de la proscripción en el asilo de los Estados Unidos, levantara las banderas que le diera la gana? ¿Es que la aspiración á la reconstrucción de la Gran Colombia con que Uribe y Uribe reemplazaba sus antiguos y circunscriptos ideales de partido, como hombre de acción del partido colombiano liberal, por el mero hecho de pronunciarse en letras de molde desde un país extranjero, desde el desairado hogar de una proscripción y desde el mortificante acicate de una terrible derrota, entrañaba algún compromiso solemne y consentido por los Gobiernos, los Parlamentos y los Estados, que únicamente pueden dar autoridad á tales clases de aspiraciones? La reconstrucción de la Gran Colombia, proclamada en Nueva York por el ex General colombiano Uribe y Uribe, ¿constituía además una bandera política que enarbolara el Presidente de la República de Venezuela, Cipriano de Castro? Si este hecho no puede admitirse, ¿qué justificación podía tener el movimiento *nacionalista* de Rangel Garbiras al invadir el territorio de su patria, en donde en documentos públicos por dos veces ha sido calificado de *traidor?* Y si el General Cipriano de Castro en Venezuela no podía ser solidario de la bandera transformadora de Uribe y Uribe en Nueva York, ¿por qué suponer en Caracas que en Bogotá el Dr. Marroquín podía ser ni hacerse solidario de la revolución *nacionalista* intentada desde Cúcuta por Rangel Garbiras, un refugiado venezolano, y como refugiado, un conspirador?

Sin negar que en Colombia se han abrigado muchas que-

jas durante los tres años de la última revolución contra los países vecinos de donde salían las expediciones perturbadoras, de donde los revolucionarios en armas recibían sus auxilios, y en cuya inmunidad internacional hallaban la impunidad de sus hechos, cuando eran batidos y se pronunciaban en fuga, hay que reconocer que la situación económica interior de Colombia no es tan próspera que le consienta el lujo de poder proteger expediciones armadas como la de Rangel Garbiras, y mucho menos para poner á su mandato las fuerzas militares de la nación. Para que se forme una idea de lo que es esta situación económica, baste decir que el cambio sobre el exterior después de la considerable baja que sufrió á la publicación de la paz, se hallaba á fines de Julio en Bogotá al 1.600 por 100, y que habiéndose ofrecido al Gobierno del Sr. Marroquín por uno de los Bancos más poderosos de la capital un empréstito al 1.400 por 100, el Presidente de la República, de acuerdo con su Ministro de Hacienda, no quiso admitir estas proposiciones.

La situación política no ha sido tampoco nunca normal. Cuando Uribe y Uribe abandonó al país, muchas guerrillas no quisieron someterse y su persecución fatigaba en un trabajo constante así al Gobierno central como á las fuerzas que para perseguirlas se hallaban en continuo movimiento. El 10 de Julio último, el General Perdomo destruía en Girardot las guerrillas insurgentes de Marín, Carrasco, Baron y otros *jefes de taifas*. No obstante, las capitulaciones eran frecuentes, y el 20 de Julio se publicaban en los periódicos de Bogotá las nóminas de los últimos capitulados. Los avances hacia la pacificación total eran cada día más pronunciados, cuando el Cónsul general de Colombia en Nueva York avisó por telégrafo el día 25 que hacía tres semanas que misteriosamente había desaparecido de aquella ciudad el General Uribe. El *New York-Times*, apenas se divulgó esta noticia, envió un redactor á D. Rafael Pérez, Secretario del jefe revolucionario, y Pérez le anunció que dentro de pocos días habría noticias

públicas de él. El *Times* entonces dijo que Uribe y Uribe se había embarcado el 15 de Junio para Caracas. No obstante la noticia oficial que el 30 cundió, causando en los círculos de Nueva York una gran impresión, fue la de que el Gobierno colombiano había hecho extraer del vapor alemán *Allegheny*, de la Compañía Hamburguesa, en Barranquilla, uno de los puertos de Colombia, á D. Abel Murillo, uno de los Ayudantes del General Uribe, al cual se le condujo preso á Bogotá. Cuando esta noticia se supo, el *New-York Times* volvió á hablar del asunto, y anunció que el General Uribe y Uribe se hallaba ya en territorio colombiano, y que en Colombia contaba con la cooperación de los Generales Herrera, Marín y otros, con las fuerzas que tenían bajo sus mandos. En Cartagena, en Colombia, y en Caracas, en Venezuela, se confirmaban simultáneamente estas noticias, y *El Pregonero,* periódico de la capital venezolana, añadía: «El espíritu público que en Colombia no había desmayado en los últimos tiempos aciagos de há más de un año, se ha confortado en estos últimos días con la sola noticia de estar ya en campaña nuevamente los Generales Uribe y Uribe, Herrera, Avelino Rosas y otros jefes, terror blanco de los conservadores de aquel país.»

Al día siguiente de la publicación de estos párrafos, acontecía la tentativa de Rangel Garbiras por el Estado de Táchira. Después, se ha dicho que Uribe y Uribe había sido herido y muerto en el combate de San Cristóbal; pero, además de que esta noticia no se ha confirmado, ¿no parece una contradicción que parezcan juntos en una acción revolucionaria común Uribe y Uribe, que en su manifiesto firmado en Nueva York levantaba la bandera de la fusión de la Gran Colombia, y Rangel Garbiras, que en su manifiesto de Cúcuta, á título de jefe del *nacionalismo*, expresaba que se lanzaba á la revolución para oponerse á aquel designio y combatir contra aquella bandera?

Hay otro hecho que anotar, para cuando pueda hacerse el análisis razonado de estos obscuros sucesos. El Gobierno ve-

nezolano, cuya vigilancia ha tenido que extremarse con estos acontecimientos, el día 2 de Agosto aprehendió una embarcación que remontaba el Orinoco hasta Tukupit, y que llevaba á bordo al profesor Riddle y á todos sus tripulantes, que decían regresar de la Comisión de pesquería americana, que por orden del Gobierno de los Estados Unidos habían desempeñado en Sud-América. A los detenidos se les recogieron un gran número de armas y fueron conducidos presos á Ciudad Bolívar. Apenas el telégrafo hizo pública la noticia, así en Venezuela como en Colombia y en el Centro, de Colón se expidieron despachos telegráficos á la Casa Blanca, pidiendo la inmediata presencia de algún buque militar norteamericano, denunciando que el tráfico por el istmo estaba amenazado por la lucha empeñada que había entre las tropas colombianas y las fuerzas revolucionarias. Se transmitieron detalles precisos sobre la entrada de los rebeldes en Bihic, pequeña estación del ferrocarril, que carecía de protección militar, y se refirieron actos de despojo y de violencias, cometidos en las tiendas chinas y contra toda clase de personas. En Washington se dispuso en seguida la salida del crucero *Macchías* y se pidieron noticias oficiales á los cónsules del Itsmo... ¡Las noticias eran falsas! ¡El tráfico del itsmo no se había interrumpido un solo momento, y se hacía... y se hace con perfecta regularidad!

Después de esto, ¿qué ocurre en Colombia? ¿Qué ocurre en Venezuela? ¿Cuál es la realidad del conflicto? ¿En qué se funda? ¿A qué fines se dirigen sus promovedores de una y otra parte? ¿A dónde se va? En América nadie hay que no lo sepa.

***

El momento de la inauguración del Congreso Panamericano de Méjico se aproxima, y las actitudes se definen. Los que anunciaban que no concurrirían á él, nombran ya sus delegados; pero el Gobierno de Buenos Aires ha discutido en sesión secreta con sus Cámaras la extensión de los poderes que

han de llevar, y estos poderes son limitados y condicionales. El mismo carácter tendrán los de los delegados del Perú, Bolivia, el Brasil, la Oriental y algunos Estados del Centro.

Respecto á Chile, su última palabra se condensa en el siguiente documento público que el Ministro Sr. Vicuña ha enviado al Director interino de la Oficina de las Repúblicas americanas (*Bureau of the American Republics*).

«*Legación de Chile, Washington, D. C. Julio 18 de 1901.* Señor: Esta mañana tuve el honor de comunicar á Su Excelencia Mr. John Hay, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América y Presidente del Comité ejecutivo de la Unión de las Repúblicas americanas, la siguiente resolución tomada por el Gobierno de Chile respecto á su concurrencia al Congreso Panamericano que ha de celebrarse en Méjico. Chile mantiene su aceptación bajo las condiciones del programa, tal como fue definido por el Comité ejecutivo el 6 de Mayo. El programa así definido, Chile lo considera obligatorio para el Congreso Panamericano. Si en lo sucesivo, dentro ó fuera del expresado Congreso y sin el consentimiento de todas las naciones invitadas, se introdujera alguna modificación substancial en el repetido programa, Chile decidirá si debe ó no mantener su aceptación. Sírvase usted, Sr. Director, elevar esta resolución del Gobierno de Chile á conocimiento del Comité ejecutivo de las Repúblicas americanas, y hacer que á su debido tiempo sea comunicado de oficio al Gobierno de Méjico, uno de los Gobiernos invitadores.»

Iob.

CRONICA LITERARIA

RECUERDOS DE UN DIPLOMÁTICO (tomo I), por D. Augusto Conte.—LAS VENDIMIAS, poema geórgico, por D. Eduardo Marquina.

En nuestra literatura histórica contemporánea, toda ella poco abundante, escasean las Memorias, género tan cultivado modernamente en otras naciones. Bien puede decirse que en este punto, lejos de haber realizado progreso alguno, nos hallamos en un momento de decadencia. Los avisos y relaciones de sucesos históricos del siglo XVII, con todos sus defectos, son en conjunto superiores á lo que en esta rama de los escritos de historia hemos producido en todo el siglo XIX y en los primeros días del XX, en que nos hallamos. Por eso, cualquier producción del género á que nos referimos tiene entre nosotros, por virtud de esa misma escasez, una importancia relativa de que acaso carecería en otro país de aquellos en que los autores de Memorias no dan paz á la mano ni dejan reposar las prensas.

Aun sin esta circunstancia no serían un libro vulgar los *Recuerdos de un diplomático,* escritos por el Sr. D. Augusto Conte, y cuyo primer volumen ha visto no ha mucho la luz pública. Indudablemente algunas de las *Memorias* y *Diarios* que se publican á cada paso en Francia, Inglaterra y Alemania, no superan en la amenidad del estilo ni en la variedad é interés del asunto al libro del Sr. Conte. Claro es que me refiero á Memorias y Diarios de personalidades subalternas. Las

de los grandes personajes, como Bismarck, Crispi, etc., por poco que digan, tienen el interés superior que les presta el emanar de alguno de los principales autores del drama histórico y no de un mero espectador ó de uno de los comparsas del coro.

No igualan tampoco los *Recuerdos* de D. Augusto Conte, con ser un libro muy agradable y bastante instructivo, á otras de las *Memorias* de españoles publicadas anteriormente. Las de D. Antonio Alcalá Galiano y las del General Córdoba superan sin duda en interés y en perfección literaria á las del Señor Conte; pero aun siendo éstas inferiores en conjunto á las citadas, no lo son igualmente en cada una de sus partes y aspectos, y presentan un mérito que ciertamente compensa otras inferioridades.

Me refiero á la ingenuidad y llaneza con que están escritos estos *Recuerdos*, como si el autor los hubiera ido consignando tan sólo para su uso particular y ayuda de su memoria, sin pensar en dirigirse á un público ni pretender, por lo tanto, persuadir ni deleitar á nadie más que á sí mismo. Las *Memorias* de Córdoba, por ejemplo, son todo lo contrario: una refundición literaria de las notas personales del autor. Es seguro que con esto ganaron mucho, tanto en la forma de la exposición como en el método, orden y claridad de su contenido, y aun acaso también en la profundidad, el acierto y la exacta visión del conjunto al exponer y juzgar algunos hechos históricos; pero á cambio de estas ventajas, propias de toda labor reflexiva, carecen de la espontaneidad y frescurra de las verdaderas Memorias, que tiene algo de documento íntimo, de confesión que á sí mismo se hace el autor. No se me oculta que rara vez las personas de alguna importancia social ó histórica escriben sus *Memorias* sin ánimo de darlas publicidad. Por el contrario, lo general es que las redacten pensando en un público presente ó futuro, si no en los contemporáneos, en la posteridad. De ahí que estos escritos no suelan ser absolutamente sinceros y que con frecuencia tengan el fin de justificar ciertos hechos, ya del propio autor de las Memorias, ya de personas

afines á él por las ideas políticas, religiosas, científicas, etc. Pero, con todo, las *Memorias*, *Diarios* y *Recuerdos*, cuya redacción definitiva es obra de su mismo autor, conservan siempre cierto sello personal que las da apariencias al menos de espontaneidad, mientras que aquellos otros escritos de este género que han sido redactados por otras personas sobre los apuntes ó notas originales del autor, descubren demasiado, por punto general, el estudio del historiador y el artificio retórico del literato; dejan de ser verdaderas Memorias al perder el tono confidencial y hasta el desaliño propio de estos escritos, y se convierten en libros de historia anecdótica, más ó menos entretenidos.

Nada de esto les sucede á los *Recuerdos de un diplomático*, cuyo mayor atractivo es esa falta de artificio aparente con que están escritos. Dentro de su género, puede decirse que son estos *Recuerdos* un libro muy típico, porque verdaderamente reunen todos las cualidades buenas y malas de las Memorias. Aplicando á éstas la célebre definición del Arte, dada por los naturalistas, podría decirse que son la Historia, vista al través de un temperamento.

La nota personal, lo que el temperamento agrega á la imagen de los sucesos y al juicio que sugieren, es lo que da á las Memorias su encanto, el sabor de realidad, de *cosa vivida*, que ofrecen; pero ese mismo factor subjetivo, que las avalora desde el punto de vista artístico, las hace sospechosas desde el punto de vista rigurosamente histórico. La influencia del temperamento en la visión de los sucesos se traduce en parcialidad. Así, más que historia verdadera, son materiales históricos, datos y fuentes para algún historiador futuro que las contraste y aquilate.

Este peligro de la parcialidad, que suele ser inevitable en las Memorias de los grandes hombres, se atenúa mucho, naturalmente, en aquellas otras que tienen menos elevado origen, por cuanto proceden, ya de simples particulares, ya de personas que sólo tuvieron participación secundaria en los sucesos

históricos. En esta segunda categoría de autores de *Memorias* debemos incluir al Sr. D. Augusto Conte, y por consiguiente, no adolecen de parcialidad notable sus *Recuerdos,* sino que, por el contrario, conservan, por punto general, aquella objetividad propia del que es mero espectador de los sucesos en la mayoría de los casos que refiere.

El principal defecto que presenta, á mi parecer, este libro, es muy difícil de evitar en las Memorias, y por lo mismo muy frecuente en ellas. Es, por decirlo así, el reverso del encanto que presta á estos escritos la nota personal, y consiste en la multiplicidad de pormenores de carácter íntimo, muy interesantes sin duda para el autor, que al consignarlos por escrito, ha debido de gustar la voluptuosidad melancólica que sentimos al rehacer en nuestro interior el espectáculo ya lejano de las horas pasadas, pero que á la generalidad de los lectores no pueden interesarles en igual medida, por tratarse de cosas ajenas á ellos y puramente individuales.

Así, por ejemplo, el Sr. Conte nos habla prolijamente de las muchas mujeres bonitas que conoció en las diversas ciudades de extranjeros países, á donde le llevó su carrera de diplomático, y nos refiere, con no menor detenimiento, la impresión que produjeron en su ánimo la lectura de los autores clásicos y la contemplación de las obras maestras que se conservan en los Museos de Italia, Francia y España, ocupaciones con que alternaba la grata tarea de cortejar al bello sexo. Ciertamente que la lectura de los grandes modelos literarios, la visita á las más bellas colecciones artísticas de lienzos y de estatuas, y el trato social con lindas y discretas mujeres, son uno de los más agradables empleos que pueden hacerse de la vida, y hay que envidiarle al autor de los *Recuerdos de un diplomático,* no ya el gusto, sino la posibilidad de cumplirle que le deparó la fortuna. Pero estas cosas son más para practicadas que para leídas en un libro de ajenos recuerdos.

Después de tantos estudios y juicios como se han escrito acerca de los poemas homéricos, de la *Divina Comedia,* etc.,

un nuevo elogio de estas obras despierta poco interés, á menos que descubra en ellas algún aspecto desconocido, algún ignorado rasgo ó siquiera algún pormenor que haya escapado á la atención de tantos lectores y de tantos siglos. Excusado es decir que estos descubrimientos son en extremo raros y casi imposibles en escritos autobiográficos, en que sólo se habla de pasada de tales libros para referir brevemente la impresión que nos produjeron y que suele ser, si no la misma, porque en lo individual hay siempre diferencias más ó menos perceptibles, muy semejante á la que han producido á miles de lectores que reunían condiciones análogas de cultura.

Otro tanto puede decirse de la contemplación de las obras de arte que se conservan en los Museos. A los que no las hayan visto, lo que dice de ellas el Sr. Conte les interesará poco, supuesto que el escritor no las describe (y hace bien, pues para eso están las Guías de los Museos y los libros especiales de Bellas Artes), sino que refiere sus emociones estéticas personales. Y á los que hayan tenido ocasión de contemplar los lienzos ó estatuas á que se refiere, tampoco pueden llamarles mucho la atención los juicios del autor de los *Recuerdos,* pues, aun dado que no confíen en el suyo propio ni se satisfagan con él, tienen en los críticos de arte antiguo y moderno innumerables apreciaciones que superan incomparablemente, por la forma y por el fondo, á las de los meros aficionados.

Hay que reconocer, sin embargo, que atenúa mucho este defecto el natural donaire y el gracejo con que el Sr. Conte habla de cosas y personas. Sin ser atildado, su estilo es muy agradable y la locución, aparte de algunos extranjerismos explicables en un diplomático que ha residido largas temporadas lejos de su patria y ha tenido que servirse frecuentemente de idiomas extranjeros, es elegante, fluida y suelta.

Comienzan estos *Recuerdos* en los últimos años del reinado de Fernando VII, y el primer tomo los deja en la mitad del siglo. Parte de lo que en ellos se dice, en sus comienzos, es de

referencia; pero aun en aquellas páginas que el autor consagra á sus años infantiles, no carece de interés el relato, pues en ellas se encuentran datos curiosos sobre el estado de la instrucción por entonces y observaciones atinadas y sagaces sobre algunas personalidades notables. Y, como es natural, el interés de la narración va creciendo á medida que, avanzando el autor en el curso de los años, consigna sus impresiones de hombre ya formado. No sólo de los sucesos de importancia histórica, sino de la vida privada en la corte y en otras poblaciones de España y en diferentes capitales extranjeras durante la primera mitad del pasado siglo, da curiosos pormenores este libro, en el cual abundan también las semblanzas, bien dibujadas y ricas en color, de hombres notables de la época, principalmente políticos y literatos. Hasta la crónica escandalosa de los salones de aquel tiempo tiene algún eco en las páginas de los *Recuerdos* para el que sepa leer entre líneas, si bien dentro de los límites que á tales alusiones ponen los respetos de la discreción y el buen gusto.

Como en la época que comprende el primer tomo de sus *Recuerdos* desempeñó el Sr. Conte sus primeros cargos en la carrera diplomática, ha consagrado á su estancia en Lisboa, en París, en Méjico y en Roma algunos capítulos de dicho tomo, que no son por cierto los menos interesantes. Estuvo en París en las postrimerías del reinado de Luis Felipe; tocóle residir en Méjico en la época de la guerra entre esta República y la de los Estados Unidos, y en Roma durante el período de las reformas liberales de Pío IX y en los días de la Revolución de 1848 hasta que fue reintegrado el Santo Padre en su soberanía temporal mediante la intervención militar de las potencias católicas. Sobre la sociedad mejicana y el estado de aquella nación en la época á que nos referimos, y sobre la Roma pontificia y aristocrática del indicado período, da noticias interesantes el autor de los *Recuerdos*, sin que falten tampoco en esta ni en otras partes de su libro reflexiones políticas y filosófico-históricas, por lo común atinadas y sensatas.

Los recuerdos de un diplomático son, ante todo, obra de un hombre de mundo; pero de un hombre de mundo dotado de cultura literaria y de perspicacia y filosofía prácticas poco comunes, y que, por lo mismo, ha podido ver en los hombres y en los acontecimientos aspectos que escapan á la mirada distraída del vulgo. Todo el libro tiene mucho de *causserie*, pasa ligeramente sobre los asuntos; mas aunque no pretende profundizar en ellos, pocas veces es superficial. Es de creer que los dos tomos que, según parece, han de completar los *Recuerdos*, ofrecerán todavía mayor interés que el primero, puesto que el autor, por la madurez de juicio que dan los años y por los adelantos de su carrera, habrá estado sin duda en condiciones de observar y apreciar mejor los hechos de la época á que han de referirse dichos tomos, y también porque la literatura histórica de carácter anecdótico de este período (desde 1852 á los días actuales) es menos abundante que la relativa á la primera mitad del siglo XIX.

Los esperamos con curiosidad, creyendo que el Sr. Conte no ha de defraudar en dichos tomos el interés que ha despertado el primero.

***

Para los que siguen con atención el desarrollo de la moderna poesía castellana, no es desconocido el nombre de Eduardo Marquina. Sus *Odas* y su poema *Jesús y el diablo*, escrito en colaboración con D. Luis de Zulueta, le han dado la ejecutoria de poeta, y ciertamente, muchos de los que son celebrados entre la pléyade de poetas jóvenes de la vecina Francia no igualan en el dominio de la métrica, en la brillantez y exuberancia de la fantasía y el hábil manejo del idioma, á este poeta español que escribe tan hermosos versos.

Pero la poesía lírica, y en general la poesía en verso, no tiene ambiente propicio entre nosotros. Por algo se discutió en el Ateneo si la forma poética estaba llamada á desapare-

cer. No damos bastante importancia á los versos. Nuestra vida literaria es tan estrecha, que la monopolizan casi en absoluto dos géneros: la novela y el teatro. De ahí que no se dé toda la importancia debida á los poetas, á los buenos poetas como Marquina, á quienes la masa común del público apenas distingue de la turba de insulsos rimadores, maestros en el arte de no decir nada en versos mejor ó peor medidos, mejor ó peor rimados; pero huecos, vacíos, meras cáscaras sonoras en que no se alojó nunca la poesía.

La nueva obra de Marquina se titula *Las Vendimias*. Es el primer *poema geórgico* de una serie que piensa dar á la estampa. Basta decir poema geórgico para que acuda á la imaginación y á la memoria toda la ilustre estirpe de los cultivadores de este género, desde los precursores y maestros griegos de Virgilio hasta el gran poeta latino, y los que en las literaturas modernas siguieron su senda. Si las condiciones artificiales de la vida social pudiese prevalecer sobre los sentimientos estéticos naturales al hombre, sería esta poesía bucólica (y dentro de ella la que puede llamarse especialmente *geórgica,* nombre más comprensivo, más *genérico* que aquél, si bien el uso ha dispuesto las cosas de otro modo), sería esta poesía, digo, un género muerto ó moribundo. El desarrollo de la vida urbana, la emigración creciente de la población de los campos á las ciudades, la aglomeración monstruosa de gentes y edificios en las grandes metrópolis modernas que llegan á reunir, sirva de ejemplo Londres, tantos habitantes como un reino, hacen que cada día las clases más cultas é ilustradas de las naciones modernas vivan en apartamiento mayor de la Naturaleza, del campo y de la agricultura. Puede decirse que cada día es mayor el número de hombres que sólo ven el campo como de visita, en *villegiattura*, y se explica de sobra que los paladines de la estética, como Ruskin, se escandalicen y protesten de este aspecto de la civilización moderna.

Ese divorcio del hombre civilizado con el campo explica la decadencia de la poesía geórgica y bucólica. Falta la íntima

comunicación con la Naturaleza, con la vida vegetal, con las faenas de la agricultura, necesaria para penetrarse de la honda y sana poesía que supieron ver en estos asuntos los antiguos. A ellos tenemos que remontarnos para hallar la fórmula perfecta de la poesía campestre; y la perenne juventud y frescura de sus cantos, escritos hace siglos y siglos, es el mejor testimonio de la inmortalidad de la belleza.

En esto, como en otras cosas, va viniendo una reacción sociológica y una reacción literaria, que mutuamente se relacionan. Se procura por mil medios en las naciones cultas restaurar la vida del campo, en cuanto lo consienten la actividad febril de la vida contemporánea y las exigencias de la aglomeración urbana, que representan ahorro de tiempo, acumulación de esfuerzos para la labor extensamente colectiva de la industria y el trabajo modernos en todas sus manifestaciones, comunicación fácil y rápida de los diferentes elementos que colaboran en la obra social; brevedad, facilidad y proximidad en la satisfacción de las necesidades y deleites humanos, acrecidos y multiplicados extraordinariamente por los refinamientos de la civilización. Se fomentan las excursiones campestres, se favorece la difusión de la periferia de las monstruosas urbes por los campos cercanos, en vez de seguir apiñando las edificaciones. Y en los espíritus se opera una evolución análoga. Maetterlinck, el simbolista belga, acaba de escribir un libro admirable sobre la vida de las abejas, un tema virgiliano. Y entre nosotros, por lejos que nos hallemos del movimiento europeo, Marquina canta la báquica poesía de las vendimias.

Su libro, editado con mucho gusto y elegancia por la casa barcelonesa de F. Seix, consta de tres partes: *El día de las viñas, El día del lagar* y *El día del misterio*. La última, muy diferente de las dos anteriores, altera un tanto la unidad de la obra. En las dos primeras, el poeta es francamente naturalista y pagano; su canto parece reflejar el canto de los poetas antiguos, las risas y los himnos de las bacantes y de los vendimiadores que sembraron en sus ruidosas fiestas las semillas de la

comedia y la tragedia griegas. La última parte no evoca en la fantasía recuerdos clásicos de la antigüedad, ni despierta la sana y retozona alegría de vivir que corre por las viñas, cantando entre coro de frescas carcajadas el himno del vino, del licor inagotable de la vida y el deleite, sino que refleja las mil preocupaciones é inquietudes del alma moderna; la protesta social de los desheredados, de los que llegaron tarde al banquete de la vida; el descontento de los que no hallan satisfechas sus aspiraciones espirituales en la existencia regular y monótona con que brindan al hombre las nuevas sociedades; el simbolismo que pretende suplir la falta del misterio, llenando con algo el hueco que éste ha dejado vacío en nuestra vida, y expresando por aproximación estados internos é ideas no bien definidos, nebulosos, vagos; el estetismo, que pretende gobernar al mundo, ilusionar á los hombres y transformar las sociedades con el mágico poder de la belleza, repitiendo la fábula de Orfeo; todo esto encuentra expresión poética en las últimas composiciones del libro de Marquina. Y no hay que decir que esto es lo menos geórgico de la obra. Aunque adopte formas é imágenes geórgicas, su fondo no lo es; está muy lejos de la poesía sencilla y natural, fuerte y serena del campo y de la agricultura.

Pero tanto en esta parte como en las dos primeras, que, á mi juicio, son las mejores y las más espontáneas, sin desconocer por eso la poesía especial, más refinada y sutil de la última, Marquina se muestra verdadero poeta, así en la concepción íntima de las ideas é imágenes de cada composición particular, como en la forma de expresión sensible. La variedad de metros contribuye á hacer más agradable la lectura de este excelente libro de poesías. El verso libre, que predomina en la nueva obra de Marquina, está manejado con facilidad poco común. Y tanto en este predominio como en la originalidad de algunas combinaciones métricas (originalidad, no extravagancia), se descubre el verdadero concepto de la relación que debe mediar entre la métrica, y en su caso, la rima, y lo que en ellas se

expresa, que es el aroma y la esencia verdadera de la poesía. El vaso no debe prevalecer sobre el perfume, la forma exterior no debe ser tirana ni siquiera señora de la poesía, sino instrumento suyo, galana vestidura, voz que interpreta la íntima música del alma.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.=Cuestiones sociales: La servidumbre política del artista contemporáneo.=Psico-física: La pubertad en el genio.=Ocultismo: El valor profético del ensueño.=Impresiones y notas: Tolstoi y Dostoyewski juzgados por Merejkowski.

CUESTIONES SOCIALES

La servidumbre política del artista contemporáneo.—La *burocracia*—dice Diego Garoglio en la *Rassegna internazionale* de Florencia—es bastante peor que el nombre colectivo de una clase ó de una casta; es el índice de todo un sistema, lento, pero seguro aniquilador de toda personal energía creadora; es la cadena más potente que impide el libre movimiento de todo libre ciudadano; es una inmensa trilladora donde los hombres entran como espigas para salir hechos paja triturada.

El artista empleado, envuelto en el polvo de los papeles, ó tronando, como es el caso más frecuente, en alguna sala de escuela secundaria, sobre algunas docenas de alumnos á quienes tiene que distribuir el simbólico pan de la ciencia, cumple su deber gastando por su naturaleza entusiasta gran parte de sus fuerzas, no obstante la mezquina y desproporcionada compensación que percibe; y de regreso en su casa, ¿creeréis que pueda considerarse ciudadano libre, pensando con la cabeza y tomando activa parte en la vida política del propio país.? ¡Qué ilusión! Aparte de que su sueldo, que un obrero in-

glés estimaría insuficiente, pone al artista en la necesidad de buscarse en otra parte con sus lecciones ó su pluma un suplemento de ingresos; aparte de que, para estar al corriente, necesita gastar tiempo y dinero si ha de conservar su prestigio moral; aparte las persecuciones de que le hacen blanco los malos alumnos y los malos padres, no hay nadie en el mundo que, pensando por su propia naturaleza más libremente, esté más vergonzosamente cohibido en la expresión de sus ideas y de sus sentimientos, y más atado para realizar los actos que su conciencia le dicta.

Pase que sea inelegible para la Diputación, aunque haya otros muchos ciudadanos más ligados al Estado que él por otros vínculos; pero tampoco puede servirse de su cualidad de elector (salvo si se trata de candidatos ministeriales) para dedicarse con la palabra ó con la pluma al triunfo de sus ideales; todos los Gobiernos entienden equivocadamente que los funcionarios son empleados del Gobierno y no del Estado. Para vivir, pues, el artista, sobre todo si tiene familia, tiene que adaptarse, para convertirse en autocastrador de su pensamiento; de otro modo, corre el riesgo de una destitución, ó por lo menos, de un traslado oneroso y molesto.

¿Por ventura no está abierta—podrá objetarse—la puerta de la Universidad, donde el ciudadano tiene asegurada su casi absoluta independencia de palabra y de acción? ¡Otra ilusión! Hoy se han apoderado de las aulas los llamados eruditos, y si Gabriel de Annunzio solicitase una cátedra de italiano, se vería desechado del concurso por insuficiencia de títulos literarios.

Las consecuencias de esta opresora servidumbre política en el artista y en sus obras, son altamente nocivas. Siendo la adaptación al ambiente uno de los requisitos indispensables para una labor serena y provechosa, el artista, con la constante preocupación del pan en peligro, no puede tener la serenidad necesaria para la producción. A fuerza de reducirse á la introspección, y agotado el capital de pensamientos, que á lo

sumo puede dar materia suficiente á la lírica, pero no á la novela ni al drama, pronto sentirá agostadas las fuentes de su inspiración, sin hacer más que repetir añejos motivos, cuando no se dedique á escuchar el eco de lejanos clamoreos, que en vano se esforzará en comprender, encerrado dentro de sí mismo.

Cuanto más profundamente haya vivido todas las innumerables formas de las demás vidas, tanto más personalmente podrá reflejar en sus obras la síntesis microcósmica de su época; al artista forzosamente encerrado en la egoísta contemplación del mundo interior, al que no se acercan sino con muerta repercusión las innumerables olas de la vida, pronto le toca ese castigo, consecuencia de la anemia intelectual y moral, la atrofia y precoz involución de la personalidad artística.

Esta servidumbre política trae fatalmente, como consecuencias deplorables de índole moral, la falta de sinceridad, por no decir la hipocresía, engendrada primero por la necesidad, y luego por el hábito de continuas transacciones con la propia conciencia, de alabar hoy lo que censuraba ayer. ¿A qué conduce en definitiva este oportunismo, sino á la separación del hombre del artista, á perder, en suma, como decía Juvenal, «la razón de la vida por la vida?» Ese estéril apartamiento de las luchas que agitan al mundo, implica además un progresivo culto idolátrico de la palabra en sí misma y por sí misma, á expensas de la fantasía, del sentimiento y del pensamiento, que reduce el arte al tecnicismo exterior, al vacío parnasianismo.

PSICO-FISICA

La pubertad en el genio.—Así se titula un artículo, tan interesante como todos los suyos, publicado por César Lombroso en la *Nuova Antología,* para colmar la laguna existente en sus teorías sobre la memoria del genio, respecto al modo de aparecer y desenvolverse los diversos tipos del genio.

Y no es que haya entre los genios diferencias esenciales; ser pintor, en lugar de ser matemático ó estratégico, no cambia la naturaleza del genio, como el cristalizar en romboedros ó exaedros no cambia la naturaleza química del carbonato de cal; pero, ¿por qué el uno cristaliza de tal modo y el otro de modo diferente? ¿Por qué un genio se determina en el sentido artístico y otro se convierte en un genio histórico ó arqueológico? Este es un nuevo problema que la herencia no basta á explicar, pues si para muchos, como Darwin, Musset, Rafael, Bach, etc., se comprende que la herencia y el medio ambiente hayan determinado la dirección de su actividad, hay otros muchos casos que podrían llamarse de disimilación, como Poe, descendiendo de puritanos; Flaubert y Berlioz, de médicos, etc. Lo mismo puede decirse de las circunstancias en que se desenvuelve la vida, y que explican que el Piamonte dé muchos guerreros, que los judíos den grandes economistas y que las regiones de Italia, donde son frecuentes los delitos, produzcan grandes juristas. Pero no hay que olvidar que, sin el acicate de la miseria, no tendríamos las novelas de Jorge Sand ni las comedias de Goldoni; que Boileau, Lesage, Descartes, Racine, Lafontaine y Boherave, se vieron obligados á cubrir sus musas con la toga del abogado ó la sotana del sacerdote, y que sus padres quisieron hacer de Poissón un cirujano; de Lalande y Lacordaire, dos abogados; de Cellini y de Herschell, dos flautistas, y de Miguel Angel, un arqueólogo, como se empeñaron en hacer de Berlioz un médico y de Flaubert un abogado. Ni basta tampoco, para determinar la dirección general, el predominio de tales ó cuales centros; un visivo puede llegar á ser poeta, escultor, histólogo ó calculador, como un acústico puede ser músico, orador, poeta, crítico ó novelista. Teniendo en cuenta la herencia, el ambiente y la índole especial del ingenio, hay que buscar otro factor más decisivo, y éste es una emoción fuerte sufrida en la pubertad.

El que analice las biografías de los grandes hombres encuentra que en la mayor parte la razón determinante de su

dirección creadora se halla, en la primera juventud, en la combinación de una fortísima emoción con el momento de la pubertad; así Segantini, simple pastor, ve morir á los doce años á una niña, cuya madre se desespera por no poder conservar su imagen, y pinta su retrato, revelando su genio pictórico; así Stuart Mill, impresionado á los doce años por la lectura de algunas páginas de la *Historia de la India* de su padre, descubre su pasión por las indagaciones históricas y económicas; así Arago deja los estudios literarios al ponerse en contacto con un oficial de Ingenieros que le habló de las ciencias matemáticas; Tomás Young ve á los ocho años los instrumentos de un agrimensor, y fabrica por sí solo un microscopio y descubre el cálculo diferencial; Galileo ve á los diez y ocho años una lámpara movida por el viento, y se le ocurre la invención de un instrumento para medir el isocronismo del tiempo; Lioy fue encerrado á los ocho años en una biblioteca para que no turbase á su madre, que acababa de dar á luz, y allí, leyendo á Buffón, descubrió sus aficiones á la Historia natural; Lafontaine leyó un día la hermosa oda de Malherbe á su padre, con motivo de la muerte de su hija, y entonces se reveló su genio poético, como le sucedió á Gianni, al leer el Ariosto, y á Lagrange, leyendo un escrito de Halle; Franklín, que á los once años tuvo que dejar la escuela para ganarse la vida, descubrió la teoría del pararrayos, viendo una chispa eléctrica en una máquina.

En todos estos casos no es la emoción la que provocó el genio, pero fue la ocasión para que se revelase. Darwin estaba predispuesto desde luego para las grandes síntesis naturales; pero el punto de partida de sus creaciones fue un viaje, cuyo deseo le fue sugerido por la lectura de un libro de viajes alrededor del mundo; Herschell estaba preparado para ser lo que fue; pero el haber visto el cielo con un telescopio á los veintiún años, fue lo que le indujo á fabricar otro mejor por sí mismo; Lalande, que componía á los diez años dramas y novelas, aspirando á ser un abogado elocuente, sintió la pasión

astronómica cuando le hicieron observar el gran eclipse de 1748, á los diez y seis años, y desde entonces se convirtió en el gran Lalande; Boherave estaba destinado al sacerdocio, y sólo el deseo de curarse una úlcera que le salió en una mano, le condujo al estudio de la medicina.

En otros casos, el efecto de la impresión muestra que se trata de una verdadera transformación. Guerrazzi leyó á los doce años el Ariosto, y no acertaba á desprenderse de él, debiendo cuanto fue á su lectura; el mismo efecto produjo en Galileo la vista del péndulo, apartándole de los estudios estéticos para lanzarle á los matemáticos y astronómicos. En muchos han sido la belleza y el amor las causas determinantes, como sucedió á Petrarca, al ver á los catorce años á Laura, y al Dante, al encontrarse con Beatriz; en Lacordaire se despertó la vocación genial con la primera comunión, y en Rapisardi una oda á Santa Agueda abrió en su alma á los trece años la catarata de los versos.

La juventud está en estado de explosividad latente, pronta á estallar por una influencia adecuada. Starbuck ha examinado por sí mismo los motivos que han inducido á la conversión á 200 estudiantes de seminarios y altas escuelas de América, varones y hembras, y de la curiosa estadística hecha al efecto se desprende la gran influencia ejercida por determinados motivos y ocasiones solemnes, como un funeral, un sermón, una lectura, una desgracia, etc. Lo que sucede con las conversiones pasa en la vida privada al elegir las profesiones en las proximidades de la pubertad; los adolescentes suelen hacerse malos é indisciplinados, según las investigaciones de varios maestros y los informes recogidos por el mismo Lombroso. Los hay en quienes se organiza en ese momento un inmenso impulso de vida que puede llevar á los débiles hasta el abismo, elevando, en cambio, á los fuertes á vertiginosas alturas; por eso se comprende la verdad del dicho de que quien no ha creado en la juventud, no creará después. En ese movimiento vertiginoso es natural que las más enérgicas activi-

dades, antes latentes, se abran paso por el choque eléctrico de una emoción especial en la dirección hacia la cual estaban naturalmente inclinadas.

A veces, la influencia de la creación genial no coincide con la edad de la pubertad, sino que aparece mucho antes; pero, aparte de que por pubertad en este caso debe entenderse, no sólo el período propiamente llamado así, sino también el que le precede y el que le sigue, no hay que olvidar que, siendo los genios sumamente precoces en ellos, la infancia se confunde con la juventud; así, Mozart componía á los cinco años, Gassendi predicaba á los cuatro, Pico de la Mirandola conocía muchas lenguas á los diez, y Kotzebue hizo su primera comedia á los tres.

Las impresiones fecundadoras del genio aparecen, por el contrario, en ocasiones mucho más tardíamente, lo que puede explicarse porque tristes circunstancias impidieran la producción del contacto fecundo ó porque éste no encontró preparado al individuo. Así ha observado Starbuck algunos casos de conversiones tardías después de los treinta años; así Caxton no hizo hasta después de cuarenta años sus descubrimientos en tipografía; así Lacordaire, en quien la primera confesión produjo tanto efecto que se puso á predicar con extraña elocuencia á los siete años, sintiendo renovado á los doce su fervor en la primera comunión, se decidió á los veinte por el sacerdocio, abandonando la abogacía; así Berlioz, que á los doce años había compuesto una pastoral y que á los catorce se sintió de nuevo enamorado de la música, no empezó á odiar todo lo que de la música le apartaba, sino después de haber oído *Las Danaides* á los diez y siete años. En todos estos casos, la influencia estaba latente desde antes de la pubertad, aunque se manifestó mucho más tarde.

Como conclusión de su estudio, establece Lombroso el principio de que si la sociedad no interviene en el nacimiento del genio, en cambio su influencia en la dirección de la actividad genial es enorme; así se explica que en los pueblos latinos se

hayan dedicado principalmente al clasicismo y á las artes; entre los hebreos, al cálculo y á la filosofía; en el Piamonte, á la guerra, y en América á las invenciones y aplicaciones prácticas. Si de estas conclusiones quisiera sacarse algún provecho en el orden práctico, sería el de disminuir la educación clásica, aumentando la técnica, científica, profesional é industrial.

OCULTISMO

El valor profético del ensueño.—Más curioso que científico, á pesar del carácter con que ha intentado revestirlo el artículo de Vaselude y Pieron en la *Revue* sobre el valor profético del ensueño, según la psicología contemporánea, contiene algunos hechos y ciertos puntos de vista que merecen ser recogidos.

Hoy se tiende á hacer del sueño un estudio positivo y científico, cuyos resultados impedirán la restauración infantil de las leyendas y cuentos de hadas. «Hay—dice James Sully—dos modos distintos de considerar los sueños: para mí, en el sueño hay una revelación, que es el producto de la inteligencia, libre de la intervención de la voluntad; el sueño es una parálisis momentánea, una abdicación de los centros nerviosos superiores, que cesan durante algún tiempo de intervenir sobre los centros inferiores; la actividad mental, mostrada por el sueño, es sencillamente la manifestación de lo que hay en nosotros de más natural y verdadero; nuestro yo se nos muestra desnudo.»

En los tratados modernos de psicología sobre el sueño y los sueños, la cuestión, ó se omite ó se desflora, cuando más. Para Maury, el sueño profético es una reminiscencia vivaz que toma el aspecto de la revelación, atribuyéndola también á un desdoblamiento de la personalidad. Lemoine se inclina á creer que los hechos de previsión en los sueños son producidos por el raciocinio, como en el estado de vigilia. El único libro que

se haya ocupado verdaderamente de la cuestión es el del doctor Max Simón, que cita algunos hechos curiosos: «Una joven, estando de visita en una quinta bastante lejos de su casa, tuvo la idea de que su hermana, que había dejado bien, estaba en peligro; volvió á su casa, y, en efecto, allí supo que su hermana había tenido un vómito de sangre peligroso.» «Un día que el abate Montmorín había entrado en la iglesia de San Luis, donde se arrodilló, se sintió acometido del deseo de cambiar de sitio; resistió al principio; pero, apremiándole aquel extraño empeño, cedió á él y fué á arrodillarse en otro sitio; apenas lo había hecho, se desprendió una piedra de la bóveda y fue á caer precisamente en el sitio que acababa de dejar.» «Un joven doctor fué un día á visitar á sus padres, y convino, con dos oficiales que encontró, en tomar juntos la diligencia; al ir á montar, el doctor quedó como detenido por un poder sobrenatural, que le obligó á quedarse, á pesar de las excitaciones de los dos oficiales; marchó el coche y cesó la preocupación; el doctor hizo su viaje en la primera ocasión que tuvo, y, al llegar á orillas del Elba, supo que los dos oficiales habían perecido ahogados en el río, donde había volcado la diligencia con caballos y pasajeros.»

Estos hechos, sin embargo, son más bien de telepatía que de previsión, y además se refieren á fenómenos en estado de vigilia. Los que pueden estimarse como proféticos son otros, de los que es tipo el siguiente: La Princesa de Conti vió en sueños una noche que el cuarto en que dormían sus hijos iba á hundirse; asustada horriblemente, llamó, y quiso que la llevaran á sus hijos; sus servidoras quisieron disuadirla, pero la Princesa ordenó que se les fuera á buscar; el aya y las nodrizas aparentaron obedecer, y volvieron diciendo que los Príncipes estaban dormidos y que les daba ansia despertarlos; la Princesa, irritada, pidió sus vestidos para ir en persona á buscarlos, y no hubo más remedio que obedecer; apenas llegaron los Príncipes á la habitación de su madre, cuando la que acababan de dejar se derrumbó con estrépito. Este sueño maravi-

lloso, como los demás de su clase, se refiere á un orden de hechos que hubieran podido ser previstos por los durmientes, á causa del conocimiento de ciertas circunstancias particulares referentes á este suceso. Los sueños proféticos no son para Simón sino juicios inconscientes cuya conclusión se presenta en sueños.

Serguéyeff cita algunos casos de falsa previsión, debidos á fenómenos de hipermnesia: Un hombre visita una casa de campo y se sorprende de haberla visto en sueños tal como es; pero un amigo de su familia le recuerda que en su primera infancia había habitado allí en compañía de sus padres.—Un jóven escocés estaba á punto de perder un pleito por faltarle un documento que no se encontraba por ninguna parte, cuando en sueños ve el estudio de un notario, y en él el documento en cuestión; va á buscarlo, y el documento estaba, en efecto, en el sitio soñado; al pronto se creyó en algo maravilloso; pero el predecesor del notario tenía un asociado que recordó que el joven escocés, siendo muy niño, había acompañado á su padre el día que éste fué á entregar al notario aquel documento.

Semejantes á este caso y al de la Princesa de Conti refiere otros dos hechos Elías Reclus: Un asiriólogo no acertaba á interpretar un fragmento de inscripción, cuando se le presenta en sueños un mago anunciándole que la tablita de la inscripción estaba rota y que el trozo que faltaba contenía tales y cuales palabras; el sabio se despierta, dicta á su mujer la revelación, escribe á Constantinopla, y allí aparece el fragmento con las palabras reveladas; reflexionando sobre este milagro aparente, el sabio cayó en la cuenta de que en otro tiempo había leído aquellas palabras en el catálogo del museo que contenía el fragmento que faltaba. Un muchacho que vivía con sus padres en una casucha de la Engadina, se despertó una noche gritando: «¡Mamá, mamá! Un hombre blanco me ha gritado: ¡Alerta! Marcháos, que se cae la casa.» No le hicieron caso; pero el chico volvió á despertarse sobresaltado por la

aparición, y saltando de la cama salió de la casa; tras él fueron su padre y su madre, y momentos después la casa se arruinó.

De esta rápida excursión á través de las obras más autorizadas, resulta que la psicología contemporánea está todavía lejos de suministrar verdaderos datos experimentales sobre la creencia en el valor profético del sueño. La crítica de los hechos, cada vez más vulgarizada, se hace cada vez más juiciosa, tendiéndose á sistematizar, de manera cada vez más científica, los diversos elementos de esa antigua y arraigada creencia. Admitiendo todavía el papel de la intuición, se ve que hay otros varios factores no menos interesantes, habiéndose demostrado la importante influencia que ejerce la memoria y el sentido de lo ya visto en la producción de estos fenómenos de apariencia maravillosa.

IMPRESIONES Y NOTAS

Tolstoi y Dostoyewski juzgados por Merejkowski.—El autor de *La muerte de los Dioses* ha comenzado á publicar una obra curiosa, *El Cristo y el Anticristo,* cuya primera parte está dedicada al estudio de Tolstoi y de Dostoyewski, como hombres y como artistas.

La gran figura de Tolstoi no parece intimidar—dice Ivan Strannik—á Merejkowski, que lo trata con extraña desenvoltura, no viendo en la tentativa de Tolstoi de llevar una vida sana, sencilla y activa, más que un refinamiento de epicúreo; las paredes desnudas de su gabinete de trabajo, el traje rústico y el alimento vegetal no serían más que un verdadero lujo mejor comprendido que el lujo estrepitoso puesto de moda en América. En cuanto al desinterés de su labor literaria, Merejkowski no ve en ello más que un hábil compromiso entre las doctrinas morales de Tolstoi y su interés personal. Esto por lo que hace al hombre.

En cuanto al escritor, Tolstoi no es para Merejkowski sino el pintor, cínico y grosero frecuentemente, aunque siempre poderoso, del cuerpo humano, citando pasajes en los que Tolstoi hace vivir á sus personajes por medio de rasgos puramente físicos, actitudes y tics nerviosos. Echa en cara, sobre todo al ilustre ruso, el no ser distinto de como es, careciendo, por ejemplo, de la alucinación morbosa de Dostoyewski, para quien «los cuerpos dejaban á veces de existir».

El libro de Merejkowski choca por las extrañas reconvenciones de egoísmo y de frialdad que el autor prodiga á Tolstoi. Dostoyewski sale mejor librado, y los capítulos que se le dedican están escritos con simpatía, y quizá á causa de esto, con más acierto y justificación.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Estudios de Derecho penal preventivo, por *P. Dorado,* catedrático de la Universidad de Salamanca.

La circunstancia de haberse publicado en forma de artículos en diferentes revistas españolas los estudios que este libro comprende, la significación bien conocida del autor, principal mantenedor entre nosotros del Derecho penal nuevo y hasta el título mismo de la obra, harto expresivo, no permiten dar á esta nota ni grande extensión ni gran novedad de contenido.

Meritorio, en grado sumo, es el trabajo que el infatigable profesor salmantino se ha impuesto y que con tanto éxito viene desempeñando en la ya larga serie de sus publicaciones; meritorio por el esfuerzo que representa, meritorio por la claridad de concepción y de exposición y, más que por todo esto, digno de alabanza por el alto sentido de justicia y de humanidad en que lo inspira. Verdad es que este elevado sentimiento, todo él lleno de amor y de interés por los más desgraciados de los hombres, por los más débiles, por los más necesitados de protección y amparo—que esos son los de voluntad floja y claudicante, los pecadores, los criminales,—los privados del mayor bien y los acreedores, por tanto, á la mayor compasión, no puede asentarse tan fácilmente como se pretende sobre ciertas concepciones positivistas de que el autor anda enamorado, de un positivismo ligero y superficial, un poco desacreditado ya en las altas esferas de la especulación europea.

Cultivadores en su mayor parte de las ciencias de aplica-

ción que sólo á lo exterior de las cosas miran, quedándose siempre en lo concreto y tangible, los autores de ese positivismo estrecho no han pasado jamás de diligentes buscadores de datos, estimables en cuanto tales, pero sólo en cuanto tales, no como constructores de sistemas, empresa á que á menudo se lanzan temerariamente sin aquella saludable moderación, sin aquel temeroso respeto que da el saber ó siquiera el presentir el infinito misterio que rodea la vida y donde radica la íntima y verdadera realidad de los seres.

Influído el Sr. Dorado por estas doctrinas, que conoce como nadie y que como nadie ha expuesto, discípulo al mismo tiempo de profundos pensadores (españoles principalmente, para gloria nuestra), que han llevado la concepción espiritualista del derecho á extremos de depuración y desarrollo lógico por nadie alcanzados hasta hoy, lucha en vano, á veces, por conciliar las dos tendencias, si bien inclinándose casi siempre del lado del positivismo.

La protección al delincuente, la tutela penal, fundamento de todo el derecho nuevo, no se apoya exclusivamente sobre el determinismo de la voluntad, como con tanto empeño insiste en afirmar el Sr. Dorado; y si, por paradógico que esto pueda parecer, el problema de los problemas, el gran problema de la libertad no constituye cuestión dentro del Derecho criminal moderno, no es por vía de negación de la misma (que entonces si lo sería, cuestión resuelta), sino porque, con libertad ó sin ella, la función de la justicia en este punto siempre vendrá á ser en substancia igual: función de corrección, de remoción de obstáculos al bien obrar, de enderezamiento y cura de la voluntad enferma. Y aun si á adelgazar un poco el concepto vamos, todavía esta función se comprende mejor y es desde luego—ni que decir tiene—más noble y elevada en el primero que en el segundo caso; que es decir, suponiendo al delincuente moviéndose por propio y espontáneo impulso, aunque no en el puro arbitrio indiferente que el Sr. Dorado lastimosamente confunde con la libertad.

Pensar de otra suerte, creer que si el hombre al delinquir fuera libre habría que castigarle *quia peccatum est* y no más, es quedarse dentro de la concepción clásica reinante, de la concepción que se aspira á reemplazar. Tiene el sistema del *ne pecetur,* de la corrección ó tutela, fundamentos harto más sólidos que los que un estrecho determinismo, de tan fácil como deleznable justificación, puede proporcionarle.

Como ejemplo de lo difícil que le es al pensamiento sustraerse al influjo de doctrinas dominantes en el medio ambiente en que se mueve, como ejemplo de ciertas aventuradas afirmaciones á que la literatura inspiradora del Sr. Dorado le lleva á veces, en confirmación de que sean cualesquiera las apariencias, la razón humana va tejiendo siempre con los mismos hilos la variada trama de su historia (y hermosamente lo ha puesto de manifiesto el Sr. Dorado en el estudio que consagra á las relaciones entre el Derecho penal clásico y el moderno, el más interesante de los que el libro contiene y un verdadero modelo de trabajos de esta índole, donde claramente nos hace ver el docto profesor las doctrinas novísimas brotando del seno mismo de las concepciones antiguas); en confirmación—digo—de esta continuidad y de aquellos influjos, pueden recogerse otras conclusiones del libro que examinamos, especialmente algunas contenidas en el artículo dedicado á la *Sociología* y el *Derecho penal.*

Que la Filosofía del Derecho haya de desaparecer como ciencia independiente, fundiéndose su contenido con el de la Sociología, sólo puede decirlo quien vea el Derecho á la manera *antigua,* clásica y verdaderamente abstracta, como un puro orden de relaciones exteriores y sociales, no como interior, ético y transcendente; afirmar sin reservas el carácter circunstancial del Derecho, olvidando que por movedizo, variable y transitorio que se le considere ha de reunir siempre aquellas notas que hacen que su esencia sea en toda ocasión y momento la misma, inmutable y eterna, por donde á todas sus manifestaciones históricas—lo único que en él hay de re-

lativo—les damos el idéntico nombre de Derecho; suponer que estos cambios con que el principio de la absoluta é infinita justicia va plegándose y acomodándose á las inagotables variaciones del vivir, son tan radicales que no sea posible aquí un verdadero progreso por acumulación de materiales, utilizables de una época para otra, sobre revelar una creencia en la absoluta disparidad de éstas, es llevar la enemiga al apriorismo á extremos en que jamás pensaron aun los más resueltos partidarios de la escuela histórica, los jurisconsultos que con verdadero conocimiento de causa más trabajaron, y con mayor gloria, por dar el valor debido á este esencial aspecto del Derecho—el relativo;—á extremos en que jamás pensó Savigni, el gran romanista Savigni, y tanto vale como suponer que puede llegar un día en que dejen de ser ley de justicia para la sociedad los principios contenidos, v. gr., en la *Declaración de los derechos del hombre*.

Que la Filosofía del Derecho, por tantos títulos acreedora á la gratitud de la humanidad, de tan antiguo y glorioso abolengo, de tan brillantes tradiciones, venga ahora á cederle el puesto á la Sociología, que es de ayer, cuya existencia como disciplina independiente, con razón ó sin ella, aún se discute, cuyos principios fundamentales distan mucho de estar por todos sus cultivadores unánimemente reconocidos, los límites de cuyo contenido son todavía bien indecisos y vagos; pretender que hayamos de aquí en adelante, y para tomar conocimiento de la justicia y sus leyes, de mirar más á lo presente que á lo pasado, olvidando que de lo pasado son los Santo Tomás, los Suárez, los Grocio, los Rousseau, los Kant, los Savigni, los Krause... los gigantes del pensamiento, los que encauzaron el mundo por nuevos senderos, la savia de cuyas concepciones alimenta y alimentará perennemente la razón humana, reconózcalo ó no, ó reniegue de ello; tachar la corriente del Derecho natural, todo lo abstracta, dualista y apriorista que se quiera, pero en cuyo seno se ha engendrado la parte más ideal, noble y fecunda de la civilización moder-

ná (1); tacharla, digo, de ¡estéril!... cosas son que si á menudo se encuentran en el *servum pecus* del positivismo vulgar, no han de atribuirse al claro talento del Sr. Dorado, mas sí á ciertas casi disculpables precipitaciones á que apremios del enorme trabajo, á que el ilustrado profesor se consagra, apenas le permitirán sustraerse. Prueba de ello es que, en el artículo á que se contraen las anteriores apreciaciones, advierte el autor, en una nota, que su criterio no es en la actualidad absolutamente el mismo que el que le inspiró al escribir aquél, y anuncia que expondrá su nuevo pensamiento en un próximo trabajo que titulará *Lo jurídico y los juristas;* mas como este trabajo no se ha publicado aún, que yo sepa, y el titulado *La Sociología y el Derecho penal* forma parte del libro que se examina aquí, creemos estar dentro de los derechos de la crítica al juzgarle, y al juzgarle de la manera que nos ha parecido oportuna.

JESÚS ARIAS DE VELASCO.

Revisione critica delle più recenti teorie sulle origini del diritto, per la *Dott. Teresa Labriola.*—Roma, Ermanno Loescher et C.°, 1901.—Un volumen de 188 páginas, 2,50 liras.

Del concetto teorico della societa civile, per la *Dott. Teresa Labriola.*—Roma, Ermanno Loescher et C.°—Folleto de 35 páginas, sin indicación de precio.

Una nueva adquisición feminista. Los partidarios y fautores del feminismo se alegrarán no poco de ella, y con razón. La Doctora Teresa Labriola ha sido nombrada Profesora de Filosofía del Derecho en la Universidad de Roma; pero no gratuitamente, sino después de haberse ganado muy bien tal nombramiento. El primero de los libros, cuyos títulos van al frente

---

(1) Este y otros méritos le ha reconocido el ilustre escritor católico I. Petrone, un italiano que vale por muchos otros compatriotas suyos, y cuyo opúsculo, *La Fase Recentisima della Filosofia del Dritto in Germania,* «está lleno de cosas profundas», al decir de nuestro Giner.

de esta nota, es una disertación escrita sobre el tema que la Facultad jurídica de Roma señaló á la autora para que demostrase su competencia científica en la materia á cuya enseñanza pretendía consagrarse; dicha Facultad se mostró satisfecha de la prueba, y otorgó á la aspirante el derecho de constituirse en Profesora universitaria.

Pudiera, no obstante, haber habido en la comisión examinadora excesiva laxitud ó galantería por motivo del sexo, y obedecer á tal causa la concesión; pero ahí están las pruebas, vivas, innegables, de que no ha sucedido tal cosa. Ya quisiéramos la generalidad de los hombres que escribimos libros hacerlo con la cultura, la discreción, el rigor científico y el excelente espíritu de crítica con que lo hace Teresa Labriola, á quien juzgo muy joven. Y ya nos pudiéramos dar los españoles con un canto en los pechos si todos los Profesores de Derecho natural de nuestras Universidades, y las demás personas, bien pocas en número por cierto, que parecen interesarse en este país por semejantes problemas, pudieran compararse, sin desmerecer, con Teresa Labriola. Al leer los trabajos de la nueva Profesora, ha pasado muchas veces por mi mente esta idea.

He leído yo las publicaciones de referencia con singular placer, un tanto teñido de asombro. Acostumbrado á lo que entre nosotros pasa en asuntos de investigación y de crítica científica, no ya solamente por lo que á las mujeres se refiere—que de esto casi es excusado hablar,—sino por lo que toca á los hombres, no he podido menos de ver con extrañeza, si bien con extrañeza muy agradable, que una mujer, y mujer joven, conozca de la manera que la conoce la señorita Labriola, la literatura jurídica y sociológica contemporánea, sobre todo la alemana (cosa, por otro lado, explicable, tratándose de un autor italiano, pues en Italia está muy en boga la ciencia de este último país), y que al propio tiempo sepa contenerse dentro de los límites que impone la necesidad de ser sobrios en las citas y de reprimir los impulsos juveniles á hacer ostentación de erudición. Pero no es esto lo que más me admi-

ra, sino, de un lado, lo bien que plantea las cuestiones, prueba indubitable de que se halla perfectamente penetrada de ellas, la claridad y firmeza con que formula sus juicios, sin vaguedad alguna, lo que no obsta para que, ni revistan el carácter sistemático y unilateral que suelen tener los de los sectarios, ni tampoco se resientan de haber sido formados con precipitación; y de otro lado, el sentido amplio, liberal, tolerante, propio de persona ilustrada, y el criterio positivo, realista, impregnado de relativismo con que trata todos los asuntos. O nos hallamos en presencia de un fenómeno excepcional, de una inteligencia por encima de las ordinarias, de un gran talento, ó, lo que es más posible, el robusto temple mental que notamos en la señorita Labriola denuncia que ha sido muy bien dirigida su educación. Si no induzco mal, esta escritora debe ser hija ó pariente cercana del Profesor Labriola, que enseña en la misma Universidad de Roma y que es hoy uno de los principales sostenedores del materialismo histórico en Italia. Acaso se halle aquí el secreto. Si es así, como presumo, ello nos ofrece una prueba concluyente del poder que en la educación reside, poder que, bien utilizado, lo mismo da sus frutos ejercido sobre los individuos de un sexo, que sobre los del otro.

Ya he dicho cuál ha sido el motivo de la publicación del primero de los trabajos que dan origen á esta nota. El segundo de ellos es la lección primera *(prelezione)*, leída por la Profesora Labriola el 14 de Enero de este año al ocupar su cátedra.

Del contenido de los escritos, nada necesitamos decir; el título de cada uno de éllos indica ya suficientemente cuál sea la materia que en ellos se estudia.

Y por lo que se refiere á la dirección filosófica y sociológica en que haya de clasificarse á Teresa Labriola, baste advertir que se acerca bastante á la marxista, ó sea á la del materialismo histórico; pero no la acepta por completo y ciegamente, antes bien, la amplía y corrige.

P. Dorado.

INDICE

	Págs.
Su Majestad (novela), parte primera	5
A España en la siniestra lucha de anglo-sajones contra latinos, por Teobaldo Elías Corpancho	54
Literatura francesa contemporánea: Ultimo período romántico, por Emilia Pardo Bazán	62
Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana	85
El año sociológico (1900), por Adolfo Posada	109
Lecturas americanas, por Hispanus	128
Revista Hispanoamericana, por Iob	151
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	178
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	189
Notas bibliográficas, por Jesús Arias de Velasco y P. Dorado	201

AP
60
E8
año 13
no.151-53

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY